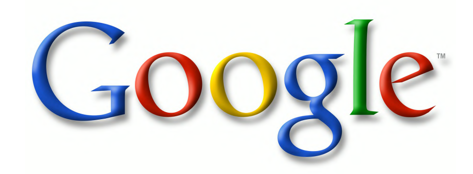
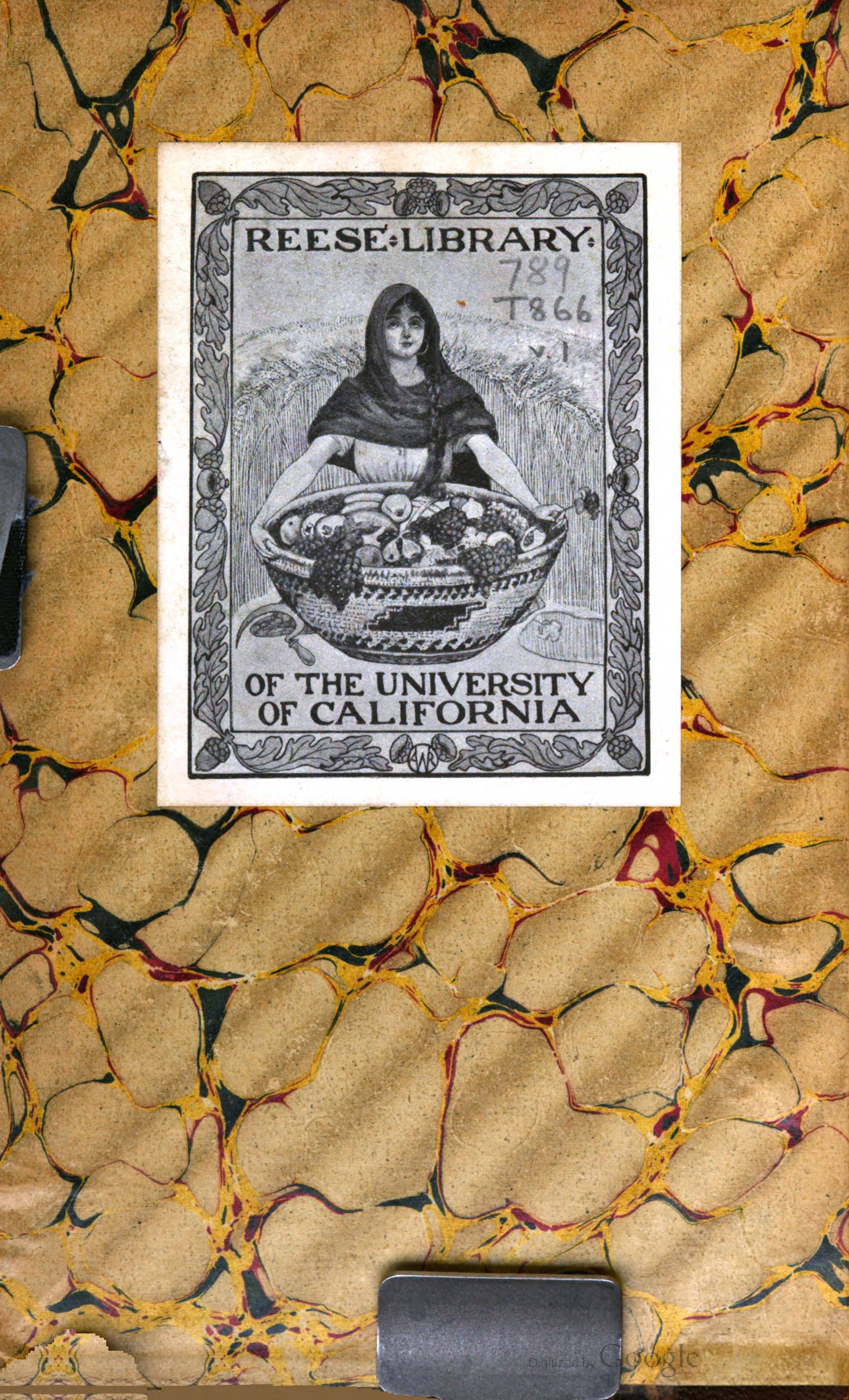
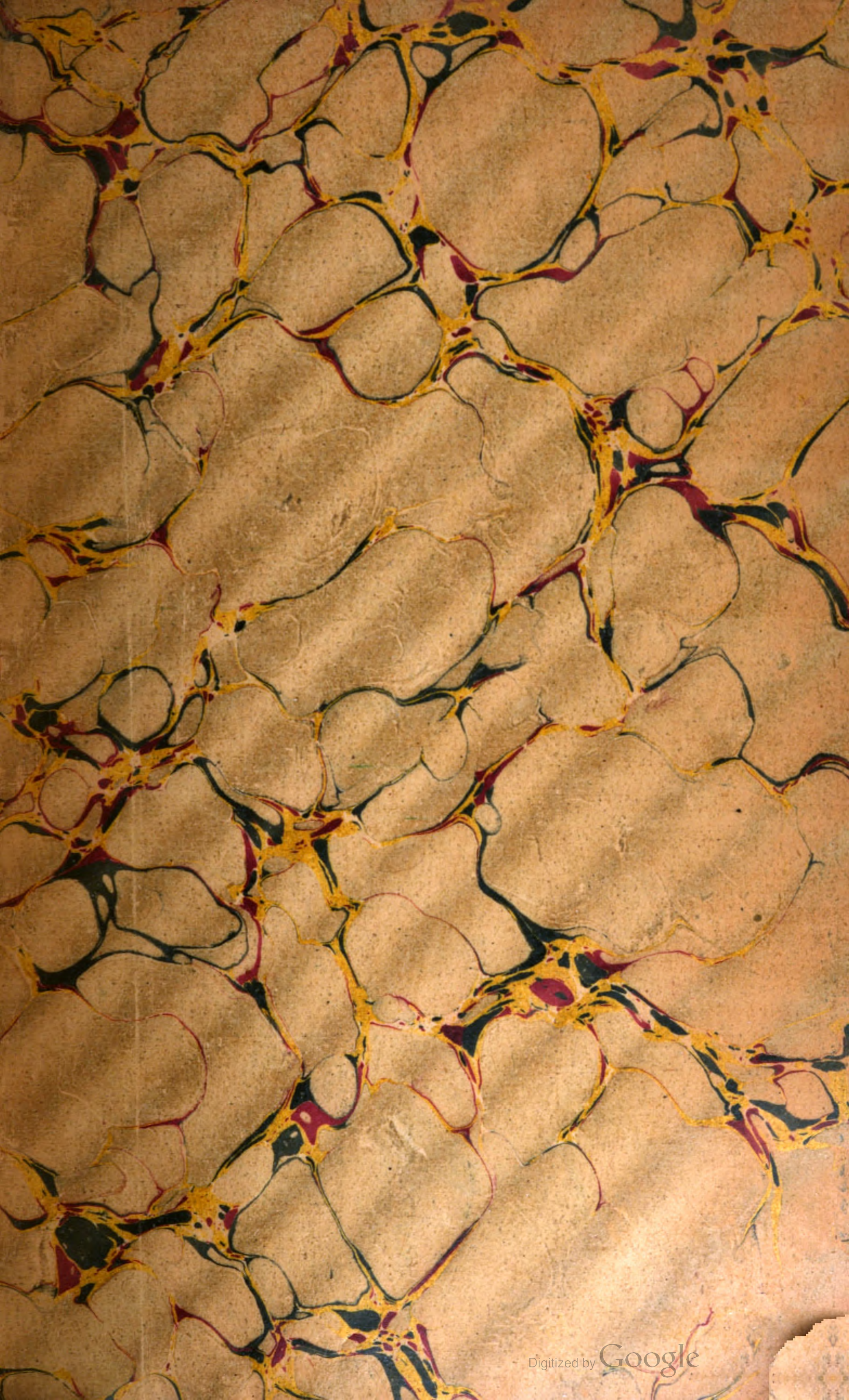



UC-NRLF
$B 733 345


REESE LIBRARY
789
T866
v.1
OF THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
Digitized by Google



OBRAS POPULARES

DE

D. Antonio de Trueba

COMPRENDEN

Cuentos de color de rosa.—Cuentos populares.
Cuentos campesinos.—Cuentos de vivos y muertos.—Cuentos del hogar.
Cuentos de varios colores.—El libro de los cantares.
Capítulo de un libro.

TOMO PRIMERO

MADRID
Casa Editorial de Antonino Romero
Calle de Preciados, núm. 23.

OBRAS POPULARES

DE

D. ANTONIO DE TRUEBA.


OBRAS POPULARES
de
D. ANTONIO DE TRUEBA

OBRAS POPULARES

DE

D. ANTONIO DE TRUEBA

CUENTOS DE COLOR DE ROSA.—CUENTOS POPULARES.

CUENTOS CAMPESINOS.—CUENTOS DE VIVOS Y MUERTOS.—CUENTOS DEL HOGAR.

CUENTOS DE VARIOS COLORES.—EL LIBRO DE LOS CANTARES.

CAPÍTULOS DE UN LIBRO.

TOMO PRIMERO.

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR

calle de Preciados, número 5.

1875

CUENTOS

DE

COLOR DE ROSA

CUARTA EDICION.

Á TERESA.

Estos cuentos te dedico, amor mio, porque son lo más honrado que ha salido de mi pluma, y porque tu alma angelical y enamorada me ha hecho sentir mucho de lo hermoso y puro y santo que he pretendido trasladar á ellos.

Llámoles Cuentos de color de rosa, porque son el reverso de la medalla de la literatura pesimista que se complace en presentar el mundo como un infinito desierto en que no brota una flor, y la vida como una perpetua noche en que no brilla una estrella.

Yo, pobre hijo de Adan, en quien la maldicion del Señor á nuestros primeros padres no ha dejado de cumplirse un solo dia desde que, niño aún, abandoné mis queridos valles de las Encartaciones; yo tendré amor á la vida, y no me creeré desterrado en el mundo miéntras en él existan Dios, la amistad, el amor, la familia, el sol que me sonrie cada mañana, la luna que me alumbra cada noche, y las flores y los pájaros que me visitan cada primavera.

En el momento en que esto te digo, á ambos nos sonrie la esperanza más hermosa de mi vida: ántes que el sol canicular marchite las flores que están brotando, refrescarán nuestra frente las auras de las Encartaciones. El noble y sencillo anciano que ya se honra y te honra dándote el nombre de hija, recorre alborozado la aldea, y con el rostro bañado en lágrimas de regocijo, dice á los compañeros de mi infancia:

«¡Mis hijos vienen! ¡Mi hijo vuelve á saludar estos valles con el ardiente amor que les tenia al darles la despedida más de veinte años há!»

Y los compañeros de mi infancia, que, como yo, siguen la jornada de la vida glorificando á Dios, que les da aliento para no desmayar en ella, participan del regocijo de nuestro padre.

Y nuestro padre y nuestros hermanos piensan á todas horas en nosotros, y utilizan todas las galas de la pobreza para embellecer la morada que han de ofrecernos, y cada vez que se asoman á la ventana esperan vernos aparecer por aquella colina, por donde me vieron desaparecer más de veinte años há.

Si hasta al alcance de los que son tan pobres como nosotros pone Dios en el mundo esta felicidad que tú y yo sentimos, ¿qué es lo que quieren del mundo esos insensatos que se juzgan desterrados en él? Si esperaban hallar en la tierra el cielo, ¿qué es lo que esperaban hallar despues de la vida?

Aceptemos, amor mio, el camino tal como Dios nos le ofrece; que esperándonos al fin de la jornada un eterno paraíso, bastante ha hecho Dios con poner á nuestro paso un manantial y un árbol donde se refrigere el alma y descanse el cuerpo: la religion y la familia.

Al escribir los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, cuyo mérito consiste para mí en ir unida á ellos tu memoria y la de mis valles nativos, esto pensaba y esto sentia tu

ANTONIO.

Madrid, Abril de 1859.

POR QUÉ HAY UN POETA MÁS

Y UN LABRADOR MÉNOS.

I

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, demos principio á los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, y démosle evocando los amados recuerdos de aquel rinconcito del mundo que se llama las Encartaciones de Vizcaya, donde aprendí á amar á Dios, á la familia, á la patria y al trabajo.

Inspirado por estos recuerdos y por tí, dulce amor mio, cuyo corazon ha de ser el primero que conmuevan, y cuyos ojos han de ser los primeros que humedezcan, ¡cómo no han de ser puras, sentidas, honradas, estas sencillas narraciones, que tienen por principal objeto la glorificacion de Dios y la familia y la patria!

La azada encallució mis manos de niño, y la pluma, más pesada aún que la azada, seca mis manos de hombre. ¿Quieres saber por qué hay en el mundo un poeta más y un labrador ménos? Pues escucha éste que sólo tiene de cuento la condi–

cion de cosa contada, y de color de rosa los matices que cubren su fondo pavoroso y negro.

Era un caluroso dia del mes de Julio. Al sonar las doce en el campanario que se alzaba allá abajo, en el fondo del verde y hermoso valle, en una de cuyas vertientes estaba nuestra casa, todos los que trabajábamos en las heredades, unos en la siega del trigo, otros en la salla de la borona (1), soltamos la hoz ó la azada y nos encaminamos alegremente á nuestros hogares, en cuyo camino nos habian precedido media hora ántes las hacendosas madres de familia, que levantaban de cada hogar una azulada columnita de humo, preparando la comida para cuando el ansiado toque de la campana parroquial nos dijese: «Ea, al hogar, al hogar, que los que trabajan desde que el sol despunta, justo es que se alimenten y descansen cuando el sol llega al zenit».

Durante la canícula, el descanso era de doce á dos. Cuando las dos campanadas de la parroquia anunciaban que la siesta habia terminado, ¡qué satisfechos tornábamos á las heredades! ¡qué satisfechos de aquellas dos horas de solaz y descanso, cuya mayor parte habia pasado la gente jóven riendo y charlando á la sombra de los frutales!

Nuestra casa estaba aislada y medio escondida en un bosquecillo de nogales y cerezos, y como trescientos pasos más abajo, habia otras tres unidas bajo un solo techo y tambien medio ocultas entre los árboles. Como el campo contiguo á nuestra casa era amenísimo en el verano, porque le daban

(1) Estos cuentos llevarán al final un glosario en que se hallará, por órden alfabético, la explicacion de todas las palabras y frases que la necesiten.

sombra y fruta los árboles que le poblaban y frescura un claro arroyuelo que á un extremo de él corria {entre sauces y avellanos, allí era adonde subia á pasar la siesta la gente jóven y áun la gente madura de las casas vecinas, y de otras esparcidas en aquellas inmediaciones.

Era, como he dicho, un caluroso dia del mes de Julio, y en el campo contiguo á nuestra casa nos íbamos reuniendo á pasar la siesta todos los moradores del barriecillo.

Pero ¡ay! al decir todos incurro en una inexactitud, porque faltaban allí los jóvenes más lozanos y útiles de la aldea. La guerra civil desolaba entónces á España y particularmente á las Provincias Vascongadas, si bien hacía algunos meses que sus estragos no se dejaban apénas sentir en las Encartaciones, y todos los mozos útiles para manejar el fusil estaban en el ejército carlista, en el que forzosamente se les hacía ingresar así que cumplian diez y siete años, y áun de menor edad si su desarrollo físico se anticipaba (1).

Aquel dia la conversacion era muy triste, pues giraba sobre los estragos que el anterior habia causado una columna de tropas de la reina en una aldea cercana.

Un chico que estaba subido en un cerezo cogiendo cerezas en un cestillo de asa, exclamó con terror:

—¡Un cristino! ¡un cristino!

—¡Un cristino! ¿Dónde?—le preguntamos todos, no ménos aterrorizados que él y mirando á todas partes.

(1) Conviene advertir que esta introduccion se escribió en 1870, cuando hacia más de treinta años que el carlismo no habia conseguido volver a encender la guerra civil en las Provincias Vascongadas, que al fin poco despues logró inundar de lágrimas y sangre.



—En las Pasadas,—contestó el chico, bajando del cerezo con tal precipitacion, que dejaba pendiente de una rama el cestillo medio lleno de cerezas.

Dirigimos todos la vista con ansiedad y espanto hácia las Pasadas, que era una alturita interpuesta entre la montaña y las heredades que se extendian más arriba de nuestra casa, y en efecto, vimos á un cristino arrimado al grueso tronco de un castaño, como si quisiese ocultarse de aquel modo.

El nombre de cristinos se daba generalmente á los defensores de la reina Isabel, entónces niña y bajo la tutela de su madre la reina gobernadora doña María Cristina. El terror que inspiraba su presencia en nuestros valles y montañas era grande, y se concibe teniendo en cuenta que, como consideraban país enemigo al nuestro, cuyos jóvenes estaban en el ejército carlista, le estragaban horriblemente donde quiera que ponian la planta. La guerra, que Dios maldiga, y sobre todo la guerra civil, no tiene entrañas ni conoce la justicia, sea cual fuere la bandera que sustente.

A la parte opuesta de la alturita donde aparecia el cristino, cuya cualidad de tal nos manifestaba su uniforme, habia una cañada, donde no dudamos se hallaria el cuerpo á que pertenecia aquel soldado.

En un instante quedó desierto el campo, porque no hubo quien no huyese despavorido á poner en salvo ganados, ropa, viandas, cuanto era posible ocultar, como se hacía siempre que los cristinos aparecian, y áun cuando aparecian los carlistas, en cuyas tropas no faltaba soldadesca que tambien tratase como país enemigo al nuestro.

Nuestra casa era la que más inminente riesgo corria, pues

era la que más cerca tenia á los cristinos, y miéntras mi hermano y yo sacábamos de la cuadra los bueyes y las vacas para huir con ellos por una sombría estrada á un espeso castañar que se extendia en la falda de una de las montañas que dominaban la casa, mis padres escondian en ésta lo mejor que en ella quedaba.

Cuando mi padre hubo terminado esta tarea, se asomó á la ventana y vió que el cristino descendia, lentamente y como temeroso, de la alturita, parándose á cada instante y como procurando ocultarse entre los árboles, dando largos rodeos para evitar el terreno despejado. Por más que mi padre miraba á la cima de las colinas, no descubria más hombres que aquél.

—Marta,—dijo á mi madre,—el cristino baja...

—¡Dios nos favorezca!—exclamó mi madre, interrumpiéndole aterrada.

—Pero baja solo, y ó no es tal cristino...

—¿Pues no lo ha de ser, si tiene capote gris, correaje blanco y morrion? Si fuera carlista tendria capote castaño, canana y boina.

—Pero es posible que no sea cristino ni carlista.

—Pero hombre, ¿estás loco? ¿Qué ha de ser sino...

—Ni una cosa ni otra: un desgraciado.

—¡Ah! ¡Dios quiera que eso sea!—exclamó mi madre alzando los ojos al cielo, consolada con un rayo de esperanza.

¡Mi madre pidiendo á Dios que un hombre fuese un desgraciado! ¡Santa y dulce madre mia! ¡Qué singulares paradojas ofrece la vida humana!

El cristino estaba ya bajo los nogales y los cerezos, y ninguno otro asomaba por ninguna parte. Tanto esto último

como el abatimiento y el terror de que daba muestras aquel hombre, tranquilizaron por completo á mis padres, que continuaban observándole desde la parte interior de la ventana.

Mi padre, que si no era lo que se llama un valiente, tampoco era un gallina, como lo habia probado en la guerra de la Independencia, se decidió á salir al encuentro del cristino; y en efecto, un instante despues apareció bajo los nogales, seguido de mi madre, que á pesar de su natural tímido y dulce, queria participar del riesgo que corriera su marido.

—¡Patron!...—murmuró el cristino tímidamente.

Y como no acertase á pronunciar más palabras que ésta, arrimó el fusil al tronco de un cerezo, como en señal de que rendia y abandonaba las armas, y se adelantó hácia mi padre.

—¿Qué es eso, militar? ¿Viene usted enfermo?—le preguntó mi padre cariñosamente.

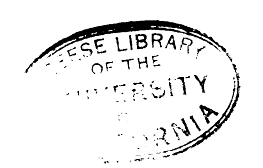
—¡Ah! ¡Sí señor, enfermo del cuerpo y del alma!—contestó el cristino, arrasándosele los ojos en lágrimas.

Mi madre, fuese por esta contestacion ó fuese porque aquellas lágrimas eran para ella lenguaje elocuentísimo, comprendió que aquel jóven era un desgraciado y que el primer auxilio que necesitaba era el calor de la ternura maternal. Y como de este calor tan rico tesoro encerraba su alma, se apresuró á ofrecer un poco de él á aquel jóven, ó mejor dicho, á aquel niño.

—¡Venga usted, venga usted con nosotros, pobre hijo mio, que madre soy, y para que Dios no me desampare nunca á los hijos de mis entrañas, yo le cuidaré y consolaré á usted como si fuera su propia madre!—exclamó la mia llena de emocion, echándole una de sus manos al hombro y estrechando con



—¿Qué es eso, militar? ¿Viene usted enfermo?



LIBRARY
OF THE
ERSITY
RNIA

la otra la del militar, que estaba calenturienta y convulsa.

Expresando su gratitud más con sus lágrimas que con sus palabras, el militar siguió á mi madre á casa, mientras mi padre se alejaba de ésta algunos pasos para anunciarnos á mi hermano y á mí con una señal convenida que no habia peligro alguno.

—¡Vendrá usted muerto de cansancio y hambre!—preguntó mi madre al soldado, disponiéndose á prepararle algun alimento.

—Lo que más me molesta—contestó el jóven—es este horrible desaseo...

—Pues verá usted—dijo mi madre—como en un abrir y cerrar de ojos le ponemos á usted más limpio que la plata y más fresco que una lechuga. Casualmente la ropa de mi Antonio le debe estar á usted que ni pintada.

Y un momento despues mi madre llevó al militar al mejor cuartito de la casa, donde ya habia preparado agua y jabon para que se lavase, y un traje completo, pobre, eso sí, pero limpio y casi nuevo, con que se mudara.

Este traje era el dominguero mio. En efecto, mi ropa estaba como pintada al militar, porque aunque yo no tenia aún quince años, estaba ya casi tan alto como ahora, lo que si bien lisonjeaba en cierto concepto la vanidad de mi madre, tenia á ésta sobresaltada. Ya una partida carlista que habia estado últimamente en la aldea reclutando mozos habia fijado la atencion en mí y querido llevarme consigo, diciendo que yo tenia la talla y que lo que importaba para manejar el fusil era la talla y no la edad.

Mi pobre madre decia en vista de esto:

—Si yo estuviera segura de que no me habian de llevar al hijo de mi corazon ántes de que cumpla la edad, estaria tranquila, porque Dios no permitirá que la guerra dure hasta que la cumpla; pero el mejor dia me le llevan casi niño, y si no me le mata una bala, me le mata su genio tímido y dulce como el de un cordero!

Razon tenia mi buena madre para creer que Dios no me habia criado para los horrores de la guerra. En nuestros caseríos de Vizcaya es dia de alborozo para los chicos el dia próximo á Nochebuena, en que se mata el cerdo, porque para ellos tienen gran atractivo las operaciones que siguen al degüello, entre ellas la de chamuscar al animal en la portalada con helechos secos ó manojos de paja, la de arrancarle las pezuñas calientes, que los chicos recogen para divertirse con ellas, y el obsequio de una morcilla y un chorizo en miniatura que la madre hace para cada chico. Este dia, tan deseado por otros chicos, era mi pesadilla durante todo el año. Léjos yo de ayudar á la matanza del cerdo, como hacian otros chicos de mi edad, bien sujetando las patas del animal en el acto de degollarle tendido sobre un banco, ó revolviendo con un palo la sangre que caia humeante á la caldera, huia de casa al castañar inmediato, y allí me tapaba los oidos con ambas manos para no oir los dolorosos quejidos de la víctima.

Yo no acierto á explicarme ciertas crueldades de la especie humana. Críanse los animales casi en nuestro hogar, jugamos con ellos de niños, los queremos hasta el punto de extremar nuestras caricias como si las prodigásemos á racionales, nos buscan, nos acarician, nos aman ellos como si estuviesen dotados de razon, todo lo cual sucede con el cerdo, con la vaca,

con la oveja, con la gallina, y sin embargo, nos alborozamos y regocijamos el dia que damos cruel muerte á los animales para saciar con sus carnes nuestro apetito!

Confiésote, amor mio, que hay en la vida una porcion de cosas como ésta que suscitan en mí horribles dudas. Ó estas cosas no son justas y naturales, y sí cruel y monstruosa violacion de las leyes de la naturaleza, ó yo he venido al mundo por equivocacion y soy en él planta parásita.

Miéntras Juan, que así habia dicho llamarse el soldado, atendia en el cuarto á la primera necesidad de los limpios de alma, que es la limpieza del cuerpo, mi madre le habia preparado una sopa con torreznos y huevos, capaz de resucitar á un muerto.

Cuando Juan salió del cuarto, limpio como el sol y vestido de piés á cabeza con mi ropa dominguera, mi madre, so pretexto de que se parecia á mí, le plantó un abrazo tan maternal, que le hizo sonreir y llorar á un tiempo, le condujo á la cocina, y quieras ó no quieras, aduciendo todas esas razones que las madres tienen para echar por tierra la falta de apetito de los hijos, tales como la de que tiene pena de la vida el que no come, dió ánimos al pobre Juan para despachar la racion.

Entre tanto, mi padre cogia las armas y el uniforme del soldado, y las ocultaba en el tronco de un castaño, que era seguro, enjuto y espacioso escondite para estas ocultaciones y otras de más valor y volúmen, como lo habiamos experimentado muchas veces que venian soldados á la aldea.

Todos los vecinos se habian enterado de que el cristino no era cristino ni carlista, sino un jóven desgraciado, y durante la tarde habian trabajado tranquilos en sus heredades. Cuando

abandonaban éstas, al toque de oracion, en lugar de dirigirse hácia sus casas se dirigieron hácia la nuestra, deseosos de ver al forastero y saber algo más de su procedencia y del objeto con que habia bajado á los Lugares, con cuyo nombre se designaban antonomásicamente los diferentes grupos de casas esparcidas en las cercanías de la nuestra.

II

La noche era de plenilunio y en extremo deliciosa. No ya en el nocedal, que estaba á la parte de arriba de nuestra casa, sino delante de ésta, en un campillo sobre el cual se inclinaban unos frondosos avellanos que sobresalian de la pared del huerto contiguo, se iban reuniendo todos los vecinos que venian de las heredades, sentándose unos en la cañas de la envenatada carreta, y otros en unos maderos que mi padre iba depositando allí en verano para que no faltara leña en invierno.

Juan estaba tambien en aquella asamblea á la luz de la luna, y los chicos, perritos de todas bodas, como decia mi madre, nos habiamos ya hecho muy amigotes suyos y le moliamos á preguntas sobre su vida militar, que es la vida que más interesa á la gente menuda, no viendo en ella la violencia y la sangre que suelen acompañarla, y sí sólo los colorines, la música y los movimientos acompasados.

—Callad, enemigos malos,—exclamó mi madre, viendo nuestra impaciencia porque Juan hablase,—que cuando los mayores no necesitamos que nos dé cuenta de su vida para quererle como si hubiera nacido aquí, pues demasiado dice su

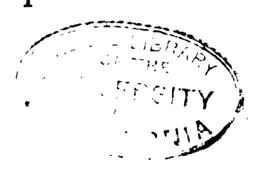
cara que es tan bueno como nosotros, no es cosa de que unos renacuajos se la pidan.

—Gracias, Marta,—dijo el jóven, con la emocion del agradecimiento ingenuo y sincero;—pero la curiosidad de estos pobres chicos, y áun la de todos ustedes, es muy natural, y voy á satisfacerla.

Yo soy de Búrgos, en cuya ciudad nací y he vivido siempre, hasta que hace pocos meses caí quinto é ingresé en las tropas de la reina. Mi padre era un empleado de modesto sueldo, que me hizo cursar la segunda enseñanza en el Instituto, con objeto de enviarme luégo á Valladolid para que siguiese la carrera de medicina, pues la consideraba más recompensada y segura que la de leyes ú otras que despues de terminadas tardan en dar resultados positivos ó no los dan nunca; pero falleció jóven aún, y mi madre, no pudiendo sobreponerse al dolor que le habia causado su pérdida, que llevaba consigo la de la esperanza de poder darme una carrera decente, murió tambien pocos meses ántes de caer yo soldado, lo que me privó de eximirme como hijo de viuda pobre. No tengo ya en mi pueblo nativo más que recuerdos, todos ellos tristes, porque hasta los alegres de la niñez se me aparecen bajo el velo negro con que se cubre á los muertos.

—¡Pobre muchacho!—exclamaron las mujeres, enjugándose los ojos con el cabo del delantal, y con más dolor que ninguna una muchacha que se llamaba Cármen y habia sido recogida por unos tios suyos vecinos nuestros con motivo de haber quedado huérfana de padre y madre, vecinos del valle de Mena.

—¡Anda!—dijo uno de los chicos, reparando en el llanto de Cármen.—¡Ya se conoce que Cármen es cristina!



—¡Calle usted, grandísimo trasto!—le replicó su madre, dándole un pescozon.—Los cristinos ni los carlistas no tienen nada que ver con lo que hace llorar á Cármen, que se ha quedado sin padre ni madre, como el pobre militar.

Antes de seguir más adelante, y para que comprendas mejor esto, debo explicarte el fundamento de la salida de pié de banco de aquel pícaro chico. Muchos vecinos del valle de Mena se declararon voluntariamente partidarios de la reina y tomaron las armas en su defensa como urbanos ó milicianos nacionales y se fortificaron en el antiguo torreon de Villanueva, en el centro del valle. Cármen, que era sencilla é ingenua, no ocultó, al venir huérfana á mi aldea, sus inclinaciones á la causa de la reina, á la que su padre habia sacrificado la vida, pues habia muerto de un balazo recibido en el pecho peleando contra los carlistas; pero respetando todos los vecinos el motivo y la buena fe de aquellas inclinaciones, nadie, aunque no participara de ellas, pensó en vituperarlas ni escatimarles el respeto que merecian.

Juan continuó su historia:

—Ya mi padre en sus últimos años se iba convenciendo de que yo no servia para médico y se iba decidiendo á darme otra carrera más en armonía con mis sentimientos é inclinaciones, porque mi madre solia decirle, y él convenia en ello:

—Hay dos carreras para las que Dios no ha criado á este chico: la de medicina y la militar. ¿Cómo esta criatura, que es toda dulzura y compasion, ha de ser feliz viviendo, como los médicos, entre los que padecen, y á veces haciendo padecer horriblemente para aliviar? Muy santa y noble es la profesion de médico, que es el sacerdote del cuerpo, como el párroco es

el sacerdote del alma; pero para ejercerla se necesitan almas enérgicas y fuertes, y no delicadas y tímidas como la de este pobre hijo mio, que está siempre soñando con un mundo de ángeles y un cielo sin nubes ni tempestades. Ni áun puede el médico preservar á sus inocentes hijos de los peligros de su profesion, pues al abrazarlos cuando vuelve al hogar para descansar de sus fatigas del cuerpo y del alma, no está seguro de que no les lleva el contagio y la muerte en aquellas ropas que tocan al acercar sus cabecitas á su seno, ó en aquellas manos con que ordena su rubia cabellera, que han descompuesto sus caricias. Tampoco en la milicia puede encontrar la dicha nuestro hijo; y si la suerte le destina á ella, necesitamos á toda costa arrancarle de una profesion donde encontraria la muerte, no tanto peleando con los hombres como peleando con sus inclinaciones, opuestas á la violencia y el derramamiento de sangre humana, que son el principal oficio del soldado.

Mi madre se estremeció al oir esto, sin duda pensando en mí.

—Y tenia razon mi madre al pensar así,—continuó Juan.—Nunca quise pasar por la puerta de San Martin, sólo porque allí vivia el verdugo; nunca quise acercarme al matadero, por no oir el doloroso bramido que lanzan las reses al hundir su cráneo el martillo del matachin; nunca quise ir á los toros, por no presenciar tan bárbaro y sangriento espectáculo, y siempre me indigné al ver y pensar que el pueblo español no sospecha siquiera que sean dignos de compasion los animales, como lo prueba la saña con que los maltrata y la indiferencia con que ve sus tormentos y su muerte.

Mi madre volvió los ojos hácia mí, exclamando conmovida:

—¡Lo mismo, lo mismo que este pobre hijo mio!

—Mis gustos y diversiones—continuó Juan—eran muy distintos de los que enamoran á la generalidad de las gentes. Para mí constituian los mayores encantos de la vida una buena música, una buena comedia, un buen libro, un buen cuadro, una buena escultura; pasar las horas enteras en la catedral con el alma absorta en las maravillas de la fe y del arte que aquel admirable templo atesora; recorrer los campos ricos de flores ó mieses; contemplar el sol, cuando nace ó cuando muere, desde la cima de un collado; olvidarme del mundo en una noche serena, fijos los ojos y el pensamiento en el cielo azul tachonado de estrellas, ú oir en torno de un hogar historias maravillosas ó sencillas que relata un venerable anciano ó una bondadosa madre de familia y escuchan con emocion é interes niños de cabecita rubia y ojos azules y adolescentes de uno y otro sexo, cuya alma vuela por horizontes infinitos, luminosos y sonrosados.

—¡Lo mismo, lo mismo que este pobre hijo de nuestro corazon!—repitió mi madre en voz baja, dirigiéndose á mi padre, que estaba á su derecha, y extendiendo su cariñosa mano hácia mí, que estaba á su izquierda.

Juan continuó:

—Caí soldado, y entónces comenzaron para mí dolores que ni yo podré explicar ni ustedes comprender. Cadenas de hierro en el cuerpo y en el alma á todas horas y en todas partes son las que sustituyen para el pobre soldado á las dulcísimas de los brazos de su madre, á que estaba acostumbrado en su hogar.

Aquellas cadenas era insufribles para mí, que nunca habia

sentido más que las de flores y estaba acostumbrado á volar por la tierra y el cielo libre como los pájaros; pero aún habia para mí en la milicia tormento mayor que las cadenas de la Ordenanza y las de la instintiva tiranía de los jefes militares altos ó bajos. Estábamos en tiempo de guerra, y el saqueo y el incendio y la matanza eran nuestra diaria ocupacion. Para mí esta ocupacion era horrible, y mi alma la rechazaba indignada; y como ni entre mis jefes ni entre mis compañeros apénas habia quien comprendiese la razon del horror y la profunda repugnancia con que me constituia en instrumento de desolacion y muerte, la nota de mal soldado, de cobarde, de rebelde y de desafecto á la causa que defendiamos pesaba siempre sobre mí, y el castigo material era casi diariamente su consecuencia.

Mi alma y mi cuerpo estaban ya quebrantados con la espantosa tiranía que pesaba sobre ellos, y el término de mi vida se acercaba, á pesar de lo mucho que resiste la juventud todas las tiranías. Hace un mes tocóme formar parte del piquete que habia de fusilar á una infeliz mujer, cuyo delito era haber salvado á una partida carlista, de la que formaban parte dos hijos suyos, avisándola que nosotros nos dirigiamos á sorprenderla. Cuando vi caer á aquella desventurada con el cráneo despedazado, tal vez por la bala salida de mi fusil, caí tambien al suelo sin sentido, y fuí conducido al hospital entre el desprecio y la indignacion que causaba á mis jefes y compañeros lo que unánimes llamaban mi cobardía.

Ayer, apénas repuesto un poco de mis últimos padecimientos, salí de Balmaseda con mi compañía y vinimos á esa aldea, que está al otro lado de la montaña, con objeto de castigar á

sus moradores, porque hace pocos dias facilitaron raciones y alojamiento á una partida carlista que pernoctó en ella.

No sintiéndome con valor para presenciar y ménos para ejecutar los horrores á que la columna se entregaba en la aldea, separéme disimuladamente de mis compañeros y me interné en los castañares del pié de la montaña. Como mi anhelo continuo es descubrir nuevos horizontes, buscando alguno por donde mi alma pueda volar libre de los horrores y la opresion que la espantan y encadenan, subí, subí hasta la cima de la montaña sin darme cuenta de lo que hacía y huyendo por instinto de las llamas y los lamentos que se alzaban allá abajo en la desdichada aldea.

Llegué á la cima de la montaña, y un grito de admiracion y alegría se escapó de mis labios al descubrir de repente la apacible hermosura de este valle; y cuando vi estos grupos de alegres caserías esparcidas entre verdes arboledas y heredades en el regazo de las colinas que servian de escalones á la montaña desde cuya cumbre contemplaba yo todo esto, un ánsia invencible é inexplicable de vivir y morir en este hermoso y apacible rinconcillo del mundo se apoderó de mi alma.

Allí permanecí horas enteras absorto en sueños y esperanzas imposibles de explicar; pero de aquellos sueños me sacó de repente el toque de cornetas y tambores que anunciaba la partida de mis compañeros de la aldea desolada.

—¡Desertor!—exclamé con espanto y vergüenza.

Y di algunos pasos para descender á reunirme con mis compañeros; pero no tardé en detenerme pensando que, dado caso que lograse alcanzarlos, sería cruelmente castigado por haberme separado de ellos durante muchas horas, y que de to-

dos modos la vida militar en tiempo de guerra era para mí muerte segura, próxima y precedida de tormentos aún más crueles que la muerte misma.

Volví á subir á la cima de la montaña y á fijar mi vista en este hermoso valle, y sobre todo en estas aldeitas, tan cercanas á mí, que oia las campanillas del ganado que volvia del monte, porque la noche se acercaba, y las risas de las muchachas que volvian de la fuente, y las vocecitas de los niños que recogian los bueyes y las vacas de los prados, y las conversaciones de las mujeres y los hombres, que echando la azada al hombro, dejaban las heredades y se encaminaban á sus hogares, y entónces dije con toda la profunda decision de mi alma:

—Bajaré á este rinconcillo del mundo y en él viviré y trabajaré y amaré y moriré y descansaré á la sombra de aquella iglesia, cuyas campanas tocan á la oracion en el fondo del valle. Ese valle será mi mundo y mi patria y mi hogar, y sus ancianos serán mis padres, y sus jóvenes serán mis hermanos, y una de las hermanas de esos jóvenes será la elegida de mi corazon.

—¡Anda! ¡Rabia, rabia, Cármen, que tú no tienes hermanos y no puedes ser novia de Juan!—exclamó aquel pícaro chico que ya ántes habia interrumpido la narracion del soldado.

Murmullos generales de disgusto y un pescozon de su madre acogieron la salida del chico, que si no hizo reir fué porque en todos los párpados habia lágrimas y en todos los corazones habia penosa emocion; porque padres, hermanos, novias, todos pensaban con terror y pena, al oir al soldado, en los que allá en el ejército carlista pasaban ó estaban destinados á pasar lo que él habia pasado en el isabelino.

Como sus manos no estaban acostumbradas á manejar la azada, los primeros dias se resintieron un poco del trabajo; pero como la voluntad del hombre consigue todo lo que no contraría su naturaleza, y el trabajo, léjos de contrariarla, la favorece, Juan triunfó de aquella dificultad muy pronto.

Nadie en la aldea aventajaba á Juan en el trabajo; tanto, que uno de los principales propietarios del pueblo solia decir, enamorado de su laboriosidad:

—El dia que ese muchacho trate de casarse y avecindarse entre nosotros, será inquilino de la mejor de mis caserías.

La cualidad de buen trabajador es quizá la primera que se exige en Vizcaya al hombre, y áun á la mujer. Cuando se trata de averiguar las cualidades de un sujeto, lo primero que se averigua es si es buen ó mal trabajador. Como que se cree que averiguado esto, es inútil averiguar todo lo demas, dando por supuesto que si es buen trabajador, tiene todas las demas buenas cualidades que puede tener el hombre, y si es malo, carece de todas ellas.

Juan habia encontrado en la aldea la salud del cuerpo y del alma. Al mismo tiempo que sus fuerzas se habian desarrollado rápidamente y su rostro habia adquirido la color entre trigueña y sonrosada que dan el sol y el aire sano del campo y la serenidad del alma, esta serenidad habia llegado á ser perfecta y envidiable. No habia perdido su alma su antigua propension á la melancolía y á soñar con un mundo de ángeles y un cielo sin nubes ni tempestades; pero esta cualidad, que tambien tenia mi alma, segun decia mi madre, no impedia á Juan, como tampoco me impedia á mí, vivir satisfecho, sereno y alegre entre aquellas gentes sencillas, humildes y

rústicas, y en aquellas ocupaciones, aunque rudas, pacíficas. El labrador á quien Dios ha dado la intuicion, el instinto, el alma soñadora y tierna del poeta, ocasion tiene, áun en su vida extraña á toda cultura literaria y artística, de satisfacer diariamente las propensiones de su alma. Los encantos del amor y de la naturaleza, que son la aspiracion eterna y primordial del poeta, no están en las universidades y las academias: están donde quiera que está la obra más hermosa de Dios, que es la tierra y las criaturas humanas que la pueblan, hermoso cuadro cuyo boceto fué el Paraíso terrenal. Labrador con alma de poeta era aquel jóven, y sin que las gentes entre quienes vivia le tuviesen por extravagante y loco, sino muy al contrario, por un hombre que, como ellos, se conformaba con la vida tal cual Dios la ha hecho y no se salia de los límites naturales que veia en ella, satisfacia las propensiones primordiales de su alma.

Cuando Juan, al oir el primer canto de los pájaros, se asomaba á la ventana y se detenia allí un momento contemplando aquella hermosa aureola con que coronaba el alba la cordillera de los altos montes que se extendia al Oriente del valle; cuando despues, con la azada al hombro, se dirigia á las heredades arrullado por el dulce é infinito concierto de cánticos que alzaban los pájaros en todas las enramadas; cuando aspiraba el dulcísimo perfume con que las flores y las plantas, húmedas con el rocío de la aurora, embalsamaban el ambiente, y cuando á la vaga y misteriosa luz del naciente dia contemplaba el fondo y el conjunto del valle, donde nubecillas de humo, que comenzaban á alzarse de los hogares, y balidos de ganado que iba al monte, y ruido de puertas y ventanas

que se abrian, y chirridos de carretas que se ponian en movimiento, y cantares de muchachas que iban á coger el agua fresca y sérena, anunciaban el despertar universal de la vida, adormecida un momento para descansar; cuando todo esto contemplaba y oia y aspiraba, ¡qué necesidad tenia su alma de poeta de oir ni entonar los cantos de Homero y Virgilio!

Y cuando al abandonar las heredades al toque de la oracion se detenia en una colinita á contemplar los últimos resplandores del sol, que aún irradiaban sobre las montañas del ocaso, y á escuchar los últimos rumores del valle, cuya vida se concentraba en los hogares para descansar en el santo regazo de la familia; cuando despues de este momento de contemplacion se dirigia á la fuente del castañar, hácia donde habia visto á Cármen dirigirse, y allí encontraba á Cármen, y con ella volvia, lentamente caminando y hablando los dos bajito, para que sólo Dios escuchara sus castas palabras y penetrara sus celestes sueños de amor y felicidad, entónces, ¡qué necesidad tenia su corazon de ajustar sus palpitaciones, y su alma de ajustar sus amores al patron académico que han esparcido por el mundo los poetas universitarios!

Porque es de saber que aquella misteriosa maldicion, he dicho mal, aquella misteriosa bendicion que una noche de plenilunio echó mi madre al desertor cristino, deseándole que una encartada no fuese la elegida de su corazon, le habia caido á Juan de medio á medio. ¡La elegida de su corazon era Cármen, la dulce y triste huérfana menesa!

Por la márgen septentrional del Ebro corre de Oriente á Ocaso una gran cordillera de piedra que nace en los Pirineos y muere en el cabo de Finisterre. Al pié de este gran muro,

que quizá sea el que hizo exclamar al bardo euskaro de Altabizcar: «Dios ha hecho los montes para que los conquistadores no los traspasen»; al pié de este gran muro están los misterios más gloriosos y recónditos de la reconquista iniciada por la raza septentrional que acaudillaba el gran Pelayo con la cruz en una mano y la espada en la otra; al pié septentrional de esta pétrea cordillera está el noble valle de Mena, euskaro por la geografía, por la historia, por las costumbres y por el corazon, y castellano por lo demas. Un dia un poeta de Castilla, por nombre el sencillo de Pueblo, se asomó á la gran peña, y mirando enamorado á los valles del Septentrion, donde se le aparecian en primer término el de Mena, en segundo los de las Encartaciones, y en último el mar de Cantabria, exclamó, conmovido y enamorado de la hermosura de aquellos valles y de la iracunda majestad de aquel mar:

Madre, si yo fuera rico,
daria cien mil ducados
sólo por tener amores
desde las Peñas abajo.

¿Si el poeta de Castilla sería Juan el burgales, el venido de la banda meridional del Ebro para buscar, en el primer valle que vió de Peñas abajo, á la elegida de su corazon?

Es lo cierto que Juan y Cármen, huérfanos ambos, y ambos tristes, y ambos desterrados del valle nativo y sin descubrir en este valle más que sepulcros, habian olvidado su orfandad y sus tristezas y su destierro y sus negros recuerdos desde que se vieron, porque desde que se vieron se amaron, no con el amor vulgar de los que se refugian en el olvido

cuando el amor se les malogra, sino con el amor celeste de los que, cuando se les malogra el amor, se refugian en el sepulcro.

Juan continuaba viviendo en nuestra casa, porque mi madre alegaba derechos de prioridad para que no abandonase nuestro hogar hasta que se casara y le tuviera propio: estos derechos eran el ser nuestro hogar el primero de la aldea en que habia penetrado. Por lo demas, como era buen trabajador, como todos le querian y como en la aldea habia gran falta de brazos, estando ausentes los más robustos y ágiles, los vecinos todos se le disputaban para trabajar en sus heredades y remunerarle con buen jornal. Una gran razon, sobre otras muchas, decia tener mi madre para querer á Juan como si fuera hijo propio, y esta razon era que se parecia todo á mí. Optimismo maternal y sólo optimismo, pues yo sólo me parecia á Juan en una cualidad del alma: en serme repulsivo todo lo violento, grosero, brutal ó cruel, y simpático todo lo dulce, delicado y bueno, y en que tambien podia decir mi madre, como decia de su hijo la de Juan, que yo estaba siempre soñando con un mundo de ángeles y con un cielo sin nubes ni tempestades.

IV

Era, como he dicho, por el mes de Octubre. Mi padre, que tenia la costumbre de toda la vida de levantarse ántes de amanecer, ó lo más tarde al rayar el alba, para bajar un cesto de cebo á los bueyes, que eran uno de sus amores, como es muy comun en los labradores vascongados, se levantó á la hora

acostumbrada, y al acercarse á la ventana, no sé si para ver qué tiempo hacía ó porque ladraba furiosamente el perro, retrocedió profundamente sorprendido y alarmado: una partida de cristinos, cuyo correaje blanco se distinguia muy bien, á pesar de que aún no era de dia claro, estaba rodeando la casa. Comprendiendo que su objeto era apoderarse de Juan, corrió al cuarto de éste, que se estaba ya vistiendo, para poner en conocimiento del pobre jóven lo que ocurria y obligarle á ocultarse en una especie de subterráneo que habiamos excavado en la cuadra para ocultar los objetos más preciosos de casa cuando venian soldados.

—No, no me escondo,—le replicó Juan,—porque pudieran descubrirme, y en ese caso sería perderlos á ustedes. Prefiero saltar por una ventana, y así ó moriré ó me salvaré.

Mi madre, mi hermano y yo, que habiamos despertado con los ladridos del perro, oimos algo de lo que Juan y mi padre hablaban, y comprendiendo que algo grave ocurria, nos levantamos y vestimos á toda prisa.

—¡Patron, abra usted!—gritaron los cristinos golpeando la puerta y forcejeando para abrirla, lo cual era facilísimo, pues sólo estaba cerrada con una taravilla interior, incapaz de resistir un mediano empuje.

El chirrido de la puerta al girar sobre su quicio nos advirtió que la taravilla habia saltado y los cristinos estaban ya en el portal.

El altercado de mi padre y Juan sobre si éste se habia de esconder ó habia de saltar por la ventana de la cocina, que daba á un espeso bosquecillo de frutales que se prolongaba hasta el castañar, cesó de repente como ya inútil, y Juan cor-

rió hácia el carrejo ó corredor interior, adonde daban la puerta de la cocina, la de la escalera, la del cuarto de mis padres y la del en que dormiamos mi hermano y yo.

Al salir Juan al carrejo para dirigirse á la cocina, nos tropezó á su paso. Trataba de darnos un rápido abrazo, probablemente de eterna despedida, y entónces la voz de *¡alto!* resonó en la puerta de la escalera, por donde asomaban cuatro fusiles apuntando hácia nosotros.

Juan comprendió instantáneamente que la descarga que le amenazaba nos amenazaba tambien, y ya no pensó en huir. Entregóse sin resistencia alguna, y le bajaron al portal, donde con un portafusil le sujetaron por detras los brazos como si fuese una fiera ó un gran malhechor.

A todo esto, era ya de dia, y los cristinos, retirándose de en torno de la casería, formaban en dos filas en la portalada.

El capitan que mandaba la compañía procedió por sí mismo á un interrogatorio, en que Juan declaró lisa y llanamente cómo y por qué habia desertado, la acogida que en mi casa y en la aldea toda habia encontrado y su vida durante el tiempo que allí llevaba.

—Patron,—dijo el capitan á mi padre,—algun mérito tiene en facciosos, como supongo que lo serán ustedes, el no haber maltratado á un soldado de la reina, aunque probablemente lo harian sólo porque el soldado era desertor; y tambien es de tener en cuenta que léjos de apresurarse ustedes á enviar á los facciosos el armamento y el uniforme del cristino, como nos llaman ustedes, los conservaron hasta que hace pocos dias se los exigieron á ustedes los reclutadores que poco despues cayeron en nuestras manos y se libraron de ser fusilados dicién-

donos la procedencia de aquel uniforme y aquel armamento. Todo esto le libra á usted de ver su casa quemada, y quizá de algo mucho peor. En cuanto á este mozo, que tan robusto y guapo se ha puesto con la vida aldéana, hay por de contado que amansar un poco su vigor para que no intente una nueva desercion de aquí á Balmaseda, donde se le acabarán de ajustar las cuentas.

Como es de suponer, todos estábamos más muertos que vivos viendo y oyendo todo esto, y el pobre Juan apénas levantaba la cabeza más que para dirigir de cuando en cuando una dolorosa mirada hácia una casa que se descubria en un altillo, no léjos de la nuestra. ¡Aquella casa era la de los tios de Cármen! ¡Cármen vivia en aquella casa!

El temor podia más que la curiosidad en todas las personas mayores de la aldea, pues ninguna habia parecido aún por allí; pero no sucedia lo mismo con los chicos, pues tres ó cuatro de ellos, incluso aquel maliciosillo y entrometido que vimos arrostrando los pescozones de su madre por acusar á Cármen de cristina y suponer afinidades entre ella y Juan, estaban allí embobados con los uniformes y el armamento de los soldados y llevando su atrevimiento hasta tocar uno y otro.

El capitan dispuso que el desertor recibiese en el acto cien palos.

Mi pobre madre, que lo oia y presenciaba todo desde la parte interior de un antepecho que daba á la portalada, se retiró á la parte opuesta de la casa, consternada y horrorizada al oir aquella cruel sentencia. Quiso bajar á arrodillarse á los piés del que la habia dictado para suplicarle que la mitigase, pero mi padre la disuadió de ello diciéndole con profundo conven-

cimiento que sus súplicas habian de ser inútiles, si era que no contribuian á que la sentencia se agravase.

Púsose un tambor en el suelo entre las dos filas que formaba la tropa, despojósé á Juan de la chaqueta y el chaleco, hízosele arrodillar é inclinarse sobre el tambor, y dos cabos, armados de gruesas varas, empezaron á descargarlas furiosamente sobre sus espaldas al compas del ruidoso redoble de los tambores.

Juan lanzó un doloroso grito al recibir los primeros golpes; pero despues quedó silencioso é inmóvil, y así permanecia cuando los tambores callaron y las varas quedaron quietas. La sangre brotaba á borbotones de su espalda descubierta, pues las varas habian hecho girones la ensangrentada camisa.

Yo me atreví á mirar por la ventana, y retrocedí espantado ante aquel sangriento espectáculo, cuyo recuerdo no se ha apartado de mí ni un solo dia de mi vida.

—Ea,—dijo el capitan,—lávese con un poco de agua y sal, si no hay vinagre, la espalda de ese mozo, y adelante con él, que ya estamos aquí de más.

El barbero de la compañía se inclinó al desertor para cumplir, en lo que le incumbia, la órden del capitan, y despues de observar y pulsar al apaleado, se incorporó, exclamando:

—¡Mi capitan, si está muerto!

—¡Muerto!—repitieron muchos de los circunstantes, más ó ménos compadecidos y horrorizados.

Pero todos callaron para prestar atencion á Cármen, que corria hácia la tropa llorando y gritando:

—¡Perdon, perdon, por la vida que dió mi padre por la reina!

—¿Qué dice de su majestad la reina esa facciosa?—preguntó el capitan indignado, no comprendiendo lo que decia la desolada muchacha.

—¡Mira, Cármen, mira, está muerto tu novio!—dijo uno de los chicos en el momento en que Cármen, por entre las filas de los soldados, descubria el ensangrentado cuerpo de Juan, encorvado sobre el tambor.

—¡Muerto!...—exclamó Cármen con inmenso dolor.

Y retrocediendo de espalda, y queriendo devorar á los cristinos con una mirada de hiena, gritó con indescriptible desesperacion:

—¡Viva Cárlos V!...

Veinte fusiles se alzaron por un movimiento instintivo y sin obedecer á voz de mando alguna, y Cármen cayó atravesada de balazos al espirar en sus labios el grito de *¡Viva Cárlos V!* como su padre habia caido al espirar en los suyos el de *¡Viva Isabel II!*

Mi madre, que tambien habia caido sin sentido casi al mismo tiempo, cuando le recobró exclamó dirigiéndose á mi padre con las manos juntas en señal de entrañable súplica y los ojos ciegos de lágrimas:

—¡Manuel, vendamos lo poco que tenemos para enviar á este pobre hijo de nuestra alma adonde Dios le libre de la suerte que aquí le espera!

Quince dias despues iba yo camino de Madrid, destinado á la tienda y almacen de ferretería que en la calle de Toledo, número 81, tenia don José Vicente de la Quintana, primo de mi madre y hermano del venerable párroco de mi aldea y vicario del partido eclesiástico á que ésta pertenecia.

V

Pasó cerca de un año, y la guerra civil no habia concluido aún, porque el insensato príncipe que la habia promovido creia que la sangre y las lágrimas no empañaban el brillo de las coronas.

Un dia recibí una carta de mi padre y me apresuré á leerla, chocándome no poco que estuviese fechada en Galdácano, pueblo distante ocho leguas del mio.

La carta empezaba así:

«Querido hijo: Hace dos meses, cuando cumpliste los diez y siete años, te reclamaron y me trajeron aquí hasta que te presentases...»

Al leer esto, arrojé la carta sobre el mostrador, exclamando con profunda decision:

—Hoy mismo, aunque sea á pié y aunque aborrezco á los que con la guerra llenan de lágrimas y sangre la antes libre y dichosa tierra en que nací, parto para Vizcaya

Pero cuando me hube repuesto un poco de la indignacion y el disgusto que me habia causado la noticia de que mi padre estaba hacía dos meses léjos de su hogar y preso y sabia Dios si apaleado porque yo no me presentaba en el ejército carlista, volví á tomar la carta y continué su lectura. Mi padre continuaba:

«...pero no por eso vengas, que yo no corro peligro alguno; y si vinieras, tu pobre madre se moriria de pena. Dentro de poco cumple la edad tu hermano, y tendrá que ir soldado; pero como aquél es todo lo contrario que tú, pues parece que

ha nacido para eso, tu madre ya está resignada á que vaya. No teniendo más que dos hijos, basta que sea uno soldado, y es mucho exigir que lo sean los dos. Nosotros queriamos que fueras labrador; pero ya que Dios ha querido otra cosa, cúmplase su santa voluntad. Seas lo que seas, selo honradamente, y esto es lo único que te piden y exigen tus padres.»

Mi resolucion de emprender el camino de Vizcaya desapareció cuando hube leido el resto de la carta de mi padre; pero cada vez fué más firme la de ser honradamente lo que Dios quisiera que fuese.

Fué autor de cantares y narraciones vulgares el que pensaba ser labrador. Si lo es honradamente, no hace más que cumplir las órdenes de las dos autoridades más respetables del cielo y de la tierra: Dios y sus padres!

LA RESURRECCION DEL ALMA.

I

Oye, amor mio, el cuento de *La resurreccion del alma...*

Qué, manojito de azucenas y rosas de Alejandría, númen inspirador de los Cuentos de color de rosa, ¿no te gusta el título de este cuento, que al oirle haces un desdeñoso mohin?

—No, no me gusta, porque el alma es inmortal, y allí donde no puede haber muerte no puede haber resurreccion.

—¿Y en eso nada más se fundan tus escrúpulos?

—En eso nada más.

—Pues tranquilízate, que el autor de los Cuentos de color de rosa, tan rico de fe como pobre de inteligencia y dinero, no va á manchar la pureza de estas páginas con una impía negacion. Ya sé que el alma, el soplo divino que anima nuestra frágil naturaleza, se remonta al cielo, en virtud de su inmortalidad, cuando la materia muere; pero si el alma no muere para el cielo, muere para la tierra ausentándose de ella, y ésta es la muerte de que se trata aquí. ¿Estás ya tranquila, rosa de Abril y Mayo?

—Lo estoy en cuanto al título de tu cuento; pero ahora me inquieta el temor de que te des á la metafísica...

—Desecha, desecha ese temor tambien, pues jamas olvidaré que escribo para que me entienda el público español. El público español es un buen hombre que sabe leer y escribir medianamente, y... pare usted de contar.

—¿Y cómo has averiguado eso?

—Muy fácilmente. En la escala de la sabiduría española he tomado un hombre de cada escalon; los he mezclado y reducido á polvo en mi mortero intelectual; de este polvo he formado barro: con el barro me he puesto á modelar una figura humana, y me ha resultado un hombre, bellísimo sujeto, eso sí, pero que sólo sabe leer y escribir medianamente. Pero calla, calla, que si te eriges en catedrático Reparos, será mi cuento el de nunca acabar.

A principios del presente siglo, el Concejo de G..., uno de los quince que componen las Encartaciones del Muy Noble y Muy Leal Señorío de Vizcaya, tenia treinta casas ménos que en la actualidad.

Cuéntase allí que en tiempo de los gentiles (tiempo que allí tiene en boca del pueblo una significacion muy parecida á la que tiene en otras provincias de España el tiempo de los moros, que no osaron traspasar el pirineo cantábrico), las altas montañas que componen la jurisdiccion de G... apénas estaban separadas por valle alguno; pero undia, por cierto muy triste y nebuloso, asomó por el Sur un rio exclamando: «Dejadme pasar, que voy á buscar la mar salada.» Y las montañas le abrieron cortesmente un ancho pasodiciéndole: «Pase usted, señor mio, que en esta tierra no acostumbramos á poner

impedimento al viajero, mándelo ó no lo mande su carta de seguridad.»

El rio sigue pasando, y las montañas siguen dejándole, libre el paso, en cambio de los ricos dones que en forma de truchas, grano, hortalizas y flores, deposita agradecido á sus piés.

A principios del presente siglo, habia, como hoy, en el fondo del valle que corta el Concejo, una iglesia rodeada de nogales y fresnos, una ferrería y varios molinos rio abajo, y como unas treinta ó cuarenta casas agrupadas en torno de la iglesia, pero separadas unas de otras por huertas y campillos poblados de cerezos, manzanos y perales.

Las caserías dispersas en las montañas constituian la poblacion más numerosa del Concejo. En una de aquellas montañas se ven ahora unas treinta casas reunidas en torno de una iglesia; pero entónces rara vez se veian cuatro juntas: una blanqueaba vagamente en la espesura de un castañar, otra en un rebollar, otra en la linde de una seve, otra en la cumbre de un cerro, otra á la orilla de un torrente, que se despeñaba por una cañada corriendo á ver pasar el rio, como niño indómito que corre á ver pasar el viajero, por más que su madre diga desde la ventana: «¡Se va á estrellar! ¡se va á estrellar! ¡Ese enemigo malo me ha de quitar la vida!» Por supuesto, cada casería tenia en sus inmediaciones una llosa de seis á diez fanegas de sembradura, cuidadosamente cercada de seto, cárcaba ó pared seca.

La mayor parte de estas caserías estaban habitadas por inquilinos, y las restantes por caseros, ó lo que allí es lo mismo, por sus dueños.

A estas últimas pertenecia una muy hermosa que se alzaba en una llanada rodeada de seves y bosques incultos, que se extendian á distancia de media legua.

Vamos á describir en pocas líneas aquella casería, y... ¿qué va á que, por poco que sea mi ingenio, recuerdan haberla visto los que han viajado por las Encartaciones?

La casería de Ipenza era blanca y cuadrilonga, alta por la fachada principal y baja por la opuesta. Se componia de tres pisos: el bajo, en que estaban la cuadra (bodega se llama allí muy impropiamente), la rocha y la cubera; el principal, que servia de cómoda habitacion á los moradores de la casería, y el alto, que era un hermoso payo con dos ventanales. He dicho que la casería era blanca, y no he sido completamente exacto, pues por una de sus fachadas laterales era verde, gracias á una gran hiedra que cubria toda la pared, y que respetaba el casero por tres razones: la primera, porque cuando así abrazaba á la casa, señal de que la queria; la segunda, porque era anciana, y por consiguiente, habia conocido á sus antepasados; y la tercera, porque el ganado de la casería gustaba mucho de una racioncita de hojas de hiedra cuando el mal tiempo no le permitia pacer la yerba de las campas. En la fachada principal de la casería habia un patin, por el cual se entraba al piso principal, y en cuyo pretil crecia entre las junturas de las piedras una verde mata de peregil que decia: «Aquí estoy yo» cuando olia cabrito ó liebre en la cocina, y una cenicienta mata de ruda, que cuando los caseros se quejaban de que mamase aún el becerrillo, á pesar de sus tres meses, exclamaba hecha una hiel: «Dejen ustedes por mi cuenta á ese mamon, que yo le amargaré el gusto.» A un lado del patin estaba

un higar, que en otoño jugaba al *higuí* con las gallinas y el perro Navarro, que le rondaba á todas horas haciéndosele los dientes agua. Al otro lado del patin se abria la puerta que daba entrada al piso bajo. Un poco más allá estaba el horno con una gran tejavana, bajo la cual se guardaba el carro, la leña, el arado y otros aperos de labranza. Delante de la casería habia un hermoso campo poblado de nogales, cerezos y otros árboles frutales.

Por último, en medio de este campo estaba una gran poza, cuya utilidad se reconocerá sabiendo que en ella se daba de beber al ganado, que se la limpiaba dos veces al año para abonar las heredades con la terrada que en ella depositaban las aguas llovedizas, y que en una ancha piedra areniza, que estaba medio sumergida en ella, se afilaban las hachas y otras herramientas.

El que me salga ahora con que á pesar de haber viajado por las Encartaciones no ha visto la casería de Ipenza, me permitirá decirle que es muy corto de vista, ó no ha bajado de peñas abajo.

II

Mañanita de San Juan,
cuando la gente madruga,

salieron de Ipenza Catalina y Santiago, y bajaron á misa primera al valle, cantando y saltando por los rebollares.

Catalina era una niña de doce años, rubia como la espiga del maiz en sazon, y con unos ojos azules como la flor del lino.

Santiago era un muchacho de quince, de cara trigueña y ojos negros como la endrina.

Catalina era la dulce vírgen del Septentrion, rica de pureza y mansedumbre.

Y Santiago el mancebo del Mediodía, lleno de energía y pasiones ardientes é inquietas.

Catalina no conocia padre ni madre. Una mañana de invierno, Quica, la casera de Ipenza, es decir, la madre de Santiago, oyó hácia el horno vagidos como de una criatura recien nacida, y se apresuró á averiguar quién los daba. Dentro del horno estaba una niña recien nacida, colgadita en una cofa y envuelta en unos pobres pañales.

El asombro de Quica fué inmenso ante aquel hallazgo.

—¡Pobre alma mia!—exclamó la buena aldeana, tomando en sus brazos la criatura y cubriéndola de lágrimas y besos.—¡En qué entrañas de fiera has sido engendrada!

Y viendo que la niña tenia un papel sujeto con la faja, se apresuró á leerle.

El papel decia:

«Esta niña no está bautizada. Su desconsolada madre pide »por amor de Dios á los vecinos de Ipenza que amparen á esta »pobre criatura. Se la coloca aquí para que no la hagan daño »los animales, para que no se muera de frio (pues el horno, que »se calentó ayer, estará tibio aún) y porque Quica, la de Ipen»za, es caritativa y buena.»

Quica, que ántes de leer este papel empezaba ya á desatarse en improperios contra las madres que abandonan el fruto de sus entrañas, no se atrevió, así que le hubo leido, á maldecir á la madre de aquella niña.

Corrió á dar cuenta á su marido de aquel inesperado hallazgo; en breves instantes sustituyó con una buena envoltura, que habia servido á su hijo, la miserable de la niña, y mandó á buscar á una mujer que vivia en una casería inmediata, para que diera de mamar á la hambrienta criatura.

Ramon, que así se llamaba el casero de Ipenza, tenia tan buen corazon como su mujer.

—¿Y qué harémos con este pobre ángel de Dios?—le preguntó Quica, mirándole á la cara con atencion tal, que cualquiera hubiera dicho que le importaba mucho su contestacion.

—¿Qué hemos de hacer?—contestó Ramon.—Dar parte á la justicia para que envie la niña á la Diputacion...

—¡Válgame Dios!—exclamó la aldeana entristeciéndose.—¡Adónde irá á parar esta criaturita! ¡Tal vez tropezará con alguna aña que la deje morir en cuatro dias!

Y besando á la niña, con los ojos arrasados en lágrimas, añadió:

—¡Qué hermosa eres, prenda del alma!

—Sí que lo es,—asintió Ramon, contemplando tambien enternecido á la niña.

—Hijo, bien dicen que no está la suerte para quien la busca. Yo, que siempre he pedido al Señor una hija, no la he tenido, y á las descastadas que las abandonan se las da su Divina Majestad como serafines del cielo.

—Mujer, ¡y qué hemos de hacer más que conformarnos con la voluntad de Dios!

—Pero, Ramon, ¿no ves qué alhaja es esta criatura?

—Sí, sí, hermosa es. ¡Dios la bendiga!

—Y decir que tal vez irá á parar á alguna picaronaza que sólo tendrá cariño á las mesadas de la Diputacion...

—¡Tienes razon, mujer, es un dolor!

Quica se desesperaba viendo què su marido no adivinaba, ó no queria adivinar sus deseos.

Iba ya á formular éstos terminantemente, cuando el alguacil del Concejo, asomando por un altito que daba vista á la casería de Ipenza, gritó:

—¡Ramon, de parte del señor alcalde que el domingo, á las doce, hay Concejo!

—Está muy bien,—contestó Ramon.—Pero oye, haz el favor de llegarte acá, que tengo que darte un encargo para el señor alcalde.

—Allá voy,—contestó el alguacil, siguiendo hácia la casería.

—¿Qué encargo le vas á dar?—preguntó Quica á su marido, sumamente inquieta y alarmada.

—¿Qué encargo ha de ser?—contestó Ramon.—El de que se lleve á la niña y la entregue á la justicia, que la mandará á Bilbao.

—¡Hija de mi alma!—exclamó Quica hecha un mar de lágrimas, estrechando á la niña contra su pecho y abrumándola de caricias.

Ramon comprendió entónces lo que su mujer queria, pero guardó silencio hasta que llegó el alguacil.

La ansiedad de la aldeana llegaba al colmo.

—Te he llamado—dijo Ramon al alguacil—para que hagas presente al señor alcalde que esta mañana hemos encontrado en el horno de casa esta pobre niña.

—¡Y es una joya!—dijo el alguacil reparando en la inocente expósita.—Es un dolor que no tenga madre...

—No la tenia esta mañana, pero la tiene ya,—repuso Ramon.

—¿Y quién es su madre?

—La madre de mi hijo.

Quica exhaló un grito de infinita alegría, y enlazó el cuello de su marido con el brazo que le dejaba libre la niña.

—Con que cuenta al señor alcalde lo que pasa, y dile que nosotros prohijamos esta niña.

—Así lo haré,—respondió el alguacil.

Y volvió á tomar el camino del valle.

—¿Estás ya contenta, madre de los afligidos?—preguntó Ramon á su mujer, sonriendo.

—¡Sí! ¡sí! ¡Que Dios te bendiga!...—contestó Quica, desahogando su gozo en abundantes lágrimas.

—¡Anda, anda,—dijo Ramon en tono benévolamente chancero,—que eres la más chiquillera que ha nacido de madre! Tú te debias haber casado con San Vicente de Paul, que llevaba chiquillos hasta en el baul.

Aquel mismo dia formó parte de los moradores de Ipenza en calidad de aña de la expósita, la vecina que habia venido á dar á ésta de mamar algunas horas ántes.

Pero volvamos á Santiago y la Jariega, que así llamaban á Catalina, y jariegos llaman á los hijos naturales en las Encartaciones.

—¿Y por qué les dan ese nombre?...

—Sólo puedo decirte, casta flor de mis amores, que en las Encartaciones se llama jaros á los matorrales.

—¿Y qué relacion hay entre el hijo natural y lo que allí llaman jaro, para que el nombre del primero parezca derivacion del segundo?...

—Permíteme que no te lo diga, porque no eres bastante *ilustrada* para comprenderlo.

—¡Qué gracioso!...

—¡Malhaya el que pospone la decencia á la gracia!... Pero escucha, y no me expongas á que algun lector me diga que estas divagaciones son mucho cuento.

Santiago y Catalina volvieron de misa primera poco despues de salir el sol, y dos horas más tarde quedaron exclusivos dueños de Ipenza, pues los demas moradores bajaron á misa mayor, encargando al partir á los motiles que cuidaran, Catalina de la olla y las gallinas, y Santiago de las llosas, continuamente expuestas á las invasiones de las saltarinas cabras, á pesar de sus buenas cárcabas y sus buenos setos.

Catalina desempeñaba sus funciones culinarias como una mujercita de provecho; pero Santiago se contentó con encomendar las suyas al zángano de Navarro, que fué puesto de centinela en un altillo que dominaba las llosas, pero que apénas se retiró el cabo, se escurrió á dormir como un liron á la sombra de un parral inmediato.

Santiago, cuya naturaleza era opuesta á la de Navarro; Santiago, que no podia estarse nunca quieto, que, como decia su madre, parecia que tenia azogue, se entretenia en el campo frente á la casería en tirar piedras á los tordos y los picazos que acudian á los cerezos.

De repente sonó el tamboril allá en las montañas del otro

lado del valle, donde habia una ermita de San Juan, y donde habia fiesta aquel dia.

Santiago, al oirle, empezó á bailar como un desesperado, escogiendo por pareja, á falta de otra, el robusto tronco de un cerezo.... .

—¿Te sonries? ¿Dudas? ¿Crees que no hay quien lleve tan allá como mi héroe su aficion al baile? Pues oye.

Por espacio de cuarenta años ha gozado de gran celebridad en las Encartaciones un hombre, llamado con mucha propiedad el Chato. El Chato estaba siempre donde quiera que estaba un hombre con un tamboril colgado del brazo izquierdo, un palillo en la mano derecha y un silbo apoyado en la boca y pulsado con la mano izquierda; pero cuando el cuidado de su casa, que estaba situada en un alto, no le dejaba asistir á la romería, pasaba la tarde bailando con un rebollo, que aún existe cerca del ilso de Otáñez, en el límite occidental del Señorío.

Pero Santiago no sufria con tanta resignacion como el Chato la inaccion de su pareja: así que bailó el primer corro y oyó el preludio del segundo, corrió bajo la ventana de la cocina y empezó á gritar:

—¡Jariega! ¡Jariega! ¡Baja, que suena el tamboril en San Juan, y vamos á echar un corro que se hunda la tierra!

Catalina se asomó á la ventana.

—¿No ves—dijo—que señora madre me va á reñir si no cuido la comida, y que el Morroño anda toda la mañana por ver si puede meter mano á los estiques que están á la lumbre?

—¡Que se lleve la trampa la comida!

—¡Pues! ¡Y por divertirse!...



—¿Y te parece poco divertirse? Por divertirme una hora doy yo veinte años de vida.

—No... ¡si tú fueras rico!...

—Chica, si yo fuera rico, me habia de dar una prisa á divertirme, que por ligera que viniese la muerte á estorbarlo, habia de llegar tarde. ¡Baja, Jariega, baja, que ya empieza otro corro!

Catalina, que llevaba la docilidad hasta el exceso, y particularmente con Santiago, tomó las posibles precauciones para que el Morroño no hiciese una de las suyas con los estiques, y bajó, en efecto, al nocedal.

Por complacer al que consideraba su hermano, se puso á bailar con el jóven; pero aún no habian terminado el corro, cuando dijo que se cansaba, y Santiago, á pesar de que estaba en sus glorias bailando, se apresuró á dejar el baile para que Catalina descansase.

El tamboril volvió á sonar á corto rato.

El baile es antipático á las almas delicadas y puras. Si David, que era un gran poeta, bailó ante el Arca Santa, bailó movido por el sentimiento que inspiró sus inmortales salmos, y no por el que le hizo codiciar á Betsabé; pero este último sentimiento, el sentimiento carnal, es el que, con *ligeras* excepciones, hace mover los piés desde que pasaron los tiempos bíblicos.

En los tiempos modernos, un alma de poeta en un cuerpo de bailarin sería un fenómeno con que uno se podria hacer rico enseñándole á cuatro cuartos.

El tamboril volvió á sonar, y Catalina, que no queria bailar, porque el baile era antipático á su alma delicada y pura,

trató de distraer la atencion de Santiago: lo primero que le ocurrió fué alzar la vista al cerezo y exclamar:

—¡Ay! ¡Qué cerezas tan hermosas!

Santiago, que ya iba á decir: «Ea, vamos con otro corrito», se calló la boquita, adivinando una cosa: que Catalina no queria bailar, y suponiendo otra: que Catalina queria cerezas.

—¿Quieres—preguntó á la niña—que suba y te las coja ó te apurra la quima?

—No, que está escachado el cerezo,—dijo Catalina.

—¡Bastante me importan á mí los escachos!—dijo Santiago trepando al cerezo, como si realmente sus carnes fueran invulnerables.

Y adelantándose á una rama de las más bajas, que en efecto estaba cargada de hermosas cerezas ampollares, la inclinó con el peso de su cuerpo hasta ponerla al alcance de la mano de Catalina.

Esta cogió algunas cerezas, más por no desairar la buena voluntad de Santiago que porque tuviese gana de ellas.

Santiago bajó del cerezo de un salto, trayendo en la boca dos pares de hermòsísimas cerezas unidas por los rabillos.

—Verás—dijo á la niña—qué par de arracadas te voy á regalar.

Y le colgó de cada oreja un par de cerezas, operacion en que Catalina consintió sonriendo de placer y agradecimiento.

—Ahora—añadió—te las regalo de mentirijillas; pero verás como no sucede así cuando yo sea rico.

—Sí, como no me ponga otras hasta que lo seas...

—Ya verás si lo seré cuando vaya á las Indias, que no

tardaré mucho, pues tio, el que está allá, prometió enviarme á buscar cuando yo tuviese quince años, y por Santiago los cumplo.

Catalina bajó tristemente la cabeza.

—¿Por qué te entristeces, chica?

—¡Toma! Porque dices que te vas á ir á las Indias.

—¡Qué tonta! ¡Pues así fuera mañana!

—¿Y para qué quieres irte?

—¡Buena pregunta! Para hacerme rico y darme una vida... ¿No quisieras tú ser rica?

—Sí que quisiera.

—¿Y qué ibas á hacer entónces?

—¡Qué sé yo!

—Tú nunca deseas nada.

—¡Cabalito, amen, Jesus! ¿Con que no deseo nada? Verás si deseo: deseo mucho dinero, para dar un duro á cada pobre que llegue á la puerta: deseo un jardin con muchas rosas y claveles y azucenas, para hacer todas las mañanas dos ramos, y ponerlos, el uno en el altar de la Vírgen de la Soledad y el otro en mi cuarto: deseo que hagan otra casa en Ipenza, porque da miedo vivir en una casería sola: deseo estar cerca de la iglesia, porque alegran las campanas y se quita la tristeza rezando ante los altares, y deseo... que no te vayas á las Indias. ¡Mira tú cómo deseo muchas cosas!...

Burlábase Santiago de los inocentes deseos de la niña, cuando le gritaron desde una casería cercana que un rebaño de cabras estaba sacando la tripa de mal año en la pieza de borona, cuya guarda habia confiado á Navarro. Corrió á enguisar el perro á las comunistas, y Catalina se fué tambien á ver

si el Morroño opinaba en la cocina, como las cabras en la llosa, que la propiedad es un robo.

La gente salia ya de misa y tomaba las estradas que conducian á las caserías dispersas, como la de Ipenza, en las alturas.

III

Desde el fondo del valle habia visto Ramon las cabras en la llosa, y ántes de llegar á casa, tomó de un seto una vara de avellano, con objeto de medir con ella las costillas á Santiago por su descuido.

—¿Dónde está, donde está ese pícaro, que le he de matar?...—preguntó á Catalina al llegar á casa.

—Señor padre,—contestó la niña temblando,—está en la llosa.

—Si hubiera estado allí, como se le mandó, no hubieran destrozado las cabras la borona.

—Se vino porque le llamé yo para que me cogiera unas cerezas ampollares.

—¡Jariega habias tú de ser para ser buena!—dijo Ramon, yendo á dar un pescozon á Catalina; pero Quica se interpuso, deteniendo el brazo de su marido y exclamando:

—¡Ramon, por el amor de Dios, no pegues á la niña, que harto trabajo tiene la pobrecita de mi alma con no conocer padre ni madre!...

—Pues el bigardo de tu hijo, que los conoce, será quien lleve la farda.

—Hombre, no seas terco, que todos hemos sido jóvenes y

descuidados. Ademas, hoy debemos pasar el dia en paz y en gracia de Dios, ya que hemos tenido una buena noticia.

—Bien, lo que tú quieras, mujer,—contestó Ramon, ya completamente aplacado.—Siempre ha de ser lo que á vosotras se os antoja. Aquí lo del cuento que contaba el difunto mi padre, para probar que ni las cosas más difíciles de este mundo se resisten al antojo de las señoras mujeres.

—¿Y qué cuento era ese?—preguntó Quica muy alegre, viendo ya á su marido tan placentero como de costumbre.

—Cuando Cristo andaba por el mundo sanando enfermos y resucitando muertos, le salió al encuentro una mujer y le dijo, tirándole de la capa y llorando como una Magdalena:

—«Señor, haga usted el favor de venir á resucitar á mi marido, que se murió esta mañana.»

—«No me puedo detener,—le contestó el Señor,—porque voy á escape á hacer un milagro de padre y muy señor mio, que es encontrar una buena madre de familia entre las mujeres aficionadas á toros y novillos; pero todo se andará si la burra no se pára. Lo que yo puedo hacer es que se te antoje resucitar á tu marido, y tu marido resucitará.»

Y en efecto, á la mujer se le antojó que su marido habia de resucitar, y su marido resucitó, que ni los muertos pueden resistirse á los antojos de las mujeres.

Quica y Catalina rieron grandemente el cuento de Ramon, que el cariño encuentra gracia hasta en cuentos tan desgraciados como el que contó Ramon y los que yo cuento.

Catalina se fué llena de alegría, al ver que al cabo se habia despejado el cielo, á poner la mesa en el patin, deliciosamente sombreado por el higar, y entre tanto se preguntaba:

—¿Qué buena noticia será esa de que ha hablado señora madre?

Santiago y Navarro asomaron por el nocedal, ambos cabizbajos y recelosos, porque á ambos les remordia la conciencia.

—¡Venga usted á comer, señorito!—dijo Ramon á Santiago.

Navarro creyó que el amo hablaba con él, y refunfuñó para sí:

—¡Malo, malo, cuando sin serlo le llaman á uno señorito!

Y fué á tumbarse tímidamente bajo la mesa, á la cual acababa de sentarse Santiago con ménos remordimientos que el perro.

Ramon y Quica sabian el buen efecto que habia de causar en su hijo la buena noticia que habian recibido, y se apresuraron á desembucharla.

Esta noticia se encerraba en una carta de Méjico, que Ramon sacó del bolsillo, y empezaba de este modo:

«Querido hermano Ramon: Si no estoy equivocado, el chico va á cumplir ya quince años, edad la más á propósito para aclimatarse en este país y para emprender la carrera del comercio, que yo con tanta honra y provecho he seguido. Mandadme, pues, á mi sobrino y ahijado Santiago con el primer buque que salga de Bilbao, que de mi cuenta corre el hacer de él un hombre de provecho.»

Esta carta enloqueció de alegría á Santiago y entristeció profundamente á Catalina.

Llegó el 15 de Agosto, gran dia para el Concejo, pues en su iglesia parroquial se celebraba la fiesta de la Asuncion.

Apénas habia amanecido y ya las blancas columnas de

humo que se elevaban de los hogares formaban sobre todo el valle una diáfana y azulada nubecilla, agitada mansamente por las vivificadoras auras cantábricas.

En las montañas vascongadas, ennoblecidas por la historia y fecundadas por el sudor de sus habitantes, armonizan tan santamente el templo y el hogar y la naturaleza, que al contemplar allí el viajero el hermoso símbolo compuesto de tres manos enlazadas y la leyenda *Irurac-bat*, duda si este símbolo es sólo el de las tres provincias hermanas, ó á la vez el del templo y el hogar y la naturaleza. Llega la fiesta parroquial del valle, y de esta consoladora trinidad surgen las alegrías más puras del pueblo vascongado, que las busca en el templo cuando el sol empieza á dorar sus montañas, en el hogar cuando el sol llega al zenit, y en la arboleda cuando el sol se acerca al ocaso. Siempre, siempre se confunden allí armónicamente el toque de la campana, el nombre de ¡padre! ¡hijo! ¡hermano! y el canto de la malviz.

Ya allá abajo, en el fondo del valle, se mezclaban el són del tamboril y el repique de las campanas, y el amor de la familia salia alborozado de todas las caserías á recibir al pariente forastero que, atravesando sombríos castañares, ó verdes y bien cultivadas llosas, va una vez al año á rejuvenecer su corazon bajo aquel techo, en aquellas arboledas, en aquellos huertos, en aquel templo donde están los recuerdos más dulces y santos de su infancia.

Todos los hogares elevaban al cielo blancas columnas de humo, como nubes de incienso enviadas al Señor por la abundancia y las benditas alegrías que derramaba en ellos; pero el hogar de Ipenza parecia apagado aún. Sin embargo, sus mo-

radores se habian levantado ántes que los pájaros entonasen en el nocedal y las aves el canto de la alborada.

Santiago se preparaba á tomar el camino de Bilbao, porque habia llegado la hora de embarcarse para ese nuevo hemisferio, adonde ¡oh noble patria mia! la flor de tu hidalga y hermosa juventud va á buscar un sepulcro tan triste, tan triste, Dios mio, que ni las lágrimas de una madre le santifican, ni las flores del valle nativo le adornan!

Ramon debia acompañar á su hijo hasta Bilbao, porque en el fondeadero de Olabeaga le esperaba un buque.

Quica, que hasta aquel instante no habia derramado una lágrima, porque sólo habia visto á su hijo en el camino de la felicidad, como visteis á los vuestros, vosotras desconsoladas madres, que ya sólo veis un sepulcro en las regiones americanas; Quica lloraba ya sin consuelo.

La pobre Catalina habia llorado tanto por espacio de mes y medio, que no quedaban ya lágrimas en sus ojos: no lloraba, pero sentia el abatimiento y la tristeza que deben sentir los que se mueren.

Los ojos de Santiago se humedecian á veces, pero no tardaban en brillar de alegría.

—Vamos, vamos, que parecen ustedes niños llorones,— exclamó Ramon, arrancando á su hijo de los brazos de Quica y Catalina.—¡Cualquiera diria que el caso es para llorar!... ¿No me veis á mí? Pues yo tambien tengo mi alma en mi almario...

Y en efecto, Ramon la tenia, pues de sus ojos se deslizaban lágrimas como avellanas.

Santiago y Ramon partieron.

Desconsoladas Quica y Catalina, los siguieron con la vista hasta que transpusieron un cerro cercano.

Entónces la niña hizo un esfuerzo casi sobrenatural para serenarse, y dijo:

—Señora madre, voy á llevar las ovejas al monte.

—Haz lo que quieras, hija,—le contestó Quica maquinalmente.

Catalina tenia por costumbre abrir la puerta todas las mañanas á un rebañito de ovejas, y encaminarle hasta un tiro de piedra de la casería, donde dejaba solas las ovejas; pero aquel dia siguió con ellas hasta el cerro que acababan de transponer Ramon y Santiago, y desde aquel cerro pasó á otro, y desde éste al de más allá, siempre clavando la vista en el camino de Bilbao, hasta que, rendida de fatiga y muerta de tristeza, inclinó la hermosa frente, y en lugar de dirigirse á la casería de Ipenza, se dirigió á la iglesia del valle y se arrodilló ante el altar de la Vírgen de la Soledad.

IV

Muchos años hace que Santiago se ausentó de Ipenza.

—Cuéntame, cuéntame su vida durante ese largo tiempo.

—Son, amor mio, muy escasas y muy oscuras las noticias que de ella tengo. Así, pasaré como sobre ascuas por el volcánico suelo americano, para volver cuanto ántes al fresco y tranquilo y feliz suelo vascongado.

Santiago fué recibido en Méjico con grandes muestras de cariño. Su tio era uno de los comerciantes más ricos de aquella ciudad. Rayaba ya en los cincuenta años, y no se habia casado ni pensaba casarse.

Durante el primer año, Santiago fué un modelo de aplicacion y juicio, por lo cual su tio le tomó un cariño entrañable, concentró en él todo ese caudal de amor que guardan sin saber qué hacer de él los que han llegado á los cincuenta años sin familia y sin amigos del corazon; pero al año empezó á cerdear, con mucho sentimiento de su tio. Los amores vergonzosos, el juego, los espectáculos sangrientos, el lujo, los banquetes, todas esas cosas que constituyen la dicha de las almas groseras, tenian para él un encanto que no siempre podia resistir. La caridad, las letras y las artes, el amor puro, la hermosura de la naturaleza, las expansiones tranquilas é ingenuas de la amistad, el pensamiento ó el jazmin que nos envia dentro de una carta nuestra madre ó nuestra hermana, el recuerdo constante de nuestro hogar, el ánsia continua de tornar al valle nativo, todas esas cosas, que son la gloria de las almas delicadas, carecian de encanto para Santiago.

Un dia le llamó su tio á su despacho, y le dijo:

—Santiago, veo con dolor que te apartas del buen camino, del camino que yo he seguido para llegar á la estimacion de todo el mundo y al millon de pesos de que soy dueño en la actualidad. Tú te desvives por gozar del mundo, y vas por un camino enteramente opuesto al punto á que quieres llegar. Si trabajas sin descanso, un dia serás dueño de las riquezas de tu tio, y podrás satisfacer esa ambicion de goces materiales que te consume; pero si no trabajas ni te apartas de la vida que has emprendido, jamas se realizará tu sueño, porque no podrás disponer de riquezas propias ni heredar las de tu tio. Medita bien lo que te digo, y escoge lo que más te convenga.

En efecto, Santiago meditó las palabras de su tio, y al

cabo se decidió á trabajar para ser rico y luégo darse la vida que constituia su eterno sueño.

Su tio, que le queria mucho, solia decir cuando se trataba de Santiago:

—Ese muchacho se porta, gracias á que yo le canté la cartilla así que empezó á ladearse. Estoy resuelto á dejarle mi capital cuando yo cierre el ojo, porque á la verdad se lo merece; pero tiemblo al pensar lo que va á hacer cuando se encuentre rico: va á querer desquitarse en un año del hambre de goces que está sufriendo hace diez, y va á morir de una indigestion ó un estallido. Ustedes verán, si viven, si mis temores son ó no fundados.

El dia de esta prueba llegó más pronto de lo que el bueno del comerciante se figuraba. El tio de Santiago murió al cumplirse los diez años de la llegada del sobrino á Méjico.

Santiago se encontró, pues, á los veinticinco años dueño de veinticinco millones de reales y de veinticinco millones de deseos de goces materiales.

Recuerda lo que una mañanita de San Juan decia á Catalina en el nocedal de Ipenza:

—Chica, si yo fuera rico, me habia de dar una prisa á divertirme, que por ligera que viniese la muerte á estorbarlo, habia de llegar tarde.

—Ya que hablas de Catalina, ¿qué habia sido en todo ese tiempo de la pobre chica, y de Ramon, y Quica, y Navarro, y el Morroño?

Catalina era una de las chicas más lindas que paseaban las Encartaciones; tanto, que á pesar de ser jariega, de estar siempre más triste que un entierro, y de saber todo el mundo

que plantaba unas calabazas al lucero del alba, le salia cada dia un novio.

Ramon y Quica estaban ya hechos unos carcamales, sin duda por las pechadas de llorar que se daban cuando venía el correo de América y no traia carta del chico, lo cual sucedia casi siempre.

Por quien no pasaba dia era por Navarro; Navarro habia arreglado su modo de vivir, y con él le iba á las mil maravillas: dormir bajo los parrales en primavera y en verano, y en la cuadra en otoño y en invierno; comer para vivir, y no vivir para comer; hacer cuatro carocas á sus amos cuando venía á pelo, para no incurrir en la fea nota de impolítico y descastado; y no darse malos ratos por nada ni por nadie, y mucho ménos por una novia que tenia en una casería inmediata, tal era su método de vida, y de allí no le arrancaba una pareja de bueyes. Así era que, teniendo ya trece años, nadie le echaba arriba de siete.

En cuanto al Morroño, continuaba ahogando el grito de su conciencia con el siguiente silogismo:

«La propiedad es un robo: luego mi amo ha robado los chorizos que tiene en la despensa, y por consiguiente es un ladron.

»El que roba á un ladron gana cien dias de perdon: luégo yo gano cien dias de perdon robando á mi amo.»

Pero volvamos á Méjico.

Santiago, en medio de sus malas cualidades, tenia algunas buenas, y entre ellas la de conservar alguna ley á su patria, bien que esta cualidad es general y característica en la raza vascongada. ¿Sabes tú, flor de las flores, cuál es el mayor de-

leite de los hijos de las Tres nobles Hermanas, lo mismo en Madrid que en las Antillas, lo mismo en las repúblicas hispano-americanas que en los Estados Unidos, donde quiera que los conducen su carácter emprendedor, su fama de hombres leales y honrados, y su afan de enriquecerse para enriquecer á su familia y á su patria? Reunirse en sus horas de descanso con los que han nacido en sus patrios valles, y cualesquiera que sean los intereses y las afecciones que los liguen con el país en que residen, y por largo que sea el período de su expatriacion, delirar y soñar con la tierra natal y con el hogar de sus padres. ¡Ah! ¡Tú no puedes comprender como yo lo que pasa en el corazon de un vascongado cuando, aunque no sea más que á sesenta leguas de sus montañas, llega á su oido el sonido de un tamboril, ó se ofrece á su vista el traje usual de su aldea, ú oye la rica y venerable lengua de los escaldunac!

—Quiero volver á mi país,—se dijo Santiago,—porque mis padres son ya viejos y desean verme, porque la pobre Jariega es una buena muchacha, aunque sus cartas demuestran que sigue tan llorona como siempre, y porque mi país es bueno para dar una vuelta por él; pero muy tonto sería yo si ántes no viera y gozara cuanto hay que ver y gozar en el nuevo mundo, que sólo he visto por un agujero.

Esto se dijo Santiago, ó más bien el señor don Santiago, porque ya da vergüenza nombrar con tanta llaneza á un hombre que tiene tantos millones; esto se dijo, y al dia siguiente se echó á vivir.

¡Buenas, muy buenas las corrió el señor don Santiago en la América Central y en la del Sur!

Carruajes á docenas, caballos á centenas, criados á grue-

sas, amigas á millares; cada noche un banquete y lo demas que se calla; cada semana las emociones de un desafío; cada dia el berrinche de un par de horas de juego, y de cuando en cuando un costalazo en una apuesta á que reventaba un caballo en cinco minutos; esto fué lo que por espacio de medio año dió al señor don Santiago una celebridad inmensa en la América Española.

En Madrid, y no sé si en otras partes tambien, tienen los confiteros una táctica muy ingeniosa para evitar que sus dependientes figuren entre los primeros consumidores del dulce fruto de sus tareas. Reciben un muchacho *rocin venido de la tierra* (esta es la frase consagrada por el uso. ¡Qué chistes se oyen, Dios mio!) y lo primero que le dicen es:

—A tí te gustan los dulces, ¿nó es verdad? Pues tienes licencia para comer los que te dé la gana, con tal que seas hombre de bien.

El muchacho, cuyo bello ideal habia sido siempre tener á su disposicion una confitería, ve el cielo abierto con esta advertencia, y se da un atracon de yemas como para él solo.

La consecuencia de este atracon es que el muchacho aborrece para siempre los dulces, y á veces pierde el estómago.

Algo parecido á lo que sucede á los muchachos de las confiterías empezaba á suceder al señor don Santiago: los atracones de placer le iban haciendo aborrecer los placeres, le iban echando á perder el estómago, y lo que es más doloroso aún, el corazon.

Pasó á los Estados Unidos, y allí pasó otro medio año comiendo dulces, cada vez con ménos apetito.

Cuando el lobo se hartó de carne, se metió fraile: cuando

el señor don Santiago se encontró hastiado de aquellos placeres que tanto habia ansiado, pensó en su país, en sus padres y hasta en la pobre Jariega, y se decidió á embarcarse para la madre patria.

Mañanita de San Juan,
cuando la gente madruga,
el que borracho se acuesta
con agua se desayuna.

Pero hé aquí que un dia recibe nuestro hombre una carta con la triste noticia de que sus padres han muerto con el dolor de no volver á ver al hijo cuya ausencia lloraban hacía más de diez años.

El señor don Santiago no recibió con indiferencia aquella noticia, pero se asombró de que no le causase el pesar que en otros tiempos le hubiera causado: era que su alma se habia gastado en los placeres, estaba muerta para la tierra, ya que no pudiera estarlo para el cielo.

Y don Santiago se dijo entónces:

—Si en esta tierra, rica de juventud y civilizacion, no encuentro ya placer alguno, ¿cuáles puedo esperar en mi patria, vieja caduca, que como todos los viejos, ha tornado á la ignorancia y á la impotencia de la niñez? Ademas, mis padres han muerto, y si allí soy capaz de sentir algo, será el desconsuelo de no encontrarlos ya en torno del hogar donde los dejé. ¡No, no quiero volver á mi país! Recorreré todo el mundo, á ver si con mis riquezas encuentro aún placeres; pero no volverán á darme su sombra los nogales y los cerezos de Ipenza.

Las orgías, el juego, el lujo, los amores venales, los pla-

ceres de todo género, le causaban profundo hastío. Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo para volverse á sumergir en ellos, que los habia ansiado mucho para que renunciara á ellos fácilmente; pero le sucedia lo que al enfermo inapetente, que obstinándose en comer, exacerba la rebeldía de su estómago.

Y no era ya la muerte del alma, la muerte del corazon, la muerte del sentimiento, el único mal que aquejaba á Santiago; su rostro estaba marchito, su cabello empezaba á encanecer, sus miembros se entorpecian y su pecho respiraba con dificultad.

Consultó á los médicos más famosos del nuevo continente, y todos opinaron que al restablecimiento de su salud convenian mucho los aires de su país nativo; pero Santiago opuso una resistencia tenaz á seguir el consejo de los médicos.

—¡Soy—se decia—el más desventurado de la tierra! ¡Paso media vida trabajando sin descanso y lleno de privaciones para enriquecerme; me enriquezco al fin, y me encuentro con que mis riquezas son inútiles, con que soy más desdichado que el último de los tres millones de esclavos que gimen en esta tierra de la libertad, pues sólo conservo viva la inteligencia para contemplar el vacío del sentimiento! ¡Oh, Dios mio! ¡Yo diera todas mis riquezas por sentir un latido en mi corazon ó una lágrima en mis ojos!

¿No te parece, luz de los mios, que en efecto Santiago era muy desventurado?

—¡Ay! ¡Sí que lo era, sí!

Que Dios, si así place á su Divina Majestad, abrume de dolencias nuestro cuerpo y de tribulaciones nuestra alma,

Que nos condene á llegar á la ancianidad ganando con el sudor de nuestra frente el sustento cotidiano,

Y que nos niegue la dicha de ver en torno de nuestro lecho mortuorio hijos que nos lloren y nos reverencien;

¡Pero que nos conserve el alma siempre lozana y jóven!...

Cada vez se lamentaba Santiago más de haber perdido esta juventud del alma que á tí y á mí nos hace dichosos.

A la tísis moral sucedia ya la tísis física. Los médicos le declararon terminantemente que su única esperanza de salvacion estaba en la vuelta á la tierra natal, y Santiago aceptó esta esperanza, más bien ya por indiferencia que por amor á la vida.

V

La primavera engalanaba á las Encartaciones con un rico manto verde, sembrado de flores de guindo, de manzano, de melocotonero, etc., y las obsequiaba todas las mañanas con un concierto de pájaros, que era lo que habia que oir, pues los músicos trabajaban á las mil maravillas engolosinados con el abundante almuerzo de cerezas que la primavera les prometia para despues de los conciertos.

Uno de aquellos pájaros, que se ha criado al calor de mi pecho, y aún tiene su nido como quien va hácia mi costado izquierdo, es quien me cuenta todas estas cosas.

Lo mismo en las llosas del fondo del valle, que en las que rodeaban las caserías dispersas en las alturas, reinaban la animacion y el contento, no tanto porque habian venido las hojas, y las flores, y los pájaros, y los dias claros y las noches

serenas, como porque habian venido las esperanzas, doradas mariposas, cuyas crisálidas eran el piececito de maíz, que asomaba ya su rubia cabeza en la heredad layada y sembrada quince dias ántes, la hebra de trigo, que reventaba de orgullo al sentir la espiga en su seno, y la flor de los frutales, madre feliz que no muere hasta qué están granaditos sus hijos. Los niños hacian silbos con la corteza del nogal ó del castaño, ó buscaban nidos en los avellanales de los regatos, de paso que apacentaban los bueyes en las honderas de las piezas ó en las campas; y los hombres y las mujeres sallaban en las piezas adelantadas, ó batian terrones en las atrasadas, chupando su pipa los primeros, cantando ó riendo estrepitosamente las segundas, y todos, niños y hombres y mujeres, sintiendo una alegría y una felicidad que nos está vedada á nosotros los que nos ahogamos en esta atmósfera deletérea de las ciudades.

Pero habia unas llosas en que reinaban la soledad y la tristeza, y eran las que rodeaban la casería de Ipenza: aquella vida, aquella alegría que la laboriosidad y el placentero carácter del difunto Ramon derramaban constantemente en ellas, habian desaparecido. ¡Harto habia hecho la pobre Jariega arrojando en ellas á la aventura de Dios la semilla que empezaba á brotar lozanamente!

Medio año hacía que habian volado al seno del Señor los caseros de Ipenza, Quica primero y Ramon un mes despues, dejando á Catalina una buena dote y el usufruto de la casa y la hacienda, miéntras su natural heredero no le reclamase. Desde entónces la vida de Catalina se deslizaba en la tristeza y en las lágrimas, que sólo conseguian detener por breves instantes su fe cristiana y el cariño de la buena mujer que la

habia alimentado á sus pechos, y á quien habia llamado á Ipenza para que le sirviese en su soledad de madre y de compañera.

Santiago no venía, ni contestaba siquiera á las tiernas y tristes cartas en que la pobre muchacha le pintaba sus perpetuos recuerdos y su soledad y la de la casa paterna.

Era un domingo. El cielo amaneció azul y hermoso como los dulces ojos de la huérfana de Ipenza, y el sol apareció sobre los altos picos de Oriente más dorado y vivificador que nunca. Las campanas de la iglesia parroquial cantaban, repicando á misa, la dicha y la alegría que reinaban en el valle.

Catalina, vestida de luto, no tan negro y tan triste como el que llevaba en el corazon, bajó á la iglesia á encender las candelas y colocar las ofrendas de blanco pan sobre la sepultura de aquéllos á quienes habia dado el dulce nombre de padres.

Rezó y lloró sobre aquella sepultura, y terminada la misa, volvió á tomar la estrada de Ipenza.

Casi repentinamente apareció por la costa aquella tenue neblina que hace exclamar á los buenos habitantes de las Encartaciones:

—Ya limpian trigo en los montes de Somorrostro. No tardará en llegar aquí el tamo.

Aquella húmeda neblina fué avanzando, avanzando, y al llegar Catalina á Ipenza, ya cubria todas las Encartaciones, desde las cumbres de Soba á las de Oquendo, y desde el cónico pico volcánico de Sarántes al de Colisa.

El sol se oscureció completamente, y á una mañana es-

pléndida del Mediodía, sucedió una tarde nebulosa del Septentrion. Sin embargo, el corazon de Catalina estaba alegre, y latia como si una dulce esperanza le agitase.

La noche avanzó cada vez más lluviosa y oscura, y las moradoras de Ipenza, despues de rezar el rosario, se disponian á acostarse, cuando Navarro, que dormia en el horno, despertó refunfuñando, y comenzó á ladrar atravesando el nocedal en direccion á la estrada que bajaba al valle.

Catalina supuso que lo que sacaba á Navarro de sus casillas, ó mejor dicho, de su horno, sería alguna partida de contrabandistas pasiegos, y se asomó á una ventana que daba sobre la portalada de la casería.

En la estrada se oia ruido de caballerías, ruido que cada vez se acercaba más, y Navarro habia dejado de ladrar.

—No serán pasiegos,—dijo la jóven á la aña,—que los pasiegos no confian á piernas ajenas sus personas ni su maco.

Las caballerías se acercaban á la portalada.

—¡Abre, Jariega!—dijo una voz fatigosa que ni Catalina ni la aña conocieron, pero que resonó profundamente en el corazon de la primera como si fuese conocida y amada.

Los desconocidos estaban ya en la portalada.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntó la aña, sacando el candil por la ventana.

—¡Abra usted, aña ó demonio!—dijo la misma voz en el tono peor humorado del mundo.

Al iluminar el candil la portalada, se ofrecieron á los atónitos ojos de la jóven y de la anciana:

Un arriero que conducia del ramal cuatro mulas reatadas

y cargadas de cofres y maletas, y un viejo (tal parecia al ménos) montado en otra mula, al lado de la cual daba saltos y brincos Navarro queriendo acariciar al jinete.

Catalina y la aña, á quienes habia asaltado la dulce sospecha de que fuese Santiago el que tan familiar é imperiosamente les habia dirigido la palabra, á pesar de que aquella voz les era desconocida, perdieron toda esperanza al ver al que cabalgaba en la mula delantera: aquel hombre en nada se parecia á Santiago, áun teniendo en cuenta lo que á éste debian haber desfigurado los años. Su cabello comenzaba á blanquear, sus ojos estaban hundidos, amarillo y demacrado su rostro, afiladas sus manos y su espalda encorvada. Santiago, que sólo contaba veintiseis años y que ya al partir de Ipenza se las apostaba á tirar la barra y jugar la pelota á los mozos más forzudos y ágiles del valle; Santiago, que ya á los quince años era por su gallardía y su hermosura el encanto de las muchachas del Concejo; Santiago no podia haberse trocado en once años en aquel hombre viejo y valetudinario.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntó Catalina, muerta de miedo y desaliento.

Y el desconocido exclamó cada vez más irritado:

—¡Abre, Jariega, con un millar de demonios, ántes que vaya la puerta abajo! ¿Era éste el recibimiento que me prometias al darme noticia de la muerte de mis padres?

—¡Él es!... ¡él es!...—gritaron ambas mujeres.

Y se lanzaron á la puerta del patin.

Entre tanto, Santiago echaba pié á tierra, ayudado del arriero.

Navarro se acercó á él deshaciéndose en caricias; pero el

indiano le arrimó un fuerte puntapié, acompañado de un taco del número uno, y el pobre viejo tomó la ruta hácia el horno dando unos alaridos que indudablemente querian decir traducidos á lengua cristiana:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Qué bruto vuelve mi amo! Pero más bruto soy yo, por haber quebrantado mi propósito de no incomodarme por nada ni por nadie. Bien dice el Morroño, que San Yo es el único santo á quien uno debe tener devocion. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Qué sabio es mi compañero el Morroño!

Miéntras así se lamentaba Navarro, don Santiago murmuraba con desesperacion:

—¡Muerta!... ¡muerta para siempre mi alma!... ¡Nada, náda... indiferencia, hastío, cansancio de la vida al desembarcar en Vizcaya... al entrar en el valle donde nací... al llamar á la puerta de mis padres... al oir la voz de la compañera de mi niñez!...

Catalina, seguida de la aña, se precipitó á la portalada, é iba á lanzarse á los brazos de Santiago; pero éste, léjos de abrírselos, se contentó con murmurar friamente:

—¡Hola, Jariega! Yo creí que no abrian ustedes en toda la noche.

Esta indiferencia hirió en el corazon á la pobre Catalina, y este nombre recordó á la delicada huérfana que era una miserable expósita que debia á la caridad la vida, el pan que la sustentaba y el techo que la guarecia. El *tú* que iba á pronunciar; el *tú*, dulcísimo pronombre del amor y de la amistad, como le llama el cantor de *Los Mártires*, el *tú* se detuvo en los inmaculados labios de la solitaria de Ipenza, que le cambió por el ceremonioso *usted*, y acompañó con otro pronombre más ce-

remonioso aún el nombre de Santiago, que tan dulce le habia parecido siempre sin anteposicion alguna.

—¿Cómo está usted, don Santiago?—preguntó al indiano, con el corazon desgarrado.

—*¡Usted!* ¡Nunca has de dejar de ser necia! *¡Don!* ¡Jamas se ha de ver libre esta... cándida patria mia de sus estúpidas preocupaciones, de sus ridículas ínfulas nobiliarias!... ¡Bien hayan los países donde todo el mundo desciende democráticamente de Adan!...—gruñó el indiano con hastío y despego dando al olvido dos cosas:

Que el *usted* es bello y oportuno como noble expresion de respeto, y como modesta confesion de inferioridad:

Y que, en nuestros tiempos, el *Don* no es ínfula nobiliaria, y sí sólo indicacion de que aquél que le antepone á su nombre de bautismo, pobre ó rico, es persona decente, tiene derecho, por sus méritos, por su inteligencia, por su educacion, á que no se le confunda con los que por desgracia no poseen ninguna de estas nobles cualidades personales, tan estimadas en toda sociedad delicada y culta. Por más que mi hermano y yo seamos hijos de unos mismos padres, y allá nos andemos en punto á dinero, mi hermano sólo tiene derecho á poner en los libros que *compra:* «Este libro es de *José de Tal*», al paso que yo le tengo á poner en los libros que *escribo:* «Este libro es de *D. Antonio de Cual*», por la sencilla razon de que mi hermano, aunque labrador honrado, bueno y laborioso, ha pasado las noches de su juventud durmiendo, y yo, aunque mal literato, he pasado las de la mia estudiando para ennoblecer mi espíritu, para comprender la hermosura de Dios, del arte y de la naturaleza, para apreciar en todo su valor los sen-

timientos elevados, para separar lo delicado de lo grosero, y para distinguir entre el mal y el bien, y entre lo justo y lo injusto.

Era tan profundo el dolor que sentia Catalina al encontrar á Santiago en aquel lastimoso estado, y al verse tratada de aquel modo por el amado compañero de su niñez, á quien su corazon habia llamado y esperado por espacio de once mortales años; era tan profundo el dolor que revelaba la dulce faz de Catalina, que Santiago no pudo ménos de arrepentirse de su frialdad y dureza, y de alargar la mano y dirigir algunas palabras benévolas á la jóven, que se estremeció entónces de alegría.

—¿Vienes enfermo, Santiago?—le preguntó Catalina con infinita ternura.

—Sí; enfermo del alma y del cuerpo!

—¿Qué sientes, hermano de mi corazon?

—No siento nada, y esa es mi mayor desdicha.

Catalina no comprendió el sentido de estas palabras.

—¿Tienes frio?

—Tengo helado el corazon.

—Ven, ven á orilla del fuego, donde te calentarás miéntras te disponemos la cena.

Santiago se dirigió á la cocina, apoyado en el hombro de Catalina.

El Morroño, que era amigo de lo caliente, se habia apoderado de la silla en que pocos momentos ántes habia estado sentada su ama. Al ver que ésta tornaba, se volvió del otro lado, y dió un bufido, como diciendo: «El que fué á Sevilla perdió la silla.»

En efecto, su ama le dejó en perfecta posesion de su conquista, que tambien respetó Santiago.

Aún conservaba éste la esperanza de convencerse de que su alma estaba enervada y no muerta; aún esperaba que su corazon diese un latido, siquiera fuese débil, al acercarse á aquel hogar que tanta dicha debia recordarle; pero no tardaron en desvanecerse estas esperanzas.

Santiago penetró en la cocina; se acercó al hogar, se sentó en el escaño donde se sentaba su padre, en el banco donde se sentaban él y Catalina, y hasta en el celemin donde se sentaba su madre; pero nada, su corazon continuaba paralizado, frio, indiferente á todo.

Entónces el más profundo abatimiento se apoderó de Santiago, sin que toda la solicitud y toda la ternura de Catalina y la aña bastaran á sacarle de él por un instante.

Catalina, que recordaba muy bien cuáles eran los manjares que en otro tiempo gustaban más á Santiago, improvisó una apetitosa cena, que esperaba fuese del agrado de su hermano.

—Vamos,—dijo á éste,—verás qué alegremente vamos á cenar juntos, tú, y la aña y yo. Mira: para que nos recuerde esta cena las de otro tiempo, cenarémos en la misma mesita donde cenábamos entónces, y la colocarémos aquí, á la orilla del fuego, donde la colocaba señora madre, que esté en gloria, para que no nos separáramos del amor de la lumbre. Ea, ya está puesta la mesa... Ahora voy en un salto á la cubera á buscar un jarro de chacolí, que le tenemos muy bueno, rica negrera, todo de uva graciana, de las andanas de la huerta... Estoy segura de que todas estas cosas, por ser de casa, te saben á gloria.

Y diciendo y haciendo, Catalina puso con mil primores la mesa, ayudada del aña; y en efecto, bajó de un salto á la cubera y subió de otro, con un jarro de vino.

Catalina sentia, al hacer todo esto, la santa alegría que siente la tierna madre cuando por espacio de toda una mañana se ocupa en preparar un manjar delicado que cree ha de colmar de gozo al hijo de su alma; y cuando Santiago, que se habia sentado á la mesa esperando aún que su estómago no rechazase aquellos manjares y aquel vino de la casa de sus padres; cuando Santiago retiró de sus labios con repugnancia la vianda y el vaso que Catalina le habia servido, Catalina sintió un desconsuelo parecido al que siente aquella misma madre cuando su hijo dice que no gusta ó no tiene gana del manjar que su madre con tanta solicitud le ha preparado.

Catalina comprendió al fin, más por el instinto del cariño que por las palabras de Santiago, el mal que aquejaba á éste. Un alma grosera y vulgar sólo hubiera adivinado que Santiago habia perdido el estómago; pero el alma delicada de Catalina adivinó que Santiago habia perdido el estómago y el corazon.

—Catalina, ¿dónde murieron nuestros padres?—preguntó Santiago.

Catalina se animó con un rayo de esperanza.

—En el cuarto de la sala,—contestó llorando Catalina.

—Pues disponme allí la cama, que allí es donde quiero morir.

—¡Hermano de mi vida!...—exclamó la jóven sin poder completar la frase, porque la ahogaban los sollozos.

—Déjate de lamentaciones inútiles,—dijo el indiano, vol-

viendo á perder la paciencia:—déjate de jeremiadas, y disponme la cama en el cuarto donde murieron mis padres.

Catalina le obedeció hecha un mar de lágrimas.

Santiago penetró poco despues en el cuarto donde habian muerto sus padres, con los ojos secos y el corazon inerte.

—¡La última esperanza desvanecida!—exclamó.

Y se dejó caer como muerto en el lecho.

VI

Al amanecer el dia siguiente, una neblecilla blanca y espesa envolvia las cimas del pico Cinto y el Alen; pero el sol apareció á poco rato por las alturas de Urállaga, derramando torrentes de viva y dorada luz, y la niebla abandonó deslumbrada aquellos últimos refugios. Jamas dia más espléndido brilló en las Encartaciones, á no ser aquél en que sus indomables hijos despedazaron las soberbias legiones romanas, cuya pérdida habia de llorar Augusto «suelta la barba y el cabello, dándose de cabezadas contra las puertas», como dice el bueno de Suetonio.

Sin embargo, Santiago ni áun quiso consentir en asomarse á la ventana á contemplar un diamante en cada hoja y cada flor en que habia depositado una lágrima la aurora.

Fueron pasando todos los dias de la semana, hermosos todos ellos, ménos para la pobre Catalina, y llegó por fin el domingo.

Las campanas de la iglesia parroquial del valle tocaban á misa primera.

—¡Santiago!—dijo amorosamente Catalina al indiano.—Si

mi voz no ha conseguido arrancarte de este encierro donde agonizas, que lo consiga la voz de Dios. ¿Oyes, hermano, esas campanas? La voz del Señor es esa, que nos llama á rezar y llorar sobre la sepultura de nuestros padres.

—Catalina, oraciones sin lágrimas no pueden llegar á Dios, y las lágrimas están vedadas á mis ojos. ¡Deja que se extinga aquí el débil soplo de vida que me queda!...

—¡No, por Dios, hermano mio! ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras que pronunció la madre que tanto te quiso, la madre que murió cuando murió su esperanza de volverte á ver? «¡Catalina, hija mia, me dijo, si vuelves á ver al hijo de mis entrañas, dile que el postrer deseo de su madre es que viva y muera amando á Dios, como sus padres han vivido y han muerto!»

Al oir estas palabras, Santiago se levantó del sillon en que estaba postrado.

—¡Hermana!—exclamó.—¡Cúmplase la voluntad de mi madre y la de Dios!

Catalina juntó las manos y alzó al cielo, en accion de gracias, sus purísimos ojos inundados en llanto.

Pocos instantes despues tomó Santiago la estrada que bajaba al valle, y llegó al campo de la iglesia cuando sonaba el segundo toque de misa.

Gran número de habitantes del Concejo estaban reunidos en el campo y en el pórtico de la iglesia, y todos se acercaron á saludar afectuosamente al indiano, doliéndose del triste estado en que volvian á ver á aquel muchacho, á quien tan hermoso y feliz vieron hacía once años.

Ni la gratitud, ni la alegría, ni la curiosidad, hicieron

tampoco en aquel instante al corazon de Santiago abandonar la glacial indiferencia que habia llegado á ser su estado normal. Aquellos rostros, que anunciaban almas siempre tranquilas y jóvenes, nada decian al jóven-viejo de Ipenza.

Santiago penetró en la iglesia en el momento en que sonaba el último toque, y el párroco, que habia derramado sobre su frente el agua santa del bautismo, salia á celebrar el santo sacrificio.

Al atravesar el sagrado umbral, y al dirigir alternativamente la vista al sacerdote y á la losa que cubria el sepulcro de sus padres, sus ojos brillaron de alegría: Santiago acababa de convencerse de que su corazon no estaba aún completamente muerto para el sentimiento.

Dobló la rodilla sobre la sepultura de su madre, y empezó á rezar, sintiendo un bienestar inexplicable.

—¡Madre!—murmuraron sus labios.—Tú, que en la tierra fuiste para conmigo amorosa y compasiva, ve desde el cielo mi desventura, y pide al Señor que me cubra con el manto de su misericordia, por más indigno que sea de ello. ¡Pídele, santa madre mia, que me dé ojos para llorar y corazon para sentir!...

Al pronunciar estas palabras, Santiago no pudo contener un grito de inmensa alegría: su corazon latia, y una lágrima asomaba á sus ojos. ¡Su alma empezaba á resucitar! ¡A la voz del Señor, el inerte corazon de Lázaro comenzaba á animarse!

Santiago inclinó su frente sobre la fria losa del sepulcro, y dos raudales de lágrimas brotaron de sus ojos.

Terminada la misa, salió del templo con el corazon inundado de alegría: entónces la gratitud y la curiosidad le hicie-

ron detenerse para saludar á las gentes que encontraba á su paso, y para observar las alteraciones que el transcurso del tiempo habia obrado en aquellos hombres, á quienes al tiempo de expatriarse dejó niños, y en aquellos ancianos, á quienes dejó jóvenes aún.

Para tornar á Ipenza, tenia que subir una prolongada cuesta, que habia bajado con harto trabajo; pero no se acobardó. «Me sentaré, se dijo, cuando me canse.» Pero, con gran sorpresa, se encontró á corto rato en el nocedal de Ipenza, sin haber sentido fatiga alguna, á pesar de su mucha debilidad. Es que las lágrimas de ternura dan vigor al alma agostada, como la da á las plantas la lluvia.

Catalina, que espiaba su vuelta desde la ventana, con el corazon lleno de penosa incertidumbre, salió á su encuentro.

Las mejillas de Santiago, ántes pálidas como la cera, estaban entonces sonrosadas, como si la sangre hubiese vuelto de repente á darles calor y vida.

—¡Catalina!—exclamó Santiago balbuceando de gozo.—¡He llorado y he sentido! ¡Mi alma no está muerta aún!... ¡La he sentido sobre la sepultura de nuestros padres!

Catalina exhaló un grito de inmensa alegría, y se precipitó en los brazos que le ofrecia su hermano.

Aquel dia se sentó Santiago á la mesa sin la invencible repugnancia que sentia hacía mucho tiempo, y encontró de gusto no del todo desagradable las viandas y el vino y las frutas del país, que hasta entónces no habia conseguido Catalina hacerle probar.

Tambien amaneció hermosísimo el dia siguiente; pero la tristeza y el silencio de la noche parecian haber vuelto á San-

tiago la indiferencia y el abatimiento que Catalina esperaba curar.

En vano se esforzaba la jóven por hacerle abandonar la habitacion en que habia vuelto á encerrarse. Viendo que sus reflexiones y sus súplicas eran inútiles, Catalina se retiró llorando del cuarto de Santiago; pero al ver éste aquellas lágrimas, se sintió dominado por la compasion, y se decidió á enjugarlas, accediendo á los deseos de la que tanto se interesaba en su dicha.

—Catalina,—dijo á su hermana,—no llores, que harto se ha llorado por mí en este mundo. ¿Qué es lo que deseas?

—Que abandones la oscuridad que te mata y salgas á gozar del sol de Dios que te ha de dar la vida,—contestó Catalina llorando aún, pero llorando de alegría.

Santiago salió al nocedal.

Los perales y los cerezos, interpolados entre los nogales, estaban cubiertos de flor y exhalaban un suavísimo perfume.

Santiago estuvo largo rato embelesado en la contemplacion de aquellos árboles, y refrescando su alma con el recuerdo de la dicha que, bajo su dulce sombra, habia encontrado en otros tiempos.

Pasado el nocedal, en una fresca cañadita, sombreada por gigantescos castaños, estaba la fuente que surtia de agua á los moradores de Ipenza.

Santiago se detuvo al lado de aquella fuente; abismado en sus recuerdos, aplicó sus labios con deleite á la teja que servia de caño al caudaloso manantial, cogió una embueza de agua, y refrescó con ella su rostro, y hasta tuvo tentaciones de ponerse, como en otro tiempo, á hacer represas y molinos

de junco en el arroyuelo que saltaba por la cañadita abajo.

Siguió adelante y se paró en un torco, desde el cual se dominaba una casería cercana, y las llosas que la rodeaban.

Oyendo á sus inmediaciones unas alegres vocecitas, se paró á escuchar atentamente: eran cuatro niños los que hablaban, *desjarretándose* la ropa en los jaros próximos al torco.

—Yo he *aprendido* un nido esta mañana.

—¿De qué es?

—De malviz y está *plumido*.

—¡Ay! ¿Me le quieres enseñar?

—¡Sí, cabalito!

—Pues no te enseño yo á tí un setal que aprendí ayer.

—Cuando vaya mi padre con vena me va á traer de Balmaseda unas alpargatas y una trompa.

—Y á mí mi padre un gorro colorado, en cuanto cueza la oya.

—Chicos, vamos á hacer silbos, que ya sudan.

—Vamos.

—¡Si yo pudiera sacar éste!...

Suda, suda,
cáscara ruda
tira coces
una mula;
sal, sal
para la Pascua
yo silbar!...

Y al compás de este sonsonete, los niños daban con una navajita gallega, ó negra, como allí dicen, en la corteza de un palito de castaño recien cortado, para desprenderla de la

madera, excitando el *sudor* de la corteza á fuerza de percusiones.

Santiago oia estas *puerilidades* con gusto, ya que no con el embeleso con que las oyes tú, alma de mi alma, que tu corazon fresco y creyente y puro es necesario tener para embelesarse con estas puerilidades.

Santiago dió un silbido, y los niños, atraidos por la curiosidad, subieron al torco. Cuando se encontraron con un caballero, se pararon un poco cortados.

—Chico,—dijo uno de ellos en voz baja á sus compañeros,—es el indiano de Ipenza, que, segun dice mi padre, no tiene alma, porque se le ha muerto.

—¿Y eso qué es?

—Qué, ¿morirse el alma? Yo no sé; ello debe ser así, cosa de muertos.

—¡Ay, qué miedo!

—Venid acá, galopines,—dijo Santiago en tono benévolo á los niños, que, en efecto, se acercaron á él.—¿Hijos de quién sois?

—Yo de Juan.

—Yo de Pedro.

—Yo de Diego.

—A mi padre le llaman por mal nombre Benditoseas.

—Habeis hecho hoy el cuco, ¿no es verdad?

—No, señor.

—¿Y por qué no vais á la escuela?

—Yo, porque hoy no tenia mi madre cuartos que darme para un caton.

—Y yo lo mismo.

—Yo, porque dice mi madre que no quiere que vaya hasta que pueda ponerme un poco decente.

—Y yo, porque lo mismo dice mi madre.

—Bueno. Pues decid á vuestras madres que vayan esta tarde con vosotros á Ipenza.

—Está muy bien.

Santiago, con el corazon cada vez más ensanchado y la respiracion más fácil, continuó su paseo, en direccion á la casería que se descubria desde el torco, y saltando con trabajo un seto, se metió por las llosas que la precedian.

Los inquilinos de la casería estaban sallando una pieza de borona. Al ver al indiano, los hombres se descubrieron la cabeza, y todos le saludaron afectuosamente.

Santiago notó que estaban todos muy tristes, y les preguntó la causa.

—¡Qué ha de ser, señor don Santiago!—contestó Ignacio, el cabeza de familia, que era un anciano cuyo rostro respiraba bondad y honradez.—Que anoche se nos ha desnucado la pareja de bueyes, y hemos quedado perdidos, porque con ella nos bandeábamos regularmente, unas veces llevando nuestros carritos de vena á las ferrerías, y otras trabajando en la labranza, y ahora tendrémos que hacerlo todo á fuerza de brazos, como los gentiles.

—Pero ¿se la pagará á ustedes la concordia?

—¡Qué, señor, si este año no se ha formado concordia!

—Pero por fin, si viene buena cosecha, ménos mal será.

—Por buena que venga, señor don Santiago, tendrémos que comprar el zurron la mitad del año, porque el amo se lleva el tercio de ella.

—¿Y no hay ahora alguna buena pareja de venta?

—Parejas no faltan, señor don Santiago; lo que falta es dinero. El señor alcalde da por cuatro onzas una, que mejor no se pasea en Vizcaya.

—Pues yo se la compro al señor alcalde, y se la regalo á ustedes.

—¿Qué es lo que usted dice, señor don Santiago?

—Que vaya usted á buscar su parejita.

Y Santiago estrechó la mano al anciano, dejando en ella cuatro onzas de oro como cuatro soles.

Contar las lágrimas de alegría que aquella honrada familia derramó y las bendiciones que prodigó al indiano, es más difícil que contar las estrellas que hay en el cielo.

Era ya medio dia. Santiago volvió á tomar el camino de Ipenza, porque... ¡tenia ya gana de comer! y sobre todo, porque deseaba hacer partícipe á álguien de la dicha que rebosaba su corazon.

Cuando llegó al nocedal, vió á Navarro descansando, á la sombra, de las glorias y fatigas que acababa de alcanzar, en una pieza asaltada por las cabras. Santiago le llamó, frotando la yema del dedo índice con la del pulgar; pero Navarro habia envejecido mucho desde la noche de marras, y á perro viejo no hay tus, tus.

Sin embargo, Navarro no era hombre, digo perro rencoroso, y viendo que su amo insistia en llamarle, dijo para sí:

—¡Qué demonios! Allá voy y salga el sol por Antequera. Convengo con mi compañero el Morroño en que el que más pone pierde más; pero yo no tengo genio para estar de hocico con nadie.

Y lanzándose al encuentro de su amo, uno y otro hicieron tales extremos de alegría, que quedó justificada aquella copla que dice:

Cuando riñen dos amantes
y vuelven á hacer la paz,
ángeles y serafines
¡cuánta envidia les tendrán!

Santiago comió y bebió con apetito que rayaba en desordenado; pero Catalina no pudo comer de alegría.

A la caidita de la tarde llegaron á Ipenza, acompañados de sus madres, los niños con quienes habia hablado aquella mañana Santiago.

—¡Hola, caporales!—dijo éste á los niños.—Es necesario que desde mañana vayais á la escuela todos los dias; y cuidado con hacer el cuco, que yo tengo un pajarito que me lo cuenta todo.

Un mirlo daba la despedida al sol desde la copa del higar, y los chicos, que no lo habian echado en saco roto, conferenciaron en voz baja:

—Chicos, ¿si será ese el pájaro que dice?

—De juro, ese debe ser.

—¡Mira tú el acuson!...

—Chicos, ¡si pudiéramos arrearle una pedrada!

—¡Cabalito! Para que luégo se lo diga al indiano...

El indiano continuó:

—Todos los domingos, despues de misa mayor, me tendreis sentado en este patin con una cesta de fruta á un lado y un talego de cuartos al otro, para dar cuatro cuartos por cada

parce que vosotros ó vuestros compañeros me presenteis, y en seguida echar la fruta á la péscola. Para visitar á los ricos como yo, es preciso vestirse de toda gala, y vosotros os vestireis, porque vuestras madres se encargan de haceros el uniforme. Para que el bolsillo no desdiga del uniforme, es necesario que esté forrado de cobre, y yo voy á daros con qué forrar el vuestro.

Diciendo así, Santiago puso una onza de oro en la mano de cada una de las mujeres, y un puñado de cuartos en la de cada uno de los niños.

Las mujeres lloraban de alegría, y los niños saltaban y brincaban de lo mismo.

Apénas habia terminado esta audiencia, Santiago oyó á un hombre cantar en la estrada que desembocaba en el nocedal. Era Ignacio que subia ya con su pareja, é iba á ponerla á las órdenes del que le habia dado para comprarla.

Ignacio apareció en el nocedal.

—¡Hola, Ignacio! Parece que está la gente de buen humor,—le dijo el indiano al verle aparecer en el nocedal.

—¡Calle usted, señor don Santiago, que no sé lo que me pasa! Si hubiera por ahí un tamboril ó una pandereta, habia de bailar un corro, á pesar de mis años. Aquí tiene usted la parejita, que para que la vea usted me he venido por aquí. Bueyes más valientes no los hay en las Encartaciones. Miéntras echábamos la robra he apostado á que planto con ellos en Mena seis cargas de vena, y estoy seguro de ganar la apuesta.

—Cierto que la pareja es buena.

—Pues disponga usted de ella, señor don Santiago, y de mi mujer, y de mis hijos, y de todos, que por usted nos echa-

rémos de cabeza desde el campanario abajo, porque usted es nuestro padre.

—Gracias, Ignacio; pero no hay motivo para tanto. Con que, ea, no se descuide usted, que va anocheciendo y esos caminos son malos.

—Es verdad. Con que, quede usted con Dios, señor don Santiago, y muchas memorias á Catalina, que vale más oro que pesa. Mejor pareja que harian usted y ella... Perdone usted, señor don Santiago, si he dicho una barbaridad, que hoy no sé hablar más que de parejas, como estoy tan contento con la mia...

El buen anciano, á quien pareja y robra sacaban de sus casillas, siguió su camino continuando su canto.

Aquella noche sucedió á Santiago lo que no le sucedia hacía once años: pasó toda la noche en un sueño, y soñó que todos los habitantes del valle juraban y perjuraban que si él lo mandaba, se arrojarian de cabeza desde el campanario abajo.

VII

El alma de Santiago iba resucitando cien veces más hermosa que cuando murió. En aquel milagro cabia no pequeña parte á Catalina.

Hacía dos meses que el indiano recorria diariamente el valle sembrando beneficios y recogiendo bendiciones. Cada bendicion aumentaba un grado la hermosura de su alma y otro grado la hermosura de su cuerpo. Así pues, el alma y el cuerpo del indiano rebosaban salud y hermosura, y por caram-

bola sucedia dos cuartos de lo mismo al alma y al cuerpo de Catalina.

Una tarde de verano estaban Catalina y Santiago sentados tomando el fresco, bajo aquel mismo cerezo donde hace más de once años los vimos bailar un corro. Santiago, que aquella mañana habia dado su ordinario paseo por las caserías circunvecinas, contaba á Catalina la felicidad doméstica que habia contemplado en casa de veinte ó treinta pobres inquilinos.

—¡Catalina!—dijo de repente fijando sus vivos ojos en los dulcísimos de la jóven.—¿Sabes que me voy á casar?

Catalina se puso de repente pálida como un cadáver, y tuvo que apoyarse en el tronco del cerezo para no caer, al paso que una insólita alegría brilló en el rostro de Santiago, cuando éste observó el efecto que habian producido sus palabras.

—¿Con quién, hermano?—preguntó Catalina con voz temblorosa.

—Con los pobres,—contestó Santiago.

La vida pareció volver al demudado rostro de Catalina, que estrechó la mano de Santiago con inmensa efusion.

—Sí, me voy á casar con los pobres,—continuó Santiago,—proporcionándoles pan y trabajo, ya que soy rico. Verás cuánto amor y cuánta felicidad van á reinar en nuestro matrimonio. ¿No decias tú cuando eras niña, que deseabas, entre otras cosas, vivir cerca de la iglesia, tener un jardin y no vivir en una casería solitaria? Pues se van á cumplir tus deseos.

—¿Y cómo, Santiago?

—Permíteme la reserva en estos asuntos: sólo puedo decir-

te que en lo sucesivo Ipenza figurará en los diccionarios geográficos y estadísticos lo ménos con treinta y un vecinos, y una iglesia parroquial y un hermoso jardin.

Quince dias despues de esta conversacion entre Catalina y Santiago ocurria en Ipenza, ó mejor dicho, en el concejo de G..., una gran novedad; el indiano de Ipenza habia comprado todos los montes que se extendian hasta media legua de distancia de la casería de Ipenza, y más de trescientos jornaleros se ocupaban en cortar árboles y maleza, en arrancar peñas y nivelar barrancos, en dejar, en fin, todo aquel terreno llano y liso como la palma de la mano.

Otros quince dias despues, todos los canteros de Guriezo y Marquina se ocupaban en cercar de pared aquella llosa que ya habia sido dividida en treinta suertes iguales, y cada cual con entrada por una ancha barrera que los canteros dejaban en la cerca.

Unos por curiosidad, otros por interes particular, los habitantes del valle preguntaban al indiano si trataba de cultivar por su cuenta aquellas tierras, ó si, por el contrario, pensaba arrendarlas; pero el indiano evadia la contestacion diciendo que aún no habia decidido sobre el particular.

Apénas habia terminado aquella obra, dió principio otra no ménos costosa, y á propósito para excitar la atencion pública: el indiano llamó á un arquitecto y le dijo:

—Quiero transformar en un lindo jardin la huerta contigua á mi casa.

—No hay inconveniente,—contestó el arquitecto.

—Quiero, ademas, construir una iglesia en el nocedal de Ipenza.

—Santo y muy bueno,—dijo el arquitecto.

Y añadió para su capote:

—¿Estará loco este hombre?

—Quiero, finalmente, construir al lado de la iglesia y mi casa treinta casas, compuestas de espaciosa cuadra, cómoda vivienda en el piso principal y payo ventilado y ancho.

—Pero, señor don Santiago,—repuso el arquitecto, no sintiendo que el indiano gastase tanto dinero, sino sintiendo que todo fuese una broma y no tratase de gastarle,—señor don Santiago, ¿usted sabe...

—Sé que tengo veinte millones de reales, y me sobra la mitad para hacer lo que he dicho á usted. Con que hágame usted los planos, y cuanto ántes mejor, que quiero acabar con todas estas obras para emprender otras más agradables para mí y para otros.

—Será usted servido, señor don Santiago, como usted desea y se merece.

Algunos meses despues, el jardin, la iglesia y las treinta casas estaban hechas. Entónces, una mañana tempranito, bajó el indiano al valle y conferenció á solas con el escribano, dejándole unas apuntaciones. Pero pasaban semanas y meses, y aquel nuevo lugar, dotado hasta de una linda iglesia, permanecia casi desierto; como que sólo estaba habitada la casa de su misterioso fundador.

La curiosidad pública era inmensa; los comentarios sobre el propósito del indiano variaban desde los más razonables á los más absurdos. Los que ménos alcanzaban á explicarse todo aquéllo eran Navarro y el Morroño.

Llegó el 15 de Agosto, justamente cumpleaños de la par-

tida de Santiago para Méjico, y justamente dia en que se celebraba la fiesta parroquial del valle.

El indiano, que asistia á todas las romerías, bajó tambien á la de Nuestra Señora de la Asuncion, como casi todos los habitantes de las caserías.

El extenso nocedal que rodeaba la iglesia estaba animadísimo; fondas, tabernas, poncherías por todas partes, y por todas partes gentes bailando ó merendando «sobre manteles de flores».

Tambien el indiano bailó y tambien bailó Catalina, que en las fraternales romerías vascongadas bailan pobres y ricos, altos y bajos, chicos y grandes, gordos y flacos, el labrador con la marquesa y el marqués con la labradora, y todos dicen al bailar como la urraca de la fábula:

«¡A mucha honra! ¡á mucha honra!»

—Ya que hemos bailado,—dijo Santiago á Catalina,—justo es que merendemos.

Y en seguida mandó preparar la merienda, pero no una merienda de tres al cuarto, sino una merienda plagiada de la del rico Camacho.

—¡Pero Señor!—exclamó Catalina.—¿Adónde vas á parar con todo eso?...

—Voy á parar... ó mejor dicho va á parar todo esto, al estómago de los pobres que no tienen para merendar esta tarde.

El indiano recorrió en seguida la romería, convidando á merendar con él y su familia á veintitantos ó treinta pobres inquilinos de las caserías dispersas hácia los altos de Ipenza.

La merienda fué animadísima.

—Ea,—dijo el indiano, cuando se hubo terminado,—ya

es hora de que nosotros tomemos el camino de casa, que Ipenza está léjos, va á anochecer, y ni éstas ni yo somos muy valientes.

—Señor don Santiago,—dijo Ignacio, que figuraba entre los convidados,—todos vamos á acompañar á ustedes.

—¡Sí!—exclamaron todos.

—No se molesten ustedes.

—¡Cómo que molestarnos! ¡Pues no faltaba más que fueran ustedes solos, cuando usted, señor don Santiago, es el padre del Concejo!

El numeroso grupo de romeros tomó las cuestas de Ipenza.

Al llegar, los inquilinos se paraban embobados contemplando las hermosas casas nuevas y la iglesia.

—Ya que han venido ustedes hasta aquí,—les dijo el indiano,—voy á enseñarles los nidos en que me he gastado la mitad de los cuartos que traje de América. Empezarémos por la iglesia.

El indiano, acompañado de Catalina y la aña y Navarro, que tambien se habia agregado á la partida, fué enseñando la iglesia y las casas una por una á los atónitos aldeanos, que las encontraron admirables.

Terminada esta operacion, dijo Santiago:

—Ahora suban ustedes un instante á casa á echar un trago del chacolí que guarda Catalina para estas ocasiones.

—Corriente, señor don Santiago,—dijo Ignacio;—le echarémos á la salud de usted, y á la de Catalina, y á la de la aña, y á la de todos los nacidos, que usted es nuestro padre.

Todos tomaron asiento en la sala de la antigua casería. Catalina bajó á la cubera y subió dos enormes jarros de chacolí,

que colocó, con sus correspondientes vasos y *algo que echar á perder*, sobre una gran mesa que habia en medio de la sala, yendo á sentarse en seguida, como tonta, al lado de Santiago.

El chacolí comenzó á correr escanciado por la aña, decana de aquella reunion y autora de una improvisada fritada de magras, y todo el mundo se puso más alegre que un tamboril; pero nada más que alegre, pues el chacolí alegra y no emborracha... cuando se bebe con moderacion. ¡Bendito sea él!

El Morroño se apareció tambien por allí pidiendo magrrro, magrrro.

—Morroñito,—dijo la aña,—toma, que tú tambien eres de Dios.

Y le echó una buena magra.

—¡Canute!—murmuró entre dientes Navarro, muerto de envidia.—Estos comunistas parece que tienen potra... Pero aguarda, que por la boca muere el pez.

Y se lanzó á arrebatar su presa al Morroño.

—Me la han dado á mí,—bufó el Morroño;—es propiedad mia...

—La propiedad es un robo,—replicó Navarro.

Y se zampó la magra.

El indiano tiró de un cajon y sacó de él una porcion de pliegos de papel y un manojo de llaves.

—Ignacio,—dijo en seguida, colocando sobre uno de aquellos papeles una de aquellas llaves,—ahí tiene usted la llave de su casa y el título de propiedad de su casa y de su hacienda.

Y sucesivamente fué diciendo análogas palabras y entregando análogos objetos á los veintinueve inquilinos restantes.

Puedes figurarte, purísimo númen de los Cuentos de color de rosa, la sorpresa y la alegría que vendrian á coronar la fiesta.

—Pero ¿es posible que haya sucedido todo lo que me vas contando?

—¿Que si es posible? Mira, yo creo, cuando leo y cuando escribo, que todo lo posible es cierto; pero la certeza de mis cuentos no está sólo en la posibilidad. Yo no invento; yo copio del natural mis flores, mis árboles, mis fuentes, mi sol, mi cielo, mis casas, mis hombres, mis mujeres, mis niños, mis pájaros, mis perros y mis gatos. Así mi único mérito consiste en tener buena memoria y... tal vez buen corazon. Cuando bajemos á las Encartaciones, no querrás subir á Ipenza á comprobar la certeza de este cuento, que para subir allá hay una cuesta muy penosa; pero sigue la hermosa carretera que conduce de Balmaseda á Castro-Urdiales, y cuando llegues al ilso de Otáñez, párate en un delicioso campillo sembrado de olorosas manzanillas, que encontrarás en aquella eminencia, y dirige la vista al Noroeste. Allí, en la falda de una montaña, verás una linda aldea, compuesta de una iglesia y una porcion de casas blancas como la iglesia. Aquella aldea se llama Talledo. Pregunta cómo se fundó Talledo, y sabrás que se fundó no hace medio siglo aún poco más ó ménos como se fundó Ipenza.

Dicen que la alegría mata. No, no mata la alegría, que si matara hubieran muerto los aldeanos á quienes Santiago reunió en su casa el dia de la Asuncion; porque jamas la alegría rayó más alto que entónces.

Catalina lloraba, como todos, de gozo.

—Tambien tengo para tí una llave,—le dijo Santiago en voz muy baja.

—¿Cuál?—le preguntó Catalina en el mismo tono.

Y Santiago murmuró á su oido con infinita ternura:

—La de mi corazon.

Catalina, la jariega, la pobre niña criada y educada de caridad, podia haber abrigado hermosas esperanzas de amor; pero desde sus esperanzas á la realidad que tocaba habia una distancia inmensa. Cierto que Santiago le debia su salvacion, quizá la salvacion temporal y la eterna, pero quien tiene el alma de Catalina no sabe lo que le deben.

Catalina no halló una palabra para expresar lo que en aquel instante sentia, que lenguas de la tierra no pueden expresar sentimientos del cielo. Estrechó la mano de Santiago, y pensó en Dios, y se deshizo en lágrimas y... nada más.

Entónces dijo Santiago, alzando la voz:

—Amigos nuestros, el 8 del mes que viene, fiesta tambien de la Vírgen Santísima, os esperamos aquí á todos, que aquel dia bendecirá un señor cura la iglesia de Ipenza, y guardará en el hisopo algunas gotitas de agua bendita para bendecir en seguida la union de Catalina y Santiago.

—¡Benditos sean! ¡benditos sean!—exclamaron los treinta nuevos caseros.

Y lo fueron, que Dios bendice á los que gastan su dinero en obras santas... y ¡quién sabe si tambien á los que cuentan cuentos honrados!

LA MADRASTRA.

I

—¡Toma! ¡toma! ¡toma! ¡Que he de acabar contigo!

—¡Ay, ay, ay, yo mio! ¡Pedon, mamá, yo teré bueno!

—¿Qué tienes, amor mio? Tus dulces ojos se llenan de lágrimas, y tus mejillas de azucena y rosa toman el tinte carmesí de los claveles.

—¡Cómo no sentir el rostro encendido de indignacion y los ojos arrasados en lágrimas al ver tratar tan cruelmente á ese inocente niño!

—Tienes razon, purísimo númen de mis cuentos.

—Esa mujer tiene entrañas de fiera y no de madre.

—¡Madre! No profanemos este santo nombre, suponiendo que esa mujer le lleva. La que así maltrata á un ángel de Dios, no puede ser madre: las que lo son, pueden maltratar á sus hijos de palabra, pero de obra no los maltratan jamas. Oye, amor mio, oye:

Mis hermanos y yo nos llegábamos muchas veces á mi padre haciendo pucheritos.

—¿Qué es eso?—nos preguntaba mi padre.

—¡Gem! ¡gem! ¡Que madre nos ha pegado!—le contestábamos.

—¡Pobrecitos!—nos decia mi padre sonriendo.—¿A ver, á ver cuántos huesos os ha roto?

Mi madre, que lo oia desde allá adentro, exclamaba:

—¡Los he de matar! ¡los he de matar!

—Sí, sí,—decia mi padre por lo bajo:—latigazo de madre, que ni hueso quebranta ni saca sangre.

Estos recuerdos me hacen pensar muchas veces en las madres matonas, que lo son todas las que tienen hijos.

¡Ah, sí! Las madres matan... la mejor gallina del gallinero para hacer buen caldo á sus hijos, en cuanto á éstos duele un poco la cabeza.

¡Pobres madres! ¡Santas madres, que para el mal no teneis más que lengua, y para el bien teneis manos, y alma, y corazon, y vida, y aún esto os parece poco!

Verás hasta dónde llega la maldad de las madres.

—¡Pícaro, bribon, que tú me has de quitar la vida!

—Déjele usted, vecina, que ya sabemos lo que son niños.

—¿Que le deje? Sin hueso sano le he de dejar. ¡Si le digo á usted, señora, que le mato, le mato sin remedio!

El chico oye su sentencia de muerte, arrimado á una pared cercana, con la cabeza baja, arrancándose distraidamente un boton, ó enjugándose las lágrimas con el reverso de la mano ó con la manga; pero el verdugo, en vez de ir á ejecutar la sentencia, se va á poner la mesa.

—Vamos, venga usted á comer, señorito.

—Yo no quiero comer.

—Mejor: así no te hará daño.

La madre se sienta á la mesa, toma algunas cucharadas, haciendo gestos, como si la comida le supiera á rejalgar de lo fino, tira al fin la cuchara sobre la mesa, y se levanta exclamando:

—Hijo, ¡qué comida me estás dando! ¡Anda á comer y que no te lo vuelva á decir!

—¡No tengo gana! ¡Me duele la cabeza!

—¿Ves? ¿Ves lo que resulta de tus terquedades, *indino?*

La madre corre afligida á su hijo, como si éste se hallase en peligro de muerte; examina prolijamente al angelito de Dios; le enjuga las lágrimas con el cabo del delantal; le besa, le pone un paño de agua y vinagre en la frente, y como el niño está malito y no puede comer de lo que está en la mesa, su madre le da una golosina de las que guarda en la despensa para casos semejantes.

Ella es la descalabrada, y él se pone la venda.

Aquí tienes la maldad de las madres... de las madres que matan, que no dejan hueso sano.

No, no; esa mujer que mata de palabra y obra no es madre: esa mujer debe ser madrastra.

Yo he glorificado en mis cuentos todo lo delicado y santo, y he maldecido todo lo grosero y malo; pero ¡por qué, amor mio, habré dado al olvido los dolores de la infancia, que tus ojos arrasados en lágrimas me están enseñando á llorar!

Escúchame, compañera de mis tristezas y mis alegrías, que voy á reparar mi olvido.

A la puerta de nuestra casa habia un hermoso parral, donde, en las apacibles tardes de primavera, mi abuela, que en

paz descanse, nos contaba á mi hermano y á mí cuentos muy lindos, hila que hila su copo, porque decia la buena señora, y decia muy bien:

—Más vale que estos enemigos malos estén aquí entretenidos con mi charla, que no trepando por los nogales y cerezos, destrozándose la ropa, que no hay dia en que no vengan á casa con algun rasgon en ella.

Una tarde estaba nuestra madre malita en cama, aunque no de gravedad, y mi hermano y yo escuchábamos, segun costumbre, los cuentos de nuestra abuela, que de cuando en cuando interrumpia su narracion y nos abandonaba por un momento para ir á ver á la enferma y preguntarle con cariñoso acento: «¿Quieres algo, hija? ¿Cómo te sientes?», arreglarle la cama, y volver á sentarse y á hilar su copo bajo el parral.

—Hijos,—nos dijo en una de estas vueltas,—rogad á Dios que vuestra madre se ponga buena, que si Dios os la llevara, ¡qué sería de vosotros!

—Entónces, abuelita,—repuse yo,—nos traeria otra señor padre. A Juanito se le murió la suya, y dice que su padre le va á traer otra que se llama madrastra.

Mi abuela se sonrió al oir esta inocente observacion mia, y mi hermano exclamó:

—¡Madrastra! ¡Ay, qué nombre tan feo!

—Algunas de las que se llaman así, dijo mi abuela, son muy buenas, tan buenas como las que se llaman madres, pero esas son tan contadas como los Padres Santos de Roma.

—Abuela, ¿por qué dicen: «Madrastra, el nombre le basta»?

—¿Y por qué dicen tambien: «Madrastra, el diablo la arrastra?»

—Porque el diablo las arrastra, primero al mal y luégo al infierno.

—¡Ay, qué miedo!

—¡Ay, qué pícaras!

—¿Y sabe usted cuentos de madrastras, abuelita?

—¡Vaya si los sé, hijos mios!

—¡Ay, cuéntenos usted uno!

—Os le voy á contar, para probaros dos cosas.

—¿Y qué cosas son esàs, abuela?

—Que es una gran desdicha quedarse sin madre, y que Dios concede su ayuda á los débiles y desamparados, cuando se hacen dignos de ella.

Mi abuela hizo otra visita á la enferma, volvió bajo el emparrado, nosotros nos sentamos á sus piés, y le prestamos atento oido, alzando con infinita curiosidad nuestra carita sonrosada, como si pretendiéramos adivinar las palabras de la anciana ántes de haber salido de sus labios.

II

Vivian en Galdames Martin y Dominica su mujer, unos honrados labradores que tenian tres hijas como tres luceros del alba, llamadas la mayor Isabel, la mediana Teresa y la pequeña Mariquita.

Una tarde le dió á Dominica un dolor de costado, y la pobre llamó á su marido y le dijo:

—Martin, por el amor de Dios te pido que vayas á buscar al señor cura, que yo me voy á morir; pero oye un encargo, por si me muero ántes que vuelvas. En faltándote yo, como

las niñas aún no pueden arreglar la casa, necesitarás una mujer que la arregle, y como eres jóven, te volverás á casar. No te lo prohibo, porque me hago cargo de que donde no hay mujer no hay cosa con cosa; pero por la Vírgen Santísima te pido que si das madrastra á las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate, ni las maltrates tú tampoco miéntras cumplan con el primer deber de los hijos, que es obedecer á sus padres.

Martin aconsejó á Dominica que no pensara en la muerte, pues su mal no era cosa de eso, y en lugar de ir á buscar al señor cura se fué á buscar al médico, despues de jurar á su mujer que, si por desgracia llegaba el caso de tener que cumplir su encargo, le cumpliria fielmente.

No se habia engañado la pobre Dominica: hay un ángel que cuando las madres van á morir, se lo dice al oido para que tengan tiempo de recomendar sus hijos á los que puedan ampararlos. Cuando Martin volvió con el médico, Dominica se habia ido al cielo, despues de hacer jurar á sus pobres hijas que obedecerian siempre á su padre y á la que les sirviera de madre.

Pasaron dias y pasaron meses, y la casa de Martin estaba en completo desórden, porque la mayor de las niñas no llegaba á los ocho años.

—Martin,—decia al honrado labrador su vecina Ramona,—no seas tonto, hombre: busca una mujer como Dios manda, que de sobra las hay, y cásate, para que esas criaturas y tú tengais una *miaja* de arreglo.

—¡Yo dar madrastra á mis hijas!—contestaba Martin.—¡Madrastra á mis pobres hijas, tan queridas y tan mimadas

por aquella santa que está en el cielo! No se canse usted, que para mí están de más las mujeres en el mundo.

Y el desconsolado padre, saltándosele las lágrimas, atraia hácia sí á las niñas, y las colmaba de besos, y alisaba sus cabelleras sedosas y rubias, y arreglaba sus vestidos, en cuyo desaliño se echaba de ver la falta de la solícita mano maternal.

Pasaron meses y pasó un año, y el pobre Martin llegó á convencerse de que su casa estaba mal, muy mal, rematadamente mal, sin una mujer propia que mirase por ella; porque ni las niñas tenian quien las enseñase á ser mujercitas de su casa, ni la ropa se cosia, ni se gobernaba la comida, ni se cuidaban las gallinas, ni se compraba regateando, como es debido, ni se hacía nada en casa con fundamento.

Martin, eso sí, echaba mano á todo como si fuese una mujer, que por eso no se les cae á los hombres ninguna venera; pero los hombres han nacido para ser hombres y no para ser mujeres, y habia vez que yendo á partir una cazuela de sopas, por partir el pan partia la cazuela.

Tomó una infinidad de criadas; pero las criadas, en lugar de pensar en la casa, pensaban las picaronazas en sus novios, y el pobre Martin andaba, como aquél que dice, sin calzones. Ramona, su vecina, que era una de aquellas mujeres de fundamento que se van acabando, le ayudaba algunas veces; pero la pobre tenia que atender á su casa, que era ántes que la del vecino.

Un día se sentó Martin á la puerta, desesperanzado ya de hacer entrar la casa en órden, cavila que cavila, á ver si encontraba un medio de salir adelante sin tener que volver á casarse; pero sus cavilaciones eran inútiles: el medio que busca-

ba no parecia. Cuando su desesperacion llegaba al colmo, hete que acierta á pasar por allí una muchacha que tenia muy buena nota en la aldea, le saluda, y va á seguir cantando su camino.

—Joaquina,—le dice de repente Martin,—mis niñas no tienen madre que las quiera y las enseñe, ni mi casa tiene ama que la gobierne. ¿Te quieres casar conmigo? Y entre «¡Vaya qué cosas tiene usted!» «¡Cuántas encontrará usted más guapas que yo!» «No digo que sí, porque me da vergüenza», Joaquina dió palabra de casamiento á Martin.

Tres semanas despues, en aquel mismo sitio se daba una cencerrada que metia miedo.

La casa de Martin era á los pocos dias una tacita de plata.

Martin iba los domingos á misa con una camisa más blanca que la nieve, y mejor planchada que la del rey de España.

Las niñas iban todos los dias á la escuela, alegres como los pájaros, coloradas como las cerezas, y tan aseadas, que verlas era ver el sol de Dios.

El gato Minino, que ántes se pasaba el dia y la noche pidiendo *magro* con voz desfallecida, porque nadie cuidaba de darle magro ni gordo, se iba poniendo redondo como una pelota y lustroso como el terciopelo, y hasta miraba con desden los platos de sopa de leche con que su ama la obsequiaba.

Las gallinas habian vuelto á poner y á cacarear.

Y el perro Leon, que ántes ganaba el sustento con el sudor de su piel, atrapando alguna que otra liebre en las seves inmediatas, se daba á la *vita bona*, durmiendo bajo los parrales que cercaban la casa de sus amos. Todo sonreia en casa de Martin, como si álguien hubiese bendecido la casa.

¿Habria derramado sobre ella desde el cielo su bendicion Dominica?

¡Quién sabe!

III

Era una tarde de Julio. Martin, su mujer, sus hijas y su hijo, se levantaron de la mesa despues de dar gracias á Dios por el pan que les habia dado, y salieron á pasar la siesta á la sombra de unos hermosísimos cerezos que habia delante de la casa.

—Abuelita,—interrumpí yo á la mia cuando llegó aquí en su narracion,—se ha equivocado usted. Ha dicho usted que Martin salió con su mujer y sus hijas y su hijo. ¿Cómo es eso, si Martin no tenia hijo ninguno?

—Martin y Joaquina tenian ya un hijo de un año, que daba gloria de Dios el verle.

—¿Y cómo se llamaba?

—Se llamaba Antoñito, como tú. Martin alcanzaba cerezas á las niñas, las niñas hacian con ellas pendientitos, y Joaquina bailaba á Antoñito en sus brazos, levantándole en alto...

—¿Y por qué hacen eso las mujeres con sus niños, que á todas se lo he visto hacer? ¿Lo hacen para divertirlos?

—Ese es el pretexto; pero la verdad es, que como no hay una que no tenga á su hijo por un serafin del cielo, aunque sea más feo que Picio, revientan de orgullo, y quieren que el mundo entero los contemple... Pero dejadme en paz y no me interrumpais, que es mala maña interrumpir á los mayores. Joaquina, que era muy madrota, empezó á decir tanta divina

tontería á su niño, y á darle tantos besos y apretujones, que el angelito de Dios se atufó y se echó á llorar como un becerro.

—¡No llores, cordero mio!—le decia su madre, chillando como una locona.—¡Por qué lloras tú, gloria de tu madre, que vales más que las pesetas! ¡Huy! ¡Qué hijo tan hermoso me ha dado Dios! ¿Verdad, Martin, que ni el rey de España tiene un hijo como éste? Mírale, mírale, cómo se rie ya... ¡Huy! ¡Bendita sea tu boca, que te comeria á besos!

Martin á su vez tomó en brazos al niño y comenzó á acariciarle. Las niñas, particularmente la chiquitina, se quedaron pensativas, sin hacer caso ya de los pendientes de cerezas. Notándolo Martin, devolvió el niño á su madre con cierta viveza, que Joaquina tomó por despego, segun el gesto que hizo; y se disponia á preguntar á las niñas la causa de su seriedad, cuando Mariquita hizo un pucherito con la boca, se enjugó con la manga una lágrima, y corrió á abrazar las piernas de su padre, como si álguien la persiguiera.

—¿Que tienes, corazon mio?—le preguntó Martin.

—¡Que ya no me quieres!—contestó la niña, cada vez más compungida.

—¿Que no te quiero?—replicó Martin, llenándola de caricias.—¿De dónde sacas tú eso, loquilla, cuando tú y tus hermanitas sois la gloria de tu padre?

—¡Mire usted la zángana esa, con seis años á la cola!—exclamó Joaquina, cada vez más amoscada.

—Déjala, mujer,—dijo Martin en tono conciliador.—Si son cosas de niños, que tienen envidia siempre que ven acariciar á otros.

—Puede que le dé yo la envidia con media docena de azotes bien sentados.

—Joaquina, te guardarás muy bien de eso.

—Ó no me guardaré. ¡Pues no le digo á usted nada, de las otras bigardonas, que tambien parece que se han puesto de hocico! Pero no tienen ellas la culpa, que la tiene el mimo que su padre les da.

—Mujer, por la Vírgen Santísima, ahorrémonos desazones, que hartas da Dios en el mundo sin que nosotros mismos las busquemos.

—Eso mismo te digo yo á tí. ¡Vaya, que te han entrado por el ojo derecho esos trastos! Bien dicen que más vale caer en gracia que ser gracioso.

Al decir esto, Joaquina se echó á llorar como una Magdalena, y añadió besando y cubriendo de lágrimas á su hijo:

—Hijo de mi alma, ¡qué desgraciado te ha hecho Dios! ¡A tí nadie te quiere sino tu madre!...

—¡Mujer,—exclamó Martin, perdiendo ya la paciencia,—no digas desatinos, no me saques de mis casillas!... ¡Que no quiero yo á mi hijo!...

—Para lo que yo veo no necesito anteojos.

Viendo Martin que su mujer no atendia á razones, que abusaba de su paciencia y de su bondad más de lo regular, y que aquella fiesta casi se repetia todos los dias, calló por un momento, hizo un esfuerzo para serenarse, y dijo con tono solemne:

—Joaquina, óyeme, y no olvides nunca lo que voy á decirte. Nadie en el mundo quiere á sus hijos más que yo quiero al mio; nadie en el mundo quiere y respeta á su mujer más que

yo quiero y respeto á la mia; y nadie está más convencido que yo de que Dios ha impuesto al hombre el deber de amparar y servir de apoyo á la mujer desamparada y débil por naturaleza; pero nadie está tampoco más convencido que yo de que la maldicion de Dios debe caer sobre el hombre que olvida á los muertos y desampara á los huérfanos. Una mujer que está gozando de Dios, porque vivió y murió santamente; una mujer á quien yo queria como te quiero á tí, me dijo momentos ántes de volar al seno del Señor: «¡Por la Vírgen Santísima te pido, que si das madrastra á las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate, ni las maltrates tú tampoco miéntras cumplan con el primer deber de los hijos, que es la obediencia.» Yo juré á aquella mujer cumplir su voluntad, y estoy resuelto á cumplirla, no consintiendo que nadie maltrate á esas niñas, que ademas de haberme sido recomendadas por una madre moribunda y ademas de ser mis hijas, tienen el título más santo y más legítimo que los niños pueden tener al amor y al amparo de los hombres y las mujeres, ¡el de no tener madre!

Joaquina bajó la cabeza, como resignada y arrepentida al oir estas palabras. Martin la estrechó la mano, saltándosele una lágrima de ternura, y la paz de Dios volvió á reinar en aquel instante en la familia; que cuando los hombres son generosos y delicados y buenos, las mujeres, que tenemos más de locas y testarudas que de malas, decimos al fin, como el Señor: «¡Hágase tu voluntad!»

IV

Joaquina no era mala... pero era madrastra, y ya sabeis lo que dice el refran: «Madrastra, el diablo la arrastra.» Por más

esfuerzos que hacía por querer á sus entenadas, no las podia tragar, y eso que las niñas no tenian pero.

Martin y su mujer se llevaban bien en la apariencia, pero en la apariencia nada más, porque Martin sabía que Joaquina no queria á las niñas, y Joaquina sabía que Martin no queria tanto como á las niñas al niño.

Bastaba que Martin hiciese la menor caricia á las niñas, para que el enemigo malo avivase el fuego de la envidia en el corazon de Joaquina. Martin lo sabía, y lo lloraba amargamente; pero como su mujer se lo guardaba en su pecho, él solo se lo guardaba tambien en el suyo. Quien lo pagaba era el pobre niño, á quien Martin, por más esfuerzos que hacía, y por más que consideraba que tan hijo suyo era como las niñas, iba, si no aborreciendo, al ménos mirando con indiferencia.

Joaquina tenia deseos de sentar la mano á las niñas; pero aún no habia tenido ocasion de salirse con este gusto, porque Martin le tenia dicho que únicamente consentia que las pegase cuando la desobedecieran; y las pobres niñas eran tan humildes y tan bien mandadas, que hacian siempre puntualmente cuanto les mandaba su madrastra, á pesar de las tranquillas que ésta les armaba para que no pudiesen cumplir sus órdenes, cosa que Joaquina hubiera calificado de desobediencia.

Si Joaquina estudiaba con el diablo para inventar cosas raras y difíciles que mandar á sus entenadas, sus entenadas contaban sin duda con la ayuda de Dios para hacer todas aquellas cosas, porque parecia imposible que sin ser así las hiciesen tan á las mil maravillas.

Un dia mandó á Isabel que fuese á llevar en un borrico un costal de trigo al molino inmediato, y que volviese en el tér-

mino de media hora, que era el tiempo justo para hacer el viaje sin detenerse. El camino estaba entónces malísimo: la madrastra calculaba que el borrico se caeria, y que no teniendo Isabel en aquella soledad quien la ayudara á cargarle, tardaria más de lo regular, y le proporcionaria ocasion de cascarle las liendres.

El borrico se cayó en efecto; pero á falta de los hombres, Dios acudió en ayuda de la pobre chica, inspirándole un medio de salir de su apuro. Isabel colocó al borrico al pié de un terrero cortado perpendicularmente; llevó á vueltas el costal encima del terrero; desde allí lo plantó en el lomo del animal, sin más que darle una vueltecita, y ántes de la media hora estaba de vuelta en casa, más alegre que unas Pascuas floridas.

Una mañana, ántes de medio dia, salió Joaquina al campo, donde estaban su marido, la niña mayor, la pequeña y el niño. Al partir dijo á Teresa, que quedaba sola en la casa:

—Cuida bien el puchero, y ten puesta la mesa para las doce, que á esa hora vendrémos todos á comer. Ahí tienes la llave del payo; saca un plato de uvas de las que hay allí curándose, y tenlas en la mesa para cuando nosotros vengamos.

Teresa cuidó su puchero; á las once y media puso su mesa con mil primores, y en seguida cogió la llave y un plato, y subió al payo por las uvas; pero hete que la llave andaba muy premiosa, y Teresa, que tenia poca fuerza, no consiguió abrir por más que lo intentó. Bien lo habia previsto la pícara de la madrastra, que se despepitaba por dar un tiento á la pobre chica.

Pues señor, ¿qué haré, qué no haré? Teresa se desesperaba

viendo que habian dado las doce, que no habia podido sacar las uvas, que su madrastra iba á venir, y que le iba á repicar el pandero. Las uvas estaban tendidas en el payo sobre calzas y muy léjos de la puerta. La chica buscó un picacho, á ver si las podia alcanzar por una gatera que tenia la puerta, pero sus esfuerzos fueron inútiles; quiso llamar á una vecina para que le abriera la puerta, pero la casa más cercana estaba lo ménos á distancia de un tiro de piedra, y no habia tiempo que perder. Teresa tenia la costumbre que teneis todos los chicos, de invocar á vuestra madre en todas las aflicciones.

—¡Madre de mi alma, qué haré yo!—exclamó la pobre chica.

Sin duda su madre la oyó desde el cielo, y le inspiró el medio de salir de aquel aprieto, pues dando un salto de alegría, como aquél que al fin encuentra lo que ya no esperaba encontrar, se apoderó del Minino, que mayaba á su lado, como diciendo: «¿Cuándo se come en esta casa?», le ató con una cuerda, le metió por la gatera, le echó al otro lado de las uvas una corteza de queso, tiró de la cuerda cuando el Minino se acercaba á la corteza, el Minino hizo hincapié en las uvas, Teresa siguió tirando, y al cabo consiguió traerse con el gato las uvas que necesitaba. La pícara madrastra no tuvo el gustazo de zurrar á la pobre niña.

La chiquitina se moria por los melocotones. Un dia habia cogido su madrastra un frutero de ellos, muy hermosos, y á Mariquita, que no se los habian dejado probar, se le iban los ojos tras ellos.

Joaquina dejó sola á la niña al lado del frutero tentador, encargándole que cuidado con que comiera ningun melocoton,

y se escondió á seis pasos de distancia, segura de que se le iba á presentar ocasion de dar un meneo á aquella infeliz criatura, sorprendiéndola comiéndose los melocotones en contravencion á su mandato.

Mariquita estuvo largo rato resistiendo su apetito, pero al fin se decidió á coger un melocoton. Iba ya á clavarle el diente, cuando se presentó su madrastra hecha un basilisco; pero la niña se apresuró á pasar el melocoton de los labios á la nariz, y dijo en seguida, enseñándoselo completamente ileso:

—¡Ay, señora madre, qué bien huele!

Joaquina tuvo que dejar tambien ileso el cuerpo de la niña.

Los casos que os he referido os darán una idea de lo mucho que estudiaba con el enemigo aquella pícara mujer para tener ocasion de sacudir el polvo á sus entenadas, y de los esfuerzos que sus entenadas hacian para que no se saliera con la suya.

V

Las niñas iban siendo ya grandecitas. Así era que su madrastra las mandaba á Balmaseda todos los miércoles y los sábados, que son allí dias de mercado, á vender cada una su cestita de huevos ó de fruta.

Un sábado entregó su madrastra cincuenta peras de San Juan á Isabel, treinta á Teresa, y diez á Mariquita, y les dijo:

—Id á Balmaseda, vended las tres las peras á un mismo precio, y traed el mismo dinero una que otra.

—¡Pero si no puede ser, señora madre!—replicaron las niñas.

—Si no puede ser, haced un poder. A mí no se me replica, que se me obedece, ó de lo contrario ya sabeis lo que vuestro padre me tiene encargado.

Las niñas bajaron la cabeza aterradas, y tomando sus cestistas emprendieron su camino.

La casa, como ya os he dicho, estaba un poco retirada de las otras de la aldea. Así que se alejaron un poco de ella, las tres niñas se detuvieron al pié de un rebollo para ver si encontraban medio de sacar la endiablada cuenta que les habia echado su madrastra.

—Pero ¿cómo nos vamos á componer para hacer lo que señora madre ha mandado?—dijo Isabel.

—Hija, yo no sé cómo,—respondió Teresa.

—Y que si no lo hacemos,—añadió Mariquita indicando con la mano abierta el acto de sacudir el polvo,—nos va á dar lo que no se nos caiga.

—Para sacar todas el mismo dinero, lo mejor es que la que tenga pocas peras las venda caras, y la que tenga muchas las venda baratas.

—Pero si señora madre dice que las hemos de vender todas á un mismo precio.

—Tienes razon.

—Mirad,—dijo la chiquitina, que era la que tenia la conciencia más ancha, como habreis colegido de lo que pasó con los melocotones,—mirad: así que vendamos todas las peras, hacemos con los cuartos tres montones iguales, y cada una coge el suyo.

—¡Cabalito, amén Jesus! ¡Y que lo supiera señora madre!—replicó Teresa.

—Y ademas,—añadió Isabel,—mejor es llevar una zurra que mentir, ¿no es verdad, Teresa?

—Sí que es verdad.

—Pero si señora madre no lo sabrá...

—Sí que lo sabrá, Mariquita. ¿No has oido decir á la señora maestra que hay un pajarito que cuando las niñas mienten lo cuenta todo?

—¡Pensais que yo no sé que eso del pajarito es engaño! ¡Sí, que soy yo tonta!

—Hija, no te canses; señora madre nos dará una zurra, pero le dirémos la verdad.

Las niñas guardaron silencio por algunos instantes, meditando el partido que definitivamente habian de tomar.

—Me ocurre una idea, dijo Isabel. Cuando pasemos por la escuela, entremos á ver si don Juan Saca-cuentas, que todo lo sabe, nos dice cómo nos hemos de componer.

—¡Sí, sí, tienes razon!—contestaron Teresa y Mariquita recobrando la esperanza.

Y las tres hermanitas volvieron á cargar con sus cestas y prosiguieron su camino.

Ahora vais á saber, hijos mios, quién era don Juan Saca-cuentas.

Permíteme, amor mio, que interrumpa por un momento la narracion de mi abuela.

Es muy posible que al ver el retrato que mi abuela va á hacerte de un maestro de escuela, digas que la buena señora pintaba como queria. Si tal dices, seguramente modificarás tu opinion cuando des un paseo por Galdámes y el colindante y bello concejo de Sopuerta, donde los que anduvieron á la es-

cuela á últimos del siglo pasado conservan escrita en hondas cicatrices la memoria de un maestro llamado Tellitu, que se vanagloriaba de que no salia ningun muchacho de su escuela sin quedar señalado de su mano para toda la vida.

Teniéndose en aquellos tiempos por incontrovertible la bárbara máxima de LA LETRA CON SANGRE ENTRA, esta vanagloria era muy lógica y hasta cierto punto disculpable. Decir: «De mi escuela no sale ningun muchacho sin estar señalado de mi mano para toda la vida», era lo mismo que decir: «De mi escuela no sale ningun muchacho sin que le haya *entrado la letra.*»

Pero dejemos contar á mi abuela, que cuenta mucho mejor que yo.

—Don Juan Saca-cuentas era el maestro de escuela de la aldea, y debia este apellido postizo á su costumbre de jurárselas á los chicos diciendo: «¡Yo os ajustaré las cuentas!», y sobre todo á la fama que gozaba de habilísimo contador. Sólo una vez estuvo á punto de perder esta fama.

El señor cura y los señores de justicia fueron un dia á visitar la escuela, y se entretenian en examinar los adelantos de los chicos, haciéndoles várias preguntas. Un muchacho de la piel del diablo, á quien nada se le habia preguntado, y por consiguiente no habia tenido ocasion de lucirse, cosa que no le hacía mucha gracia, se decidió á preguntar, ya que no se le preguntaba.

—Señor maestro,—dijo,—¿me hace usted el favor de decirme una cosa?

—Pregunta lo que quieras,—contestó el maestro,—que ya sabeis lo que os tengo encargado: que me pregunteis siempre lo que no sepais, pues el que pregunta no yerra.

—Mi padre tiene ahora tres veces más edad que yo. ¿Llegará un dia en que no tenga más que el doble?

—Esas—respondió el maestro—nó son preguntas: esas son salidas de pié de banco. Para que sucediera eso, sería necesario que el reloj se parara para tu padre y siguiera andando para tí.

—Pues yo creo—replicó el muchacho—que sin pararse el reloj para ninguno de los dos, puede llegar mi padre á tener nada más que doble edad que yo.

—¡Calla, calla, salvaje, que eso no tiene sentido comun!—exclamó el maestro incomodado, y conservando quedas las disciplinas, únicamente por respeto á los señores que estaban delante, quienes notaron con cierto disgusto que aquel muchacho se las tuviera tiesas con el mejor contador de Vizcaya, y sobre todo se empeñase en sostener una cosa que les parecia tan absurda como al mismo maestro.

—Pues voy á probar á usted—replicó el muchacho—que lo que digo es cierto. Yo tengo doce años, mi padre tiene treinta y seis: dentro de doce, tendré yo veinticuatro y mi padre cuarenta y ocho. Por consiguiente, mi padre, que ahora me triplica la edad, sólo me la doblará entónces.

El maestro se quedó más blanco que la pared, y los señores soltaron la carcajada exclamando:

—¡Pues tiene razon el pícaro del muchacho! Pero hombre, don Juan, usted, que es el mejor contador de Vizcaya, ¿ignoraba lo que saben hasta los chicos de la escuela?

La fama de don Juan Saca-cuentas necesitó mucho tiempo para reponerse de aquel descalabro, que pagaron los pobres chicos, y sobre todo el del problema.

Don Juan habia puesto en la escuela un cartel que decia

con letras muy gordas: LA LETRA CON SANGRE ENTRA, y á fe, á fe, hijos mios, que no echaba en saco roto esta máxima.

Cuando se hablaba de si salian ó no salian muchachos aprovechados de su escuela, solia decir, estallando de orgullo:

—Tengo la vanagloria de que de mi escuela todos los muchachos salen señalados para toda su vida. Dicho esto, no tengo que decir si saldrán aprovechados.

Y no exageraba don Juan en cuanto á lo del señalamiento; señalado éste de un tinterazo, que le habia abierto la cabeza, y el otro de un varazo, que le habia hecho un costuron en la cara, todos llevaban la certificacion de sus estudios escrita en su cuerpo.

Don Juan nunca se habia querido casar, porque decia que las compañeras de los maestros deben ser las disciplinas, y no las mujeres, que los echan á perder infundiéndoles sentimientos blandos y amor á los niños.

En efecto, las disciplinas le acompañaban siempre; si iba á dar un paseo, las disciplinas en la mano; si iba á misa, las disciplinas en la mano tambien; si hacía un viaje á Balmaseda ó Bilbao, las disciplinas reemplazaban al baston, y en la escuela como en la calle, en la iglesia como en la romería, siempre estaban las disciplinas de don Juan Saca-cuentas levantadas sobre las orejas de los pobres muchachos.

Don Juan era la personificacion de la terrible máxima escrita en la pared de su escuela.

VI

Era sábado. Los sábados, como sabeis, hijos mios, es dia de media escuela; pero los chicos, á quienes por conveniencia

propia hacía la vista gorda el maestro, habian suprimido la media escuela tambien, dejando todos de asistir á ella.

Don Juan Saca-cuentas estaba á la sombra del emparrado que habia á la puerta de la escuela leyendo las *Guerras de Flándes* á unas vecinas que, sentadas en sus celemines, cosian, tambien bajo el emparrado, y entre las cuales se hallaba Ramona, la excelente anciana que en otro tiempo aconsejó á Martin que se casara. Don Juan era muy aficionado á historias de guerras, y si las guerras eran muy sangrientas, tanto mejor. Al parecer nada tienen que ver los soldados con los maestros de escuela; pero don Juan Saca-cuentas encontraba mucha semejanza entre unos y otros, porque los soldados dan lecciones á las naciones, y los maestros á los ciudadanos, sacando unos y otros sangre y lágrimas.

Las hijas de Martin vieron el cielo abierto cuando vieron al maestro, pues temian que anduviera por aquellos andurriales haciendo provision de varas de avellano para la semana, operacion á que solia dedicar parte del sábado.

—Ya van de vendeja las motilas de Martin,—dijo una de las vecinas viendo á las niñas que se acercaban.

—¡Válgame Dios!—añadió Ramona.—¡Qué entrañas tiene esa Joaquina! ¡Siempre esas pobres criaturas al remo!...

—No tiene ella la culpa, que la tiene el bragazas de Martin que lo consiente.

—¡Ay, si la pobre Dominica, que Dios haya, levantara la cabeza y viera cómo andan las hijas de sus entrañas!

—¡Pícaras de madrastras! Como ellas no las han parido...

—Hija, cuando una se muere, debiera llevarse consigo los hijos chiquititos.

—¡Qué verdad dice usted, hija! Pero lo que más me aturde es lo descastada que se ha vuelto esa Joaquina. ¡Vamos, yo no lo creeria si no lo viera! Ella es trabajadora, mujer de su casa, buena para su marido, buena para las vecinas, buena para los pobres, y sólo para sus entenadas es mala.

—¡Qué quiere usted, hija! Es madrastra, y el nombre le basta, como dice el refran.

—Pues ande usted,—dijo Ramona,—un hijo tiene, y Dios sabe si mañana harán con él lo que ella hace hoy con esas niñas. Dios castiga sin palo, y como dice el otro, al que escupe al cielo...

Las niñas llegaron en aquel instante.

—Buenos dias tengan ustedes,—dijeron poniendo en el suelo las cestitas.

—Buenos os los dé Dios, hijas. ¿Con que vais á Balmaseda?

—¡Calle usted por Dios, señora, que estamos frescas con las cosas que nos manda señora madre!—dijo Isabel.

Y añadió dirigiéndose al maestro:

—Señor don Juan, ¿nos hace usted el favor de sacar una cuenta?

—Aunque sean dos,—contestó el maestro, halagado en su vanidad de gran contador.—Veamos qué cuenta es esa.

—Señora madre nos ha dado á una cincuenta peras de San Juan, á otra treinta, y á otra diez, y quiere que vendiéndolas todas al mismo precio, traigamos á casa el mismo dinero una que otra.

—¡Ave María Purísima! ¡Qué disparate!—exclamaron las vecinas.

—Muchachas, muchachas,—dijo el maestro con aspereza,—si quereis divertiros comprad una mona, que conmigo no se divierte nadie.

—Si le decimos á usted que no es chanza...

—¡Andad enhoramala, trastos!

—¡Jesus, María y José! ¡Qué incrédulo es usted, don Juan!—exclamó Ramona.—Cuando las chicas lo dicen, verdad será, que ellas no lo habian de sacar de su cabeza.

—Pero, señora, si lo que dicen esas chicas que quiere su madrastra no tiene piés ni cabeza; si no puede ser...

—Tambien decia usted que no podia ser el que un padre que tenia tres veces más edad que su hijo, llegara á tener nada más que el doble...

Este recuerdo sacó los colores al maestro, quien se decidió al fin á ajustar la cuenta que le indicaban las niñas, porque se hizo esta reflexion:

—Tiene razon; que tambien aquello parecia imposible, y sin embargo no lo era. ¡No sea que me suceda otra como la de marras, y vuelva yo á ser el monote de la aldea!...

—Vamos, vamos á ver esa cuenta,—dijo al fin sacando un lápiz y disponiéndose á trazar números en la cubierta del libro, que estaba forrado de papel blanco, para que no se manchara la pasta de la encuadernacion.

El maestro hacía números, los borraba, miraba al cielo, se mordia las uñas, apoyaba la frente en la mano en actitud meditabunda, volvia á escribir y volvia á borrar; pero la cuenta no salia.

Las niñas seguian aquellas operaciones con ansiedad, y con curiosidad las mujeres.

—¿Sale, don Juan, sale?—preguntó una de éstas.

—¡Vayan ustedes al cuerno y no me interrumpan!—replicó encolerizado el maestro.

Y volvió á trazar números y á borrarlos, y á meditar, y á escribir, y á borrar nuevamente; de modo que la cubierta del libro estaba ya que parecia un mapa.

—¿Sale, don Juan, sale?—volvió á preguntar una de las vecinas.

Y otra añadió còn maliciosa sonrisa:

—¡Calle usted, muger, que ya va saliendo!

—¡Váyanse ustedes con una recua de demonios!—exclamó el maestro, echando lumbre por los ojos y tirando al suelo el libro y el lápiz.

—¡Si es usted un bocon!—dijo una de las vecinas.—¡Si sabe usted de cuentas tanto como yo! ¡Si le echa á usted la pata mi chico en lo tocante á cuentas! ¡Si no tiene usted más que fantasía!

Y todas las vecinas se pusieron á reir en coro:

—¡Ja! ¡ja! ¡El mejor còntador de Vizcaya! ¡Ja! ¡ja!

—¡Señoras! ¡señoras!...—balbuceó don Juan temblando y casi mudo de coraje.

—¡El mejor contador de Vizcaya! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!—continuaban las vecinas.

Don Juan, loco, desatentado, vomitando improperios contra aquellas mujeres en particular y contra todas en general, corrió hácia la escuela como perro con maza, y dando un terrible portazo se encerró en ella.

Poco despues las niñas con sus cestitas en la cabeza seguian camino de Balmaseda, tristes, desconsoladas, sin saber

cómo gobernárselas para que á la vuelta no les sentase su madrastra la mano.

Sin embargo, Ramona les habia infundido alguna esperanza, diciéndoles:

—Id descuidadas, hijas, que luégo me iré yo á ver á la perrona de vuestra madrastra, y le diré cuántas son cinco.

VII

Al entrar en la plaza de Balmaseda, dijo Isabel á sus hermanitas:

—Si no podemos obedecer en todo á señora madre, obedezcámosla en algo, en vender todas las peras á un mismo precio: y para estar siempre de acuerdo, no nos pongamos muy separadas.

En efecto, las niñas se sentaron, con su mercancía delante, á corta distancia una de otra, arrimadas á la pared de la iglesia de San Severino, despues de acordar el precio á que habian de vender las peras.

A corto rato llegó un caballero, y preguntó á Isabel:

—Chica, ¿cuántas peras das al cuarto?

—Siete.

—Pues dame siete cuartos de ellas.

Isabel le dió cuarenta y nueve peras, y recogió los siete cuartos.

—¿Y á mí no me lleva usted ninguna, caballero?—preguntó Teresa al parroquiano de su hermana.

—¿Cuántas das?

—Lo mismo que esa, siete al cuarto.

—Dame cuatro cuartos de ellas, que al cabo siempre le habeis de hacer á uno pecar.

Teresa le dió veintiocho peras, y se embolsó cuatro cuartos.

—Ande usted, caballero,—dijo Mariquita al mismo comprador,—lléveme usted tambien á mí un cuartito de peras, que no he de ser yo ménos que esas.

—Tienes razon, que la más chica de las tres no ha de ser la más desgraciada. ¿Cuántas das?

—Siete, como esas.

—Pues echa aquí un cuartito.

Mariquita echó en el pañuelo del caballero siete peras, y el caballero echó en su mano un cuarto.

Las chicas, así que quedaron solas, se pusieron á ajustar sus cuentas, y resultaba que Isabel se encontraba con una pera y siete cuartos, Teresa con dos peras y cuatro cuartos, y Mariquita con tres peras y un cuarto.

¡Tracitas llevaba el negocio de salir como la madrastra de las chicas habia mandado!

Pasó una hora y pasó otra, y las peras restantes no se vendian, porque cuantos se acercaban y veian surtido tan miserable seguian adelante sin detenerse, y eso que apénas quedaba en el mercado fruta para un remedio.

—¡Madre mia! ¡Qué va á ser de nosotras!—exclamaban las niñas con los ojos arrasados en lágrimas; cuando de repente, tran, tarrán, tran, tran, suenan tambores, y la gente corre en tropel hácia la puerta de Mena.

Era que entraba un batallon de tropa.

Oficiales y soldados se diseminaron poco despues por la

plaza, arramblando con cuanta fruta encontraban, que era bien poca en verdad.

Las hijas de Martin escondieron las peras que les quedaban, y cuando ya la tropa estaba cansada de buscar fruta sin encontrarla, volvieron á descubrirlas.

Un tropel de soldados se lanzó bolsillo en mano á comprarlas.

—¿A cómo son esas peras, patroncitas?

A tres cuartos cada una.

—¡Qué escándalo!

—No son ménos,—contestaron las niñas.

Y viendo los soldados que los que venian detras iban á pagar las peras al precio que se pedia por ellas si ellos no las compraban, se apresuraron á dar:

A Isabel tres cuartos por una.

A Teresa seis por dos.

Y á Mariquita nueve por tres.

Las niñas volvieron á ajustar cuentas, y se encontraron con diez cuartos cada una. La cuenta que no habia podido sacar don Juan Saca-cuentas, ¡era sacadera y muy sacadera!

¡Ah, pícara, repícara madrastra, qué chasco te has llevado! ¿Creias haber llegado ya á la suspirada ocasion de zurrar á las niñas? Anda, ¡rabia! ¡rabia! ¡rabia!

VIII

Era la caidita de la tarde. Bajo los cerezos que habia delante de la casa de Martin estaban éste, Joaquina y Antoñito ordeñando una docena de cabras que acababan de acudir de

los vericuetos inmediatos á la voz de otros tantos cabritillos que las llamaban sacando la cabecita por las enrejadas ventanas de la rocha.

Quien ordeñaba las cabras era Martin; Joaquina las sujetaba de los cuernos con una mano, y con la otra sujetaba á Antonio.

—¡Yo quiero mamar la cabra pinta!—decia Tonio, que era ya una especie de angelote, con más fuerza que un toro.

—¡Verás, verás qué tantarantan vas á llevar, si por no estarte quedo se vierte el jarro de leche!—decia Joaquina, trabajando más para contener los botes del niño que los botes de la cabra.

—¡Pues yo quiero mamar la cabra pinta!—repetia el niño.

—¡Anda, condenado, anda y atrácate hasta que revientes, Dios me perdone!—dijo Joaquina dejándole al fin escapar.

El niño se dirigió saltando hácia una cabra blanca con manchas negras que salió á su encuentro berreando cariñosamente, como si ya sintiera el consuelo que iba á experimentar cuando descargasen su ubre los suaves y sonrosados labios del niño.

Entre tanto, los cabritillos se desgañitaban en la rocha, como diciendo:

—¡Ah, tunantes! ¡Cómo nos cercenais la racion!

Leon contemplaba el trabajo de sus amos, majestuosamente sentado á corta distancia, y ojo alerta para hacer volver á su sitio, con muy buenos modales por supuesto, á las cabras que se descarriaban. Y el Minino andaba tambien por allí diciendo para sus adentros:

—Algo de eso me tocará á mí.

La cabra pinta, que no tenia cria, porque las águilas se la habian arrebatado apénas la parió, se dejaba mamar con una paciencia sin límites.

A cualquiera parecerá qne maldita la gracia tiene un niño zangolotino mamando de una cabra; pero á Joaquina le parecia todo lo contrario. Y es que las madres todo lo encuentran en sus hijos gracioso á más no poder.

—¿Pero no ves, Martin,—decia Joaquina reventando de gozo,—no ves con qué gracia chupa ese hijo que Dios me ha dado? ¡Si es lo más gitano que ha nacido de mujer! ¡Vamos, si me le comeria á besos!

Joaquina iba á desahogar su entusiasmo maternal comiéndose á besos á su hijo, aunque el chico preferia á los besos de su madre la leche de la cabra pinta, cuando se apareció por allí Ramona, la vecina que habia prometido á las chicas interceder por ellas.

—Buenas tardes, hijos. Parece que se prepara la cena, ¿no es verdad?

—Hola, Ramona. Sí, estamos sacando un jarrito de leche para cenar esta noche.

—Vamos, déle usted un sorbo,—dijo Martin levantándose y alargando el jarro á la vecina.

—Gracias. Lo probarémos.

Y la vecina acompañó el hecho con el dicho.

—¿Qué tal? ¿Está buena?—le preguntó Joaquina.

—*Y de casta*,—contestó Ramona, limpiándose los labios con el cabo del delantal.

—¿Y dónde anda la familia menuda?—preguntó á su vez.

—Ahí tiene usted á Tonio llenándose el cuerpo de leche. Las motilas han ido á Balmaseda á vender unas peras para ayuda de comprar unos zapatos á ese enemigo malo, que ha destrozado ya los nuevos.

Martin llevó á casa el jarro de leche, recogió las cabras en la cuadra, y en seguida abrió la puerta de la rocha para que los cabritillos se juntaran con sus madres y cenaran la parte de racion que se les habia dejado.

Durante esta operacion, Joaquina, Ramona y Antoñito habian quedado bajo los cerezos, las primeras charlando como cotorras, y el último saltando y brincando para digerir el atracon de leche que acababa de darse.

—Pero vamos á otra cosa,—dijo Ramona;—hablemos de tus entenadas, ahora que no está Martin delante, que no me gusta infernar los matrimonios. ¿Te parece á tí, Joaquina, que es ley de Dios lo que tú estás haciendo con esas criaturas?

—¿Pero hago yo algo malo con ellas?

—¡Calla, calla, hebrea, que ninguna mujer como Dios manda se prevale de que unas pobres niñas no tengan madre para traerlas como azacanas y mandarles cosas imposibles, como haces tú con tus entenadas!

—Pero ¿les falta algo acaso?

—Les falta una madre, que es cuanto les puede faltar.

—¿No las trato como si fueran mis hijas, á pesar de que debiera aborrecerlas de muerte?

—¡Pícara! ¿Por qué las has de aborrecer?

—Porque por ellas no tiene padre mi hijo.

—¿Que no tiene padre?

—Haga usted cuenta que no, porque por causa de ellas no puede ver Martin al niño.

—Si tú fueras una verdadera madre para tus entenadas, no sucederia eso.

—¿Y no lo soy acaso?

—¿Te parece á tí que si viviera la que está en el cielo, hubieran ido esta mañana por esos caminos llorando á lágrima viva, y esta tarde volverian temblando porque saben que las vas á recibir á golpes?

—Y buenos que los han de llevar como no hayan hecho lo que yo les encargué.

—No tienes tú la culpa, que mucha tiene el descastado de su padre. ¡Ah! Si la pobre Dominica levantara la cabeza...

Ramona se detuvo viendo llegar á Martin, y la conversacion varió de rumbo; pero Martin volvió á entrar en casa á sus quehaceres.

A corto rato llegó Antoñito, y zarandeando de los vestidos á su madre empezó á cencerrear:

—Madre, ¿cuándo cenamos? ¡gem! ¡gem! ¡Yo queria cenar!

—Pero, criatura, le replicó Joaquina, ¿no te acabas de atracar de leche?

—Sí; pero mamar no es cenar.

Esta *gracia* del angelito hizo prorumpir en una ruidosa carcajada á Joaquina, que exclamó abrumando de besos á su hijo:

—¡Huy! ¡Bendita sea tu boca amén, que tienes tú más gracia que el salero del mundo! Pero ¿no ve usted, Ramona, qué hijo tan alhaja tengo aquí?

—¡Dios le bendiga, hija!—dijo la vecina recalcando sus

palabras.—Dios le bendiga y le conserve su madre; que si tú le faltaras, ¿qué sería de él?

—¡Se moriria el hijo de mis entrañas si le faltara su madre!—asintió Joaquina, saltándosele las lágrimas de ternura.

—No se moriria,—repuso la vecina, siempre con segunda intencion,—no se moriria, que tampoco tus entenadas se han muerto; pero más le valdria morirse que tener por madre á la que no le ha parido.

Las sonrosadas mejillas de Joaquina se pusieron de repente pálidas como las de una muerta. Una idea horrible y desconsoladora acababa de asaltar por primera vez la imaginacion de aquella madre idólatra de su hijo: la de que su hijo podria llegar á tener madrastra, y sufrir lo que su madre habia hecho sufrir.

Su vecina, que era mujer de años y de experiencia, adivinó en el rostro de Joaquina lo que pasaba, y trató de hacer un esfuerzo supremo para proporcionar una madre á las desventuradas niñas, que tanto habian llorado por no tenerla.

—¡Joaquina,—añadió con acento solemne,—Dios castiga sin palo, y á veces pagan justos por pecadores! Las madres se mueren, y los viudos se casan para dar madrastra á sus hijos, ya que no pueden darles madre.

—¡Madrastra!... ¡Hijo de mi alma!—murmuró Joaquina, estrechando contra su corazon á su hijo, como si álguien fuera á arrebatársele.

En aquel momento aparecieron por una estrada que desembocaba junto á la casa, las tres niñas que volvian de Balmaseda.

Venian las tres muy alegres.

Joaquina se dirigió á su encuentro llamándolas cariñosamente, y quizá por primera vez de su vida tuvo impulsos de estrecharlas en sus brazos y devorarlas á besos.

Las niñas, casi ántes de llegar, se apresuraron á referir la manera poco ménos que prodigiosa con que habian cumplido las órdenes de su madrastra.

—Joaquina,—exclamó la anciana,—¿no ves la mano de Dios en esa especie de milagro?

—¡Sí! ¡sí!—contestó Joaquina.—Dios abre al fin mis ojos, aunque tal vez será tarde.

—¡Para el bien nunca es tarde!—dijo Ramona con acento semiprofético.

Y Joaquina, no pudiendo ya resistir el noble sentimiento que acababa de venir á purificar su corazon, abrió sus brazos á las niñas, y prodigándoles el nombre de hijas, que hacía tiempo no les daba, las estrechó en ellos con infinita ternura, y las colmó de besos inundándolas de amorosas lágrimas.

En aquel instante, la pobre Dominica, que desde el cielo velaba por sus hijas, tambien debió llorar de santa alegría.

—¡Martin! ¡Martin!—gritó Ramona llorando á su vez de gozo.

—¿Qué es eso, Ramona?—preguntó el honrado labrador apareciendo en la puerta.

—Es—le contestó la vecina—que tus hijas ya tienen madre.

—¡Que Dios y la que está en el cielo la bendigan!—exclamó Martin lleno de regocijo.

Y corriendo al niño que traveseaba bajo los cerezos, le

tomó en sus brazos y le prodigó las ardientes caricias que prodigaba á las niñas su mujer.

Ésta se dirigió entónces á la anciana, y como las sombras de la noche, que habian ido descendiendo, no la permitiesen ver lo que bajo los cerezos pasaba, interrogó con ansiedad á la anciana, que le respondió:

—¡Es que tu hijo ya tiene padre!

DESDE LA PATRIA, AL CIELO.

I

Lector despreocupado: si abres por la S el *Diccionario geográfico* de Madoz, ó cualquiera otro, encontrarás un articulito que dice, poco más ó ménos, lo siguiente:

«S..., concejo de las Encartaciones de Vizcaya, partido judicial de Balmaseda, con trescientos vecinos y una iglesia parroquial dedicada á San Fulano. Dista de Bilbao cinco leguas, y sesenta y cinco de Madrid.»

Aquí tienes todas las noticias geográficas, históricas, estadísticas, etc., que dan los libros acerca del rinconcito del mundo de que vamos á hablar.

Pero como el concejo de S... me interesa algo más que á los autores de Diccionarios geográficos, voy á suplir el desdeñoso laconismo de estos señores.

Verdaderamente el concejo de S... no tiene grandes títulos á la atencion del viajero, y sobre todo, si el viajero es despreocupado, como tú.

Su iglesia es buena para glorificar y pedir consuelos á

Dios; pero... pare usted de contar. Los vecinos del Concejo la tienen mucho cariño; pero ¿sabes por qué, lector despreocupado? Porque, segun dicen, sus padres la construyeron amasando con el sudor de su frente la cal de aquellas blancas paredes; porque allí están enterradas las personas por quienes rezan y lloran todos los dias; porque allí recibieron ellos el agua santa del bautismo; porque allí se unieron para siempre con la compañera de sus alegrías y sus tristezas; porque allí alcanzan de Dios consuelo en sus tribulaciones, y porque allí la palabra del sacerdote les indujo, é induce aún á sus hijos, á amar y reverenciar á sus padres, á detestar el vicio y á adorar la virtud.

¿Qué te parece, lector despreocupado? ¿Has visto simpleza igual?

Pues no pára en esto la de los tales aldeanos.

Cuando repican á fiesta las sonoras campanas del blanco campanario de la iglesia parroquial de S... y cuando al entrar á misa se encuentran los altares adornados con ramilletes de rosas y de claveles, y el pavimento alfombrado de tomillo, eneldo y espadaña, aquellos tontos lloran de regocijo, y se juzgan dichosos con su pobreza, y su iglesia, y su aldea, casi olvidada de los geógrafos.

¿No es verdad, lector despreocupado, que tienen razon los franceses cuando dicen que el Africa comienza en los Pirineos?

S... tiene su rio, pero apénas está indicado en los mapas, ni le han llamado padre los poetas, ni estos señores han dicho de él que sacó el pecho fuera y habló de esta manera ó de la otra ó de la de más allá; es un rio tan tonto, que se contenta con estar siempre claro y fresco, con criar truchas y loinas para engordar á aquellos bárbaros, con dar movimiento al mo-

lino que provee de harinas á aquellos salvajes y á la ferrería que da ocupacion á aquellos hotentotes cuando el temporal no les permite trabajar en las heredades, y con mantener siempre lozanas y verdes las llosas y las huertas que suministran granos, y frutas, y hortalizas, y flores á aquellos brutos.

Pues aunque parezca increible en un siglo tan civilizado como el nuestro, tambien enamora semejante rio á los aldeanos de S...

Me ocurre una cosa, lector despreocupado. Lista, que si mal no recuerdo, anduvo por allí *in illo tempore*, solia envidiar la felicidad del que nunca ha visto más rio que el de su patria. ¿Qué va á que el tal Lista hizo creer ésta y otras tonterías á los encartados?

Pero no, que aquéllos ya eran tontos hace muchos siglos: cuando se llamaban cántabros y peleaban con los romanos, si caian prisioneros, ántes que besar la sandalia de los Césares, consentian morir en la cruz entonando cánticos á la libertad y á la patria.

¿Qué te parece, lector despreocupado? Vamos, si te digo que estoy corrido, como una mona, de haber nacido en un país donde tales cosas pasan desde los tiempos del rey Perico.

Pero aún falta lo mejor.

Las preciosidades históricas y monumentales del concejo de S... son las siguientes:

Un castaño, que plantó Juan el dia que nació su hijo Pedro;

Un rosal, que plantó Teresa una vez que su hijo estaba enfermo, ofreciendo á la Vírgen regalarle cuantas rosas produjera si el chico se ponia bueno, como en efecto se puso;

Un rótulo que hay en el puente, recordando que el dia tantos de tal mes y de tal año se arrojó al rio Fulano, y salvó, con peligro de su propia vida, á Zutano;

Y una ermita de San Roque, más vieja que Matusalen, á la cual tienen aquellos fanáticos mucho respeto, porque el santo, que se venera en ella, libró de una peste al Concejo allá en los tiempos de Mari-Castaña.

Tú, lector despreocupado, dirás que Juan plantaria el castaño para que diera castañas y no para conservar memoria del nacimiento de su hijo Pedro;

Que el chico de Teresa se salvaria porque cosa mala nunca muere;

Que Fulano se arrojaria al rio porque haria calor;

Y que el Concejo se libraria de la peste porque refrescaria el tiempo.

Pues es claro: eso sería. Sólo que aquellos aldeanos son unos zopencos llenos de supersticion.

Aún hay más... ¡Qué! ¿No puede haber ya más tontería? Oye, oye, y verás si la hay.

Las casas de la aldea son detestables; como que se contentan con ser muy sanas, y muy grandes, y muy limpias. Sin embargo, sus moradores dicen que no las trocarian por el palacio del indiano, que está en lo mejorcito del valle, y es una maravilla. ¿Y sabes, lector despreocupado, en qué se fundan aquellos estúpidos? Te vas á reir de su majadería. Se fundan en que en ellas nacieron y murieron sus padres, y en ellas nacieron y se criaron ellos.

¿Te ries? Pues espera, espera, que allá va lo bueno.

El cura de la aldea es un viejecito que no cree en los filán-

tropos ingleses ni en los Catones americanos; que se sabe de memoria todas las vejeces de la Biblia; que arruina al tabernero de la aldea aconsejando á los vecinos que no se diviertan en la taberna; que con sus sermones ha conseguido que el amor sea en S... la cosa más sosa del mundo, pues los maridos se mueren por sus mujeres, y las mujeres por sus maridos, y los novios ni siquiera se dan un mal pellizco hasta que se casan; que á fuerza de repetir que el trabajo es sano para el cuerpo y para el alma, ha logrado que todo el mundo trabaje el dia de trabajo; que con su eterna cantinela de que el juego es padre de todos los vicios, ha alcanzado que ni el dia de trabajo ni el de fiesta se encuentre en la aldea con quién echar un mús; y por último, que con sus consejos ha conseguido que aquellos simples exclamen cuando les sucede alguna desgracia: «¡Cómo ha de ser! Dios lo ha querido... ¡Hágase su divina voluntad!» y se queden tan consolados como si tal desgracia no les hubiese sucedido.

El alcalde del Concejo es un palurdo, que lleva su tontería hasta el extremo de medir con la misma vara á los parientes y á los extraños cuando cometen alguna falta; que incurre en la grosería de rechazar los regalos que intentan hacerle los vecinos que tienen asuntos pendientes de su autoridad; y que cuando el comun no tiene fondos para atender á las calamidades públicas, vende aunque sea su propia camisa para remediarlas.

Pues has de saber, lector despreocupado, que los vecinos de S... bajan la cabeza servilmente ante tal cura y tal alcalde, y serian capaces de dar la vida por ellos.

Pero dejémonos de gentes tan estúpidas, con el consuelo

de que el sol de la civilizacion no tardará en penetrar en aquel salvaje rincon del mundo, y veamos si en S... hay algun habitante algo más en armonía con el espíritu del siglo.

II

—¿Qué manojito de rosas y de claveles se ha posado en mi hombro?

—¡Ah! ¡Es tu cara de Pascua florida! ¿Qué hacias tú aquí, amor mio?

—Leer por encima de tu hombro lo que vas escribiendo.

—¿Y qué tal te parece?

—Mal, rematadamente mal.

—¡Gracias por la lisonja! ¿Y por qué te parece mal?

—Porque no me gusta la ironía.

—Sin embargo, bien usada, es un género que...

—Es un género que hiere, que hace daño, que tú no puedes cultivar.

—¿Y por qué no puedo?

—Porque no tienes hiel en el alma.

—En cuanto á eso, poco á poco. Cosas pasan en el mundo que áun en el alma de una blanca paloma engendran hiel, y vinagre, y ajo, y mostaza, y guindilla.

—Sí; pero á pesar de eso, el mundo es hermoso, como lo son las rosas á pesar de las espinas.

—¡Ah! Sí, tienes razon: el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.

Pasemos por el mundo derramando una bendicion sobre cada flor y cada espina que encontremos á nuestro paso.

Cuando, terminado nuestro viaje, tornemos al seno de Dios, las puertas del Paraíso nos serán abiertas si podemos decir: «¡Señor! Hemos hecho noblemente nuestra jornada: los moradores de la tierra lloran nuestra ausencia, porque hemos sembrado bendiciones en nuestro camino!»

Es verdad: la ironía es indigna de las almas que carecen de hiel.

Lector despreocupado, no quiero dirigirme á tí, porque tú no me comprendes. No quiero escribir para tí, porque soy pobre de espíritu y rico de corazon, y sólo para los pobres de espíritu y ricos de corazon escribo.

Aunque mi corazon sólo sabe amar y mis labios sólo saben bendecir, quisiera tener mil corazones para aborrecerte y mil labios para maldecirte.

¿Ves esa lágrima que ha borrado un amargo «¡te detesto!» que mi pluma acababa de estampar en el papel? Pues ha caido de esos dulces ojos que, posados sobre mi hombro, siguen arrasados en lágrimas de ternura y de alegría el vuelo de mi pluma.

Esas lágrimas busco, que no tus aplausos y tus riquezas. Pobre y oscuro quiero seguir mi jornada llevando por compañeros á los pobres de espíritu y ricos de corazon, porque ellos me guiarán al reino de los cielos.

¡Vírgen de ojos azules y rostro de azucena y rosa, á tí me dirigiré, porque tú me comprendes! Sí, sí, tienes razon: el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.

Has de saber que Teresa, aquella que plantó el rosal en S..., ofreciendo á la Vírgen regalarle todas las rosas que pro-

dujera, si se salvaba su hijo de una grave enfermedad, perdió á su marido Juan, aquél que plantó un árbol en memoria del nacimiento de su hijo Pedro.

Pedro era aún muy niño cuando murió su padre, y la pobre Teresa se encontró sin amparo en el mundo.

Como aquellos pobres aldeanos tienen la costumbre de acogerse al amparo de los moradores del cielo en todas sus tribulaciones, Teresa se acordó de la Madre de Dios cuando se hallaba más desconsolada.

Era una hermosa mañana de Mayo: todo cantaba y reia: el sol asomando por Oriente, los pájaros en la enramada, las campanas en la torre y las flores en el huerto. Todo cantaba y reia, ménos el corazon de la pobre Teresa, que estaba desconsolado.

Teresa se fué al huerto á ver si el rosal tenia rosas para engalanar el altar de la Vírgen. Cargadito de ellas estaba, y nunca las habia ostentado tan hermosas como aquella mañana. Lo único que les faltaba eran algunas gotas de rocío que abrillantasen sus frescas hojas, reflejando los primeros rayos del sol de Dios que empezaba á bañar el horizonte.

Teresa empezó á coger rosas, llorando miéntras las cogia. Hizo con ellas un lindo ramillete, y se encaminó á la iglesia, que el sacristan habia dejado abierta miéntras subia á la torre á tocar á misa primera.

El primer rayo del sol penetraba por una ventana del templo, y bañaba con su dorada luz el altar de la Madre de Dios.

Teresa colocó en el altar aquel ramo de rosas coronadas de lágrimas, y de repente un resplandor divino deslumbró sus ojos é inundó de luz el templo: el sol, reflejando en las lágri-

mas que coronaban las rosas, habia trocado cada lágrima en un diamante, rico de luz y hermosura.

La pobre aldeana alzó sus atónitos ojos á la Vírgen, y creyó ver una sonrisa llena de amor y gratitud en los labios de la Reina del cielo.

Poco despues salió del templo con el corazon henchido de santa esperanza, y se dirigió presurosa á su casa para hacer partícipe de su alegría al hijo de sus entrañas.

Al pasar junto al palacio del indiano, oyó una voz que la llamaba, y alzó los ojos al balcon del palacio.

—Teresa,—la dijo el indiano,—sube, que deseo hablar contigo.

Teresa se apresuró á subir, llena, sin saber por qué, de gratísima esperanza.

—Enjuga tus lágrimas, Teresa,—añadió el indiano,—que yo voy á proporcionaros la subsistencia á tí y á tu hijo.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó la aldeana, pensando en la dicha de su hijo ántes que en la propia.

El indiano continuó:

—Yo tengo grandes riquezas en América, y voy á hacer un largo viaje, para volver aquí trayéndolas conmigo, porque aquí quiero pasar el resto de mis dias. No tengo familia ni parientes á quienes confiar el cuidado de esta casa durante mi ausencia, y quiero que tú y tu hijo tomeis á vuestro cargo este cuidado.

—¡Señor,—exclamó Teresa,—nosotros conservarémos religiosamente cuanto usted nos confie!

—Si así lo haceis, como no dudo, á mi vuelta sereis mi única familia; si muero ántes de volver, no me olvidaré de

vosotros, y durante mi viaje tendreis lo necesario para vivir tranquilamente.

Teresa apénas podia expresar su gratitud, porque la alegría embargaba su voz. El indiano, que hablaba con ella en una hermosa biblioteca que encerraba millares de volúmenes, continuó:

—¿Ves esos libros, Teresa? Cuidádmelos con esmero, que ellos han sido siempre y serán mis mejores amigos: á ellos debo la tranquilidad de mi alma, lo que vosotros, pobres aldeanos que nunca habeis visto sabios, llamais mi sabiduría, y hasta las riquezas que aquí y en América poseo.

—Señor,—dijo Teresa,—confie usted en que así lo harémos. Mi hijo sabe escuela, á Dios gracias, y tiene mucha aficion á los libros, aunque en casa no tenemos más que el *Astete*, y los *Gritos del Purgatorio*, y el *Año cristiano*, y la historia de *Don Quijote* y los *Fueros de Vizcaya.* No tenga usted cuidado, señor, que mi pobre Pedro los tendrá como el sol de limpios, y tan ordenados como usted los deje.

—Bien, Teresa, bien. Hoy mismo podeis veniros á vivir aquí, porque yo pienso partir mañana temprano.

—¡Señor!...—murmuró Teresa, poniéndose colorada y como si tuviese que hacer alguna objecion á las proposiciones del indiano y no se atreviese á hacerla.

El indiano la comprendió al punto.

—¡Ah!—dijo.—¿No quieres abandonar tu casita? Lo apruebo, Teresa, y eso te hace más digna aún de mi confianza.

—Señor,—repuso la aldeana,—no lo debe usted extrañar: es tan blanca, y tan cómoda, y tan hermosa...

—Sí, sí, lo es para los que viven de recuerdos y han der-

ramado en ella todas sus lágrimas de alegría y de tristeza.

—Y luégo, señor,—continuó Teresa,—allí ha nacido mi hijo y ha muerto mi marido, y si no la habitamos, el desamparo reinará en ella, y el agua penetrará por su techo y sus paredes, y la pobre se caerá al cabo, que es como si se muriese de tristeza... ¡Ah, señor! ¡Qué triste es ver un hogar desierto y arruinado! Cuando pasamos mi Pedro ó yo junto á esa aceña vieja que hay en el nocedal del rio, las lágrimas se nos saltan, que mucho quieren decir aquellas paredes aún ennegrecidas por el fuego del hogar, y aquel poyo que aún se conserva allí frio y solitario, y aquellas letras, hechas con la punta de un cuchillo ó del badil, que aún se ven en la pared, y aquellos clavos que aún permanecen junto á la ventana.

—¡Sí, Teresa,—exclamó el indiano con los ojos arrasados en lágrimas,—mucho quieren decir todas esas cosas para los que como yo ¡triste de mí! no tienen familia, y mucho más aún para los que la tienen!... No abandones tu casita, no, que la pobre, como tú dices, se moriria de tristeza. Venid de dia á cuidar de mi casa, y de noche que se quede tu hijo aquí, pero no apagueis nunca vuestro hogar.

—Así lo harémos, señor, y en el corazon guardarémos siempre escrita la bondad de usted.

El indiano no permitió á Teresa que continuase expresándole su agradecimiento.

Teresa se levantó temprano al dia siguiente para despedirle, despues de haber pasado gran parte de la noche pidiendo á Dios que le diese buen viaje.

Pero ántes de ir á casa del indiano, fué al huerto, tomó la

mejor rosa que tenia el rosal, y yendo á la iglesia, la trocó por la mejor que tenia el ramillete de la Vírgen.

—Señor,—dijo al indiano,—esta rosa ha estado en el altar de la Vírgen Santísima. Llévela usted consigo, que el corazon me dice que llevándola no morirá usted en esos caminos ni en esos mares traidores desamparado de Dios y de los hombres.

El indiano era un sabio, y como ahora se dice, un hombre de mundo; pero era de los sabios y hombres de mundo que creen en Dios, y aunque no creyeran, respetarian santamente la fe de los demas.

¡Señor! ¡Con qué dolor cerrarás las puertas de la gloria á esta clase de ateos!

El indiano aceptó con profundo agradecimiento la santa rosa que le ofrecia la aldeana, y la colocó cuidadosamente en una caja donde conservase su hermosura y su perfume.

Poco despues tomó el camino de Bilbao, donde debia embarcarse para la América Central.

Todas las mañanas, cuando el sacristan entraba en la iglesia para tocar á maitines, entraba tras él Teresa y colocaba en el altar de la Vírgen un ramo de rosas frescas, coronadas de lágrimas... pero coronadas de lágrimas de alegría.

III

Hagamos de dos pinceladas el retrato de Pedro, de Pedro tal cual era cuando el indiano encargó á Teresa el cuidado de su palacio, no tal cual era cuatro años despues.

—¿Y por qué le has de retratar en la primera de esas dos épocas?

—Porque física y moralmente se habia transformado en el transcurso de la primera á la segunda, y esta transformacion se resiste á mi pincel, que sólo se complace en trazar cuadros de inocencia.

Deja, deja, purísimo númen de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, que el lector despreocupado se ria de mis inocentes creaciones; deja que se burle de mi aficion á retratar pobres madres y pobres niños que sólo saben creer y amar. Yo sé que hay ojos que lloran y corazones que palpitan ante mis humildes cuadros. Una de esas palpitaciones ó una de esas lágrimas borra todos los sarcasmos que el lector despreocupado pueda lanzar sobre estos cuadros, amados Benjamines de mi corazon.

—¡Pero qué! ¿Se habia hecho malo el hijo de Teresa, tan querido y ensalzado de su madre?

—Malo en el sentido que el mundo da á esta palabra... no; pero malo en el sentido que yo suelo darle... sí. Porque has de saber, alma mia, que yo tengo por malo á aquél que, presa su corazon de febriles ambiciones y atestada su mente de locas quimeras, en vez de bendecir los bienes que Dios le envia, los rechaza como mezquinos, y se cree con derecho á obtener el primer quiñon en el reparto de la herencia humana.

Mira, rosa del rosal de mis amores: yo nací en un valle muy parecido á aquél en que nació Pedro. El horizonte que se descubria desde la casita blanca de mis padres, era tan limitado que mi vista le abarcaba perfectamente.

—¡Madre!—pregunté un dia á la que me llevó en sus entrañas.—¿Hay mundo más allá de aquel pico donde aparece el sol todas las mañanas, y más allá de aquel otro donde se esconde todas las tardes?

—¡No, hijo mio, no!—me contestó mi madre.

Pasaron años, y abandoné las riberas del Cadagua por las del Manzanáres.

Cuando desde el Buen Retiro ó la montaña del Príncipe Pio, dirijo la vista á las colinas de Vicálvaro ó á las de Sumasaguas, y pregunto á la santa madre que me espera en el cielo:

—¡Madre! ¿Hay mundo más allá de aquellas colinas?

—¡No, hijo mio, no!—me contesta mi madre desde el cielo.

Y yo la creo aún, y aún soy dichoso creyéndola.

Pero me olvido de Pedro y de la pobre Teresa.

Llamo pobre á Teresa, porque lo era aún más que cuando el indiano la llamó para que cuidase su palacio. Entónces su hijo era tan ignorante como ella; pero, como ella, amaba la casa paterna; admiraba la hermosura de las arboledas del valle; creia el más bello del mundo el templo donde habia sido bautizado; tenia por las ruinas más venerables de la tierra las de la aceña del nocedal; no creia que hubiese rio más poético y hermoso que el que un dia habia dado movimiento á aquella aceña; no concebia que en el orbe hubiese sabios que igualasen al cura y al maestro de escuela de la aldea, y tenia á Rosa, su vecina, por la niña más linda del universo. Cuatro años despues parecia haber mudado completamente de sentimientos y de opiniones.

Y la pobre Teresa, al notar este cambio en su hijo, lloraba como una Magdalena, acompañándola en su duelo Rosa, que era ya una muchacha tan hermosa como las flores que llevan su nombre, y tan buena como debia serlo aquélla á quien Teresa diese el dulce nombre de hija.

Pedro, segun se decia en el valle, se habia hecho un sabio;

pero aunque esto se dijera, Teresa y Rosa no cesaban de llorar.

Bien has hecho, Dios mio, en alejar el árbol de la ciencia del humilde autor de los Cuentos de color de rosa; que un título de académico venido de las orillas del Rhin, del Támesis ó del Sena no vale tanto como estas líneas venidas de las orillas del Cadagua, y trazadas por la temblorosa mano de un pobre labriego:

«Hijo mio: A todas horas tenemos tu nombre en los labios para bendecirle. Quien léjos de su valle nativo se acuerda de sus padres y de su valle, ¡bendito sea!»

Pedro, apasionado desde muy niño á los libros, habia podido satisfacer esta pasion desde que se vió dueño de la rica librería del indiano.

Por espacio de cuatro años habia vivido casi constantemente encerrado en ella, devorando millares de volúmenes, entre los cuales los habia de todos géneros, útiles y nocivos, fruto de la ignorancia y de la sabiduría, de la imaginacion extraviada y de la imaginacion dirigida por buen camino.

Propensa la suya, por naturaleza, á abultarlo todo, y á incurrir en perpetuas alucinaciones, habia recorrido el mundo y las edades, poblando éstas y aquél de hermosos fantasmas que gritaban sin cesar al desdichado mancebo: «¡Ven, ven á nosotros! ¡La felicidad no existe ni puede existir en ese rincon del mundo! Nosotros habitamos las montañas de Suiza, donde vaga la sombra de Guillermo Tell; las márgenes del Rhin, pobladas de sílfides y wilis; los canales de Venecia, donde aún resuena el canto de los gondoleros; las ruinas del circo romano teñidas con la sangre de los mártires; el golfo de Parténope, sombreado por el laurel de Virgilio; los harenes y jardines de

Bizancio; la santa Palestina, donde viven aún Jesus y Godofredo y Pedro el Ermitaño; la Grecia, patria de los dioses y los semidioses; la India, tierra de los rios sagrados y las piedras preciosas, y la América, último refugio de los gobiernos patriarcales y único teatro de las grandes escenas de la naturaleza. ¡Ven, ven á nosotros, que donde nosotros estamos está la felicidad!»

Y Pedro creia lo que decian aquellos fantasmas que habia visto destacarse de las páginas que habia devorado por espacio de cuatro años, vagos, indecisos, oscuros al principio, pero distintos, perceptibles, luminosos y gigantes despues.

La tristeza y el hastío se habian ido apoderando de su alma: todo cuanto encerraba el valle ¡hasta su madre y Rosa! le parecia pobre, mezquino, vulgar, indigno de ser amado.

Su madre, Rosa, el señor cura, el maestro de escuela, todos los habitantes del valle procuraban desterrar de su alma las febriles ambiciones que la consumian; pero sus consejos, sus súplicas, sus lágrimas eran inútiles. Lo único que hacía Pedro era compadecer á aquellas gentes, que como no habian visto el cielo, no se creian desterradas en la tierra.

IV

Era una mañana de otoño.

Pedro estaba leyendo en la biblioteca encomendada á su cuidado. El sol bañaba ya por completo el horizonte, y sin embargo, delante de Pedro ardia un candil.

¡El jóven no habia notado aún que era de dia! ¡Mira si estaria embebido en su lectura!

Habia pasado la noche leyendo. Plutarco y Homero habian arrastrado su alma á Grecia; el ignorado autor de *Las Mil y una noches* la habia llevado por las regiones asiáticas de delirio en delirio y de asombro en asombro; Chateaubriand la habia paseado por las vírgenes soledades de América; Cook la habia hecho dar la vuelta al mundo, sumergida en el sublime horror de las tinieblas y los hielos polares, y Schiller, Goëthe, Hoffman, Shakespeare habian hecho comparecer ante ella todos los fantasmas, ora risueños, ora sombríos y amenazadores, de los países teutónicos y británicos.

¡Figúrate cómo estaria el alma de Pedro, arrastrada de emocion en emocion por tan lejanas y diferentes regiones! Figúrate cuán distinto sería entónces de lo que habia sido cuatro años ántes!

Pedro, un tiempo tan contento con vivir y morir en el valle nativo como todos los habitantes de aquel valle, sólo tenia ya un deseo, pero un deseo supremo, ardiente, inextinguible, un deseo sin cuya satisfaccion la vida le parecia una carga insoportable, el de hollar con su planta y abarcar con su mirada el teatro de las escenas, reales ó ficticias, que habian expuesto á su contemplacion los libros, escenas que su fantástica y acalorada imaginacion poetizaba, despojándolas de toda la parte vulgar y prosaica que áun lo más poético de este mundo tiene. Hubiérasele dicho, por ejemplo, que Viriato, rústico pastor lusitano, estaba cubierto de suciedad y harapos cuando se rebeló contra la tiranía romana; hubiérasele dicho que Laura, la amada semidivina de Petrarca, comia y bebia como Rosa, su novia, y no lo hubiera creido.

La casa de Rosa estaba al lado de la de Teresa. Ésta, que

trataba ya á la jóven con la confianza de una madre, la encargó que se llegase al palacio del indiano y dijese á Pedro que fuese á almorzar.

Apresuróse á ir la enamorada niña. Cuando entró en la biblioteca donde leia Pedro, éste se volvia loco con la descripcion de un harem. Aquel volcan de amor y de celos que ardia perpetuamente en el corazon y en los ojos de las odaliscas, le parecia mil veces preferible á todo el amor que puede encerrar el corazon de las mujeres de Occidente.

—Pedro,—dijo Rosa, entrando en la habitacion, ligera como una mariposa, colorada como las cerezas á medio madurar, y risueña como una mañana de Mayo;—Pedro, dice tu madre que te está esperando el almuerzo.

Pedro dió tal patada en el suelo, y miró á Rosa con tal indignacion y tal desden, que la pobre muchacha retrocedió dos pasos, sobrecogida de terror.

—¡Perdóname, Pedro!—murmuró Rosa cariñosamente.—Estabas distraido, y te he asustado, ¿no es verdad? Mira, ha sido sin querer... No volveré á asustarte, yo te lo aseguro. Anda, vente conmigo, que tu madre te está esperando pára almorzar.

—No necesito compañía, y la tuya mucho ménos,—contestó Pedro con tono desdeñoso y amenazador.

La niña se puso pálida como una azucena, y bajó la cabeza, con los ojos arrasados en lágrimas.

La desdeñosa expresion que dominaba en el rostro y en la mirada de Pedro se dulcificó un poco.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras, Rosita?—preguntó el jóven con cierta solicitud.

—¡Porque ya no me quieres!—contestó la niña, cuya purísima voz ahogaban los sollozos.

—Sí, sí, te quiero, Rosa; pero tú tienes la culpa de estos arranques de mal humor que en mí ves.

—Pues dime qué he de hacer para que siempre estés contento.

—Lo que has de hacer es comprender mi alma.

—¿Y qué quiere decir eso?—preguntó la niña con adorable ingenuidad.—Comprender tu alma ¿es quererte mucho?

—No es sólo eso,—contestó Pedro, cuyo rostro volvia á nublarse;—comprender mi alma es, en primer lugar, adivinar mis deseos...

—Yo creia que deseabas ya almorzar...

Pedro dió otra patada en el suelo, exclamando:

—¡Rosa! Veo que tu alma nunca podrá comprender á la mia; que hablarte de ese amor delicado, grande, ideal, sublime, que se cierne entre el cielo y la tierra, es echar margaritas á la mar... ¡Ah! ¡Bien se conoce que nunca has abierto un libro!

—Pero yo creia que no eran menester libros para saber quererte... Mira, Pedro, mira lo que me figuraba yo que era querer: estar siempre pensando en tí; no encontrarme á gusto sino á tu lado; pedir á Dios que te dé salud y fortuna; desear que me quieras como yo te quiero á tí; ponerme triste y llorar y desesperarme si quieres á otra; aprender todo lo que saben mi madre y la tuya, para hacer lo que ellas hacen; gobernar bien la casa cuando nos casemos; querer y cuidar y enseñar á nuestro hijos, si Dios nos los da; trabajar á tu lado para que el trabajo te pese ménos; alegrarme cuando estés alegre, entris-

tecerme cuando estés triste, y morirme de pena si tú te mueres... Esto es, Pedro, esto es lo que yo tenia por amor. Si es otra cosa, ¿por qué no me lo dices? Verás cómo hago todo lo que tú me mandes. ¡Qué! ¿No soy yo dócil acaso? Cuando yo era pequeñita, siempre estaba diciendo mi madre: «Mi niña va á ser muy mujercita de bien, porque mejor mandada no la hay en la aldea.» Dime, Pedro, el amor ¿no es lo que te he dicho?

—Sí, Rosa, ese es el amor; pero es el amor vulgar. El que busca mi alma es ése en el fondo, pero no en la forma: en primer lugar, excluye el lenguaje vulgar é innoble, tal como el que has usado al llegar aquí...

—Pero ¿es malo decir que vengas á almorzar, cuando es cerca de medio dia, y aún no te has desayunado?

—¡Sí, sí lo es!...—respondió Pedro, volviendo á sentirse dominado por el enojo que tanto habia afligido á la inocente muchacha.

—Pues mira,—repuso ésta,—el señor cura y el maestro, que tanto saben, así dicen las cosas...

—Porque aquí el que más sabe es un salvaje. Por eso aborrezco á este miserable valle...

—¡Miserable valle! ¡Sí, que habrá muchos donde se coja tanto grano y tanta fruta como en él!

—¡Grano!... ¡Fruta!...—murmuró Pedro con soberano desden.

—¡Pues qué! ¿Es eso tambien malo? Mira, Pedro, esta mañana hemos estado tu madre y yo hablando de lo que hemos de hacer con la hacienda en cuanto tú y yo nos casemos. Dice tu madre que si cocemos un calero, allegamos toda la hoja del rebollar y hacemos una rozada, de seguro cogerémos grano

para todo el año, como en vida de tu padre, que esté en gloria...

—No seré yo quien cultive las tierras que cultivó mi padre.

—¿Qué dices, Pedro?

—Que no me enterrarán en estos valles.

—¡Dios mio!—exclamó Rosa, llena de asombro.—Pero ¿adónde has de ir?

—Adonde mi alma me llama.

—Pero ¿dónde es eso?

—¿Para qué te lo he de decir, si no me has de comprender? Rosa, déjame, déjame, que Dios no ha formado tu alma para que comprenda la mia.

—¡Pero si yo te quiero, Pedro, si yo te quiero mucho!...—exclamó Rosa con infinita ternura, buscando en los ojos de Pedro una mirada que correspondiese á aquella sencilla y á la par elocuente expresion de cariño.

—¡Déjame en paz!—respondió Pedro con inmenso despego.

Y volvió á Rosa la espalda...

La inocente niña prorumpió en lágrimas, y bajó la escalera murmurando:

—¡Ay, Dios mio! ¡Que no me quiere ya! ¡Que sin duda quiere á otra!

V

Era bien entrada la primavera.

A la puerta de la casa de Teresa habia un hermoso emparrado, cubierto ya de hojas, entre las que se veian granar los racimos.

Teresa, Rosa y otras vecinas cosian bajo aquel emparrado, á la caida de la tarde de un sábado.

Todas charlaban como cotorras, excepto Rosa, que no despegaba sus labios ni levantaba la cabeza, inclinada sobre su labor; y Teresa, que sólo terciaba alguna que otra vez en la conversacion, miraba con frecuencia á Rosa, y exhalaba un hondo suspiro, como diciendo: «¡Mucho se parece mi mal al tuyo!»

La conversacion tenia por objeto enumerar las maravillas que la primavera iba trayendo al valle. Marta contaba que los cerezos y los landechos de su huerto se iban á desgajar con el peso de la fruta, segun la muestra que presentaban; Dominica referia que en sus piezas la borona comenzaba ya á echar cirria; Luisa decia que el año iba á ser muy abundante de todo, pues el cuco habia venido por donde viene el sol, y Jacinta aseguraba que si Bilbao llegaba á empinarse un poquito para asomar la cabeza por cima de los montes que rodean á S..., se iba á morir de envidia, á pesar de sus jardines y sus tesoros.

Teresa y Rosa tambien decian una cosa, pero se la decian muy bajito á su corazon: ¡que Pedro ya no las queria!

Una de las vecinas echó de ver el silencio de Rosa y Teresa.

—¿No saben ustedes—dijo—la gran novedad que hay esta primavera en S...?

—¿Qué novedad es?—se apresuraron á preguntar todas.

—Que los pájaros se han vuelto mudos, y las rosas se han vuelto azucenas, contestó la vecina, dirigiendo la vista á Rosa con una significativa sonrisa.

—¡Pues es verdad! Y no habiamos reparado en ello,—exclamaron las vecinas.

A Rosa y á Teresa se le arrasaron los ojos en lágrimas.

Las vecinas, que lo notaron, se apresuraron á abandonar su tono irónico y malicioso, dominadas por la compasion.

—¡Válgame Dios!—dijo una de ellas, dirigiéndose á Rosa.—¡Cómo has cambiado, hija! ¿Por qué no cantas ya como los pájaros, y das envidia con tus colores á las rosas de Alejandría?

—Porque para ella y para mí—contestó Teresa—no ha venido aún la primavera.

—Eso es porque sois unas tontas. ¡Que Pedro está siempre encerrado con sus librotes! ¡Anda con Dios, y así aprenda más que el sabio Salomon! Si los libros que lee fuesen malos, santo y bueno que os afligiéseis; pero ya veis vosotras si el indiano, un señor que, mejorando lo presente, no tiene pero, puede haber gastado su dinero en libros malos...

—No serán muy buenos cuando á mi hijo le han hecho aborrecer la aldea donde nació.

—¿Y cómo al indiano no se la han hecho aborrecer?

—Tienes razon, que los libros no serán malos. ¡Lo será tal vez mi hijo!

Es imposible pintar el dolor con que Teresa pronunció estas últimas palabras, y la dolorosa impresion que hicieron en Rosa.

—Yo he oido decir al señor cura—repuso la vecina—que los libros son como las escopetas, que aunque sean útiles para muchos, son para algunos peligrosas.

—¡Pero, no, no! ¡El hijo de mi alma no es malo!—exclamó

Teresa, deshecha en lágrimas.—Esta mañana me vió llorar, y echándose á mi cuello, me dijo, saltándosele las lágrimas: «¡Madre de mi corazon! Perdóneme usted las penas que causo á usted y á la pobre Rosa. Yo las quiero á ustedes, y procuraré á toda costa hacerlas felices; pero no puedo evitar esta tristeza que me consume, esta inquietud continua que me mata y esta aversion que me causa la aldea.»

—Pues hija,—dijo una de las vecinas,—á mí me gusta cantar clarito: yo hago la cruz al que tiene aversion al pueblo en que nació, y se la hago aunque por lo demas sea un santo. Todas esas cosazas que dice tu hijo, todo eso de que no todos tienen el alma templada del mismo modo; de que quien sueña con otro mundo no se puede conformar con éste; de que unas plantas se secan donde florecen otras: todo eso que dice Pedro será muy bonito y muy señor, pero yo lo tengo por paja, y nada más que paja. El grano es, que cada cual debe contentarse con lo que tiene; que Dios manda hacer llorar de alegría, y no de dolor, á los que nos quieren; que la tierra en que uno ha nacido es una segunda madre, y se la debe querer como á la primera, y que el talento y la sabiduría que no se emplean ántes de todo en hacer lo que Dios manda, no son sabiduría ni talento. Esto es lo que le decia á tu hijo la otra tarde el señor cura, y esto es lo que á mí me parece el Evangelio.

—¡Es verdad! ¡es verdad!—murmuraron á la par Teresa y Rosa, hechas un mar de lágrimas.

—Pero eso no quita—continuó la vecina—que me parezca una tontería el afligiros de ese modo. Dejad que vuelva el indiano, y vereis cómo á Pedro se le va el aire que se le ha metido en la cabeza, así que no pueda leer más libros que los que

leia su pobre padre, que esté en gloria. Pero, ya que hablamos del indiano, ¿no habeis vuelto á tener carta de él?

—No,—contestó Teresa.—Desde que nos escribió de Veracruz, hace una porcion de meses, diciendo que al cabo de cuatro años de entorpecimientos habia logrado arreglar sus asuntos y se disponia á volver, no hemos vuelto á tener carta suya; y eso nos tiene con mucha pena, que tal vez le habrá sucedido algo en la mar.

—A propósito de cartas,—dijo una de las vecinas,—ahí está Ignacio con la balija.

En efecto, un jóven venía por el camino de Balmaseda, montado en una mula y trayendo una balija sobre el cabecil de la basta.

—Teresa,—dijo al pasar por frente á la casa de ésta,—llevo aquí carta para usted, segun me ha dicho el administrador de Balmaseda. Voy á que abra la balija el señor alcalde, y en seguida le traigo á usted la carta.

El jóven siguió adelante, y Teresa y Rosa quedaron esperando con impaciencia su vuelta.

—De las Indias es la carta, segun la pinta del sobrescrito,—dijo Ignacio, volviendo pocos momentos despues con la carta en la mano.

—Ábrela, y haz el favor de leérnosla,—dijo Teresa, llena de alegría;—que no quiero esperar á que venga Pedro. ¡Pobre señor! ¿Cómo estará? Dios le dé mucha salud...

Ignacio comenzó á leer la carta, que estaba fechada en Veracruz, y encabezaba con el nombre de Teresa.

«Nos dirigimos á usted, decia, para cumplir un deber triste y satisfactorio. El señor don Fulano de Tal, natural de ese

Concejo, dueño de los bienes que hace cuatro años están al cuidado de usted, ha fallecido en esta ciudad...»

Ignacio no pudo continuar su lectura al llegar aquí, porque Teresa y Rosa, y áun las vecinas, y el mismo Ignacio, prorumpieron en llanto.

Durante un cuarto de hora no se oyeron más que sollozos y exclamaciones como éstas:

—¡Pobre señor de mi alma!

—¡Qué padre tan bueno han perdido los pobres!

—¡Dios le haya dado á la hora de la muerte tantos ángeles como bendiciones ha recibido en vida!

—¡Vírgen Santísima, acógele bajo tu manto, que la misericordia tenia un palacio en su corazon!

—¡Señor, corónale de gloria, si no le has coronado ya!

Al fin Ignacio pudo continuar la lectura de la carta.

«Murió tranquilo y sonriendo como los justos, como los verdaderamente sabios, como debia esperarse de su vida, consagrada á la caridad y al trabajo. En su postrer instante se acordó del pueblo de su naturaleza y de usted. Nosotros, sus testamentarios, nos dirigimos á usted, en cumplimiento de nuestro deber, para manifestarle que el finado la deja en herencia todos los bienes que poseia en ese Concejo y ochenta mil pesos fuertes en metálico.»

Tal era la parte sustancial de la carta.

—¡Que sea enhorabuena! ¡que sea enhorabuena, Teresa!—exclamaron todas las vecinas, llorando de alegría.

—¡Yo bendigo—exclamó Teresa—á quien tales riquezas nos deja en herencia; yo le bendeciré siempre... ¡pero más le quisiera vivo que muerto!

Pedro, que acababa de saber que Ignacio habia llevado á su madre una carta de América, llegó en aquel instante bajo el emparrado.

—¡Hijo,—exclamó Teresa,—ha muerto nuestro bienhechor, dejándonos todos sus bienes de aquí y ochenta mil pesos en dinero!

—¡Ha muerto!...—exclamó Pedro, prorumpiendo en sollozos!

Y su madre se abalanzó á él, estrechándole en sus brazos y exclamando á su vez:

—¡Ah! ¡Bien decia yo que el hijo de mis entrañas no era malo!

Una alegría infinita iluminó las angélicas y pálidas facciones de Rosa.

La jóven habia notado, como Teresa, que Pedro, ántes de fijar la vista en el legado, la fijaba en el legador para llorar su pérdida.

—Ha muerto, sí,—dijo una de las vecinas,—pero los duelos con pan son ménos. ¡Ya sois ricos, Pedro, ya sois ricos!

Entónces fué cuando Pedro pensó en la herencia.

—¡Madre,—exclamó, radiante de alegría,—ya acabaron mis tristezas, ya puedo realizar mi eterno sueño de recorrer el mundo!

Al oir estas palabras, Teresa exhaló un profundo suspiro, y ella y Rosa cayeron, traspasadas de dolor y hechas un mar de lágrimas, sobre un poyo que habia á la puerta de la casa.

¡Ambas eran en aquel instante más desventuradas y pobres que nunca!

VI

Ya tenemos á Pedro con un pié en el estribo, dispuesto á emprender el viaje universal con que empezó á soñar así que empezó á *regenerar* su alma en la biblioteca del indiano.

¿Encontrará el paraíso de sus sueños en los países que va á recorrer? Las montañas de Suiza, los castillos feudales de Alemania, la filantropía inglesa, los monumentos de la Ciudad Eterna, las mujeres de Oriente, las ruinas de Aténas y las instituciones del nuevo continente, ¿le parecerán desde cerca tan bellos como desde léjos? Sus ojos, que desde léjos todo lo poetizan, ¿lo vulgarizarán todo desde cerca?

Sigámosle en su viaje, espiando y analizando las emociones de su corazon; que nuestro trabajo no será del todo inútil hoy que tanto abundan las almas no comprendidas, y hoy que tan torcida interpretacion se da á las palabras de Jesus: «Nadie es profeta en su patria.»

Pedro se dispone á abandonar el valle nativo. Ya nadie se opone á su partida, porque todos se han convencido ya de que sus consejos, sus súplicas y sus lágrimas no bastan á quebrantar su resolucion, y porque el señor cura, el más conocedor del corazon humano entre los habitantes del valle, opina que en la homeopatía, en el *similia similibus curantur* de los médicos, está la única esperanza de curar á Pedro.

Todos lloran al darle la despedida, pero él permanece sereno. Su madre le entrega un santo escapulario, que asegura ha de protegerle de todo peligro; y Rosa, al estrechar su mano, coloca en el dedo pequeño del mancebo una modesta sortija,

adornada con unas hebritas de sus doradas trenzas, que llevaba en su dedo del corazon.

Entónces es únicamente cuando una lágrima asoma á los ojos de Pedro, probando que su corazon no ha muerto aún para su madre y su amada.

Ignacio, excelente muchacho, que nunca perdió de vista el valle sin sentir su corazon oprimido de tristeza, le acompaña con una caballería hasta Bilbao, donde Ignacio se volverá atras y Pedro se proveerá de cuanto necesite para continuar su viaje.

Ya se alejan del Concejo. Al llegar á una colina donde van á perder completamente de vista el blanco campanario de la aldea, escondida entre nogales y cerezos, Ignacio, que va á hacer un viaje de cinco leguas, vuelve la vista, se pára y lleva el reverso de la mano á sus ojos, arrasados en lágrimas. Pedro, que va á recorrer el universo, lo nota, y suelta una burlona carcajada.

¿Dices, alma mia, que las lágrimas de Ignacio, aunque hijas de una sensibilidad algo exagerada, eran perlas de valor inestimable? Yo no te diré que sí ni te diré què no; pero has de saber que quiero más la ternura de la ignorancia que la sequedad de la sabiduría. Caminito de Bilbao van dos civilizaciones: la de los valles y la de las ciudades. Escoge la que más te plazca, que yo busco una que tenga por pedestal un libro, y por corona un manojo de espigas.

Pedro se acercaba al fin á los Pirineos. ¡Iba á evocar en Roncesválles las sombras de Bernardo del Carpio y de Carlo-Magno y sus doce Pares! ¡Iba á oir la bocina de Roldan! ¡Iba á contemplar las blancas osamentas de las despedazadas legiones francas! ¡Iba á ver alzarse, iluminada con la sonrisa del

triunfo, la magnífica figura de aquel bravo *echecojauná* del *Canto de Altabizcar!* ¡Iba, en fin, á encontrar, enredados en los espinos, los girones del manto rojo del emperador de los francos!

—Díganme ustedes,—preguntó á unos labradores en Roncesválles,—¿dónde se dió la famosa batalla?

—¿Qué batalla?—preguntaron á su vez los labradores.

—Aquélla en que el hijo de Jimena hizo huir sin manto y sin corona al arrogante emperador de los francos.

Los labradores se encogieron de hombros, como si les hablasen en griego.

—¡Ah!—exclamó al fin uno de ellos.—¿Ve usted aquel pico hendido por la carretera? Pues, segun cuentan los antiguos, allí hubo una gran batalla en tiempo de los moros.

Pedro siguió su camino, murmurando:

—¡En tiempo de los moros!... ¡Qué gentes tan ignorantes y tan vulgares!... ¡Bien se conoce que todavía estoy entre españoles!

Al llegar al pié de Altabizcar, preguntó á un muchacho que apacentaba unos bueyes en un prado inmediato al camino:

—¿Dónde está el desfiladero que llaman *la bocina de Roldan?*

—¿Ve usted aquellas rocas negras? Pues allí está.

—¿Quieres guiarme allá y te daré una buena propina?

—Aunque me diera usted el oro y el moro,—contestó el muchacho.—¡Templados están los gabachos para que vayamos á visitarlos los del valle!

Pedro no quiso detenerse á oir la explicacion de estas pa-

labras, porque acababa de convencerse de que miéntras se dirigiera á españoles, no oiria más que sandeces y vulgaridades.

Por fin llegó al sitio donde presumia haberse dado la gran batalla; pero necesitaba un guía, para no exponerse á tomar el bramido de alguna vaca por el sonido de la bocina de Roldan.

Unos pastores estaban comiendo el rancho al pié de unos árboles cercanos, y se encaminó hácia ellos.

—¿Me dan ustedes razon—les dijo ántes de llegar—del sitio en que fueron derrotados los doce Pares de Francia?

Los pastores, por única contestacion, prorumpieron en juramentos contra los españoles; tomaron cada uno su cayado, y se lanzaron en ademan amenazador al encuentro de Pedro.

Éste, viendo que la cosa iba mal, puso piés en polvorosa, dejando caer la capa y el sombrero, como Carlo-Magno el manto y la corona.

Los pastores continuaban tras él, y ya se iba á rendir, reventado de cansancio y ensangrentadas sus manos y su cara con el roce de los espinos, cuando acudió en su auxilio un hombre que, armado de escopeta, andaba por allí de caza, y que ahuyentó á los pastores amenazándoles con una perdigonada si no volvian piés atras.

—¡Pero, señor,—exclamó Pedro,—entre qué gentes estamos! ¡Pregunto á esos bárbaros dónde fueron derrotados los doce Pares de Francia, y enarbolan los cayados como si les hubiese llamado perros judíos! En mi aldea se contesta rústicamente á los forasteros, pero se les daria el alma y la vida si las necesitasen.

—Caballero,—dijo el cazador,—no debe usted extrañar lo

que han hecho esos majaderos. Son franceses, y los españoles les están quemando la sangre continuamente con eso de los doce Pares y Carlo-Magno. Precisamente estos dias han sido más insultados que nunca, y han creido que usted venía á repetir el insulto.

—Yo lo único que queria era recorrer esos sitios, que encierran tan grandes recuerdos históricos. Si usted, que tan bien se ha portado conmigo, quisiera acompañarme á esos sitios, me haria un nuevo favor, que le agradeceria tanto como el primero.

—Déjese usted de tonterías, caballero. Allí no encontraria usted más que peñas y matorrales; se expondria usted á que esos muchachos pensasen que trataba usted á toda costa de insultarlos, y tal vez mi escopeta fuera ya impotente para defenderle á usted.

—Pero la historia de los viajes habla á cada instante de peligros que han arrostrado los viajeros en una útil investigacion arqueológica ó botánica, ó simplemente por satisfacer su curiosidad. Ahí tiene usted á su compatriota Chateaubriand, que bajó al cráter del Vesubio...

—¡Qué cráter ni qué calabazas! ¡Si va usted á hacer caso de todo lo que se escribe!... Usted, por lo visto, viaja con objeto de divertirse?

—De divertirme y de ilustrarme.

—Pues entónces, tuerza usted á la izquierda y bájese á Bayona; que justamente mañana empieza allí la feria y se divertirá usted de lo lindo.

Pedro se decidió al fin á seguir el consejo del cazador, y llegó sin detenerse á Bayona.

Conforme se acercaba á esta ciudad, habian llamado su atencion infinitas muchachas que se encaminaban tambien á Bayona, ostentando hermosísimas trenzas de pelo, cuidadosamente peinadas y adornadas con vistosos lazos.

Tomó habitacion en una fonda, se puso hecho un Gerinéldos y salió á visitar la ciudad.

Desde su habitacion habia visto unos hombres que recorrian las calles con unos grandes sacos al hombro, gritando:

—¿A quién se lo corto? ¿á quién se lo corto?

Aquellos hombres y aquellos gritos habian excitado vivamente su curiosidad.

Al atravesar una plaza, viendo unos grupos de aldeanas y de hombres semejantes á los que habian llamado su atencion, se dirigió á ellos.

El hijo de las nobles Encartaciones, donde el que escribe estas páginas ha visto á una jóven enfermar y morir de tristeza por haber perdido su hermosa cabellera; donde dos largas trenzas de pelo inspiran más vanidad á las muchachas que todas las riquezas del mundo; donde el amante siente tanto placer acercando sus labios á una hermosa trenza de pelo como acercándolos á una rosada mejilla, y donde la cabellera femenina se considera como un destello de la inteligencia que reside en la cabeza á que sirve de corona; el hijo de las Encartaciones vió con horror que una porcion de frescas y hermosas aldeanas consentian sin dolor, y por algunos francos, que unas hediondas tijeras, manejadas por una mano más hedionda aún, despojaran su cabeza de una cabellera dorada como el cabello del maíz, ó negra como la endrina! Y lo que le asombró más aún, y hasta le indignó, fué la fria indiferencia con que las

madres y los novios de aquellas muchachas presenciaban tan bárbaro sacrificio.

Pedro recordó entónces lo que nosotros acabamos de recordar; Pedro recordó el infinito orgullo con que en su aldea trenzaban las madres la cabellera de sus hijas, y contemplaban los mancebos las cabelleras de sus amadas; Pedro recordó las dos hermosas trenzas, unidas en su extremo inferior con un lazo de color de cielo, que partian de la linda cabeza de Rosa, y llevó á sus labios con emocion la sortija que le habia regalado su amada.

Apartando la vista de aquel repugnante espectáculo, volvió á su posada, decidido á abandonar la ciudad inmediatamente. Más aún: se decidió á no detenerse en el suelo frances, á pesar de que la Doncella de Orleans y los héroes de *Nuestra Señora de Paris* y de *El Judío errante* desempeñaban un gran papel en su Olimpo.

Quizá nosotros, en vez de indignarnos, nos hubiéramos conmovido al presenciar lo que él presenció desde que traspasó la frontera, porque hubiéramos visto en la conducta de los pastores un exceso de patriotismo, pero patriotismo al fin, y en la conducta de las doncellas la santa abnegacion del que sacrifica lo que más le hermosea para atender á las necesidades de sus padres y de sus hermanos; pero mirado desde cerca, para Pedro el mundo no tenia más que prosa.

—¡Ah!—se dijo al salir de Bayona.—Ya me explico perfectamente todo lo que me ha pasado desde que pisé el territorio frances. Es que en vez de empezar el Africa Pirineos para allá, empieza Pirineos para acá, y los franceses lo callan por modestia.

VII

Pedro cumplió su propósito de no detenerse en territorio frances.

Ya le tenemos en Suiza; ya va á recorrer aquellas poéticas montañas, embellecidas con los recuerdos del libertador Guillermo Tell y de Cárlos el Temerario; ya va á extasiarse contemplando aquellos imponentes ventisqueros, aquellas magníficas cascadas, aquellos lagos azules y aquellas risueñas queserías, que con tan seductores colores han pintado los poetas franceses y alemanes. Piensa permanecer en aquel romántico y encantador país la mayor parte del verano, y hasta teme, y á la vez desea, que le cautiven los ojos de alguna de aquellas bellísimas montañesas, que en su concepto deben atesorar, armónicamente combinados, el ardiente é impetuoso amor de la raza latina y el purísimo y delicado sentimiento de la raza germana.

Al pisar los montes de la antigua Helvecia, Pedro experimentaba un sentimiento muy parecido al que debe experimentar el fervoroso cristiano, familiarizado con las Sagradas Escrituras, al pisar los montes de Judea.

Un terrible ventisquero se presentó á su vista. De vez en cuando una ráfaga de viento silbaba en las cumbres de los montes, y poco despues un enorme *alud* se precipitaba al valle con espantoso ruido. El corazon de Pedro latia con violencia ante aquel magnífico espectáculo.

Arrastrado por la curiosidad, nuestro entusiasta compa-

triota se fué acercando al valle adonde descendian aquellas enormes masas de nieve congelada.

De repente oye sobre su cabeza un ruido semejante al de un prolongado trueno, y rueda por los profundos abismos que se abrian á sus piés, envuelto en un océano de agua y nieve. Un alud le habia sorprendido y su vida corria inminente peligro.

Pedro, haciendo desesperados esfuerzos para salvarse, invocó á la Vírgen, representada en el santo escapulario que pendia de su cuello, invocó el nombre de su madre, y hasta el de Rosa resonó en sus labios.

Al fin pudo asirse á unas ramas que bordeaban el torrente, y ponerse en salvo; pero se puso en salvo empapado en agua y lodo, tiritando de frio y molido su cuerpo, como si los cayados de los pastores del Pirineo hubiesen llegado á caer sobre él.

Los ventisqueros, que tan bellos le habian parecido desde la biblioteca del indiano, le inspiraban ya profundo horror, y no pudo ménos de comparar los riesgos que en las montañas de Suiza ofrecia la contemplacion de la naturaleza, con la seguridad que la misma contemplacion ofrecia en las montañas de las Encartaciones.

—Contentémonos—se dijo—con espectáculos más pacíficos, con emociones más bucólicas. Busquemos las blancas y limpias queserías, habitadas por montañesas inocentes y hermosas como la vírgen de Underwald, cantada por el sublime d'Arlincourt; los tranquilos lagos y las tradiciones populares que deben conservar en estas montañas el recuerdo de Arnoldo, de Werner, de Furst, de Tell, de todos esos héroes que libraron á la Helvecia del tirano Gessler.

Pedro divisó al fin una quesería, y se encaminó á ella.

En la quesería encontró unas muchachas, descalzas de pié y pierna, sucias y desgreñadas. Al verlas, se acordó de Rosa, que, comparada con las montañesas suizas, le pareció una rosa de Alejandría comparada con un cardo borriquero.

—¡Qué decepcion!—exclamó, empezando á extranjerizarse.—Pero la sabrosa leche que aquí me servirán, me desquitará de todo.

Sentóse á una mugrienta mesa y pidió un vaso de leche, que le sirvieron inmediatamente.

Parecióle que la leche estaba ágria, y que en los bordes del vaso campeaban unos cuantos pelos de vaca, ó sabe Dios de qué.

Pedro separó el vaso de sus labios con asco é indignacion, y se resignó á dejar con vida el hambre que empezaba á atormentarle.

—¡Ah!—se dijo.—¡Quién tuviera aquí aquella mesita cubierta con un mantel tan blanco como la nieve, y provista de una fuente de limpia y fresca y azucarada leche, que mi madre solia prepararme bajo el emparrado de la puerta de mi casa! ¡La mujer más desaseada de S... no ha servido jamas un vaso de leche, sin colarla ántes por una blanca pañada ó un fresco manojo de helecho!

Pedro tuvo que dar por aquel vaso de leche, en su concepto sucia y corrompida, diez veces más de lo que le hubiera costado en su aldea un vaso de leche limpia y fresca; y como se quejara de lo mal que se le habia servido, faltó poco para que le midiera las costillas con una estaca un tozudo montañes, que á su salida apareció en la puerta de la quesería.

Recorriendo luégo los lagos de Zurich y otros, estuvo á punto de ahogarse, y cogió unas tercianas, por lo cual tomó horror á los lagos y se decidió á contentarse con las tradiciones populares de los cantones de Uri, Schwitz y Underwald, tradiciones que esperaba hallar hasta en boca del más rústico campesino.

—Dígame usted, buen montañes,—preguntó á un hombre que conducia una vacada,—¿qué tradiciones populares hay en este canton?

—Yo no entiendo lo que es eso,—contestó el vaquero.

—Quiero decir si conservan los moradores de estas montañas recuerdos de los héroes que los emanciparon de la tiranía austriaca en el siglo catorce.

—¡Qué catorce ni quince! Yo no entiendo de lectura, y por lo tanto me quedo en ayunas de lo que usted dice.

—¡Jesus! ¡Jesus, qué gentes tan brutas!—murmuró Pedro alejándose del vaquero.—Al ménos, en las Encartaciones hasta los más rústicos tienen algunas nociones de la historia local, siquiera confundan las épocas y allí donde hay una fortaleza fundada por los mantenedores de los bandos *oñacino* y *gamboino*, vean una fortaleza fundada por los moros, aunque estos señores no pisaran el suelo vascongado.

Más adelante tropezó con un leñador, que le pareció hombre más despejado.

—Oiga usted, buen amigo,—le dijo:—¿qué tradiciones se conservan aquí del heroico Guillermo Tell?

—¿Guillermo?—replicó el leñador con extrañeza.—Yo no conozco á ese caballero.

—¿Es posible que usted ignore...

—¡Ah! ¡Ya caigo!—dijo el montañes dándose importancia.—¿Pregunta usted por el rey de Prusia Federico Guillermo? ¡Buen ajo van á armar el mejor dia por sus intrigas los realistas y los republicanos de Neufchatel!...

Pedro volvió la espalda al leñador, renegando de Suiza, de los suizos y hasta del dia en que puso los piés en aquellas montañas, que comparadas con las de Vizcaya le parecian el infierno comparado con el cielo.

En seguida se dirigió á Alemania.

Si el que escribe la historia de sus viajes hubiera estado entónces á su lado, le hubiera dicho al oido:

—Perico, no seas tonto, vuélvete á S...; que en ninguna parte vas á encontrar lo que buscas. Así como tu anteojo tiene la propiedad de engrandecer las cosas desde léjos, tiene la de empequeñecerlas desde cerca.

Pero como nadie le dijo esto, y su quijotesca fantasía le decia lo contrario, tomó por el Rhin abajo.

Ni en las orillas del Rhin, ni en las de Mein, ni en las del Elba, ni en las del Oder, ni en las del Danubio encontró sílfides ni wilis.

Vió muchos castillos de margraves y palatinos, y al penetrar en ellos se encontró con fábricas de cerveza, donde los sesudos filósofos alemanes cogian cada chispa que llamaban á Cristo de tú.

Bajo los fresnos y las hayas buscó aquellos bailes pastoriles y á aquellas vírgenes de ojos de cielo y de cabellera de oro que habia visto en las baladas alemanas, y encontró lo que en todas partes se encuentra:

Muchachas rubias y muchachas morenas.

Muchachas lindas y muchachas feas.

Muchachas emperegiladas y muchachas haraposas.

Muchachas inocentes y muchachas con más picardías que granos un costal de trigo.

Y dijo muy atufado:

—¡Para este viaje, no necesitaba yo alforjas! ¡Ay, aldea de mi vida, madre de mi alma y Rosa de mi corazon! ¡Más valeis vosotras que toda la Alemania y todas las alemanas juntas! Pero á fe que Grecia me hará olvidar muy pronto este nuevo desengaño.

Y se encaminó á la patria de Homero.

VIII

Grecia dió otro solemnísimo chasco al pobre Perico. Por la misma razon que la habia soñado más grande de lo que es en realidad, la encontró más pequeña de lo que en realidad es.

En Aténas oyó hablar de ferro-carriles y deuda consolidada, y se le cayó el alma á los piés.

En las riberas del Eurótas le sucedió dos cuartos de lo mismo al oir á unos soldados entonar la Marsellesa.

En Esparta no encontró un ciudadano que se atreviese á acompañarle al paso de las Termópilas, defendido á la sazon por un perro rabioso que enseñaba los dientes á los viajeros.

En Chipre sorprendió á un tabernero bautizando el vino.

En el Olimpo encontró una fábrica de guano, y tuvo que echar á correr tapándose las narices.

En el Helicon creyó morir de sed, porque, aunque encontró una fuente, estaba bebiendo en ella un borrico, y no quiso beber con él.

En el Citeron llevó un terrible gaznatazo de una muchacha con quien se propasó tomándola por Vénus.

Y en el Pindo encontró á un poeta haciendo endecasílabos de catorce sílabas.

—¡Reniego—exclamó—de Grecia y de sus siete sabios, que si en Vizcaya abundan los ignorantes, al ménos no niegan su ignorancia!

Si yo hubiera estado al lado de nuestro paisano cuando pronunció estas palabras, no hubiera dejado de decirle:

—¡Perico! ¡Perico! No escupas al cielo, que te caerá la saliva en la frente. Mira que tú no eres griego, y si no te tienes por sabio, tampoco te tienes por ignorante.

Pedro se encaminó á Constantinopla.

—¡Allí,—decia,—allí sí que voy á gozar, observando costumbres diametralmente opuestas á las del resto de esta caduca y prosaica Europa! ¡Las mujeres de ojos negros y tez morena, rodeadas perpetuamente de sublime misterio en el fondo del harem! ¡El pueblo, aunque equivocado en sus creencias religiosas, siempre fervoroso y austero creyente! ¡El idioma, no inficionado aún por el galo, que todo lo invade y todo lo reduce á prosa! ¡El traje reñido con esas ridículas fundas que llamamos pantalon y frac! ¡Y hasta las viandas y las bebidas exentas del grosero y vulgar tocino y del vino embrutecedor y chabacano!... Constantinopla de mi alma, que para mí no tienes más defecto que el haber renegado de tu poético nombre de Bizancio, ¡cuánto voy á gozar en tí! ¡cuánto me voy á

desquitar en tu recinto de los atracones de prosa que me he dado en los países cristianos!

Pedro descubrió al fin á Constantinopla.

Sus cúpulas le dieron ya mala espina.

—¡Ave María!—exclamó al verlas.—¡Qué torres tan ridículas, tan peladas y tan redondas, que parecen calabazas colocadas sobre pucheros! Al ménos el campanario de la iglesia de mi aldea tiene su cruz y su veleta, y es de forma tan esbelta que da gusto el verle.

Apénas puso el pié en las calles de la metrópoli mahometana, tropezó con una porcion de mujeres á quienes se podia cantar aquello de

Ponte un alfilerito
en el pañuelo, etc.

Una de ellas le dijo en frances:

—¡Adios, hermoso!

Un ministro del Sultan le convidó á comer al dia siguiente.

El anfitrion, que segun era público y notorio en Constantinopla, se iba á calzar las mejores huríes del Paraíso, hizo boca con unas rajitas de salchichon de Génova y un buen trínquis de Jerez. Luégo sirvieron á la par un platito de lomo y otro de judías, y el musulman se apropió el lomo y arrimó las judías al cristiano.

En seguida tuvo el turco la galantería de enseñar al extranjero su harem. Allí vió Pedro una coleccion de rubias, que le hicieron santiguar de asombro. El musulman notó su extrañeza, y le preguntó la causa.

—Es,—contestó Pedro, temeroso de que el turco se viera acometido de un acceso de celos y echara mano á la charrasca,—es que yo esperaba hallar aquí jóvenes morenas, que me gustan más que las rubias.

—¡Qué! ¿No le gustan á usted las rubias?

—¡Pche!... No es cosa.

—¡Ah! Pues no sabe usted lo que es bueno. Un poquillo volubles suelen ser, pero donde están un copito de oro y unos ojitos azules... ¡Huy! ¡Válgame Dios!...

Esta salida de pié de banco acabó de dejar al pobre Pedro más frio que un carámbano; pero le dejó aún más lo que sucesivamente fué viendo.

Vió en Constantinopla á los austeros musulmanes, no sólo comer salchichon y lomo y beber Jerez, sino tambien comer tocino gordo, y echarse al cuerpo cada copa de vino tinto y aguardiente que daba miedo.

Vió turcos con pantalon y frac, y sombrero de copa alta, y turcas con vestido de indiana y miriñaque.

Y vió otras mil cosas, tan prosaicas y tan vulgares, que le hicieron salir más que á paso de Constantinopla, renegando hasta del zancarron de Mahoma.

—Está visto—dijo—que en este viejo, caduco y envilecido continente no hay más que prosa. Ya voy viendo que si en él hay algun Olimpo sin fábrica de guano, ese está en mi aldea. A la vírgen América me voy, que allí encontraré al fin y al cabo lo que busco. Palestina, Rusia, Italia, idos enhoramala, que no quiero visitaros, porque temo que me deis nuevos desengaños.

Al dia siguiente acabó de afirmarse en esta resolucion, le-

yendo en un periódico el anuncio de una fábrica de papel continuo que acababa de establecerse en el Cedron.

Pedro cruzó el Mediterráneo en un buque inglés fletado para Nueva-York, pero que debia hacer escala de algunos dias en Lóndres.

Esta última circunstancia no disgustó á nuestro viajero, que se hizo esta cuenta:

—Inglaterra me ilusiona muy poco despues de lo que he visto en el resto de Europa; pero la visitarémos, á ver si la circunstancia de estar aislada de este continente ha conservado en ella algun resto de poesía.

Veamos cómo va á Pedro en Inglaterra.

IX

Nuestro viajero, que llevaba consigo una buena coleccion de libros, recurrió á la lectura para hacer ménos pesada la larga travesía desde los Dardanelos al canal de la Mancha.

Naturalmente se fijó primero en los libros que tenian relacion con el primer país en que iba á desembarcar. Cuando llegó al estrecho de Gibraltar, cuando se acercó á las costas de España, tuvo tantos deseos de poner el pié en su patria, como los habia tenido de abandonarla cuando atravesó el Pirineo. Sin embargo, resistió aquella tentacion, porque ya bendecia la casualidad que le conducia á Inglaterra; ya Walter Scott, Goldsmith, Moore, Shakespeare, Milton y Byron habian rejuvenecido su alma; ya se extendia sobre las islas británicas aquella dorada nube en que sus ojos las contemplaban envuel-

tas desde las Encartaciones; ya habian renacido todas sus esperanzas y todas sus ilusiones.

El buque entró, por fin, en el Támesis.

Pedro dirigia con avidez la vista á una y otra orilla del rio, buscando la realidad de sus sueños.

En todas partes se alzaban negras columnas de humo, y en todas partes rugia el vapor y resonaba el martillo.

En todas partes las artes y la industria reinaban como absolutas señoras.

Y en todas partes hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, cooperaban á dar á la Gran Bretaña el título de reina de las artes y del comercio.

Este título, que tan bello nos parece á nosotros, no debia parecer muy envidiable á Pedro, que frunciendo cada vez más el ceño, iba por el Támesis arriba comentando cuanto se presentaba á sus ojos con estas breves palabras:

—¡Prosa! ¡prosa! ¡prosa! ¡Vil metal! ¡Mezquina sed de riquezas!

Apénas desembarcó en Lóndres, se dedicó á recorrer aquella gran ciudad.

Habláronle de un lord escoces muy ilustrado, y se apresuró á hacerle una visita.

—¿Qué me dice usted—le preguntó—de su paisano Walter Scott, del gran pintor de las costumbres de Escocia?

Por primera contestacion, el lord le redujo á libras esterlinas el fruto que el autor de *Ivanhoe* habia sacado de sus inmortales poemas.

Pedro lo oyó con indignacion y volvió la espalda al lord.

Contáronle luégo que otro escoces, avecindado en la capi-

tal, y muy aficionado á perros, conservaba uno descendiente por línea recta del que acompañaba al gran novelista por las montañas de Escocia.

Pedro, lleno de alegría, fué á ver aquel ilustre animal, con ánimo de comprarle, aunque fuese á peso de oro.

Al entrar en el parque del escoces, un enorme perro salió á recibirle, é hizo presa en sus pantorrillas.

—¡Suelta, suelta, Walter Scott!—gritó al animal el perrero.

El noble can obedeció, y Pedro, lleno de desencanto, volvió piés atras, maldiciendo de los perros descendientes del de Walter Scott y hasta de Walter Scott mismo.

Tropezó luego con un propietario de Jersey, que le manifestó contaba entre sus propiedades la casa en que se albergó Cárlos II cuando el hacha de Cromwell amenazaba aún su cabeza.

La alegría de Pedro no tuvo límites.

—Envidio á usted—dijo al isleño—tan precioso tesoro.

—No debe usted envidiármele,—contestó el propietario de Jersey.—He dedicado mi finca á criadero de cerdos, y los malditos animales, á fuerza de hozar los cimientos, me han arruinado el edificio.

Este nuevo desengaño puso en boca de Pedro aquella enérgica imprecacion de nuestro buen Ruiz Aguilera, del autor de los *Ecos nacionales:*

«¡Albion, maldita seas!»

Al dia siguiente asistió á una sesion de la Cámara de los

lores, y lloró como un chiquillo oyendo á lord Shark-Fellow condenar la *explotacion del hombre por el hombre.*

La fe, que le iba abandonando, renació en su corazon, y al oir á aquel filántropo se preparó á continuar sus investigaciones.

Dirigióse á uno de los condados, y como se presentase á su vista una gran fábrica de productos químicos, se apresuró á visitarla.

—Aquí veré—se dijo—centenares de honrados trabajadores, en cuyo rostro se reflejarán la salud y la alegría, que son la consecuencia del trabajo.

En efecto, centenares de trabajadores tenian ocupacion en aquel establecimiento; pero al verlos, Pedro se estremeció de horror: la muerte estaba pintada en el rostro de aquellos infelices, cubiertos de harapos y consumidos por el hambre y por las emanaciones deletéreas que respiraban continuamente.

—¿Cómo,—preguntó nuestro viajero á su guía,—cómo esos desdichados no procuran neutralizar la nociva influencia de la atmósfera que respiran, con vestidos cómodos y aseados?

—Tomaran para neutralizarla—contestó su guía—alimentos, si no delicados, bastantes á acallar el grito de su estómago...

—¡Qué! ¿Su trabajo no les produce?...

—No les produce más que para un poco de pan negro y unas patatas.

—¿Y quién es el inhumano dueño del establecimiento?

—El poderoso lord Shark-Fellow.

—¡El que ayer me hizo llorar condenando *la explotacion del hombre por el hombre!*—exclamó Pedro indignado.

—Abandonemos,—añadió saliendo de la fábrica,—abandonemos las poblaciones comerciales y fabriles, donde no hay más que sed de riquezas, viles guarismos, secas y desconsoladoras matemáticas. ¡Oh! ¡Mi noble país! ¡Qué santa juventud respiras comparado con éste! ¡En tí sí que existen la igualdad y la filantropía, aunque tus moradores no conocen estos nombres! Aquellos millares de padres de familias que ganan el sustento extrayendo el fierro de tus montes de Triano y carbonizando tus bortales de Rebéñiga y Labarrieta, muestran cubierta de sudor la frente, pero no muestran el semblante marchito por el hambre y la desnudez y un ambiente envenenado. Tus honrados propietarios sientan á su propia mesa al jornalero, y tus habitantes, pobres y ricos, fuertes y débiles, hacen fructificar con el sudor de su frente los campos del vecino enfermo (1).

Abrumado Pedro con estas reflexiones llegó á una pobre aldea, cuyo aspecto fortaleció aún más el recuerdo de la suya.

(1) En el país vascongado existe, en efecto, esta santa costumbre. El cura párroco se vuelve desde el altar á sus feligreses y les dice:

«Ya sabeis que Fulano está enfermo y sus heredades sin sembrar. El domingo, si Dios quiere, se celebrará la misa al salir el sol, en vez de celebrarse á las diez. Oidla, y despues id todos á ayudar al pobre Fulano; que Dios nos ha hecho á todos hermanos, y el sudor que derrameis en las heredades de vuestro vecino será tambien un riego bendito para las vuestras.»

El domingo próximo oyen misa los habitantes del valle al despuntar el sol por los altos montes cercanos, y en seguida se trasladan, pobres y ricos, chicos y grandes, mujeres y hombres, á los campos del vecino enfermo, que quedan sembrados cuando el sol desaparece tras las montañas. La fiesta que otros domingos alegraba el nocedal de la iglesia, fué aquel domingo á alegrar las heredades del pobre enfermo, que estaban tristes viéndose sin el cultivo que alegraba á sus hermanas.

Aquella aldea tenia tambien su iglesia, á la que dos sonoras campanadas llamaban á los aldeanos.

El corazon de Pedro se rejuveneció, digámoslo así, con aquellos recuerdos, con aquel espectáculo, y con el toque de aquellas campanas.

Dirigióse al templo, porque tenia necesidad de orar, de levantar el corazon á Dios, y hasta de invocar al pié de los altares el nombre de su madre y el de su amada; pero de repente oscureció su rostro la tristeza. No se le habia ocurrido hasta entónces que aquel templo no estaria consagrado al culto católico. Un aldeano, á quien interrogó, vino á confirmar sus sospechas: aquella iglesia pertenecia al culto anglicano.

Pedro lloró de dolor. Hubiera dado diez años de vida por poder arrodillarse en aquel instante á los piés de la Santa Vírgen, cuyo altar tantas veces habia adornado su madre con rosas coronadas de lágrimas de dolor ó de alegría.

Instintivamente alzó los ojos al cielo, y luégo llevando á sus labios el escapulario que le habia dado su madre, le cubrió de besos y de lágrimas.

Quiso alejarse del templo anglicano; pero al fin se decidió á entrar en él, considerando que si allí no podia desahogar el sentimiento religioso, al ménos podria satisfacer el sentimiento estético.

Entre aquellos seductores fantasmas que le habian hecho abandonar el valle nativo, figuraba el sacerdote anglicano, tan bello en los libros de Goldsmith y Scott.

Pedro penetró en el templo, creyendo hallar ante sus altares el delicioso trasunto del vicario de Wakefield.

La forma material del templo llenó de frio y desconsuelo

su corazon. La sacrílega mano del iconoclasta habia profanado sin duda aquellos altares, donde faltaba la imágen de los bienaventurados, que decora y santifica los templos católicos. Pedro volvió á su aldea los ojos del pensamiento, y recorrió con ellos los altares, á cuyo pié, quizá en aquel instante oraban por él su madre y su amada. ¡Qué bella, qué consoladora, qué santa le parecia entónces la iglesia de su aldea!

—Dios—se dijo—mostró á Jacob en forma material la escala del cielo, porque la débil inteligencia humana necesita un apoyo material para levantar el edificio de la fe. ¡Sacrílegos innovadores de la primitiva iglesia, santificada con la sangre de los mártires y embellecida con el misterio y las tribulaciones de las catacumbas, vuestra doctrina es una monstruosa contradiccion! Las imágenes que decoran los templos católicos no son más que la parábola querida de Jesus. Si conservais la parábola en la Biblia, ¿por qué no la conservais tambien en el templo? ¡Oh madre! ¡Qué desventurada fueras si esas sencillas parábolas no te revelaran todos los dias en el templo de tu aldea los misterios y la hermosura del cielo! ¡Cuando herida en tu corazon de madre vas al templo á demandar consuelos, allí encuentras una Madre dolorosa que te comprende y te ampara, y allí encuentran tambien la desconsolada vírgen y el niño desamparado, una Vírgen y un Niño que calman sus tribulaciones. Vuestra fe anima los ojos de la Vírgen Madre y los del Niño que descansa en sus brazos, para que os miren con misericordia!

Así murmuraba Pedro, buscando inútilmente en el templo anglicano esas hermosas imágenes que en los templos católicos tienen voz y mirada y sonrisa para consolar al creyente.

Quiero, alma mia, evocar, á propósito de esto, un recuerdo de mi niñez. En el altar mayor de la iglesia de mi aldea se venera una imágen de la Vírgen María, que tiene al niño Jesus en sus brazos.

Mi madre, que coronada de gloria esté, me dijo un dia, viéndome tratar con poca caridad á un pobre que llegó pidiendo limosna á nuestra puerta:

—Hijo de mi alma, has de saber que el niño Jesus sonrie á los que dan limosna á los pobres, y no quiere sonreir á los que se la niegan.

Un pobre llegó á nuestra puerta al dia siguiente, y le dí un pedazo de pan que mi madre acababa de poner en mis manos. Fuí á la iglesia, y vi que el niño Jesus me sonreia con infinito amor.

Pocos dias despues me pidió limosna otro pobre, y se la negué, olvidando la advertencia de mi madre. Ésta lo supo, y me mandó que fuese á la iglesia y viese si me sonreia el niño Jesus.

Hícelo así, y vi que el niño Jesus no me sonreia!

Desde entónces siempre me quité el pan de los labios para dárselo al pobre, y desde entónces siempre vi la sonrisa en los labios del niño Jesus.

Pedro veia desvanecidas completamente sus ilusiones respecto á los templos anglicanos, de cuya majestad tenia la más alta idea; pero conservaba íntegras las esperanzas que los poetas y novelistas ingleses le habian hecho concebir acerca de los ministros de aquella secta.

Dirigió la vista al tabernáculo, buscando ávidamente al sacerdote, y vió que éste era un hombre, jóven aún por los

años, pero viejo ya por los padecimientos ó las pasiones desordenadas.

Pedro, optimista por naturaleza, atribuyó á la primera de estas causas la prematura vejez del párroco.

Éste leia á la sazon uno de los más bellos pasajes de la Biblia.

Pedro, que admiraba y sabía de memoria aquel mismo pasaje, prestó atento oido á la lectura; pero muy pronto anubló la indignacion su rostro, al notar que el cura anglicano cometia una profanacion de que habia oido hablar como muy frecuente en Inglaterra, pero que no se habia atrevido á creer: la profanacion consistia en suprimir unos versículos, y amoldar otros al gusto de la secta reformista.

Pedro abandonó el templo escandalizado, y comparó la conducta de aquel párroco con la del de su aldea, que una vez creyendo hallar un leve yerro de imprenta en una Biblia que acababa de proporcionarse con grandes sacrificios pecuniarios, no quiso hacer uso de aquel ejemplar hasta que se cercioró de que el yerro no existia.

Los oficios habian terminado, y el pueblo abandonaba la iglesia.

Pedro se detuvo á la puerta de ésta para observar el efecto que aquellos actos religiosos habian hecho en el pueblo.

Figúrate cuál sería su admiracion, cuando vió salir al párroco dando el brazo á una mujer embarazada.

Figúrate cuál sería su asombro, cuando oyó á aquella mujer exclamar, dirigiéndose airada al cura, que por lo visto era su marido:

—¡Tunante! ¿Me querrás negar que durante todos los ofi-

cios no has quitado los ojos de esa pícara mujer por quien tienes escandalizado al pueblo, y muertos de hambre á tu mujer y tus hijos?

¡Entónces, entónces sí que se presentó á los ojos de Pedro santa y hermosa la figura del párroco de su aldea!

—¡Bendito seas,—exclamó,—bendito seas, santo ministro que representas al Señor en mi valle nativo! ¡Tus manos sí que pueden alzar sobre el ara santa el cuerpo y la sangre del Cordero inmaculado! ¡Tus manos sí que pueden unir las del mancebo y la vírgen sin mancilla! ¡Tus labios sí que pueden predicar la castidad y el amor!

Pedro se volvió inmediatamente á Lóndres, y no quiso salir de su posada hasta que lo hizo para volverse á embarcar. Inglaterra acababa de dar al traste con el cielo que su imaginacion se habia forjado en Europa.

—¡Maldita seas, Europa!—exclamó con inmensa desesperacion.

Pero de repente apareció en sus labios una consoladora sonrisa, y brilló en sus ojos un rayo de esperanza.

—No, no,—se apresuró á añadir;—no quiero maldecirte, Europa; que allá, al otro lado de los montes Pirineos, veo, cada vez más distintamente, un rinconcito del mundo que reclama mis bendiciones. Cuanto más me alejo, mejor veo aquel rinconcito, y más hermoso me parece. ¡Necio de mí, Europa, que oyendo proclamar todos los dias tu decrepitud y tu degradacion, no creí en ellas! ¡Oh, vírgen América, tierra bendita de la libertad, ábreme los brazos, que allá voy á refrescar mi corazon y á dilatar mi inteligencia!

Pedro se encontró al fin en las soledades del Atlántico.

X

Nuestro viajero no tuvo el gusto de admirar la majestad de los mares durante la travesía de Inglaterra á los Estados Unidos, porque una espesísima niebla se lo impidió constantemente.

Al desembarcar en Nueva-York, como que entraba en un país regido por instituciones patriarcales, no tomó aquellas precauciones de seguridad que habia tomado al entrar en las capitales de Europa; y hé aquí que sin saber cómo, le robaron un hermoso reloj que habia comprado en Lóndres.

Averiguó quién era el ladron, y le citó ante la autoridad. El ladron se las compuso con el magistrado no se sabe cómo, pero lo que sí se sabe es que se quedó con el reloj, y el magistrado condenó á Pedro al pago de las costas, y á indemnizar al ladron con una fuerte suma, de los perjuicios que moral y materialmente le habia causado con su calumniosa acusacion.

Si el alcalde de S... hubiera oido lo que con este motivo dijo Pedro de él, á pesar de su modestia, hubiera reventado de orgullo.

Para ahuyentar su mal humor, aquella noche se fué Pedro al teatro. Al volver á su posada, le acometieron unos hombres en una de las calles más públicas, le maltrataron y le robaron cuanto llevaba.

Al contar este percance en la fonda, le dijo el fondista:

—Pero hombre, ¿á quién le ocurre salir de casa de noche sin un par de revólveres de seis tiros cada uno? Saliendo des-

armado, claro es que le habian de robar á usted los agarrotadores.

—¿Quiénes son los agarrotadores?

—Los que le han robado á usted: unos cuatro ó cinco mil bandidos que pueblan de noche las calles de Nueva-York, y agarrotan al que no les entrega cuanto lleva consigo, ó no los ahuyenta á tiros.

—Pero ¿y la policía, Dios mio? ¿Y las leyes protectoras?...

—¡Qué policía, ni qué leyes, ni qué cuerno! Las leyes represivas, ó protectoras, que todo viene á ser uno, significan algo en los países que gimen bajo el yugo del despotismo; pero son letra muerta aquí donde ¡gracias á Dios! la libertad es tan ámplia y hermosa que alcanza hasta al ladron y al asesino.

—Si esa es la libertad,—exclamó Pedro,—¡maldita sea!

—Sí, sí,—repuso el fondista,—quéjese usted, que si pasa á Boston, á Baltimore, á Nueva Orleans ó á cualquier otra capital de la Union, ya verá usted lo que es bueno. Lo que pasa en nuestra ciudad es tortas y pan pintado.

Pedro se acordó de su valle nativo, como siempre que encontraba un desengaño en la tierra extranjera; recordó que en su aldea las puertas de las casas no tienen más cerradura que una taravilla; que los ganados pastan solos en los apartados valles, y que allí los bosques y los campos y las viñas tienen por único guarda el sétimo mandamiento.

Miéntras le preparaban al dia siguiente el desayuno, pidió el *New York Herald*, el periódico más afamado y respetable de la América del Norte, y leyó con asombro é indignacion las siguientes líneas:

«Nuestra situacion mercantil es muy lisonjera, si se tiene

en cuenta la grave crísis que está atravesando el comercio en ambos continentes. Unicamente puede afectar algo esta crísis á nuestro tráfico interior, si nuestros comerciantes, dejándose llevar de un pundonor demasiado meticuloso, saldan los grandes descubiertos que tienen en Francia é Inglaterra; pero si consideran que su propio interes y la prosperidad nacional les autorizan á desentenderse de esos compromisos, el comercio de la Union, no sólo tendrá cuanto necesita para el tráfico interior, sino que contará para las eventualidades con un sobrante que no bajará de cien millones de pesos fuertes (1).»

Al leer estas desvergonzadas líneas, Pedro abandonó precipitadamente á Nueva-York, horrorizado de la perversion moral que reinaba en aquella ciudad, y comenzó á recorrer los diferentes Estados de la Union.

Durante esta correría, nuevos desengaños vinieron á atribular su alma y á avivar su deseo de tornar al valle nativo para vivir y morir en él.

Allí se ofreció á sus ojos, en su más repugnante aspecto, la esclavitud humana, desconocida, á Dios gracias, en Europa.

Allí vió la más asquerosa idolatría, consentida y protegida por las *sábias* leyes del país.

(1) Estas abominables líneas, estas cínicas excitaciones al robo, aparecieron en 1857 en el *New York Herald*, y fueron copiadas por algunos diarios ingleses y franceses, entre ellos el *Morning Post* y *La Patrie*, para vergüenza del siglo en que vivimos y oprobio de la prensa norte-americana, entre cuyos órganos hubo algunos que tambien las reprodujeron, no para condenarlas, como los periódicos ingleses y franceses, sino para adherirse á las infames doctrinas emitidas en ellas.

Allí leyó una lista de cincuenta y tantos asesinatos perpetrados en un solo dia en una sola poblacion (1).

Allí vió la navegacion fluvial y las vias férreas, tan perfeccionadas, que las catástrofes en que pierden la vida doscientas ó trescientas personas son tan frecuentes que apénas llaman la atencion pública.

Allí vió las calles y las plazas regadas todos los dias con sangre por el fanatismo político.

Allí vió á los que aspiraban á representar al pueblo en el santuario de las leyes, anunciar en los periódicos que compraban votos á cuatro dollars cada uno, y á los electores que los vendian á cinco.

Allí, en fin, un comerciante, que le consideró una alhaja para los negocios, y sospechó que tenia un capitalito decente, le propuso de buenas á primeras la mano de una hija suya de quince años, que estaba acabándose de educar en un colegio, y que, segun decia su padre, era ya capaz de hacer pecar al casto José.

Y todo esto le hizo mirar con profundo horror á la república anglo-americana, que, léjos de parecerle una vírgen rica de juventud y vida, le pareció una hedionda prostituta, cubierta de canas y arrugas ántes de salir de la adolescencia.

En Boston se embarcó para la América del Sur. Cuando puso el pié en aquellas costas, y oyó que los habitantes de ellas le saludaban en la dulce lengua de su madre, sus rodillas se doblaron, y sus ojos, arrasados en lágrimas, se alzaron al cielo. Allí, por fin, le abria sus santas puertas el templo ca-

(1) Los diarios de Nueva-York publicaron en 1857 esta lista.

tólico, tan bello y consolador para los que creemos que la vida no se limita á esta masa de carne y sangre, que un soplo de Dios crea y otro soplo de Dios destruye.

Penetró en una iglesia, y allí encontraron sus ojos la *Mater Dolorosa*, que más de una vez habia sonreido amorosamente á su madre en el templo de las Encartaciones.

Rezó, y lloró y mezcló con el nombre de la Madre de Dios el de su madre y el de su amada.

¡Y al clavar sus ojos en el rostro de María, le pareció que ésta le sonreia amorosamente, y extendia sobre él su manto!

¡Oh dulce encanto de mis ojos y de mi corazon! Bien hago en confiar á tu alma pura y creyente esta ingenua historia, cuyo fondo se compone de creencias santas y de creencias locas! El lector despreocupado no la comprenderia y se reiria de ella; que para comprenderla y respetarla es menester tener el alma creyente y pura que tú tienes.

Pedro recorrió la América, que aún se envanece con la lengua y la fe de Castilla, su noble madre. La América Española le pareció una vírgen abrumada de infortunios, pero llena aún de juventud y de fe.

Y la amó, porque era hermosa y desventurada.

—¡Ah!—le dijo.—¡Qué semejanza tan grande hay entre mis dolores y los tuyos, y entre tus yerros y los mios! Como yo, abandonaste á tu noble y amorosa madre para ir á buscar el paraíso de tus sueños, y el desengaño te va sumiendo, como á mí, en honda melancolía. Ambos somos el hijo pródigo que, temblando de incertidumbre y remordimiento, vuelve tímidamente los ojos al desconsolado hogar de sus padres. Ambos herimos á nuestra madre en el corazon al apartarnos de ella;

pero en aquel corazon aún hay para nosotros misericordia y amor. Quizá tu orgullo, mayor que el mio, porque eres más grande y más infortunada que yo, tarde aún en rendirse; pero más tarde ó más temprano, ambos irémos á apoyar la frente en el desconsolado seno de nuestra madre, para que una santa bendicion caiga sobre ella.

Desde aquellas lejanas regiones parecíale á Pedro su aldea tan bella como bellos le habian parecido desde su aldea los países que habia recorrido de desencanto en desencanto; pero por un resto de orgullo mal entendido, ó de esperanza de realizar alguna parte de sus sueños, no estaba aún decidido á tornar al valle nativo. Las regiones australes, donde la naturaleza conserva aún toda su virginidad, figuraban en su itinerario de viaje.

Antes de emprender éste, quiso visitar á Veracruz, para saludar con una oracion y una lágrima el sepulcro del anciano á quien debia sus riquezas.

Acercábase á la ciudad, y viendo un cementerio, penetró en él con el corazon palpitante, y leyó las inscripciones de muchos sepulcros, hasta que encontró una que le hizo prorumpir en llanto y doblar la rodilla: allí descansaban los restos de aquél á quien se daba en su aldea el nombre de *el indiano*.

Sobre la losa sepulcral se veia una rosa marchita, pero cuidadosamente conservada, y al pié de la rosa se leian estos versos de un poeta español:

¡Que adornen mi sepultura
las flores de mis montañas!

Al reparar en aquella rosa, Pedro dió un grito de sorpresa

y de alegría: era la que su madre habia tomado del altar de la Vírgen para regalarla al indiano!

Posible es comprender, pero imposible pintar la profunda emocion con que Pedro contempló aquélla rosa, que su madre habia cultivado y tocado con sus manos y regado con sus lágrimas; que habia adornado el altar de la Vírgen, á quien su madre y su amada rogaban por él todos los dias, y que, por último, adornaba el sepulcro del anciano á quien él y su madre, y áun todos los habitantes de su valle nativo, tantas bendiciones debian.

Los versos esculpidos en la losa, que, segun le dijo el guarda del cementerio, se habian puesto allí, lo mismo que la rosa, en cumplimiento de la voluntad del difunto, aquellos versos le parecian una voz que se alzaba de la tumba de su bienhechor para mandarle volver á buscar la suya en el valle donde habia recibido el bautismo.

Su resolucion de recorrer las regiones australes empezó á vacilar. Besó reverentemente la rosa, derramando sobre ella copiosas lágrimas, y se dirigió á la ciudad, porque deseaba ver á los testamentarios del indiano, para expresarles su gratitud y la de su madre, por la religiosidad con que habian cumplido la postrera voluntad del anciano á quien acababa de dar el último adios.

Los testamentarios le entregaron una carta llegada de España hacía muchos dias. Era de su madre, que no sabiendo adónde escribirle, habia sospechado que tarde ó temprano tocaria en Veracruz.

Pedro, llorando de alegría, la besó y se apresuró á leerla. Hé aquí la carta, tal como era, con todas sus bellezas y de-

fectos, que estas cosas valen más auténticas que correctas:

«Hijo de mi alma y de mi corazon: Me alegraré que al recibo de ésta, que me escribe el señor cura, dictándosela yo, no tengas novedad. Nosotros, á Dios gracias, vamos pasando. Sabrás, hijo mio, que este año se ha cogido mucho grano, mucha fruta y mucho de todo; pero todo tiene mal gusto, aunque nos dicen los vecinos á Rosa y á mí que esas son aprensiones nuestras. La romería no ha estado este año tan divertida como otros. Las campanas de la iglesia se rompieron algo de tanto repicar en la fiesta que hicimos á la Vírgen Santísima, cuando tú te fuiste, para que te diera buen viaje, que desde entónces están muy roncas y parece que tocan á muerto. Todos tenemos salud, á Dios gracias, ménos Rosa y yo, que desde que te fuiste no hemos tenido dia bueno; nosotras decimos que será de tantos dias nublados como ha habido desde entónces. Sabrás que á Rosa le ha salido un novio muy trabajador. Ella no le quiere dar la palabra; pero todos la dicen que no sea tonta, pues tú sabe Dios si volverás, y ¡á qué está una muchacha honrada sino á casarse con un hombre como Dios manda! Cuando le dicen eso de que tú tal vez no volverás, ella y yo nos echamos á llorar; pero rezando para que vuelvas, se nos quita la tristeza. Rosa ofreció á la Vírgen de los Dolores, para que tú no la olvidases, la mitad de sus trenzas; pero ya las tiene tan largas y tan hermosas como ántes.

»Con esto, hijo de mi alma, no te canso más. Recibirás muchas memorias del señor cura y de Rosa, que no sabe que te digo lo del novio, y de todos los vecinos, con el corazon de tu madre,—*Teresa*.

»P. D. Hijo, que andes con cuidado no te dé una insola-

cion, ó te pique una serpiente, ó te cojan los indios bravos, que ahí en las Indias dicen que está una á pique de eso.»

—¡Vírgen de los Dolores,—exclamó Pedro hecho un mar de lágrimas,—tened compasion de los de mi madre y de los de Rosa y de los mios!—Para ellas, ni pan sabroso, ni romerías alegres, ni campanas sonoras, ni sol de Dios en el cielo!... ¡Y por mí, todo por mí!... ¡Malditos sean los libros y la sabiduría, que no enseñan á amar y consolar á los que nos aman y á bendecir la tierra en que nacimos! ¡Oh Rosa... Rosa! ¡Tal vez te habré perdido para siempre!... No, no lo permitas, Vírgen Santísima, que mis culpas, por grandes que sean, no merecen tan dolorosa expiacion.

Desatentado, loco, dando al olvido el universo entero, Pedro se dirigió al momento al puerto y se embarcó en un buque que una hora despues debia darse á la vela para España.

XI

¡Manojito de azucenas y claveles! Si las perfumadas auras de Mayo te impelen una mañana hácia las Encartaciones, así que hayas dejado atras á Balmaseda, atraviesa unos sombríos rebollares, trepa por la suave pendiente de una sierra, y párate en una campa sembrada de olorosas manzanillas. Inclina la vista al suelo y vé á apoyarte en la derruida cárcaba que un dia impidió al ganado entrar en la campa por el lado del Norte, y en cuya parte exterior hay una cruz de madera. Alza de repente la vista cuando te hayas colocado allí, y recorre con ella la hondonada que se extiende entre la montaña que te sustenta y las que limitan el horizonte frente por frente de tí.

Allí verás un valle cubierto de flores y verdura, sembrado de casas blancas, entre las que descuellan un palacio y una iglesia de airoso campanario; un valle, cruzado de arriba abajo por una cinta de plata que lleva el nombre de rio; un valle que miéntras otros se agitan en febriles deseos y transforman todos los dias su idioma, su traje, sus leyes y hasta su culto, él permanece tranquilo, humilde, fiel á sus tradiciones, contento, hermoso, amando á Dios y al trabajo.

Pues en aquel valle nació Pedro.

Y allí morirá tambien; porque hele, hele, que con la ansiedad en el alma y la respiracion penosa y el corazon palpitante á la vez de temor y de alegría, trepa por la sierra, y ya se acerca á la campa.

Es una mañanita de Mayo: los cerezos y los melocotoneros, y los manzanos, y los endrinos están en flor; los mirlos y las malvices cantan en las arboledas, y las campanas repican en el blanco campanario de la iglesia parroquial del valle.

Pedro dirige la vista al valle, y sus ojos se convierten en dos fuentes de lágrimas, y sus rodillas se doblan, y sus labios rezan, confundiendo el nombre de dos mujeres con el nombre de Dios.

No, no; aquellas campanas no están roncas, ni parece que tocan á muerto, que su toque es más sonoro y más alegre que nunca.

Pedro busca con la ansiosa vista una casita blanca que debe estar no léjos de la iglesia, y al fin descubre su rojo tejado entre un ramillete de cerezos en flor. Y entónces llora aún más que ántes, y reza con más fervor aún.

La iglesia le parece más grande y más hermosa que cuan-

do se ausentó del valle, el rio más cristalino, las arboledas más verdes y más pobladas, las llosas y las huertas más lozanas, las colinas más pintorescas, el valle todo más bendecido y amado de Dios.

Pero sus ojos, que todo lo examinan, que todo lo inquieren, que todo lo ven, no han visto una hermosa procesion, que ántes de llegar él á la campa, salió de la iglesia parroquial del valle y tomó una estrada, que por medio de dos hileras de endrinos en flor costea la falda de la montaña y conduce á la cumbre de ésta, á la campa de la cruz.

Ha llegado la fiesta de las rogativas de Mayo, y el santo párroco que derramó el agua del bautismo sobre la frente de Pedro sube á la cumbre de la montaña, seguido de sus feligreses, para bendecir desde allí los campos de la llanura, donde el sudor de los aldeanos se ha transformado ya en flores.

Un cántico inmenso, que resuena á corta distancia, saca á Pedro de su extática contemplacion. El jóven presta atento oido, y la letanía de los Santos le recuerda la festividad que aquel dia celebra la Iglesia.

La procesion, ántes oculta en las umbrías de la estrada, sale al fin al raso, donde se alza la cruz de madera.

Pedro dobla nuevamente la rodilla, y exclama:

—¡Señor, yo te bendigo! ¡Tu religion sale á recibir al hijo pródigo, que vuelve al hogar de sus padres purificado por el remordimiento y la contricion!... ¡Señor, yo te bendigo! ¡Que me bendiga mi madre, y que me abra sus brazos amorosos la vírgen sin mancilla á quien un dia dije: «¡Tú serás la santa madre de mis hijos!» y otro dia colmé de tribulaciones!

La bendicion de los campos va á empezar, y Pedro no quie-

re interrumpir con su dolor ni con su alegría aquella santa ceremonia. Oculto tras de la cárcaba, busca entre la multitud á su madre y á su amada. Lo que en su corazon pasa no se puede referir: sólo se puede adivinar. El que tenga oidos oiga, dice el santo cantor del Apocalípsis: el que tenga corazon adivine y sienta, dice el humilde autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

Un grito de alegría se exhala, no del labio, sino del alma y del corazon de Pedro.

Porque Pedro acaba de descubrir á su madre y á su amada, arrodilladas ambas junto á la cruz, una al lado de la otra, unidas quizá por un mismo pesar y un mismo pensamiento, las dos con la huella del dolor en el rostro, y la melancolía honda, profunda, infinita, en los ojos.

El cabello de Teresa ha encanecido, pero su rostro respira aún más amor, más indulgencia, más resignacion cristiana que en otros tiempos.

Rosa está descolorida, como las azucenas del huerto; pero en su rostro brilla la hermosura del infortunio, no la hermosura de Safo trepando á la roca de Léucades, sino la de la vírgen cristiana saliendo á coger en el circo la palma de los mártires.

La santa ceremonia termina, repitiendo el pueblo las palabras del sacerdote.

Entónces Pedro se dirige hácia la cruz, y arrodillándose á los piés del sacerdote, exclama:

—¡Señor, purificadme con vuestra bendicion, para que sea digno de volver á los brazos de mi madre!

El anciano párroco sorpréndese un momento; pero en se-

guida derrama sobre la cabeza del jóven el agua bendita con que acaba de purificar los campos, y dice:

—¡En el nombre de Dios, yo te bendigo!

—¡En el nombre de Dios, yo te bendigo!—repiten todos los habitantes del valle.

Y entónces Pedro, purificado por aquella bendicion, vuela á los brazos de su madre y á los de Rosa, que se lanzaban desaladas á su encuentro.

No hay allí un corazon que no palpite de alegría; que hasta la siente aquel honrado jóven que ha buscado inútilmente el amor de Rosa.

XII

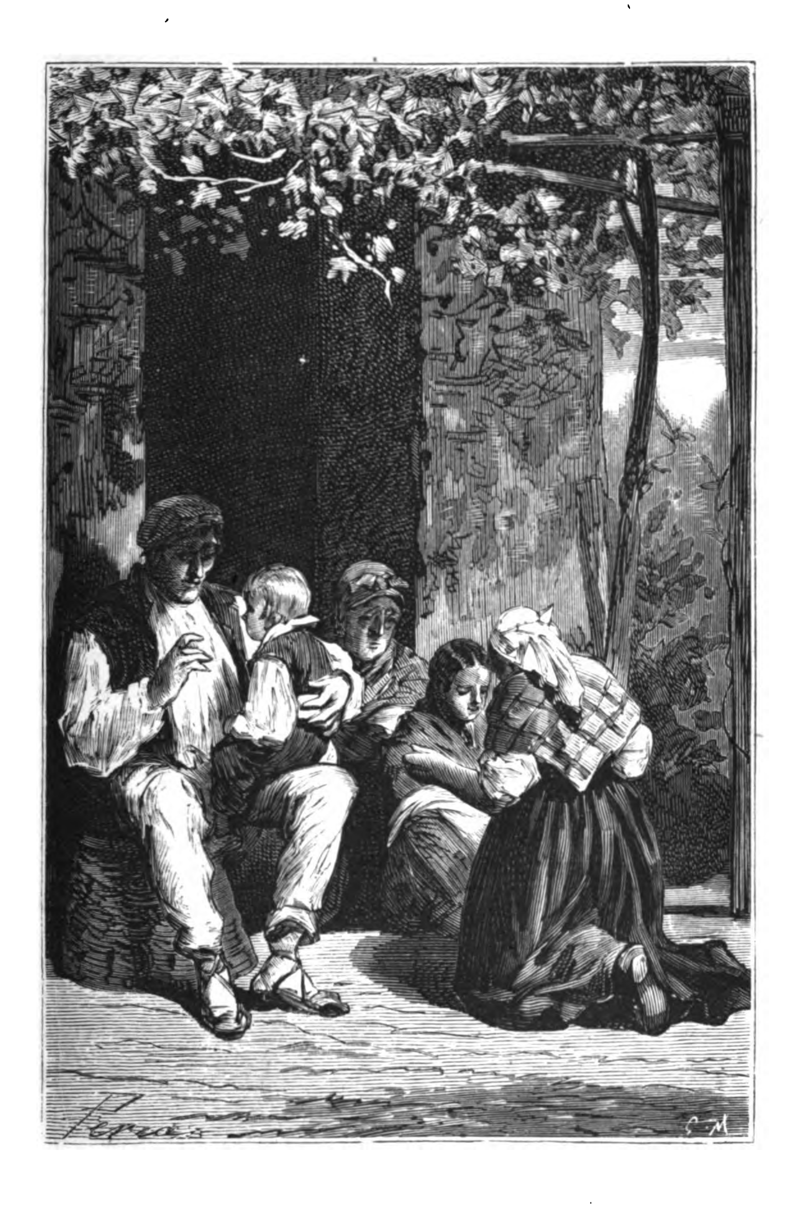
¡Manojito de azucenas y claveles! Si las auras te impelen á las Encartaciones y pasas por S... verás lo siguiente, bajo el hermoso emparrado que hay á la puerta de la casa de Teresa.

Una anciana y una jóven, radiantes de salud y de alegría, abandonando de cuando en cuando su labor para *comerse á besos* á una niña de seis años, que aprende á su lado á hacer dobladillo;

Y un hermoso jóven, vestido al uso del país, con el rostro algo tostado por el sol y las manos algo encallecidas por la azada, que tiene sobre sus rodillas á un niño de tres años, rubio como el maíz y colorado como la rosa.

Si preguntas á aquel jóven quiénes son las mujeres que cosen bajo el emparrado, te contestará sonriendo:

—¡La santa abuela y la santa madre de mis hijos!



Una anciana y una jóven, radiantes de salud y de alegría.....


REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

Y en seguida tornará á su ímproba tarea de grabar en la memoria del serafin que se agita en sus rodillas, estos versos del difunto Lista, á quien Dios haya coronado de gloria:

¡Feliz el que nunca ha visto
más rio que el de su pátria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!

EL JÚDAS DE LA CASA.

I

Sígueme, amor mio, con los ojos del pensamiento á las riberas del Cadagua, á las riberas que más envanecen por bellas á aquel espumoso y fresco y cristalino rio, desde que pierde de vista á su nativo valle de Mena, hasta que Dios le hunde en el Ibaizábal, apénas ha andado cinco leguas, en castigo de la prisa que se da á alejarse del valle nativo.

Sígueme con el pensamiento hasta el concejo de Güéñes, uno de los más pintorescos de las Encartaciones; que le he escogido por teatro de uno de mis cuentos más dolorosos, y por lo mismo ménos sonrosados.

Por el fondo del valle corre, corre, corre, como alma que lleva el diablo, el desatentado Cadagua, y al Norte y al Mediodía se alzan altísimas montañas, en cuyas faldas blanquean algunas caserías á la sombra de los castaños y los rebollos.

En una de las colinas que dominan á la iglesia parroquial de Santa María, y que puede decirse forman los primeros escalones de los Somos, que este nombre se da á las montañas

del Norte, habia á principios de este siglo una casería conocida por el nombre de Echederra.

Verdaderamente correspondia á aquella casería la denominacion de Casa Hermosa, que no es otra la significacion de su nombre vascongado.

La casa se alzaba, blanca como una pella de nieve rodada de la montaña, en un bosque de nogales y cerezos, y á su espalda se extendian unas cuantas fanegas de tierra cuidadosamente labradas.

Hermosos parrales orlaban toda la llosa, costeando interiormente toda la cárcaba, y lozanas hileras de perales y manzanos ocupaban los linderos de las diferentes piezas en que la llosa estaba dividida.

La situacion de la casería de Echederra no podia ser más hermosa; desde las ventanas de la casa se descubrian, á traves del ramaje de los árboles, ambas orillas del Cadagua, en una extension relativamente grande, y un regato que bajaba de los Somos serpenteaba entre los nogales y los cerezos, en todo tiempo limpio como la plata y fresco como la nieve.

Corrian los últimos dias del mes de Junio. Los moradores de Echederra estaban á la caidita de la tarde cogiendo dos cestas de cerezas en el campo contiguo á la casería.

—Cuidado, Ignacio, no te caigas, que más vales tú que todas las cerezas del mundo,—decia una mujer de edad algo avanzada á un jóven como de diez y seis años, que, encaramado en uno de los cerezos, bajaba de quima en quima á darla un canastillo de cerezas.

—Madre, no tenga usted cuidado, que ya conozco el terreno,—contestó el jóven.

—Hijo, para volatinero eras tú pintiparado.

La aldeana desocupó el canastillo en una cesta que estaba al pié del árbol.

—Mira, bájate,—añadió dirigiéndose al muchacho,—que ya está la cesta colmada, y tu padre y tu hermano han llenado tambien la suya.

El jóven bajó del cerezo de un salto.

Otro jóven, como de cuatro ó cinco años más, se descolgaba al mismo tiempo de uno de los cerezos inmediatos, á cuyo pié estaba un hombre bastante entrado en años.

Estos dos últimos tomaron, cada uno de su lado, su cesta de cerezas, y fueron á reunirse con los primeros.

Poco despues se sentaron todos á descansar al pié de los cerezos.

El anciano sacó del bolsillo exterior de la chaqueta una bolsa de piel de perro, arrollada y sujeta con una correa, á cuyo extremo habia una especie de punzon de hueso; la desarrolló, y sacó de ella una pipa de yeso, que se colocó en la boca.

El jóven de más edad hizo la misma operacion.

—Bautista, dame una pipada, que se me ha acabado el tabaco,—le dijo el anciano, registrando inútilmente el fondo de su bolsa.

—Padre, se me ha acabado tambien á mí,—contestó Bautista, que habia llenado ya su pipa.

—¡Embustero!—exclamó Ignacio indignado.—Si te traje yo ayer de Bilbao un cuarteron de tabaco...

—¡Tú siempre has de ser hablador!

—¡Y tú siempre has de ser egoista!

—Me da la gana. El que quiera tabaco que lo compre.

—¿No te da vergüenza?...

—Déjale, Ignacio,—dijo el anciano, guardando su pipa con triste resignacion.—Déjale, que ya sabemos todos los de casa lo que debemos esperar de tu hermano.

—¡Martin,—exclamó la anciana,—ése es el Júdas de la casa!—¡Ese nos ha de quitar la vida á todos! ¡Ese...

—Cállate, Mari,—la interrumpió Martin.—Si mucho me gusta el tabaco, me gusta la paz mucho más.

—Pues si no tenemos paz, tendrá usted tabaco,—dijo Ignacio echando á correr hácia la casa.

Dos minutos despues volvió, trayendo en la mano una hoja de tabaco, torcida á modo de cuerda de dos hilos.

—Tome usted, padre,—dijo;—que aunque yo no fumo, sé lo que usted padece cuando no tiene tabaco, y ayer, de paso que compré el que mi hermano me habia encargado, tomé otro cuarteron con objeto de tenerlo de reserva para los apuros de usted.

—Sí,—replicó Bautista,—sisarias esa hoja de lo mio.

—Mira, Bautista, no me tientes la paciencia. El que las hace, las imagina.

—Anda,—dijo Mari dirigiéndose á Bautista,—que tan ruines son tus pensamientos como tus obras.

—Vaya, vaya, se acabó, dejarse de historias,—dijo el pacífico Martin, saboreando el humo de su pipa con una delicia que comprenderias si supieses hasta dónde llevan los vascongados su pasion al tabaco, tan anatematizado por los médicos y los escritores... que no fuman.

Recuerdo un ejemplo con que mi madre, á quien Dios haya coronado de gloria, procuraba apartarme de aquel vicio, si es

que el nombre de vicio merece el uso del tabaco, que proporciona hasta al más pobre uno de los goces más dulces de la vida, sin perjudicar (con perdon de los médicos y los escritores... que no fuman) la salud ni el bolsillo.

—Tu abuelo—me decia—era el hombre más pacífico, más sufrido y más bondadoso del mundo: todos los trabajos no bastaban á hacerle perder su jovialidad; pero cuando no tenia tabaco, era la casa un infierno, y no habia consuelo para él. Jamas se le vió enfadado ni triste teniendo para llenar la pipa.

¡Inútiles consejos! El nieto, torciendo la moraleja de este ejemplo, dijo para sí: «Cuando mi abuelo era tan aficionado al tabaco, el tabaco debe ser cosa buena.»

Y con los primeros cinco cuartos que tuve, compré una onza de tabaco y una pipa, me fuí al castañar inmediato, y allí rendí culto al ídolo de mi abuelo hasta quedar narcotizado como un fumador de opio.

Si mi abuelo alzara hoy la frente del sepulcro,

—¡Bien, nieto mio!—me diria.—Estoy contento de tí, porque respetas las tradiciones de tu familia.

La paz se habia restablecido entre la de Martin. El sol se habia ocultado completamente, y aunque el dia habia sido caluroso, era deliciosa aquella hora.

—Cenarémos pronto,—dijo Martin,—y nos acostarémos en seguida, porque mañana hay que madrugar para que vosotros llegueis con las cerezas á Bilbao ántes que caliente demasiado el sol. ¡Ea, con que vamos á casa, que Juana tendrá ya aviada la cena.

—Mira, Martin,—dijo la aldeana á su esposo,—mejor sería que cenáramos aquí.

—Sí, sí,—contestaron padre é hijos,—que en casa hará mucho calor.

—¡Juana!—gritó Mari volviéndose hácia la casa.

—¿Qué quiere usted, señora madre?—respondió una muchacha desde la ventana.

—En cuanto esté la cena, tráela, que vamos á cenar aquí.

—Pues allá voy,—dijo la jóven.

Y poco despues salió de la casa y se encaminó hácia los cerezos, llevando en un triguero una fuente de sardinas frescas, cubierta con una blanca pañada, y una borona tierna y amarilla como el oro.

Juana era una muchacha de diez y ocho á veinte años, risueña como una mañana de San Juan, y colorada como una rosa.

Volvió boca abajo el triguero al pié del cerezo, le cubrió con la pañada, puso encima de aquella mesa improvisada la fuente de sardinas, partió unas cuantas rebanadas de borona, que colocó con simetría en torno de la fuente, y prévia la bendicion de la mesa, que echó Martin, se puso á cenar toda la familia, conversando alegre y pacíficamente.

—Ya vamos aliviando de su peso á los cerezos,—dijo el anciano;—y lo siento por el señor don José.

—Don José—repuso Bautista—no lo sentirá mucho; los que lo sentirán serán los pájaros.

—En acabándose las cerezas, no vendrá el señor don José todas las mañanas, despues de decir misa, á tirar desde nuestra ventana á los tordos y los picazos... ¡Malditos de cocer! Acuden á bandadas á los cerezos por más que uno les ponga espantos.

—Y ya que se habla del señor don José,—dijo Mari,—¿cómo no habrá venido esta mañana?

—Porque hoy está á Castro á encontrar á su sobrino el indiano,—contestó Martin.

—¿Con que viene hoy su sobrino? ¡Ay, cuánto me alegro! ¡A ver si nos da noticias de tu hermano!

—¡Dios quiera que nos las dé! ¡Mira que es cosa que aturde no haber vuelto á saber de mi hermano desde que nos escribió de Méjico hace tanto tiempo! Mucho me temo que haya muerto, porque de vivir, lo que es él, no estaba sin escribirnos.

—Así lo creo, Martin. Y no se diga que nos quisiera mal, porque la última carta que escribió no podia ser más cariñosa.

—¡Qué lástima que no se le haya llevado Pateta!—dijo Bautista.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Mari.—¡Qué alma tienes, hijo!

—¿Qué nos importa á nosotros que viva ó que no viva, si nunca nos manda un cuarto?

—Lo que yo quiero—replicó Martin—es que viva, aunque tenga un Potosí y no nos dé estopas para la uncion.

—Pero ¿viene de Méjico Mateo, el sobrino del señor don José?—preguntó Juana.

—Yo no sé,—contestó su madre;—pero ello de hácia allá ha de ser, porque viene de las Indias; y dicen que viene muy rico.

—¡Cuánto me alegro, por el señor don José, que es tan bueno!—exclamó Martin.

—¡Calla!—dijo Bautista.—¿No son ellos aquéllos que vie-

nen por el castañar? Sí, sí, allí viene don José; en nombrando al ruin de Roma...

—¡Cállate, hereje!—le interrumpió Mari.—¡Pues no llama ruin al señor don José!

II

En efecto, por una calzada que atravesaba un castañar, situado á tiro de piedra de la casería, asomaban el cura y su sobrino Mateo cabalgando en sendas mulas, seguidos de una recua que conducia el equipaje del indiano.

El señor don José era el cura párroco de Santa María de Güéñes; era un anciano bastante obeso, cuyo rostro y cuyas palabras respiraban bondad de corazon. El indiano era un bello jóven de veintitantos años.

Los moradores de Echederra corrieron á saludarlos, excepto Bautista, que prefirió á dar aquella carrera, seguir engullendo las sardinas que quedaban en la fuente.

—¿Qué tengo yo que ver—dijo—con el indiano ni con su tio? Para lo que le han de dar á uno...

El párroco detuvo su cabalgadura apénas vió á sus feligreses, y su sobrino le imitó.

—¡Hola, Martin! ¡Hola, Mari!—exclamaron tio y sobrino.

—Buenas tardes, señor don José y la compañía,—contestaron todos.

—¿Será posible—dijo Mari—que este caballero sea...

—Mateo,—se apresuró á responder el indiano.—Yo soy aquel muchacho travieso que hace seis años les apedreaba á ustedes los frutales cuando iba á Echederra con el tio.

—¡Bendito sea Dios! ¡Quién lo habia de decir! Porque está usted...

—¡Qué usted ni qué ocho cuartos! ¡Pues no faltaba más, habiéndome conocido ustedes como un renacuajo! ¡Vaya, que Juana está hecha una arrogante moza!

La muchacha bajó los ojos, y sus mejillas, que comunmente parecian dos rosas, se pusieron como dos claveles.

—¡Cuánto ha crecido Ignacio!—continuó el indiano.—¿Y qué me dicen ustedes de Bautista?

—Allá arriba queda...

—Ese tan descastado como siempre, ¿no es verdad? ¡Cuánto me ha hecho rabiar en este mundo!

—¿Y cómo le ha ido á usted?...

—No admito el tratamiento, Martin.

—Si no puede uno acostumbrarse...

—Pues es menester que ustedes se acostumbren. Me ha ido regularmente. Tengo mucho cariño á mi país, y sobre todo á mi tio, que me sirvió de padre desde que quedé huérfano, y así que me vi con un capitalito... pequeño, sí, pero suficiente para bandearse uno en este país, y para vivir feliz, teniendo poca ambicion como yo tengo, dije: «A Güéñes me vuelvo, que el tio es ya viejo, y quiero vivir á su lado para mimarle y pagar en lo posible el bien que me ha hecho...» Pero, ahora que me acuerdo, ustedes deben ser los más ricos de toda Vizcaya.

—A Dios gracias, no nos falta un pedazo de borona.

—¿Qué es lo que dice usted, Martin? ¿Y la herencia?

—¿De qué herencia habla usted, don Mateo?

—¡Dale con el don y el usted! De la de su hermano de usted, que esté en gloria.



—¡Dios mio! ¡Con que ha muerto!—exclamaron Martin y su familia prorumpiendo en llanto.

—No puedo asegurarlo,—contestó el indiano, algo perplejo.—Estaba bastante delicado...

—¡Ah! ¡Con que ha muerto! No nos lo niegue usted...

—Sí, murió hace dos años,—contestó el indiano.—Pero ¿es posible que ustedes no lo supieran? ¿Y el enorme caudal de que dejó á ustedes herederos?...

—¡Que se lo guarden los que lo tengan!—dijeron á una voz Martin, su mujer y sus hijos.

—Amigos mios,—replicó el cura con tono cariñoso,—los duelos con pan son ménos. Tenemos que hablar mañana de este asunto, ya que ahora no están ustedes para ello.

La noche comenzaba á cerrar. El indiano y el cura hicieron por consolar á aquella afligida familia, y se despidieron, siguiendo unos hácia el valle, y tornando otros á la casería.

—¡Ha muerto! ¡ha muerto!—dijeron á Bautista sus padres y sus hermanos al llegar á los cerezos.

—¿Y estaba rico? ¿Y nos ha dejado herederos?—preguntó aquél con ansiedad y alegría.

—¡Bautista!—exclamó Martin con severidad.—¡Tienes mal corazon!

En el pacífico y bondadoso Martin, la severidad equivalia á indignacion.

Muy pronto desaparecieron todos por la puerta de la casería. Nadie se acordó de las cerezas, que por la mañana fueron pasto de los cerdos; nadie se acordó de ir con ellas á Bilbao, porque en casa de Martin todos se ocupaban de la muerte del

pariente americano; Bautista, para indagar si de ella podian resultarles riquezas; los demas, para llorarla.

Al salir el sol la mañana siguiente, subia á Echederra el cura. No llevaba la escopeta como otras veces, y le acompañaba su sobrino Mateo. Al llegar á la casería, encontraron á Martin y á su familia algo más resignados, algo más tranquilos que los habian dejado la víspera, algo más dispuestos á oir hablar de intereses.

—Vaya, Martin,—dijo el indiano,—es preciso que sean ustedes razonables. Ya que el difunto nombró á usted su heredero, es preciso que reclame usted la herencia, aunque no sea más que para socorrer con ella á los pobres.

—Tiene usted razon, don Mateo,—contestó Martin.

—Pues bien, diré á ustedes lo que hay en el particular. Su hermano de usted poseia un capital de veinticinco mil pesos...

—¡Veinticinco mil pesos!—exclamó Bautista.—¡Y nunca nos mandó un ochavo!!!

—Su hermano de usted era algo avaro... Pero dejemos en paz á los muertos, y declaremos guerra á los vivos. Los vivos á quienes tenemos que declarar guerra son los que han abusado indignamente de la confianza del difunto. Los testamentarios de su hermano de usted han hecho correr la voz en Méjico de que habian cumplido religiosamente la voluntad del testador, y nadie pone en duda su buena fe. Es menester que les escriban ustedes inmediatamente, reclamándoles la herencia; y si se hacen sordos, ya encontrarémos medio de quitarles la sordera.

—Corriente, señor don Mateo; harémos todo lo que usted nos aconseje.

Como en Echederra no hubiese recado de escribir, el señor cura envió á Bautista á su casa, á fin de que doña Antonia, su ama, le diese papel, tinta y obleas.

Bautista era perezoso como él solo, pero como se trataba de grandes riquezas en que esperaba obtener parte, se apresuró á obedecer, y de un salto se plantó en casa del señor cura.

Doña Antonia era mujer de edad algo avanzada, y bondadosa y desprendida, cualidades no muy comunes en las amas de los curas.

—¿Y por qué no son comunes en ellas esas cualidades?

—Porque sus amos suelen pecar en el extremo opuesto, llevando la bondad y el desprendimiento hasta el exceso; y ellas llegan á odiar el bien á fuerza de verle prodigar sin medida. Es menester que el ama de un cura esté muy por encima del vulgo de las mujeres para que no llegue á aborrecer á los pobres, viendo que por socorrer á éstos, tiene su amo la despensa vacía.

Bautista encontró á doña Antonia más alegre y aficionada á charlar que nunca.

—Con que, vamos, ¿me da usted eso, doña Antonia?—la dijo.

—Voy, voy á dártelo, hijo; pero espérate un poco y no seas tan vivo de genio.

—Pero ¿no ve usted que si tardo se van á enfadar el señor cura y don Mateo?

—¡Qué se han de enfadar, hijo, si los dos son unas malvas benditas! Veinte años hace que sirvo al señor cura, y ni una sola vez le he visto enfadado. Pues Mateo, ¡otro que bien

baila! Esa criatura es un ángel de Dios. Pero ¿has visto qué buen mozo se ha hecho?

—Y diga usted, doña Antonia, ¿ha venido muy rico?

—¡Mucho, hijo, mucho!... ¡Si supieras las cosas que ha traido!... Anda, ven á su cuarto y verás lo que es bueno.

Bautista y el ama del cura entraron en un cuarto donde estaban aún amontonados los baules y las maletas del indiano.

Doña Antonia abrió algunos baules, y enseñó á Bautista su contenido, que consistia principalmente en objetos de oro y plata.

Los ojos de Bautista parecian querer saltar de las órbitas al ver aquellas riquezas. Doña Antonia no cabia en el pellejo, de orgullo y alegría.

—Ésta—dijo indicando con el dedo una maleta colocada en un rincon—está cerrada con siete llaves. Álzala del suelo,—añadió con una alegre y maliciosa sonrisa.

Bautista echó mano á la maleta, y no pudo hacerla perder tierra completamente. Al dejarla caer, se oyó un ruido metálico, que hizo estremecer al jóven y á la anciana reir con indecible alegría.

—Con que, Bautista, ¿no te parece costal de paja esa maleta?

—¡Qué dichosos son ustedes, doña Antonia! —exclamó Bautista.

—¡Ya lo creo, hijo, ya lo creo! Pero tambien vosotros participareis de nuestra dicha. Cuando Dios da, da para todos. Mateo y el señor cura tienen un corazon de oro, y os quieren como si fuérais de la familia. ¡Mira tú, si el dia que tengais un apuro os dejarán en la estacada!

Bautista no oia lo que doña Antonia le decia; una agitacion indefinible se habia apoderado de él. En su corazon habia una lucha horrible.

—Con que vamos, hijo, ¿qué dices de la maleta?

—¡Estará llena de duros!

—¡De duros! ¡Hijo, qué tonto eres! ¡De amarillas y muy amarillas sí que está llena!

Bautista se estremeció, miró á todas partes y dió un paso hácia doña Antonia.

—¡Bautista! ¡Bautista!—gritaron en aquel instante hácia la escalera.

Bautista dió una patada en el suelo, haciendo un terrible gesto de despecho, y doña Antonia y él se dirigieron al encuentro de la persona que llamaba.

—Esta persona era Ignacio.

—Buenos dias, doña Antonia,—dijo.

Y añadió dirigiéndose á su hermano:

—Despáchate, hombre, que el señor cura y don Mateo están esperando hace una hora. ¿No ves que el señor cura tiene que bajar pronto á decir misa?

—Anda; que se esperen, que todavía no es tarde,—dijo doña Antonia.—En ménos que canta un gallo os voy á hacer de almorzar.

—No, no, muchas gracias, doña Antonia,—replicaron á la vez ambos jóvenes.

—Os digo que no volveis á Echederra sin comer unas magras y beber un jarro de chacolí. Quiero que celebremos juntos la venida del indiano.

—Otro dia será, doña Antonia,—repuso Ignacio.—El do-

mingo, cuando bajemos á misa, disfrutarémos del favor de usted.

—Bien, hijos, bien, no quiero haceros mala obra; pero ya sabeis que os tengo buena voluntad; que sois hijos de buenos padres, y de buenos padres buenos hijos. Pero siquiera le enseñaré á Ignacio lo que ha traido el indiano.

—No, no podemos detenernos más,—dijo Bautista tomando de la mesa el recado de escribir.

Y los dos muchachos tomaron á buen paso la cuesta de Echederra.

III

Ahora vas á ver, númen de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, cómo es posible ir en busca de agua y no acordarse de pedirla.

Era una hermosa tarde de primavera.

El señor cura de Güéñes y su sobrino estaban en un cerro, cerca de la casería de Echederra, apoyados en el cañon de sus escopetas, observando á dos hermosos perros que rastreaban en la falda de una colina inmediata.

—Tio,—dijo Mateo,—me parece que Capitan y Leon han perdido ya el rastro de la liebre. Mejor sería que nos fuésemos ya hácia casa, porque va á anochecer y usted no está para andar á deshora por estos vericuetos.

—Tienes razon,—respondió el cura.—Estoy ya rendido, á pesar de que esta tarde no hemos andado mucho. Mateo, no valgo ya dos cuartos. Los viejos tenemos que renunciar á la caza.

Tio y sobrino echaron las escopetas al hombro y tomaron



cerro abajo llamando á los perros, cuyo uniforme ladrido seguia oyéndose en el castañar inmediato por donde atravesaba la carretera.

Mateo, que caminaba el primero, en lugar de seguir el camino que conducia directamente al valle, tomó un sendero que conducia á Echederra.

—¡Qué! ¿Vamos á Echederra?—dijo don José.

—Sí, tio. Allí descansarémos un poco y beberémos un vaso de agua, que yo me estoy ahogando de sed.

El cura se sonrió maliciosamente, y dijo:

—Vamos, vamos, Mateo, que para haber corrido dos mundos, eres poco diestro en disimular.

—¿Por qué dice usted eso, tio?—repuso Mateo poniéndose un poco colorado.

—Porque no creo que en casa de Martin se pueda descansar mejor que en estos cerros, cubiertos de flores, ni beber agua mejor que la que brota aquí á cada paso.

—Sí, pero aquí...

—Aquí—dijo el buen anciano con benévola sonrisa—no hay, como en Echederra, una Rebeca que alargue el cántaro á Eliezer.

—¡Tio!...

—Vamos, confiesa que el deseo de ver á Juana te lleva todos los dias á Echederra. ¿Qué mal hay en eso, siendo ella una buena muchacha y honradas tus intenciones?

—Pues bien, tio, no se ha equivocado usted.

—Los viejos cazamos largo.

—Quiero á la hija de Martin, y creo que ella tambien me quiere. Perdone usted si se lo he ocultado...

—No me lo has ocultado, Mateo, porque tú no puedes ocultar lo que siente tu corazon. Pero ¿por qué no declaras francamente tus intenciones á Martin y á Mari, y sobre todo á su hija?

—Son tan delicados, que temo me rechacen por la misma razon que moveria á otros á aceptar... Yo soy casi rico, y ellos son pobres.

—Esa dificultad no merece el nombre de tal. ¿Acaso es un delito el ser rico, cuando las riquezas se han adquirido honradamente y se hace de ellas el buen uso que tú haces?

—No, tio; pero... dentro de poco tiempo quizas serán ellos más ricos que yo, y entónces...

—Entónces dirán... no ellos, pues son incapaces de un mal pensamiento, sino las lenguas maldicientes, que tus miras son interesadas.

—Tiene usted razon, tio. No me habia ocurrido eso.

El señor cura y su sobrino continuaron su camino hácia la casería de Echederra.

Martin, su mujer y sus hijos estaban detras de la casa, sallando borona.

—¿Qué tenemos de nuevo, Martin?—dijo el cura.

—Nada, señor don José,—respondió el labrador.—Hoy ha ido Ignacio á Bilbao, y aunque ha venido ya el correo de América, no hay carta para nosotros. Con que ya no hay esperanza...

—¿Cómo que no hay esperanza?—repuso Mateo.—Es menester tomar una determinacion decisiva y dejarse de paños calientes.

—¿Y qué es lo que hemos de hacer? Anda con Dios, que

los testamentarios se guarden los veinticinco mil duros, y buen provecho les hagan. Nosotros pasarémos con nuestra pobreza...

—Tiene razon señor padre,—asintieron Ignacio y Juana.

—Digo lo mismo,—añadió Mari.

—¡Esto ya no se puede aguantar!—exclamó Bautista, arrojando la azada, que tronchó tres ó cuatro piés de borona.

—¡Pícaro!—dijo Mari.—¡Serémos como tú, que no tienes más Dios que el dinero! ¡Si la avaricia te come! ¡Si la avaricia te ha de llevar á un presidio!...

—Vamos, Mari, vamos,—la interrumpió el cura con tono conciliador,—déjele usted, que en esta ocasion merece disculpa. Me parece enteramente inútil volver á escribir á Méjico, porque ya está visto que hay mala fe en los testamentarios del difunto. Es menester que una persona interesada se determine á pasar el charco. Martin no está en edad de eso, Bautista no sabe escribir...

—Él se tiene la culpa,—dijo Mari;—que por más que nos hemos matado para que aprendiese escuela, no ha aprendido el A E I O U. ¡Qué poco se parece á su hermana! La pobrecita no ha tenido más maestro que Ignacio, y ahora que se ha empeñado en aprender á escribir, hace ya unos palotes que da gloria de Dios el verlos.

—¡Ya!—dijo Bautista.—Eso es porque le da vergüenza decir delante de don Mateo que no sabe escribir.

Juana se puso colorada, y don José miró á su sobrino con una significativa sonrisa.

—Hace bien,—replicó Mari.—No, que será como tú, que nunca has querido...

—Vamos, Mari, se acabó. Lo pasado, pasado,—dijo el

cura.—Con que, Ignacio, ¿te encuentras con ánimo de meterte en el pozo grande?

—Señor don José, si mis padres quieren, iré aunque sea hasta el fin del mundo...

—¡Ay, señor don José!—exclamó la tierna madre.—¡Embarcarse el hijo de mis entrañas!...

—Tiene razon Mari,—añadió Martin;—el hombre donde el buey pace.

—¡Eh, no sean ustedes cobardes!—dijo Mateo.—Si hay peligro en la mar, ¿no lo hay tambien en la tierra? Nadie se ahoga más que cuando Dios quiere. Cuando Dios quiere que uno se ahogue, se ahoga, aunque sea en una escudilla de agua. ¿No han oido ustedes contar el cuento del que sabiendo que su síno era morir ahogado, no salia jamas de casa, y al cabo se ahogó en la palangana?

—Tiene razon don Mateo,—asintió Ignacio.—Como dice la copla:

No tengo miedo á la muerte
aunque la encuentre en la calle,
que sin licencia de Dios
la muerte no mata á nadie.

Con que, señor padre, si usted quiere, me planto en dos brincos en América y vuelvo con los veinticinco mil del pico; porque es una triste gracia que habiendo por aquí pobres se rian con nuestros cuartos aquellos pícaros.

—Tienes razon,—dijo Martin.—¿Qué dices tú, Mari?

—¿Qué he de decir yo, hijo? Me conformaré con lo que tú dispongas, y... que Dios nuestro Señor y la Vírgen Santísima del Cármen protejan al hijo de mi alma.

—Vaya, es cosa decidida,—dijo el cura.—Hagamos los preparativos, y que parta Ignacio lo más pronto posible.

En efecto, ocho dias despues Ignacio se embarcó en Bilbao, provisto de cartas de recomendacion, de instrucciones y de dinero que el señor cura y Mateo le habian facilitado.

IV

Algunos meses despues de la partida de Ignacio para América, los moradores de Echederra se sentaban á almorzar una fuente de leche con harina.

Aquella honrada familia debia haber padecido mucho, pues Juana habia perdido el sonrosado color de sus mejillas, Mari y Martin habian envejecido muchísimo, y todos estaban tristes y silenciosos.

—Hija,—dijo Mari á la jóven,—¿por qué no comes?

—Ya cómo, señora madre.

—¡Si apénas has probado la leche!

—No tengo gana.

—Pues anda, hija, cuando una no tiene gana de comer, se hace cuenta de que la comida es una medicina, y adentro con ella. El que no come, tiene pena de la vida. Pero ¿qué es lo que tienes, hija de mi alma?

—Inútil es preguntárselo,—dijo Martin.—Está malo Mateo, y se empeña en estarlo ella tambien.

—¡Y lo estará, y acabará por morirse si continúa así! Vamos, hija mia, almuerza; mira qué rica está la leche. ¿Quieres que te haga un par de huevos estrellados?

—¡Si no tengo gana!

—Pero, hija, confianza en Dios, que Mateo se pondrá bueno muy pronto, y os casareis, y se acabarán las penas.

—¡Ay madre de mi vida! ¡Si Mateo se muere, yo me moriré tambien!

—¡Morirse! No digas disparates, hija. El cirujano dice que ya está fuera de peligro. ¡Qué! ¿Es él el primero á quien yendo de caza se le ha disparado la escopeta, se ha herido, y al cabo de algunos meses se ha encontrado como si tal cosa? Verdad es que al principio se temió por su vida; pero á Dios gracias y á la Vírgen del Cármen, ya nada hay que temer.

—¡Qué fastidio!—exclamó Bautista, arrojando sobre la mesa la cuchara.—¡No saben ustedes hablar más que del indiano! ¡A ver cómo no se le llevan doscientos mil demonios!...

—Bautista,—dijo Martin,—no pronuncies jamas el nombre de Mateo, sino para bendecirle.

—¡Bendecirle!... Para lo que nos da...

—Nos da más de lo que merecemos, nos da lo que necesitamos.

—Pues yo digo que es un miserable...

—¡Bautista!—exclamaron todos llenos de indignacion.

—¡Tener más dinero que pesa, y consentir que trabajemos como negros!... ¡Lástima que cuando se le disparó la escopeta, en vez de darle el tiro en el costado, no le hubiera levantado la tapa de los sesos!...

—¡Calla, calla, pícaro!—exclamaron todos en el colmo de la indignacion.

—No quiero callar.

—Vas á acabar con nosotros; nos vas á quitar la vida,—dijo Mari.—Desde que tu pobre hermano se fué, no nos has

dejado pasar siquiera un dia en paz y gracia de Dios. ¡Hijo de mi alma! ¡Si él estuviera en casa, otra cosa sería!

Y la pobre Mari se echó á llorar; Juana la imitó; Martin bajó la cabeza sin pronunciar una palabra, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

¡Maldito sea el hijo que arranca una lágrima de los ojos de sus padres!

El almuerzo habia concluido, aunque la fuente estaba aún casi llena.

El disgusto habia quitado á todos el apetito y hécholes caer la cuchara de la mano.

—¡Martin! ¡Martin!—gritó un hombre que apareció al pié de los cerezos.

Martin se apresuró á contestarle desde la ventana:

—¿Qué hay de nuevo, Miguel?

—¡Buenas noticias! Ayer fuí á Bilbao á vender unos cestos, y me dieron en el correo una carta de las Indias para vosotros. Como vine tarde, no pude traérosla anoche.

Martin, su mujer y sus hijos corrieron al encuentro de Miguel, que entregó una carta al primero.

Martin exhaló un grito de alegría al examinar el sobre. ¡La letra era de Ignacio, de su hijo!

Mari le arrancó la carta de las manos, y leyó el sobre repetidas veces, besándole y regándole con sus lágrimas, y á su vez Juana se la arrancó á su madre é hizo lo mismo.

¿Y cómo no besar aquel papel, con tanta ánsia esperado, y en el cual se habia posado la mano de un hijo, de un hermano querido, cuya ausencia tantas lágrimas costaba hacía muchos meses?

Bautista era el único que permanecia impasible ante un suceso que llenaba de alegría á su familia.

—Pero ¿á qué vienen—dijo—esos aspavientos, sin saber aún si Ignacio ha tomado posesion de la herencia?

Sí; Bautista tenia mal corazon, como su padre habia dicho. ¡Nada le importaba saber que su hermano vivia aún! Para comprender la alegría que llenaba el corazon de sus padres y su hermana, ¡necesitaba saber que su hermano era rico! Si no lo era, ¿qué le importaba á Bautista que viviese ó dejase de vivir?

Martin recobró al fin la carta de su hijo, y la abrió temblando de emocion.

La carta decia así:

«MÉJICO, ETC.

»Mis queridos padres y hermanos: Desde que me separé de ustedes la desventura me ha acompañado por todas partes.

»El buque á cuyo bordo me embarqué para Nueva España, experimentó grandes contratiempos en alta mar. Despues de una penosísima navegacion entramos en el golfo de Méjico, creyendo llegar al término de nuestros infortunios; pero Dios nos reservaba otros mayores aún. Las olas se encresparon casi de repente, desatáronse los huracanes, el cielo se cubrió de oscuras nubes, resonó el trueno, y el rayo quebrantó los mástiles del buque. Largo tiempo luchamos contra el furor de los elementos, casi sin esperanza de salvacion; al fin el buque se hizo pedazos, y la mayor parte de mis compañeros de viaje hallaron su sepultura en las ondas del mar.

»En aquel momento invoqué el nombre de Dios y el de la Vírgen del Cármen, cuyo santo escapulario me puso mi madre

al cuello al partir, y logré apoderarme de una tabla que flotaba entre las olas. Con ayuda de aquella tabla conseguí acercarme á la costa; pero mis fuerzas se agotaban y la borrasca era cada vez más espantosa; las olas rugian como el trueno, quebrantándose en las rocas de la playa, semejantes á montañas cubiertas de nieve. Daba ya mi último adios al mundo, del que sólo sentia separarme porque en él dejaba desconsolados á mis padres y á mis hermanos, cuando vi que se me acercaba una barquilla tripulada por audaces habitantes de la costa.

»Aquellos hombres, casi tan náufragos como yo, me vieron, y con peligro de su vida, acudieron á socorrerme. Al fin pisé el nuevo continente, pero ¡en qué estado, Dios mio! Apénas podia tenerme en pié; mis manos estaban ensangrentadas, y mis brazos descoyuntados con los esfuerzos que habia hecho para que las olas no me arrebatasen la tabla de salvacion.

»Los pobres indígenas hicieron con ramas una especie de camilla, y me condujeron en ella, á traves de los bosques, á una aldeita donde encontré la hospitalidad más generosa. Allí pasé muchos dias, rodeado de los cuidados más tiernos, hasta que, restablecidas algun tanto mis fuerzas, me despedí de mis bienhechores, llorando de agradecimiento.

»Al llegar á esta ciudad, me presenté á los testamentarios de mi difunto tio, y... no quisiera afligir á ustedes con el relato de la indigna acogida que me hicieron. ¡Me trataron de falsario, me despreciaron, se burlaron de mí sin misericordia!...

»Sin embargo, confio aún en la justicia de los hombres, y más aún en la de Dios, que no nos abandonará. Participen ustedes de mi esperanza, y consuélense por de pronto sabiendo que existo aún para trabajar por la felicidad de todos.

»Me he presentado á las personas para quienes don Mateo me dió cartas de recomendacion, y me han prometido ayudarme en mi empresa, particularmente un paisano nuestro, que me quiere ya como á un hijo. Necesito tiempo para llevarla á cabo, porque los testamentarios se defenderán con las armas que nos han usurpado, y que son tan poderosas aquí como en España.»

Ignacio suponia que su hermana y Mateo se habrian casado ya; se acordaba del señor cura, de doña Antonia, de Miguel el cestero y de otros vecinos, y en una posdata pedia á su madre que le encomendase á la Vírgan del Cármen, de quien la piadosa y buena Mari era muy devota.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó Mari al terminar Martin la lectura de la carta.—¡Qué peligros ha corrido el hijo de mi corazon! Pero al fin la Vírgen Santísima le ha salvado...

—¡Para lo que le ha servido!...—murmuró Bautista con un desden que excitó de nuevo la indignacion de todos los concurrentes.

—¡Bautista!—dijo Martin con una severidad que nunca se habia visto en él.—¡Esos no son los sentimientos que tus padres han procurado inspirarte!

—¡Pobres de nosotros!—exclamó Mari llorando.—¡Este hijo nos ha de quitar la vida y ha de parar en un presidio!

V

Bautista bajaba con frecuencia á casa del señor cura para saber del indiano, que continuaba aún en cama de resultas de la grave herida que recibió yendo de caza.

Su carácter era cada vez más acre para con su familia; de tal modo, que los disgustos que les proporcionaba diariamente habian hecho envejecer de un modo rápido á Martin y á Mari, cuya salud se iba quebrantando de una manera alarmante.

En casa del señor cura, Bautista era el reverso de la medalla; aquellas buenas gentes estaban asombradas del cambio que notaban en su carácter, y doña Antonia, no sabiendo cómo demostrarle su agradecimiento, le preparaba excelentes almuerzos y le confiaba cuanto habia en la casa.

El sol teñia con sus últimos resplandores la parda y gigantesca torre de la Jara, recuerdo de los funestos bandos *oñacino* y *gamboino*, que desolaron por tanto tiempo el Señorío, y muy particularmente á las nobles Encartaciones.

Una negra y espesa humareda se alzaba en una seve inmediata á la casería de Echederra, lo que indicaba que habia allí carboneros.

En efecto, uno de éstos cuidaba la oya, y otros tres ó cuatro escamondaban y picaban leña á corta distancia.

En la parte más alta de la seve se veia una cabaña, formada de tres palos, una capa de helecho, y sobre ésta, otra de césped.

Uno de los carboneros se dirigió á la cabaña. Reanimó el fuego encendido á la puerta de ésta, y al lado del cual hervia una olla de hierro colado, llena de habas secas y cecina, echó harina de borona, agua y sal en una desga, y se puso á amasar, en tanto que se calentaba una pala de hierro. Hizo en seguida tortas delgadas como galletas, que cocia en la pala, y cuando acabó esta operacion se levantó, y formando con ambas manos una especie de bocina, gritó con robusto aliento:

—¡Ahaauuu!...

Sus compañeros contestaron con un grito semejante al del tortero, y clavando las hachas en el tronco de los rebollos, se dirigieron hácia la cabaña.

Habian ya acabado de comer y desocupado sus pipas, y sin embargo, permanecian sentados á la puerta de la cabaña.

Comenzó á cerrar la noche.

Los carboneros hablaban en voz baja y daban muestras de impaciencia.

Un hombre apareció al fin en la parte baja del rebollar y se dirigió hácia la cabaña.

Al notar que se aproximaba, los carboneros dieron muestras de satisfaccion.

—Vamos,—dijo el recien llegado,—no perdamos tiempo; porque yo necesito volver temprano á casa, para que no se extrañe mi tardanza.

—Pues andando,—contestaron los carboneros.

—¿Qué armas llevais?—preguntó el desconocido.

—Ninguna.

—Allá os las compongais; yo llevo dos pistolas y una navaja.

—Nosotros vamos á robar, pero no á matar.

—Haga cada uno de su capa un sayo,—dijo el de las pistolas y la navaja;—pero no perdamos tiempo. En el camino os daré las instrucciones que necesitais, y arreglarémos nuestro plan de campaña.

Todos se tiznaron la cara con cisco mojado, y echaron por el rebollar abajo.

—¿Por qué no viene Chomin?—preguntó el desconocido

designando al que vimos cuidar la oya, y que apénas comió y encendió su pipa se apresuró á volver á su puesto.

—Haldea la oya,—respondieron los carboneros,—y es necesario que alguno se quede cuidándola. Ademas, el que se quede aquí no será el que ménos contribuya al negocio.

—¿Cómo?

—Cantando.

—¿Para qué?

—Para que los de Echederra y las panaderas que vengan de Castro sientan constantemente á los carboneros en el rebollar.

—¡Teneis mucho talento!

—Hagamos por tener mucho dinero.

Media hora despues cantaba que se las pelaba en el rebollar un carbonero.

Jacinta, una panadera de Güéñes que venía de Castro con otras vecinas montada en su mula, decia á sus compañeras:

—¡Qué buen humor gasta siempre ese condenado de Chomin! Siempre está cantando como un ruiseñor.

—Pues, hija,—repuso una de las vecinas,—usted no suele quedarse atras, que sabe usted más cantas que un ciego. Milagro que hoy ha cerrado usted el pico.

—Es que no estoy para cantar, con lo que sucede en casa del señor cura y en la de Martin el de Echederra.

—Hija, tiene usted razon, que parte el alma la desgracia del indiano y la de los de Echederra. Mari y Martin se quedan sin hijo, como yo soy cristiana.

—¡Pobre Ignacio!—exclamó Jacinta echándose á llorar.—¡Qué muerte habrá tenido en esa mar traidora!... Vamos, si

le digo á usted que en la vida se me secarán los ojos si ese muchacho ha muerto. Como que fuí la primera que le dió de mamar, y le queria como si fuera hijo mio. ¡Pues mire usted la pobre Mari!... Vamos, le cuesta la vida ese hijo.

Las panaderas continuaron su camino, tristes y silenciosas, en tanto que Chomin continuaba su canto.

La casa del señor cura de Güéñes estaba rodeada de nogales y un poco separada de las otras. Era uno de esos edificios de piedra caliza, término medio entre el palacio y la fortaleza, y sobre cuya puerta campeaba un gran escudo de piedra. En una de las esquinas estaba incrustado uno de los cuadrantes ó meridianos, tan comunes en el país vascongado, y muy particularmente en las Encartaciones.

En aquel país, donde pobres y ricos acostumbran madrugar, reina en las aldeas el silencio más completo durante las primeras horas de la noche, porque aquél es el momento en que los habitantes gozan del más profundo sueño. El primer sueño es un letargo á la vez dulce y profundo.

Don José dormia y doña Antonia tambien. El único que no dormia en casa del cura era el indiano, á quien la calentura desvelaba.

Los perros comenzaron á ladrar.

—¡Señor tio!—dijo Mateo á don José, que dormia en un cuarto inmediato al suyo.

Don José no respondió, porque continuaba profundamente dormido.

Los perros continuaban ladrando.

—¡Señor tio! ¡señor tio!—repitió Mateo.

Al fin el señor cura respondió, y Mateo le dijo:

—Leon y Capitan ladran mucho, y me parece que suenan las tejas del horno.

—Moverá las tejas el viento, que no cesa de soplar, y los perros ladrarán porque suenan las tejas.

Tio y sobrino guardaron silencio.

Leon y Capitan continuaban ladrando como si los desollasen vivos.

—Tio,—dijo Mateo,—me parece que forcejean en la ventana del comedor, que se alcanza desde el tejado del horno.

—¡Hombre, no seas tonto,—replicó el cura medio dormido,—si es el viento!

—Lo verémos,—dijo Mateo.

Y á pesar de su debilidad, se levantó y abrió, sin hacer ruido, la ventana de su cuarto, que estaba en el mismo plano que la del comedor; pero nada absolutamente pudo ver ni oir á causa de la completa oscuridad y el viento, que le hizo retirar de la ventana.

Leon y Capitan ladraban cada vez más.

Mateo oia aún chascar las tejas del horno y moverse la ventana del comedor.

—Quiero ver qué es eso,—dijo.

Y cogiendo la escopeta se dirigió al comedor, débilmente alumbrado por una lamparilla, que hacía mucho tiempo dejaba allí encendida doña Antonia.

Al acercarse Mateo á la ventana, ésta se abrió con violencia y un hombre apareció en ella.

El indiano se echó la escopeta á la cara; pero no tuvo tiempo para disparar: el arma cayó de sus manos rota de un pistoletazo disparado por el ladron.

Este último se lanzó dentro seguido de otros tres. Arrojáronse todos sobre Mateo, le derribaron, le taparon la boca con un pañuelo y le ataron de piés y manos.

Aquellos hombres pasaron en seguida al cuarto del cura y despues al del ama, y repitieron la misma operacion. Luégo se apoderaron del dinero y de las alhajas de algun valor. Tan bien conocian la casa, que acertaron sin titubear hasta con lo más oculto. Inmediatamente huyeron por la puerta principal, porque iban demasiado cargados para huir por la ventana por donde habian entrado.

Pero hé aquí que algunos vecinos de Güéñes habian oido el tiro disparado por el ladron, y acudian, escopeta en mano, por el nocedal, en el momento en que salian los ladrones.

—¡Alto!—gritaron.

Pero los ladrones desaparecieron entre los nogales.

Los vecinos hicieron fuego y cayó levemente herido uno de los malhechores, precisamente el que llevaba objetos de ménos valor.

Los otros atravesaron el Cadagua, y protegidos por la oscuridad se internaron en los sombríos castañares de la Jara.

VI

Seis meses despues de los sucesos referidos en el capítulo anterior, el señor cura y su sobrino salieron de casa y tomaron la cuesta de Echederra.

En vez de llevar la escopeta al hombro, como en otro tiempo, llevaban gruesos bastones en la mano. Privado de este

apoyo, Mateo, sobre todo, no hubiera podido dar un paso sin caer.

El señor cura, en otro tiempo tan grueso, tan colorado como una manzana, y siempre con la sonrisa en los labios, estaba casi desconocido. Su cabello habia encanecido mucho, su cara estaba arrugada y pálida, y la tristeza de su alma se reflejaba en sus palabras como en sus facciones. Preciso era que el digno sacerdote hubiese padecido mucho para haberse verificado tal transformacion en él.

Tambien Mateo era apénas la sombra de lo que habia sido: la palidez de su rostro y la demacracion de su cuerpo eran espantosas. Hubiérasele tomado por uno de esos desventurados jóvenes que en la flor de su edad se ven consumidos por una lenta calentura, y de quienes el vulgo se aparta, en la absurda creencia de que la tísis es enfermedad contagiosa.

El pobre cura, que necesitaba apoyo y consuelo, se veia obligado á apoyar y consolar á su sobrino. Los que tienen una alma tan generosa y tan buena como aquel santo ministro del Señor, olvidan sus propias necesidades en presencia de las ajenas.

—¡Vamos, Mateo, ánimo!—decia á su sobrino.—La tarde es deliciosa; por todas partes brotan hojas y flores, y un pájaro canta en cada rama. Es menester que te distraigas. ¿Qué va á que dentro de quince dias estás completamente restablecido?

—¡Ay, tio!—respondió Mateo.—¡La naturaleza sonrie, pero mi alma llora!

—Hombre, lo pasado, pasado. Lo que necesitas ahora es distraerte, recobrar la salud y tratar de ganar el terreno perdido. A Dios gracias, eres aún jóven y... te casarás y vivi-

rémos todos en la gloria. ¡Qué! ¿No te sientes con ánimo para llegar á Echederra?

—Dudo, tio, que pueda llegar hasta allá, á pesar de tanto como lo deseo.

—Pues tienes que sacar fuerzas de flaqueza, porque la pobre Juana no tiene más que nosotros á quien volver los ojos, y no debemos dejarla entregada por completo á la crueldad y tiranía de su hermano.

—¡Su hermano! ¡Ah, tio! Ya que en la tierra no hay justicia que castigue á tales monstruos, ¿dónde está la justicia de Dios, que no los confunde?

—¡Mateo! Dios es justo y toma siempre en cuenta así el mal como el bien que los hombres hacen. Bautista ha llevado á sus padres á la sepultura á fuerza de disgustos, y no dudes que tarde ó temprano encontrará su merecido.

Conversando así tio y sobrino, subieron poco á poco la cuesta que média entre el valle y Echederra.

Al llegar bajo los cerezos, Juana se asomó casualmente á la ventana, y apénas los vió, salió á su encuentro loca de alegría.

La pobre jóven llevaba luto... ¡luto en el cuerpo y luto en el alma!

Instó á los recien llegados á que entrasen en la casa; pero ellos prefirieron sentarse á la puerta en un poyo de piedra, porque estaban harto fatigados para subir la escalera. Ademas, aquel sitio ofrecia vistas magníficas, pues desde allí se descubria todo el valle y los montes situados al otro lado del Cadagua, donde se alzaba como un negro espectro la torre de la Jara.

—¿Y Bautista?—preguntó don José.

—Ha ido á Avellaneda,—respondió Juana.

Conviene saber que en la época en que pasaron los sucesos que voy contando, Avellaneda, aldea del concejo de Sopuerta, limítrofe con Güéñes, era la residencia de un teniente corregidor de Vizcaya, y cabeza de las Encartaciones.

—Estamos—dijo el cura—en tiempo de la siembra de la borona, y no habeis layado aún un celemin de tierra. ¿Es posible que tu hermano abandone así la labranza?

—¡Ay, señor don José! No sé á qué atribuir semejante abandono. Dos ó tres veces hemos sido Bautista y yo citados á Avellaneda para declarar en la causa que se sigue al carbonero preso á consecuencia del robo hecho en casa de ustedes, y despues el teniente no ha vuelto á acordarse de nosotros. Sin embargo, mi hermano va casi todos los dias á Avellaneda. Hace una porcion de tiempo que todo lo que pasa aquí es un misterio impenetrable, y me temo que este misterio tenga relacion con la muerte de mis padres. ¡Padres de mi alma!

Juana se echó á llorar sin consuelo.

—Vamos, Juanita, ¿á que vienen esas lágrimas?—dijo el cura.—La resignacion es uno de los primeros deberes del cristiano. La vida de tus padres era de Dios, y Dios ha dispuesto de ella. ¿Debemos quejarnos de lo que Dios hace? Explícanos, si puedes, qué especie de misterio ves en la muerte de tus padres.

—Hacía algunos meses que mi hermano se encerraba en su cuarto con un hombre de mala traza, que venía á casa de noche. Estas visitas no admiraban ménos á mis padres que á

mí. Una noche que mi padre se habia acostado ya, le vi levantarse y acercarse de puntillas á la puerta del cuarto donde mi hermano estaba, como noches atras, encerrado con el desconocido. Volvió á la cama, y un momento despues oí sollozar á mi padre y á mi madre. A la mañana siguiente mis padres se levantaron como si hubiesen pasado una grave enfermedad, y desde aquel dia su salud se alteró de tal modo, que mi madre murió al cabo de tres meses, y mi padre á los cuatro.

—¡Es cosa muy singular!—exclamaron don José y Mateo.

—Tio,—añadió este último,—tengo una horrible sospecha...

—Mateo, no pensemos mal de nadie. ¡Lo que sospechas sería el colmo de la iniquidad y la ingratitud!

Juana no comprendió el sentido de estas palabras.

—Pero ¿cómo se porta ahora tu hermano contigo?—le preguntó Mateo.

—Nunca veo la sonrisa en sus labios, nunca me dirige una palabra cariñosa, y algunas veces me pega.

—¡Infame!—exclamaron el cura y su sobrino llenos de indignacion.

—Yo le veré y le diré lo que se merece,—añadió el primero.

—No, no, por el amor de Dios, no le digan ustedes nada,—exclamó Juana aterrada,—porque sería capaz de matarme, pues ya me las ha jurado si me quejo á ustedes ó á cualquiera otra persona del mal trato que me da.

—Bien,—dijo el cura,—sufre con resignacion algunos dias más. Dios acabará de dar la salud á Mateo, y entónces mi sobrino arrancará á la víctima de manos del verdugo.

—Por Dios, no hablemos más de esto, que ya viene mi hermano.

En efecto, Bautista asomaba por un altillo, situado á tiro de piedra de la casería.

Todos callaron hasta que llegó Bautista.

VII

Al ver á don José y al indiano, Bautista pareció sorprenderse y sobresaltarse un poco, porque temia sin duda que le reconviniesen como merecia su conducta; pero procuró dominar su turbacion y saludó con bastante desenfado.

—¿De dónde vienes, Bautista?—le preguntó el cura.

—Vengo—respondió el jóven, turbándose nuevamente—de los Somos, adonde he ido á ver si Miguel el cestero me ha concluido un par de cestas que le encargué hace dias.

—Mucho tiempo has empleado de aquí á casa de Miguel para haber apénas un cuarto de legua.

—Es que... Miguel se ha empeñado en que me quedara á comer con él.

El cura y su sobrino, excesivamente crédulos, como suelen serlo las personas honradas, creyeron que Juana se habia equivocado, y no dudaron ya que Bautista venía de los Somos y no de Avellaneda.

—Pero ¿es posible, Bautista,—continuó el señor cura,—que descuides la hacienda hasta el extremo de no haber vuelto un terron, cuando ya todos los vecinos van concluyendo la siembra? ¿Qué es lo que piensas, Bautista?

—Pienso no sembrar.

—¡Será posible!—exclamaron el cura y su sobrino.—Abandonar así...

—Voy á vender la casa y la hacienda para irme con mi hermana á vivir á Bilbao. Con lo que nos valgan esos miserables terrones pondrémos una tienda; porque aquí, por más que uno reviente, no gana para comer borona y nabos.

—¡Vender la casa y la hacienda!—exclamó el cura, tan indignado como Juana y Mateo al saber semejante proyecto.—Es imposible, Bautista, es imposible que reniegues de tu familia hasta el extremo de vender la casa en que nacieron y vivieron tus antepasados; en que nacieron, vivieron y murieron tus padres; en que naciste tú. Bautista, ó te chanceas ó te has vuelto loco.

—Ni me he vuelto loco, ni me chanceo,—replicó Bautista con tono insolente.—Extraño mucho que se metan ustedes en camisa de once varas. Soy el hermano mayor, mi padre murió sin testar y puedo hacer de la casa y la hacienda lo que me dé la gana.

—La casa y la hacienda pertenecen tambien á tus hermanos.

—En dándoles los quinientos ducados de dote que tocan á cada uno, estamos en paz. Mañana mismo, que es domingo, voy á poner en el pórtico de la iglesia el anuncio de venta.

—¡Qué picardía! ¡Qué infamia!—exclamaron el cura y Mateo, en tanto que Juana se deshacia en lágrimas sin atreverse á despegar los labios.

—Lo dicho; haré lo que se me antoje,—repitió Bautista cada vez con más insolencia.—Métanse ustedes en sus negocios, y no en los del vecino, que cuidados ajenos matan el asno.

El cura se disponia á responder; pèro Bautista le volvió la espalda, y se entró en la casa cantando:

En mi casa hay un libro;
dice la letra:
En cuidados ajenos
nadie se meta.

—Juana,—dijo el cura,—deja á ese monstruo; vente con nosotros, y no le vuelvas á mirar á la cara.

—¡Ay! No me atrevo,—contestó Juana,—no me atrevo, porque sería capaz de matarme.

—¡Juana! ¡Juana!—gritó Bautista desde el interior de la casa.—¡Nada se te ha perdido ahí!

—No le hagas caso, vente con nosotros,—dijeron el cura y Mateo á la pobre muchacha, procurando detenerla.

—No, no, porque nos mataria á los tres ántes que nos alejásemos cien pasos, si viese que yo me iba con ustedes. Adios, adios; tengo que obedecerle, porque si no, ¡pobre de mí!

Y se apresuró á subir la escalera.

El señor cura y el indiano tomaron el camino de Güéñes, en silencio y con los ojos arrasados en lágrimas.

A mediados de la cuesta, en un torco, donde el camino de Echederra formaba crucijada con el de los Somos, se detuvieron á descansar.

Las campanas de Santa María tocaban á la oracion, y el anciano y el jóven se descubrieron la cabeza y rezaron las tres Ave-Marías.

—No dude usted, señor tio,—dijo Mateo cuando acabaron de rezar,—que Bautista venderá la casa paterna. Es necesario

que la casería de Echederra continúe perteneciendo á la familia que la ha poseido siempre. Yo emplearé en ella el escaso capital que me dejaron los ladrones, y cuando vuelva Ignacio, si Dios quiere que vuelva, podré decirle, venga pobre ó venga rico: «Ahí tienes el hogar de tus padres, que tu hermano quiso arrebatarte por medio de una sacrílega venta. Si el Señor permite que Juana y yo nos unamos, vivirémos en Echederra hasta que Ignacio vuelva, y el sudor de nuestras frentes fertilizará esas tierras, que hoy están abandonadas é incultas.

—¡Bien, Mateo, bien!—exclamó el cura, enternecido y echando los brazos al cuello de su sobrino.—¡Tienes el alma más noble de este mundo!

—¿No es Miguel el cestero aquél que viene por allá abajo?—dijo Mateo señalando hácia el pié de la colina.

—¡Justamente!—respondió don José.—Y no tiene trazas de venir de los Somos, donde debia estar, á juzgar por lo que nos ha dicho Bautista.

Miguel, que venía á caballo en una mula, llegó poco despues al torco.

—Buenas tardes, ó mejor dicho, buenas noches, señor don José y la compañía,—dijo Miguel deteniendo la mula.

—¡Hola, Miguel! ¿De dónde se viene por ahí?

—Vengo de Bilbao de vender un poco de obra.

—¿Y qué tal ha ido?

—No hemos hecho negocio, señor don José, porque he tenido que estar por allá dos dias, y al cabo he vendido los cestos por un pedazo de pan. ¿Y qué habia de hacer? Los tiempos están muy malos, y con la caballería se gasta uno un sentido en Bilbao. Luégo me ha dado Dios un genio tan pícaro, que

soy hombre perdido si estoy un par de dias sin ver á la mujer y los chicos. ¡Qué quiere usted, señor don José! Como dijo el otro, genio y figura hasta la sepultura. Ello sí, la mujer y los hijos le dan á uno guerra; pero... ¡qué caramba! tienen un ganchillo que le arrastra á uno hácia casa, aunque uno no quiera. ¿Y ustedes vienen de dar un paseito, no es verdad? ¡Muy bien hecho! Así irá tomando fuerzas el señor don Mateo.

—Sí, nos hemos llegado como quien no quiere hasta Echederra.

—¡Hola! ¡hola! Ha sido una caminata más que regular. ¿Y qué me dicen ustedes de aquella gente? ¿Han sabido algo de Ignacio? Hace ya un siglo que no veo á Bautista ni á Juana.

—No, no han sabido nada.

—Si Ignacio estuviera en Echederra, un poco mejor andaria allí la cosa. El tal Bautista es el más holgazan que ha nacido de madre. Y si no, que se lo pregunten á su hacienda. ¡Ah! ¡Si Martin y Mari, que Dios hayan, levantaran la cabeza y vieran cómo está su casa, se volvian á morir de pesadumbre!

—¿No sabes que Bautista piensa vender la casa y la hacienda?

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!... ¡Qué me dice usted, señor don José!—exclamó Miguel santiguándose.

—Lo que oyes.

—¡Bah! ¡No se puede creer semejante locura! ¿Es posible que haya quien tenga valor para vender, como quien dice, el escaño en que se sentaron sus abuelos, sus bisabuelos, todos sus antepasados? Por todo el oro del mundo no venderia yo mi casa ni mi hacienda. ¿Puede haber más gloria que poder uno decir todos los dias: «Este árbol le plantó mi padre, este otro le

plantó mi abuelo, aquí jugábamos mis hermanos y yo cuando éramos chicos, aquí se sentaba mi madre, aquí...» en fin, mil cosas que uno no puede explicar? ¡Qué pícaro de Bautista! Si Ignacio, que es tan buen muchacho, supiera lo que pasa, se plantaba en Echederra de un brinco y no permitia semejante barbaridad. ¡Ya le ajustaria él las cuentas á ese bala de Bautista!...

—Pues para evitar que el pobre Ignacio se encuentre sin la casa donde nació, trata éste de comprarla.

—¡Bien hecho! Ya, ya lo entiendo, señor don José,—dijo Miguel con una sonrisa de satisfaccion.—¿Con que, segun eso, el señor don Mateo se casa al cabo con Juana? Le doy la enhorabuena como soy Miguel. La chica vale más oro que pesa. Como que ha salido pintada á la pobre Mari... ¡Y qué vida le da el hereje de su hermano!... ¡Válgame Dios, señor don José, qué cosas se ven en este pícaro mundo!

—Pero como Mateo, á pesar del robo, pasa por rico, Bautista querrá hacerle pagar el antojo...

—Tiene usted razon, señor don José. ¡Y que no es avaro el tal Bautista!

—Pues bien: para evitarlo, nos vas á hacer tú un favor.

—Con el alma y la vida, señor don José. Díganme ustedes cómo puedo servirlos.

—Comprando, como que es para tí, la casería de Echederra.

—No diga usted más. Serán ustedes servidos. Mañana, si Dios quiere, de paso que bajo á misa, arreglarémos nuestro plan.

—Gracias, Miguel.

—¡Qué gracias ni qué... Las gracias son para las amas... Perdone usted, señor don José, que iba á decir una barbaridad. Con que ea, buenas noches. ¿Quieren ustedes algo para los Somos?

—Memorias á tu mujer.

—Las agradecerá mucho. Dénselas ustedes de mi parte á doña Antonia.

—Y le añadirémos que mañana te prepare unas magras y un jarro de chacolí.

—¡Je! ¡je! No vendrán mal, señor don José. Ea, que siga el alivio del señor don Mateo, y hasta mañana, si Dios quiere.

—Hasta mañana, Miguel.

El cestero siguió su camino, y el cura y Mateo volvieron á emprender el suyo á la luz de la luna, que brillaba como el sol á medio dia.

VIII

En una de las calles peores de Bilbao la vieja habia una tiendecilla, adonde entraban gentes de aspecto miserable.

Estas gentes iban á dar ó á tomar dinero, pero rara vez á comprar.

Detras del mostrador se veia constantemente á Bautista, contando y recontando dinero, atando y desatando lios de ropa usada, doblando y desdoblando recibos, cuya procedencia y valor conocia, aunque no sabía leer. De cuando en cuando llamaba desde la puerta de la trastienda á Juana, que aparecia inmediatamente detras del mostrador, y por órden de su hermano hacía apuntaciones en un libro ó ajustaba con la

pluma una cuenta, que Bautista ya habia ajustado por los dedos.

Inspiraban profunda compasion la demacracion y el miserable traje de la pobre Juana.

Para ella no habia descanso, ni caricias, ni nada que enjugase las lágrimas que derramaba con frecuencia acordándose de sus padres, de su hermano Ignacio, de quien nada absolutamente sabía, y de Mateo, que aún no se habia restablecido por completo. La recompensa de su trabajo eran la desnudez, el hambre, los insultos y los golpes. Pero sus labios jamas proferian una queja. Bautista, prevaliéndose de su fuerza y de la debilidad de la pobre jóven, habia adquirido tal dominio sobre ésta, que la infeliz temblaba al oir su voz. Una mirada de aquel hombre le imponia silencio y la hacía bajar la cabeza con una mansedumbre y una resignacion que hubieran desarmado á un tigre.

Una noche entró en la tienda de Bautista un hombre de manos y cara tiznadas.

Bautista palideció al verle y se apresuró á cerrar la tienda, á pesar de que aún no era la hora ordinaria de cerrarla. Luégo entornó la puerta de la trastienda, despues de cerciorarse de que su hermana estaba en las habitaciones interiores, y fué á sentarse al lado del recien venido, que se habia sentado casi sin saludar.

—¿Qué hay de nuevo, Chomin?—preguntó el forastero.

—Poca cosa,—contestó éste:—que el pájaro se cansa de la jaula, y dice que si vosotros no le sacais de ella como le ofrecísteis, va á cantar para entretenerse y para algo más. Miéntras yo le he hecho compañía ha tenido paciencia; pero

desde que recobré la libertad, gracias á que pude probar, con la declaracion de Jacinta la panadera y otros testigos, que pasé la noche de la *fiesta* cantando al lado de mi oya, el pobre se muere de fastidio, y dice que va á cantar, para que atraidos por su canto vayais á hacerle compañía.

Bautista dió una patada en el suelo profiriendo una obscenidad, y dijo:

—¿Y por qué se me han de echar á mí todas las cargas, cuando la misma obligacion tenemos todos de sufrirlas?

—Poquito á poco, amigo, que yo he pagado ya mi escote. Para veinte miserables onzas que me dísteis, he estado veinte semanas en la casa de poco trigo, en tanto que vosotros, que, sin contar con las alhajas, os calzásteis con más de doscientas onzas cada uno, no habeis dormido siquiera una siesta en los calabozos de Avellaneda. Los otros han puesto piés en polvorosa, y por consiguiente tú eres el único que corres riesgo de... tú ya me entiendes, si á fuerza de argumentos amarillos no convences á los señores de justicia de que deben abrir la jaula al pájaro.

—Te juro, Chomin, que no tengo un cuarto.

—¡A otro can con ese hueso! ¡Si ganas el oro y el moro prestando dinero al ciento por ciento! Andate con cuidado, Bautista, que en Güéñes ha comenzado á correr cierto runrun, que no debe agradar mucho á tu oido.

—¿Y qué me importan á mí las habladurías de los de Güéñes?

—¿Tú no sabes lo de Rumbana?

—No, ni me importa saberlo.

—¿Es posible, hombre, cuando no hay en las Encartacio-

nes niño de teta que no sepa lo que le pasó á Rumbana? Te lo voy á contar, ya que no lo sabes.

—Chomin, déjate de cuentos que nada tienen que ver conmigo.

—¡Que no tienen que ver contigo! Oye, oye, compañero, y verás si tiene que ver ó no contigo lo que le pasó á Rumbana. Rumbana era un vecino de Zalla, que durante mucho tiempo se dió una vida de príncipe con el producto en venta de la casa y la hacienda de sus padres. Al fin y al cabo, las amarillas se acabaron, y al pobre Rumbana se le llevaban quinientos mil demonios viendo que se le habia acabado la buena vida. Cavila que cavila para recobrarla, una noche se plantó en Güéñes, metió mano al tesoro de un indiano, y se volvió á Zalla más contento que unas Pascuas con la nueva provision de peluconas. Por más vueltas que dió la justicia, no pudo descubrir al autor de aquella hazaña; pero hete que cuando ya nadie hablaba de ella, pobres y ricos, jóvenes y viejos, chicos y grandes, y gordos y flacos, empiezan á cantar:

Rumba Rumbana,
los doblones de Güéñes
rumban en Zalla.

El teniente de Avellaneda oye la canta, echa los cinco mandamientos al pobre Rumbana, y le hace bailar el bien-parado en la horca. Con que, compañero, aplica el cuento, y mira si tiene ó no tiene que ver contigo: mira si el runrun que corre en Güéñes puede ó no llegar á oidos del teniente. Compañero, tú has dicho: «Aunque tengo dinero, no puedo gastarlo en Güéñes, ni áun en Bilbao, sin que alguno diga:

«¿De dónde salen esas misas?» y alguno conteste: «De casa del cura.» Metámonos á comerciantes, despues de vender la casa y la hacienda, para que se sepa de dónde ha venido el capital, y establezcámonos un poco léjos para que los que me conocen á fondo no metan el cuezo en mis operaciones.» ¿No es verdad, compañero, que esto ni más ni ménos es lo que tú has dicho?

—Pero ¿á qué viene todo eso, Chomin?

—Viene á decir que obraste con mucho talento, y que para obrar tambien con talento esta noche, me debes dar una docenita de onzas, á ver si untando la mano con ellas á los pajareros de Avellaneda abren la jaula del pájaro preso.

—Es imposible, Chomin; te digo que es imposible, porque no las tengo. Y aunque las tuviera, ¿te parece á tí que no he dado ya bastante?

—Compañero, haz lo que te dé la gana. Voy á dar tu contestacion al pájaro enjaulado. Verás cómo canta...

—¡Ah!—exclamó Bautista en el colmo de la desesperacion.—¡Mal rayo de Dios me mate si esto es vivir! ¡Esto es sufrir mil muertes, esto es el infierno en la tierra! ¡Ni duermo, ni descanso! ¡Siempre con sobresaltos, siempre con pesadillas, siempre con el infierno en el alma! ¡Soy el hombre más desgraciado de este mundo!

Chomin se puso á cantar por lo bajo con una sonrisa irónica:

Tú lo quisiste,
fraile mosten,
tú lo quisiste,
tú te lo ten,

—Con que, compañero,—añadió,—dame esas doce oncitas, que si no, canta el pájaro.

Bautista rechinó los dientes, meneó la cabeza, profirió una horrible blasfemia, tiró de un cajon, y sacando seis onzas de oro, las arrojó sobre el mostrador.

—Compañero,—dijo Chomin, siempre con el mismo tono burlon,—vengan las otras seis.

—No tengo más.

—El pájaro necesita doce.

Bautista echó una onza más.

—Vamos, suelta las otras cinco, compañero.

Bautista echó otra onza y otra blasfemia.

—Compañero, ya faltan pocas.

—No tengo más.

—Compañero, que va á cantar el pájaro...

Bautista arrojó sobre el mostrador otra onza.

—Daca las tres que faltan.

—¡Tres centellas que te tumben, y á mí el primero!...

—Compañerito, ¡que el pájaro está rabiando por cantar!...

Bautista soltó otra onza y otro juramento.

—¡Ánimo, compañero, que ya falta poco!

—¡No doy más aunque me desuellen vivo!

—Que el pájaro va á cantar, compañero; que te huele el pescuezo á...

Bautista soltó otra onza.

—Un esfuercito más, compañero; ¡ánimo!...

—No doy más, aunque me hagan tajadas.

—¡Que canta el pájaro!...

—Que cante lo que le dé la gana.

—¡Miserable! ¿Por una onza vas á consentir que te pongan el corbatin?... ¿Sabes, compañero, que estarás guapo haciendo volatines con un palmo de lengua fuera?...

Bautista, ciego de furor, arrojó otra onza, diciendo:

—Toma, y gástala en cuerda para ahorcarme.

—Esos son gastos del verdugo,—replicó Chomin con mucha calma, recogiendo la onza.—Ea, ábreme la puerta, que voy á Avellaneda á ver si puedo introducir estos cañamones por entre los alambres de la jaula. En seguida me vuelvo á los rebollares de la Arbosa, á ver si haldea una oya que tengo allí encendida; porque como fuísteis tan tacaños para conmigo al hacer las particiones, he tenido que volver á agarrarme al hacha.

Bautista, aparentando tomar la llave de la puerta, tomó un cuchillo, que estaba medio escondido en un extremo del mostrador, y empuñándole con disimulo, dió un paso hácia Chomin.

—Compañero,—le dijo éste sin abandonar su burlona sonrisa y amartillando una pistola que sacó del bolsillo interior de la chaqueta,—si no encuentras la llave de la puerta, aquí tengo yo una que abre puertas y ventanas... en la cabeza ó en el pecho, mejor que ese cuchillo.

Bautista dejó caer el cuchillo al suelo, balbuceando una cobarde disculpa y apresurándose á abrir la puerta, por la que desapareció Chomin.

Entreabrió en seguida el cajon, y al contemplar el vacío que habian dejado las doce onzas de oro, empezó á blasfemar y á tirarse de los pelos y á llorar como un niño.

Algunos dias despues, el mismo Bautista se hallaba en la

tienda, cuando el cartero le entregó una carta, franca de porte, y cuya primera direccion, «Güéñes», habia sido borrada y sustituida con la de «Bilbao».

Bautista llamó á Juana, á quien mandó que leyese la carta, lo que la jóven se apresuró á hacer llorando de alegría.

La carta era de Ignacio.

Ignacio, que ya sabía la muerte de sus padres, escribia á sus hermanos anunciándoles su próxima vuelta. Decíales al mismo tiempo que poseia, no la herencia que habia ido á buscar, y que habia reclamado inútilmente, sino una gran fortuna, de que podia disponer á su antojo, porque le pertenecia exclusivamente. Dios habia compensado sus penas, concediéndole en pocos años más riquezas que adquieren en toda su vida la mayor parte de los españoles que pasan al Nuevo Mundo; un vizcaino establecido en Méjico le habia ayudado eficazmente en sus gestiones para arrancar la herencia á los testamentarios de su difunto tio, y habiendo muerto aquel mismo protector sin heredero legítimo, le habia legado todo su capital, con objeto de indemnizarle de la pérdida de sus esperanzas, que entónces era ya completa.

«Soy rico, decia Ignacio, y mis hermanos participarán de mis riquezas si, como espero, continúan siendo dignos de mi cariño.»

La desesperacion de Bautista no tuvo límites.

Si su hermano trajese la herencia que habia ido á buscar, Bautista hubiera podido reclamar la tercera parte que le correspondia; pero teniendo otra procedencia las riquezas de Ignacio, no tenía derecho á reclamar parte alguna. Ademas, Bautista veia una amenaza en la carta de su hermano.

Reconociendo que se habia portado indignamente con sus padres y su hermana, y no pudiendo ya adular á los primeros para que justificasen su conducta, aduló á Juana por todos los medios.

Desde aquel dia, la situacion de la pobre muchacha varió completamente. Bautista proporció á su hermana criados que la sirviesen; puso á su disposicion ricos trajes; la rodeó de comodidades y cariño; nada, en fin, escaseó para tenerla contenta.

Juana, que no sospechaba las miras interesadas de su hermano, creia que el dedo de Dios habia tocado el corazon de su verdugo; se juzgaba dichosa viendo el cambio de Bautista, y el amor fraternal, que se habia transformado insensiblemente en odio, iba recobrando poco á poco su antiguo carácter en el corazon de Juana.

Juana comenzaba á amar á Bautista tan tiernamente como amaba á Ignacio.

IX

Castro-Urdiales es un puerto de mar situado á cinco leguas de Güéñes y á siete de Bilbao. Hay allí mercado los juéves y los domingos, y á él acuden las panaderas de Güéñes, Zalla, Sopuerta y otros concejos de las Encartaciones.

Un domingo, á cosa de las diez de la mañana, se dirigió á la plaza de Castro-Urdiales un jóven que, procedente de Santander, acababa de desembarcar en el muelle denominado el Sable.

Detúvose cerca de los puestos de pan, y acercándose á una panadera, la dijo con tono familiar y alegre:

—¿Qué tal va la venta, rabuda de Güéñes?

La panadera le miró sorprendida, y sin que pareciera picarse por el calificativo de rabuda con que en Vizcaya se tienta la paciencia á los de Güéñes, del mismo modo que con el de brujos á los de Zalla, y el de hechiceros ó *legadores* á los de Galdámes.

—Ó tengo cataratas,—dijo,—ó usted es... Pero ¡ca! ¡Aquel no era tan buen mozo!...

—¡Calla! ¿Con que no me conoce ya la buena de Jacinta?

—¡Vírgen Santísima!—exclamó la panadera, abriendo sus brazos al jóven.—¡Ignacio!

Y la aldeana y el jóven se abrazaron con efusion.

—Jacinta,—preguntaron las otras panaderas,—¿es pariente de usted ese caballero?

—No lo es, no, pero le quiero como si fuera hijo mio, contestó Jacinta llorando de alegría y reventando de orgullo. Yo fuí la primera que le dió de mamar. ¡Qué hermoso estás, hijo! ¡Cómo has crecido! ¡Ah! ¡Si tu madre levantara la cabeza! ¡Cómo te queria la pobre Mari, que esté en gloria! Muchas veces decia yo: «Pero mujer, ¡ese hijo te va á volver á tí chocha!» Y el señor cura me decia: «Déjala, Jacinta, que Ignacio es su Benjamin.» ¡Qué dolor, qué dolor, hijo, haber dejado la familia tan unida y tan buena, y encontrar ahora á unos muertos, y á los otros, Dios sabe dónde!

—¡Qué me dice usted, Jacinta! ¿No están mis hermanos en Echederra?

—¡Qué! ¿No sabes que aquel hereje de Bautista vendió la casa y la hacienda á Miguel el cestero, y se fué á Bilbao con tu hermana?

—¡Dios mio! —exclamó Ignacio aterrado.—¿Con que mi hermano ha vendido la casa?

—Lo que oyes, hijo. ¡Si aquél no tiene entrañas! ¡Si no tiene ley á la camisa que lleva puesta! Como que mató á disgustos á su padre y á su madre.

Ignacio, cuyos ojos se arrasaban en lágrimas, quiso mudar de conversacion.

—¿Y cómo están el señor cura y los de su casa?

—Así, así, hijo. El señor cura ha envejecido mucho; el indiano se hirió con la escopeta yendo de caza, y aún no está del todo bueno. Por eso no se ha casado todavía con tú hermana; porque, lo que él dice: «¿Para qué me he de casar con esa pobre muchacha, exponiéndola á quedar viuda y pobre en lo mejor de su edad?» La que va tirando mejor es doña Antonia; y eso que la pobre ha pasado la pena negra con tantas desgracias; porque tiene mucha ley á la casa; es lo que se llama una buena señora. Teniéndolo ella, no lo pasará mal ninguna vecina. ¡Y si supieras cuánto te quiere, hijo! Siempre está con Ignacio á vueltas. Pero ¿cómo te ha ido en las Indias, hijo?

—En las Indias muy bien; pero muy mal en el mar. El barco que traia todo mi caudal se ha perdido, y con él toda mi fortuna; de modo que vuelvo tan pobre como fuí.

—¡Ay qué dolor, hijo! Pero ¡qué caramba! has salvado el pellejo, y eso es lo principal. Anda, no te apures por eso, que, como dijo el otro, nunca falta un pedazo de pan habiendo salud. Con que nos irémos juntos á Güeñes, ¿no es verdad? He traido dos caballerías, y nos irémos tan campantes cada uno en la nuestra...

—Gracias, Jacinta; pero me voy á embarcar para Bilbao,

ya que mis hermanos están allí. Quiero verlos ántes de ir á Güéñes.

—Haces bien, hijo, haces bien; porque, como dijo el otro, aquél á quien no le tiran los suyos no le puede ayudar Dios. Es verdad que Bautista es un descastado; pero al fin es tu hermano, y la sangre siempre tira. ¡Válgame Dios, hijo! ¡Que ha de haber siempre un Júdas en las casas!... Figúrate tú si Juana se alegrará de verte. ¡Qué poco se parece aquélla á tu hermano! Es el vivo retrato de tu madre, que esté en gloria. Siempre trabajando en el arreglo de su casita... ¡Y qué manos tiene para todo!

Jacinta tuvo que interrumpir su sempiterna charla para despachar pan á un marinero que se acercó á su banasta.

—Con que, hijo, ¿mandas algo para Güéñes?

—Memorias á su familia de usted y á todos, que no tardarémos en vernos por allá.

A la mañana siguiente, muy temprano, Ignacio se embarcó de nuevo en un quechemarin que salia para Bilbao, donde desembarcó algunas horas despues.

Juana y Bautista estaban en la tienda cuando Ignacio apareció á la puerta de la misma.

Los tres exhalaron un grito de alegría, y se confundieron en un solo abrazo.

Es imposible pintar los extremos que Bautista hizo para demostrar á Ignacio su alegría y su cariño, y es más imposible aún dar una idea de la dicha que inundaba el corazon de Juana y el de Ignacio.

Pasadas las primeras efusiones del cariño fraternal, Ignacio refirió á sus hermanos las vicisitudes de su viaje, y con-

cluyó por decirles lo que habia dicho á Jacinta: que se veia reducido á la miseria, que sus riquezas habian sido tragadas por el mar con el buque que las conducia.

Bautista y Juana apoyaban su brazo en el cuello del indiano miéntras éste hablaba; pero al oir el primero que su hermano volvia tan pobre como fué, se apartó de él, como si Ignacio hubiese dicho que venía contagiado de la peste. Juana, por el contrario, le estrechó contra su corazon; pero una mirada de Bautista, una de aquellas miradas que hacía mucho tiempo dominaban su voluntad y llenaban su corazon de miedo, puso término á sus tiernas efusiones.

—Ignacio,—dijo Bautista,—bastantes sacrificios he hecho por nuestra familia desde que te fuiste, y no me creo obligado á hacer más. Si eres pobre, yo tambien lo soy. Trabaja para ganar el pan, que lo más que yo puedo hacer es trabajar para ganar el mio y el de Juana.

—¡Es decir que me cierras la puerta de tu casa!—exclamó Ignacio con el corazon lleno de amargura.—Pues bien, Bautista, si me arrojas de tu hogar, yo buscaré otro; yo rescataré el de nuestros padres, sacrílegamente vendido por tí, y viviré en él con mis recuerdos y mi miseria... ó mi riqueza.

Y al decir estas palabras, se alejó, dejando á Juana anegada en llanto.

—¡El último desengaño!—exclamó al salir.—¡Tambien ella abandona á su hermano!

Al salir de Bilbao tomó el camino de Güéñes.

Al llegar á Altamira se detuvo para tomar aliento y contemplar el hermoso paisaje que se ofrecia á su vista.

Allá, en el valle del Ibaizábal, se destacaban las torres de Bilbao, y la insigne basílica de Santiago alzaba á Dios, con la sonora voz de sus campanas, un canto de regocijo.

A Ignacio le pareció que aquellas campanas doblaban por las esperanzas de felicidad y amor que acababan de morir en su pecho.

Así que descansó un poco, Ignacio continuó su camino, abatido, triste, desconsolado, con la desesperacion en el alma.

Pasó el puente de Castrejana, construido, como otros muchos, por el diablo, segun la creencia popular, y al cabo llegó á Sodupe, es decir, entró en el valle nativo.

—¡Ah, Dios mio, qué dulce debe ser, despues de una larga ausencia, contemplar el valle en que uno nació!

Ignacio trepó á la cúspide de una colina que se alzaba cerca del camino, y desde allí descubrió la casería de Echederra, la casa en que habia nacido, semejante á una blanca paloma posada en una mata de rosales.

En aquella casa no le esperaba ya una madre desconsolada con su ausencia! Al llegar al campo de los cerezos, ningun grito de alegría le saludaria en aquellas ventanas, ni una madre, ni un padre, ni una hermana, ni un hermano, saldrian por aquella puerta á recibirle con los brazos abiertos; que el hogar de sus mayores estaba ocupado por extraños, y ni áun le sería permitido penetrar en él una vez para refrescar su corazon con los recuerdos de la infancia.

—¡Dios mio!—exclamó el jóven.—¡Por qué no me han dado sepultura las ondas del Océano!

Apartó del valle natal sus ojos anegados en lágrimas, y dirigiéndolos al lado opuesto, lanzó un grito de alegría, se

precipitó al camino, y recibió en sus brazos á una pobre jóven que se dirigia á él con ánsia de ceñirle con los suyos.

Aquella jóven era Juana. ¡Era la hermana de su alma!

—¡Ignacio! ¡Ignacio!—exclamó la pobre muchacha.—¡Quiero participar de tu pobreza, quiero vivir á tu lado, cualquiera que sea tu suerte! Fuí débil; pero apénas te alejaste, me avergoncé de mi debilidad y mi cobardía; pensé en tu soledad y tu afliccion, y tuve valor para huir de nuestro hermano. ¡Ay, Ignacio! ¡Con cuánta razon decia nuestro padre que Bautista tenia mal corazon! ¡Bautista es rico, y te abandona porque eres pobre!

—¡No, hermana mia!—exclamó Ignacio, loco de placer, loco de felicidad, loco de amor.—No soy pobre conservando tu cariño. Tu cariño era lo único que me faltaba, porque soy rico, tengo una fortuna inmensa, que he querido ocultaros para saber si el amor de mis hermanos era desinteresado. ¡La felicidad nos espera allí!

É Ignacio indicó con la mano la casa natal, y ambos hermanos continuaron su camino asidos amorosamente del brazo, en tanto que las campanas de Santa María de Güéñes tocaban á la oracion.

X

Quince dias despues de la vuelta de Ignacio á Güéñes, se agolpaba un gentío numeroso al valle, y el tamboril sonaba al compas de las campanas en el campo que rodea la iglesia de Santa María. Celebrábase la romería de la Santa Patrona, y acudian á ella los habitantes de las aldeas comarcanas.

Jacinta la panadera salia de la iglesia con su mantilla de franela y su vestido de estameña de Toledo, alegre como una Pascua, y aseada como generalmente lo son las aldeanas del nobilísimo y leal Señorío.

Como encontrase al paso á una de sus vecinas, se puso á charlar con ella; porque ya sabemos que, á Dios gracias, Jacinta no era muda.

—¿Vas á la iglesia, Agustina?

—Sí, voy á ver á los novios.

—¡Ay, hija! ¡Ella está como un serafin, y él como un ángel del cielo!

—¿Y quiénes son los padrinos?

—Mujer, ¿quiénes quieres que sean? Doña Antonia é Ignacio, ó más bien don Ignacio, porque siendo el más rico de Güéñes, es menester darle el *don*, aunque él ni siquiera el *usted* admite. ¡Qué grandísimo pícaro! ¡Cómo me engañó en Castro!

—Hija, que Dios los haga muy felices, porque se lo merecen, mejorando lo presente.

—¡Mira tú si los hará! Hasta el señor cura se ha remozado, y en quince dias ha recobrado aquellos colores de rosa que le han hecho siempre tan hermosote.

—Tú, que eres medio de la casa, podrás contarme algo de la boda.

—¡Vaya si puedo! Como que estoy convidada á ella. ¡Para que Ignacio olvidara en tan gran dia á la primera que le dió de mamar! Pues, hija, lo primero que hizo al llegar á Güéñes fué ir á casa del señor cura y decir: «Yo soy rico; pero necesito un padre, una madre y un hermano. Que se case mi her-

mana con Mateo, y usted, señor don José, será mi padre, usted, doña Antonia, mi madre, y tú, Mateo, mi hermano. Las riquezas de los hijos pertenecen tambien al padre y á la madre, y las de los hermanos á los hermanos. Con que ya lo saben ustedes: mis riquezas pertenecerán á mis padres y mis hermanos. En primavera y verano vivirémos en Echederra y en invierno aquí.» Hija, apénas dijo esto Ignacio, se abrazaron todos, llorando como chiquillos. Pero ¡calla! Ya salen los novios de la iglesia. Corramos allá, que da gloria de Dios el verlos.

Jacinta y Agustina echaron á correr hácia la puerta de la iglesia.

En efecto, Juana y Mateo acababan de ser unidos para siempre por don José.

Los novios, los padrinos y el señor cura se dirigieron hácia la morada de este último, seguidos de un gentío inmenso, que los bendecia con lágrimas en los ojos, y del tamborilero, que los festejaba con la marcha del santo hidalgo de Loyola.

Tambien Jacinta y Agustina los siguieron, sin cesar de charlar.

—¡Qué dolor, hija,—decia la primera,—que Dios no dé hoy una horita de vida á Martin y á Mari, que en paz descansen!

—Tienes razon, mujer. Hoy es dia feliz para todo Güéñes.

—Como que son una bendicion de Dios las limosnas que Ignacio ha repartido á los pobres. Y se ha dejado decir que miéntras tenga él una peseta, nadie se quedará sin comer en Güéñes. Con que ya ves tú si es para todos una dicha el que haya venido rico. Y ademas, hija, ¡la gente que ocupa en Echederra!...

—¡Qué! ¿Está haciendo allí obras?

—Todo lo que se diga es poco, mujer. Está haciendo jardines, fuentes, palomares, un palacio...

—¡Un palacio!...

—Sí, hija, un palacio más grande que la iglesia. Figúrate que la casa vieja queda dentro de él enterita, porque Ignacio no quiere que se la toque... Pero ¡calla! ¿Por qué corre la gente hácia la calzada? Vamos á ver qué es.

Y las dos vecinas echaron á correr.

Lo que llamaba la atencion de los concurrentes á la romería, era un jóven que fuertemente atado codo con codo conducian cuatro miqueletes, sin duda á la cárcel de Avellaneda.

—¡Qué es lo que veo, hija!—exclamó Jacinta admirada.—¡Es Bautista!

—¡Justo, él es!

—¡Ay, hija! ¡Qué razon tenia la pobre Mari, que esté en gloria, cuando decia que Bautista habia de acabar en un presidio!

Bautista quiso detenerse para hablar á Miguel el cestero, que estaba asomado al balcon de casa del señor cura; pero los miqueletes le dieron un culatazo en la espalda y siguieron con él Cadagua arriba.

¡El pájaro habia cantado!

JUAN PALOMO.

I

Ha transcurrido un año desde que se escribieron los cuentos que anteceden.

Su autor, que vagaba en Madrid hacía veinte, como pájaro sin nido, suspirando por un hogar que pudiera llamar suyo, tiene ya hogar y familia, gracias á tí, Dios mio, que le has dado una dulce compañera con quien compartir sus alegrías y sus tristezas en esta larga jornada de la vida, que sigue con el cansancio en el cuerpo y la resignacion en el alma.

¡Señor! Al entrar en el seno de la familia, mis primeras palabras deben ser para bendecirla, y hé aquí que una bendicion á la familia es el cuento que empiezo á contar á aquélla de quien, sentado bajo los nogales que sombrean la casa de mis padres, espero decir un dia al pasajero, como el hijo de Teresa: «¡Hé ahí la santa madre de mis hijos!»

II

Entre los recuerdos que traje, amor mio, de mi valle natal, y que por espacio de veinte años de trabajos y penas he con-

servado ungidos con el perfume de la inocencia con que salieron de aquellas queridas montañas, habia muchos cuya custodia he confiado ya al LIBRO DE LOS CANTARES y á los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; pero son tantos los que guardo aún en mi corazon, que con decir á éste: «¡Corazon mio, devuélveme el tesoro que te confié cuando por última vez volví, desconsolado, los ojos al hogar de mis padres!», tengo todo cuanto necesito para cautivar tu atencion y conmover tu alma enamorada y buena.

¿Ves esos montes que se alzan al Septentrion, coronados casi siempre de nieve? Pues remontémonos con el pensamiento más alto, más alto, mucho más alto que esos montes, hasta que descubramos un rinconcito del mundo, que lleva el nombre de las Encartaciones, y en ese rinconcito descubramos otro infinitamente más pequeño, que lleva el nombre de Cábia.

Cábia, que en el idioma vascongado significa nido, es propiamente un nido formado de ramas y flores, que cobija diez ó doce casas, blancas como la nieve, y una modesta iglesia del mismo color, dedicada al santo de mi nombre.

Un angosto valle corre por espacio de una legua entre dos cordilleras de elevadas montañas, y va á morir en el mar.

En la falda de las montañas de Oriente forman una especie de escalon dos colinas paralelas, separadas sólo por una angosta cañada.

En el pórtico de la iglesia parroquial de Cábia hay una escalerilla de piedra, cuyo primer escalon, compuesto de un solo sillar, se quebrantó há muchos años con las lluvias que le reblandecian, quedando en medio de sus dos trozos una honda canal, por donde se precipita el agua cuando Dios levanta las compuertas del cielo.

Así se dividió, trabajado por las aguas, el escalon que en otro tiempo daba acceso á las cumbres del Oriente de Cábia, y así se precipitan ahora las aguas por la profunda y ancha canal abierta entre los dos fragmentos del escalon.

El regato baja por entre las dos colinas, quejándose en alta voz de la escabrosidad del camino, y corriendo como la piedra soltada en la cúspide del pico Cinto ó Colisa, persuadido de que el mal camino debe pasarse pronto; pero al llegar al tobillo de las colinas, empiezan á disminuir sus murmuraciones y sus rabiosos espumarajos, que cuando llega al pié han cesado casi por completo.

Al pié de las colinas el regato no murmura, que sonrie placenteramente, porque allí encuentra nogales y cerezos á cuya sombra descansa de sus fatigas, labios frescos y sonrosados que le besan, y hermosos huertos perfumados con la flor de los frutales, adonde va á dar un paseo para distraerse y recibir las ovaciones de melocotoneros y manzanos que le arrojan á puñados sus flores.

La colina del Sur levanta el pié derecho y la del Norte el izquierdo para proteger constantemente por ambos costados á la aldeita de Cábia; y Cábia, así protegida, vive contenta y tranquila y feliz, olvidada de los hombres, pero recordada de Dios, que es lo que á ella le importa.

Las diez ó doce casas de Cábia están agrupadas sin órden en un espacio de cuatrocientos pasos, dominándolas la iglesia, donde los moradores de la aldea encuentran el dia festivo sus mayores delicias.

La aldea tiene al Norte un regato, que corre bajo una enramada de avellanos y parras monchinas, y al Mediodía una

fuente, que brota caudalosa y cristalina y fresca al pié de un corpulento castaño, cuya edad pasa de un siglo, pues Juancho, que tiene más de ochenta años, dice que ya en su tiempo se escondian los mozos de la aldea en el hueco del tronco de aquel mismo castaño para sorprender á sus novias miéntras éstas llenaban la herrada en la fuente, y plantarles un par de abrazos como un par de soles.

La casa de don Juan de Urrutia, por mal nombre Juan Palomo, el casero más acomodado de Cábia, está situada en el campo de la iglesia. Es un edificio antiquísimo: sobre su puerta campea un escudo de piedra areniza, y en una de sus esquinas se halla incrustado un cuadrante de la misma materia, que presta grandes servicios al vecindario, pues éste, á no ser por él, nunca sabria en qué hora vive. Sobre la puerta, y por consiguiente sobre el escudo, hay un espacioso balcon de madera, y sobre el balcon se extiende el pomposo ramaje de dos parras tetonas, que suben de lo que allí se llama zaguan, haciendo repetidas eses, vicio que tiene un no sé qué de familia.

Al extremo opuesto del mismo campo de la iglesia, poblado todo él de nogales, cerezos y otros frutales, ménos un corto espacio que sirve de era comun á la aldea, está la casa de Antonio de Molinar, formando singular contraste, por su modestia, con la del otro lado del campo. A la izquierda de la puerta tiene un horno, con su teja vana, que cobija un monton de leña, un carro y várias herramientas de labranza, entre ellas un arado, un rastro, y un tragaz; y á la derecha hay un hermoso cerezo, cuyas ramas ocultan casi toda la fachada del edificio. El piso principal de éste sirve de habitacion á Antonio y su familia; el bajo, de cuadra, rocha y cubera, y el alto de-

payo. Detras de la casa hay un huerto cercado de pared seca, orlado, por la parte interior de ésta, de una hermosa andana, y lleno de lozanos frutales que los dueños cuidan con singular cariño, por más que su sombra perjudique á las hortalizas.

Todo es reducido y pobre en casa de Antonio, así como todo es desahogado y rico en casa de don Juan. Don Juan vende cebera la mayor parte del año, y Antonio tiene que comprarla dos meses ántes de la cosecha.

III

He dicho que Cábia se halla en la falda de las montañas que se alzan al Oriente del valle, y me falta añadir que en la falda de las montañas opuestas, frente por frente de Cábia, blanquea aún la casa donde pasé la niñez.

La mayor parte de los vecinos de Cábia eran parientes nuestros. Todos los años, el dia de San Antonio, mi madre, que esté en gloria, se levantaba apénas oia el canto de los pajaritos en los frutales, cuyo ramaje daba en nuestras ventanas, y nos despertaba á mis hermanos y á mí.

Comunmente necesitaba llamarnos media docena de veces para que nos levantáramos; pero el dia de San Antonio, apénas nos llamaba una, ya estábamos de pié.

Desde la ventana veiamos alzarse una blanca columna de humo de cada casa de Cábia; y si escuchábamos con un poco de atencion, oiamos el alegre són del tamboril y el no ménos alegre de las campanas.

Aquel humo y aquel són nos sacaban de nuestras casillas, y á duras penas podia mi madre conseguir que nos estuviéra-

mos quietos miéntras nos lavaba y nos peinaba y nos engalanaba con mil primores, porque la alegría que el tamboril y las campanas de Cábia infundian en nuestro corazon, nos hacía saltar y brincar, por más que mi madre nos dijese:

—¡Verás, verás qué cachete vas á llevar, si no te estás quedo!

Cuando, rodeando á nuestra cariñosa madre, llegábamos á Cábia, encontrábamos la aldea vestida de gala... de gala el humilde, pero hermoso templo, de gala las casas y de gala los moradores.

Nuestros parientes se disputaban el placer de contarnos entre sus convidados, y aquel dia era para nosotros uno de los más dichosos del año, por más que echásemos de ménos á mi padre, que rara vez iba á las romerías, segun él decia, porque no le gustaban, y segun yo he comprendido más tarde, porque necesitando quedar álguien al cuidado de la casa, suponia que no le gustaban para no privar á mi madre de acompañarnos á ellas.

Los sábados eran dias tambien muy felices para nosotros, porque el sábado no habia escuela, y aquel dia despertábamos con la esperanza de que nuestros padres nos dejasen ir á pasar el domingo en Cábia.

Apénas nos levantábamos, mi madre nos veia cuchichear, y aunque no oyera de qué tratábamos, lo adivinaba, se sonreia y se hacía la disimulada.

Nuestro cuchicheo era el siguiente:

—Vamos á decirle á madre si nos *deja*...

(No habia necesidad de añadir qué nos habia de dejar.)

—Sí, sí, vamos á decírselo.

—Díselo tú.

—Yo no me atrevo.

—Pues yo tampoco.

—Si se lo dices, te doy mi pelota.

—No quiero, que me va á reñir.

—¡Anda, collon!

—¡Más collon eres tú!

El proyecto de decir á mi madre que nos dejase ir á Cábia, quedaba abandonado, pero no abandonábamos la esperanza de pasar en Cábia el domingo.

Durante todo el dia, á cada triquitraque haciamos sonar el nombre de Cábia en el oido de mi madre.

—¡Ay, qué quemada tan grande hay en los argomales de Cábia! ¿Si habrá llegado el fuego á la llosa de tio Ignacio?

Mi madre se hacía la tonta.

—¡Qué bonita estará la danza de espadas que mañana van á hacer en Cábia al salir la procesion!

Mi madre se hacía la sorda.

—Mañana hay bateo en Cábia, y van á echar cuartos á la péscola.

Mi madre decia: «¡Al otro oido!»

—¡Cuánta gente habrá mañana en Cábia, que los provincianos juegan á la pelota una onza!

—¡Condenados á muerte,—exclamaba al fin mi madre,—ya me teneis vuelta tarumba con Cábia! Id allá, y á ver cómo no volveis.

Tirábamos las gorras al alto, dando saltos de alegría, y echábamos á correr.

—Pero enemigos malos,—nos gritaba mi madre,—¿adón-

de vais con esas camisas y esas caras, que pareceis carboneros? ¡Mire usted qué avíos! ¡Por más que una se mata, cualquiera dirá que no teneis madre! ¡El Señor le dé á una paciencia con estas criaturas!

Y así diciendo, mi madre nos ponia como unos Gerineldos, y añadia, despidiéndonos con un beso:

—¡Andad con Dios, pícaros, que me habeis de quitar la vida! Ya os podeis despedir de Cábia, que ha de llover ántes que vosotros volvais allá.

Si llovia ántes del inmediato domingo, se cumplia la prediccion de mi madre; pero si no... mi madre se acreditaba de mala profetisa.

Un sábado del mes de Agosto llegamos á Cábia á las cuatro de la tarde, á pesar de que el calor habia sido tan grande aquel dia, que vimos literalmente asadas las peras en los perales que dan sobre la estrada que conduce del fondo del valle á la aldea.

Recuerdo muy bien todo esto, á pesar de que yo apénas contaba entónces diez años.

Habia trilla en la era de Cábia.

Las yeguas, que habian terminado su tarea, despachaban una buena racion de alcacer, atadas á los troncos de los árboles inmediatos á la era, y los trilladores, que habian dormido la siesta despues de comer, á la fresca sombra de los mismos árboles, empezaban á levantarse desperezándose, á la voz de don Juan de Urrutia, que gritaba desde el balcon de su casa:

—¡Arriba, que ya es hora de sacar la trilla!

Siguiendo la hermosa costumbre que hay en aquel país de ayudarse mutuamente los vecinos en las faenas que requieren

muchos brazos, todos los vecinos de Cábia, así mujeres como hombres, así ancianos como jóvenes, fueron apareciendo en la era provistos de horquillas, de rastrillos, de sábanos y de brezas para ayudar á recoger la trilla.

Todo el mundo puso manos á la obra: los hombres separando la paja con las horquillas y allegando el trigo al centro de la era con los rastrillos, las muchachas conduciendo la paja en los sábanos al payo de don Juan, y las mujeres mayores barriendo con las brezas el trigo que dejaban rezagado los rastrillos.

Tambien los chicos trabajábamos... dando la vuelta del gato sobre la paja, por más que don Juan, que presenciaba la tarea, nos gritase de cuando en cuando, echando mano al látigo de arrear las yeguas:

—¡Quitaos de ahí, hijos de una cabra!

La conversacion era animada en la era, pero la animacion subió de punto cuando empezó á notarse un delicioso aroma de magras fritas que venía de hácia casa de don Juan, y éste, respondiendo á las interpelaciones indirectas que se le hacian, anunció que á la venida de aquel aroma iba á suceder la venida de un pernil de tocino, destrozado y frito en toda regla, y cuatro cántaras del mejor chacolí de su cubera.

Feliciana, una de las muchachas más hermosas de la aldea, se colocó en la cabeza un sábano de paja, ayudada por Antonio de Molinar, y Benito, el criado de don Juan; pero el sábano pesaba tanto, que la pobre muchacha tuvo que arrojarle á los pocos pasos.

—¡Así te hubieras reventado!—le dijo Antonio, morado de cólera.

—¡Ave María! ¡Qué lengua!—exclamaron las mujeres.

—Le estaria bien empleado, ya que se empeña en cargar como una mula,—replicó Antonio, echando fuego por los ojos.

—Más vas á cargar tú dentro de poco,—dijo don Juan.

—¿Yo?

—Sí. ¡Qué! ¿No pesa el matrimonio más que un sábano de paja?

—Si el matrimonio es como Dios manda, no señor,—respondió Antonio, ya casi apaciguado.

Feliciana se sonrió y miró á Antonio con una especie de gratitud.

—¿Con que se van á casar pronto Antonio y Feliciana?—preguntó una de las vecinas, llamada Juana.

—Mañana se lee la primera amonestacion,—respondió el señor cura desde el pórtico de la iglesia, donde acababa de aparecer.

Feliciana bajó los ojos sonrosada.

—Mal gusto tienen, señor cura,—dijo don Juan.

—¡Mire usted qué consejos!...—exclamaron ó pensaron todas las mujeres.—¡Calle usted, por los clavos de Cristo, y ya que no se casa usted, no les quite la voluntad á los demas!

—Quiero quitársela, porque así les hago un gran bien.

—No soy de la opinion de usted, señor don Juan,—replicó el cura.—Usted puede permanecer célibe todo el tiempo que guste; pero ofende usted á Dios y á la sociedad abogando por el celibato.

—Ahí está Juancho, que puede sentenciar este pleito,—dijo don Juan, señalando á un anciano, que fatigado ya con lo poco que habia trabajado, encendia la pipa sentado á la

orilla de la era.—Tres mujeres ha tenido, y con las tres ha vivido como el perro con el gato.

—Verdad es,—respondió Juancho.—Las tres me salieron de malas pulgas, y como yo nunca las he tenido tampoco buenas... ¡siempre ha habido en mi casa cada tremolina!...

—Pues ahí verá usted—dijo el cura—cómo se achaca al matrimonio lo que sólo es efecto del mal carácter, de la mala índole ó del poco talento de los que le contraen.

—Del talento de Antonio no formo muy buena idea.

—¿Y por qué?

—Porque Antonio se amonesta mañana.

—¡Calle usted por Dios, que da coraje el oir á usted!—exclamaron las mujeres.

Don Juan continuó:

—En cuanto al genio de Antonio... por la muestra se conoce el paño.

—Sí,—dijo una de las vecinas,—Antonio tiene un genio como la pólvora; pero Feliciana es una malva bendita, y apuesto á que ántes de un año pone á su marido más suave que el cordoban.

—Tiene razon Juana,—dijo el cura.—La mujer apacible y prudente y buena, consigue fácilmente imprimir su carácter al marido irascible, pendenciero y malo.

—Pues, señores,—dijo Antonio, que se habia abstenido de tomar parte en aquella especie de discusion,—ustedes dirán lo que quieran del matrimonio; pero yo, aunque soy un pobre Juan Lanas, tambien he echado mis cuentas, y he sacado en limpio que el matrimonio, siendo como Dios manda, es una gran cosa. Uno camina por esta pícara vida con el

alma y el cuerpo cargados, y necesita una persona que por cariño y obligacion le ayude á llevar la carga, so pena de caer en el camino, ó hacer la jornada á trompicones. Dios ha dispuesto que el hombre busque por compañera á la mujer, y la mujer por compañero al hombre, y Dios ha sido más sabio que Salomon, ¡canario! porque él ha dicho para sí: «Con ese ganchillo que la mujer tiene para el hombre, y ese otro que el hombre tiene para la mujer, se unirán que ni una pareja de bueyes pueda separarlos, y así tirarán adelante, llevando la carga á medias.»

—¡Calla, hombre, calla, y no digas disparates!—dijo don Juan.

—Usted sí que los dice, y no él,—replicó Juana, haciéndose eco de lo que pensaban todos los circunstantes, y particularmente las mujeres.

—Juana tiene razon,—asintió el cura.—El matrimonio, y la familia, que es su consecuencia, son necesarios, así al individuo como á la sociedad.

—Pues yo, señor cura, sigo en mis trece...

—¡Señor, qué terquedad de hombre!—exclamaron las mujeres por el órgano de Juana.—Pero, santo varon, ¿querrá usted saber más que el señor cura?

—El señor cura me dispensará; pero lo que yo sé es que á pesar de que soy tan individuo como el primero, no experimento esa necesidad que el señor cura y todos ustedes con él proclaman. Teniendo, como tengo, dinero, tengo criados que me ayuden á llevar esa carga que ustedes dicen, y me importan un pito la compañera, y la familia, y todas esas cosazas que tan necesarias juzgan ustedes.

—Ya se arrepentirá usted...

—¡Ja! ¡ja! ¿Arrepentirme?

—Tan cierto como usted se llama don Juan de Urrutia.

—Yo no me llamo así, que me llamo Juan Palomo.

—Solo me lo guiso y solo me lo cómo.

—Justo y cabal.

Una mujer, seca como un espárrago, se asomó al balcon de casa de don Juan.

—¡Benito!—dijo.—¡Ven por la merienda, que ya está dispuesta!

Benito echó á correr por la merienda, y todos, ménos el señor cura, que no quiso esperar á participar de ella, formaron corro en el campo, llenos de alborozo, disponiéndose á desalojar el tamo que les mortificaba la garganta.

Momentos despues llegaron, Benito conduciendo una herrada de chacolí, y la mujer seca, que era ni más ni ménos Ambrosia, el ama de gobierno de don Juan, trayendo una gran cesta con el resto de la merienda.

Esta fué alegre como una pascua florida.

El chacolí dió ocasion á varios excesos: á que se llamase repetidas veces Juan Palomo á don Juan Urrutia, y á que Juancho recordase que Ambrosia, á pesar de ser una santa, no habia encontrado un desdichado que cargase con sus pedazos: lo que le valió de Ambrosia un

—¡Usted es tambien de los del dia!

IV

Hacía cuatro meses que Antonio de Molinar y Feliciana se habian casado.

Era una mañana de Diciembre.

Las montañas, y áun el valle, se habian cubierto durante la noche de una vara de nieve, aunque en aquellos templados valles la nieve no es frecuente.

Los habitantes de Cábia sentian una alegría vivísima cuando al asomarse á la ventana se encontraban con aquella novedad.

¿En qué consiste, me he preguntado muchas veces, esa alegría, ese bienestar interior que sentimos cuando comienza á trapear, verbo con que en las Encartaciones sustituyen el verbo nevar, ó cuando ya la nieve ha vestido de blanco los campos, y los tejados y los árboles? Debe consistir en que la nieve es blanca, y amamos lo blanco porque prefiere perder la existencia á perder la pureza; y cuando amamos, sentimos la alegría y el bienestar en el alma, porque Dios nos ha dado el alma para el amor, que no para el aborrecimiento ni la indiferencia.

Terrible era la nevada; tanto, que cuando Andresillo, un muchacho de la piel del diablo, que entre otras gracias tenia la de hacer hablar las campanas, segun era en Cábia público y notorio, subió á la torre á tocar á maitines, encontró tal cantidad de nieve en torno de las campanas, que tuvo pelotas de nieve para atacar durante toda la mañana, desde la misma torre, á cuantos se acercaban al campo de la iglesia.

Antonio, así que oyó tocar á maitines, se levantó de la cama y fué á asomarse á la ventana del cuarto en que dormian él y su mujer; pero apénas asomó, una enorme pelota de nieve partida del campanario, fué á deshacerse en su cara, haciéndole ver las estrellas.

Una estrepitosa carcajada, que resonó en el campanario, reveló á Antonio quién era el autor de aquella gracia.

Feliciana se estremeció pensando que iba á estallar espantosamente la cólera de su marido, y quiso lanzarse del lecho para apoderarse de una escopeta que habia en el cuarto, ántes que hiciese uso de ella Antonio; pero éste se contentó con responder á la carcajada de Andresillo con otra más estrepitosa y alegre aún.

Feliciana recordó entónces con alegría que la víspera de sus amonestaciones habia pronosticado Juana que ántes de un año estaria Antonio más suave que el cordoban.

—¿Has visto, Feliciana, qué grandísimo pillo?—dijo Antonio, sacudiéndose la nieve y riendo á más y mejor.

—Hijo, haces bien en no acalorarte.

—¿Cómo me he de acalorar, cuando me han puesto más fresco que una lechuga?

—Ese Andresillo es el enemigo.

—El pícaro me ha tenido guardado el tantarantan que le di el verano pasado por haberme disparado un hueso de cereza.

—¡Ave María! ¿Y le pegaste por eso?

—¡Toma! Y por mucho ménos hubiera pegado yo entónces al lucero del alba.

—¡Anda, rabietas!

—Hija, si no lo podia remediar: se me subia la sangre á la cabeza...

—¿Y cómo no se te sube ahora?

—¡Qué sé yo, mujer! Eso tú lo sabrás. Desde que me casé contigo, no sé cómo demontre te has compuesto, que no tengo alma para hacer daño á una mosca. Bien dice la canta:

Cuando yo era mozo, madre,
no me sujetaba un hierro,
y ha venido á sujetarme
una mujer como un huevo.

—Calla, calla, embusterazo, que cualquiera diria que yo te he echado alguna cadena...

—Sí que me la has echado; pero no es de fierro, que es de flores...

—Anda, anda, zalamero, acábate de vestir y no estés ahí tomando el frio.

—Qué frio, ni qué... Ni el frio, ni el calor, ni el trabajo, ni el sueño, ni la sed, ni el hambre, ni nada de lo nacido, me incomoda á mí ya miéntras tú me quieras. ¡Cuando á uno le hace feliz el cariño, cómo ha de aborrecer á nadie!

Al hablar así, Antonio, que estaba inclinado hácia el lecho en que reposaba su mujer, fresca, sonrosada, hermosa, iluminada por la felicidad que dan el amor santo y la conciencia tranquila, dejó caer una lágrima de regocijo sobre el rostro de Feliciana.

La noble y enamorada esposa alzó los brazos y enlazó el cuello de su marido, mezclando sus lágrimas de felicidad con las de Antonio.

Feliciana y Antonio eran rústicos, eran ignorantes, apénas sabian que el mundo se extendia más allá de las últimas montañas que divisaban sus ojos; pero sabian, sin haberlas aprendido, todas esas cosas delicadas y puras y nobles y santas que nosotros, los que leemos ó componemos libros, creemos haber aprendido en unos cuantos pliegos de papel. ¡Cómo era posible que Dios hubiera concedido á una combinacion de signos

el privilegio exclusivo de revelar los sentimientos más bellos y santos!

Un mugido sonó en la cuadra, y Antonio dijo sonriendo:

—El Rojo y el Galan me piden el almuerzo, y tienen razon, que ya es hora de que se lo baje.

—Yo tambien me voy á levantar para hacer el nuestro.

—Anda, mujer, que no corre prisa. Estáte otro ratito en la cama, que hace mucho frio,—replicó cariñosamente.

—No, que cocina sin lumbre entristece la casa.

—Yo encenderé la lumbre.

—¡Eh, quítate de ahí, tonto! ¡Qué entendeis los hombres de eso!

El Rojo y el Gàlan, un par de bueyes como un par de soles, volvieron á mugir, como diciendo:

—Pero, santo varon, ¿baja usted eso ó no lo baja? ¿Usted cree que con hacer carocas á su mujer nos saca la tripa de mal año?

Antonio subió al payo con un cesto, y una bandada de pajarillos que estaban dándose una buena pechada de borona junto al ventanal, huyeron más quemados que un pisto manchego al ver que se les interrumpia en lo mejor del almuerzo. Llenó de calzas el cesto, se echó éste al hombro, bajó á la bodega cantando, distribuyó las calzas á los bueyes y volvió á subir, más alegre que unas castañuelas.

Feliciana habia encendido ya un fuego como la fragua de una ferrería, le habia rodeado de manzanas caniegas y oquendanas, y freia en una sarten tres ó cuatro torreznos de tocino.

—¡María Santísima, cómo trapea!—exclamó Antonio con cara de pascua, asomándose á la ventana.

—Anda,—dijo Feliciana,—que en su tiempo lo hace. Borona y patatas, y arbejas y tocino tenemos, á Dios gracias.

—Y á propósito de borona, voy á deshacer un cesto de ella, que la ociosidad es madre de todos los vicios.

—Bien hecho, que así tendrémos garuchos para la lumbre, y si viene el molinero, estará pronto el zurron.

Antonio bajó un cesto de borona de la que estaba secándose en el payo, dando un nuevo berrinche á los pobres pájaros, que volvieron á huir exclamando:

—¡Canario! ¡Este hombre se ha empeñado en que á fuerza de sustos nos haga daño el almuerzo!

En el respaldo del escaño habia una tabla, sujeta con dos taravillas, y que, colocándola en sentido horizontal, servia de mesa.

Feliciana la bajó, la cubrió con una blanca pañada, colocó sobre ella un plato con los torreznos, y rodeó el plato con rebanadas de borona.

En seguida, marido y mujer, dando cada carcajada que se oia desde el nocedal, se manducaron el tocino y la borona, con tanto apetito como si manducaran perdices y pan tierno.

Antonio dió gracias á Dios por el sustento que les concedia, contestándole su mujer; ésta desocupó la tabla, volviéndola á colocar en su sitio, y se pusieron inmediatamente, Feliciana á arreglar la casa y poner el puchero, y Antonio á deshacer borona, operacion que consiste sencillamente en separar del garucho el grano, haciendo resbalar sobre él un garucho colocado entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

Andresillo continuaba en el campanario, lanzando pelotas de nieve á cuantos veia á tiro.

—¡Andresillo, que toques á misa!—gritó el ama del cura desde la ventana de otra de las casas próximas á la iglesia.

Andresillo tocó con mil primores, pues ya he dicho que su habilidad de campanero era tal, que en Cábia, para encarecerla, decia todo el mundo que Andresillo, el hijo del sacristan y maestro de escuela, hacía hablar las campanas.

Cuando hacía buen tiempo, sólo iban á misa el dia de trabajo Ambrosia y algunas ancianas, porque los demas habitantes de la aldea se contentaban con encomendarse á Dios desde las piezas donde trabajaban, al oir la campana que anunciaba el santo sacrificio; pero el dia á que me refiero ya fué otra cosa.

—Voy á misa, ya que no corre prisa esto,—dijo Antonio al oir la campana.

—De buena gana iria yo tambien,—dijo Feliciana;—pero si no voy, el Señor me lo perdonará; que como cuando hace bueno no pára una en casa, todo está patas arriba, y hay que arreglarlo cuando hace malo.

—Tienes razon, hija. Como dice el señor cura, santo es rezar, pero por la devocion no se debe dejar la obligacion.

Antonio se dirigió á la iglesia, y se encontró en el nocedal con Ambrosia.

—Buenos dias, Ambrosia.

—Buenos te los dé Dios, hombre.

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡Qué tiempecito tenemos!

—Es para desesperarse una.

—¿Para desesperarse? Al contrario: la nieve alegra el corazon y abona los campos. Año de nieves, año de bienes.

—¡Hombre, no digas animaladas!

—¡Válgame Dios, Ambrosia, que siempre ha de tener usted ese genio! ¡Con nada ha de estar usted contenta!...

—No, que seré como vosotros, que pareceis á los tontos.

—¿Por qué? ¿Porque tenemos siempre cara de risa? Pues que Dios nos la conserve.

—Vaya, vaya, dejémonos de conversacion.

—Sí, que ya están dando el último toque.

—¡Mira qué prisa se da tu mujer!

—¿No ve usted que hoy no puede venir á misa?

—¡Ya! ¡Esa es tambien de las del dia! Esa...

Ambrosia no pudo acabar la frase, porque un pelotazo de nieve, lanzado por Andresillo desde el campanario, le tapó la boca.

—¡Baja acá, grandísimo pillo!—gritó Ambrosia, echando fuego por los ojos y poniéndose en jarras al pié de la torre.—¡Bajá acá, que he de perder el nombre que tengo si tú no me la pagas! ¡Si eres hijo de malos padres!... ¡Si tu madre fué una...

—¡Ambrosia!—exclamó Antonio indignado, tapando la boca con la mano á la que iba á infamar públicamente la memoria de una mujer que ya no existia.—¡Ambrosia, por la Vírgen Santísima, respete usted á los muertos!...

La cólera de Ambrosia se volvió contra Antonio.

—¡Infame!—gritó aquel espárrago en forma no sé si de mujer ó furia.—¿Quién eres tú para ponerme á mí la mano? ¡Si vienes de mala casta! ¡Si tu padre...

—¡Ambrosia, silencio! ¡Antonio, caridad con las flaquezas del prójimo!—exclamó el señor cura desde la ventana de la sacristía, donde estaba revistiéndose para celebrar el santo sacrificio.

Habia tal imponente severidad en el acento del sacerdote al pronunciar aquel mandato, y tal persuasiva mansedumbre al pronunciar aquella súplica, que Ambrosia calló como aterrada, y Antonio recobró de repente la calma que habia perdido al ver mancillar la inmaculada memoria de sus padres.

V

¡Bendita sea la primavera, que cubre de flores la tierra, que inunda de perfumes la atmósfera, que viste de azul el cielo, que llena de alegría los corazones!

Cuando brilla el sol y cantan los pájaros, la alegría brilla y canta tambien en mi corazon, por más que mi corazon no espere salir de este perpetuo invierno en que vivimos los moradores de las ciudades.

Entónces me dirijo al Occidente de la villa, arrastrado por una fuerza incontrastable, y me parece, al atravesar la hermosa plaza que precede al alcázar, oir decir á las hojas y á las flores que salen tímidamente á tomar el sol de Dios:

«¡Poeta! Carecemos de voz para alzar un himno de bendicion al que nos da la libertad. Álzale en nuestro nombre, que en tanto, nosotras, agradecidas, derramarémos sobre tí sombra y perfume!»

Siéntome al pié del muro secular en que la populosa villa venera á su santa patrona, y dirijo con avidez la vista al extenso horizonte que delante de mí se extiende.

La nieve no corona ya las cumbres del Guadarrama.

Reflejan el sol, serenas y azules como el cielo, las aguas del lago, á la orilla opuesta del Manzanáres.

Las hermosas arboledas de la Vírgen del Puerto, de la Florida y de la Casa de Campo, se engalanan con su manto verde para asistir á la romería de San Antonio.

Y las flores del tomillo matizan las cumbres de Sumasaguas, diciendo á su amiga la brisa:

«Toma, toma este pomo de esencias, y llévale á aquel triste cautivo que nos contempla desde léjos, sin poder venir á descansar en el perfumado lecho que le ofrecemos.»

La alegría va dejando de brillar y de cantar en mi corazon al ver que me faltan las alas de las alondras, que vuelan y cantan atravesando el espacio azul.

¡Ay! ¡La resignacion y la fortaleza de mi alma son grandes, pero el suplicio de Tántalo las quebranta!

Díjome Dios al enviarme á este mundo:

«Vuela, y rie, y canta libre y feliz en esos horizontes infinitos que destino á los pájaros y á tí!»

Pero me dijeron los hombres apénas empecé á volar:

«¡Suspira, y llora, y muere!»

¡Y suspiro, y lloro, y muero asfixiado en una cárcel estrecha, desde donde, con el pensamiento más que con los ojos, diviso los campos benditos que Dios ofreció á mi alma, ansiosa de luz y de libertad!

Pero no, amor mio, no moriré en ésta cárcel, por más que siga en ella mucho tiempo; que en tu corazon y el mio hay una eterna primavera, que me dará aliento y vida con sus cantos, y su luz, y sus perfumes.

Y luégo, al remontar mi pensamiento más alto, mucho más alto que esos montes del Septentrion, coronados casi siempre de nieve, aún veo en Cábia seres queridos que me abren

sus amorosos brazos, y pugnan por arrastrarme con su magnética mirada á aquellos campos benditos que adquirieron derecho á la experiencia de mi ancianidad, enseñándome en mi niñez á amar á Dios y á la patria.

Volvamos, amor mio, á Cábia, que nunca más hermoso que ahora se ostentó aquel nido de flores; porque han pasado los nebulosos dias de invierno, y el sol de la primavera hace brotar las alegrías en todos los corazones, y las flores en todos los árboles, y los cantos en todos los labios y en todos los picos.

El sol muestra sus primeros resplandores sobre las cumbres de Urállaga, y poco á poco va subiendo, va subiendo, va subiendo, hasta aparecer en toda su plenitud, inundando de luz y de alegría hasta los valles más profundos.

Las campanas de Cábia repican más sonoras, más alegres, más elocuentes que nunca; que nunca Andresillo las hizo decir á los corazones cosas más tiernas y consoladoras que hoy.

¿Consistirá sólo en que hoy celebran á la par la resurreccion de Jesus y la de las flores, ó tambien en que en el corazon de Andresillo ha brotado alguna flor?...

Hace pocos momentos Andresillo atravesaba el nocedal, encaminándose á la iglesia, en ocasion que Isabel volvia de la fuente con la herrada en la cabeza y un clavel en la boca.

Andresillo iba cantando, más alegre que los pájaros que cantaban en los nogales y los cerezos que dan sombra á la iglesia; pero apénas vió asomar á Isabel, el canto desapareció de sus labios y la alegría de sus ojos.

—Buenos dias, Isabel,—dijo.

—Buenos te los dé Dios, Andresillo.

—No me los da muy buenos.

—Pues tú cantando venías.

—Cantaba para espantar penas.

—¿Y quién te las da?

—Quien dice quién.

—¡Anda, engañoso!

—Aquí me caiga muerto si no es verdad.

—¡Judío! No te castigue Dios.

—¿Y por qué?

—Porque es engaño eso que dices.

—Quiéreme y lo verás.

—Si ya te he dicho que no.

—¿Y por qué no, Isabel?

—Porque no tienes formalidad.

—Verás qué formal me hago si me quieres.

—¿De véras?

—Así me salve Dios. ¿Me das ese clavel?

—No, que dice la canta:

> Isabel me dió un clavel,
> le coloqué en la ventana,
> el viento se le llevó...
> ¡Adios, Isabel del alma!

—No, no le colocaré en la ventana.

—¿Pues dónde?

—En el corazon.

—Pues toma.

—¡Ay, que viene el señor cura!

—¡Y tambien mi madre!

—Adios.

—Adios.

Andresillo subió al campanario, dando al clavel un beso en cada escalon.

Isabel se paró ántes de entrar en casa, esperando á que Andresillo empezara á repicar las campanas, y preguntándose á sí misma:

—¿Qué les hará decir ese bala?

Andresillo empezó á repicar, é Isabel añadió, soltando una alegre carcajada:

—¡Pues no les hace decir ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Isabel!...

Desde el amanecer, casi todos los moradores de Cábia vagaban por la aldea, por los huertos, por las piezas, por las arboledas, cantando y riendo alegremente, quién apacentando los bueyes en las campas ó las honderas, quién haciendo provision de hortaliza, quién yendo á coger el agua serena en la fuente del castañar, quién, en fin, únicamente admirando la hermosura del cielo y la de la tierra.

La alegría reinaba en casi todos los corazones.

Y si no digo que en todos, mis razones tengo para ello. Veámoslas.

La casa de don Juan de Urrutia contrastaba notablemente por su riqueza, no sólo con la de Antonio de Molinar, sino tambien con las restantes de Cábia.

Nada faltaba en ella para comodidad de sus moradores. En el mueblaje y el decorado de las habitaciones, casi régias, se echaban de ménos esos pormenores, esas pequeñeces que un gusto delicado inspira; pero en cambio, la riqueza y la comodidad tenian allí su asiento.

La habitacion de don Juan, digna en todos conceptos de un rey, recibia á traves de un cortinaje de flores que trepaban al balcon, inundándola de perfumes, los primeros rayos del sol, que la inundaban tambien de luz.

Cuando las campanas, magistralmente repicadas por Andresillo, tantas dulcísimas cosas decian á los moradores de Cábia, y tanto alegraban los corazones, don Juan se incorporó dos ó tres veces en su lecho, exclamando con cara de vinagre:

—¡Voto á brios Baco balillo con las campanas, que me tienen ya hasta los pelos!...

Las campanas callaron al fin, y don Juan procuró recobrar el sueño, pero en vano, porque las vueltas que daba en la cama, y las palabras incoherentes que pronunciaba cuando se quedaba adormilado, demostraban que su sueño, más que el nombre de tal, merecia el de pesadilla.

No sé qué demontre le desvelaba así, porque el único ruido que se oia á su alrededor era el de los pájaros que cantaban en las flores que trepaban al balcon. ¿Habria en su corazon algun ruido, que solamente él oia?...

¡Quién sabe, Dios mio, hasta qué punto son capaces de turbar el sueño los ruidos del corazon!

Eran cerca de las diez, cuando don Juan abandonó la cama, y tiró de la campanilla con tal fuerza, que el cordon se hizo pedazos.

—¿Qué manda usted, señor?—le preguntó Benito entreabriendo la puerta del cuarto.

—Mando que os pongais todos de patitas en la calle, porque me servís muy mal.

Benito se retiró sin replicar.

Chula, la perra, que al ver abierta la puerta del cuarto, vió el cielo abierto, porque se moria por su amo, fué á hacer á éste una caricia; pero don Juan le arreó un puntapié acompañado de un taco, murmurando:

—¡Para caricias está el tiempo!

La Chula se retiró diciendo pestes de la ingratitud de los hombres.

Don Juan se dejó caer en un sillon.

Los pájaros continuaban cantando entre las flores que trepaban al balcon, y en los frutales de la huerta.

Don Juan toleró su canto durante algunos instantes; pero al fin se levantó hecho una furia, exclamando:

—¡Voto va briosle con la música, que es capaz de hacer perder la paciencia á un santo!

Y abrió el balcon con estrépito.

Los pájaros que cantaban allí, al ver aquella cara de vinagre, se fueron con la música á otra parte, quejándose de la poca proteccion que se dispensa en España á los artistas; pero los que cantaban en los frutales, ó creyeron la fuga sólo digna de músicos vulgares, ó en medio del entusiasmo con que ejecutaban una gran pieza concertante, no vieron ni oyeron á don Juan, por más que éste, extendiendo los brazos como aspas de molino de viento, repitiese con todas sus fuerzas:

—¡Uuussssaaa!...

Don Juan, ciego de cólera, cogió la escopeta, y descerrajó un tiro á los cantantes, que si bien tuvieron la suerte de quedar ilesos, se vieron precisados á huir al cerezo de la portalada de Antonio, donde concluyeron la pieza muy á satisfaccion del público.

Al oir el tiro, Juana salió al patin de su casa, que estaba frontero al balcon del cuarto de don Juan, y viendo á éste aún con la escopeta en la mano, le dijo:

—¿Se caza, don Juan, se caza? ¡Gracias á Dios que le vemos á usted de humor para divertirse! Bien es que ¿quién no lo está hoy que ha resucitado el Señor, y hasta el cielo, y el sol, y las flores, y los pájaros lo celebran? Todavía le hemos de ver á usted esta tarde echar un corro al són de la pandereta en el nocedal. ¡Caramba! ¿Quiere usted bailar conmigo?

—¡Váyase usted al cuerno!

—¡Váyase usted más allá!

—No tengo gana de conversacion.

—Con las viejas como yo, ¿no es verdad?

—Ni con las jóvenes.

—¡Vamos, señor don Juan, que todo se sabe!

—¿Y qué es lo que sabe usted, grandísima bruja?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Como dice el adagio, el que habla mal de la pera...

—Pero ¿qué pera ni qué camuesa?...

—¿Piensa usted que cuando ayer tarde encontró usted á Isabel en la estrada, la hija de mi madre, que estaba plantando arbejas al otro lado del seto, era sorda?

Don Juan se puso colorado de vergüenza y morado de cólera, y balbuceando algunas palabras inspiradas por estos dos encontrados sentimientos, se volvió para retirarse del balcon.

—Señor,—dijo Juana,—no le he llamado á usted perro judío para que se alborote usted de ese modo. Decir que quiere usted casarse es ponerle una corona, y con Isabel mucho más.

Ella es muy pobre, eso sí; pero merece casarse con el rey de España, cuanto más con usted.

—Pero ¿quién le ha dicho á usted, grandísima habladora, que yo trato de casarme?

—A la vista está, porque no ha de ir una á creer que va usted con mal fin...

—Ni con malo ni con bueno voy; que en mi vida he pensado casarme.

—Por eso le llaman á usted Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo cómo.

—¡Señora! ¡señora! ¡Por todos los demonios del infierno, no me provoque usted, que me dan tentaciones de hacer un disparate!...

Y al decir esto, don Juan agitaba convulsivamente la escopeta.

Juana se asustó, y dando un chillido se metió en casa.

Ni Benito ni la cocinera habian pensado en ponerse de patitas en la calle, por la sencilla razon de que se creian con tanto derecho á no obedecer á su amo, como éste á mandarlos.

—¡Benito! ¡Ciriaca! ¡Ambrosia!—gritó don Juan.—¿Dónde demonios estais, que me teneis aquí solo, rabiando como un perro?

Benito y Ciriaca, la cocinera, acudieron á este llamamiento de su amo.

—¿Qué se le ofrece á usted, señor?

—¡El almuerzo, más pronto que la vista!

—No está todavía,—contestó la cocinera.

—¡Rayo de Dios!

—Se ha llevado Ambrosia la llave de la despensa.

—¿Y dónde demonios está Ambrosia?

—En la iglesia desde las seis.

—¡Que venga volando, volando, ó si no...

Benito echó á correr á la iglesia á llamar á Ambrosia, que pocos instantes despues subió la escalera refunfuñando.

—¿Qué tripa se le ha roto á usted?—preguntó insolentemente á su amo.

—Yo sí que les voy á romper á ustedes las costillas á garrotazos; que esto ya pasa de castaño oscuro.

—¡No me venga usted á mí con fueros! ¡Apuradamente está la madera para hacer cucharas!

—¡Ambrosia! ¡Que se me acaba la paciencia!...

—Compre usted unas cuantas libras de ella, qué rico es...

—¡Rico! ¡rico!... ¿De qué me sirve serlo si me encuentro siempre solo? ¡Si no tengo, aunque me gaste un sentido, quien me sirva de buena voluntad! ¡Si ni siquiera tengo á quién contar mis penas!...

—Cásese usted, y verá cómo se ahorca y acaba de penar.

—Ambrosia, no hablemos más de esto, que voy á hacer un desatino. Que me hagan volando el almuerzo, y entre tanto tráigame usted una camisa, que me voy á mudar.

—No hay ninguna.

—¿Cómo que no hay ninguna, si las tengo por docenas?

—Pero no están planchadas.

—¿Pues qué ha hecho usted toda la semana?

—Hereje, lo que usted no hace.

—Bien se puede conciliar la devocion con la obligacion.

—Sí, ¡usted tambien es de los del dia!

Don Juan se arrojó en el sillon, desesperanzado ya de ha-

cer entrar á sus criados en vereda, y buscando un medio de poner término á aquella hipocondría, á aquel humor más negro que la pez, que era su estado normal.

Sonó el primer toque de misa, y poco despues don Juan oyó unas estrepitosas carcajadas de hombre y mujer en el nocedal. Asomóse al balcon, y vió que las daban Antonio y Feliciana, yendo á misa, cada cual con un pedazo de borona en la mano, que comian con más apetito que si fuera rosquillas.

VI

Era un domingo, víspera de San Juan, y los vecinos de Cábia acordaron hacer aquella noche una Sanjuanada que fuese sonada en todas las Encartaciones.

En aquel país rara vez se sacrifica la obligacion á la diversion. La obligacion para los encartados es pasar el dia de trabajo en sus heredades, y la diversion, pasar el dia de fiesta parte en la iglesia y parte en el carrejo jugando á los bolos, á la pelota ó la barra, ó en el nocedal, ó en las casas entregándose á placeres tan inocentes como éstos.

Como el año á que me refiero la víspera de San Juan caia en domingo, los vecinos de Cabia tenian toda una tarde á su disposicion para preparar la Sanjuanada.

Reunidos, despues del rosario, en el campo de la iglesia, propusiéronse ántes de todo acordar el punto adonde habian de ir por roza.

—En Matacábras—dijo Antonio—tengo yo una rozada seca que basta para chamuscar todas las brujas de España.

Ambrosia, que oyó estas palabras desde la iglesia, se creyó

aludida, y salió hecha una furia á formular la correspondiente protesta.

—¡Señores,—dijo una vocecilla burlona que parecia bajar del cielo,—propongo que no se chamusque á Ambrosia con argomas encendidas, que bastante tiene para quemarse con no haber encontrado en su vida un Vivanco como el que casó en Segovia siendo ciego, cojo y manco!

Todos alzaron la vista, y vieron con horror á Andresillo paseando con la mayor frescura por la cornisa, de una cuarta de ancho, que rodeaba la altísima torre casi por bajo las campanas.

Ambrosia empezó á echar sapos y culebras, y cogiendo una piedra se la arrojó á Andresillo, alzando la pata al arrojarla, como es uso y costumbre entre las señoras mujeres; pero la piedra dió mucho más abajo de la cornisa, y al caer rompió las narices á la que la habia disparado.

Curada Ambrosia con agua y sal y vinagre, que la hicieron ver las estrellas, y conducida á casa, todo el mundo, hasta Juancho el ochenton, se armó de horquillas y bilortos, y tomó el camino de Matacábras, donde estaba la rozada que Antonio habia hecho para abonar sus tierras despues de pudrir la roza en la portalada.

Tambien Feliciana quiso ser de la partida; pero su marido le dijo no sé qué al oido, se puso colorada y se quedó en el nocedal.

Llevaba el nombre de Matacábras la plataforma que coronaba una de las dos colinas que dominaban la aldea.

Los hombres amontonaban sobre bilortos de rebollo argomas secas, que tomaban con las horquillas para esquivar sus

agudas espinas; las mujeres las ataban, y muy pronto empezaron á rodar por la cuesta enormes haces, que no paraban hasta el campo de la iglesia, donde al anochecer habia ya roza para cocer dos caleros.

Esperábase con ánsia que empezasen á brillar sanjuanadas en el valle y las aldeas dispersas en la falda de las montañas de poniente, para dar fuego á aquella gigante hacina. Las muchachas preparaban las panderetas, los hombres las escopetas, y la gente menuda las corambres viejas, que colocaban en pértigas altísimas, y todo era alegría en Cábia.

Sin embargo, don Juan Palomo no participaba de la alegría general; pues sentado en el balcon que daba sobre el zaguan de su casa, tiraba de cuando en cuando una chupada á la pipa, y seguia distraido y caviloso las ondulaciones del humo que despedia de sus labios.

Juana alzó la vista al balcon de don Juan, y echando de ver á éste,

—¡Caramba!—le dijo.—Baje usted acá, cascarrábias, y no se esté usted ahí pensando en las musarañas. ¡Luégo se atufará usted porque le llamen Juan Palomo!...

Don Juan hizo un gesto de despecho al oir este apodo, que, despues de habérsele apropiado él mismo, habia llegado á ser su pesadilla.

—Que no te vayas á estar repicando toda la noche,—decia Isabel á Andresillo, un poco retirados ambos á la sombra de un nogal.

—No tengas cuidado, que entre repique y repique he de bajar á echar un corro que se hunda la tierra.

—Pero conmigo nada más.

—Con el lucero del alba que se ofrezca.

—¡Que no muelas, Andresillo!

—Esta noche te planto un abrazo.

—Anda, judío, ya verás cuando te confieses.

La madre de Isabel se asomó á la ventana.

—¡Isabel!

—¿Qué quiere usted, señora madre?

—¿Piensas dejarnos sin agua esta noche? No, tú como haya bureo... A ver si vas por una herrada de agua ántes que sea más tarde.

—Voy al instante,—respondió Isabel alejándose de Andresillo, que murmuró bajito:

—¡Que te le planto!

En aquel instante don Juan abandonó de repente sus cavilaciones y bajó al nocedal.

—¡Gracias á Dios—dijo Juana—que se da usted á mandamiento!

—Tiene usted razon,—contestó don Juan alegremente.—Esta noche ès noche de alegría, y todo el mundo debe echar con dos mil demonios el mal humor. Aquí faltan un par de cántaras de chacolí que alegren la pajarilla.

—¡Sí, sí, eso es lo que falta!—asintieron todos los circunstantes, ménos Isabel, que ya salia de su casa con la herrada en la cabeza, y Andresillo, que se habia escabullido del nocedal.

—¡Benito!—dijo don Juan á su criado, anda á casa y trae aquí chacolí de firme.

—¿De cuál traigo?

—Del mejor que hay en la cubera.

—Mire usted que Ambrosia se va á poner como un toro si lo huele...

—Ambrosia no huele ya, que tiene la nariz rota.

Dos minutos despues el jarro corria que era una bendicion y las pajarillas comenzaban á alegrarse.

Don Juan, como quien no hacía nada, se deslizó entre la sombra de la arboleda y tomó el camino de la fuente, siguiendo á Isabel, que, cantando como una malviz, le llevaba cincuenta pasos de delantera.

El secular castaño que se alzaba al lado de la fuente extendia sobre ésta sus pomposas ramas, con cuyo motivo y el de estar espirando el dia, la oscuridad era casi completa en torno de la fuente.

Isabel colocó la herrada bajo la teja que servia á la fuente de caño, y miéntras la herrada se llenaba, fué á alcanzar una rama para echarla en el agua, con objeto de que ésta no se jalducase; pero como oyese pisadas que se acercaban cada vez más,

—¿Quién viene?—preguntó con voz temblorosa.

—No te asustes, Isabel, que soy yo,—la contestó don Juan.

Isabel, cuya inocencia formaba singular contraste con las picardías de Andresillo, no pudo contener la expresion de su alegría, pues la oscuridad que reinaba allí empezaba á darle miedo.

—¿Pues cómo viene usted por aquí?—preguntó ingenuamente al camastron de don Juan.

—Vengo porque te quiero mucho.

—¡Sí, cabalito!

—¿Lo dudas? Verás qué abrazo tan rico te voy á dar.

—¡Ay no, no, que es pecado!—exclamó Isabel retrocediendo.

Pero tropezó con el tronco del castaño, y alcanzándola don Juan, iba á estrecharla en sus brazos, cuando del tronco del árbol salió una voz pavorosa que dijo:

—¡Tú me las pagarás!

Isabel y don Juan lanzaron un grito de espanto, quedando la primera muda é inmóvil de terror al pié del castaño, y tomando el segundo á escape el camino de la aldea.

—¡No te asustes, Isabel!—dijo cariñosamente Andresillo saltando del castaño.

—¡Ay, Andresillo de mi alma!—exclamó la niña, acercándose temblorosa á su novio, que la estrechó en sus brazos y dijo soltando una alegre carcajada:

—¿No dije que te le plantaba?

En aquel momento un vivísimo resplandor inundó á Cábia.

—¡La Sanjuanada! ¡la Sanjuanada!—gritó Andresillo alborozado.

Y colocando á toda prisa la herrada en la cabeza de Isabel,

—Adios, chica,—añadió;—las campanas me están echando ya de ménos. No digas á nadie que hemos estado aquí Juan Palomo ni yo.

Y echó á correr más ligero que una liebre.

Don Juan, ántes de llegar al nocedal, dió un rodeo por detras de las casas y se metió en la suya.

Asomóse al balcon, y oyó á los vecinos que decian:

—Pero ¿dónde estará ese condenado de Andresillo, que no rompe ya las campanas á fuerza de repicar?

Al oir esto, don Juan se dió una palmada en la frente, murmurando con desesperacion:

—¡Era él ¡era él! ¡Va á contarlo á todo el mundo, y voy á ser el monote de la aldea!... ¡Qué vergüenza! ¡Un hombre de mis años y de mi posicion!...

Andresillo llegó en aquel momento al campo de la iglesia, dando tambien su rodeo.

—¡Ea! ¡Viva! ¡Ya está aquí Andresillo!—gritaron los chicos tirando las gorras al aire.

—¿Dónde andas, hombre?—le preguntó el señor cura.

—Estaba echando un sueñecito para estar despabilado toda la noche,—contestó Andresillo.

Y subió de cuatro en cuatro los escalones del campanario.

Jamas se habia oido en Cábia campaneo más alegre y sonoro que el que en seguida empezó á responder al que se oia en todas las iglesias parroquiales del valle.

—¡Qué condenado á muerte!—exclamaba Juana, reventando de alegría.—¡Ahora, ahora sí que hace hablar las campanas!

Cien hogueras iluminaban con la claridad del sol el verde y hermoso valle, y el rio, que por el fondo de éste se deslizaba, parecia una serpiente de fuego al reflejarse en sus claras aguas aquel vivísimo resplandor.

Al himno de alegría que alzaban las campanas en los cinco campanarios que surgian blancos y esbeltos del verde follaje, en toda la extension del valle, se unian las salvas de trescientas escopetas, y los repetidos gritos de

¡San Juan! ¡San Pedro!
¡San Pelayo en medio!

Pero entre todas las Sanjuanadas, la de Cábia llevaba la gala, en concepto de los de Cábia, que tenian la debilidad ¡santa debilidad! de no envidiar á nadie, de creer que la aldea donde habian nacido era la mejor del mundo, de no comprender que fuera de aquel nido de ramas y flores existiera felicidad.

A todos les decia Andresillo su cosa, con aquella gracia que Dios le habia dado para hacer hablar las campanas:

A Isabel:—«¡Te quiero mucho! ¡te quiero mucho!»

A Antonio y Feliciana:—«Vuestro hijo, ¡qué hermoso será, qué hermoso será!»

A Juancho:—«Pasarás de los cien años, y fumarás buen tabaco!»

A Ambrosia:—«¡Rabia! ¡rabia! ¡rabia!

Y á Juan Palomo:—«¡Tú me las pagarás! ¡tú me las pagarás!»

Sí, sí, esto decia Andresillo á don Juan de Urrutia, que miéntras sus vecinos se volvian locos de alegría, se arrancaba de rabia el cabello, derrengaba de una patada á la perra, jugaba á la pelota con el gato, abria á puntapiés las puertas, y decia, tapándose los oidos para no oir las campanas:

—¡Tú me las pagarás! ¡tú me las pagarás! ¡Me las está jurando!... ¡me las está jurando!...

VII

El ardiente sol de Julio se iba ocultando tras de los lejanos montes de Soba.

Antonio y Feliciana resallaban borona en una pieza situa-

da á dos tiros de piedra de su casa, y muchos vecinos se ocupaban en lo mismo en otras piezas cercanas.

La alegría, que rara vez abandonaba el corazon de los vecinos de Cábia, se manifestaba entónces en toda su plenitud: era que dos dias ántes habia llovido abundantemente, y se veia crecer la borona, que con tanta prodigalidad recompensa las fatigas del labrador cuando recibe á tiempo el agua, bendicion que Dios niega rara vez al creyente y laborioso labrador vascongado.

—Voy á bajar las ovejas y á arreglar en seguida la cena,—dijo Feliciana.

—No,—replicó Antonio;—no quiero que subas la cuesta, que no estás ya para eso. Vete á preparar la cena, que las ovejas están en Matacábras poniéndose como pelotas con la yerba que ha nacido ya en la rozada que limpiamos la víspera de San Juan. Así que dé la oracion, subiré yo en un brinco por ellas.

Feliciana se dirigió á casa, recogiendo al paso un brazado de leña seca para la lumbre.

La puerta estaba cerrada sólo con picaporte, que en Cábia para maldita la cosa se necesitan llaves ni candados.

—Feliciana,—dijo Juana, que atravesaba á la sazon el nocedal,—ya te está esperando hace rato la familia.

La familia á que Juana aludia, eran dos cerdos, que hocicaban la puerta gruñendo como desesperados, y una bandada de gallinas, que, al mando del gallo más gallardo de Cábia, esperaban á sus amos con santa paciencia, pensando sólo en que podia descolgarse por allí algun gato montés, y refrescar con sus hijos.

Para matar el tiempo, gallinas y cerdos habian emprendido la siguiente disputa:

—¡Pues no gruñen ustedes poco en gracia de Dios!

—¡No, que serémos tan gallinas como ustedes!

—¡Ya! ¡Como son ustedes gente gorda!...

—Pues ustedes bien suelen alborotar el gallinero.

—Pero no alzamos el gallo tanto como ustedes.

—¡No, y *ponen* ustedes el grito en el cielo!

—Y ustedes por nada ya están de hocico!...

—¡Eh, basta de cacarear!

—¡No nos da la gana, cochinos!

La cosa se iba poniendo séria, cuando apareció Feliciana en la portalada, y gallinas y cerdos corrieron á su encuentro haciéndola mil carocas, y como tontos, se metieron en casa con ella, seguros de que habria por allí algunas somas y aechaduras que merendar.

A poco rato, una blanca columna de humo empezó á elevarse de la chimenea de casa de Antonio.

Al verla éste desde su llosa, se sonrió como un tonto, de puro regocijo, diciendo á Juancho, que en aquel instante se habia acercado á pedirle una pipada de tabaco:

—¡Mire usted, mire usted qué humos gasta mi mujer! ¡Válgame Dios, qué de cosas le dice á uno el humo que desde léjos ve salir por la chimenea de su casa!

—Vamos á ver, ¿y qué es lo que á tí te dice?

—Hombre de Dios, si uno pudiera explicarse como los que componen los libros, le aseguro á usted que más de cuatro cosas buenas se habian de oir en Cábia... Mire usted, Juancho: cuando desde las llosas ó el monte veo yo el humo de mi casa,

pienso para mí que mi mujer está diciendo, si hace frio, «Hagamos una buena lumbrerada para que aquel pobre se caliente cuando venga»; si hace calor, «No echemos mucha lumbre, que aquél cuando venga va á encontrar la casa como un horno»; si hace una tortilla, «Pongámosla bien doradita, que así le gusta á aquél»; si echa sal al puchero, «No pongamos la comida muy salada, que aquél se atraca luégo de agua»; si hace... en fin, yo no sé explicarlo, pero ese humo me dice siempre que allí están pensando en mí.

—Quien te lo dice no es el humo.

—¿Pues quién, si no, me lo ha de decir?

—El corazon.

—Ese será, caramba; pero...

—Y si no, pregúntale á Juan Palomo qué le dice el humo de su chimenea.

—¡Toma! Porque ése no tiene mujer.

—Pues entónces, si no es el corazon, será la mujer, y no el humo, quien dice todas esas cosas...

—De juro, alguno será. Pero dejémonos de cavilaciones, que son para gente más leida que nosotros, y vámonos á echar para casa las ovejas, y á ver si aquélla tiene ya preparado algo que se pegue al riñon.

Antonio hizo un haz de piés de borona cortados por inútiles, se lo echó á un hombro, y al otro la azada, y tomó el camino de su casa.

Así que sirvió aquella sabrosa merienda á los bueyes, y dijo yo no sé qué dulcísimas cosas á su mujer, pues ésta le puso de gitano que no habia por donde cogerle, tomó cantando la cuesta de Matacábras, por la que se le vió bajar poco

despues, trayendo de batidores una docena de ovejas tan retozonas y alegres como él.

El dia habia sido calurosísimo, pero la noche era deliciosa: la luna alumbraba como el sol á medio dia, y el ambiente venía cargado con el aroma robado al paso á las manzanillas que, á manera de una nevada, cubrian los collados que resguardan á Cábia por el Sur y el Norte.

Cuando Antonio llegó á casa con las ovejas, ya Feliciana habia colocado una mesita y dos sillas de madera al pié del cerezo de la portalada.

Las ovejas, acostumbradas por su ama á malas mañas, rodearon á Feliciana, como diciéndola: «Ve, ve si tienes por ahí algo que echar á perder.» Y Feliciana obsequió á cada una con un currusco de borona.

Antonio subió al payo con un plato en la mano; desde el ventanal alcanzó una rama del cerezo, trasladó al plato el fruto que la abrumaba, por lo que la rama dió un respingo que equivalia á un «Estimando, generoso», y bajó á depositar el plato de cerezas al lado de otro plato de pimientos y huevos y tomate, que ya Feliciana habia colocado en la mesita.

Marido y mujer se sentaron á la mesa, y prévia la bendicion, que echó Antonio, ambos metieron mano á la cena, con un apetito y una cara de pascua que hubieran hecho morir de envidia al inapetente é hipocondríaco Juan Palomo.

—Pero, hija,—dijo Antonio,—veo que comes por uno, cuando debieras comer por dos.

—¿Cómo por dos?—replicó Feliciana sin comprenderle.

—Por tí y por un hombrecito que nos está oyendo.

—¡Sí hombrecito! Mujercita sí que será,—dijo Feliciana, comprendiendo al fin y poniéndose sonrosadita.

—Nada, nada, aquí no queremos gente que se viste por la abeza y se desnuda por los piés.

—¡Qué gracioso! Pues yo quiero que sea niña.

—Entónces, la meto en la Misericordia de Bilbao.

—¡Gem! ¡gem! ¡Que no me hagas rabiar!

—A no ser que se parezca á la pícara de su madre...

—Sí que se parecerá.

—Pues entónces, será pícara y se quedará en casa, porque tienen fortuna todos los pícaros, como tú... sabes.

—¡Verás!

—Pero, ahora que me acuerdo... Si me ha dicho el cirujano que es niño.

—¡Anda, mentiroso!

—Lo que oyes, hija. El domingo, ántes de misa, estábamos en el pórtico esperando el toque de entrada, cuando asomaste tú por el nocedal, y me dice el cirujano: «Tonio, ¿quieres saber si tendrás hijo ó hija?» Digo... Ya se ve quiero. «Pues espera, que ahora lo sabrás.» Con que cuando ibas á subir el escalon de la puerta, se baja á mirarte los piés, y dice...

—¡Qué gracia!

—Chica, no te pongas colorada, que no dijo nada malo.

—¡Pues no son poco mirones los hombres!

—Dice: «Hijo vas á tener.» ¿Y usted qué sabe? «Vaya si lo sé! Mira, cuando la mujer embarazada echa primero el pié derecho al subir un escalon, pare niño; y cuando echa el izquierdo, pare niña. Tu mujer ha echado primero el derecho; con que niño va á parir...»

—No quiero...

—Pues entónces le llevaré á la Misericordia.

—¡Sí, que te voy yo á dejar!

—Como no le quieres...

—Sí que le quiero.

—¿Y cómo le pondrémos?

—Un nombre muy bonito.

—Dice Juan Palomo que los nombres bonitos son... así, como los que hay en unos libros de novela que él tiene.

—¿Y cómo, cómo son?

—Alfredo, Arturo, y no sé cómo demontres más.

—¡Ay, qué feos! ¿Verdad?

—Sí que lo son. Esos son santos de Francia ó por allá...

—Justo. ¡Cuánto más bonito es Antonio, Juan, Francisco, José, Ignacio, Manuel... en fin, santos buenos, como los de España!...

—¡Esos, ésos son los que á mí me gustan! ¡Caramba! Donde están los santos de por acá...

—Pues mira, Antonio, yo á mi chiquitin le voy á poner tu nombre.

—Pero ¿no ves que cuando te pregunten por cualquiera de nosotros no vas á saber... A no ser que tengas la precaucion de hacer la pregunta de López...

—¿Qué pregunta es ésa?

—Yo te diré. López se habia casado hacía mucho tiempo, y rabiaba porque no tenia familia; pero al cabo parió su mujer un niño. López, con este motivo, reventaba de orgullo, y se desesperaba porque el cuidado de la parida no le dejaba ir por el pueblo contando que ya tenia un hijo. Pero ¿qué hizo el mal-

dito de cocer? El mismo dia que parió su mujer, se colocó á la puerta de su casa, y cuando llegaba algun desconocido y le decia: «¿Está López?» le preguntaba, poniéndose más hinchado que una bota: «¿Cuál, padre ó hijo?»

—Pues mira, dejémoslo, que ya pensarémos cómo le hemos de poner á mi pobrecito...

—Anda, que el nombre no le hace. Lo que importa es que el chico sea guapo.

—¡Y sí que lo será!...

—Porque se parecerá á tí.

—No, á tí.

—Le voy á hacer un carreton para que aprenda á andar ántes de un año...

—Eso de enseñarle, por mi cuenta corre.

—¡Y qué gusto verle corretear por ahí con aquel pelito rubio como el oro, y aquellos ojillos pícaros, como los de su madre!... ¡Je! ¡je! ¡je! ¡Qué tunante de chico!

—¡Que no le llames eso!

—Esquilando, como un gato, por el tronco del cerezo...

—¡Pues! ¡Para romperse la ropa!...

—Le das un par de azotitos.

—¡Anda, Neron, no me da la gana de pegar á mi niño!

—Pues verás cómo yo me levanto y se los planto...

—¡No quiero, no quiero que le pegues!...

Y Feliciana se vuelve asustada extendiendo los brazos hácia el tronco del cerezo que está á su espalda, para impedir que Antonio dé al chiquitin lo que no se le caiga.

—Si vosotras los echais á perder con ser tan madrotas...

—¡Mejor!...

—Pero felizmente nuestro chico saldrá hombre de bien.

—Y siendo tan guapo, se casará en alguna casa rica, aunque eso no me gusta mucho.

—No, mejor es que vaya á las Indias.

—Y verás tú qué rico viene; porque dicen que allí hacen fortuna los que son tan despejados.

—¡Vaya si la hará! ¡Je! ¡je! ¡je! ¡Qué diablejo de chico!...

—¡Buenas noches!—dijo Juancho, presentándose en la portalada, ántes que Antonio y Feliciana repararan en él, entretenidos como estaban con su chico.

—¡Buenas noches, Juancho! ¿Usted gusta? Aunque llega usted á los postres...

—Que aproveche. Hablábais de Andresillo, ¿no es verdad? Cierto que ese chico es un diablejo. Juan Palomo está trinando con él porque dice que le insulta siempre que repica las campanas.

—¿Y qué es lo que le dice?

—¡Qué sé yo! Sus cosas, como á todos nos dice las nuestras. Sólo que al que no hace nada malo no le importa que le digan lo que hace.

—A ver si el tal Andresillo se casa pronto y sienta la cabeza, como la sentó éste.

—¡Qué sé yo que os diga! La pobre Isabel no las tiene todas consigo. Pero á todo esto, ¿cuándo te haces dos, Feliciana?

—¡Qué cosas tiene usted!

—Desmejoradilla te vas quedando.

—No ve usted que me da cada patada el chico...

—¡Qué chico ni qué calabaza! La chica querrás decir.

—No señor; que el cirujano vió á ésta el domingo echar

primero el pié derecho al subir el escalon del pórtico, y conoció en eso que va á parir chico.

—Pues hace una hora he estado á pedir al cirujano una pipada, y me ha dicho que esta tarde ha visto á tu mujer echar primero el pié izquierdo al subir la escalerilla de la llosa, y ha conocido que va á parir chica...

Feliciana soltó una alegre carcajada, á la que respondió Antonio con otra no ménos alegre, añadiendo:

—Que venga lo que su Divina Majestad quiera; que si no sabemos si es niña ó niño, sabemos que es la bendicion con que el Señor completa nuestra felicidad.

A Feliciana se le llenaron los ojos de agua, y no sé cómo demontres la mano de Antonio y de Feliciana se encontraron bajo la mesa y se dieron un apreton de padre y muy señor mio.

VIII

Era domingo y llovia á jarros.

Don Juan de Urrutia estaba alegre y placentero, cosa que tenia admirado á todo el mundo, porque don Juan se habia ido avinagrando de tal modo, que los vecinos de la aldea apénas le llamaban ya Juan Palomo, que le llamaban Cascarrábias.

¿En qué consistia tan repentino cambio?

El pobre Andresillo, por el contrario, estaba reservado y triste, novedad tambien, y no pequeña, pero que no excitaba la curiosidad de nadie, porque nadie ignoraba ya en Cábia que á Andresillo le habia plantado su novia Isabel unas calabazas como unos soles, en vista de que no sentaba la cabeza, como lo probaba el haber pintado con carbon en el pórtico de la igle-

sia unas narices torcidas, en las que todo el mundo habia reconocido las de Ambrosia.

A media tarde cesó la lluvia; pero no era posible jugar á los bolos ni á la pelota en el carrejo, porque éste estaba convertido en una charca.

Los muchachos de la aldea, entre los cuales se hallaba Andresillo, aunque casi tenian que llevarle, como quien dice, á remolque, recogieron del carrejo bolas y bolos, y se echaron á buscar una casa donde pudieran armar el juego.

—¡Ambrosia!—decia don Juan á su ama de gobierno con tono zumbon y despues de haber regalado á Juancho una hoja de rico tabaco.—Hoy me ha tenido usted en ayunas hasta las doce por estarse usted comiendo... los santos; pero se lo perdono á usted porque no quiero amargarle sus triunfos.

—Vaya usted mucho con Dios, que no tengo gana de conversacion. ¡Qué triunfos, ni qué...

—¿No los ha olido usted?

—No señor.

—Ya se conoce que no tiene usted buena nariz.

—Mire usted, señor, no me insulte usted, que tengo malas pulgas, y le tiro aunque sea un demonio á la cabeza.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Tíremele usted, á ver si rota alcanza el triunfo que la nariz de usted ha alcanzado.

—Pero ¿de qué triunfo habla usted, hereje? Que es usted capaz de hacer burla de un entierro, como todos los del dia.

—¿Con que no lo sabe usted? ¿Con que no sabe usted que su nariz ha merecido la alta honra de ser retratada y expuesta al público no ménos que en el pórtico de la iglesia?...

—¡Calle usted, calle usted, por los clavos de Cristo, y no tenga usted ganas de divertirse conmigo!...

—Toda Cábia se divierte con su nariz de usted.

—Le digo á usted que si quiere divertirse, compre una mona.

Unas grandes carcajadas resonaron en aquel instante en el pórtico de la iglesia.

Don Juan se asomó al balcon que daba sobre el zaguan.

—¿Qué es eso, Antonio?—preguntó á éste, que venía de hácia el pórtico desternillándose de risa.

—¡Ja! ¡ja! ¡Qué ha de ser!—contestó Antonio.—Cosas de Andresillo, que es el mismo diablo. ¿Pues no ha pintado con carbon, que parece que está hablando, la nariz de Ambrosia?

Al oir esto, Ambrosia pegó un salto de hiena, y tomando un puchero de agua y una esponja, se lanzó á la calle gritando:

—¿Dónde está ese pillo, hijo de mala madre y de peor padre?... ¡Veneno se me vuelva el pan que coma y el agua que beba, si no me la paga bien pagada!... ¡Por ésta! ¡por ésta! ¡por ésta!

Y Ambrosia besaba el dedo pulgar, cruzado sobre el índice, corriendo con su puchero y su esponja hácia el pórtico.

En efecto, allí estaba la vera efigie de su nariz, insolente, gráfica, incapaz de confundirse con ninguna otra, hablando, como habia dicho Antonio; pero Andresillo la habia dibujado, sirviéndole de andamio Benito, que tenia tirria y mala voluntad á Ambrosia, y ésta dió un nuevo grito de desesperacion, al ver que la esponja empuñada por su mano no alcanzaba allí.

—¡Aunque estuviera en el quinto cielo esa infame pintura la alcanzaria yo!—exclamó, tirando la esponja al dibujo.

Pero la esponja cayó al suelo sin dar en el blanco, ó mejor dicho, en el negro; y volvió á subir y caer, cubierta ya del barro formado con el polvo que habia recogido en las multiplicadas caidas, hasta que en uno de aquellos rebotes... ¡paf! vino á parar á la cara de Ambrosia.

Los chicos y los grandes, que se iban ya reuniendo en el pórtico, entre ellos Juancho, soltaron una tremenda carcajada, dando un paso atras, espantados al ver la horrible caricatura de Ambrosia, descompuesta por la cólera y cubierta de barro.

Aquella carcajada, y la inutilidad de sus esfuerzos, acabaron de cegar y desesperar á Ambrosia, que arrimándose de bruces á la pared, empezó á dar grandes saltos como el perro á quien ponen á tres varas de altura una tajada de carne.

—¡Señora, señora, que se le ven á usted las piernas! ¡No sea usted escandalosa!—la gritaron Juana y otras vecinas ahuyentando á los chicos.

Entónces Ambrosia tiró el puchero, echando á correr á casa en un estado de exaltacion imposible de describir.

—¡Voto á brios con la bruja ésa!—exclamó Juancho, casi tan desesperado como Ambrosia.

Era que el puchero arrojado por el ama de Juan Palomo le habia roto la pipa en que empezaba á saborear una pipada del riquísimo tabaco que habia pedido á don Juan al verle tan para gracias.

Don Juan continuaba en el balcon, desde donde habia contemplado y celebrado aquella grotesca escena.

—¡Don Juan, por María Santísima,—le dijo Juana desde el nocedal,—que le va á dar algo á esa pobre mujer! Llamen ustedes al cirujano, y entre tanto, dígale usted á Ciriaca que...

—Ande usted, que cosa mala nunca muere,—contestó don Juan.—¡Mal portazo la oigo dar al encerrarse en su cuarto! Verá usted cómo allí se le pasa el berrinche.

A todo esto el sol habia salido radiante y hermoso, y la mayor parte de los vecinos de Cábia imitaban á los caracoles cuando sale el sol. El nocedal se iba llenando de gente.

Don Juan, que hacía un rato guardaba silencio y aplicaba el oido hácia el Noroeste, exclamó de repente:

—¡Demonio! ¡Ya está armada en Santoña! ¿No oyen ustedes qué cañonazos?...

Todo el mundo se puso á escuchar, y todo el mundo soltó una carcajada.

—¡No tiene usted malos cañonazos!—dijo Juana.—Si es Andresillo que con otros muchachos está jugando á los bolos en el payo de su novia.

—Querrá usted decir de la que fué su novia,—replicó don Juan anublándosele un poco el semblante.

—De la que lo será aún; porque ¡haga usted caso de riñas de enamorados! Por más que diga Isabel, bien agarrada la tiene ya ese gitano, que es capaz de engatusar al lucero del alba.

Un nubarron espantoso acabó de oscurecer el semblante de don Juan, que ya entónces no pudo tolerar que se le contradijera poniendo en duda la perspicacia de su oido.

—¡Les digo á ustedes que son cañonazos!

—¡Calle usted, hombre, y no diga disparates!

—¡Centella de Dios!... ¿Me quieren ustedes hacer tonto? Digo y repito que en Santoña hay un cañoneo que se hunde la tierra. Oigan ustedes. ¡Booom! ¡No hay más, ésos son los ingleses que quieren otro Gibraltar!

—Vaya, vaya, usted está ido.

—Pero ¿no oyen ustedes, grandísimos...

—¡Hombre, no sea usted terco, por la Vírgen Santa! ¡Si sabrémos aquí lo que son bolas y lo que son cañones!

—Se van ustedes á convencer de que son cañonazos, ó me llevan á mí doscientos mil demonios.

Y don Juan se lanzó á la calle, dirigiéndose á casa de Isabel.

Al llegar al portal de la casa, un terrible bolazo que sonó arriba le convenció de que se habia equivocado de medio á medio, y de que ya tenian los vecinos de Cábia lo que necesitaban para quemarle la sangre.

Soltó un terrible juramento, y cogiendo una estaca de un monton de leña que habia en el portal, se lanzó á la escalera del payo, jurando y perjurando que iba á matar á Andresillo.

Isabel, que estaba en el piso principal peinando á su madre, dió un grito de terror, y se precipitó á su encuentro para detenerle.

Aquel grito y aquella solicitud por Andresillo convencieron á Juan Palomo de que Isabel no habia dado calabazas de labios adentro al campanero, y colmaron la medida de su desesperacion.

Isabel gritaba á Andresillo que huyera; pero Andresillo con el ruido de las bolas no lo oia; don Juan, á pesar de todos los esfuerzos de la muchacha, llegaba ya, blandiendo la estaca, á los últimos escalones.

De repente iluminó la alegría el hermoso rostro de Isabel, que dijo á don Juan en voz baja:

—Si le pega usted á Andresillo, cuento las cosas malas que me dijo usted en la estrada y en la fuente.

Don Juan, que daba vista al payo en aquel instante, hizo un horrible gesto de desesperacion, y arrojó al suelo la estaca, á cuyo ruido volvió la cara Andresillo, y saltando desde una ventana del payo á un higar que daba contra ella, se encontró ántes de un minuto en el nocedal.

Don Juan se volvió inmediatamente á su casa, siendo saludado al salir de la de Isabel por una porcion de voces que decian:

—¡Booom! ¡No hay más, ésos son los ingleses que quieren otro Gibraltar!...

Y Andresillo, enterado ya de todo lo que habia pasado, tomaba parte en aquel coro, capaz de hacer perder la paciencia al pacientísimo Job.

Una hora despues iba anocheciendo, y Andresillo repicaba las campanas.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—decian los vecinos de Cábia, despues de rezar las tres Ave-Marías.—¡Qué condenado de muchacho, cómo imita los cañonazos! ¡Chúpate esa, Juan Palomo!

Juan Palomo opinaba, no sólo que Andresillo imitaba los cañonazos con las campanas, sino que por medio de éstas repetia cuanto él habia dicho en el balcon para probar que los ingleses cañoneaban á Santoña.

—Señor, ¿quiere usted luz?—le preguntó Benito entreabriendo la puerta del cuarto.

—¡Un rayo de Dios que hunda la casa con los que estamos dentro!—contestó don Juan, tirándole un tintero, que por milagro no le dejó en el sitio.

Ménos afortunada que Benito fué la pobre Chula, que como aprovechase la ocasion para entrar á hacer un par de fiestecitas á su amo, éste le atizó tan fuerte puntapié, que le rompió una pata.

Chula se retiró como exclamando:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Sea todo por Dios, que en este pícaro mundo éste es el premio de quien bien ama!

A la mañana siguiente subió Andresillo al campanario á tocar á maitines. A mitad de torre, segun su invariable costumbre, se asomó á una ventana que allí habia para ver si pasaba álguien por debajo y echarle una escupitina.

El que pasaba por debajo era el señor cura, que, acompañado de Benito, se dirigia á toda prisa á casa de Juan Palomo.

Andresillo estuvo por echar la escupitina á Benito; pero renunció á aquel placer por temor de acertar al señor cura, y subió al saloncillo de las campanas.

Acababan de dar la última campanada cuando oyó al señor cura que le llamaba desde el pié de la torre.

—¿Mande usted?—contestó sacando la cabeza por debajo de una campana.

—Toca á muerto,—le dijo el señor cura.

—¿Pues quién ha muerto, señor?

—La pobre Ambrosia,—contestó tristemente el señor cura.

Y Andresillo hizo doblar por dos veces las campanas tristemente.

IX

Hace un mes que Ambrosia, el ama de gobierno de Juan Palomo, murió de un ataque cerebral; y desde entónces An-

dresillo está completamente desconocido, que muchas veces por tocar á gloria toca á muerto, que ya no echa escupitinas desde la ventana del campanario, ni pasea por la cornisa de la torre, ni canta, ni rie, ni travesea, ni piropea á las muchachas.

Algo parecido sucede á Isabel, que tampoco canta ni rie, y lo que es peor aún, ha perdido aquellos colores de rosa de Alejandría que enamoraban á los mozos de la aldea.

Es una mañanita de San Juan. Isabel toma la reluciente herrada en la cabeza, y castañar adelante se encamina á la fuente. A mitad del camino se encuentra á Andresillo, que vuelve á la aldea, y sintiendo oprimírsele el pecho y humedecérsele los ojos, hace un esfuerzo supremo para distraer aquella emocion, y sobre todo para ocultarla á Andresillo.

Isabel se pone á cantar:

Déjame pasar, que voy
á coger la agua serena
para lavarme la cara,
que han dicho que soy morena.

—¿Para qué cantas, si lloras? ¿Para qué dices que eres morena, si estás descolorida?—le pregunta Andresillo tratando de sonreir, á pesar de que los ojos se le arrasan en lágrimas.

—Que llore ni que esté descolorida poco te importa, Andresillo.

—¿Que no me importa?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya me has olvidado.

—¡Isabel! ¿Ves las peñas de allá arriba?

—Sí que las veo.

—Pues más firme que ellas es mi cariño.

—¡Anda, engañoso!

—¿No me crees?

—No.

—¿Por qué?

—Porque nunca tuviste formalidad.

—Pero ahora la tengo.

—¡Sí, que durará mucho!

—Lo que dure mi vida.

—¡Mentiroso!

—¡Isabel, por Dios, vuelve á quererme, que no puedo vivir sin tí!—exclamó Andresillo, con tal acento de verdad y tal emocion, que su alma parecia irse tras de sus palabras.

—Pero ¿lo dices de véras?

—¡Por esta cruz de Dios te lo juro!

Y Andresillo formó el signo de la cruz con el dedo índice de la mano derecha y el de la izquierda.

En la profunda fe, en la santa religiosidad de los moradores de Cábia, no habia más que cerrar los ojos y creer ante juramento semejante.

Isabel creyó á Andresillo; pero la fe de amante no excluia la curiosidad de mujer.

—¿Y cómo has variado así?—dijo Isabel con ingenuidad.

—¿Recuerdas que hace un mes se murió Ambrosia?

—Sí que lo recuerdo.

—Pues desde entónces he sentido dos cosas: remordimiento porque Ambrosia habia muerto por mi causa, y desconsuelo porque tú no me querias. Mira, Isabel, desde entónces ni una

sola vez he subido al campanario sin arrodillarme llorando al pasar por la iglesia, para pedir á Dios que salvase á Ambrosia, y que me quitase penas quitándome la vida. Ni despierto ni dormido he podido echar de mí la idea de que Juan Palomo te quiere.

—¿Que me quiere Juan Palomo? ¡Sí, cabal! ¡Y me asusta cuando me encuentra sola! Si no, mira tú aquella noche en la fuente...

—Aquella noche me convencí de que te queria, y desde entónces empecé á idear un medio de vengarme de él; pero desde que Ambrosia se murió de resultas de una travesura mia, y de resultas de otra tú me aborreciste...

—Engañoso, yo no te he aborrecido.

—¡Ah! ¡Bendita sea tu boca!... Pues desde que me sucedió eso, me puse muy triste, muy triste... y ya me pesaba no haberte engañado para ir á la barrera de Celaya y oir la voz y morirme...

—¡Ay, qué miedo, Andresillo!—exclamó Isabel acercándose al jóven como en demanda de proteccion.

Para comprender las palabras de Andresillo, y sobre todo el temor de Isabel, necesito, amor mio, advertirte que en Cábia hay la creencia de que el que engaña á una muchacha y pasa por la barrera de Celaya, que está al pié de un pico elevadísimo, oye allí una voz que baja del pico, y es tan triste y tan espantosa, que el que la oye amanece muerto al dia siguiente.

—Madre,—pregunté yo una vez á la mia, oyéndola contar esto,—¿y de quién es esa voz tan triste?

—¿De quién ha de ser bajando de lo alto? Del cielo, hijo

mio. Si los hombres, que son fuertes, maltratan á las mujeres, que son débiles, ¡quién, sino Dios, ha de proteger á las mujeres!

Si un dia un hermoso niño, apoyando los brazos en tus rodillas, y alzando á tí su carita sonrosada, te ruega que le cuentes un cuento, cuéntale éste que á mí me contó mi madre; que si una mujer sembró en el corazon de un niño para que tú recogieras, justo es que tú siembres en el de otro para que otra mujer recoja.

Pero volvamos á Andresillo.

—Un domingo por la tarde habia baile en el nocedal, y todas las muchachas me preguntaban por qué no bailaba.

—Mira tú, para que bailaras con ellas...

—Eso sería, Isabel; pero yo, aunque así lo comprendí, no quise estar en el nocedal, porque me dije: «Si no está aquí Isabel, ¿qué he de hacer aquí? Y si viene, ¿de qué me servirá, si no me hace caso ó baila con otro?» Con que entónces me subí al campanario, porque cuanto más se acerca uno al cielo, ménos le molesta el ruido de la tierra.

—¡Pobre Andresillo, cuánto llorarias!

—No lloraba entónces, no; que subia á la torre pensando si me convendria tirarme desde las campanas para acabar de penar.

—¡Anda, judío! ¿Y tu padre y todos los que te quieren?

—Tienes razon: eso pensé, Isabel, y dije: «Mi padre es ya viejo y ya no acierta á cortar la pluma para los chicos ni á hacer derecho un palote de muestra si yo no acudo en su ayuda. ¿Qué culpa tiene el pobre de todo esto que á mí me pasa, para que se encuentre sin mi ayuda, cuando más la necesita, despues de haber estado tantos años esperando en mí?» Esto

me dije, y desistí de hacer el disparate que se me habia metido en la cabeza; pero entónces dirigí la vista hácia el castañar de la fuente, y me acordé de Juan Palomo, y otra vez tuve deseos de vengarme. Pensando cómo me habia de vengar, alcé la vista desde el castañar de la fuente al pico de Celaya. El sol de los muertos, amarillo y triste como yo nunca le habia visto, iluminaba la cima del pico... Seguí mirándole, mirándole, y una tristeza mucho más grande que la que ántes sentia, me fué oprimiendo el corazon... y pensé en tí, y en mi padre, y en mi madre, y en Dios, y los ojos se me arrasaron en lágrimas. En aquel instante me gritó el señor cura desde la ventana de su casa: «¡Andresillo, toca á la oracion!» Cogí la cuerda de la campana, y al dar la primera campanada empecé á llorar como un niño y á sentirme consolado; y al soltar la cuerda de la campana caí de rodillas y recé pidiendo á Dios que me perdonara el mal que habia hecho en este mundo y el que habia pensado hacer... Desde entónces ya soy otro, Isabel, ya soy otro.

Y al decir esto, Andresillo fijaba sus ojos en Isabel, esperando con ánsia las primeras palabras que ésta pronunciara.

—Pues entónces, sí que te quiero,—dijo la niña con aquella inocente ingenuidad que constituia el mayor de sus encantos.

Y añadió, haciendo un gesto de niña que quiere llorar:

—Pero, mira, no me vuelvas á engañar, que eso no vale.

Andresillo le estrechó la mano en silencio, y la niña se sonrió con infinita alegría, dando más valor á aquel apreton que á todos los juramentos y todas las promesas que hasta entónces habia oido de los labios de Andresillo.

Ambos, asidos de la mano, siguieron caminito de la fuente.

A la fuente debieron hacérsele los dientes agua contemplando la felicidad de Isabel y de Andresillo; pues, murmuradora, como todas las de su clara estirpe, dijo al vejestorio que le daba sombra:

—Acostumbrada estoy á presenciar con la mayor frescura felicidades de amantes; pero la de éstos...

—Sí,—la interrumpió el castaño con la fria indiferencia de la ancianidad,—la de éstos pasa de castaño oscuro.

X

Desde que Isabel y Andresillo se encontraron camino de la fuente, y el segundo contó á la primera sus penas, debe haber llovido, á juzgar por las cosas nuevas que vamos á hallar en Cábia.

Es un alegre domingo de primavera.

Los pájaros cantan en el ramaje que entolda el balcon de Juan Palomo, y nadie se mete con ellos: muy al contrario, el cerezo de la portalada de Antonio de Molinar les dice en florido lenguaje que se acerca el tiempo en que en España no se mueran de hambre los artistas.

El primer toque de misa ha sonado, y la mayor parte de los vecinos de la aldea van llegando al pórtico de la iglesia y al nocedal contiguo. Hasta una docena de chicos forman corro, y hablan de si se van ó no á echar cuartos á la péscola. Hácia la escuela suena un silbido, y aquellos chicos y otros echan á correr hácia donde el silbido ha sonado.

El señor cura sale de casa de Juan Palomo, y se encamina á la iglesia. Los hombres que fuman, sentados en el pórtico,

se levantan y se quitan la pipa de la boca y el sombrero ó la boina de la cabeza.

—¿Qué tal le deja usted, señor cura?—le pregunta Juancho.

—No está del todo mal; pero ya se ve, con esas incomodidades que toma por nada, se pone á morir...

—¡Válgame Dios! ¡Qué poco vale el dinero si faltan otras cosas!...

—Cierto,—dice el señor cura entrando en la iglesia;—el dinero es un pobre caballero.

Como hasta docena y media de chicos, formados en dos filas, salen de la escuela, dirigiéndose hácia la iglesia. Detras de ellos viene el maestro, muy grave y muy decentemente vestido. Algo revoltosos están los chicos con motivo de yo no sé qué esperanza de cuartos, que al parecer les sonrie.

—¡Eh!—les dice el maestro.—A ver si van ustedes con formalidad; que van ustedes á la casa del Señor, y no á ninguna romería.

Los chicos vuelven á entrar en caja, é imitan en la gravedad al señor maestro. Los hombres del pórtico se levantan, como cuando pasó el señor cura.

—Buenos dias, señor maestro,—dicen todos.

—Buenos los tengan ustedes,—contesta el maestro con amabilidad, pero sin abandonar del todo la gravedad propia de su ministerio.

Juancho, que apénas puede ya con los calzones, aligera cuanto puede sus piernas para alcanzar al maestro ántes que éste penetre en la iglesia.

—Oye, Andresillo,—le dice,—dame una pipada de ese tabaco bueno que fumas tú.

—Pero, hombre, si ya no fumo,—contesta el maestro, sin incomodarse por la peticion.

—¿Que no fumas? ¿Desde cuándo acá?

—Desde que el Concejo me autorizó para sustituir á mi padre en la escuela.

—No serías fumador legítimo.

—Sí que lo era; pero ¿cómo quiere usted que fuera á dar mal ejemplo á mis discípulos?

—Tienes razon, hombre.

—Pero despues de misa vaya usted á casa y dígale á Isabel de mi parte que le dé todo el tabaco que le di á guardar cuando tiré la pipa.

—Dios os dé mucha salud á tí, á Isabel, á tu padre, al hijo que te va á nacer, y hasta á los ratones de tu casa.

—Gracias, Juancho; ya sabe usted que le queremos.

Juancho no pudo contestar al maestro ántes que éste desapareciera por la puerta de la iglesia, porque le ahogaba la alegría.

¡Ahí era nada! ¡Lo ménos un cuarteron de tabaco á su disposicion!

—¡Vamos!—balbuceó al fin.—¡Si parece mentira que haya salido tan hombre de bien ese Andresillo!...

—¡Hombre,—dijo uno de los circunstantes,—llámele usted siquiera don Andres!

—¡Qué don Andres, ni qué cuerno, cuando le llevo á su padre quince años!... ¡Pues apuradamente no es llano él, no estando delante los chicos!

El tercero y último toque de misa sonó, y todo el mundo entró en la iglesia.

Antonio de Molinar sale tambien de su casa con la cara más de risa que los nacidos han visto en Cábia, y entra en el templo. Al salir de misa, el maestro manda á los chicos romper filas y retirarse á sus cuarteles; pero si los chicos le obedecen en lo primero, no así en lo segundo: algo se les ha perdido hácia la iglesia, pues no hay quien los arranque de allí.

El señor cura se dirige hácia su casa á tomar chocolate, cuando Antonio, quieras que no quieras, se le lleva á la suya, diciendo:

—¡Pues no faltaba más!...

Poco despues, Isabel y su marido, los dos en traje de gala, atraviesan el nocedal y entran tambien en casa de Antonio.

¿Qué demonche pasa en casa de éste, que todo el mundo va para allá, y hasta los pájaros que ántes cantaban en el balcon de Juan Palomo han pasado al consabido cerezo, y allí ejecutan una pieza de las más difíciles de su repertorio?

¡Pero calla, que ya pareció aquello! Los chicos corren hácia la portalada de Antonio, gritando:

—¡Bateo! ¡bateo!

Y en efecto, bateo hay, que Isabel trae en brazos una criatura recien nacida, engalanada con todos los primores que ha ideado la poesía suntuaria de las madres pobres. A su lado caminan el señor cura, el señor maestro y Antonio, que contempla con la alegría de un bobo la cara del niño, ó lo que sea, por más que Isabel le dice:

—¡Quítate de ahí, tonto, que eres lo más padrote!...

La vocería de los chicos dice á los pájaros:

—¡Váyanse ustedes con la música á otra parte!

Pero los pájaros cantan á más y mejor, como diciendo:

—¡Las narices nos irémos en un dia como éste!

Ya terminó el bautizo, y bautizado y asistentes salen de la iglesia.

—Señor cura,—dice Antonio,—deseo que el maestro, en celebridad de este cachorrito que Dios me ha dado, eche un repique de aquéllos que él sabe.

—Si él quiere, por mi parte con mucho gusto,—contesta el señor cura.

—Y por la mia tambien, aunque no sé si habré olvidado el oficio,—añade el maestro tomando la escalera del campanario.

—¡El maestro va á repicar! ¡el maestro va á repicar!—es la voz que con la rapidez del viento corre por la aldea, llenándola de alborozo.

Y todo el mundo se pregunta qué es lo que el maestro hará decir á las campanas.

El maestro rompe el repique más alegre, más sonoro, más elocuente que nunca, y hasta los lejanos valles se estremecen de gozo, y repiten por lo bajo aquellas notas, cada cual con arreglo á sus facultades, como en un teatro repiten los espectadores, con arreglo á las suyas, las notas privilegiadas que resuenan en la escena.

A don Juan dice el maestro con la voz de las campanas:—«¡Se muere usted, don Juan! ¡Se muere usted, don Juan!»

A Juancho:—«¡Es rico ese tabaco! ¡Es rico ese tabaco!»

A Isabel:—«¡Lindo será nuestro chico! ¡Lindo será nuestro chico!»

A Feliciana y Antonio:—«Vuestro hijo es como un sol! ¡Vuestro hijo es como un sol!»

Y á los chicos de Cábia: —«¡Cuartos va á haber! ¡Cuartos va á haber!»

Y en efecto, cuartos hay, que Antonio se asoma á la ventana gritando:

—¡A la péscola!

Y arroja á la portalada no sé cuántas embuezas de cuartos, echando en seguida á correr hácia adentro, á ver á su mujer y á su hijo, que el pobre no los ha visto lo ménos hace... seis minutos.

Pero en medio del general alborozo, Juana, que hace un momento pasó de su casa á la inmediata de don Juan Palomo, sale desalada preguntando por el señor cura y por el cirujano, que acuden inmediatamente á la casa grande.

—¿Qué pasa, Juana, qué pasa?—la preguntan.

—¡Que el pobre don Juan se muere! Le oí gritar desde mi casa: «¡Que me roban! ¡Que me dejan morir como un perro! ¡Vecinos! ¿No hay quien se duela de mi soledad y desamparo?» y vine corriendo, y encontré al pobre señor agonizando, y á esos pícaros de criados sin hacerle caso, diciendo con mucha calma que cosa mala nunca muere.

El cura y el cirujano penetran en el cuarto del enfermo, á quien encuentran, en efecto, luchando con la agonía.

—¿Cómo estamos, señor don Juan?—preguntan á éste.

Don Juan fija en ellos los ojos turbios y extraviados, y hace un supremo esfuerzo para contestarles.

—¡Me muero!—balbucea al fin.—¡Abandonado! ¡Solo! ¡Robado á mis propios ojos!... ¡He visto á mis criados sacar de bajo de mi almohada las llaves de mis gavetas... y apoderarse de mi dinero y mis alhajas!...

—Cálmese usted,—dice el cirujano,—y veamos si podemos remediar el mal.

—¡El mal de mi cuerpo no tiene remedio! Señor cura, ¿le tendrá el de mi alma?

—Sí, don Juan; que Dios ha dado á la religion bálsamo para curar todas las heridas del alma.

—¡Oh, señor! ¡No abandone usted la mia, que se apresura ya á abandonar el cuerpo!

El cura queda solo con el enfermo en la habitacion, convertida en tribunal de penitencia.

Poco despues abre la puerta de la alcoba, y anuncia que el moribundo desea dirigir el último adios á los moradores de Cábia. Muchos de éstos, que se hallaban ya en la casa, se acercan con religiosa emocion.

Don Juan está más tranquilo; su rostro, ántes desencajado y siniestro, respira la dulzura, la paz inefable, la santa benévolencia de los justos.

—¡Amigos mios,—exclama el moribundo,—perdonadme en esta hora suprema; que muchas veces he sido injusto con todos vosotros...

Un grito general de misericordia resuena en la habitacion, entre sollozos.

—Mi mayor falta en este mundo—continúa don Juan, cada vez con ménos aliento—ha sido el haber renunciado á la familia, en que vosotros hallais la felicidad. De esta falta han procedido todas las que me han perdido para el mundo, y á no ser Dios tan misericordioso, tambien para el cielo; pero ahora en presencia de Dios lo reconozco y me arrepiento de ello. ¡Bendita sea la familia!

—¡Bendita sea! ¡Bendita sea!—contestan todos los circunstantes, anegados en lágrimas.

Y el alma de don Juan se exhala al compas de aquel coro de bendiciones.

XI

Al dia siguiente, la mayor parte de los moradores de Cábia acompañaron el cadáver de don Juan al campo-santo, situado en la colina del Norte.

Llegó la noche, húmeda, ventosa y oscura, y la aldea quedó en silencio.

Juana recogió la lumbre del hogar para irse á la cama, como lo habia hecho ya toda su familia, y creyendo oir carcajadas hácia casa del difunto don Juan, se asomó á la ventana de la cocina.

No se habia equivocado: Ciriaca y Benito habian metido mano, por lo visto, al chacolí de la cubera y al jamon de la despensa para dulcificar la pena que les causaba la muerte de su amo, y andaba en grande el retozo. Pero las fuertes ráfagas de viento no trajeron al oido de Juana sólo las carcajadas de Ciriaca y Benito, que trajeron tambien un quejido lastimero que venía de la colina del Norte. Aquel quejido era de la pobre Chula, que aullaba á la puerta del campo-santo, donde habian enterrado á su amo hacía algunas horas.

Juana cerró la ventana, murmurando, con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Ay del que vive solo en el mundo, que sólo sus perros le llorarán cuando muera!

CREO EN DIOS.

I

Todavía con los ojos húmedos y el corazon agitado por las emociones que habia experimentado al penetrar en el hogar paterno tras una ausencia de veinte años, dejé la aldea nativa una tarde del mes de Setiembre de 1859, y me dirigí á un valle cercano, lleno para mí de dulces memorias, como todos los de las nobles Encartaciones.

En el valle adonde me dirigia hay una ermita consagrada á la Vírgen de la Consolacion, y aquella ermita encerraba para mí recuerdos muy santos, porque mi madre encontraba allí consuelo en sus grandes aflicciones, y más de una vez me llevó asido de la mano al pié del altar de la Vírgen, que yo, viéndola con un niño en los brazos, y no comprendiendo aún los misterios de la religion, amaba más por lo que tenia de madre que por lo que tenia de santa.

Queria yo rejuvenecer aquellos santos recuerdos y dar gracias en aquel humilde templo á la madre de Dios, á cuya intercesion creia deber el haber vuelto á sentarme en el hogar de mis padres y el haber vuelto á postrarme en el templo donde recibí el bautismo.

No intentaré pintar aquí lo que sintió mi corazon cuando penetré en la ermita y cuando doblé la rodilla sobre aquella misma grada donde mi madre la dobló tantas veces, llorando de fe y de consuelo; porque todas estas impresiones, todas estas dulces y santas agitaciones de mi alma están escritas en un libro que acaso nunca se publicará (1).

La ermita estaba más blanca, más limpia, más engalanada, más jóven que yo la habia dejado.

Así que recé y pasé una hora ante el altar, confundiendo en mi pensamiento la idea de Dios con los recuerdos de mi infancia, salí al pórtico de la ermita, donde sentado en un poyo de piedra, se hallaba un anciano que me habia facilitado la entrada en el templo.

Eran muy oscuros los recuerdos que yo conservaba de la generalidad de las cosas y las personas del valle, y tenia verdadera ánsia de esclarecerlos; porque nunca sabré pintar, Dios mio, el dolor que me causaba, al volver á los valles natales, el verme entre gentes desconocidas, que desconocidas eran ya para mí las que poblaban aquellos sitios, cuyo aspecto, fijo siempre en mi memoria durante tantos años, en nada habia variado á mis ojos.

Una tarde, al llegar á mi aldea, cuando me vi rodeado de gentes casi todas desconocidas, mis ojos se arrasaron en lágrimas.

—¿Qué tienes, hijo mio?—me preguntó mi padre, cono-

(1) Al hacerse esta cuarta edicion de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, me ocupo en terminar, y me propongo dar á luz inmediatamente, el libro á que aquí se aludia, con el título de *El libro de los recuerdos.*

ciendo que mis lágrimas eran las del dolor más bien que las del enternecimiento.

—¿Dónde están ¡Dios mio! todos aquellos que yo dejé aquí?

Y mi padre, indicándome con la vista el campo-santo, que estaba á cien pasos de nosotros, bajo los fresnos que dan sombra á la iglesia, me dijo derramando una lágrima sobre mi cabeza, que oprimió contra su pecho:

—¡Allí están, hijo mio!...

Las lágrimas afluyeron á mis ojos, y el pobre anciano, procurando velar su dolor con una sonrisa, se apresuró á añadir:

—¡Qué, hijo! ¿Eres tú tambien de los que en papel son una cosa y en carne y hueso otra? Los Cuentos de color de rosa que te han precedido (1) nos han dicho que aceptabas la vida tal como la ha hecho Dios, y no es justo que vengas á dejarlos por embusteros.

—Padre, ¡tiene usted razon!—contesté.—Pero desde que á esos cuentos confié lo que sentia mi corazon, muchos dolores y muchos desengaños han traido el desaliento á mi pecho y la tristeza á mi alma.

—Hijo, ¡bienaventurados los que creen, y bienaventurados los que lloran!

Desde el fondo de mi corazon di gracias á Dios, porque me habia colocado en el número de los que lloran y creen, y la resignacion no volvió á desamparar mi alma.

Deseando esclarecer mis oscuros recuerdos de los valles que recorrí en mi infancia, me senté al lado del anciano, á quien empecé á interrogar.

(1) La primera edicion, en que no se incluyó el presente.

—¿Quién vive ahora en esa casa?—le pregunté indicando una grande y hermosa, aunque antigua, que está frente de la ermita.

—Vive Diego de Salcedo.

—¿Salcedo? En mi niñez los de ese apellido vivian en esta otra casa.

La otra casa á que yo aludia existia aún al lado de la grande, de la que sólo la separaba un cercado.

—Tiene usted razon,—me contestó el anciano;—y á fe que la mudanza de Diego á la casa grande es una historia que contada con pelos y señales vale tanto como las que sacan ustedes los que componen libros.

—¿Y la sabe usted?

—Como el Padre-nuestro.

—¡Cuánto le estimaria á usted que me la contase!

—Pues se la contaré á usted como Dios me dé á entender; pero ántes permítame usted entrar á echar aceite á la lámpara de la Vírgen, porque se está apagando, y si la señora mayordoma la viera apagada, creeria que se iba á apagar tambien la lámpara de la dicha que alumbra su casa.

—¿Con que tanto se interesa la mayordoma por la ermita?

—Todo lo que se diga es poco; y á fe que motivos tiene para ello.

—¡Qué! ¿Tenemos otra historia?

—No señor: la historia de Diego y la de la mayordoma es una misma, como ahora verá usted.

El anciano entró á arreglar la lámpara, cerró la ermita y volvió á sentarse á mi lado.

Di un hermoso cigarro habano al que me iba á dar una

historia (generosidad que no tienen todos los editores de Madrid), encendí yo otro, y chupa que chupa narrador y oyente, narró el primero y oyó el segundo lo que á continuacion hallará el que leyere.

II

—Juan de Salcedo y su mujer Agustina eran muy amigos mios.

Yo vivia en aquella casería que ve usted allá arriba, en los rebollares, y cuando bajaba á misa los dias de fiesta, Juan y su mujer me embargaban hasta la caida de la tarde, porque el mayor gusto que podia darles era quedarme á comer con ellos y su hijo Diego.

Cuando se murió el pobre Juan, su mujer y su hijo Diego tenian aún más afan que ántes por tenerme á su lado; porque ya sabe usted que cuando uno está más triste, tiene más deseo de verse rodeado de verdaderos amigos.

Diego, cuando murió su padre, era un bigardo que nunca habia pensado más que en diabluras, aunque tenia ya diez y seis años; pero viendo que su madre, á quien queria mucho, no tenia ya más amparo ni ayuda que él, arrimó el hombro al trabajo y se hizo tan hombre de bien, que ni las cosechas disminuyeron, ni en la familia hubo un quitáme allá esas pajas.

La pobre Agustina estaba chocha con su hijo, y siempre que me veia me decia, llorando de gozo:

—¡Ay, Antonio! ¡Qué hijo tan bueno me ha dado Dios! Si mi difunto, que esté en gloria, levantara la cabeza y viera cómo se porta mi Diego, lloraria de alegría, como yo. No en vano

pedí á la Vírgen Santísima de la Consolacion, cuando Dios se llevó á Juan, que hiciera á mi hijo tan hombre de bien y tan trabajador como su padre.

¿Ve usted aquella hermosa solana que tiene la casa de los Salcedos sobre la huerta? Ahora ya se les va cayendo la hoja á las parras que esquilan á ella; pero en el verano, cuando las parras están en la fuerza de su verdor, ni un rayo del sol penetra en la solana.

Allí, á aquella deliciosa sombra, donde el viento de la mar, que empieza á levantarse ántes de medio dia, soplaba mansamente, robando su aroma á las flores y las frutas de la huerta, ponia Agustina la mesa en los dias calurosos de verano cuando me tenia de convidado.

Despues que comiamos y reiamos y charlábamos, Agustina se dedicaba á los quehaceres de su casa, para terminarlos ántes de bajar á las tres al rosario, que todas las tardes de los dias festivos se reza en la ermita, y Diego y yo bajábamos á la huerta por la escalerilla de la solana á pasear hasta la hora del rosario, cogiendo aquí una flor, allá un ramo de guindas, más allá una ciruela, en el otro lado un melocoton.

A mí me gustaba mucho pasear por la huerta, pero á Diego le gustaba aún mucho más, y más de una vez noté que Agustina se sonreia maliciosamente al ver á su hijo impaciente por bajar.

En la casa grande vivia un caballero llamado don Rafael con su hija Ascension, que tenia por entónces de quince á diez y seis años.

Don Rafael salió niño de las Encartaciones, y despues de haber pasado más de veinte años en Francia, ó no sé dónde,

volvió aquí bastante rico, diciendo que estaba decidido á pasar el resto de su vida en la casa grande, que era la de sus padres, y en donde él habia nacido.

Sus padres habian muerto hacía tiempo.

Algunos meses despues de su venida, don Rafael se casó con una muchacha, aunque pobre, guapa y honrada; pero su mujer se murió de sobreparto, y don Rafael se volvió á encontrar sin más familia que una niña recien nacida.

Ascension, que así se llamaba la niña, se crió muy hermosa, gracias á que Agustina, que acababa de destetar á su hijo Diego, le sirvió de aña, criándola con tanto cariño y tanto cuidado como habia criado á su hijo.

Don Rafael no era mal sujeto; pero en lo tocante á religion tenia unas ideas muy pícaras. ¡Dios se lo haya perdonado! Yo creo que si trataba con dureza á los pobres, si no le gustaban los niños, si no se resignaba con los trabajos que le daba Dios, si no se regocijaba al ver á los bosques cubrirse de hojas y á los campos cubrirse de flores, si, en fin, no sentia en el corazon esto que yo no sé explicar, que todos los que somos como Dios manda sentimos, y que consiste en arrasársenos los ojos en lágrimas de alegría ó de dolor ante la dicha ó la desdicha ajena, era sin duda porque no creia en Dios.

—¡Oh! ¡Qué desventurado era ese hombre!—exclamé al llegar aquí el anciano.

—Sí, muy desventurado era,—continuó éste.

Aquí le llamaban por mal nombre el Judío; pero los judíos son más dichosos que él era, porque al fin, aunque crean un error, creen algo, y el pobre don Rafael nada creia.

—¿Pero no creia en Dios? ¿Era materialista?

—Déjeme usted contarle la conversacion que un dia tuve con él, y por sus palabras colegirá usted lo que era.

Celebrábase la fiesta de la Vírgen de la Consolacion, y todo este campo estaba ya lleno de gente que venía á la romería.

La ermita parecia un ascua de oro con las luces que la alumbraban, y un jardin con las flores que adornaban su pavimento y su altar.

Yo, como de costumbre, me quedé á comer en casa de Agustina, y como de costumbre, bajamos despues de comer Diego y yo á dar un paseo por la huerta.

El terreno que média entre la casa grande y la de los Salcedos estaba dividido por una empalizada, de modo que la pieza que daba al lado de la casa grande era la huerta de don Rafael, y la que daba al lado de la casa de los Salcedos era la huerta de Agustina.

Don Rafael y Ascensita, que así llamaban á su hija, bajaban como nosotros á dar un paseo por la huerta despues de comer, y no habia tarde que Diego no regalase alguna fruta ó alguna flor á su hermana de leche, y la niña no le correspondiese con fineza parecida.

Por esto sin duda se sonreia maliciosamente Agustina cuando Diego se mostraba impaciente por bajar á la huerta.

Don Rafael traia riquísimo tabaco cuando iba á Bilbao á cobrar la mesada en la casa de comercio donde tenia colocado su capital, y como sabía que yo soy fumador de ley, así que me veia en la huerta me decia:

—Antonio, ¿no quieres una pipada? Mira que en la abacería no hay de este tabaco.

—¿No he de querer, señor don Rafael?—contestaba yo.—

El español que fuma y rehusa un cigarro ó una pipada, no es español legítimo.

Y miéntras nosotros tratábamos de si el tabaco era así ó asao, Diego y Ascensita seguian por la empalizada adelante hablando de la fruta y de las flores y riendo como locos.

El dia de la Consolacion don Rafael no quiso limitar su obsequio á una pipada de tabaco.

—Vais á subir á casa,—nos dijo,—á tomar una copita de un vino generoso, que sin duda fué aquel con que Jesus resucito á Lázaro.

A la verdad no me gustó la comparacion, y ménos en boca de don Rafael; pero Diego y yo contestamos alegremente:

—Pues vamos allá, que no vendrá mal sobre el chacolí que hemos bebido en casa.

Todos subimos á la casa grande por una escalerilla que, como la de los Salcedos, tenia por el lado de la huerta.

Ascensita, muy contenta al vernos en su casa, se encargó de escanciarnos á cada uno su copa de vino generoso, que en efecto era lo que habia que beber, y en seguida nos fuimos los cuatro al balcon para ver desde allí la romería.

Como el balcon de la casa grande está frente por frente de aquí, veiamos desde allí el altar lo mismo que si estuviéramos dentro de la ermita.

Mujeres y hombres rezaban al pié del altar de la Vírgen, y salian luégo con la alegría y el consuelo en el corazon y las lágrimas en los ojos.

Diego y yo contemplábamos con emocion la fe de aquellas gentes, y don Rafael, aunque guardaba silencio, se mofaba de ellas, y quizá tambien de nosotros, con una sonrisa que yo

comprendí al momento, porque sabía muy bien de qué pié cojeaba don Rafael.

Una mujer llegó hecha un mar de lágrimas al pórtico de la ermita, y no pudiendo entrar dentro, cayó de rodillas á la puerta, y exclamó tendiendo los brazos hácia la Vírgen:

—¡Madre de misericordia, salva á la hija de mis entrañas!

Era tan inmenso el dolor de aquella madre, que á Diego y á mí se nos saltaron las lágrimas al oirla.

Ascensita se echó á reir reparando en la emocion de Diego.

—¡Anda, judía!—le dijo éste en tono de cariñosa reconvencion.—¿No te conmueves al ver eso?

—No, porque no me conmueve el fanatismo,—contestó Ascensita.

La palabra fanatismo en boca de una niña que acaso no comprendia bien su significado, me dió lástima; y á pesar de que nunca me parece más vituperable la ira que cuando tiene por pretexto el celo piadoso, la contestacion de la niña me enojó y me hizo reconvenir á Ascensita.

—Mi hija—me replicó don Rafael muy serio—hace bien en no creer en todas esas tonterías en que vosotros creeis.

—Señor don Rafael, ¿llama usted tontería al creer en Dios?

—¡Qué Dios ni qué calabazas! No hay más Dios ni más Santa María que no hacer daño á nadie y hacer todo el bien que se pueda. Esto no será religion, pero es justicia, y basta y sobra.

—Es que la religion es justicia.

—Pero basta la justicia y sobra la religion.

—Tiene razon mi padre,—asintió la niña.

—Que usted no crea en Dios me admira, pero que no crea Ascensita... ¡me asombra y me llena de pena!—exclamé.

—¡Pues qué! ¿Pensábais vosotros que yo iba á educar á mi hija como aquí las educan todos, llena de supersticiones y majaderías? Lo que siento es que no sepa el frances para que se aprendiera de memoria todos esos libros que tengo ahí, y sobre todo los de Voltaire, que es mi autor favorito.

—Pero, don Rafael, ¿usted cree que proporciona alguna felicidad en este mundo á su hija, quitándole toda esperanza de recompensa en el otro?

—¡No tienes tú mal otro!

—¡Jesus!—exclamó Diego dirigiéndose á la niña.—¡Tu padre cree que se acaba todo cuando morimos!

—Y yo tambien lo creo,—contestó Ascensita.

En esto sonó la campana de la ermita anunciando que iba á empezar la Salve, y Diego y yo terminamos el altercado despidiéndonos para bajar á cantarla, pues aquella tarde la Salve iba á ser cantada con acompañamiento de tamboril y silbo.

—Pues yo—nos dijo don Rafael—voy á leer un rato á Voltaire, que es mi evangelio.

Nosotros no sabíamos quién era el tal Voltaire, pero ya suponiamos las verdades que aquel evangelio enseñaria.

Cuando nos dirigiamos á la ermita, la mujer á quien habiamos oido pedir por la salvacion de su hija se alejaba consolada con la esperanza que le infundia la Vírgen, y se paró bajo el balcon de la casa grande á saludar á Ascensita.

—¡Qué! ¿tiene usted mala á su hija?—le preguntó la niña.

—¡Ay, sí! Tan mala, que me ha dicho el cirujano que sólo de Dios debo esperar su salvacion.

—Pues entónces, se queda usted sin hija como yo me quedé sin madre.

Esta impía y desconsoladora advertencia no bastó á hacer vacilar la fe de la pobre madre, que se encaminó á su casa llena de esperanza.

III

—¿Qué le parece á usted de las ideas religiosas que don Rafael tenia y habia imbuido á su hija?

—¡Qué me ha de parecer! Que en la culpa llevaban el castigo aquellos desventurados. Aunque Dios no reservara á los ateos castigo alguno en la otra vida, los ateos pagarian muy cara en ésta su incredulidad.

—Tiene usted muchísima razon, que ántes de dejar este mundo ya obtenemos la recompensa de la fe en los consuelos que la fe nos proporciona. Cuando la tempestad estalla, yo no temo que el rayo me aniquile, porque invoco el nombre de la Santa Vírgen, en cuya proteccion creo.

Cuando mis deudos y amigos vuelan al seno del Señor, mi alma se consuela, creyendo que me ven y me oyen, y que un dia he de volar á su lado para no separarnos jamas.

El Señor me acompaña en todas partes, preside mis dolores y mis alegrías, y como es sabio, justo y omnipotente, me guia y me ampara y me consuela.

Esto podemos decir los que creemos. ¡Ay de los que no pueden decir esto!

Pero sigamos nuestra historia, cuyos pormenores conozco, ya por lo que yo mismo presencié, ya por lo que me han contado las personas que figuran en ella.

Ascensita era una de las muchachas más guapas de la aldea, y todo el mundo se condolia de su desgracia; que desgracia y grande eran para ella los esfuerzos que su padre habia hecho para cerrar su corazon á la fe.

Agustina y Diego la querian tanto más, cuanto más desgraciada la creian.

Un dia de la Ascension llegué á casa de Agustina, á quien pregunté por su hijo.

—¿Mi hijo?—me contestó sonriendo.—En la huerta le tiene usted con Ascensita.

Salí á la solana, y en efecto, vi á los muchachos charlando á traves de la empalizada. Por lo mismo que los queria mucho, me inspiraban mucha curiosidad sus sentimientos.

Oculto con el ramaje de las parras, que formaba ya un verdadero cortinaje delante de la solana, pude ver y oir á Diego y Ascensita sin ser visto ni oido.

Oiga usted lo que vi y oí.

La niña tenia en la mano un manojo de hermosos claveles que acababa de coger, y en el centro del manojo habia colocado un clavel de onza.

—¿Para quién son esos claveles?

—Para un noviecito que tengo yo.

—¿Es de véras?—preguntó Diego poniéndose muy serio.

—Sí que lo es.

—¡Pues adios!—dijo Diego con sequedad, volviendo la espalda.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué tonto! ¡Se lo ha creido!—exclamó Ascensita riendo como una loca.

—¿Pues para quién llevas los claveles?

—Para mi padre, que le voy á hacer este regalo, porque hoy es mi santo.

—Tienes razon, que hoy es la Ascension del Señor,—dijo Diego recobrando su habitual alegría.—Y á mí ¿qué me vas á regalar?

—A tí una florecita de éstas.

Y así diciendo, Ascensita cogió una flor de un calabazal que trepaba á la estacada, y añadió alargándosela á Diego con maliciosa sonrisa:

La flor de la calabaza
es una bonita flor,
para dársela á los hombres
á la primera ocasion.

Diego tomó la flor de la calabaza, la arrojó al suelo y la pisoteó, casi llorando de rabia.

La niña no tomó ya á risa el enfado de Diego, que se puso muy afligida y pesarosa de haberle causado.

—Mira, Diego, no te enfades, que ha sido chanza,—le dijo casi llorando.

—¿Enfadarme yo por eso? Estás muy equivocada. Tengo de sobra quien me dé claveles. Verás qué hermosos los llevo esta tarde al baile del nocedal.

—¡Ya! De los de tu huerta.

—No; de los de la huerta de Catalina.

—¡Ay, Diego, no, no quiero que de Catalina ni de ninguna otra tomes claveles ni rosas!—exclamó Ascensita saltándosele las lágrimas.

Diego se mantuvo serio.

La niña arrancó del ramillete el clavel de onza, y se le alargó diciendo con infinita ternura:

—Toma éste y perdóname.

—No le quiero,—contestó Diego con un desden que ya me pareció crueldad.

Entónces la niña, tornándose encendida como los claveles que tenia en la mano, dió un beso al mismo clavel, le puso rápidamente en la mano de Diego, y echó á correr hácia su casa.

Al subir la escalerilla volvió la cara y vió á Diego ponerse el clavel en el ojal de la chaqueta, despues de llevársele á su vez á los labios.

Aquella tarde, como todas las de los dias festivos, los viejos fuimos al nocedal á ver bailar á los jóvenes, y vimos que Diego, que otros dias sacaba alternativamente á bailar á Ascensita y Catalina, que tambien era chica muy guapa, sólo bailó con Ascensita.

Diego tocaba muy bien la vihuela y cantaba, por lo cual la vihuela tocada por él alternaba con la pandereta tocada por las muchachas.

Aquella tarde tocó varios corros, y entonó várias veces esta canta:

El clavel que tú me diste
el dia de la Ascension,
no fué clavel, que fué clavo
que me clavó el corazon.

Diego acompañó al anochecer á Ascensita hasta la puerta

de la casa grande, y al pasar por la de la ermita se descubrió la cabeza y se santiguó.

La niña no se burló de aquella piadosa demostracion.

¿Sería que entre la religion y el sentimiento que entónces dominaba su alma hubiese alguna relacion?

Yo creo que sí; y en prueba de que no voy descaminado, voy á contarle á usted misterios del alma de aquella niña, que la misma Ascensita me ha revelado más tarde.

No sé quién ha dicho en un libro que si no hubiera Dios, habria que inventarle.

Diego queria á Ascensita, pero se divertia en hacerla rabiar, como nos divertimos en hacer rabiar á los niños que más queremos.

La madre que se entretiene en hacer rabiar á su hijo, quitando el pecho de sus labios cuando con más ánsia le coge, quizá se espantaria si viera todo el dolor que á la inocente criatura causa aquel juego, al parecer inofensivo.

El amante que se divierte en hacer rabiar á su amada dando un clavel ó dirigiendo una lisonja á otra doncella, quizá se espantaria tambien si viese el dolor que este otro juego causa en el corazon de su amada.

El dolor que causa un golpe es proporcionado á la sensibilidad de la parte en que el golpe se recibe.

Usted, que es muy aficionado á las cantas populares, recordará que hay una muy conocida, que empieza:

Catalina me prendió...

Pues una noche de verano, Diego se puso á tocar la vihuela en la solana de su casa, y para hacer rabiar á Ascensita, que

le escuchaba desde enfrente, en toda la noche no salió del principio de aquella canta.

Don Rafael habia ido á Bilbao, y al llegar á casa, cerca de media noche, encontró á la niña llorando.

—¿Qué tienes, hija?—la preguntó.

—Padre,—contestó Ascensita,—no me lo pregunte usted, porque ni usted ni nadie del mundo puede remediarlo.

—¿Cómo que no? El dinero puede mucho.

—Pero no puede remediar mi mal.

—Si no puede el dinero, podrá el amor de tu padre.

—Tampoco puede.

—Pero ¿qué mal es el tuyo, hija mia?

—¡Que Diego no me quiere!

—¿Estás segura de ello?

—Segurísima.

Don Rafael guardó silencio.

—¿No ve usted cómo en el mundo no hay remedio ni consuelo para mi mal?

—Verdad es, hija; pero...

—Padre, ¡qué lástima que no haya Dios, para pedirle consuelo cuando es inútil pedírsele á los hombres!

—¡Cierto que es lástima!—contestó don Rafael, sintiendo ya en el fondo de su alma el haber arrancado á Dios del corazon de su hija.

IV

Catalina era realmente digna del amor de Diego, á quien queria, por más que lo guardase oculto en lo más hondo de

su corazon; pero Diego queria á Ascensita, y más de una vez le oyó Catalina cantar:

¿Cómo quieres que una luz
alumbre dos aposentos?
¿Cómo quieres que yo adore
dos corazones á un tiempo?

La pobre Catalina, que era tan modesta como hermosa, comprendia la razon que Diego alegaba en esta copla para no quererla, y se resignaba con su suerte, guardándose de hacer uso de ninguno de los medios que encuentran siempre las muchachas, por inocentes que sean, para robar á sus rivales afortunadas el corazon de los hombres; pero así y todo, Catalina daba sin querer muy malos ratos á Ascensita.

Ascensita tenia celos de Catalina, y Diego se divertia en inspirárselos.

Hay en la iglesia parroquial de la aldea un altar de San Antonio, que las muchachas adornan de rosas y claveles así que llega la primavera. Un sábado por la tarde vió Ascensita á Catalina dirigirse á la iglesia con un hermoso ramo de flores, y se encaminó tras ella. Poco despues, Ascensita volvia á casa muy triste, y Diego la encontró en el nocedal.

—¿De dónde vienes?—le preguntó Diego.

—De la iglesia.

—¿De cuándo acá tan cristiana?

Ascensita guardó silencio un momento.

—No lo sé,—contestó al fin.

Y se echó á llorar.

—¿Por qué lloras?

—Porque Catalina ha llevado un ramo de flores á San Antonio.

—¿Y á tí qué te importa eso?

—Es que se le habrá llevado para que le dé novio.

—¿Y qué te importa que así sea?

—Es que el novio que habrá pedido al Santo serás tú.

—Y aunque sea así, ¿qué te importa á tí, si no crees en Dios ni en los Santos?

—Es que... por si acaso.

Este *por si acaso* debió revelar á Diego que el ateismo tiene su duda, que puede conducir á la creencia, como la duda de la creencia puede conducir al ateismo; pero Diego era aún muy jóven, y no alcanzaba á explicarse ciertos misterios del alma que los viejos nos explicamos con mucha claridad.

Felizmente, Dios está siempre hasta en el fondo de los corazones que más pugnan por apartarse de él, y jamas está allí en vano.

Aquella misma tarde, cuando el sol se iba ocultando tras los picos, pasó por la puerta de la casa grande, con su herrada en la cabeza, Isabel, que era otra muchacha de la edad de Catalina, y gritó:

—Ascensita, ¿vienes á la fuente?

Ascensita bajó inmediatamente, tambien con su herrada, y juntas se encaminaron á la fuente del castañar.

Ascensita por lo visto no las tenia todas consigo con San Antonio, pues por más que Diego le habia dicho que el Santo bendito no se metia, como suponen las muchachas, á casamentero, estaba triste é inquieta.

Isabel, como Ascensita, tenia novio.

El novio de Isabel era un muchacho llamado Pepe, que si bien no la queria más que Diego á Ascensita, porque eso no podia ser, era ménos aficionado que Diego á poner en práctica el adagio «Quien bien te quiere, te hará rabiar».

—¿Vamos á cantar?—dijo Isabel.

—No tengo gana,—contestó Ascensita.

—¿Tienes penas?

—Sí que las tengo.

—Quien canta, penas espanta.

—Pero no penas como las mias.

—¿Cuáles son las tuyas?

—Que Diego no me quiere.

—¡Anda, engañosa!

—No, que es de véras.

—Pues mira, yo sé un remedio para que los novios la quieran á una.

—¿Cuál?

—Rezo una Salve á la Madre del Amor Hermoso todos los dias cuando tocan á maitines, y otra cuando tocan á la oracion, y Pepe me quiere mucho.

—¡Esas son tonterías!

—¡Sí, tonterías!... Reza tú las Salves, y verás cómo Diego te quiere.

—Yo no creo en esas cosas de Dios y los Santos.

—¡Anda, judía!

—Mejor, que lo sea.

Isabel y Ascensita guardaron silencio por algunos instantes.

—¿Y no reñís nunca Pepe y tú?

—Nunca. En el baile del domingo y en las romerías, con ninguna más que conmigo baila. Por la mañana, cuando me levanto, encuentro siempre en la ventana una rosa ó un clavel, que él me ha tirado al ir á las piezas. Por la noche, cuando viene de trabajar, nunca se va á casa sin pasar por la mia á verme. Cuando canta, siempre habla de mí en sus cantares. Cuando va á Bilbao, siempre me trae una cinta para el pelo. Cuando va al monte, nunca vuelve sin un ramito de tomillo ó un manojo de clavellinas ó siemprevivas para mí. Lo que yo digo ó lo que yo pienso le parece siempre lo mejor dicho ó lo mejor pensado. Si yo estoy triste, él lo está tambien. Y si yo estoy alegre, tambien él lo está.

—¡Ay, qué dichosa eres, Isabel!—exclamó Ascensita llorando de envidia.

—Sí que lo soy.

En esto sonó el toque de oracion, é Isabel, sonriendo de gozo, se santiguó y se puso á rezar.

—¿Qué rezas?—la preguntó Ascensita.

—La Salve á la Madre del Amor Hermoso. Rézala tú tambien y verás.

—La rezaré por si acaso.

Ascensita empezó á rezar; pero se interrumpió en seguida, exclamando:

—¡Eh! ¡Yo no quiero creer esas tonterías!

—Pues, hija, para tí será lo peor, que no te querrá Diego.

Isabel continuó rezando, y miéntras rezaba, un gozo inefable se reflejaba en su dulce rostro, como si su corazon se comunicase en aquel instante con un poder sobrenatural que le prometia las dichas supremas de la tierra y del cielo.

Ascensita entre tanto guardaba silencio, inclinando tristemente la cabeza y revelando su rostro el desconsuelo de la desesperacion, hasta que prorumpiendo en llanto, exclamó con un dolor que en vano tratarian de describir plumas ni pintar pinceles:

—¡Por qué no tendré yo para consolarme esas supersticiones y esas tonterías que tan felices hacen á otras!

V

Isabel, apénas se separó de Ascensita á la puerta de la casa grande, encontró á Diego, que volvia de trabajar de las llosas.

—Oye, Diego,—le dijo Isabel:—Ascensita ha ido conmigo á la fuente, y hemos hablado mucho de tí.

—¿Y qué habeis dicho?

—Que eres un descastado.

—¿Por qué?

—Porque haces desesperar á la pobre Ascensita.

—Quien bien te quiere, te hará llorar.

—Diego, por Dios, déjate de chanzas, que la pobre chica se va á morir de pena si sigues así. Tú no sabes lo que ha llorado en el castañar.

—¿De véras?

—De véras.

—¿Pues por qué?

—Porque cree que no la quieres.

—Hace mal en creerlo.

—Pues si la quieres, ¿por qué aparentas lo contrario?

—Por divertirme.

—Por Dios, Diego, deja esa diversion, porque si vosotros los hombres viérais la herida que hace en nuestro corazon lo que apénas hace impresion en el vuestro, tendríais profunda lástima de nosotras. ¿No veis que para nosotras todas las dichas del mundo se encuentran en el amor, al paso que para vosotros los hombres el amor sólo es una de las mil dichas á que podeis aspirar en el mundo?

—Tienes razon, Isabel, y me alegro de que me lo recuerdes,—contestó Diego, abandonando el tono chancero que le era habitual.—Te aseguro que quiero á Ascensita tanto como Pepe me ha dicho que te quiere á tí.

Isabel se sonrió de gozo al oir sus últimas palabras, y despidiéndose de Diego contínuó su camino, pensando con deleite y enternecimiento en Pepe.

Era ya completamente de noche cuando Diego llegó á su casa.

—¡Pobre hijo mio, qué cansado vendrás!—le dijo su madre.

—Verá usted qué pronto echo penas y cansancio al aire con un par de cantas que voy á entonar en la solana.

—Harás bien, hijo.

Canta, y no llores;
que cantando se alegran
los corazones.

Mientras tú cantas, voy á acabar de arreglar una cenita, que te vas á comer los dedos tras ella.

La noche estaba hermosísima.

La luna llena brillaba en un cielo tan azul como los ojos de Ascensita.

Las rosas y los claveles brotaban por todas partes, así en la huerta de Agustina como en la de don Rafael, y los frutales estaban unos cargados de flor y otros cargados de fruta.

El suave ambiente de la noche parecia complacerse en embalsamar la solana con todos los perfumes de la huerta.

Diego se sentó en un extremo de la solana, alumbrado por la luna, cuyos rayos no interceptaba por aquel lado el follaje de las parras.

En la solana de la casa grande, oscura porque allí no daba la luna, descubrió Diego un bulto, que no dudó fuese Ascensita.

Diego tomó su vihuela, y empezó á cantar la copla:

El clavel que tú me diste
el dia de la Ascension...

El bulto de la solana de enfrente empezó á moverse.

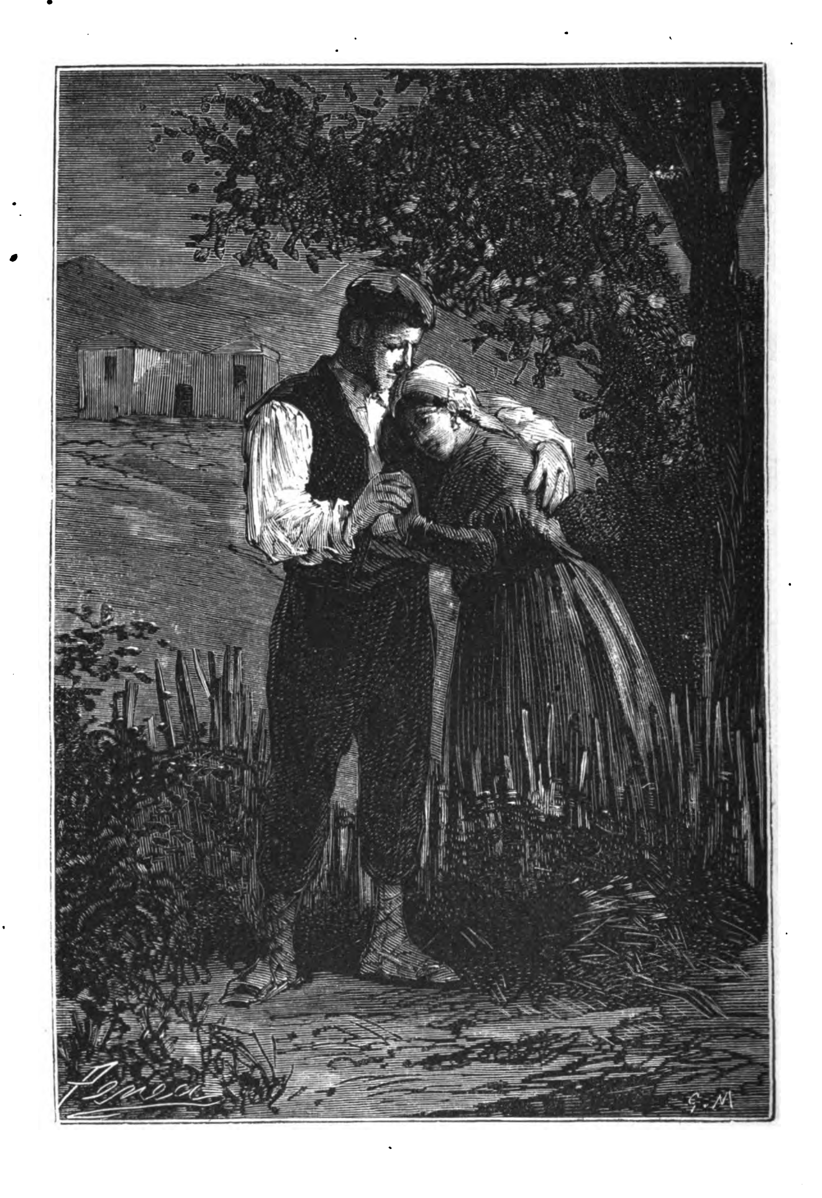
Diego entonó en seguida con dulce y sentido acento esta otra canta:

Emperatrices y reinas
por tí despreciara yo;
que tú, solita, solita,
reinas en mi corazon.

Y el bulto de la solana salió á la luz, es decir, bajó á la huerta donde daba la luna, y adonde bajó tambien Diego, porque el bulto atraido por sus cantares era aquel montoncito de rosas y de azucenas que llevaba el nombre de Ascensita.

Diego y Ascensita habian llegado á ser novios como se llega á ser amigos, sin preguntas ni respuestas, sin convenio


OF THE
ERSITY
LIFORN



.....estrechando contra su pecho la linda cabecita de la niña.

prévio, porque sale de dentro, por instinto, *porque sí*. Nunca se habian preguntado: «¿Me quieres?» Y la razon es muy sencilla: á Diego no le habia ocurrido nunca esa pregunta, porque nunca le habia ocurrido que Ascensita pudiera no quererle, y Ascensita no se habia atrevido á hacerla, porque Diego no se la habia hecho á ella.

Ascensita se despepitaba por dirigir á Diego un *¿Me quieres?*

Sin un *¿Me quieres?* ¿qué es el amor?

Sábenlo todos los que han querido, que son todos los que han nacido.

—Ascensita, ¿estás llorosa?

—Sí que lo estoy, Diego.

—¿Por qué has llorado?

—Porque sí.

—¿No sabes que yo te quiero?

—¿Me quieres? ¿me quieres?

La niña, como vemos, echaba á pares los *¿Me quieres?* para desquitarse de tantos y tantos como habia tenido en la puntita de la lengua, sin atreverse á dejarlos pasar adelante.

—Te quiero más que á mi vida,
más que á mi padre y mi madre,
y si no fuera pecado,
más que á la Vírgen del Cármen,

contestó Diego, estrechando contra su pecho la linda cabecita de la niña.

—Hijo mio, vamos á cenar,—dijo Agustina apareciendo en la solana.

—Allá voy, madre,—contestó Diego.

—¿De véras, Diego? ¿Me quieres?—volvió á preguntar Ascensita.

—Más aún que Pepe á Isabel,—contestó Diego.

Y echó á correr hácia donde estaba su madre.

Don Rafael, entre tanto, leia á Voltaire y no se cuidaba de su hija, porque por lo visto entraba tambien en sus ideas el dejar á las niñas que se las campaneen á su gusto.

Ascensita, llorando, no ya de dolor, sino de alegría, trepó por la escalerilla da la solana y se apoyó en la baranda, dirigiendo la vista primero al horizonte y luégo al cielo, como si la tierra fuese elemento impuro y mezquino para el sentimiento que agitaba su corazon.

Hombres y mujeres que enferman y mueren, flores que se deshojan, tierra que sustenta reptiles venenosos, rios y fuentes que se enturbian y se agotan, árboles que se secan: todo esto, que constituye el elemento en que vivimos, parecia mezquino y deleznable á la niña enamorada, que sin explicarse por qué, aspiraba á otra esfera más dilatada, más alta, más bella, más indefinible, más etérea, más en consonancia con el sentimiento que dominaba su alma.

Si, como Isabel, hubiera creido en Dios y hubiera visto á la Madre del Amor Hermoso interponiendo su santa influencia en sus virginales amores, ¡qué inmenso, qué celeste placer, Dios mio, hubiera experimentado exhalando su alma enamorada hácia aquel cielo azul tachonado de luceros!

La niña no creia en Dios, y entónces comprendia cuán triste es, así en el exceso del dolor como en el exceso del placer, no poder exhalar el alma en un: ¡Dios mio!

VI

Una tarde al ponerse el sol estaban don Rafael y Ascensita en el balcon.

Don Rafael leia sentado un libro que le llaman *Las ruinas de Palmira*, y Ascensita, de pechos á la baranda del balcon, miraba atentamente hácia el camino de Bilbao, como si esperase impaciente que álguien asomase por allí.

Agustina pasó por debajo del balcon con su herrada en la cabeza.

—Buenas tardes, hija,—dijo á Ascensita, porque la queria mucho.

—Buenas tardes, aña. ¿Va usted á la fuente?

—Sí; voy á ver si traigo agua fresca, porque con el calorazo que hoy ha hecho, aquel pobre vendrá muerto de sed.

—Mucho tarda en venir.

—Ya no debe tardar. ¿Le esperas con impaciencia?

—Sí que le espero.

—Pues, hija, júntate conmigo.

Agustina continuó su camino sintiendo una especie de gratitud hácia la niña, porque ésta participaba de su impaciencia por la vuelta de Diego.

—Ya no veo bien sin las antiparras,—dijo don Rafael cerrando el libro, levantándose y yendo á apoyarse en la baranda del balcon al lado de su hija.

—¿Estaba usted leyendo las *Ruinas?*—le preguntó Ascensita.

—Sí, y nunca me canso de leer este libro.

—A mí tambien me gustaba mucho, pero ahora ya no me gusta tanto.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo!

—Dentro de poco lo que te va á gustar á tí es el *Año virgíneo* que lee el babieca de Diego á la santurrona de su madre.

—El *Año virgíneo* no, pero el *Genio del Cristianismo* y *Los mártires*, que tambien lee Diego, me gustan ya más que las *Ruinas*.

—¿Y de cuándo acá no te gustan las *Ruinas?*

—Desde que me da rabia el que todo muera cuando una se muere.

—¿Y qué importa que así suceda?

—Cuando usted se muera quedaré sola en el mundo...

—Sola no, porque te dejaré medio millon, que es la mejor compañía. No la tienen tan buena Isabel y Catalina, y otras que son huérfanas y pobres.

—Sí, pero ésas creen que aunque su madre haya muerto las ve y las oye y vela por ellas; y cuando tienen una gran afliccion invocan á su madre, y así se consuelan.

—Vaya, vaya, hija, no seas tonta como ese atajo de fanáticos que nos rodea.

Estas palabras no bastaron á consolar á Ascensita, que continuaba muy cavilosa mirando hácia el camino de Bilbao, por donde asomó un jóven que caminaba á paso redoblado, en mangas de camisa, con la chaqueta cruzada á modo de bandolera, la boina encarnada echada atras, un palo de acebo adornado de caprichosos dibujos hechos por medio de la combus-

tion, colocado horizontalmente bajo la nuca, y los brazos tendidos sobre el palo formando cruz.

Aquel jóven era Diego.

Todas las melancolías y las cavilaciones de Ascensita desaparecieron cuando ésta le vió.

Diego, en vez de entrar en su casa, pasó de largo y se dirigió á la de don Rafael.

Ascensita corrió á su encuentro á la escalera con la dulce esperanza de que la trajera y la diese á escondidas alguna de aquellas dulces y sencillas finezas que Isabel le habia dicho que solia traerle su novio.

La esperanza de Ascensita no era vana; Diego la traia un librito preciosamente encuadernado, cuya portada se apresuró á examinar la niña, leyendo en ella: *El alma desterrada*, por Ana María.

El alma desterrada es la leyenda más delicada y bella que la musa cristiana ha producido.

Allá, en las comarcas bíblicas, hay una casta doncella que muere, dejando sumidas en profundo dolor á su madre y á sus compañeras.

Su santa madre pide al Señor que renueve el milagro que arrancó del sepulcro á Lázaro, y la doncella vuelve á la vida, pero su alma está eternamente triste, porque habiendo morado en el cielo, se considera desterrada en la tierra.

Tal era, sumarísimamente contada, la leyenda que Diego ponia en manos de Ascensita, persuadido de que el santo perfume de religion y poesía que exhala aquel admirable libro, habia de penetrar tarde ó temprano en el alma de la niña.

La alegría que á Ascensita produjo aquel regalo, se turbó

repentinamente cuando la niña observó que Diego venía triste.

—¿Qué tienes, Diego?—preguntó la niña con ansiedad.

—Traigo para tu padre una carta, que segun me ha dicho el que me la ha dado, contiene la noticia de una desgracia que ignoro.

Diego entregó la carta á don Rafael, y éste, apénas pasó la vista por ella, se dejó caer en un sillon blasfemando de Dios y de los Santos.

Don Rafael creia en Dios y en los Santos cuando blasfemaba de ellos.

Algo es algo.

En la carta que habia traido Diego se le decia que la casa de comercio en que tenia todo su capital habia quebrado, y cuando más, los acreedores á la quiebra sólo cobrarían un cinco por ciento de sus valores.

Al dia siguiente fué don Rafael á Bilbao, y volvió quebrantado de dolor con la certidumbre de que estaba arruinado.

Apénas llegó se acostó y dos dias despues le llevaron á enterrar.

Antes de morir pidió que fuese el señor cura á confesarle, y como Ascensita se admirase de esta peticion, don Rafael la dijo, haciendo un esfuerzo para sonreir:

—Hija, lo que se usa no se excusa.

Así se mostró á su hija por fuera. ¡Quién sabe cómo se mostraria á Dios por dentro!

A más de un confesor he oido yo asegurar que entre las mentiras de que se han acusado sus penitentes, figura la de haber dicho que no creian en Dios cuando creian á piés juntillas.

Si es horrible la hipocresía de la virtud, ¡qué horrible, Señor, debe ser la hipocresía del vicio!

VII

Ascensita vestia aún luto por su padre.

Tambien le llevaba en el corazon, porque sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas, y sus mejillas habian trocado el color de las rosas por el de las azucenas.

Ascensita se encontraba sola en ese caseron donde algunos meses ántes, si tenia penas, tenia un padre que la queria y la mimaba, y criados que, por amor ó por interes, la halagaban y la servian.

Ya por única compañía y único servidor tenia á una pobre mujer, á quien con dificultad podia dar un miserable salario.

Ascensita, á quien su padre esperaba dejar feliz dejándola rica, era muy pobre y muy infeliz.

Ni áun los santos consuelos que la fe proporcionaba á aquellas huérfanas cuyas supersticiones habia envidiado más de una vez, tenia la pobre Ascensita, porque la incredulidad que su padre habia sembrado, habia echado profundas raíces, y si la luz de la fe brillaba un momento en aquella alma extraviada, pronto se amontonaban en torno de ella las sombras de la duda.

Cuanto más desgraciada era Ascensita, más necesidad tenia de creer.

En un cuarto de su casa habia un armario lleno de libros, que miraba con profundo hastío, porque no encerraban nada de lo que buscaba su corazon.

Más de una vez tuvo intenciones de arrojarlos al fuego; pero desistió de ello, porque si no encerraban la fe que necesitaba su alma, encerraban el recuerdo de su padre.

En cambio, leia, sin cansarse nunca de él, otro libro en cuyas páginas hallaba un consuelo inexplicable: era *El alma desterrada.*

¿Creia Ascensita la maravillosa historia narrada por Ana María?

A Agustina y á Diego decia que no, y se lo decia con sinceridad; pero sin saberlo, creia en aquella historia, en aquel cielo lleno de santas delicias, y en aquella resurreccion.

Libro en que no se cree, no se lee nunca con gusto.

Diego y Ascensita se querian más que nunca.

Diego queria á Ascensita porque la veia desvalida y triste, y Ascensita queria á Diego porque en su corazon encontraba el único refugio.

Diego deseaba unirse pronto con la compañera de su infancia, pero no se atrevia á decírselo á su madre.

Yo no sé lo que serán los mozos en otras provincias de España, porque lo más que me he alejado de estos valles es á Valladolid, donde muy jóven aún estuve dos años estudiando, y no estuve más porque murió mi padre y tuve que abandonar los estudios para volver á consolar y ayudar á mi madre; no sé lo que serán los mozos campesinos en otras provincias, pero en ésta, á Dios gracias, las costumbres se conservan tan puras, que el pudor no es patrimonio exclusivo de las doncellas.

Era la víspera de la Ascension, y Diego y Agustina estaban comiendo.

—Hijo, ¿qué tienes, que estás triste y apénas comes?—preguntó Agustina á Diego.—¿Estás malo?

—No, madre.

—¿Has reñido con Ascensita?

—No señora.

—Pues tú por algo estás triste.

Diego calló.

—¿Por qué estás triste, hijo mio?

El muchacho se puso muy colorado, y contestó:

—Madre, mañana por primera vez en su vida pasará Ascensita sola y triste el dia de su Santo.

—Triste le pasará, porque es huérfana y desgraciada; pero sola no, porque yo la haré venir á pasar el dia con nosotros, si tú no lo llevas á mal.

El muchacho miró á su madre con tal ternura y tal alegría, que Agustina comprendió que le habia hecho con aquellas palabras un gran bien.

—Yo te haré mañana otro bien mayor,—dijo para sí Agustina.

Acabaron de comer, y Diego volvió á la pieza donde habia pasado la mañana trabajando. Habia venido caviloso y triste, y volvia tan alegre, que Ascensita le oyó cantar conforme atravesaba la llosa, la canta de

El clavel que tú me diste
el dia de la Ascension...

A la caida de la tarde, cuando todo se alegraba en la aldea con el repique de las campanas, que anunciaba la gran fiesta del dia siguiente, Ascensita bajó muy triste á la huerta.

Agustina la vió, y bajando á la suya, se puso á conversar con la niña á traves de la empalizada.

—Hija, esta noche tenemos que colgarte.

La niña se sonrió melancólicamente, y al mismo tiempo se le saltaron las lágrimas.

Agustina notó esto último, y se apresuró á añadir:

—Vamos, vamos, déjate de lágrimas, que pareces á Jeremías. Mañana te vas á quitar el luto, que ya le has llevado el tiempo suficiente, te vas á ir á almorzar y á comer con nosotros, y por la tarde vas á bailar con mi Diego en el nocedal.

—¡Ay, aña! ¡Bailar yo!

—Sí; yo os voy á hacer bailar á tí y á Diego como dos perinolas.

—Difícil es.

—Yo os tocaré una música que os alegre. Con que lo dicho dicho, que mañana queremos tenerte todo el dia de convidada.

—Gracias, aña.

—Guarda las gracias para quien tú sabes, y no faltes mañana, que te esperamos.

—No faltaré—contestó Ascensita sin poder ocultar su gozo.

Al dia siguiente, Agustina, Ascensita y Diego estaban acabando de comer en la solana de Agustina.

Hasta la misma Ascensita estaba alegre.

Diego tomó un vaso de vino, y dijo disponiéndose á desocuparle:

—¡Por que Dios nos reuna muchos dias como éste!

—Para que así sea,—repuso Agustina,—es menester que nosotros hagamos por reunirnos, que Dios dice: Ayúdate y te ayudaré.

Ascensita y Diego no comprendieron lo que Agustina queria decir.

—¿No me comprendeis?—les preguntó Agustina.

—No señora.

—Pues digo que quisiera oir el domingo vuestra primera amonestacion.

Ascensita y Diego no pudieron reprimir una especie de grito de alegría, y balbucientes de rubor y de gozo, quisieron pronunciar algunas palabras de agradecimiento; pero Agustina los interrumpió con el «Demos gracias á Dios por el sustento que hemos recibido», con que tenia por costumbre principiar la oracion de sobremesa.

Ascensita rezó llorando.

Rezar llorando, y no creer en Dios, es cosa imposible.

Cuando concluyeron de rezar se oyó en el nocedal inmediato la suave voz de Isabel, que cantaba al són de la pandereta.

—¡Ea, hijos mios, á bailar un corro!—dijo Agustina á los muchachos, á quienes el gozo tenia aún como embobados.

Diego, sonriendo amorosamente, dió un paso hácia Ascensita é hizo ademan de quitarse la boina, y la muchacha le contestó con una sonrisa y una inclinacion de cabeza.

Sabido es que ésta es la pantomima de las damas y galanes para convenir en bailar juntos.

—¿No dije yo que bailaríais como perinolas?—exclamó Agustina.

Treinta minutos despues, Diego y Ascensita bailaban que se las pelaban en el nocedal.

Y treinta dias despues se casaban en la iglesia.

VIII

Si las riquezas dieran por sí solas la felicidad, Ascensita hubiera sido muy feliz dos años despues de casarse, porque la casa de comercio donde su padre tenia todo su capital, se habia rehabilitado completamente, pagando todos los créditos que pesaban sobre ella, merced á una gran herencia que vino en auxilio de su jefe, apénas Ascensita se casó con Diego de Salcedo; pero Ascensita era muy desgraciada á pesar de que era rica, y Diego y ella se querian cada vez más.

Ascensita tenia una hermosa niña de poco más de un año, que era la alegría de su casa; pero la niña estaba gravemente enferma, y la pobre madre no se apartaba de su lado hacía muchos dias y muchas noches, cuidando de ella con inmensa solicitud é inmenso dolor.

Todavía la ponzoñosa planta de la duda conservaba algunas raíces en el corazon de Ascensita, á pesar de que parece imposible que en el corazon donde cabe el santo amor de madre quepa el negro ateismo.

Diego y Ascensita y Agustina esperaban con angustia la llegada de uno de los más afamados médicos de Bilbao, que habian mandado á llamar para que viese á la niña.

El médico tardaba, y Ascensita se consumia de impaciencia é incertidumbre.

El médico llegó al fin y examinó atentamente á la criatura, guardando un triste silencio, que causaba la más dolorosa inquietud á la pobre madre.

—¿Se salvará la hija de mi corazon?—le preguntó lloran-

do Ascensita.—¡Por Dios, hábleme usted con franqueza, que la incertidumbre es para mí más cruel que la muerte de mi hija!

—Señora,—contestó el médico,—sólo Dios puede salvar á esta niña.

Ascensita cayó casi sin sentido junto á la cuna donde agonizaba su hija.

Cuando volvió en sí, sólo Diego estaba á su lado.

La desconsolada madre aplicó el oido á los labios de la niña, y notando que la niña respiraba aún,

—¡Diego,—exclamó,—cuida de la hija de mi alma!

Y bajando precipitadamente la escalera, llegó á este pórtico, y cayendo de rodillas ante la Vírgen de la Consolacion, exclamó desolada:

—¡Vírgen Santísima! ¡Ten misericordia de mí! ¡Salva á la hija de mis entrañas! ¡Y si ha volado al cielo desde que me separé de su lado para postrarme á tus piés, pídele á tu Santo Hijo que la devuelva á la vida como á la doncella de Galilea!

Una mujer que oraba en un rincon del templo, se levantó llorando á la par de gozo y de dolor, y corrió á estrechar en sus brazos á la desconsolada madre, prodigándole el nombre de hija.

Aquella mujer era Agustina, que habia bajado al templo tambien para implorar de la Vírgen la salvacion de la niña.

—¡Madre!—exclamó Ascensita.—¡Creo en Dios! ¡creo en Dios y espero en su misericordia!...

—Hija, ni tú ni nadie espera inútilmente en ella,—contestó Agustina deshaciéndose en lágrimas.

Y ambas volvieron á arrodillarse y á orar.

—¿Y se salvó la niña?—pregunté al anciano que me contaba esta historia.

—Ahí la tiene usted,—me contestó señalando hácia la puerta de la casa grande, donde apareció una señora, jóven aún y hermosa, trayendo de la mano una niña de ocho años, rubia como el maíz y hermosa como los serafines.

—¿Y es su madre esa señora?

—Sí, ésa es Ascensita, ésa es la señora mayordoma perpetua de la Vírgen, ésa es la mujer más creyente de la aldea, ésa es la madre de los pobres del valle, ésa es la mujer más feliz de la tierra.

La señora y la niña nos saludaron, y penetrando en la ermita, se arrodillaron ambas ante el altar de la Vírgen.

IX

El sol iba ocultándose tras de los picos lejanos, y yo tomé el camino de mi aldea.

La imágen de todos aquellos amigos de mi infancia, que dormian ya el sueño eterno á la sombra de los árboles que rodean el templo donde por primera vez levanté la voz y el corazon á Dios, volvió á aparecer ante mis ojos; que más de una vez, como entónces, al tocar el sol en el ocaso, tomé con ellos aquel mismo camino volviendo de la fiesta de la Consolacion todos alegres, todos llenos de doradas esperanzas, todos libres de los graves pensamientos, de las dolorosas inquietudes y de las hondas meditaciones que agitaban mi alma al volver á los valles nativos.

Procuré echar de mi imaginacion éstas á la par dulces y

amargas memorias, y pensé en la consoladora y suave, y fresca y tierna narracion del anciano.

No sé qué dulce, qué religiosa, qué santa melancolía dominaba mi espíritu al perderme en los rebollares, oscuros ya por la espesura del follaje y la proximidad del crepúsculo, donde á su vez se perdia el camino de mi aldea.

Tan abstraido caminaba yo en mis indefinibles pensamientos, que no sentí á un niño como de doce años, que caminaba tras de mí, hasta que me alcanzó y me saludó respetuosamente.

El niño llevaba el mismo camino que yo hasta un alto de donde se descubria mi aldea, y de donde partia el camino que conducia á la suya, mucho más distante que la mia.

—Te va á anochecer—le dije—mucho ántes de llegar á casa.

—Sí señor, lo ménos una hora ántes,—me contestó.

—¿Y no te da miedo caminar de noche por esas arboledas tan sombrías y solitarias?

—No señor, porque en diciendo uno de cuande en cuando:

¡Jesus, María y José,
las cosas que un hombre ve!

no salen espantos ni nadie se mete con uno.

—¿Es decir que tú con decir eso, te crees tan seguro y vas tan tranquilo como si te acompañara una pareja de miqueletes?

—Y más aún; que con Dios nadie puede, y con los hombres sí.

—¡Señor,—exclamé desde el fondo de mi corazon,—conserva siempre la fe en el alma de este niño, porque la fe es la felicidad en la tierra y en el cielo!

El niño y yo continuamos nuestro camino, conversando animadamente.

Nos acercábamos ya á la cumbre, y al dirigir la vista al ocaso, le vi velado por una nube negra, que iluminó débilmente un relámpago, al que siguió un sordo, lejano y prolongado ruido, que me pareció el del trueno.

—Creo que esta noche vamos á tener tempestad,—dije al niño con la viva inquietud que siempre he sentido al aproximarse y al estallar las tempestades, que ejercen en mi organismo una terrible influencia.

—De seguro me coge ántes de llegar á casa.

—¿Y no te asustan las tempestades?

—No señor; todo es ponerse uno como una sopa.

—Ó que le parta á uno un rayo.

—Lo que es de eso no tengo yo miedo.

—¿Por qué?

—Porque en diciendo:

Santa Bárbara bendita,
en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,

no hay miedo de que le alcance á uno ningun rayo ni centella.

Nuevamente envidié la fe del niño, y pedí mentalmente á Dios que conservase la que ha sobrevivido á tantos años y tantos infortunios en mi alma.

El niño tomó cantando alegremente el camino de su aldea, y yo descubrí el campanario de la mia.

En aquel instante tocaron á la oracion las campanas de la iglesia donde duermen el sueño eterno todos aquéllos que en vano buscaban mis errantes ojos al tornar al valle nativo.

Y entónces me arrodillé y recé, y pensé en Dios y en los muertos, y al dirigir la vista al valle, que se extendia á mis piés tranquilo y hermoso, y al mar, que se extendia á lo léjos infinito y terrible, ambos iluminados por los últimos fulgores del crepúsculo, vi vagando en el valle á mis amigos muertos, y en el mar á Dios; unos para consuelo del hombre, y otro para consuelo del cristiano.

¡Señor! ¡Desventurado es el autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; pero sufrirá resignado su desventura miéntras el título de este cuento sea el eco de su corazon!

FIN DE LOS CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

APÉNDICE.

Al hacerse la segunda edicion de este libro en 1862, dije:

«Cuando un libro tiene la desgracia de hallar al público indiferente, su autor no contrae más obligacion que la de respetar la indiferencia del público; pero cuando un libro tiene la dicha de que á los dos años de haber salido á luz por primera vez se haya agotado una copiosísima edicion; de que la prensa de todas las localidades le haya reproducido; de que haya sido vertido al frances, al aleman, al portugues, al inglés, y hasta al ruso; de que se hayan hecho de él várias ediciones castellanas en Alemania y América, y de que doctísimas plumas, nacionales y extranjeras, se hayan ocupado en su exámen; cuando un libro ha tenido esta dicha con que Dios ha recompensado, no el mérito, sino la buena intencion del presente, el autor tiene el deber de mejorarle y de dar una satisfaccion al público, respondiendo con sinceridad á las objeciones de la crítica.

»La crítica ha tenido muchos elogios para este libro; pero tambien ha tenido censuras, que por lo mismo que han sido benévolas y sinceras, me obligan más y más á tomarlas en cuenta, tanto para enmendar unas cosas, como lo he hecho, como para justificar otras, como lo voy á hacer.

»Las principales censuras son dos: una de ellas se refiere generalmente al libro, y la otra particularmente á uno de los cuentos que en él figuran.

»El Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, á quien de las muchas pruebas de leal amistad que me ha dado, ninguna agradezco tanto como la que consiste en decirme siempre la verdad, por más que esta verdad pueda mortificar

mi amor propio, ha dicho que los CUENTOS DE COLOR DE ROSA pertenecen á la escuela literaria llamada neo-católica, cuyos principios, segun él, son los siguientes:

«Todo lo antiguo es bueno, inmejorable; todo lo moderno es malo, detestable; lo que más se acerca á lo pasado, es lo mejor; lo que más se acerca á lo presente, es lo peor (1).»

»Si esta definicion de la escuela literaria neo-católica es exacta, puedo asegurar que ni por mis obras ni por mis sentimientos, que son una misma cosa, pertenezco á esa escuela.

»Hace diez años estampé en EL LIBRO DE LOS CANTARES los siguientes versos, con cuyo contenido estoy cada vez más conforme:

«Porque los hombres no nacen
para atravesar el mundo
sin impelerle adelante (2).»

»Lo que hay de cierto, es que las almas del temple de la mia simpatizan profundamente con todo lo lejano, con todo lo que se va, con todo lo que muere, con todo lo que es triste, con el sol que declina, con la flor que se agosta y con la hoja que se desprende del árbol. Lo que hay de cierto, es que en mi alma se conserva aún la fe que atesoraba cuando hace veinticinco años volví los ojos llorando hácia mi aldea, y sólo vi el campanario que enviaba la consoladora voz del Señor al hogar de mis padres. Lo que hay de cierto, es que se está abusando lastimosamente de la palabra neo-católico, aplicándola lo mismo á los que tienen á Dios en el corazon y en los labios, que á los que tienen en los labios á Dios y al diablo en el corazon.

»Cuando escribo esto, se prepara mi padre, pobre anciano de setenta y cinco años, á abandonar sus tranquilas y queridas montañas de Vizcaya para pasar algunas semanas á mi lado. En las hermosas mañanas de primavera recorrerémos juntos las arboledas de la Florida, y mi padre, al pasar por delante de la ermita de San Antonio, descubrirá piadosamente la venerable cabeza, como ha hecho por espacio de setenta años al pasar por

(1) Cartas al autor, publicadas en el *Diario de Barcelona*, al aparecer la primera edicion de los CUENTOS CAMPESINOS.

(2) Cantar titulado *El adolescente*.

delante de la iglesia de nuestra aldea. Tal vez oirá á su espalda una voz que le dirá: «¡Neo-católico!» y volviéndose á mí, me preguntará qué es lo que quieren decirle, y yo le contestaré: «Lo que quieren decir es, que es usted católico nuevo, católico de ayer, católico improvisado.»

»¡Oh, padre! ¡Qué profunda estrañeza y qué santa indignacion sentirás al saber que hay quien te llama católico nuevo, á tí, que hace setenta y cinco años llevas á Dios en el corazon!

»El autor de los Cuentos de color de rosa no ha dado más motivo que su padre para que le califiquen de neo-católico: se descubre la cabeza ante el templo, invoca á Dios en sus tribulaciones, simpatiza con todo lo débil y triste, glorifica todo lo noble y santo, y aconseja al pobre y dolorido pueblo que no arroje á Dios de su corazon ni á la familia de su hogar, porque Dios y la familia son la única esperanza y el único refugio del pueblo en las tempestades de la vida.

»El autor de los Cuentos de color de rosa no está afiliado, al ménos á sabiéndas, en ninguna escuela filosófica, ni política, ni literaria, y hasta no está muy seguro de lo que significa en filosofía, ni en política, ni en literatura el neologismo que se ha aplicado á este libro. Estudia en el libro de la naturaleza, y cuenta, del mejor modo que puede, lo que piensa, lo que siente y lo que ve, cuando lo juzga digno de ser contado. A esto se reducen todo su sistema y toda su ciencia.

»El Sr. D. José de Castro y Serrano, crítico no ménos profundo, y amigo no ménos leal que el Sr. Mañé, ha censurado acerbamente el cuento *Desde la patria, al cielo*, que forma parte de este libro. No voy á rebelarme contra su censura, que voy sólo á exponer las razones que tuve para escribir el cuento en cuestion del modo que le escribí.

»Acúsame, en primer lugar, el Sr. Castro, de que he aconsejado la inmovilidad de la ostra, que vive y muere adherida á la roca donde nació, al parafrasear estos cuatro versos del inolvidable Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
más rio que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!

»Lista no quiso decir que el hombre debe vivir inmóvil como la ostra allí donde nació, ni eso quiere decir el cuento *Desde la patria, al cielo*, que es

sencillamente la paráfrasis de los versos. Lo mismo este docto literato que el autor del cuento, hombres incapaces de escribir una cosa y hacer otra, salieron de su patria, y amaron y bendijeron campos que no eran los nativos, y gentes que habian nacido léjos de donde ellos nacieron. Lo que quisieron decir ambos fué: que el hombre no debe abandonar su patria deslumbrado por mentidos sueños de felicidad, y que en el caso de abandonarla con fundado motivo, debe pensar siempre en ella, procurar su dicha, y preferirla, en igualdad de circunstancias, para pasar el resto de sus dias. La teoría de Lista y su glosador, léjos de ser la teoría de la inmovilidad, es la teoría del patriotismo, que no existiera de ser esa teoría falsa.

»En segundo lugar, me acusa el Sr. Castro de que al hacer viajar á Pedro, el protagonista del cuento, he ridiculizado á países tan dignos de respeto y admiracion como Francia, Inglaterra y Alemania.

»Esta censura me parece, cuando ménos, tan infundada como la anterior. A Pedro le parecia todo horrible mirado desde cerca, y hermosísimo mirado desde léjos. Si cuando estaba en Vizcaya, su patria, todo lo de ella le parecia feo, y hermoso todo lo del extranjero, lo lógico era que cuando estaba en el extranjero, todo lo de él le pareciese feo, y hermoso todo lo de Vizcaya; y si al tornar á ésta le pareció y siguió pareciéndole ya hermosa, fué porque la experiencia y las amarguras de la expatriacion habian corregido el extravío de su entendimiento.

»Reproducida la crítica del Sr. Mañé por muchos periódicos, é inclusa la del Sr. Castro en la excelente traduccion alemana de este libro, impresa en Augsburgo, y suscritas ambas por nombres estimadísimos en la república literaria, han sido y serán muy leidas. Esta es la principal razon que me ha movido, más bien que á refutarlas, á rendir un tributo de respeto á sus autores y al público, explicando el por qué de mi conducta.»

Lo que precede es lo que dije al hacerse la segunda edicion de este libro en 1862. Al hacerse en 1875 la cuarta, tengo que decir algo más.

He debido á los escritores portugueses honras y simpatías que nunca podré olvidar ni agradecer lo bastante, porque hasta su censura de mis tendencias filosófico-literarias ha sido tan bondadosa y delicada, que casi no me atrevo á decir algunas palabras para atenuarla.

El Sr. Pinheiro Chagas en el *Archivo pittoresco* de Lisboa, que ha dado á luz excelentes versiones de mis humildes escritos, y el Sr. Vilhena Barbosa en una Introduccion á un volúmen de cuentos escogidos mios, hermosa-

mente traducidos por el Sr. Castro Monteiro, de Oporto, son los escritores portugueses que, al prodigarme elogios que no merezco, más han insistido en considerarme enemigo de todo progreso. Debo asegurar que si realmente hay esta tendencia en mis obras, es extraña á mis convicciones y mi voluntad.

Fray Luis de Granada dice que es regla de prudencia no mirar á la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas y condenarlas, «porque, añade, muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas; y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad debe ser para condenar lo bueno.» Esta regla de prudencia está tan conforme con mis ideas, que nunca me he apartado de ella, ni pienso apartarme.

La verdad es que los Cuentos de color de rosa, que pertenecen á mis primeros trabajos literarios, dieron ocasion á que con más ó ménos justicia se me afiliara en cierta escuela, y no ha habido medio de que la crítica rectifique aquella filiacion, á pesar de que en ninguno de los muchos libros que despues he escrito se puede encontrar el menor pretexto para sostenerla. En uno de mis últimos libros *(Cielo con nubecillas)* dice uno de los interlocutores: «El hombre debe ser de su tiempo para que su tiempo sea suyo.» Hago completamente mia esta máxima y aseguro que ésta será la última vez de mi vida que me ocupe en rechazar la nota de neo-católico, que rechazo con toda la energía de mi inteligencia si se me aplica en el concepto de enemigo de la libertad y el progreso que Dios no reprueba, y acepto con toda la efusion de mi alma si se me aplica en el concepto de católico que cree y reverencia cuanto reverencia y cree la Iglesia católica apostólica romana.

GLOSARIO.

A

Aceña. Molino por el sistema antiguo. Tenia sólo una gran rueda ó volante de madera que giraba en lo exterior, y cuyo eje estaba colocado horizontalmente. Hace veinte años sólo existian ya en las Encartaciones dos aceñas, que estaban en el riachuelo de Cotórrio, que tiene su orígen en los montes de Triano y desemboca en la ria de Pobeña. Hasta á la orilla de los riachuelos de ménos caudal se ven vestigios de aceñas, porque éstas sólo necesitaban para moler un salto de agua pequeño. Tenia sólo una piedra, en que se molia indistintamente el trigo y el maíz, que en los molinos modernos se muelen separadamente. En lo antiguo era grandísimo el número de aceñas en las Encartaciones, á juzgar por las muchas ruinas que se ven aún, por los muchos molinos que hoy existen y que se sabe fueron antiguamente aceñas, y por las que cita Lope García de Salazar en su *Libro de las buenas andanzas e fortunas*, escrito en 1471. Sólo en la jurisdiccion de Sopuerta recuerdo haber visto ruinas de cerca de veinte aceñas. Este nombre, por más que se le atribuya orígen árabe, procede de la voz vascongada *acenia*, que significa rueda de molino.

Alen (la). Sierra muy alta, que tiene á su pié por Oriente el concejo de Sopuerta, por Poniente el valle de Trucios, y por el Sur el valle de Arcentáles, todos tres pertenecientes á las Encartaciones de Vizcaya.

Allegar. Amontonar particularmente la hoja que cae de los árboles, para abonar con ella las tierras.

Andana. Voz con que se designan los parrales que suelen orlar las huertas ó las piezas.

Aña. Nodriza. La voz *ama* con que generalmente se designa en España á las nodrizas es vascongada, y quiere decir madre.

APRENDER (un nido ó un setal). Equivale á encontrar ó acertar dónde hay.

APURRIR. Alargar ó dar una cosa.

ARGOMAS. Aulagas.

AVELLANEDA. Aldea del concejo de Sopuerta, que hasta principios del presente siglo fué cabeza de las Encartaciones y residencia de un Teniente del Corregidor de Vizcaya. Delante del Consistorio existia un roble, bajo el cual celebraban sus juntas los encartados, á semejanza de las que celebran aún los vizcainos bajo el árbol de Guernica, y celebraban los alaveses en Arriaga. Este venerable árbol fué cortado y quemado por los franceses; pero existe otro que se tiene por renuevo de aquél. En una colinita, distante poco más de un tiro de piedra del Consistorio, existen aún las ruinas de una torre, que en mi niñez conservaba todavía sus muros exteriores. Aquella torre, que tambien servia de atalaya, y á cuyo pié se derramó no poca sangre durante las sangrientas luchas de los bandos oñacino y gamboino, sirvió en lo antiguo de cárcel, y cuenta la tradicion que sobre ella se ejecutaban las sentencias de los jueces cuando regía en las encartaciones la ley del Talion, reducida á la sencilla fórmula de ojo por ojo, diente por diente.

B

BALA. Tronera, loco, calavera.

BATIR TERRONES. Pulverizar con unos mazos de madera los terrones secos en las heredades.

BILORTO (vilorta). Vara generalmente de roble ó mimbre, que se retuerce en verde para hacerla flexible, y sirve para atar haces de leña ó trigo. Es voz puramente vascongada.

BORONA (maíz). La cosecha de maíz es muy abundante en las Encartaciones, particularmente cuando llueve á tiempo, ó sea del 20 de Julio al 20 de Agosto. Allí es casi desconocido el riego artificial, á pesar de que el agua brota por todas partes, y por consiguiente sin mucho trabajo se pudiera, en gran número de tierras, hacer que *lloviese siempre á tiempo.* Es general la creencia de que la borona procede de América, y el mismo Larramendi participa de esta opinion, pues dice que los vascongados le dieron allí el nombre de *bero-ona* que equivale á bueno cuando está caliente, como en efecto lo es la borona ó maíz; pero ya Lope García de Salazar, que escribió más de veinte años ántes del descubrimiento de América, da á entender claramente que en su tiempo se cosechaba borona en Vizcaya, pues dice que Lope Martínez de Ondazárros fué muerto en Güeñes á consecuencia de una disputa sobrevenida por haber entrado unas acémilas en un *boronal.* ¿Daríase entónces el nombre de *borona* al mijo que se sabe haberse cultivado en Vizcaya en lo antiguo para alimento del hombre como cereal? Mi opinion es resueltamente afirmativa.

BREZAS. Escobas de brezo.



C

Cañas. Varas del carro.

Calero (horno de cal). En Vizcaya se emplea la cal como un excelente abono para las tierras, generalmente recias ó fuertes. Este abono se obtiene con facilidad allí, donde abunda la piedra caliza y el combustible para calcinarla, y es tan eficaz, que sin dar descanso á las tierras, pues en Vizcaya alternan sin intermision de año la cosecha de trigo y la de maíz, duran sus efectos ocho ó diez años.

Calzas. Las capas de hojas que cubren las espigas ó mazorcas del maiz.

Caniegas. Manzanas estimadísimas.

Canta. Copla popular.

Cárcaba. Vallado de tierra con que se cercan las heredades. De la extraccion de la tierra con que se forma la cárcaba, resulta un foso que contribuye á la seguridad de los sembrados. Es voz de origen vascongado.

Cargas. La carga de vena tiene once arrobas y catorce libras.

Carrejo. Sitio donde se juega á los bolos.

Casería. Lo mismo que caserío y voz más propia que ésta. La poblacion de las Provincias Vascongadas, y particularmente la de Vizcaya, está diseminada en caserías aisladas una de otra, ó en grupos, poco considerables. Sin embargo, hay cierto número de poblaciones, que son las villas, cuyo caserío forma calles como el de los pueblos de Castilla.

Cinto (pico). Se alza entre Sopuerta y Zalla, y se cuenta que era uno de los cinco picos encartados donde se tañia la bocina de guerra. Pasé la niñez al pié de él, y nunca me atreví á subir á su cima. Al volver por primera vez al valle nativo despues de escribir este libro, trepé una hermosa tarde de otoño á la cima del pico Cinto, y permanecí una hora contemplando el magnífico espectáculo que se ofrecia á mis ojos: al Sur sólo descubria una serie de montañas que terminaba en la peña de Orduña; al Oriente, altísimos picos que, empezando por los de Ereza que se alzan entre Galdámes y Güeñes, terminan con los de Amboto y Urquiola, cerca de Elorrio; al Poniente, montañas tambien limitadas por las altísimas de Soba; y al Norte, en primer término la hermosa llanura sembrada de blancas caserías que constituye los concejos de Sopuerta y Galdámes, y en segundo término el agitado golfo cantábrico.

Cofa. Cesta pequeña que presta en las Encartaciones el servicio que las espuertas en otras partes.

Colisa. Altísimo pico que domina las Encartaciones, el valle de Mena y una gran parte de las montañas de Santander. Sobre su cima hay una ermita, cuyo tejado vierte las aguas á tres distintas jurisdicciones, que creo son las de Arcentáles, Balmaseda y Mena. Dícese que en los primeros siglos del cristianismo el pico de Colisa era una especie de Tebaida donde hacian vida penitente muchos siervos de Dios.

CONCORDIA. Sociedad de seguros sobre la vida de los bueyes, que suele formarse anualmente en los pueblos de las Encartaciones.

CUBERA. Bodega, es decir, el sitio donde se encierran las cubas de vino.

CUCO. En las Encartaciones se oye con mucha alegría el primer canto del cuco, y particularmente cuando viene por Oriente, en cuyo caso anuncia abundancia de grano y fruta. *Hacer el cuco* en las Encartaciones es lo mismo que en Castilla *hacer novillos* y en otras partes *hacer rabona.*

CORRO. Echar un corro es lo mismo que echar un baile. Generalmente, en Vizcaya, el baile que pudiéramos llamar tradicional, consta de dos partes, entre las cuales média un corto descanso: la primera es propiamente el fandango, y la segunda el *alto*, ó en vascuence *arin*, *arin*, que quiere decir *ligero*, *ligero*. Otro de los bailes más populares y característicos del país es el *aurrescu*, cuya traduccion es *mano delantera*.

CAMPA. Lo mismo que campo, si bien por lo comun se llama así á los terrenos que han sido cultivados y se dejan baldíos para pastos.

CEBERA. Designanse colectivamente con esta voz los cereales en general.

CELEMIN. En todas las casas de las Encartaciones hay esta medida. Es un cajon de madera dividido por una tabla colocada horizontalmente. Una de estas divisiones tiene la cabida de un celemin, ó sea la duodécima parte de una fanega, y la otra la de medio. Generalmente sirve de asiento cerca del hogar á la madre de familia.

CÍRRIA. La flor que corona la planta del maiz. Esta flor se suele cortar, tanto para beneficiar la planta como para alimentar el ganado vacuno, que es muy aficionado á ella. Cirria es voz vascongada.

CHACOLÍ. Vino del país, que puede competir con el de Burdeos cuando la vinificacion es esmerada.

CHOMIN. Domingo.

D

DESGA. Artesa de madera, generalmente de una pieza.

E

ECHECO-JAUNÁ. Amo ó señor de casa.

ENCARTACIONES. Con este nombre se conoce desde tiempo inmemorial aquella parte del Señorío de Vizcaya que se extiende desde cerca de Bilbao hasta los confines occidentales del Señorío con la provincia de Santander, y se compone de las villas de Balmaseda, Lanestosa y Portugalete, de los valles de Carranza, Trucios, Arcentáles, Gordejuela, Santurce, Sestao, San Salvador del Valle y Somorrostro (que comprende los siete concejos de Múzquiz, Abanto, Santa Juliana, Cierbana, Santurce, Sestao y San Salvador), y de los concejos de Sopuerta, Galdámes y Zalla.

Ignórase el orígen del nombre que lleva aquella nobilísima comarca; porque si bien se cree que se le dieron algunos nobles leoneses que se establecieron allí en tiempo de Alfonso el Casto y fueron encartados por haber huido del Reino de Leon á consecuencia de las revueltas políticas, esta opinion no merece mucho más crédito que la que encuentra el orígen del nombre de Balmaseda en la exclamacion *¡mal-se-da!* en que se supone prorumpian los que sitiaban inútilmente aquella antiquísima poblacion, defendida por dos fuertes castillos, demolidos durante la última guerra civil.

Las Encartaciones, cuya poblacion pasa de veinte mil almas, fueron, digámoslo así, el corazon de la antigua Cantabria, cuyos heroicos habitantes preferian morir á rendir vasallaje á la soberbia Roma, y cuyo territorio se extendia, segun Julio César, Floro, Dion, Orosio y otros historiadores romanos, desde el límite septentrional del Pirineo hasta las Astúrias.

Juliano dice que Arracilo, cuyo nombre suena en las famosas guerras cantábricas, es la moderna Arceniega, colindante hoy con las Encartaciones, y llamada en otro tiempo Arracilo-negra. Rusceli es de opinion que el monte Vindio, nombrado por los historiadores romanos como comprendido en la region cantábrica, no era otro que la cordillera que hoy designamos con el nombre de Peña de Orduña. Es opinion muy admitida que el puerto de Ámano estaba en la ria de Bilbao, ó más bien en Castro-Urdiales, en cuyas cercanías existe hoy un valle que lleva el nombre de Sámano. Por último, el *monte todo vena* citado por Plinio, es el monte Triano. No admite, pues, la menor duda el puro cantabrismo de las Encartaciones.,

Las Encartaciones están pobladas de nobilísimas casas solariegas, que han producido en todos tiempos varones muy ilustres.

El idioma vascongado, que en otros tiempos se habló allí, como lo atestiguan la tradicion, apellidos antiquísimos y nombres de caserías, montes, rios, etc., desapareció á causa del continuo trato de los encartados con los castellanos, reemplazándole el idioma de estos últimos, mezclado de voces y giros vascongados. Por lo demas, los encartados conservan el tipo, las costumbres, el amor á la patria, todas las nobles cualidades que enaltecen á los restantes moradores del Señorío.

El terreno de las Encartaciones, de unas veinte leguas de circunferencia, es feraz en su mayor parte, y fragosísimo en otras. Los laboriosísimos é inteligentes encartados van reduciendo á cultivo hasta las cimas de los montes más altos. La parte montuosa está poblada de encinas, hayas, robles, castaños, enebros, acebos, bortos y otros árboles, cuyas maderas se destinan para construccion y carbones; en sus valles se encuentra sabrosísima fruta, y abundan los perales, ciruelos, cerezos y manzanos, huertas y viñedo, cuyo vino es de un gusto muy agradable; yerbas medicinales y excelentes pastos. Las cosechas son principalmente

de trigo, maíz, alubia, guisantes, habas y otras semillas, y hay gran número de molinos harineros.

Los caminos son hermosísimos, como en el resto del país vascongado.

Existen en los montes de aquel territorio canteras de piedra caliza y algunas de jaspes.

Abundan las minas de hierro, cobre y alcohol, y áun las de plata, que se supone infundadamente dieron nombre al valle de Arcentáles, pues este nombre es vascongado. Las minas que son un verdadero tesoro para el país son las de fierro en el valle de Somorrostro, célebres y explotadas ya en tiempo de los romanos, y de las que se exportarán pronto para el extrangero anualmente millones de toneladas de vena de fierro de superior calidad.

En el valle de Carranza existe uno de los establecimientos balnearios termales mejores y más útiles de España, merced al celo y al patriotismo del Sr. Guardamino, uno de los hijos que más honran á las Encartaciones.

De la parte montañosa brotan aguas potables en muchos y abundantes manantiales, que afluyen á los valles formando cinco rios, entre los que ocupan el primer lugar por su caudal, el Cadagua, que tiene su origen en la parte meridional del valle de Mena, y atravesando las Encartaciones desemboca en la ria de Bilbao, y el Somorrostro, que procede de los montes de Arcentáles, Sopuerta y Galdámes, y desagua en el mar por la ria de Pobeña en Somorrostro.

Los valles encartados son muy dignos de ser visitados por el viajero: no hay en ellos grandes bellezas artísticas, pero las hay de otro género. En ellos se encuentran, jurisdiccion de Arcentáles, unas fuentes intermitentes qne hay motivos para creer sean las Tamaricas de Plinio, como asimismo el monte Triano, citado por el mismo autor. En las Encartaciones está la montaña cónica de Sarántes, que en concepto del sabio naturalista Bowles, es un volcan apagado. Allí se hiergue aún como un espectro ensangrentado la torre de la Jara, sobre la cual, en tiempo de los funestos bandos oñacino y gamboino, se alzaba constantemente una horca. Allí está el castillo de San Martin, donde el célebre Lope García de Salazar escribió, en el siglo XIV, cercado por sus propios hijos, su *Libro de las buenas andanzas e fortunas*. Allí, singulares y antiquísimas casas solariegas, por cuyas saeteras parecen asomar aún los ballestones de la Edad Media y los mosquetes de los siglos XVI y XVII. Allí, en una eminencia llamada el Cerco, que domina el angosto valle que separa del mar á los concejos de Sopuerta y Galdámes, se ve el circuito de una fortaleza semejante á los *castros* que aún se destacan en las montañas de Galicia. Allí, en fin, feraces valles, como los que riega el Cadagua; hermosas llanuras, como la que se extiende desde la ria de Somorrostro á la de Bilbao; picos que parecen tocar el cielo, como el Colisa, el Cinto y Alen; cavernas como la de la Magdalena de Urállaga, dentro de la cual hay una ermita y

se celebra una romería, y la de Artecona, de donde en ciertas épocas del año se exhala una blanca columna de vapor, que semeja el humo de las locomotoras; aguas termales tan benéficas y buscadas como las de Molinar, y ruinas tan venerables como las de la iglesia de San Martin de Sopuerta, demolida á principios del siglo XVIII, y edificada, segun tradicion, en el siglo X.

Por humilde que sea este libro, ha conseguido dar á conocer en toda Europa y América el ignorado nombre de los valles encartados. Su autor tiene esta satisfaccion por una de las mayores de su vida.

ENGUISAR. Echar ó azuzar el perro. Este verbo es una corrupcion del castellano enguizgar, que indudablemente procede del vascuence.

ENVENATADO. Manchado de vena ó mineral ferruginoso.

EMBUEZA. Embozada ó almorzada.

ESCACHAR. Guarnecer de espinas por la parte superior el tronco de los frutales, para que no se pueda subir á coger la fruta.

ESCACHO. Espina. Esta voz es vascongada.

ESCAMONDAR. Despojar las ramas gordas de las pequeñas.

ESCAÑO. En las Encartaciones hay uno de madera en todas las casas á la orilla del hogar.

ESPANTOS. Espantajos que se ponen en los frutales, y áun en las piezas, para ahuyentar las aves.

ESQUILAR. Trepar.

ESTIQUES. Chuletas.

ESTRADA. Camino costeado por dos setos, vallados ó cercas.

G

GARUCHO. La parte leñosa de la espiga de maíz en que está incrustado el grano. Esta voz es vascongada.

GENTILES. En el país vascongado se conserva tradicionalmente la memoria de los gentiles, á quienes atribuye el pueblo todos los restos arquitectónicos de la antigüedad, así como en otras provincias se atribuyen á los moros. Dícese allí que los gentiles lo hacian todo á fuerza de brazos, y se supone que eran una raza de gigantes. En las Encartaciones, donde abunda el mineral ferruginoso, es muy comun hallar en los montes grandes escoriales, que se supone existen desde el tiempo de los gentiles.

GRACIANA (uva). Una especie de uva negra muy sabrosa.

GATERA. Casi es inútil decir que es un agujero abierto en la puerta que da á la calle, para facilitar la salida y la entrada á las gallinas, á los gatos, y áun á los perros. Tiene, entre otros inconvenientes, el de que por allí suelen penetrar tambien á las altas horas de la noche los gatos monteses, á cenarse las gallinas, que duermen muy descuidadas en su *albergue*.

H

Haldear ó caldear (la oya). Estar ya carbonizada la parte baja de la oya, y por consiguiente en disposicion de empezarse á sacar el carbon.

Higar. Higuera.

Honderas. La parte baja de las heredades.

I

Ilso. Mojon. Ilsu ó ilzu es modificacion de *il-zulu*, hoyo de muerto. Dióse este nombre á los mojones por su semejanza con la piedra vertical que señalaba las sepulturas.

Indianos. Este nombre se da en nuestras provincias del Norte á los que han estado en América.

Irurac-bat. Lema de las tres Provincias Vascongadas, que significa *las tres son una sola*, y no *tres hermanas*, como dijo en el Congreso D. Manuel Sánchez Silva, político resellado, célebre por sus bufonadas y por los conflictos que atrajo sobre España promoviendo á tontas y á locas la abolicion del impuesto de consumos en las Córtes Contituyentes de 1855.

J

Jalducarse. Menearse el líquido.

L

Landechos. Especie de manzana temprana, y tambien el árbol que la produce.

Laya. La laya tiene la figura de una *h* minúscula, siendo el extremo superior de la barra larga un mango de madera, y los inferiores de las dos, puntas aceradas. Se toma una laya en cada mano, y despues de clavarlas en tierra á golpe, el layador se pone sobre ellas, colocando el pié en aquella especie de escalon, y las acaba de introducir perpendicularmente. Al bajarse, tira hácia atras, y levanta el terron, por debajo del cual, y en sentido horizontal, acaba de introducir, tambien con el pié, las layas hasta el mango. Entónces da vuelta al terron, limpia el surco con la punta de la laya, que empuja con el pié, apoyando la corva derecha en la rodilla izquierda, y repite la operacion hasta dar vuelta á toda la heredad.

Layada. El terreno labrado por medio de las layas.

Layar. Trabajar con layas.

Lóinas ó **Luinas.** Así llaman en las Encartaciones á los peces que más abundan en los rios.

LL

LLOSA. El conjunto de heredades comprendidas en un cercado.

M

MACO. El fardo sujeto á la espalda por medio de dos correas, dos cuerdas ó dos bilortos.

MALVIZ. Especie de mirlo.

MONCHINAS. Silvestres.

MOTIL, MOTILA. Muchacho, muchacha. Voz vascongada.

N

NOCEDAL. Llámase generalmente en las Encartaciones nocedos á los nogales.

O

OQUENDANAS. Especie de manzanas originarias de Oquendo, valle alaves confinante con las Encartaciones.

OYA. Este nombre se da al monton de leña que se carborniza en los torcos. Cuando es pequeño se llama *chozo* y tambien *chasquero*. Oya es palabra vascongada que equivale á cama. En lugar de aplicarla á la leña, debiera, pues, aplicarse al torco ó sitio donde la leña se coloca.

P

PAÑADA. Servilleta.

PARCE. Vale ó premio.

PARRAL. Emparrado.

PATIN. Una escalera de mampostería con descansillo y pretil en lo alto, que suele facilitar la entrada exterior al piso principal de las casas. Hácia Bilbao se llama *patines* á los pozos artificiales.

PAYO. Sobrado.

PICACHO. Una rama en forma de gancho.

PICAZOS. Especie de pájaros, del tamaño de una paloma torcaz. Arrendajos.

PIEZA. Heredad.

PIPADA. El tabaco necesario para llenar una vez la pipa.

PÉSCOLA (á la). A la rebatiña.

PORTALADA. El espacio que precede á la puerta de las casas. Suele cubrirse de roza, paja, etc., con que despues de podrido se abonan las tierras.



PROVINCIANOS. En las Encartaciones dan este nombre á los guipuzcoanos, sin duda porque Guipúzcoa lleva el de provincia, y Vizcaya el de Señorío.

Q

QUEMADA. Monte incendiado.
QUICA. Francisca.
QUIMA. Rama de árbol.

R

REBOLLAR. Robledal.
REBOLLO. Roble.
REGATO. Arroyo.
RESALLAR. Repetir la operacion de sallar cuando el maíz ha crecido.
ROCHA. Un departamento que suele haber en las cuadras para separar de las madres el ganado lechal.
ROZA. Maleza.
ROZADA. Tala de maleza.

S

SÁBANOS. Sábanas de arpillera.
SALLAR. Escardar someramente ó cavar la tierra sembrada de maíz así que éste ha acabado de nacer, arrancando las plantas más ruines y amontonando la tierra al pié de las que se conservan.
SETAL. Hay en las Encartaciones unas delicadísimas setas que sólo nacen en el mes de Abril, por lo que allí dicen: *En Abril, setas mil; en Mayo les entra el gusano*. Estas setas nacen siempre en un mismo sitio, y á este sitio se da el nombre de setal. El que *aprende* un setal se guarda muy bien de *enseñársele* á nadie.
SETO. Generalmente los setos que resguardan las heredades en las Encartaciones, donde el ganado campa por su respeto, sin pastores, que allí son desconocidos, son de un tejido de ramas muertas.
SEVE. Bosque comunmente de borto, castañiza y carrasca, que se corta cada seis ó siete años para hacer carbon. En el resto de Vizcaya se le llama jaro.
SILBO. Silbato.
SOBA (montes de). Altísimos picos, casi siempre coronados de nieve, que dominan el valle del mismo nombre en las montañas de Santander. Se descubren desde todas las alturas de las Encartaciones.
SOL DE LOS MUERTOS. Los últimos rayos del sol poniente.
SOLANA. Galería exterior que tienen muchas casas, y sirve para tomar el sol en invierno y el fresco en verano.
SOMAS. Salvado.

T

Tamo. La paja menuda que se separa del trigo cuando éste se aventa.
Terrero. Ribazo ó talud.
Tetonas. Especie de uvas gordales.
Torco. La plataforma ó excavacion hecha para carbonizar la leña.
Tragaz. Especie de arado que tiene siete paletas ó rejas, casi horizontales.
Triguero. Criba para el trigo.

V

Vendeja (ir de). Ir de venta.
Ventanal. Una ventana muy grande que hay en el sobrado para que éste se ventile, y para entrar por ella, con ayuda de una escalera de mano, los haces de trigo, la paja, etc., que no caben por otra parte.
Vuelta del gato. Voltereta.

Z

Zaguan. Especie de cercado ó corral que precede á la entrada de las casas principales.
Zurron. La cantidad de grano que cada familia manda semanalmente al molino.

ECHEMOS UN PÁRRAFO.

AL SEÑOR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

El párrafo que vamos á echar, querido Pepe, no será largo, pues sólo tiene por objeto decirte por qué he dado el nombre de CUENTOS POPULARES á los que contiene este libro, qué es lo que entiendo por literatura popular, y por qué escribo cuentos en lugar de escribir novelas, ó comedias, ó artes de cocina.

Ya sé que tú estás muy al cabo de estas cosas; pero... á tí te lo digo, suegra, entiéndelo tú, mi nuera.

Dos son las razones que he tenido para llamar populares á estos cuentos. Primera razon: la de que muchos de ellos andan en boca del pueblo, de donde yo los he recogido para darles un poco de verosimilitud, un poco de color literario, un poco de intencion, y no me atrevo á decir que un poco de gracia; segunda razon: la de que casi en todos he empleado el estilo liso y llano del pueblo, la locucion popular, el lenguaje plagado de modismos más convencionales que gramaticales y más expresivos que elevados, con que el pueblo español expresa las ideas más abstractas y explica las cosas más intrincadas.

Si el estudio profundo, hecho durante muchos años con singular aficion, del modo de sentir y del modo de hablar de nuestro pueblo, me diera derecho á decir que conozco perfectamente cómo siente y cómo habla el pueblo español, me sería muy grato hacer aquí uso de ese derecho; pero ya que no me le dé, séame lícito al ménos decirte que me sucede con la lengua popular lo que á la generalidad de los españoles con la lengua española: si no la sé lo bastante para enseñarla, la sé lo bastante para hablarla.

Siempre he creido que el escritor de costumbres lo primero que debe estudiar es el lenguaje del pueblo, y al decir el lenguaje del pueblo, quiero

decir el lenguaje familiar de todas las clases en que la sociedad se divide; pero este estudio es cosa muy secundaria para muchos de nuestros escritores.

Creen muchos de nuestros escritores que el lenguaje popular se imita perfectamente estropeando las palabras, poniendo términos bárbaros en boca de los rústicos de todas las localidades, convirtiendo la *s* en *z* cuando los que hablan son andaluces, y la *o* en *u* cuando los que hablan son gallegos ó asturianos. Me parece éste un lamentable error, porque lo que caracteriza el lenguaje popular no es la construccion de la palabra, sino la construccion de la frase. Por otra parte, todo buen lector da á cada personaje la pronunciacion y el tono que le corresponde. Si entre mis lectores hay alguno que no tiene esta precaucion, le aconsejo que la tenga, pues aunque yo escriba con todas sus letras la palabra *salado,* puesta en boca de una manola de Lavapiés, el lector debe pronunciarla suprimiendo la *d.*

Por mi parte, siempre me he impuesto este precepto: hablar como habla el pueblo, en tanto que el pueblo no falte á la gramática. Yo sé que la señora Rita y la señora Isidra no andan generalmente con tantos repulgos gramaticales como en el diálogo suyo que encontrarás á continuacion de este prologuillo ó dedicatoria; y sin embargo, cuantas personas las conocen me han asegurado que creen estarlas oyendo cuando leen el diálogo que yo les cogí al vuelo para trasladarle á este libro con el título de *Las vecinas.*

Pero con esta digresion, en que insensiblemente me he metido, despues de explicarte por qué llamo Cuentos populares á estos cuentos, olvido la segunda parte de mi programa, que es decirte lo que yo entiendo por literatura popular.

A pesar de que siempre he tenido por fácil explicar lo que se concibe y se ve claramente, es muy posible que los reducidos límites que he señalado á esta introduccion, no me permitan cumplirte aquella promesa.

En mi concepto, la literatura popular podria definirse de este modo: *aquella literatara que por la sencillez y la claridad de su forma está al alcance de la inteligencia del pueblo.*

Pero ¿cómo se mide la inteligencia del pueblo para hacer á éste una literatura que no le esté demasiado ancha ni demasiado estrecha? Cuestion es ésta que hace tiempo traté yo de resolver, como habrás visto, en uno de mis Cuentos de color de rosa, donde se encuentran estas líneas:

«El pueblo español es un buen hombre, que sabe leer y escribir media-

namente y... pare usted de contar.—¿Y cómo has averiguado eso?—Muy fácilmente. En la escala de la sabiduria española he tomado un hombre de cada escalon: los he mezclado y reducido á polvo en mi mortero intelectual; de este polvo he formado barro; con el barro me he puesto á modelar una figura humana, y me ha resultado un hombre, bellísimo sujeto, eso sí, pero que sólo sabe leer y escribir medianamente.»

Insisto en que éste es el pueblo español, y entiende que hablo del pueblo, y no del populacho, porque léjos de tener por un bellísimo sujeto al populacho que pega á las mujeres y los niños, y se emborracha, y blasfema, y maltrata á los animales, y desobedece á la autoridad, y odia á los que son más felices que él, y dice pestes, por ejemplo, de tí porque tienes mucho talento y porque hablas y escribes admirablemente, le tengo por muy bestia y muy bribon.

El efecto de la palabra es proporcionado á la claridad y rapidez con que la comprende aquél que la escucha. Si éste no la comprende, no llega á su corazon. Si tarda en comprenderla, llega á su corazon fria. Para que haga efecto en su corazon, es menester que llegue á él caliente. Para que llegue caliente, es menester que no se detenga entre la boca que la pronuncia y el corazon á que se dirige.

Ahora bien: si esto, como creo, es cierto, y el pueblo español es un buen hombre que sólo sabe leer y escribir medianamente, habrás de convenir en que la literatura popular tiene que ser sencillísima y clara en su forma, sin que esto obste á que sea intencionada y áun profunda en su fondo.

Hay en España catorce millones de habitantes para quienes la literatura, lean ó escuchen, es inútil si no es sencillísima y clara en su forma.

Estos catorce millones de habitantes, si no entienden lo que leen, no gozan ni aprenden leyendo. Si no gozan ni aprenden leyendo, no leen. Si no leen, no compran libros. Y si no compran libros, ya me entiendes tú, querido Pepe, que los escribes tan doctos y tan hermosos como el que acabas de bautizar con el nombre de *Cartas transcendentales*.

Pero á la literatura popular no basta la sencillez de forma; necesita reproducir la naturaleza, porque si no la reproduce, no habrá en ella verdad, y si no hay verdad, el pueblo no la creerá, y si no la cree, el pueblo no la sentirá. Por mi parte, pongo tal empeño en estudiar la naturaleza, para que haya verdad en mis cuadros, que temo me acuses de nimio y te rias de mí al leer los dos ejemplos que te voy á citar.

Una crudísima noche del mes de Enero escribia yo en un piso cuarto de la calle de Lope de Vega, número 32, el cuento que titulé *De patas en el infierno*, y como me ocurriese un detalle, que consistia en explicar las alteraciones que experimenta el sonido del agua, miéntras ésta hinche un cántaro en la fuente, me encontré con la dificultad de que no habia estudiado nunca estas alteraciones, ni en mi casa habia en aquel instante agua suficiente para estudiarlas. Por la mañana, á primera hora, habian de ir de la imprenta á recoger el cuento, y me era indispensable dejarle terminado aquella noche. ¿Sabes lo que hice para salir de mi apuro? A las tres de la madrugada, arrostrando la oscuridad y la lluvia y el viento, fuí á la fuentecilla de la plazuela de Jesus, con un cántaro bajo la capa, y pasé allí un cuarto de hora, escuchando el sonido del agua que caia en el cántaro.

Poco tiempo despues me preparaba á escribir el cuento *campesino* que tiene por nombre *Las siembras y las cosechas*, y entraba en mi plan la descripcion del amanecer en el campo. Muchas veces habia visto yo amanecer en el campo, pero necesitaba contemplar y estudiar nuevamente aquel hermoso espectáculo para describirle con exactitud, y una madrugada, mucho ántes de rayar el alba, acompañado de Luis de Eguílaz, Diego Luque y Eduardo Bustillo, fuí á los cerros de Vicálvaro, donde si buenos estudios hicimos, buen susto nos dieron unos rateros que nos acometieron navaja en mano, *creyendo que éramos gente de reloj*.

Durante tres ó cuatro años he escrito tres ó cuatro tomos de cuentos, y durante ese mismo tiempo he tropezado con tres ó cuatro mil personas que me han estimulado á seguir cultivando este género de literatura. Sin embargo, he tropezado tambien con una que tal vez por aplicar la frase vulgar «déjese usted de cuentos», me ha aconsejado que no los haga.

—¿Qué se hace usted?—me preguntó.

—Cuentos,—le contesté.

—Hombre, déjese usted de cuentos, y escriba cosas formales.

—Lo consultaré con la almohada,—dije mudando de conversacion.

Y en efecto, lo consulté con la almohada aquella misma noche.

La almohada me dijo lo que ya me habia dicho otras veces: que siguiera haciendo cuentos.

Confiésote, querido Pepe, que creo impropio de un hombre barbado el gastar tiempo contando cuentos como los de *El Amigo de los niños*, porque esa es literatura cuyo monopolio debe dejarse á las madres de familia; pero

tambien te confieso que si mis cuentos fueran buenos, me creeria tan honrado con ser su autor como con serlo de altisonantes poemas épicos ó libros de profunda filosofía. La cuestion es si los cuentos son buenos ó malos; que en cuanto al género literario, le tengo por importante y bueno. En Alemania, en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, han alcanzado altísima reputacion literaria escritores que, como Hoffmann, Conscience, Dickens y Poe, apénas han cultivado más género literario que el cuento. Y apénas hay un escritor, desde Cervántes á Fernan Caballero, desde Voltaire á Dumas, desde Schiller á Federica Brémer, desde Goldsmith á Bullwer, que no haya escrito cuentos. En el cuento cabe todo lo que cabe en la literatura: moral, ciencias, artes, historia, costumbres, filosofía; en una palabra, todo, todo cuanto abraza el saber humano.

Várias son las razones que he tenido para escribir tres ó cuatro tomos de ellos. Primera: mi conviccion de que este género de composicion literaria es bueno; segunda: mi aficion á la literatura popular, que tiene su más genuino representante en el cuento; tercera: la necesidad de dedicarme á trabajos literarios cortos y amenos, como descanso de otro género de trabajo con que adquiero el pan nuestro de cada dia; y cuarta y última: la de atender á necesidades del momento con el producto material de cada cuentecillo; porque has de saber que cada cuentecillo de los que contienen los tres ó cuatro tomos de ellos que hasta hoy llevo escritos (1), encierra para mí el recuerdo de una tristeza y una alegría, es decir, la tristeza de una necesidad por satisfacer, y la alegría de una necesidad satisfecha.

Estas son, en compendio, mis ideas acerca de la literatura popular. A su sombra ha nacido este humilde libro, que te ofrece como recuerdo de la fraternal amistad que nos une hace cerca de veinte años,

ANTONIO DE TRUEBA.

(1) Este prólogo-dedicatoria apareció por primera vez en la segunda edicion de este libro, hecha á expensas de S. M. la Reina Doña Isabel II, como la de otras tres obras del autor, á principios de 1862.



LAS VECINAS [1].

¡Atencion y mano al boton!... Ahora van ustedes á oir una de las conversaciones que suelen tener desde ventana á ventana la señora Isidra y la señora Rita, mujeres las dos como Dios manda, mejorando lo presente. No es menester dar pelos y señales de ellas, porque todos ustedes las tienen vistas y revistas. Con estas advertencias, y con decir que las ventanas adonde se asoman dan al patio y están una enfrente de otra, estamos al fin de la calle.

—¡Chiquirritito! ¡Hermoso! Si tu ama no te cuida, nadie se acuerda de tí.

—Buenas noches, señora Isidra.

—Señora Rita, buenas noches. No la habia visto á usted. Voy á entrar este animalito, porque las noches se van poniendo frescas, y no sea que le haga daño el sereno.

—Hija, hace usted muy bien en cuidarle. Lo que ese animalito de Dios ha cantado hoy no es para dicho.

(1) Este libro tiene un apéndice, al cual se han trasladado todas las notas algo extensas que los cuentos llevaban al pié.

—Sí señora, es una alhaja. ¡Chiquirritito de su ama! ¡Mire usted, mire usted cómo aletea de gozo! En cuanto alguno de casa se acerca á la jaula, el pobrecito se deshace. Señora, los animalitos, fuera del alma, son como las personas; toman ley al que los trata bien.

—¡Ay, señora Isidra! ¡Cuántas personas hay que no hacen otro tanto!

—Mi pariente se muere por los bichos. Así que entra en casa, ya se sabe, lo primero que ha de hacer siempre es ir á dar un vistazo al pájaro. ¡Pues no digo nada de mis chicos!

—¡Ay, hija! ¡No se parecen á mi pariente! El año pasado teniamos la casa perdida de ratones, y me dió la gana de pedir un gato á la señora Antonia. ¿Creerá usted que apénas vino mi pariente y le vió, cogió al animalito del rabo y le estrelló contra la tapia?

—¡Ave María Purísima! ¡Qué judiada!

—El otro dia se entró en casa un perrito de aguas, tan limpito y tan mono que daba gloria de Dios el verle. Pues, hija, nunca hubiera entrado el animalito, porque apénas le vió aquél, le tiró un badilazo que le rompió una pierna.

—¡Calle usted por Dios, señora, que da coraje el oir eso! ¡Bendito sea Dios, que le ha dado á una un marido, pobre, eso sí, pero con un corazon de oro!

—¡Ay, señora! ¡Qué dichosas son ustedes! De soltera está una con el pío pío de casarse; se casa una, y entónces es cuando empieza Cristo á padecer... Hija, le aseguro á usted que yo daria un ojo de la cara por verme soltera, aunque tuviera que volver á servir, que no se me haria tan cuesta arriba como ántes de casarme. Es verdad que hay que sufrir, porque los

amos al fin son amos. Què los señores gruñen porque quieren que una haga las cosas al vuelo; que la señorita compromete á una poniéndola de centinela miéntras habla con el novio; que el señorito se propasa con una; que el aguador va con los chismes á la señora cuando una ahorra uno, dos ó medio en la compra; que pasa una la pena negra para meter al novio en casa; pero, hija, eso de tener asegurado el pan nuestro de cada dia, y dormir á pierna suelta, sin más que cumplir con su obligacion, es muy hermoso.

—Tiene usted razon, señora; pero cuando se da con un hombre como mi Paco, ya es harina de otro costal.

—Ya que habla usted del señor Paco, ¿ha venido ya?

—¡Toma! ¡Pues podia estar á estas horas fuera de su casa un hombre de obligaciones! ¡Hace poco que vino, en gracia de Dios!

—Pues, hija, obligaciones tiene el mio, y aún está por allá.

—¡Qué me dice usted, señora!

—Lo que usted oye.

—Pues ya las doce de la noche no han de dar.

—¡Déjeme usted por Dios, hija, que me está llevando el demontre! ¡En llegando el sábado es cosa de desesperarse una!

—Pues, hija, ustedes se tienen la culpa...

—¡Calle usted por Dios, señora, que estoy harta de predicarle, y saco lo que el negro del sermon!...

—Si hiciera usted lo que yo...

—Pero, señora, ¿no está harto de ver que así que Dios anochece no pára una de dar cabezadas, cansada de lavar, de coser, de la cocina, de lidiar con esas criaturas, que son el enemigo malo?

—¡Si no es eso, señora, si no es eso! Lo que usted debe hacer los sábados...

—Hija, créame usted: yo no puedo hacer más que lo que hago. Los sábados, y los domingos, y todos los dias de la semana le estoy sermoneando: «¡Mira, Juan, que te vengas á casa cuando salgas del trabajo! ¡Mira que no estamos para bromas de taberna! ¡Mira que las cosas se van poniendo por las nubes! ¡Mira que esas criaturas están en cueritos vivos! ¡Mira...

—Pero óigame usted, señora. Lo que debe usted hacer los sábados es...

—Si le digo á usted que no puedo hacer más que lo que hago...

—¡Canario, déjeme usted hablar, que no soy costal!

—Hable usted, señora.

—Lo que debe usted hacer los sábados es lo que yo hago: irse hácia el taller á la hora de la cobranza y coger fresquito el jornal de la semana. Hija, ya sabemos lo que son los hombres; por buen aquel que tengan, si una no les tira de la rienda, en cogiendo el jornal se juntan con cuatro malas cabezas, y que: «Vamos á echar unas copas»; que: «Ya podias convidarme á buñuelos»; que: «A que no eres hombre de jugar conmigo un cuarto de cabrito», se gastan la mitad de lo que una está esperando como el santo advenimiento, y luégo para nosotras son los apuros, porque á ellos hay que dárselo cocido y amasado. Luégo, hija, los jornales son cortos y las necesidades de una casa son largas: que la compra por la mañana, que el carbonero, que el aguador, que el casero, que el cuartito de especia, que el hilo, que el tabaco, que el traguillo de cuando en cuando,

porque al fin, el que trabaja y no va á la taberna, no ha de beber siempre agua... se gasta una un sentido, y por más vueltas que le da no le sale la cuenta... Ya ve usted, señora, qué milagros puede hacer una con ocho reales que gana mi Paco...

—Señora, diez y seis gana el mio, y aquí nos tiene usted, á él sin más que lo puesto, á mí descalcita de pié y pierna, y á los chicos poco ménos que como su madre los parió. Luégo el casero y el carbonero, y qué sé yo cuántos más, no dejan la ida por la venida; porque, hija, ¿qué han de hacer los hombres, si hace un siglo que no ven un cuarto? Y por remate de fiesta, ni una noche siquiera nos acostamos en paz y gracia de Dios. De modo, que me voy quedando sequita, porque ni cómo, ni duermo, ni sosiego. Le digo á usted, señora, que se podia sacar una novela con lo que á mí me pasa.

—Pero, hija, ¿por qué no hace usted lo que digo? ¿Por qué no se va usted hácia el taller el dia de cobranza?

—¡Calle usted por Dios, señora! ¡Buenas pulgas tiene mi pariente para eso! Puede que me reventara de una patada...

—¡Ave María! ¿La habia de pegar á usted, señora?

—¡Ay, hija! ¡Bien se conoce que no sabe usted de la misa la media! Mañana hará ocho dias me puso el cuerpo á golpes más negro que mi vestido...

—¡El Señor nos asista! ¡Jesus! ¡Qué pícaro de hombre! Y no hay un presidio...

—¡Señora, poco á poco, que mi marido no ha robado nada á nadie! Él tiene mala cabeza, eso sí, y se deja llevar de otros calaveras, pero hombre de bien á carta cabal, lo es.

—¡Calle usted, calle usted, por los clavos de Cristo, que se necesita ser pan candeal para sacar todavía la cara por él!

¡Ay, señora! Si es verdad, como dicen los confesores, que en el platillo donde pesa las almas el bendito San Miguel se ponen las lágrimas que una derrama en esta vida, ¡cuánto tenemos ganado para con Dios las mujeres de los pobres!

—Es verdad, señora Isidra, y sobre todo las que no hemos dado con un hombre como el de usted.

A la señora Isidra se le saltan de alegría las lágrimas, que enjuga con el cabo del delantal. No teniendo á su lado á su marido ni á sus hijos para desahogar con ellos su ternura y su dicha, acaricia con la mano al pajarito, y exclama:

—¡Bendito sea el Señor, que tanta dicha me ha dado sin merecerla! Mi Paco, señora Rita, vale más dinero que pesa. Él no entiende de letra ni de nada; pero le sale de dentro el ser bueno, y lo es; porque lo que él dice: los hombres y las mujeres se casan para llevar juntos las penas de este mundo, que son carga muy pesada para uno solo, y el hombre, que es el más fuerte, tiene que arrimar el hombro al lado que más pesa la carga, y á más de eso sostener á la mujer cuando vacila, y darle la mano cuando cae. Un dia fuimos al campo mi pariente y mis chicos y yo, y cate usted, hija, que un señor de gaban y todo, no se sabe por qué, principia á dar bofetadas á una pobre señora. Mi Paco, que no puede ver que hagan daño á una mosca, y que se pelea con el lucero del alba viendo una cosa así, va allá con mi chiquitin de la mano, y le dice al caballero: «Caballero, aunque usted perdone, ¿le parece á usted que sería una mala partida el que usted ó yo principiásemos á bofetadas con esta criatura?» «Ya se ve que lo sería», contestó el caballero. «Pues ha de saber usted, dijo mi pariente, que tan mala partida es pegar á una mujer como pegar á un niño,

porque las mujeres son niños grandecitos, y Dios ha criado á los hombres para amparar á los niños, que no para maltratarlos.» Hija, á mí un sudor se me iba y otro se me venía, pensando que el caballero lo iba á tomar por donde quema; pero figúrese usted cómo nos quedariamos todos, cuando le vemos alargar la mano á mi pariente, saltándosele las lágrimas y diciendo: «Tiene usted razon, y la leccion que usted me ha dado no se me olvidará en toda la vida.» La señora, que ve esto, alarga la mano al caballero, como perdonándole; se marchan de bracero tan contentos como unas pascuas, y nosotros nos quedamos que ni en la gloria. ¡Hija, si no es porque habia gente delante, me cómo á besos á mi Paco!

La señora Rita se echa á llorar exclamando:

—¡Ay, señora, señora! ¡Qué poco talento tenemos la mayor parte de las mujeres, que queremos á los hombres por la buena cara, y no por la buena alma!

—¡Eh, señora! Usted no tiene la culpa de lo que le pasa. Esas son cosas que Dios hace, y hay que armarse de paciencia, que más pasó su Divina Majestad por nosotros. Pues lo que yo hago los sábados, que á eso iba, es irme á la caidita de la tarde hácia el taller, así como quien no quiere la cosa, para salir al encuentro á mi Paco y venirnos juntos á casa, porque por lo mismo que él es más bueno que el pan, hay que evitar que le distraigan cuatro picaronazos, que, como dijo el otro, quien quita la ocasion quita el peligro. Eso no, ir yo á coger el dinero en casa del maestro, no lo hará jamás Isidra Martínez, que eso sería poner colorado á mi Paco, y la mujer, honra ha de dar al marido, que no se la ha de quitar. Pues, señora, nos venimos juntitos á casa viendo las tiendas, y gra-

cias á eso no llega descabalado el jornal de la semana, porque, hija, á mi Paco todo se le antoja para su mujer y sus chicos. «Mira, ¿quieres que le compremos una pelota de ésas á Juanito?» «No, que ya le hice yo el otro dia una de paño que bota hasta el techo.» «Mujer, ese pañuelo que llevas á la cabeza está ya hecho una criba. ¿Quieres que compremos uno de éstos que hay en este escaparate?» «Hijo, déjate de pañuelos, que éste está casi nuevo.» «Vamos, golosita, que no te vendria mal un par de bollitos de éstos.» «No, hijo, que en esta bollería cuecen mal las pastas.» «Mira qué alfileteros tan preciosos hay aquí. Espérate, que voy á tomar uno para la Pepita.» «Déjalos, hombre, que yo le daré uno de los mios, que son más fuertes.» «¿Quieres que entremos en esta horchatería á beber un vaso de limon?» «No, hijo, que me he atracado de agua esta tarde.» Así me traigo á casa á mi Paco; pero ¿sabe usted lo que hacemos antes de subir? Tomamos media libra de escabeche y media docena de huevos, y miéntras hago yo una tortilla que se comeria usted los dedos, baja la chica por una botella de vino, y cenamos como unos príncipes. Así es que mis chicos toda la semana me están preguntando: «Madre, ¿cuándo es sábado? Madre, ¿cuándo es domingo?» El domingo nos levantamos todos temprano, se mudan mi Paco y mis chicos... Eso no, galas no llevan, porque, hija, de donde no lo hay, no se puede sacar; pero han de ir siempre remendaditos y limpios como el sol de Dios. En seguidita se va todo el mundo á misa; luégo preparamos una cazuelita de arroz con lomo ó bacalao, y nos vamos á comerla al campo, como hicimos mañana si Dios quiere hará ocho dias. Hija, están aquel San Antonio de la Florida y aquella fuente de la Teja, que da bendicion de

Dios el ir por allí. Dicen que de este Madrid no se puede salir, porque en saliendo se le cae á una el alma á los piés viendo las pelambreras de arena que hay por todas partes, y puede que tengan razon, porque eso me parecia tambien á mí cuando de soltera iba de campo con una familia de la vecindad, que todo lo veia de colorcito de rosa y se empeñaba en que yo la acompañase para que me distrajera un poco, pues andaba muy triste de resultas de verme sola como los hongos desde que me quedé sin padres; pero, hija, sea porque todo ha mejorado mucho desde entónces, ó no sé por qué, lo cierto y verdad es que desde que me casé y mi Paco me acostumbró á salir al campo, todo lo encuentro delicioso; de modo y manera, hija, que me parezco á los vecinos que tanta rabia me daban cuando se entusiasmaban viendo un jardin florido hasta donde yo no veia más que arena. Pero, volviendo á lo del domingo; ¡lo que mis chicos corrieron por aquellas praderas! ¡Lo que su padre loqueó con ellos, como es tan padrote y tan... ¡Los dichos que se le ocurrieron á mi Paco, como es tan decidor! ¡Lo que hizo reir con esa gracia que Dios le ha dado, aunque me esté mal el decirlo, á unos buenos señores que estaban á nuestro lado! ¡Lo que yo misma reí y salté y brinqué en aquel campo! Hija, vergüenza debiera darle á una el loquear así á su edad, que ya no es una ninguna chiquilla; pero ¡qué se le ha de hacer, hija! Cuando el gozo le brinca á una en el cuerpo, hay que brincar tambien. A la caidita del sol, compramos naranjas á los chicos, mi Paco y yo nos agarramos del brazo como unos enamorados, y tomamos el camino de Madrid, mis chicos rodando las naranjas, y mi Paco y yo cantando más alegres que unas pascuas floridas.

—¡Esa, señora Isidra, ésa es la dicha, y lo demas es cuento! ¡Eso es vivir como Dios manda, y no como nosotros vivimos!

—Hija, lo que dice mi Paco: bastantes penas y trabajos da Dios en el mundo sin que uno los aumente con riñas y tonterías. El hombre y la mujer no se casan para aumentar las penas, que se casan para disminuirlas. Señor, ¿que hay un apuro cualquiera? Vamos á hacer por salir de él en paz y gracia de Dios, poniendo cada uno lo que esté de su parte... Pero, hija, á todo esto es más de media noche, y yo me estoy aquí charlando como una cotorra, sin recordar que mañana domingo tengo que madrugar para arreglar la familia menuda. ¡Mire usted, mire usted, qué despabilado está este animalito de Dios! ¡Chiquirritito! ¡Mire usted cómo se deshace! Lo que decíamos ántes, hija: los animalitos, fuera del alma, son como las personas.

—¡Ay, no, señora Isidra! ¡Los animalitos toman ley á las personas que los tratan bien, y todas las personas no hacen eso!

Paco dice desde la cama con acento cariñoso:

—¡Isidra! ¿Qué haces al sereno, hija? ¿No ves que vas á coger un resfriado?

—¡Allá voy, querido, allá voy! ¡Tú no sabes estar sin mí! ¡Hijo, eres lo más maridote!...

Juan llama á la puerta de la calle echando cada *pecado* que tiemblan las carnes, y su mujer, la señora Rita, le contesta:

—Voy á abrir al instante.

—Yo sí que te voy á abrir á tí en canal de una patada. Abre, hija de una... Abre, grandísima...

Anton el de los cantares, que, por si ustedes no le conocen, es un pobre ciego que ve algo, se arrodilla en su triste habitacion despues de haber oido la conversacion de las dos vecinas, y exclama con lágrimas en los ojos:

—¡Oh, santo arcángel Miguel! ¡Sí, sí, echa en el platillo de los descargos las lágrimas de dolor de la mujer del pobre brutal y malo, y echa tambien en el mismo platillo las lágrimas de alegría de la mujer del pobre delicado y bueno!

LA OBLIGACION.

I

—¡Señor marqués!

—¡Oh, señor don José!

—¿Cómo va esa humanidad?

—Hombre, no me siento muy bien.

—Usted, señor marqués, no quiere creerme, y su salud lo paga. Lo que á usted le hace falta es salirse á dar un paseo todas las mañanitas, miéntras dure el buen tiempo.

—Salgo la mañana que tengo gana de salir, y la que no, como me ha sucedido hoy, me estoy en casa.

—Eso no es entenderlo, señor marqués. Impóngase usted la obligacion de salir todos los dias, y verá qué bien le va.

—¿Que me imponga la obligacion, dice usted?

—Eso mismo.

—Pues eso precisamente es lo que yo no quiero hacer; porque si me impongo la obligacion de pasear todos los dias, acabaron mis paseos.

—¡Vamos, vamos, es usted incorregible! Tiene usted una filosofía tan particular, que nadie puede con usted.

—¡Qué quiere usted, amigo! Genio y figura hasta la sepultura. Pero, hablando de otra cosa, ¿á qué debemos la dicha de ver por aquí á usted, que tan caro se vende?

—A que necesito un favor de la buena amistad de usted.

—Ya sabe usted que deseo servirle con el alma y la vida.

—Lo sé, señor marqués. ¿Se acuerda usted de Perico, aquel muchacho por quien le hablé hace tiempo?

—¿El hijo de Romero?

—Justamente. Su padre, como usted sabe, era uno de mis mejores amigos. Cuando murió le prometí que no abandonaria á su hijo, y así lo hice: me llevé á casa á Perico, que entónces tenia diez años, le di la educacion que pude, y le dediqué á una carrera decente; pero el muchacho, á pesar de que nada tiene de tonto ni le falta buena voluntad, adelantaba poquísimo en sus estudios. Yo, que tambien tengo mi filosofía, aunque muy diferente de la de usted, vi que Perico era uno de aquellos hombres cuyo carácter se aviene malditísimamente con la uniformidad de ocupaciones que proporciona una carrera determinada, al paso que se puede sacar un gran partido de ellos imponiéndoles trabajos variados y no sujetos á método. Con que, amigo mio, entónces me dije: No obliguemos á este muchacho á tomar pulsos ó hacer pedimentos toda su vida, porque de seguro se le morirán los enfermos ó perderá los pleitos.

—Es decir, que usted se convenció de que bastaba imponer al muchacho una obligacion, para que no la cumpliera ó la cumpliera mal.

—Justamente: observé su carácter especial, y quise valerme de esta observacion para enderezar por buen camino á mi

protegido. «Muchacho, le dije un dia, no vuelvas á cátedra, que ya te buscarémos ocupacion que cuadre más á tus inclinaciones.» El chico siguió dócilmente mi consejo; pero está hecho un moceton como un castillo, y por más que he hecho, ésta es la hora, señor marqués, que no he podido proporcionarle una ocupacion en que gane siquiera una peseta.

—Pues, amigo mio, repito á usted lo que le dije cuando en otra ocasion me habló usted en favor de ese muchacho: ese muchacho dejará mal al que se interese por él.

—Yo le aseguro á usted que no, señor marqués. Está el pobre que se le cae la cara de vergüenza al ver que tiene diez y ocho años y no gana para el agua que bebe. En casa nada le falta, es verdad; sabe que aunque no somos ricos, nunca nos ha dolido el pan que le hemos dado; no ignora que le queremos, como lo prueba el que hace unos pocos dias he desembolsado algunos miles de reales, suscribiéndole en la sociedad de padres de familia para que no vaya á tomar las armas, si le toca la suerte; pero como es un chico pundonoroso y agradecido, por lo mismo que nosotros le damos pruebas de cariño, se avergüenza más de no hacer nada.

—Conociendo usted mis ideas respecto al trabajo obligatorio, puede usted calcular la confianza que tendré en que ese muchacho cumpla con exactitud sus obligaciones.

—Repito á usted que las cumplirá.

—Repito á usted que no.

—Pues bien, á la prueba me remito. Es preciso que haga usted un sacrificio por mí: es preciso que proporcione usted al pobre Perico una ocupacion en su casa, ó valiéndose de sus buenas relaciones.

—Verá usted como todo es inútil.

—Verá usted como no lo es.

—Pues bien: diga usted al chico que se venga por aquí mañana, y yo le proporcionaré ocupacion.

—Así lo hará. Y doy á usted un millon de gracias. Continúe usted leyendo sus periódicos, que yo voy á dar al pobre Perico la satisfactoria nueva de su colocacion.

—Vaya usted con Dios, amigo mio.

—Lo dicho, señor marqués; impóngase usted la obligacion de dar un paseito todas las mañanas, y verá usted qué bien le va.

—Todo ménos imponerme obligaciones.

II

—¿Perico?

—Mande usted, don José.

—Vamos, alégrate, que vas á dejar tu oficio de paseante en la corte.

—¡Qué me dice usted!

—Digo que el marqués ha consentido al fin en colocarte en su casa.

—¡Qué dicha, Dios mio! ¿Pero es verdad eso, don José? No me engañe usted, porque sería matarme el que despues de esta alegría que me vuelve loco, fuera todo una broma.

—No hay broma que valga, Perico; mañana te vas á casa del marqués, y desde luégo quedarás colocado.

—¡Ay, don José de mi alma! ¡Cómo podré yo pagarle á usted la dicha que me proporciona!

—Siendo hombre de bien, cumpliendo con tu obligacion.

—¡De rodillas cumpliré con ella si es preciso! ¡Usted no sabe lo pesada que me era la vida! ¡Tener ya diez y ocho años y no ser útil para ganar una peseta! Cuando voy por la calle, me parece que todos me apuntan con el dedo diciendo: «Ese es un vago que á pesar de ser un mozo como un varal, no gana para la sal que come.» Cuando veo pasar por ahí todos los dias pobres jornaleros que van á ganar cinco ó seis reales trabajando todo el dia, envidio su suerte como ellos pueden envidiar la de un rey. Cuando álguien me pregunta qué oficio ó qué ocupacion tengo, quisiera confundirme siete estados bajo tierra. Un dia, olvidando mi triste posicion, hablé de amores á una muchacha á quien veia por primera vez, y como me preguntara cuál era mi modo de vivir, huí sin atreverme á contestar, aturdido, confundido, cayéndoseme la cara de vergüenza.

—Ea, pues lo pasado, pasado. Tú sabes que en mi casa nunca te ha faltado que comer, ni te faltará si por desgracia no lo ganas. Conozco que en efecto, á un muchacho de tu edad debe serle bochornoso el no tener oficio ni beneficio, y si deseo que te coloques, es por tí, no por nosotros. Mañana á las diez te vas por casa del señor marqués, te enteras de tu obligacion, y á cumplirla como hombre de bien, que los que lo son, por más que en contrario se diga, nunca son más dichosos que cuando pueden decir: Este pan que cómo y esta ropa que visto, son el fruto de mi trabajo; me basto á mí mismo; no soy un zángano en la colmena del mundo.

—¡Ah! ¡Qué razon tiene usted, don José! Nadie lo sabe como yo, pues hasta la bondad y la delicadeza de ustedes con-

tribuyen á confundirme más y más, y á hacerme sentir doblemente mi inutilidad.

—Ea, con que, lo dicho, Perico.

—¡Gracias!... ¡Un millon de gracias, don José!...

—(¡Pobre muchacho! ¡Pues no se le saltan las lágrimas!)

III

—¡Señor marqués!...

—¡Hola, muchacho!

—¿Cómo está vuecencia?

—Vamos pasando, hombre. Siéntate.

—Mil gracias, señor marqués.

—Con que tú deseas ocupacion, ¿no es verdad?

—Señor, esa será mi mayor dicha.

—Pues esa dicha yo te la voy á proporcionar. ¿En qué quieres tú ocuparte?

—Señor, en cualquiera cosa: la ocupacion más penosa ó más humilde será para mí una dicha inmensa.

—Bien. Me agradan tus buenos deseos. ¿Ves aquellas vidrieras que están abiertas al otro lado del patio, y corresponden á la escalera principal?

—Sí, señor, ya las veo.

—Es preciso que vengas á abrirlas todas las mañanas á las ocho en punto, pues las cierra el portero todas las noches.

—Está muy bien, señor: á las ocho en punto estarán abiertas todas las mañanas. Y despues, ¿en qué quiere vuecencia que me ocupe?

—En nada más; esa es tu única obligacion. Ahora vamos á ver qué recompensa quieres.

—Señor, ese trabajo no merece recompensa ninguna.

—La merece, y yo quiero dártela. Ganarás doce reales diarios.

—Señor, yo no puedo admitir recompensa tan crecida por un trabajo que no merece nombre de tal.

—Nada, nada; doce reales diarios ganarás en mi casa; que yo quiero pagar bien á todo el mundo.

—¡Gracias, señor, gracias!

—¿Con que estás contento?

—¡No lo he de estar, señor! ¡De rodillas serviré á vuecencia por la dicha que me proporciona!

—Ea, con que ya lo sabes: tu obligacion precisa es venir todos los dias á las ocho en punto á abrir esas vidrieras, y luégo irte donde más te acomode.

—¡Dios bendiga á vuecencia!...

—Lo dicho, Pedro. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana, señor!

—(¡Va llorando de alegría! Sin embargo... ¡hum!)

IV

Primer dia.

Perico, que ha pasado la noche soñando con las vidrieras, y despertado lleno de sobresalto creyendo que ha pasado la hora de abrirlas, se levanta al amanecer, á las seis se presenta en la portería del marqués, á las siete y media pone la mano en la falleba de las vidrieras, y abre éstas á la primera campanada de las ocho.

Segundo dia.

Perico, que ha soñado con las vidrieras, aunque no se ha despertado creyendo que pasaba la hora de abrirlas, se levanta á las seis; á las seis y media se presenta en la portería; á las siete y media se acerca á las vidrieras, y las abre á las ocho en punto.

Tercer dia.

Perico, que ya no ha soñado con las vidrieras, se levanta á las siete; á las siete y media se va á la portería; al dar la primera campanada de las ocho, sube al descanso de la escalera, y al dar la última, cumple con su obligacion.

Cuarto dia.

Como Perico gana doce reales diarios, puede ir alguna que otra vez al teatro. Anoche fué, y como con este motivo se acostó tarde, mandó que le llamaran á las siete, temeroso de faltar á su obligacion. La criada le ha llamado tres veces; pero son las siete y media, y Perico no se ha levantado aún. Vuelve la criada á llamarle. Perico tiene mucho sueño y no se levanta. «¡Que van á dar las ocho!» le dice la criada. Perico se levanta refunfuñando y echa á correr á la portería. Al dar la última campanada de las ocho, sube de tres en tres los escalones, y abre las vidrieras. El marqués, que esperaba reloj en mano detras de las cortinillas de la ventana de enfrente, se sonrie murmurando:

—¡Bien dije yo!

Quinto dia.

Perico se dirige á la portería como una exhalacion, porque acaban de dar las ocho. Abre las vidrieras, y el rostro del marqués sonrie detras de las cortinillas de la ventana de enfrente.

Sexto dia.

Perico oye las ocho en su casa, y parte como un cohete atropellando á cuantos encuentra á su paso; pero de repente se detiene y dice con la altivez de un héroe de coturno: «Estoy rebajando mi dignidad de hombre, por tomar las cosas tan á pecho. Si no llego á las ocho, llegaré á las ocho y media.» Perico sigue su camino tranquilamente, y abre á las ocho y media las vidrieras. El rostro del marqués, cada vez más burlon, aparece en la ventana de enfrente.

—Perico,—dice el marqués,—pasa á mi habitacion.

Perico obedece temblando como un azogado, y proponiéndose no volver á incurrir en falta si tiene la dicha de que el marqués se contente con echarle una reprimenda.

—Perico, ¿cuál es tu obligacion diaria?

—Señor, abrir las vidrieras á las ocho en punto.

—¿Y la has cumplido exactamente?

—Sí, señor.

—¿Todos los dias?

—Algunos me he descuidado un poco.

—¿Y por qué motivo?

—Señor, tengo algunas otras ocupaciones...

—No lo extraño, porque vivir en Madrid cuesta mucho, y tu sueldo es pequeño. De hoy en adelante, en lugar de doce reales ganarás veinticuatro, y con eso no tendrás necesidad de atender á más quehaceres que los de mi casa. Cuidado con que vuelvas á descuidar tu obligacion: á las ocho en punto han de estar abiertas las vidrieras.

—Descuide vuecencia, y perdóneme una falta que á la verdad es imperdonable, siendo vuecencia tan bueno y tan generoso para conmigo.

Perico sale de casa del marqués exclamando:

—¡Veinticuatro reales diarios!... ¡Qué dicha, Dios mio! No, no tendrá su excelencia necesidad de volver á reprenderme.

Como Perico gana veinticuatro reales diarios, se ha hecho todo un elegante. ¡Qué pantalon! ¡Qué levita! ¡Qué chaleco! ¡Qué todo!

Perico se retiró anoche muy tarde, porque estuvo en la tertulia de A... donde le ha presentado su amigo B...

—¡Señorito, que son las siete!

—¡Señorito, que son las siete y media!

—¡Señorito, que van á dar las ocho!

—¡Por vida de...! ¡Ni á las ocho y media abro hoy las vidrieras! No me volverá á suceder esto.

Como Perico gana veinticuatro reales diarios, estuvo anoche en el teatro, despues fué á cenar al café Suizo, y se retiró á las dos de la mañana.

—¡Por vida de mi señorito!... ¡Señorito que son las ocho!

—¡Las ocho! ¿Por qué no me has llamado ántes?

—¡Si le he llamado á usted veinte veces!...

—¡Van á ser cerca de las nueve cuando abra yo hoy las vidrieras!... ¡Vamos, si no tengo perdon de Dios!... ¡Pero tambien es mucho fastidio eso de que todos los dias ha de hacer uno la misma cosa y á la misma hora!

Perico abre las vidrieras á las nueve ménos cuarto. El marqués se asoma á la ventana y le llama á su habitacion.

—Perico, esto ya pasa de castaño oscuro. Cada dia está tu obligacion más descuidada. Anteayer abriste las vidrieras á las ocho y cuarto, ayer á las ocho y media, y hoy á las nueve. Perico, ¿cómo te descuidas así?

—Señor, como no tengo reloj, y los de Madrid andan tan desacordes que cuando el de la Puerta del Sol da las ocho el de Palacio suele dar las ocho y media...

—Tienes razon, Perico, tienes razon. Si yo hubiera caido en eso, ni tú hubieras tenido el disgusto de faltar á tu obligacion, ni yo el de verme mal servido... Esta repeticion es muy segura: como que costó seis mil reales, sin contar la cadena, que vale dos mil. Tómala, que yo te la regalo para que abras las vidrieras guiándote por ella.

—¡Gracias, señor marqués, gracias! Sirviendo á vuecencia de rodillas no le pagaré en mi vida las bondades que le debo.

—Cumple con tu obligacion, que eso me basta.

VI

Como Perico gana veinticuatro reales y tiene repeticion de seis mil y cadena de dos mil, asiste á las tertulias de tono. Anoche asistió á la de C..., donde le presentó su amigo E...

Como en la tertulia de C... se juega por via de pasatiempo, Perico perdió anoche en ella el poco dinero que llevaba, y ademas sobre su palabra ocho mil reales, para cuyo pago tiene que vender hoy la repeticion y la cadena que le regaló el marqués.

Como Perico vino anoche tan tarde de la tertulia de C..., y con la desazon que le causó lo que perdió en el juego, no ha podido quedarse dormido hasta el amanecer, duerme como un liron, por más que la criada le grita que han dado ya las ocho...

Por fin, Perico se levanta y se dirige á la portería; pero no atropella á nadie corriendo, aunque están dando las nueve, porque eso... ¡oh! eso, como dice muy bien él, sería rebajar su dignidad de hombre.

Por fin abre las vidrieras.

El marqués se asoma á la ventana y le llama á su habitacion.

—Perico,—le dice,—he suprimido el destino que desempeñabas en mi casa.

—¡Perdóneme vuecencia!

—Nada tengo que perdonarte: basta *imponer* al hombre una obligacion para que se le haga pesada y no la cumpla exactamente, á no ser que esté dotado de una gran rectitud. En tí se ha cumplido ese fatal destino de la humanidad.

Don José, que estaba oculto en un gabinete inmediato, sale á aumentar los interlocutores de esta escena.

—Señor marqués,—dice,—á la salud de usted convienen los paseos por la mañana; pero no se *imponga* usted la obligacion de darlos, porque entónces... ¡adios paseos!

VII

Pocos dias despues, don José retiraba de la depositaría del Ayuntamiento la suma por que habia suscrito en la sociedad de padres de familia al mozo Pedro Romero.

Pocos dias despues, el mozo Pedro Romero entraba en el depósito de quintos de Leganes.

Pocos dias despues empezaba á cansarse de hacer la misma cosa.

Pocos dias despues le daban cada palo que cantaba el misterio, porque descuidaba su obligacion.

Pocos dias despues, á fuerza de lapos, empezaba á acostumbrarse á hacer todos los dias una cosa misma.

Y pocos dias despues escribo yo esto, no con la arrogante pretension de resolver un problema moral, sino con la modesta intencion de consignar un hecho que cada cual puede utilizar como más le plazca.

Sin embargo, confieso que yo, á pesar de todos los ejemplos, no me hubiera afiliado tan dócilmente como don José en la secta filosófica del marqués. Yo hubiera dicho:

—Señor marqués, ¡ni por esas! que yo conocí un pobre muchacho que, por espacio de diez años, pasaba el dia resignado y alegre vendiendo clavos detras de un mostrador, y la noche dejando vagar su alma por el cielo de la gloria y la poesía.

JAUN-ZURÍA.

I

Gran número de guerreros, con el carcaj á la espalda, llena el atrio del palacio de Témora, residencia de los reyes de Erin (1), y los bardos cantan, al són de las arpas de oro, las hazañas que han glorificado en la guerra y en la caza al valeroso Morna, soberano de las verdes islas cercadas de olas azules.

Las arpas de los bardos callan, los guerreros se ordenan en dos largas filas, las puertas del palacio se abren, y aparece en ellas el anciano Morna, en medio de sus hijos Lémor y Armin.

El pueblo que se acerca á contemplar á su rey, le aclama con infinito amor, que Morna es *el amado de todos*, segun la significacion de su nombre en el armonioso idioma de las verdes islas.

Canos tiene el rey cabello y barba; pero la nieve de seten-

(1) Irlanda.



ta inviernos no ha conseguido aún enervar aquellos miembros de atleta, desarrollados en el trabajo y la sobriedad.

Tambien tiene el pueblo calurosas aclamaciones para los príncipes que acompañan al anciano; que hermosos de cuerpo y alma son Lémor y Armin.

Lémor tiene la tez blanca, como la nieve que corona las cimas del Cármora, el cabello dorado como los rayos del sol, y los ojos azules como la flor del lino.

Se alejan, se alejan de Témora, seguidos de los guerreros y bendecidos de las mujeres, los ancianos y los niños, que los siguen con la vista y el corazon hasta que se pierden en la espesura de Lena.

No van á la guerra, no; que las mujeres no lloran al verlos partir.

El jabalí de ásperas cerdas y prolongados colmillos es el enemigo con quien van á lidiar en los bosques de Lena.

Helos, helos que ya se dispersan en la espesura, así que los perros que los siguen de cerca anuncian la presencia del monstruo de los bosques.

El rey va por un lado, y Lémor y Armin por otro.

La bocina de los ojeadores anuncia tambien la aparicion del jabalí.

El jabalí corre, corre, corre, destrozando con sús formidables colmillos cuantos perros osan acercarse á él, y rechazando con su áspera y cerdosa piel cuantas flechas se le disparan.

Lémor se ha separado ya de su hermano, como ántes se habia separado de su padre, y hace una hora que los cazadores se fatigan recorriendo el espeso bosque, sin poder rendir la fiera.

La bocina anuncia á Lémor que la fiera se dirige hácia donde él está, y el hermoso cazador prepara su arco.

Agítase la maleza á corta distancia; la espantosa cabeza del monstruo se deja ver, y la flecha de Lémor parte silbando.

Un doloroso quejido resuena en la espesura, y Lémor se lanza á acabar con la fiera; pero la fiera no está allí donde el príncipe encaminó su flecha, y el quejido se repite á algunos pasos más allá.

Avanza Lémor, y al apartar la maleza de donde sale el quejido, un grito de inmenso dolor se exhala de su pecho; que su padre, el rey de las verdes islas, el amado de todos, y de nadie tanto como de Lémor, yace allí moribundo, atravesado el noble pecho por el dardo partido del arco de Lémor.

Lémor demanda auxilio para su padre, invoca la proteccion del cielo para el moribundo anciano, procura devolver á éste la vida, que se va, que se va por instantes, y llora al ver su impotencia, y siente en su alma la desesperacion.

II

Ya regresan al palacio de Témora los príncipes de las verdes islas, y los guerreros que fueron con ellos á las selvas de Lena; pero los bardos que salieron á su encuentro cuando los vieron asomar por los lejanos oteros, no pulsan las arpas de oro, ni glorifican con cánticos de alabanza á los cazadores.

Silenciosos y tristes llegan cazadores y bardos, y al saber la causa de su silencio y su tristeza, las mujeres y los ancianos y los niños atruenan el espacio con sus lamentos. Morna, el amado de todos, torna sin vida, conducido por sus guerre-

ros en un lecho de ramas fúnebres, y Lémor y Armin parecen próximos á morir de dolor.

Los ancianos, jefes de las tribus de Erin, se congregan al siguiente dia en Témora, y despues de conferenciar largo rato, comparecen ante Lémor, heredero de la soberanía de las verdes islas.

—Príncipe,—le dice el más anciano de los jefes,—aunque nuestras leyes condenan á muerte al parricida, tú no debes morir, porque si tu flecha ha herido á tu padre, no la ha dirigido tu voluntad; pero no debe ceñir una corona ni vivir entre nosotros el que está manchado con la sangre de su padre y de su rey. La corona de Morna descansará en la frente inmaculada de Armin. Mañana, al alborear, te esperará en el puerto una nave aparejada y provista de cuanto necesites para tu sustento. Aléjate en ella para siempre de nuestras islas, y que el cielo te ampare donde quiera que los vientos te lleven.

Lémor acata la decision de los jefes de las tribus, y se entrega á merced de los vientos y las olas, sin más compañía que su dolor, su esperanza en el cielo, que sabe su inocencia, y dos leales servidores que quieren participar de su desdicha.

La nave, falta de diestro piloto, vaga dias y dias, y áun meses, por las soledades del Océano, juguete de las irritadas olas y de los vientos desencadenados.

La sed devora á Lémor y sus servidores, que no pueden llevar á sus labios más agua que la de la mar salada; pero hé aquí que cuando ya la última esperanza de descubrir un continente, cualquiera que él sea, los abandona, descubren allá muy léjos, entre las brumas, unas costas cubiertas de verdes

montes, y empujan, empujan su nave hácia aquella tierra de bendicion.

Aquella tierra es la habitada por los cántabros, por la raza de gigantes á quienes cinco siglos há no pudo domar todo el poder de Roma, la señora del mundo.

Ya se acerca la nave á la costa. Hermoso es, más hermoso aún que las islas de Erin, el continente que el príncipe y sus servidores saludan llenos de júbilo.

Los desterrados saltan de la nave y prorumpen en gritos de alegría, porque á la sombra de unos verdes y seculares castaños, brota una caudalosa fuente, clara como las cristalizaciones de las grutas del Drumanar.

El agua calma el ardor que les devora. La tranquilidad acude á su alma y el sueño á sus ojos. Reclínanse en un recuesto cubierto de flores, y quedan profundamente dormidos.

III

¿Adónde va el *echeco-jauná* (1) de Busturia, que abandonando el cultivo de sus campos, desciende á las desiertas playas de Mundaca, seguido de los que le acompañaban en el trabajo? ¿Adónde va el *echeco-jauná?*

Ha visto desde la altura una navecilla vagando sin gobierno y chocando contra las rocas, y como es compasivo y hospitalario, corre, corre, vuela á socorrer á los náufragos, que supone luchando con la muerte en la ribera.

(1) Señor de casa propia.



Detiénese al bajar al llano, y le imitan los que corrian en pos de él. Tres extranjeros duermen cabe la fuente, á la sombra de los castaños, y el *echeco-jauná* y sus compañeros detiénense á velar su sueño.

Los hijos de las verdes islas despiertan, y preguntan al *echeco-jauná* cúya es la tierra adonde el viento y las olas han arrastrado su nave.

Y al saber que es la tierra de los invictos cántabros, alzan sus ojos al cielo para dar gracias á Dios, que los ha traido á la patria de los primeros héroes del universo.

Bajo el techo de Busturia hallan hospitalario asilo los desterrados de Erin; pero pronto se sabe en las montañas euskaras que mora en ellas un hijo de reyes, y el anciano Lekobide, el caudillo de los euskaldunac y descendiente de aquel otro glorioso caudillo del mismo nombre que humilló la soberbia de los Césares y celebran los cantos populares vascos, envia mensajeros al príncipe de Erin, para ofrecerle su hogar en el valle de Padura.

Lémor contempla la felicidad suprema de la tierra, al llegar á la morada del caudillo vascongado.

Una aureola de gloria circunda la anciana frente de Lekobide, y otra de castidad y hermosura la frente juvenil de Luz, la hija del jefe de los euskaldunac.

Meses há que Lémor se sienta en el escaño del hogar de Lekobide. Meses há que pugna por abandonar el valle de Padura, porque, buen caballero y buen cristiano, se avergüenza de vivir en el ocio, miéntras los hijos de Agar huellan la santa cruz allende el Ebro. Meses há que quiere ir á ofrecer su brazo al valeroso conde de Castilla; pero siempre le detienen los rue-

gos de Luz y de Lekobide, y más que todo una fuerza misteriosa que reside en su corazon.

Los ejercicios guerreros y la caza le entretienen. Cuando alejándose de Padura se encamina á las altas montañas que dominan el valle, para perseguir allí al jabalí ó al gamo, Luz se asoma á la ventana, entristeciéndose más cuanto más se aleja el extranjero, y el extranjero torna la vista buscando á Luz en la ventana.

IV

Los euskaldunac son libres, libres como las brisas y los pájaros de sus montañas.

No tienen señor á quien rendir vasallaje, ni más leyes que las escritas en la conciencia de sus ancianos, que juzgan al delincuente y dirimen las contiendas á la sombra del santo roble de Guernica.

Fuera de las jerarquías de la virtud y la inteligencia y la ancianidad, sólo hay una jerarquía en la tierra de los euskaldunac.

Los euskaldunac eligen un caudillo que esté siempre dispuesto á conducirlos al combate cuando el extranjero invada su libre tierra, y ese glorioso título concedieron á Lekobide há más de media centuria, atendiendo á su virtud, á su inteligencia, á su valor y á su glorioso nombre.

Un dia, congregados los patricios euskaros bajo el santo roble de Guernica, recordó uno de ellos que Lekobide era anciano, é impotente, por lo tanto, para acaudillar las huestes euskaldunac el dia que el extranjero invadiese la patria. Entón-

ces un patricio centenario habló de este modo á la asamblea:

—«Quince años hacía que Leyalá, el perro más valiente y leal de nuestras montañas, vigilaba dia y noche á la puerta de su amo.

«Leyalá es viejo», dijo un dia el *echeco-jauná;* y aquella noche un nuevo guardian ocupó el puesto en que Leyalá habia encanecido.

»El raposo, ahuyentado hacía quince años por Leyalá, que le sentia desde léjos, vino aquella noche, sin que el perro jóven le sintiera, y comió las gallinas del *echeco-jauná.*

»Y Leyalá, que habia dejado cabizbajo y triste el helecho en que dormia hacía quince años á la puerta de la casería, para que un extraño ocupase su puesto, apareció muerto la mañana siguiente, aunque el *echeco-jauná* le habia preparado un lecho más blando y más abrigado que aquél en que descansaba hacía quince años.»

Así habló el patricio centenario, y nadie ha recordado desde entónces que Lekobide es anciano.

Tampoco Lekobide lo recuerda, que la juventud de su alma no le deja pensar en la ancianidad de su brazo.

Pero hé aquí que un sordo rumor y una agitacion inusitada muchos años há, se extiende por los valles y las montañas euskaras, y numerosos corredores, con la indignacion en el alma, llegan á la puerta de Lekobide, exclamando:

—¡*Quidaria* (1)! Un ejército formidable asoma por las cordilleras de Orduña, y ¡ay de los euskaldunac si el *irrinzi* (2) no se oye pronto en nuestras montañas!

(1) Caudillo.
(2) Grito de guerra.

—¡Rayo de Dios! —grita Lekobide encendido en ira.— ¡Suenen las cinco bocinas en los cinco montes euskaros, que no llegarán al árbol Malastu los que en són de guerra osan pisar nuestros libres solares! ¡Dadme la cota y la lanza que me acompañan en el combate setenta años há!

Lekobide se viste la acerada cota, y su cuerpo se encorva bajo el peso de la armadura.

Lekobide empuña la lanza, y su brazo se niega á sostenerla.

Entónces el glorioso caudillo recuerda su ancianidad, y tiembla, y cae lleno de desaliento y desesperacion en el poyo de la puerta.

Y entre tanto la alarma cunde por las montañas y los valles euskaros, y ya muchos guerreros vascongados bajan el valle de Padura, pidiendo á su glorioso caudillo que los conduzca al combate.

Un rayo de esperanza ilumina de repente la venerable faz de Lekobide.

—¡Príncipe de Erin!—exclama el anciano dirigiéndose al hijo de Morna.—Toma mi cota y mi lanza, y ocupa mi lugar al frente de las legiones euskaldunac.

—Señor,—contesta Lémor,—yo pelearé contra los enemigos de la tierra que tan generosa hospitalidad me ha dado, pero seré confundido con tus guerreros. Busca caudillo más digno que yo de conducir tus guerreros al combate.

Todos los euskaldunac que han bajado al valle de Padura unen sus ruegos al de Lekobide; pero el modesto príncipe insiste en pelear como el más humilde.

—Serás miéntras vivas el caudillo de los euskaldunac, que



yo soy impotente para serlo,—dice Lekobide con universal asentimiento.

Pero Lémor continúa rehusando el glorioso título que se le ofrece.

—Hijo de reyes eres, y mereces mandar vasallos,—exclaman los ancianos de veinte valles, reunidos ya en el de Padura.—La libre tierra euskara te da su señorío si consientes en acaudillar sus huestes.

El príncipe de Erin rehusa el señorío de los euskaldunac.

Y en tanto, nuevos corredores llegan anunciando que el ejército enemigo ha pasado el árbol Malastu, y baja como mar embravecida, arrasando cuanto se opone á su paso.

—¡Oh, príncipe de Erin!—exclama Lekobide.—Si por mis venas corriese sangre de reyes, yo te diria: Acaudilla las legiones euskaldunac, arroja de nuestra tierra al extranjero, y al tornar del combate te sentarás en mi hogar y te daré el nombre de hijo.

Lémor dirige á Luz una mirada llena de amor y ansiedad; y como si en el rostro de la doncella hubiese leido la respuesta que anhelaba su alma, exclama, vistiéndose la cota y empuñando la lanza de Lekobide:

—¡Anciano, que Dios me deje sentar en tu hogar y oir de tus labios el nombre de hijo!

V

En los cinco montes más altos de la tierra libre resuenan las bocinas, y el *irrinzi* contesta á aquel belicoso sonido en todos los valles y en todas las montañas.

Todo varon bastante fuerte para lanzar un dardo ó blandir una espada, ó una lanza, ó un hacha, abandona presurosamente su hogar y se encamina hácia el valle de Padura, cuyas hondonadas y cumbres apénas pueden ya contener los millares de euskaldunac que van acudiendo al llamamiento de la patria.

Y no es fuera de razon este llamamiento, que los enemigos son muchos y ya se acercan al valle de Padura como desafiando al caudillo de los euskaldunac, que saben tiene allí su morada.

El ejército que invade las montañas euskaras no se compone, no, de aquellas esforzadas legiones castellanas y leonesas que tantas veces plantaron la cruz de Cristo sobre las tiendas musulmanas, ni le acaudillan reyes de Leon ni condes de Castilla. Compónese de viles aventureros que infaman el nombre cristiano desde el Ebro al Tajo, y le acaudilla *Ordoño el Malo*, el villano usurpador de la corona de Sancho el Craso, que, arrojado del trono leonés, quiere ahogar su despecho en la noble sangre de los euskaldunac, y levantar en las montañas euskaras un nuevo trono en que sentarse.

El ejército vascongado, acaudillado por Jaun-Zuría, como denominan los euskaldunac al príncipe de Erin, sale al encuentro del extranjero, que asoma ya por las montañas que dominan el valle de Padura, y Sancho Estiguiz, el Señor del Duranguesado, deja sus palacios de Tabira para acaudillar á los durangueses, que ansían ir á pelear al lado de sus hermanos los de la raza euskalduna, y vuela al lado del príncipe.

Trabado está el combate, y su espantoso fragor atruena las ántes pacíficas montañas euskaras.

Espesas nubes de dardos oscurecen el sol. Enormes rocas arrancadas por el hercúleo brazo de los euskaldunac, se desploman sobre las huestes de Ordoño, desordenándolas, y espantándolas, y aplastándolas. El hacha, y la lanza, y la espada de los patricios vascos, siembran de cabezas extranjeras é inundan de sangre los peñascales de Padura.

Pero la desesperacion de Ordoño, que es inmensa, hace supremos esfuerzos para reanimar el valor de los aventureros, y aún se mantiene indecisa la victoria.

—¡Muera—exclama Ordoño—el caudillo de los euskaldunac, y el triunfo será mio!

Y corre al encuentro de Jaun-Zuría, que á la par lidia y rige su ejército en lo más recio de la pelea.

El hijo de los reyes de Erin sale á su vez al encuentro del ambicioso jefe de los invasores, y cierra con él en descomunal batalla.

La lanza de Lekobide, manejada con fuerza de titan por el príncipe de Erin, traspasa el pecho de Ordoño, que espira dando un rugido de desesperacion, que resuena en las montañas de Padura como el del leon herido. Pero ¡ay! una piedra lanzada por los enemigos hiere la noble frente del Señor del Duranguesado, por cuya vida daria la suya el príncipe de Erin.

El desórden es espantoso en las ya mermadas legiones extranjeras, que huyen, huyen en desórden por donde bajaron, señalando su huella con sangre y fuego.

Los euskaldunac las siguen hasta el pie del Luxa, y allí, cansados ya de matanza, y viendo libre y feliz á la patria, descansan y celebran su glorioso triunfo á la sombra del árbol Malastu, que limita la tierra libre.

VI

Cerca de diez siglos han pasado desde que los euskaldunac, acaudillados por el desterrado de Erin, hicieron estremecer de gozo á la patria en los campos de Padura.

Si quereis visitar aquellos campos, no busqueis en el mapa el nombre de Padura, pues trocaron este nombre por el de Arrigorriaga, que en el rico y venerable idioma euskaro, equivale á *piedras bermejas*. Las rocas de que están erizadas las montañas de la antigua Padura, conservaron por mucho tiempo el color de la sangre que derramaron en ellas las hordas de Ordoño el Malo; y hé aquí por qué la antigua Padura trocó este nombre en el de Arrigorriaga.

Dirigíos á la iglesia parroquial del valle de Arrigorriaga, y allí, junto á la pila del agua bendita, vereis un sepulcro de piedra. Preguntad á los sencillos aldeanos quién yace en aquel sepulcro, y os contestarán, latiendo su corazon al recuerdo de las glorias de la patria, que allí yace un príncipe llamado Ordoño, que intentó robar sus libertades al pueblo vascongado, y fué muerto por Jaun-Zuría, el primer Señor de Vizcaya.

Examinad luego los empolvados archivos del templo, y si sabeis la inmutable y eterna lengua de los euskaldunac, unos carcomidos y amarillentos pergaminos os dirán que en aquel templo se unieron la hija de Lekobide y el hijo de un rey de Erin.

CASILDA.

I

Era el rey de Toledo el moro Almenon, con quien el rey de Castilla don Fernando el *Grande* mantenia cordial amistad.

Este rey moro tenia una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

Una esclava castellana contó á la hija del rey moro que los nazarenos amaban á su Dios, y á su rey, y á sus padres, y á sus hermanos, y á sus esposas.

Tambien contó la esclava á la hija del rey moro, que los nazarenos nunca quedan huérfanos de madre, porque cuando pierden á la que los concibió en sus entrañas, les queda otra, llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años, pasaron años, y Casilda fué creciendo en cuerpo y en hermosura y en virtud. Se le murió su madre, y envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardin que rodeaba el palacio del rey moro, habia unas lóbregas mazmorras, donde gemian, hambrientos y cargados de cadenas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un dia fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y oyó gemir á los pobres cautivos. La princesa mora tornó al palacio, lleno su corazon de tristeza.

II

A la puerta del palacio encontró Casilda á su padre, y arrodillándose á sus piés, le dijo:

—¡Padre! ¡Señor padre! En las mazmorras de allende los jardines gime muchedumbre de cautivos. Quítales sus cadenas, ábreles las puertas de su prision y déjalos tornar á tierra de nazarenos, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposas, amadas.

El moro bendijo á su hija en el fondo de su corazon, porque era bueno y amaba á Casilda como á la niña de sus ojos.

El pobre moro no tenia más hija que aquella.

El pobre moro amaba á Casilda porque era su hija, y porque era ademas la viva imágen de la dulce esposa cuya pérdida lloraba hacía un año!

Pero el moro, ántes que padre, era musulman y rey, y se creia obligado á castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer á los cautivos cristianos y pedir su libertad, era un crímen que el Profeta mandaba castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, y dijo á Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

—¡Aparta, falsa creyente, aparta! ¡Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, que tal pena merece quien aboga por los nazarenos!

É iba á llamar á sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus piés demandándole perdon en memoria de su madre.

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lágrimas, y estrechó á su hija contra su corazon, y la perdonó, diciendo:

—Guárdate, hija mia, de pedir otra vez por los cristianos, y áun de compadecerlos, porque entónces no habrá misericordia para tí; que el santo Profeta ha escrito: «Exterminado será el creyente que no extermine á los infieles.»

III

Cantaban los pájaros, era azul el cielo, era el sol dorado, se abrian las flores, y el aura de la mañana llevaba al palacio del rey moro el perfume de los jardines.

Casilda estaba muy triste, y se asomó á la ventana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entónces tan bellos, que no pudo resistir á su encanto, y bajó á pasear su tristeza por sus olorosas enramadas.

Cuentan que el ángel de la compasion, en forma de hermosísima mariposa, le salió al paso y encantó su corazon y sus ojos.

La mariposa volaba, volaba, volaba de flor en flor, y Casilda iba en pos de ella sin conseguir alcanzarla.

Mariposa y niña tropezaron con unos recios muros, y la mariposa penetró por ellos, dejando allí inmóvil y enamorada á la niña.

Tras aquellos recios muros oyó Casilda tristísimos lamentos, y entónces recordó que allí gemian, hambrientos y car-

gados de cadenas, los pobres nazarenos, por quienes en Castilla lloraban padres, hermanos, esposas, amadas.

Y la caridad y la compasion fortalecieron su alma é iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, y tomando viandas y oro tornóse hácia las mazmorras, siguiendo á la mariposa, que volvió á presentarse á su paso.

El oro era para seducir á los carceleros, y las viandas eran para alimentar á los cautivos.

Oro y viandas recataba con la falda de su vestido, cuando al volver una calle de rosales tropezó con su padre, que tambien habia salido á distraer allí sus melancolías.

—¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos?

La princesa se puso colorada, como las rosas que mecia á su lado el aura de la mañana, y al fin contestó á su padre:

—He venido á contemplar estas flores, á oir trinar estos pájaros, á ver el sol reflejarse en estas fuentes, y á respirar este ambiente perfumado.

—¿Qué llevas envuelto en la falda de tu vestido?

Casilda llamó desde el fondo de su corazon á la madre inmortal de los nazarenos, y respondió entónces á su padre:

—Padre y señor, llevo rosas que he cogido en estos rosales.

Y Almenon, dudando de la sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña, y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

IV

Pálida estaba la niña, pálida como las azucenas de los jardines del rey moro, su padre.

Cuenta la historia que apénas quedaba sangre en las venas de Casilda, porque todos los dias coloraba, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

Pálida estaba la niña, y el rey moro se moria de pena viendo morir á su hija.

La ciencia de los médicos de Toledo no acertaba á devolver la salud á la princesa, y entónces Almenon llamó á su corte á los más afamados de Sevilla y Córdoba.

Pero si impotente habia sido la ciencia de los primeros, impotente era tambien la ciencia de los segundos.

—¡Mi reino y mis tesoros daré al que salve á mi hija!—exclamaba el pobre moro, viendo á Casilda próxima á exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba á ganar su reino y sus tesoros, que la sangre continuaba colorando, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

—¡Mi hija se muere!—escribió el rey de Toledo al rey de Castilla.—Si en vuestros reinos hay quien pueda salvarla, que venga, que venga á mi corte, que yo le daré... mis reinos, mis tesoros, y hasta le daré mi hija.

V

Por los reinos de Castilla y de Leon sonaban pregones anunciando que el rey moro de Toledo ofrecia al que devolviera la salud á su hija, su reino y sus tesoros, y hasta la hija cuya salvacion anhelaba.

Y cuentan que un médico venido de Judea se presentó

al rey de Castilla, ofreciéndole tornar la salud á la princesa mora.

Y era tal la sabiduría que brillaba en las palabras de aquel hombre, y tal la fe que inspiraba la bondad que resplandecia en su rostro, que el rey de Castilla no vaciló en darle cartas, asegurando á Almenon que le enviaba con ellas el salvador de la princesa Casilda.

Apénas el médico venido de Judea tocó la frente de la niña, la sangre cesó de correr, y el color de la rosa empezó á asomar en las pálidas mejillas de la enferma.

—¡Tomad mi reino!—exclamó Almenon, loco de alegría y llorando de agradecimiento.

—Mi reino no es de este mundo,—respondió el médico venido de Judea.

—¡Tomad mi mayor tesoro!—repuso el rey de Toledo, designando al médico su hija.

Y haciendo una señal de aceptacion el médico, extendió la mano hácia Castilla, y dijo:

—Allí hay unas aguas purificadas que han de completar la salvacion de la vírgen musulmana.

Y al dia siguiente, la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos, acompañada aún del médico venido de Judea.

VI

Casilda y el médico venido de Judea caminaban, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos, y al fin se detuvieron á la orilla de un lago de aguas azules.

El médico tomó algunas gotas de agua en el hueco de la

mano, y exclamó, derramándolas sobre la frente de la princesa:

—*¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo!*

Y la princesa sintió un bienestar inefable, parecido al que allá en su niñez le habia contado la esclava nazarena que sentian los bienaventurados en el paraíso.

Y sus rodillas se doblaron, y sus ojos se fijaron en la bóveda azul del cielo, y en torno suyo resonaron dulcísimos *hossannas*, que la hicieron volver la vista á su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya á su lado, que cercado de vívidos resplandores se elevaba hácia la bóveda azul del cielo.

—¿Quién eres, señor, quién eres?—exclamó la princesa atónita y deslumbrada.

—Soy tu esposo, soy el que dió la salud á la hija de Jairo, que padecia el mal que tú padeciste; soy el que dijo: «Cualquiera que dejase casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.»

En la orilla del lago azul que hoy llaman de *San Vicente*, y está en tierra de Briviesca, hay una pobre ermita, donde vivió solitaria la hija del rey moro de Toledo, que hoy llaman *Santa Casilda*.

EL PRÍNCIPE DESMEMORIADO.

I

Poniendo un poquito de lo que contaba Gracian Dantisco, otro poquito de lo que contaba mi difunta abuela, y otro poquito de lo que yo me sé, voy á contar un cuento que desternille de risa á los bobos.

Ea, pues, mucho oido, sobre todo los sordos de entendimiento, que sólo al diablo toleraré que sea sordo, para que no me venga con canciones de si soy embustero ó dejo de serlo.

Han de saber ustedes que el rey Perico y su mujer la reina Mari-Castaña tenian un hijo casadero, que era la envidia de las chicas de la corte. El príncipe Andana, que así se llamaba el primogénito de tan afamados soberanos, tenia novias á porrillo; pero tenia tambien trazas de morir soltero, porque su memoria era tan infeliz, que su alteza se enamoraba hoy, y por más que se hiciese un nudo en el pañuelo ó tomase unos palitos de pasas, mañana no se acordaba ya de que estaba enamorado.

—Pero, señor,—decian el rey Perico y la reina Mari-Castaña,—¿qué harémos para que á este chico no se le vaya el santo al cielo?

Consultaron á los médicos más afamados de la corte, y los médicos, que eran un pozo de sabiduría, tuvieron una junta magna, en la que, despues de sérias y profundas discusiones, acordaron que el príncipe Andana se ausentase de la corte, para que con las memorias que recibiese de parientes y amigos pudiese echar un buen remiendo á la suya.

Este sabio dictámen llenó de gozo al rey Perico y á la reina Mari-Castaña, que llenaron á su vez de cruces y calvarios el pecho de los sapientísimos doctores.

El príncipe Andana se dispuso á viajar por esos mundos de Dios.

Su augusta madre creyó que debia cantarle la cartilla, ántes que emprendiese el viaje, para que no fuese víctima de la inexperiencia propia de sus pocos años. ¡Ah! Se me olvidaba decir que el príncipe no tenia más que treinta y cinco.

—Niño,—le dijo su madre,—es menester que mires lo que haces. No degrades tu soberana estirpe con amorcillos de tres al cuarto, y luégo nos vengan con aquí la puse.

Dicho esto, le preparó una tortilla con patatas, que era lo que habia que comer; se la colocó entre dos medias libretas, se la envolvió en un periódico político, y anda, chiquito, que ya vas aviado, le despidió, derramando tantas lágrimas, que aquel dia el Ayuntamiento se ahorró los gastos de regado de las calles.

¡Váyanse muy noramala todos los amores donde está el amor maternal!

El príncipe Andana emprendió su viaje. Mucho sintió las lágrimas de su madre; pero no las pudo llorar, porque las olvidó apénas volvió la esquina.

Anduvo, anduvo, anduvo, hasta que tuvo hambre. Entónces se metió en un ventorrillo, y como era tan desmemoriado, el infeliz olvidó la tortilla maternal, que debia estar tan rica, y se dió una pechada de jamon y pan tierno, que ¡ya! ¡ya!

Al salir del ventorrillo se le olvidó á su alteza pagar la cuenta, y el ventero tuvo que contarle entre los parroquianos de gorra; porque... ¡vaya usted á pedir cuentas á un príncipe!

¡Ah! Si su augusta madre lo hubiera visto, ya le hubiera dado á su alteza para castañas; porque aunque sus majestades eran más pobres que las ratas, no les gustaba que su chico quedase mal en parte ninguna.

Anduvo, anduvo, anduvo el príncipe Andana, y en cuanto encontraba una chica guapa se enamoricaba de ella, y... ¡compadézcanse ustedes de este jóven imposibilitado en la flor de su edad de acordarse de que es príncipe, y de que no debe degradar su soberana estirpe con amorcillos de tres al cuarto!

A la orilla del mar habia una viña guardada por un guarda, que por más señas tenia una hija arrogante chica.

El príncipe Andana entró por uvas, y como el guarda le sorprendiese pica que pica, le cogió por el faldon de la levita, y ¡cataplum! le zambulló en el mar.

El remedio propinado por los sabios doctores de la corte del rey Perico y la reina Mari-Castaña, empezó entónces á surtir efecto. El príncipe habia recibido aquella mañana, y tenia en el bolsillo, una carta de sus augustos padres, en que éstos le enviaban memorias de todos los parientes y amigos, y hé

aquí que, gracias sin duda á esto, su alteza recordó que sabía nadar.

Nadaba el príncipe como un perro de aguas, cuando fué descubierto por la tripulacion de un barco que rondaba aquellas costas, y cátenle ustedes recogido por un buque y conducido por esos mares afuera, miéntras el guarda y su hija le gritaban desde la orilla, el guarda riendo y la chica llorando:

—¡Vuelve por uvas! ¡vuelve por uvas!

II

Érase el Gran Turco un abuelito que apénas podia con los calzones; y el maldito de cocer, que no veia ya gota, se empeñaba en que los médicos le habian de devolver la vista, porque le gustaban aún las chicas, y se despepitaba por ver una de rechupete que le acababan de traer de Circasia.

¡Qué lástima de... ¡Vamos, si estos señores mayores se vuelven á la edad de los niños!

Pues, señor, dale que le das el tal turco con que iba á abrir en canal á sus médicos de cámara si no le devolvian la vista.

Los médicos de cámara se echaron á buscar quien los ayudase en su peliaguda tarea, y al fin averiguaron que un bajá de tres colas tenia en su cortijo un médico cristiano, que en un abrir y cerrar de ojos curaba la ceguera hasta á los enamorados.

El médico cristiano compareció en la corte del Gran Turco.

Todos los grandes hombres tienen manías muy singulares. El médico llamado á la corte del Gran Turco tenia nada

ménos que tres manías: la de echarla de pollo, la de blasonar de noble, y la de creerse más galan que Gerinéldos.

—Mira,—le dijo el Gran Turco, cuando compareció á su presencia,—si me quitas la ceguera te doy el oro y el moro; pero si no me la quitas, ¡juro á brios Baco balillo, que te cayó la lotería!

—¡Aprieta, manco!—dijo para sí el médico.—¿Qué va á que este bruto hace conmigo alguna barbaridad?

Cocimiento de flor de saúco por aquí, agua blanca por allá, el médico cristiano se las pelaba por devolver la vista al Gran Turco; pero ¡quiá! el Gran Turco veia ménos cuantos más menjurjes le daba.

—¿Ve vuestra alteza algo?—le preguntó un dia, despues de aplicarle un reactivo de infusion de guindilla.

—¡Qué canario he de ver!—contestó el ciego echando por aquella boca cada terno que se estremecia la tierra.—Lo que veo son las estrellas con esos menjurjes con que me estás sobando. Ya me tienes hasta los pelos con tu ignorancia; y te prevengo que si para mañana á estas horas no me pones en disposicion de ver á una chica que me acaban de traer de Circasia, te doy una paliza que ni la Paz y Caridad te levanta.

El médico se retiró, aterrado con aquella sentencia, y pasó la noche aguzando el entendimiento, á ver si encontraba medio de anularla, ó cuando ménos dilatar su ejecucion.

—Por aquí,—se dijo,—hay gentes de todas las religiones, pero no se encuentra un cristiano ni para un remedio. Voy á decir al abuelo que el único medio de curarle la ceguera consiste en darle una untura de manteca de cristiano, aderezada con ciertas yerbas que sólo yo conozco; pero que, como es di-

fícil encontrar un cristiano á quien sacarle las mantecas, hay que aguardar á que la casualidad le proporcione. Así iré dando largas á la paliza, y ántes que se pueda echar mano á la víctima por mí designada, ya habré encontrado medio de tomar las de Villadiego.

Contento el médico con el ingenioso recurso que habia encontrado en su talentazo, se presentó la mañana siguiente al Gran Turco.

—Señor,—le dijo,—he dado con un remedio tan eficaz, que aplicársele á vuestra alteza y ver perfectamente, sin gafas ni nada, todo va á ser uno.

—¿Qué demonche me cuentas, hombre?

—Lo que oye vuestra alteza.

—Vamos, vamos á ver qué remedio es ése.

El médico explicó al Gran Turco cuál era el remedio infalible que habia para devolverle la vista.

—Nada, nada, pues á buscar inmediatamente un cristiano que esté bien gordo, y á sacarle las mantecas, que estoy rabiando por ver á esa chica.

—Señor, el remedio es infalible, pero es muy difícil adquirir el ingrediente que entra en él, porque en la actualidad no hay cristiano alguno en Constantinopla.

—¡Pues no ha de haber, hombre! Y en último caso... ¡qué diantre! si no se encuentra otra cosa, echarémos mano de tí.

El médico pegó un brinco al oir estas palabras, y dándose un puñetazo en la frente:

—¡Ah, bruto!—se dijo á sí mismo.—¡Me alegraria que te sacasen las mantecas como á un marrano, para que otra vez no fueses tan bestia!

—Pero, hombre, ¿qué es lo que estás ahí rezando?—preguntó el Gran Turco, echando mano á una charrasca que tenia al lado.

—Nada, señor; es que... mi manteca no sirve, porque ha de ser de un cristiano jóven.

—Hombre, pues tú no eres viejo.

—¡Qué, señor! Si tengo ya más años que Matusalen; y además, necesitamos un cristiano noble.

—¡Justo y cabal! Noble como tú.

—¡Qué he de ser yo noble!

—Hombre, no te hagas el chiquito, pues tú mismo me dijiste ayer que procedes de la nobleza más esclarecida de tu país.

—¡Si mi abuelo estuvo en presidio!

—¿Eso qué le hace? Con tal que tu padre fuera cumplido caballero...

—Sí, ¡buen caballero me dé Dios, cuando le azotaron sobre un burro!...

—Será todo lo que tú quieras, hombre, pero finura suple nobleza de sangre.

—¿Fino, yo, señor? Si soy lo más grosero que come pan, si...

—Vamos, hombre, no seas tan modesto. Y sobre todo, ¡qué caramba! en este mundo no se han de pedir las cosas tan completas. Quiere decir que con tu manteca no será la medicina tan eficaz como con la de otro cristiano; pero ¿qué le hemos de hacer si no se encuentra otra cosa? Cuando no hay solomo, longaniza cómo. Si no basta una untura, anda con Dios, me darán un par de ellas, y estamos al fin de la calle. Lo que

importa es que yo vea á esa chica, que me tiene ya chalado.

El médico se despidió de su alteza, temblándole las piernas como campanillas, y poniéndose á sí mismo de bruto y de salvaje, que no habia por dónde cogerle.

III

El Gran Turco habia enviado á uno de los piratas más afamados de su imperio en busca de un cristiano cuyas mantecas fuesen á propósito para confeccionar el ungüento consabido; pero el buque pirata no volvia, el médico cristiano se bañaba en agua rosada, y al Gran Turco se le llevaban doscientos mil demonios, porque el pobre, ¡es natural! tenia unos deseos atroces de poder ver á la chica circasiana, que en efecto era cosa buena.

Pero hete que al fin aparece el bruto del pirata, llevando cautivo nada ménos que al príncipe Andana, hijo del rey Perico y de la reina Mari-Castaña.

La alegría del Gran Turco rayó en locura al recibir tan buena nueva.

Así que el médico cristiano hubo examinado al cautivo,

—Vamos á ver,—le dijo el Gran Turco,—echa mano al chisme que llevas en el estuche, y sácale las mantecas á nuestro hombre, que esta tarde misma he de ver á esa chica que me tiene hecho un arrope.

—Señor,—contestó el médico, trinando con aquel suceso que le ponia en el doble aprieto de cometer un asesinato ó largar la pelleja;—tenemos que andar con mucho cuidado para que no se lleve la trampa la cura. El cautivo trae la sangre

muy alterada con el berrinche que le ha causado su cautiverio, y ademas está en los huesos pelados, porque tiene muy malas pulgas y la corajina le ha quitado las ganas de comer. Dejemos que se serene y engorde un poco, que, como dice el refran, el que mucho abarca poco aprieta.

—¡Voto á brios con las dilaciones!—exclamó el Gran Turco hecho un vinagre.—¡Canasto, hombre! ¿No te he dicho que estoy rabiando por ver á la chica esa?

—Pues no la verá vuestra alteza si el ungüento no se hace como Dios manda.

—¡Bien, hombre, bien, canasto! Que descanse y engorde el cautivo lo que á tí te dé la gana. Pero, con franqueza: ¿tú estás seguro de que veré á esa chica?

—¡Pues no lo he de estar! Pero no hay más remedio que esperar un poco...

—¡Si esperaran tanto las liebres!... En otro tiempo poco me hubiera importado esperar; pero ahora estoy ya tan viejo, que si te descuidas un poco... á burro muerto la cebada al rabo. Vamos á ver: ¿qué te parece que hagamos para que el cautivo crie buena sangre y engorde?

—Proporcionarle todas las comodidades y distracciones posibles.

—Hombre, muy bien pensado. Veo que tienes talento. Manda de mi parte que le dén la mejor habitacion que haya en palacio.

—La mejor es la que está al lado de la de la chica circasiana.

—Pues ésa; y así tambièn se distraerá y engordará viendo á esa chica, pues me han dicho da gloria de Dios el verla.

El médico se retiró á cumplir las órdenes del Gran Turco, admirándose de lo pedazo de bruto que era el abuelo.

IV

En efecto, el cautivo fué alojado en una habitacion, que me rio yo de la que dieron á Lanzarote

cuando de Bretaña vino.

El médico tenia la conciencia ancha; pero áun así, se le hacía cargo de concieneia el consentir que se sacasen las mantecas á su correligionario.

Así es que despues de enterar á éste de la que se le armaba, le aconsejó que aunque se comiese los codos de hambre, viviese siquiera á media racion, á fin de no engordar; porque si engordaba, no necesitaba preguntar de qué mal habia muerto.

—¡Caracoles!—dijo para sí su alteza.—¡Soliman se me vuelva si pruebo yo bocado miéntras esté entre estos brutos!

Llegó la hora de comer, y le sirvieron una comida de padre y muy señor mio; y como el infeliz era tan desmemoriado, se puso aquel cuerpo de chuletas y Valdepéñas, que ¡bendito sea Dios!

Despues de comer se asomó á la ventana del patio á fumar un cigarro, y cate usted que ve á la vecina asomada á la ventana de enfrente echándole unos ojillos más retunantes... Porque es de advertir que la chica circasiana se acababa tambien de levantar de la mesa, y... ¡qué demonio! ¿Por qué no se ha de decir? Se habia tirado dos ó tres buenos latigazos de Valdepéñas para no acordarse del bruto del Gran Turco.

Entre aquello de «Por esos ojos iria yo á presidio», y lo de «¡Buenas alhajas están ustedes los hombres!», el príncipe Andana y la chica circasiana se pusieron aquella misma tarde á partir un piñon.

Esta cancion se repetia todas las tardes, y el vecino y la vecina estaban cada vez más derretidos.

Al médico se le llevaban los demonios viendo que el príncipe engordaba como un marrano, é iba á ser preciso hacerle la operacion.

—Pero vamos á ver,—le decia el Gran Turco,—¿está ya ese muchacho en disposicion de... tú ya me entiendes? Porque no hay que moler, que yo estoy rabiando por ver á la chica esa.

—Señor,—contestaba el médico,—hay que esperar un poco más, porque como estaba como la espina de Santa Lucía...

—Pero, hombre, ¿no ve á la chica?

—Sí señor que la ve; pero...

—¡Qué pero ni qué camuesa, hombre! Si la ve, por fuerza debe haber engordado de satisfaccion. Te prevengo que para de hoy en ocho dias, que es mi santo y quiero divertirme en grande, me he de dar la untura, y he de hallarme en disposicion de ver á la chica esa. Con que ya lo sabes; esta semana he de untarme.

—¡Sí, no te untes!—dijo para sí el médico, resuelto á echar mano de todo el talentazo que Dios le habia dado para dilatar, ó más bien aumentar la flacura del príncipe.

Pasó aquella noche cavila que cavila, y al fin dió con lo que buscaba.

El médico recordó dos cosas: que él estaba gordo como un



cebon cuando andaba haciendo telégrafos á una chica de quien estaba enamorado, y que así que se casó, se puso como un fideo, por la mucha sangre que le queman á uno las señoras mujeres así que las trata de cerca.

—Nada, nada, — se dijo; — proporcionarémos á nuestro hombre medio de hacer todos los dias tres ó cuatro ratitos de tertulia á la vecina, y así disminuirán aquellos carrillos de monja boba que va echando; que de ventana á ventana no puede la vecina armarle camorra, y de silla á silla ya es harina de otro costal.

Y fué á poner por obra su gran pensamiento, diciéndose:

—Pero, señor, ¡qué hijo de tanto talento parió mi madre!

V

Dirán ustedes, lectores de mi alma: «¿Pero es posible que haya habido un médico tan poco conocedor del corazon humano como ése?»

Yo les diré á ustedes: en situaciones de zarzuela bufa, ¡qué conocimiento del corazon humano, ni qué calabazas ha de haber!

El plazo fatal terminaba, y el príncipe Andana cada vez estaba más gordo, porque léjos de hacer malas migas la circasiana y él, cada vez estaban más amartelados. El médico hubiera querido ocultar al Gran Turco que el cautivo estaba de buen año; pero no habia tu tia, porque el abuelo pasaba diariamente la mano por el lomo al cebon.

En tal apuro, médico, príncipe y circasiana celebraron junta para acordar lo que se habia de hacer.

El príncipe pidió y obtuvo la palabra, porque tenia que decir mucho; pero no pudo hablar, porque se le olvidó lo que iba á decir.

El médico la obtuvo en seguida, pero como no habia taquígrafos en aquel país, se ignora lo que dijo.

Sólo se sabe por el acta, que la circasiana pronunció con los ojos un magnífico discurso, durante el cual su alteza dió tan escandalosas muestras de entusiasmo, que hubo necesidad de llamarle al órden.

En resumidas cuentas, la asamblea acordó tomar el tole hácia tierra de cristianos á la hora en que todos los gatos son pardos.

Al llegar esta hora, ya estaba á la orilla del mar un barco esperando á los deliberantes.

—Váyanse ustedes por allá, así como quien no quiere la cosa,—dijo el médico á sus protegidos,—que voy á dar una dedadita de miel al abuelo para que no sospeche nada hasta que nos hayamos largado con viento fresco.

—Que no tarde usted mucho.

—¡Las narices tardaré!

El médico entró á ver al Gran Turco, que para matar el tiempo, tan pesado y fastidioso cuando uno no ve tres sobre un burro, estaba jugando con el rabo de la minina.

—¿Cómo está vuestra alteza?

—Hombre... así, así; no estoy muy católico.

—¿Pues qué le pasa á vuestra alteza, aunque sea mal preguntado?

—¡Qué demonios sé yo, hombre! Se me figura que no voy á levantar cabeza miéntras no vea á esa chica.

—Mañana la verá vuestra alteza.

—¡Qué me cuentas, hombre!

—Lo que vuestra alteza oye.

—Mira, no me engañes, que yo tengo malas pulgas, y si una vez se me atufan las narices, ya estás aviado.

—Le digo á vuestra alteza que mañana, si Dios quiere, la verá; y si no, consiento que me hagan más tajadas que pelos...

—Bueno, hombre, bueno; al buey por la palabra, y al hombre por el as... digo, por... ¡Vamos, si con la alegría que me das con tan buena noticia no sé lo que me pesco!

El médico se despidió del Gran Turco, so pretexto de que iba á preparar los chismes para la operacion del dia siguiente, y tomó la ruta hácia la playa, tarareando, para hacerse el disimulado, aquello de:

Eres turco, y no te creo,
aunque digas la verdad.

Llega á la orilla del mar, y... ¡oh dolor! se encuentra con que el barco iba ya que no le alcanzaba un galgo.

Como el príncipe Andana tenia una memoria tan infeliz, habia olvidado al pobre médico y encargado al señor Eolo que soplara de firme. La chica habia querido ayudar la memoria de su alteza; pero como donde hay patron no manda marinero, se habia contentado con decir: «No nos metamos en camisa de once varas, y vaya mi novio á creer que le corrijo la plana. El que venga atras que arree.»

Las pestes que el médico echó por aquella boca al ver la partida serrana que le habian jugado, no son para contadas.

—¡Vaya un príncipe decente!—gritaba desde lo alto de

una roca.—¡Vaya un novio que se ha echado la poca vergüenza que va con él! ¡Anda, marrano, así te den garrote!

—Déjame,—dijo el príncipe, poniéndose hecho un toro al oir estos insultos,—déjame, que voy á volver atras, y le voy á romper el alma á ese pillo.

—¡Por Dios, Andana!—exclamó la circasiana deteniéndole.—No te pierdas, que tienes, digo, que vas á tener hijos, y él es un pelagatos que nada tiene que perder.

Al fin el príncipe se apaciguó, olvidándosele lo que acababa de oir, y el barco siguió adelante como alma que lleva el diablo.

VI

El médico se puso á echar sus cuentas, cuando á la luz de la luna vió desaparecer el barco entre las brumas lejanas.

—¿Qué demonios me hago yo ahora?—se dijo.—Por el mar no hay escapatoria, por tierra tampoco, porque ya han cerrado las puertas de la ciudad, y por las murallas no se puede saltar sin romperse el bautismo. Por supuesto, mañana me aprietan el pasapan ó hacen salchicha conmigo. ¡Quisiera yo ver en mi pellejo al más pintado! Nada, lo más sencillo es ir á meterme en lo caliente, y mañana salga el sol por Antequera.

Así diciendo, el médico se volvió á su habitacion, se acostó, y con la pena que tenia sobre su alma, se quedó profundamente dormido.

Una hora despues empezó á oirse un rumor sordo en palacio; este rumor se fué extendiendo por la ciudad, y al cantar

los gallos habia tomado todas las proporciones del que atruena las ciudades cuando se celebra en ellas una gran fiesta ó estalla una gran revolucion.

Simultáneamente ocurrieron un extraordinario suceso en la habitacion del médico y otro en la playa.

Una gran turba derribó las puertas de la habitacion del médico, arrebató á éste de la cama, en calzoncillos y todo, dando estrepitosos gritos, cuyo sentido ignoro, porque se daban en turco muy revesado, y le llevó de calle en calle y de plaza en plaza en un carro, que no sé si era triunfal ó de la limpieza, pues la noche estaba como boca de lobo.

Al mismo tiempo un barco se hacía dos mil pedazos contra las rocas de la playa, y un hombre y una mujer que venian en él se salvaban, el hombre nadando como un perro de aguas, y la mujer agarrándose á él como una lapa, que esto lo saben hacer con primor las señoras mujeres, aunque no sepan nadar. La multitud corrió al encuentro de los náufragos, los colocó en un carro como el del médico, y los paseaba de calle en calle y de plaza en plaza, dando cada berrido, por supuesto tambien en turco revesado, que se hundia la tierra.

Al fin amaneció Dios, y se vió que los carros eran triunfales, y los que iban en ellos nada ménos que el médico cristiano y el príncipe Andana con su novia.

Como el príncipe tenia una memoria tan infeliz, no habia podido recordar por dónde se iba á su tierra, y andando de ceca en meca, el barco habia vuelto á dar el batacazo en el punto de partida.

Al fin pareció un diccionario de la lengua turca, y se comprendió que el pueblo gritaba:

—¡Vivan los salvadores de la patria! ¡Vivan los que nos han librado del tirano!

Sí, sí, la ovacion era justa, el entusiasmo era legítimo, y la salvacion de la patria era cierta.

Como las paredes oyen, las del cuarto del Gran Turco habian oido escapar á la chica circasiana, con sus cómplices el príncipe y el médico cristiano, y se habian apresurado á contárselo á su señor. Y el pobre abuelo, que como él habia dicho, no andaba muy católico, habia pegado un estallido al saber tan triste nueva. Y el pueblo habia adivinado á quiénes se debia la muerte del tirano y la salvacion de la patria.

¡Ah! ¡El pueblo tiene muy buena nariz!

VII

El médico cristiano fué recibido con los brazos abiertos por el príncipe Andana, que como tenia memoria tan infeliz, yá no se acordaba de aquellos requiebros que el médico le echó desde la roca. El médico, por su parte, reconoció que el barco se habia desbocado, y que aunque así no fuera, el príncipe no le habia jugado partida serrana alguna, porque por algo se dice: «el que venga atras que arrée», y «el último mono se ahoga».

Las Córtes turcas acordaron dar una buena propina, como recompensa nacional, á los tres heroicos salvadores de la patria, que recibieron en virtud de este acuerdo cada uno un navío de tres puentes cargado de onzas de oro. ¡Eche usted onzas!

Pocos dias despues pasaba lo siguiente en la corte del rey Perico:

Multitud de gallegos y asturianos conducian talegos de peluconas del muelle al palacio real.

La reina Mari-Castaña hacía una tortilla con tropezones.

Los médicos de cámara trinaban porque los habia desbancado un médico venido de extránjis.

Y en la catedral se leian unas amonestaciones, y las mejores chicas de la corte tomaban fósforos al saber que el novio se llamaba Andana.

La reina Mari-Castaña y una vecina estaban al dia siguiente tomando el sol á la puerta.

—Señora Mari-Castaña,—dijo la vecina,—¿con que se nos casa el chico grande de vuestra majestad?

—Sí, hija, á Dios gracias; que nosotros ya pensábamos que ese chico no iba á tener salida, por su cabeza de chorlito.

—¿Y qué tal es ella?

—Es una chica que no tiene pero, mejorando lo presente.

—Pues, señora, eso es lo que necesitan los hombres: una mujer como Dios manda, que tenga habilidad para todo...

—Hija, tocante á eso, ésta es un prodigio. Figúrese usted si tendrá habilidad, cuando cuenta mi chico que en una junta, ó yo no sé qué, que tuvieron, echó tan sólo con los ojos un discurso que se quedaron todos convencidos. Eso sí, canario, los ojos los tiene como dos soles.

—¿Y de dónde es ella?

—Es de... aguarde usted que me acuerde... de cerca de Asia, ó una cosa así. Ello es hácia los moros.

—¿Y qué tal ha vuelto el chico en lo tocante á memoria?

—Hija, como apénas le han llegado las cartas que se le han escrito, ha traido poca mejoría.

—¡Cómo ha de ser, señora! En este mundo no hay gusto completo.

—Ande usted, hija, no hay que tener pena por eso. Ya le avispará la franchutilla, que nosotras las señoras mujeres nos pintamos solas para eso.

—Y mucho que sí. Ea, señora Mari-Castaña, que Dios los haga bien casados, y que vuestras majestades lo vean con salud.

LOS CONSEJOS.

I

—¡Vecina! ¡vecina!

—¿Qué se ofrece, señor Anton?

—¿Me hace usted el favor de un poquito de sal?

—¡Oro molido que fuera! Pero qué, ¿se va usted á meter á cocinero?

—Cá, no señora: es que me he encontrado en la calle un cuento bastante sosito, y voy á ver si le sazono un poco.

—¡Qué cosas tiene usted!... Pero, en fin, sea para lo que sea, ahí tiene usted, y si hace falta más...

—Muchas gracias, vecina.

—No hay de qué darlas, señor Anton.

Pues, señor, éste era un soldado, á quien llamaban Juan Cavila, no porque cavilase mucho, sino porque viendo que no cavilaba nada, el capitan de su compañía, con quien estaba de asistente y que le queria mucho, le estaba concerreando siempre:

—¡Juan, cavila!

Juan Cavila tomó la licencia, y se dispuso á volver á su pueblo, que estaba muy léjos, muy léjos, y donde tenia á su mujer; porque es de advertir que, como siempre fué muy poco aficionado á cavilar, se casó muy jóven con la hija del sacristan de su pueblo, sin considerar que podia sucederle lo que en efecto le sucedió, es decir, que podia caer soldado, y pasar él y su mujer la pena negra en siete años de separacion.

Juan bailaba de gozo, por dos razones: la primera, porque iba á ver á su mujer, á quien no habia visto hacía siete años; y la segunda, porque volvia á su pueblo con treinta mil reales.

El que Juan tuviera mujer no necesita explicaciones, porque mujer se encuentra fácilmente; pero el que tuviera treinta mil reales sí que las necesita, porque treinta mil reales no se encuentran con tanta facilidad como mujer.

Estaba Juan con su compañía de guarnicion en Jaca, y su amo le envió al Pirineo con una carta para un oficial de carabineros que andaba por allí.

—Pero, señor,—dijo Juan,—me voy á perder en aquellas soledades, porque no sé el camino.

—Donde quiera que fueres, haz lo que vieres,—le contestó su amo.

Juan emprendió su camino con el fusil al hombro para su seguridad, y con este consejo en la memoria para su guía, y hala, hala, hala, llegó al pié de un monte.

Hacía mucho calor, y se sentó á la sombra de un árbol para descansar y para ver si iba por allí álguien que le indicase el camino que habia de seguir.

Alzó la vista al pico, y descubrió á un hombre que caminaba por la altura con dos caballerías cargadas.

—Donde quiera que fueres, haz lo que vieres, me dijo el capitan. Veo que aquel arriero va por la cumbre del monte, y por consiguiente por allí debo ir yo,—dijo para sí Juan.

Y tomó cuesta arriba, miéntras el arriero desaparecia al otro lado de la montaña.

Al llegar á la cumbre é ir á descender por la ladera opuesta, se encontró de manos á boca con el arriero de las dos caballerías, que estaba á la sombra de unos árboles.

El arriero, que vió de repente asomar un soldado á seis pasos de distancia, dejó las caballerías y echó á correr espantado por aquellos matorrales abajo.

Juan cayó en la cuenta de que el fugitivo era un contrabandista, y tomando de la rienda las caballerías, continuó su camino con ellas hasta dar con el oficial de carabineros á quien llevaba la carta de su amo.

Las caballerías estaban cargadas de riquísimas telas de contrabando, y Juan se embolsó pocos dias despues la tercera parte del valor de la presa, que la ley destina al aprehensor.

Hé aquí de dónde procedian los treinta mil reales que tenia Juan Cavila en poder de su capitan cuando tomó la licencia.

II

Juan Cavila ha trocado el chopo por una vara de idem, el correaje por una cinta de seda, y la cartuchera por un canuto de hojalata.

Hele que entre triste y alegre va á despedirse de su capitan; triste porque quiere á su capitan mucho, y alegre porque quiere á su mujer mucho más.

—¡Hola! ¿Con que ya estás de marcha?

—Sí, señor, mi capitan, si usted no manda otra cosa.

—Juan, cavila mucho, porque todo se necesita para vivir.

—Mi capitan, si me diera usted de despedida dos ó tres consejos de los buenos, me hacía usted hombre.

—Vamos á ver, ¿qué vida piensas tú hacer en tu pueblo?

—Vivir como Dios manda con mi mujer y con mi suegro.

—¿Tu suegro es hombre que sabe vivir?

—¡Qué sé yo qué le diga á usted, mi capitan! Estudió para cura, y cuando estaba ya para ordenarse, se cortó la cabeza casándose, como yo, con una chiquilla que se murió cuando nació mi mujer. Como le tiraba la iglesia, se hizo sacristan del pueblo; pero debe andar á la cuarta pregunta, porque, como dice el adagio, el dinero del sacristan cantando se viene y cantando se va.

—¿Y tu mujer vive con su padre?

—Regularmente vivirá.

—¡Qué! ¿No lo sabes de cierto?

—No señor.

—¡Pues qué! ¿No te escribe?

—*En* jamas, mi capitan.

—¿Y cómo es eso?

—Porque *dende* que tomé el chopo no sabe por dónde ando.

—¿Y por qué no le has escrito?

—Porque no sé.

—Pero, hombre, cualquiera te hubiese hecho el favor...

—Sí señor, mi capitan; pero como para *ditar* las cartas hay que cavilar...

—¡Juan, cavila, cavila, que si no cavilas mucho, eres hombre perdido!

—Mi capitan, como me diera usted un par de consejos de ley, yo me las campanearia, como cuando cogí el contrabando de marras.

—Los consejos buenos valen mucho dinero.

—Ya lo sé, mi capitan, que el que me dió usted en Jaca me valió treinta mil reales.

—Pues hagamos un trato. Yo te daré un consejo bueno; pero me has de dar por él diez mil reales de estos treinta mil que te tengo guardados.

—¡Canario, mi capitan! ¡Mucho es diez mil reales!...

—Pero si no vas bien aconsejado, vas á perder el dinero, y quizá la vida.

—Tiene usted razon. Déme usted el consejo, y rebaje usted los diez mil reales.

—Pues el consejo es éste: *Si hallas un atajo, da al camino un tajo.*

—No se me olvidará ese consejo, mi capitan. Si me diera usted siquiera otro...

—No tengo inconveniente; pero te cuesta otros diez mil reales.

—Es muy caro, mi capitan.

—Ya sabes que mis consejos producen treinta mil reales cada uno.

—Verdad es. Venga otro consejillo, y quédese usted con otros diez mil reales, si no puede ser ménos.

—El segundo consejo es éste: *En lo que no te importa, la lengua muy corta.*

—¡Valiente consejo es éste mi capitan! Lo ménos me vale cien veces más de lo que me cuesta.

—Pues mira, todavía te falta otro para ir completamente aviado.

—Ya podia usted dármele de añadidura.

—Lo que te daré de añadidura, si me das por él el dinero que te queda, será una onza de oro para el camino, y tres tortas muy ricas para que las comas con tu mujer y tu suegro así que llegues á casa.

—Eso sí que no, mi capitan. Quedarme como quien dice sin un *calé* siendo *propetario* de treinta mil reales, no me hace tilin.

—¿No has oido decir que á las tres va la vencida?

—Sí que lo he oido.

—Pues aplica el cuento.

—¡Canario!... Pero vamos, mi capitan, que no ha de tener usted palabra de rey.

—Mira, Juan, no seas tonto. El dinero de nada te sirve, porque con la cabeza que tú tienes te le roban, le pierdes ó le malgastas ántes de llegar á tu pueblo, y los consejos no te los pueden robar, ni los puedes malgastar, ni los puedes perder.

—Eso ¡canario! tambien es cierto. Deme usted otro consejo, y que se lleve la trampa el dinero que me queda.

—Pues oye el tercer consejo: *Antes de hacer nada, consulta con la almohada.*

—Mi capitan, no entiendo bien ese consejo, porque de seguirle, no podria uno ni fumar un cigarro sin pasar noche por medio.

—Hombre, no has de tomar el consejo tan al pié de la

letra. Quiere decir, que ántes de decidir una cosa grave, como por ejemplo, vengar una ofensa, lo medites mucho.

—Ya, ya lo calé, mi capitan.

—¡Ea! Pues ahí tienes una oncita de oro para el camino, y estas tres riquísimas tortas, que no has de empezar hasta que llegues á tu casa, para que las comais entre tú, tu mujer y tu suegro, á torta por barba.

—Gracias, mi capitan, y quede usted con Dios.

—Juan, cavila, cavila, y... buen viaje.

III

Juan Cavila, apénas partió, tomó un *asiento de sombra* en una galera que se dirigia á su país, y caminaba, caminaba con su morral á la espalda, y en la memoria su tesoro de consejos, resuelto á poner éstos en práctica cuantas veces se le presentase ocasion.

Al llegar al pié de una larga cuesta por donde subia la carretera dando rodeos, Juan recordó el consejo *Si hallas un atajo, da al camino un tajo;* y viendo llegado el momento de ponerle en práctica, dijo al ordinario:

—Hasta luégo, que yo me voy por aquí.

—Mire usted que ni las cabras pueden subir por ahí.

—No hay atajo sin trabajo.

Y Juan, trepa, trepa por el atajo, salió nuevamente á la carretera, y se sentó á la orilla de ésta para esperar á la galera y descansar.

La galera tardaba mucho, y Juan renunciaba ya á esperarla, cuando la vió al fin venir, y esperó.

Pero ¡cuál no fué su sorpresa al ver llegar al mayoral con el rostro ensangrentado, al zagal con un brazo roto y á los viajeros llenos de contusiones, y lamentándose mayoral, zagal y viajeros del percance que les habia ocurrido!

El percance era que en la revuelta del camino les habian salido unos ladrones, los habian apaleado y les habian robado cuanto llevaban.

Juan Cavila lloró pensando en su capitan, cuyo consejo le habia salvado de aquel percance, y continuó su camino.

Como echara por todos los atajos que á su paso se ofrecian, se adelantó muchísimo á la galera, y calculando mal el tiempo para llegar á una buena posada, le cogió la noche en un extenso despoblado.

Al fin descubrió cerca del camino un ventorrillo, y aunque tenia el ventorrillo muy mala traza, determinó pasar la noche en él.

Tran, tran á la puerta del ventorrillo, y un hombre mal encarado salió á abrirle, con un candil en la mano.

—¿Hay posada?

—Sí señor.

Juan pasó y se sentó á la orilla del hogar, donde el ventero, única persona que el licenciado veia en la venta, estaba guisando una liebre.

Juan tuvo intenciones de preguntar al ventero cómo vivia solo en aquel desierto; pero se acordó del consejo *En lo que no te importa, la lengua muy corta*, y se limitó á preguntarle si podria darle algo que cenar.

—Cenarémos juntos esta liebre, pan y vino,—contestó el ventero.

Cuando la liebre estuvo guisada, el ventero puso una mesita junto al hogar, fué á un rincon de la cocina, levantó una trampa, y gritó en tono imperioso:

—¡Sube!

Aunque Juan era valiente, como todos los brutos, los pelos se le erizaron al ver y oir aquello, porque todas las terroríficas historias de venteros asesinos que habia oido en su niñez acudieron á su imaginacion.

Su terror subió extraordinariamente de punto cuando vió asomar por el boqueron que acababa de abrir el ventero un horrible esqueleto cubierto de asquerosos andrajos, y cuyos hundidos ojos le contemplaron como espantados.

El esqueleto era una mujer, que se acurrucó tímidamente cerca de la trampa.

Juan Cavila iba ya á preguntar al ventero quién era aquella desventurada mujer, y por qué se hallaba reducida á tan miserable situacion; pero recordó el consejo de su capitan, y se calló la boquita.

Ventero y licenciado se pusieron á cenar, el primero tranquilo, el segundo sobresaltado, y ambos sin hablar una palabra.

El ventero arrojaba de vez en cuando al esqueleto un mendrugo de pan y un hueso, que el esqueleto devoraba con ánsia.

Al terminar la cena el ventero se levantó, arrojó de un empellon el esqueleto á la cueva, cerró la trampa con la taravilla que tenia por la parte exterior, y volvió á sentarse tranquilamente junto al hogar.

Juan Cavila se vió nuevamente asaltado por la tentacion de preguntar al ventero por qué trataba así á aquella desdi-

chada mujer; pero volvió á acordarse del segundo consejo de su capitan, y volvió á tragarse la saliva.

Poco despues ventero y licenciado se acostaron.

Pero ¿ustedes creen que el licenciado pegó los ojos aquella noche con el cerote que tenia sobre su alma? ¡Las narices pegaria!

Juan Cavila, por la primera vez de su vida, pasó la noche cavilando.

Así que Dios amaneció, pagó, y tomando el hatillo, se dispuso á partir.

—Con que, ¿qué tal ha pasado usted la noche?—le preguntó el ventero.

—Tan ricamente.

—¿Va usted contento de mi casa?

—¡Vaya si voy!

—¿No le ha chocado á usted ninguna cosa?

—¿Quiere usted callar, hombre?

El ventero se arrojó á Juan Cavila con los brazos abiertos, y Juan Cavila retrocedió, preparándose á la defensa.

—No tema usted, amigo mio,—exclamó el ventero casi llorando de gozo.—Déjeme usted darle un abrazo, que usted es el hombre que yo buscaba hace cuatro años, que usted ha traido la paz á mi casa, que usted ha salvado á la humanidad.

El tono con que el ventero decia esto era tan tranquilizador, que Juan se dejó abrazar y besar del ventero.

Lo que Juan Cavila, por más que cavilaba, no podia comprender, era cómo él habia podido salvar á la humanidad; pero no tardó el ventero en disipar sus dudas.

—Mi mujer y yo viviamos en paz y gracia de Dios en un pueblo cercano, cuando por mezclarse los vecinos en nuestros asuntos, empezamos á desavenirnos y á tener cada dia una pelotera que se hundia la casa. De estas peloteras resultó que mi mujer me fué aborreciendo, y un dia la sorprendí una carta, de la que resultaba que estaba próxima á serme infiel. Entónces, medio loco de rabia, juré vengarme de mi mujer, y *matar á todo el que se mezclase en los asuntos de mi casa, hasta el dia en que diese con un hombre que de ningun modo se mezclase en ellos*. Me vine á esta soledad, encerré á mi mujer en la cueva, y hace cuatro años que he permanecido aquí, y he matado y enterrado en la prision de mi mujer á cuantos hombres han entrado en mi casa, como hubiera matado y enterrado á usted, si, como los demas, se hubiera mezclado en mis asuntos, preguntándome lo que no le importaba.

Y miéntras Juan permanecia como extático entre el horror que le inspiraba aquel hombre y el peligro de que le habia salvado el consejo de su capitan, el ventero corrió á la trampa, la abrió, y gritó con cariñoso acento:

—Sube, querida, sube, que ya estás perdonada, que ya han concluido tus penas y las mias, que ya estoy libre de mi juramento, que ya vas á dejar para siempre tu calabozo y tus harapos, que ya nos vamos á nuestra hermosa casa del pueblo, que ya voy á pegar fuego á esta casa maldita.

Y el espectro salió de la cueva llorando de alegría; y el ventero, despues de sacar de un arca un rico vestido, empezó á despojar al espectro de sus harapos para reemplazarlos con aquel hermoso traje, en tanto que Juan Cavila se alejaba de la venta sin haber salido aún de su espanto y su asombro.

Al transponer Juan una colina donde se perdia de vista la venta, volvió la vista atras y vió que la venta era presa de las llamas, y un hombre y una mujer, apoyándose la mujer en el hombre, se dirigian hácia un pueblo cuyo campanario se divisaba allá á lo léjos.

IV

Juan Cavila, estremeciéndose de gozo, descubrió al fin el campanario y oyó tocar á la oracion las campanas de su pueblo.

El autor de este cuento sabe por propia experiencia lo que se siente al ver tras una ausencia larga el campanario que nos ha dado sombra y las campanas que nos han dado alegría en la niñez; pero no se atreve á profanar este santo y dulce pensamiento, explicándole superficialmente en un cuento de tres al cuarto, que ya le ha consagrado un libro, salpicado, si no con perlas de su ingenio, con lágrimas en sus ojos.

El gozo de Juan Cavila se vió muy pronto turbado por el temor.

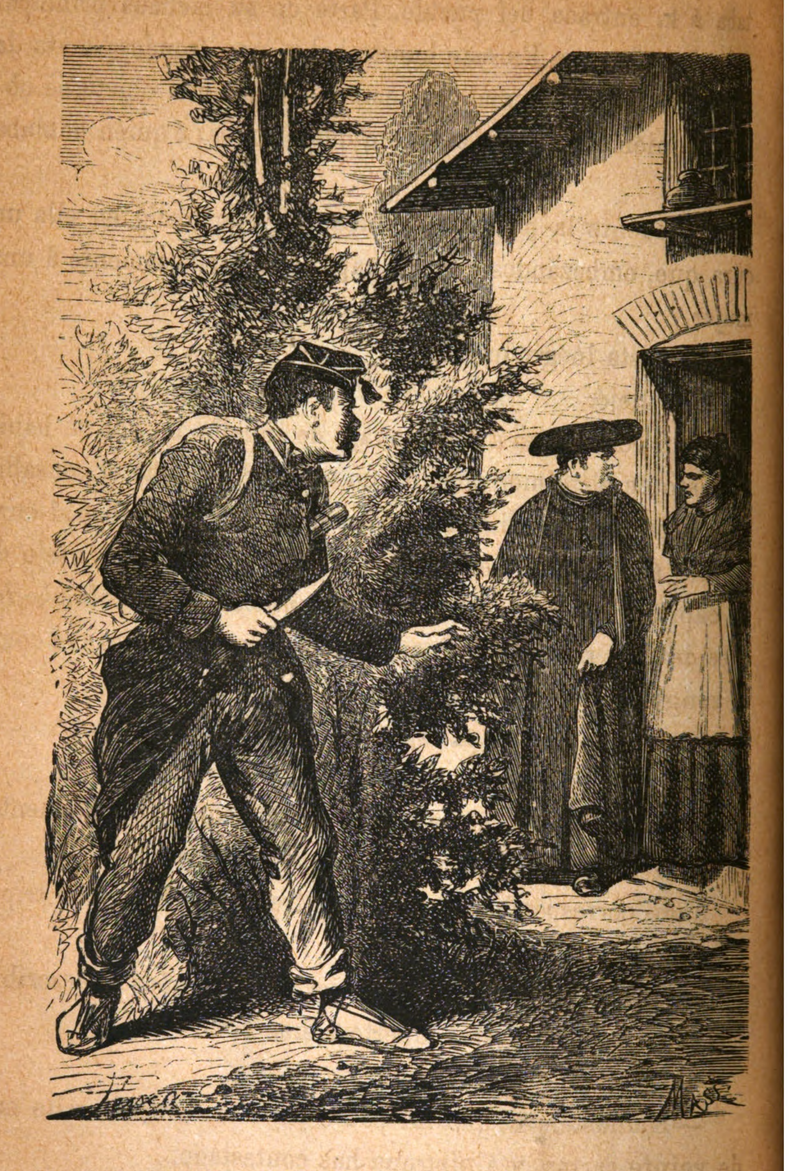
—¡Quién me dice á mí—exclamó Juan—que mi mujer no ha muerto, ó que no es ya indigna del amor de un hombre de bien!

Esta última duda le lastimó aún más que la primera.

¡Ah! ¡Qué egoista y qué archiegoista es la pícara humanidad!

Era ya de noche cerrada, pero hacía una luna muy hermosa.

La casa de Juan, ó mejor dicho, la casa del sacristan, es-



Juan echó mano á una navaja de muelle.

taba á la entrada del pueblo. Parte de su fachada principal daba á un huerto. En este huerto habia una frondosa mata de avellanos, y en esta mata se emboscó Juan con objeto de observar quién salia de su casa, ó quién entraba, ó quién hablaba en ella.

De repente la puerta se entreabrió, y apareció en ella un cura que, embozándose en su capa, dijo cariñosamente á una mujer.

—¡Hasta luégo, querida!

Y se alejó.

Juan echó mano á una navaja de muelle, de que se habia provisto en el primer pueblo que encontró, pasado el consabido ventorrillo, y vaciló entre coser primero á navajadas al cura ó coser á su mujer; pero de repente se acordó del consejo de su capitan: *Ántes de hacer nada, consulta con la almohada,* y se detuvo, resuelto á no emprender negocio tan grave como la venganza de su honra, hasta el dia siguiente.

Para no malograr su esperanza necesitaba disimular.

Saltó del huerto á la puerta, y llamó á ésta.

Su mujer bajó á abrir, y reconociéndole inmediatamente, se abrazó á él haciendo mil extremos de ternura.

Juan correspondió á aquellos extremos, haciendo de tripas corazon.

—¡Ingrato!—exclamó su mujer.—¡Siete años sin escribirnos, sin decirnos si eras muerto ó eras vivo!

—Lo mismo has hecho tú.

—Embusterazo, que mi padre y yo te hemos escrito más de veinte cartas, y á ninguna has contestado.

—Porque no las he recibido.

—Pues poniamos en el sobre: A Juan Fernández.

—Pues todos me llaman Juan Cavila.

—¡Qué graciosos con los motes!

—¿Y adónde dirigias las cartas?

—Adonde se halle.

—Pues yo siempre he estado en ese pueblo.

—¡Eh, qué gracioso!... Traerás gana de cenar, ¿no es verdad?

—Así, así.

—En cuanto venga padre, cenarémos.

La mujer de Juan, que era muy jóven aún, acabó de arreglar la cena y puso la mesa.

En aquel instante llamaron á la puerta, y la jóven tomó el candil, diciendo: «Será padre», y bajó á abrir.

Calcúlese la rabia de Juan al ver subir la escalera, regazándose el manteo, á un cura, que le pareció el mismo que habia visto salir un cuarto de hora ántes.

Echando noramala los consejos de su capitan, metió mano á la navaja, cuando de repente lanzó un grito de alegría, y arrojando al suelo la navaja, corrió á estrechar en sus brazos al recien venido.

El recien venido era su suegro, el antiguo sacristan, que se habia ordenado de cura durante su ausencia.

Sentáronse todos á la mesa para cenar, y Juan sacó las tres tortas que le habia regalado su capitan, y se puso á contar lo de los consejos que le habian costado treinta mil reales.

A su suegro no le parecieron del todo caros los consejos; pero á su mujer se la llevaron los diantres al saber que pudiendo traer treinta mil reales, no traia un cuarto.

¡Vaya usted á hacer comprender ciertas cosas á las señoras mujeres!

Sin embargo, las señoras mujeres no tienen pelo de tontas.

—Ea,—dijo Juan,—probemos estas tortitas de mi capitan, que me dijo eran riquísimas.

Y al ir á partir la suya, se encontró dentro diez mil reales en oro.

Su mujer y su suegro se apresuraron á partir cada cual su torta, y cada cual vió brillar en sus manos diez mil reales en oro tambien

Inútil es decir que la cena fué alegre, sabrosa, sazonada.

Lo que no está sazonado, lo que sigue tan sosito como lo encontré en la calle, es este cuento; porque.... ¡Ah! ¡Qué cabeza la mia!... Se me ha olvidado echarle la sal que me dió la vecina.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

I

En 1859 me encajoné en la diligencia de Madrid á Bilbao, y «¡Hala, hala, Morota!» «¡Arría, arría, Coronela!» me encontré, despues de diez horas de caminata, al otro lado del puerto de Somosierra.

Está mandado, con razon, que los carruajes no corran dentro de las poblaciones. La diligencia que á mí me conducia, creyó, al pasar por Boceguíllas, que pasaba por Madrid, y creyó por lo tanto que podia burlarse impunemente de la ley corriendo á todo correr, aunque despachurrase á todo bicho viviente; pero un hombre en mangas de camisa corrió tras ella, gritando al mayoral que parase y aflojase la multa.

Aquel hombre era el alcalde de Boceguíllas; pero el mayoral ignoraba tal cosa, y le preguntó:

—¿Quién es usted para mandar con tanto fuero?

—¡Soy la reina!—contestó el alcalde, indignado de que por chaqueta más ó ménos se desconociese su autoridad.

—¿Con que la reina, eh?—repuso el mayoral con la risa del conejo, aflojando veinte reales.

—Sí señor, la reina,—repitió el alcalde con altivez.

El mayoral, que sabía mi profesion de escritor, se volvió á mí, y me dijo:

—Ponga usted algo de esto en los papeles.

—¿Y qué he de poner?

—Que ha visto usted á la reina en mangas de camisa.

El catedrático Reparos me interrumpe, preguntándome por la moraleja de esta anécdota; pero por tan poca cosa como una moraleja, no hemos de reñir:

Fabio, Cervántes ha di-
en hermoso castella-
que no es alcalde divi-
hombre en mangas de cami-
porque descubre lo huma-

Yo iba modestamente alojado en la rotonda. Como el movimiento del carruaje, allí mucho más sensible que en la berlina y el interior, me desencuadernaba los huesos, iba trinando contra mi mala suerte, que no me habia permitido desembolsar algunos duros más para gozar de la comodidad de mis vecinos, cuando vi que un hombre, que corria echando los bofes para alcanzar la diligencia, se encaramó en el estribo, á riesgo de romperse el bautismo.

Esto era á la salida de Búrgos.

El del estribo sonrió de gozo al ver que habia conquistado aquel ambicionado puesto.

—Buen amigo,—le pregunté,—¿qué tal va usted ahí?

—Tan ricamente,—me contestó.

Entónces me pareció que los asientos de rotonda eran más blandos, y el movimiento del carruaje más suave.

—¿Pues no le tenia á usted más cuenta caminar á pié, que no ir ahí en pié como las grullas y expuesto á descrismarse de una caida?

—Si le digo á usted que aquí va uno como un príncipe... Y luego, ¿quién anda á pié catorce leguas que hay desde aquí á Villarcayo?

—¡Hola! ¿Con que va usted á Villarcayo? ¿Es usted de allí?

—No señor; soy de Búrgos, y voy á la feria que hay mañana en Villarcayo.

—¿Y qué tal feria ès ésa?

—Yo estuve en ella hace cinco años, y fué muy buena.

—Pues será una casualidad que no tenga usted que volver á pié.

—Yo le diré á usted; la venida no me da cuidado, porque voy á comprar una mulilla para revenderla en Búrgos y ganarme uno, dos ó medio; y ya ve usted que trayendo caballería, no ha de venir uno á pié.

—Tiene usted razon.

En esto el zagal notó que iba un *asiento de sombra*, y arreó al burgales un latigazo que le hizo ver las estrellas y caer como un sapo en medio de la carretera.

El asiento de rotonda y el movimiento del carruaje me iban pareciendo cada vez más blandos.

Entre la polvareda que dejaba en pos de sí la diligencia, distinguí poco despues al pobre burgales, que corria, jadeante y con el rostro ensangrentado, á alcanzar nuevamente el carruaje, de cuyo estribo volvió á apoderarse al fin.

Al pasar por Cernágula, corte de las brujas de Castilla la

Vieja, una turba de chiquillos empezó á gritar en el tono de otro toro:

—¡A la traseeeera! ¡A la traseeeera!

Nuevo latigazo del zagal y nueva caida del ya magullado burgales.

—Vecino,—me preguntó, sacando la cabeza por la ventanilla, uno de los que iban en el interior,—¿qué tal va usted ahí?

—Tan ricamente,—le contesté.

El burgales volvió al estribo, el zagal volvió á cascarle las liendres, y repitiéndose esta funcion de legua en legua, llegamos á Encinillas, donde paró la diligencia para mudar el tiro y comer los viajeros. El del estribo desapareció á la entrada del pueblo.

Como oyésemos otro viajero y yo que en Encinillas habia una fuente muy buena, y llegásemos muertos de sed, preguntamos dónde estaba la fuente, y fuimos en su busca.

En efecto, á orilla de la carretera brotaba un manantial tan copioso como fresco; pero el polvo y la imundicia que esparcian sobre él los carruajes y las caballerías, le enturbiaban lastimosamente.

El burgales estaba allí lavándose la sangre y el polvo que desfiguraban su cara.

—Pero, hombre,—le dije,—estará usted molido con los latigazos que ha recibido, y los zaparrazos que ha dado en todo el camino.

—Sí señor, que he pasado las penas del purgatorio; pero ande usted, que á la vuelta me desquitaré, yendo como un señor en mi mula. Descanso aquí esta noche, y mañana con la

fresquecita me planto en Villarcayo, pues ya no falta más que un paseito de dos leguas, que me las ando yo por debajo de la pata.

—¿Qué tal es esta fuente?

—Lo que es el agua...

—Mejor agua que la de Encinillas no la hay en Madrid, con ser Madrid,—me contestaron oficiosamente, interrumpiendo al burgales, unos palurdos que estaban entre unas matas cercanas, mondando con la navaja unas varas de chopo.

Probamos el agua, y á pesar de estar turbia, la hallamos en efecto muy buena.

—Pero, hombre,—observé á mi compañero de viaje,—¡qué desidia la de estos pueblos! Vea usted qué les costaria arreglar un poco esta fuente...

—¡Qué quiere usted, caballero!—dijo el burgales, olvidando como yo á los de las varas.—Los de aquí son muy brutos.

No habia acabado de decir ésto, cuando ya tenia encima de su alma un varazo que le dobló, y si no tuvo dos, fué porque apretó á correr como alma que lleva el diablo.

II

Indignado yo con aquella agresion, empecé á reconvenir á los palurdos; pero el que habia sacudido el polvo al burgales, me replicó:

—Mire usted, caballero, si le gusta á usted la fuente, beba, y si no le gusta, cállese el pico y adelante; que si la fuente es mala, poco le importa á usted, que una vez sólo acude á ella,

comparado con lo que nos importa á nosotros, que acudimos toda la vida. Pase que del pueblo de donde es uno, se hable mal cuando uno no lo oye; pero ¡canario! hablar á las barbas de uno, no puede pasar. El que quiera que los de Encinillas le respeten, que respete á los de Encinillas. Y ademas, ¡canario! ustedes, los señores *madriliegos*, que han estudiado tanto, debieran saber que el pueblo donde uno ha nacido, es como aquél que dice, su padre y su madre, y aunque uno haga una barbaridad por defenderle..., ¡qué canario! algo se le ha de perdonar, que á cada uno le tira lo suyo.

—Tiene usted mil razones,—le contesté, pensando que acaso más de cuatro veces se habria podido decir, al oirme hablar de mi pueblo: «Ese parece de Encinillas.»

Pedí á los aldeanos mil perdones por la murmuracion de que los habia hecho objeto, y mi compañero y yo nos dirigimos hácia el parador á buscar la bucólica.

Una porcion de gente formaba semicírculo delante de un poyo que habia en la puerta del parador, soltando tremendas carcajadas al oir á un hombre que gritaba iracundo y desesperado:

—¡Por vida del Calendario y del grandísimo ladron que le compone!...

Acerquéme al corrillo, y con sorpresa me hallé con que el que daba aquellas voces, y era objeto de la curiosidad y la algazara públicas, era el burgales consabido.

El pobre hombre se tiraba de los pelos, daba patadas, apretaba los puños, rechinaba los dientes, movia de derecha á izquierda la cabeza, miraba al cielo, echaba sapos y culebras por la boca, y repetia:

—¡Por vida del Calendario de Cristo padre y del ladron que le compone!...

—Buen amigo,—le pregunté:—¿qué le pasa á usted, hombre?

—¡Qué me ha de pasar! Lo que no le pasa á nadie en este mundo. Que hace cuatro años quitaron la feria de Villarcayo.

—Pero, hombre, y entónces, ¿por qué ha venido usted á ella?

—Porque ese grandísimo ladron de Calendario sigue trayéndola.

—Le está á usted bien empleado por hacer caso de Calendarios.

El burgales, sin escucharme, continuó echando pestes por aquella boca contra la humanidad entera, pues Calendarios los hacemos todos.

Yo los estaba haciendo acerca de las excelencias de la comida que me esperaba en el comedor, cuando oí con espanto la voz de:

—¡Al coche! ¡Al coche!

—¡Amigo, nos ha doblado usted!—le dije al mayoral.

—¿Yo qué culpa tengo si ustedes se han ido por ahí á pensar en las musarañas miéntras los demas viajeros comian? Pero, ande usted, caballero, que usted bien puede tirar hasta Balmaseda con el almuerzo de Búrgos y la merienda que lleva en las bolsas del coche. Si fuera usted como un señor mayor, todo lleno de cruces y calvarios, que va en el cupé... El demontre me lleve si el pobre abuelo ha probado gracia de Dios desde que salimos de Madrid, á no ser un cacho de pan y un trago que yo le he dado, diciéndole, para que lo tomase sin

avergonzarse, que se lo daba para que no tuviera necesidad de bajar del cupé.

Cogí la merienda, que en efecto llevaba en las bolsas del carruaje, y le dije al mayoral, dándosela con disimulo:

—Tome usted, y déselo á ese pobre señor, como que es cosa de usted.

Los ojos se me arrasaron en lágrimas, diciéndome á mí mismo:

—¡Miserable de tí, jóven, robusto y sin merecimientos, que te impacientas y te quejas por no haber hecho una comida casi supérflua, cuando tan cerca de tí desfallece de hambre un hombre cargado de años y de condecoraciones, que serán probablemente la recompensa de toda una larga vida consagrada á la humanidad ó á la patria!

Una diligencia llegaba en direccion opuesta á la en que yo iba. El burgales, que aún permanecia sobre el poyo, sin saber qué partido tomar, corrió lleno de alegría hácia ella, y se colocó en el estribo de la rotonda; pero el carruaje dió una violenta sacudida al salvar una piedra, y el pobre hombre fué arrojado al suelo, si bien se levantó en seguida y echó á correr para recobrar nuevamente su incómodo y peligroso puesto.

En aquel instante me colocaba yo en mi asiento, que me parecia henchido de finísima pluma.

En aquel instante partia á escape la diligencia, que me pareció deslizarse sobre una capa de suavísima arena.

En aquel instante recordé cuán á gusto iba yo cuando era niño dando botes y rebotes en la carreta de mi padre por los pedregosos caminos de mi aldea, cuando mi padre me permitia aquel regalo.

Y en aquel instante recordé estos versos del insigne Calderon de la Barca:

«Cuentan de un sabio, que un dia,
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro, entre sí decia,
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las yerbas que él arrojó.»

LA ZORRA Y EL LOBO.

I

Al pié de un monte estaba una aldea, y cerca de la aldea se juntaban dos caminitos que bajaban del monte.

Tocaban á la oracion en el campanario de la aldea, y la luna brillaba ya en el cielo sereno y azul.

La luna llena me recuerda la calva de un amigo mio, que se la unta con clara de huevo para que brille. La calva brilla: lo que no brilla es la inteligencia de los que se untan la calva con clara de huevo.

Por uno de los dos caminitos bajaba un lobo.

En tiempo del rey Perico hablaban los animales, y como pasó en aquel tiempo lo que voy á contar, nadie extrañará que el lobo bajase diciendo:

—Pues, canario, yo no vuelvo al monte sin sacar la tripa de mal año. Las liebres y los conejos abundan en el monte; pero le ven á uno, y... ¡écheles usted un galgo! Allí cada oveja anda con su pareja, y la pareja es el pastor, que si uno se descuida, le desloma de un garrotazo. En mi vecindad vive

una zorra, por la cual se me hacen los dientes agua, porque la última vez que la vi, hará quince dias, estaba como una pelota; pero no hay que pensar en echarle el guante, porque es muy corrida. Los únicos seres vivientes á quienes puedo acercarme son los lobos; pero como dice el refran, sin andar en repulgos gramaticales, un lobo á otro no se muerden. Veamos si en esta aldea hay algo que echar á perder, porque yo tengo más hambre que un maestro de escuela.

Esto bajaba diciendo un lobo como un borrico por uno de los dos caminitos, en tanto que por el otro bajaba diciendo una zorra:

—Desde allá arriba estoy todo el santísimo dia oyendo cacarear á las gallinas de esta aldea, y es mucha gaita semejante música cuando es una aficionadilla á las gallinas y los huevos. Más fijo que el sol, les meto mano esta noche, y salga el sol por Antequera. Casualmente me vienen de perilla algunos cuartitos de gallina para reponerme de mi último parto, que me ha dejado en los huesos, y para que mis pobres chiquitines tengan leche en abundancia que mamar.

Los dos caminitos se juntaban bajo unos árboles, donde la zorra, que llegó la primera, se paró á arreglar su plan de ataque á las gallinas. Tenia ya arreglado el plan, partiendo del principio de que más vale maña que fuerza, ó en otros términos, de que la inteligencia triunfa siempre de la fuerza bruta, cuando cate usted que ve llegar al lobo.

El lobo dió un salto de alegría al verla; pero vió su gozo en un pozo cuando notó que no tenia más que pellejo y huesos.

—¿Usted por aquí, vecino?—le dijo la zorra aparentando agradable sorpresa.—¿Cómo va de salud?

—De salud bien, pero de tajadas mal,—contestó el lobo en tono seco y siniestro.

—Pues, hijo, júntese usted conmigo, que cómo de vigilia hace quince dias.

—Pues hace quince dias estaba usted muy gorda y muy buena.

—¡Qué habia de estar buena, si he tenido un embarazo más fastidioso!...

—¡Ya! ¿Con que estaba usted embarazada?

—Sí, hijo; parí la semana pasada, y por cierto que tuve un parto atroz. Le aseguro á usted que no sé cómo lo cuento. Y como una no tiene para regalarse como se necesita en estos casos, me he quedado como un fideo.

—Sí que está usted muy flaca; pero así y todo, como á mucha hambre no hay pan duro, me gusta usted...

—¡Ande usted, burlon! Si tendrá usted ciento que le gusten más que yo...

—Ya verá usted si me gusta ó no me gusta.

Y el lobo, abriendo una enorme boca, se lanzó hácia la zorra.

—¿Qué va usted á hacer?—exclamó ésta retrocediendo espantada, y comprendiendo que no eran intenciones amorosas las que animaban al lobo.

—¿Qué voy á hacer? A merendármela á usted en ménos que canta un gallo.

—¡Pero, hijo, si estoy en los huesos pelados!...

—Algo es algo.

—¡Qué gana de broma tiene usted!

—De lo que tengo gana no es de broma, sino de comer.

—¡Mire usted si le faltará á usted dónde llenar la tripa, teniendo tanto talento!

—En esta pícara tierra el que tiene más talento tiene más hambre.

—¡Y qué razon tiene usted, hijo! Pero...

—Dejémonos de peros y de camuesas, y vamos al grano: el grano á que yo quiero ir es usted, que me va á servir de merienda más pronto que la vista.

—¡Si estoy como la espina de Santa Lucía!...

—Esa no es cuenta de usted.

—¡Compadézcase usted siquiera de una pobre madre!

—Me estoy muriendo de hambre, y la caridad debe empezar por uno mismo.

—Ya ve usted cómo van á quedar, si yo les falto, aquellas pobres criaturitas...

—Ea, ménos conversacion y al avío, que ya me va usted cargando con su cháchara y sus lamentaciones.

—Pues bien,—dijo la zorra dejando el tono suplicante, y revistiéndose de toda la dignidad y la altivez capaces de una zorra,—no me opongo á que usted me sacrifique á su desordenado apetito; pero si la zorra es dueña de resignarse al sacrificio, la madre tiene el deber sagrado de hacer á usted la última súplica.

—Pues hágala usted y no muela, que yo tengo ganas de molerla á usted entre mis dientes. ¿Qué súplica es esa?

—Yo, hasta que estuve fuera de cuenta, bajaba todas las noches á este pueblo, y me ponia de queso hasta alcanzarlo con el dedo.

Al lobo se le alegraron los ojillos al oir esto.

—¿Y cómo se las componia usted?

—Muy fácilmente. Uno de los ricachones del pueblo hace provision de quesos para todo el año, y los guarda en un pozo seco que tiene en el corral. De la polea del pozo está colgado aún el cubo que se usaba cuando el pozo tenia agua; yo saltaba las bardas del corral, bajaba al pozo con ayuda del cubo y la maroma, me ponia de queso á reventar, y me volvia tan campante á casa, llevando para aquél, que es viejo y no lo puede ganar, y para los chicos, que aún no sirven más que para comer, una buena rebanada de queso. Ahora bien: lo que le suplico á usted es que se venga conmigo, y en lugar de comer huesos y piltrafas, comerá usted queso tan rico, que tras él se chupará los dedos.

—Pero ¿y si el queso se ha acabado ya?

—¡Qué se ha de haber acabado, hombre! Y si se ha acabado, siempre está usted á tiempo para comerme á mí.

—Pues me conformo. Eche usted delante, y la advierto que si trata de escaparse ó jugarme alguna otra pillada, cuenta sin la huéspeda, es decir, sin mis piernas, que, á Dios gracias, las tengo aún muy ligeras...

—Hombre, hágame usted más favor...

—¡Es que usted es muy zorra!

II

Todo iba quedando en silencio en la aldea.

La luna llena continuaba brillando en el cielo sereno y azul.

Todavía ladraba alguno que otro perro, y todavía embalsa-

maban el aura los perfumes de las magras que en algunas casas se freian para cenar.

El ladrido de los perros hacía al lobo y á la zorra acortar el paso; pero el perfume del jamon aguzaba su apetito, y les daba ánimo para seguir adelante.

El lobo estaba tan entusiasmado con el queso, que por perfume de queso tomaba el perfume del jamon. ¡Lo que son las preocupaciones!

Los perros fueron acabando de ladrar, y el jamon fué acabando de freirse.

Entónces el lobo y la zorra apretaron el paso y llegaron al pié de la tapia del corral consabido.

—Como me pesan las carnes ménos que á él,—dijo para sí la zorra,—no sería malo que me apresurase á saltar dentro, á ver si ántes que él saltase me largaba con viento fresco por la tapia del otro lado.

É hizo ademan de saltar cuando el lobo estaba aún á algunos pasos de distancia de la tapia; pero el lobo se plantó á su lado de un solo brinco.

—¿Qué iba usted á hacer, grandísima?...

—¡Nada, hombre!

—Le voy á comer á usted las ancas para que salte usted la tapia con más facilidad...

Y el lobo fué á tirarla un bocado en la parte posterior.

—¡Que chillo!...—dijo la zorra en voz baja.

Y el lobo, comprendiendo el peligro que ambos corrian si la zorra chillaba, desistió de su temerario intento, é hizo señas á la zorra para que saltase.

La zorra saltó, y el lobo saltó tras ella.

Todo estaba solitario y despejado en el corral.

A un extremo del corral se alzaba el brocal del pozo con su polea y un cubo, tal como la zorra le habia descrito.

La zorra se asomó al brocal del pozo, y vió que la luna se reflejaba, ancha, amarilla y hermosa, en el agua que el pozo tenia, aunque en poca cantidad, pues era por el mes de Agosto.

—¡Somos felices!—exclamó volviendo la cara al lobo.—Todavía queda un queso como una rueda de molino. ¡Mire usted, mire usted qué hermoso!

—¡Caramba si lo es!—dijo el lobo asomándose á su vez, y brillando sus ojos de alegría y de gula, tanto como brillaba en el agua la luna, que él tomaba por un queso.

—Y ahora, ¿qué dice usted, desconfiadote?

—Que es usted mujer... digo, zorra de palabra.

—Con que, ahora colóquese usted en ese cubo, baje al pozo y atráquese á lo pavo.

—¿Sí, eh? ¿Usted cree que yo me mamo el dedo? ¡Qué más quisiera usted que yo bajase al pozo para tomar usted el tole entre tanto y dejarme con una cuarta de narices! Quien va á bajar es usted, y si no baja por bien, baja de cabeza.

—Pues bajaré con mucho gusto y fina voluntad.

—Y cuidadito con que no le clave usted el diente al queso, porque entónces le tiro á usted un cantazo que la despachurro...

—¡Ande usted, malicioso, que por desconfiado no le puede ayudar Dios!

La zorra se metió en el cubo, y en un decir Jesus se encontró en el fondo del pozo, cuya agua apénas la llegaba á la pantorrilla.

—¡María Santísima, qué grande y qué rico es!—exclamó.

—Pues avíe usted, y arriba con él.

—¡Si no puedo con él, que pesa más que yo!

—Pues hágale usted dos pedazos y súbale en dos veces.

—Está muy curadito, y como no tengo cuchillo, no le puedo partir. Bájese usted y le subirémos entre los dos.

—¿Y cómo he de bajar?

—¡No es usted poco torpe! Como bajé yo: colocándose en ese cubo que subió conforme bajaba el mío.

—Pues allá voy.

El lobo subió al pretil del pozo, y desde allí saltó al cubo.

Como el lobo pesaba cuatro veces más que la zorra, el cubo bajó con él rápidamente, y con la misma rapidez subió el otro cubo en que estaba encaramada la zorra en el fondo del pozo.

Al ver que él bajaba y la zorra subia, el lobo se comió la partida, y empezó á renegar hasta de la madre que le habia parido; pero se tranquilizó un poco pensando en el queso, que se puso á buscar con ánsia.

—¿Dónde está el queso?—preguntó á la zorra, que le miraba sonriendo, apoyada de pechos en el pretil del pozo.

—¿El queso?—contestó la zorra.—Me le llevo yo para aquél y los chicos, que no lo pueden ganar.

—¡Ah, zorra!—exclamó el lobo aullando de soberbia.

Pero la zorra no oyó este grosero insulto, porque se encaminaba á un gallinero de una cuadra inmediata, ahogando el remordimiento de su conciencia con el siguiente raciocinio:

—Realmente he sido cruel con él, sin duda por aquello de que: «El que con lobos anda á aullar se enseña»; pero anda, que si esta noche llueve y se llena de agua el cubo que queda arri-

ba, empujando un poquito el cubo hácia abajo y empujando otro poquito el lobo hácia arriba, el lobo se salvará, y su muerte no pesará sobre mi conciencia.

Esta lógica ha venido tranquilizando muchas conciencias desde los tiempos del rey Perico.

LA BALLENA DEL MANZANÁRES.

I

La moral de este cuento es que léjos de ser cierto aquel latinajo: *Vox populi*, *vox Dei*, el pueblo es un bobalicon que comulga con ruedas de molino y de una pulga levanta una mula. Vean ustedes si en los cuentos cabe moral, á pesar de que dice uno de los héroes de Fernan Caballero que son reideros y nada más. ¡Reideros! Porque lo fuera éste daria yo toda la moral que contiene.

Pero dejémonos de paja, y al grano, al grano, que la paja tal vez la quiera Alvar el del portillo de Gilimon.

Érase por el tiempo de no sé qué rey, y á la sazon estaban en todo su auge los órganos de Móstoles.

Digamos ántes de todo lo que eran estos celebérrimos órganos.

En Móstoles, villa situada tres leguas al Poniente de Madrid, habia un cosechero de vino que ganaba el oro y el moro con la venta al pormenor del rico producto de sus viñedos, que ocupaban todo el terreno, de una legua, que se extiende entre Móstoles y el rio Guadarrama.

La plaza de Móstoles declina de Oeste á Este, y nuestro cosechero tenia en la manzana de la parte alta su bodega, y en la manzana de la parte baja el despacho de vino.

Este despacho consistia en un gran salon lleno de bancos y mesas, y el vino de la bodega se trasladaba á él por una serie de tubos, que pasaban por debajo de la plaza y remataban en el despacho, semejando la tubería de un órgano.

Los precios y las calidades de los vinos eran tantos cuantos cubos tenia el órgano, de lo cual se colige que, aunque el órgano no fuese de catedral, los bebedores tenian una viña con tener tanto en que escoger. Así era que, particularmente los dias festivos, el camino de Madrid á Móstoles era una continua romería.

Los que venian eran el más triste ejemplo de la degradacion á que puede llevar el vino á la humanidad; pero los que iban, á pesar de que veian y áun olian este triste ejemplo, no se volvian atras.

En vista de esta prueba histórica de la inutilidad del ejemplo, ¿quién demonios se rompe los cascos por engalanar sus cuentos con ejemplos ni moralejas?

La historia de los órganos de Móstoles consigna, sin embargo, una cosa muy consoladora para los que ansiamos tener fe en la bondad de la humanidad. Una legua ántes de llegar á Móstoles está el pueblecillo de Alcorcon, cuya existencia, segun la tradicion y la etimología, se remonta á los tiempos de la dominacion mahometana. Habia en Alcorcon un pobre alfarero que sólo sacaba de su industria lo que le valia una carga de pucheros que vendia cada semana en Madrid, y aquel hombre, que conservaba buen sentido á pesar de vivir una legua

de los órganos de Móstoles, dijo un dia para su coleto (creo que eran coletos los que entónces se gastaban):

—Un dia con otro pasarán por aquí doscientos hombres en peregrinacion á la ermita del dios Baco. Por lo corto, siempre ha de haber entre ellos veinticinco que abriguen en su pecho el santo amor á la familia; y si yo pongo á la orilla del camino un puesto de jarras y pucheros, venderé al dia veinticinco pucheros ó jarras que me comprarán para llevar un trinquis á su familia. Probemos pues, que me voy á poner las botas.

En efecto: se puso las botas el alfarero, pues vendia tantos pucheros y jarras como sacaba á la venta, en vista de lo cual todos sus vecinos se metieron á alfareros; y de aquí viene el haber dado á Alcorcon la alfarería tanta fama como á su vecino Móstoles los órganos.

Es, pues, altamente consoladora y honrosa para la humanidad la deduccion que de esto se saca: el amor á la familia está tan agarrado al hombre, que, por más que el hombre haga eses y se le doblen las piernas y no pueda con su alma, ese santo y sublime amor no se le cae.

El cosechero de Móstoles se hizo un dia la siguiente reflexion, muy triste para la humanidad madrileña, ó mejor dicho, para la española, pues Madrid es un punto donde se reunen los españoles generalmente para hacer picardías:

—Los madrileños que no vienen á soplar en mis órganos, no vienen porque están seguros de que si vinieran, soplarian tanto, tanto, que no podrian volver á casa por su pié, siendo el camino tan largo. Acortemos el camino, y habremos vencido esta dificultad. ¿Y cómo le acortamos? Muy fácilmente: poniendo una sucursal de mi bodega en el puente de Segovia, adonde

acudirán todos los que no se atreven á venir á Móstoles. Los que vienen seguirán viniendo, por la sencilla razon de que en Móstoles no hay rio, y en el puente de Segovia casi le hay.

En efecto, el cosechero puso (no digo que organizó, porque la sucursal no tenia órganos) una sucursal en el puente de Segovia, y empezó á acudir á ella un gentío inmenso, á pesar de que por allí casi pasaba un rio.

Repito, pues, que el vino no se trasladaba al despacho del puente de Segovia por medio de tubos, como al despacho de Móstoles, sino por medio de cubas, que, segun se iban desocupando, iba el encargado de la sucursal amontonando en una praderita que mediaba entre la sucursal y lo que llaman rio.

Los parroquianos decian que desde que se estableció la sucursal un poco más abajo del puente de Segovia, el rio llevaba ménos agua por el puente de Segovia que por el puente de Toledo; pero ¡eh! ¿Quién hace caso de borrachos?

II

En el portillo de Gilimon, mirador mucho más modesto que el de las Vistillas, pero desde el cual se descubren perfectamente las riberas del Manzanáres, desde el puente de Segovia hasta las últimas praderas del Canal, vivia por aquellos tiempos un tal Alvar, que gozaba de gran celebridad en Madrid.

Alvar era la verdadera gacetilla de la villa: no habia incendio, ni asesinato, ni robo, ni paliza, ni casamiento, ni bautizo, que él no supiera ántes que los incendiados, ó los asesinados, ó los robados, ó los apaleados, ó los casados, ó los bautizados.

Dar el primero una noticia triste ó alegre, era para Alvar la felicidad suprema.

Ver Alvar desde su ventana, que daba al paseo de los Melancólicos, que un ladronzuelo arrebataba la capa á un melancólico, y salir desempedrando las calles de Madrid del Sur, pregonando el robo, no para tener el gusto de que acudiesen á perseguir al ladron, sino para tener el gusto de dar la noticia ántes que nadie, todo era uno.

Pero la manía de Alvar no consistia sólo en la novelería, que consistia tambien en pretender que sus ojos, ó su oido, ó su inteligencia, nunca se equivocaban.

Una tarde, víspera de San Isidro, discurrian dos vecinos suyos sobre si al dia siguiente se le mojarian ó no las polainas al Santo, y oyendo Alvar la disputa, se acercó á dar su opinion con la seguridad con que siempre la daba: su opinion era que al dia siguiente no se le mojarian al Santo las polainas.

Como los vecinos sabian que el Santo labrador es tan aficionado á solemnizar su fiesta mojando la tierra, como los madrileños á solemnizarla mojando la palabra, pusieron en duda el pronóstico de Alvar, y éste, que era soberbio y vanidoso á más no poder, cogió tal berrinche, que á poco más la emprende á palos con los vecinos.

Una hora despues empezó á llover á mares, y no lo dejó en toda la noche, con gran mortificacion del desmedido amor propio de Alvar.

Al amanecer, el Manzanáres bramaba de coraje por no tener á mano á los que le habian llamado aprendiz de rio y otras picardías por el estilo, y Alvar se plantó de pechos á la ventana para ver la riada, y para ver si el Manzanáres hacía alguna

cosa que mereciera contarse, pues el pobre Alvar rabiaba por desquitarse del *fiasco* que habia hecho metiéndose á almanaquista.

El encargado de la sucursal del cosechero de Móstoles oyó aquella misma mañana un gran ruido hácia la praderita interpuesta entre su ventorrillo y el rio, y al asomarse á la ventana vió que el rio acababa de invadir la pradera y se llevaba las cubas vacías.

De dos saltos se plantó á orilla de la furiosa corriente, y empezó á hacer sobrehumanos esfuerzos á ver si podia salvar las cubas; pero las cubas continuaban navegando rio abajo.

El tabernero, ya junto al puente de Toledo, cuando iba perdiendo toda esperanza de rescatarlas y se cansaba de seguirlas, vió á la orilla opuesta á dos de sus mejores parroquianos y los hizo señas para que se lanzaran al rio á detenerlas; pero los parroquianos le contestaron, tambien por señas, que no se atrevian. Era tal el ruido del rio, que no era posible entenderse más que por señas; pero el tabernero, creyendo que aquel par de borrachos no se resistirian á lanzarse al agua si les decia que del agua sacarian vino, empezó á gritarles con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Una va llena! ¡una va llena!

Oir Alvar este grito, exhalar otro de sorpresa y alegría, y lanzarse á la calle, todo fué uno. En cuatro minutos recorrió el barrio gritando:

—¡Una ballena en el Manzanáres! ¡Una ballena!

Y en seguida tomó la puerta de Toledo y corrió hácia el rio, para tener la gloria de ser el primer madrileño que viese la ballena que bajaba por el Manzanáres.

Entre tanto, Madrid estaba alborotado, porque aquella sorprendente noticia habia corrido con la celeridad del relámpago desde la puerta de Toledo á la de Santa Bárbara, desde la puerta de Alcalá á la de Segovia, y desde el Salitre á las Maravillas.

Y el pueblo de la coronada villa del oso, armado de escopetas, de redes, de hachas, de ganchos de trapero, de piquetas, de espadines, de agujas de enjalmar, de leznas, de cuchillos, de navajas de Albacete, de navajas de afeitar, de sierras, dé demonios colorados, afluia en inmenso tropel, estrujándose y pisándose y despachurrándose hácia el Manzanáres, cuyos bufidos creia ser los del enorme cetáceo.

Alvar, que llegó á la orilla del Manzanáres un poco ántes que los dos más ligeros, vió al tabernero que habia anunciado la aparicion de la ballena al pié de un gran ribazo contemplando sus cubas, que desaparecian allá á lo léjos entre los tumbos de la corriente.

—¿Por dónde va la ballena?—le preguntó con ánsia indecible.

—¿Qué ballena?—replicó el tabernero.

—¡Otra te pego! ¿No has gritado que iba por el rio abajo una ballena?

—No hay tales carneros. Lo que yo he dicho es que de las cubas que me lleva el rio, *una va llena.*

—¡Rayo de Dios!—exclamó Alvar bramando de cólera.—¡Yo te enseñaré á no pronunciar la V como se pronuncia la B! ¡Toma, y anda á burlarte de la cabra de tu madre!

Y enarbolando el baston, empezó á medir las costillas al tabernero, que gritaba:

—¡Socorro! ¡Que me matan! ¡Que me dan de palos!

En aquel instante asomaron al ribazo los dos primeros curiosos de las inmensas turbas que se agolpaban hácia el rio.

—¿Quién da de palos?—preguntaron los segundos, que no alcanzaban aún á ver el sitio de la paliza.

—Alvar da, Alvar da,—contestaron los que lo veian.

Y esta voz, con una pequeña modificacion, recorrió en un instante la multitud hasta la puerta de Toledo.

La pequeña modificacion consistia en haberse convertido la frase «Alvar da» en el sustantivo (¡Dios nos libre!) *albarda.*

El pueblo de la villa del oso tornó inmediatamente á sus hógares, reconociendo que merecia empinarse á un madroño por haber creido que el Manzanáres arrastraba una ballena cuando arrastraba una albarda.

Y cuentan que el mismo Alvar formó desde aquel dia tan pobre idea de sí propio, que cada vez que oia á las verduleras de Leganes decir: «¡Arre, borrico!» lo tomaba por una alusion personal.

No sin razon sospechábamos que pudiera convenirle la paja con que va techado este cuento, cuya moral es, lo repetimos, que léjos de ser cierto aquel latinajo: *Voxpo puli*, *vox Dei*, el pueblo es un bobalicon que comulga con ruedas de molino y de una pulga levanta una mula.

LAS ANIMALADAS DE PERICO.

I

Perico era muy arrimadito á la cola, y desde niño empezó á dar pruebas de ello.

—Hijo,—le decia continuamente su madre,—eres lo más bestia que yo me he echado á la cara.

Y aunque la buena señora era una santa, jamas se acusó en el confesonario de haber levantado un falso testimonio á su hijo.

Perico, cuando otros chicos le jugaban alguna partida serrana, en vez de cascar las liendres á los otros chicos, se las cascaba á sí mismo, dándose en la cabeza cada puñetazo que veia las estrellas, lo cual hizo decir más de una vez al señor cura:

—Ese chico saca una tendencia endemoniada al suicidio, y será milagro que el mejor dia no dé un susto á su familia.

Ya era Perico mozalbete, pero cada vez más bruto, cuando dió una prueba más de que las tendencias que en él habia observado el señor cura, léjos de menguar, habian crecido.

El señor cura, Perico y otros vecinos estaban sentados bajo un árbol á la puerta de la iglesia, esperando la hora de misa, cuando pasó por allí la Robustiana, que era una moza de seis dedos sobre la marca (la marca de las buenas mozas es cinco piés), con su cántaro en la cabeza, cantando:

No tengo miedo á la muerte,
aunque la encuentre en la calle,
que sin licencia de Dios
la muerte no mata á nadie.

—Esas coplas—dijo el señor cura—son las que debeis cantar, y no las desvergonzadas que aprendeis de los novios.

—Pues esa copla—replicó Perico—me parece á mí una barbaridad, con perdon de usted, señor cura.

—¿Y por qué?

—Porque dice que sin licencia de Dios no puede uno morir.

—Y dice una verdad como un templo.

—¡Qué ha de decir verdad!... Pongo por caso que á mí me dé la gana de matarme, me mataré, aunque Dios no me dé licencia para ello.

—Pues no te matarás, si Dios no quiere que te mates.

—¡Sí, que soy yo manco para pegarme un tiro y levantarme la tapa de los sesos, si se me pone en la mollera!

—¡Calla, calla, majadero, y no digas animaladas, que el poder de Dios está sobre todas las armas y sobre todos los brazos!

—¿Pues qué va á que hay una cosa que Dios no puede hacer?

—Dios lo puede todo.

—¡Ca!... Dios no puede hacer, pongo por caso, que lo que ha sucedido no haya sucedido.

—Sí puede hacerlo.

—¿Cómo?

—Siendo como es omnipotente, ó lo que es lo mismo, siendo el que lo puede todo.

Perico, como era tan testarudo y tan negado, iba á replicar al señor cura; pero el sacristan tocó á misa, y el señor cura se apresuró á levantarse y entrar en la iglesia para revestirse.

II

Perico no tenia ya padre ni madre ni perrito que le ladrase.

Sus padres le habian dejado una casa, vieja, sí, pero muy grande y muy provista de grano, de vino, de ropas, de muebles, de alhajas, y hasta de dinero; pero Perico, á fuerza de holgazanear, y derrochar, y hacer animaladas, habia dado fin de todo, y se encontraba casi con las paredes peladas.

Ademas estaba enamoradillo de la Robustiana.

Una mañana se levantó de un humor endiablado, y empezó á discurrir del modo siguiente:

—Ya no hay vino en mi bodega, ni trigo en mi panera, ni dinero en mi gaveta, y... francamente, á mí no me gusta trabajar. ¿Qué demonio me hago yo sin tener sobre qué caerme muerto?... ¡Eh, poco á poco, que sobre qué caerme muerto no me falta! Las piedras que hay debajo del balcon de mi casa

son muy ricas para caer uno sobre ellas y romperse el bautismo. Dice el señor cura que sin licencia de Dios no puede uno matarse. Ya verá el señor cura si voy yo á andar pidiendo licencias á Dios para romperme la crisma desde el balcon abajo. ¡Nada, nada! Doy el salto mortal, y así me libro de la miseria y de los desdenes de la Robustiana, que nunca me ha querido dar ni siquiera un apreton de manos.

El bruto de Perico se dirigió á la sala, y... ¡á la una! ¡á las dos! ¡á las tres! hizo la animalada de saltar por el balcon, que estaba de par en par abierto.

Pero caten ustedes que en aquel instante pasaba la Robustiana por debajo del balcon, y al ver á un hombre volar por el aire, abre sus robustos brazos y recibe al hombre en ellos.

El bruto de Perico, lejos de caer sobre las losas de la calle, cayó en los brazos de una buena moza, que le trató con mucho mimo, creyendo que por ella hacía aquella animalada.

III

Perico ya no estaba enamoradillo de la Robustiana, que estaba enamorado como un bruto, porque... vamos, el mimo con que le habia recibido en sus brazos, cuando trató de desnucarse, le habia llegado al alma.

Perico, pues, padecia dos males: falta de dinero y sobra de amor.

Por esta razon discurrió una nueva animalada para poner término á sus males.

—Vamos á ver—se dijo—de qué modo me las voy á componer. ¿Tirándome por el balcon? No, porque ya he visto que

ese salto no es decisivo. ¿Levantándome la tapa de los sesos de un pistoletazo? Tampoco, porque no tengo pistola ni dos ó tres duros para comprarla. ¿Colgándome de una viga? ¡Ah! ¡Já! Ya di con lo que buscaba.

Cogió en seguida un cordel de cáñamo, casi el único mueble que conservaba de la herencia paterna, le ensebó perfectamente, ató uno de sus extremos á una viga, hizo una lazada corrediza en el otro extremo, se subió en una silla, se echó el lazo al pescuezo, pegó una patada á la silla, y quedó en el aire haciendo remolinos.

Perico era muy gordo, porque los brutos engordan que es una bendicion de Dios, y con su enorme peso retemblaba el techo como si amenazase ruina.

De repente la viga, que estaba como yesca, se troncha, cae Perico al suelo, y con él un pedazo de techo, haciendo un ruido metálico de doscientos mil demonios.

Perico, que se habia desvanecido, vuelve en sí al oir aquel ruido, porque aquel ruido era capaz de resucitar á un muerto; mira en su derredor, y ve la habitacion cubierta de onzas de oro, nada ménos que del reinado de Cárlos III.

Resulta, pues, que sobre la viga habia un enorme depósito de onzas, y que estando la viga resentida, con muchísima razon, de que pasasen años y más años sin que nadie pensase en aliviarla de aquella pesada carga, porque entonces el ministro de Hacienda las apaleaba en lugar de dar dinero por ellas, soltó la carga en cuanto se le presentó ocasion.

Perico atracó de onzas la gaveta de la sala, completamente vacía hacía ya mucho tiempo, y á pesar de que las consecuencias del cordel se dejaban sentir en su garganta, respiró

con desahogo por primera vez desde que gastó el último duro de la herencia paterna.

—Ahora—se dijo—ya soy rico, y por consiguiente la Robustiana no me encontrará feo.

¿Han visto ustedes atrocidad mayor que la de suponer que las onzas de oro pueden influir en el amor de las mujeres? ¡Si digo que el tal Perico reventaba de bruto!

IV

Perico estaba cada vez más enamorado de la Robustiana; pero la Robustiana le daba cada bufido que le dejaba helado.

A la madre de la chica no le disgustaba del todo Perico; pero se la llevaban doscientos mil de á caballo cuando Perico, á las mil y quinientas de la noche, iba con su guitarra y su voz de becerro á concerrear bajo la ventana de la chica; porque la buena mujer fué tan aficionada á serenatas cuando jóven, que las detestaba cuando vieja, por la sencilla razon de que no la dejaban dormir.

Para que cesaran las serenatas queria que su hija se casase con Perico, y solia decir á su hija:

—Pero, mujer, ¿por qué no sacas cuanto ántes de penas á ese muchacho?

—Señora,—contestaba la chica,—¿cómo quiere usted que me decida á casarme con él para quedarme viuda el dia ménos pensado?

—¡Eh! ¡Si ya se le ha quitado la manía de matarse!

—Sí; pero el mejor dia revienta de bruto.

La madre de la Robustiana convenia en que el temor de

la chica era fundado, y guardaba silencio hasta el dia siguiente, que se levantaba trinando contra Perico y su hija, porque Perico no la habia dejado dormir con sus *animaladas*.

Las animaladas eran un género de poesía con que Perico habia enriquecido nuestro Parnaso.

Una noche estaba Perico dale que dale á la guitarra junto á la ventana de su desdeñosa novia; pero su novia no salia á la ventana. Perico entonó la siguiente *animalada:*

«Si en lugar de nacer rosas,
naciera en tu cara yerba,
ningun borrico del pueblo
me ganaria á pacerla.»

El perro Rasgabragas parecia ser el único que en casa de la Robustiana no se hacía el sordo á la animalada de Perico, pues ladraba como si una cuadrilla de ladrones estuviese asaltando la casa.

Perico entonó esta otra animalada, procurando dominar con su voz la de Rasgabragas, que la tenia atronadora, como que era un perro como un borrico:

«Si me oye cantar tu madre,
y «¿Qué es eso?» te pregunta,
contesta: «No haga usté caso,
que es un burro que rebuzna.»

Lo único que se oyó en casa de la Robustiana fué el ladrido del perro cada vez más firme, y la voz de la vieja que echaba pestes contra el cantor.

Perico guardó silencio hasta que dejó de oir refunfuñar á

la vieja, y entonó la tercera animalada, persuadido de que al oirla saltaria de la cama la chica, y saldria al fin á la ventana.

«Tu ventanita es pesebre,
tú eres, si te asomas, pienso;
yo soy burro que el hocico
alargo para comerlo.»

La esperanza que Perico fundaba en esta animalada no salió fallida: la ventana se abrió, y Perico, advertido por el ruido, pues hacía oscuro, se lanzó hácia ella lleno de alegría.

—¡A ese, Rasgabragas!—gritó la voz de la vieja.

Y el perro se tiró de la ventana como una fiera.

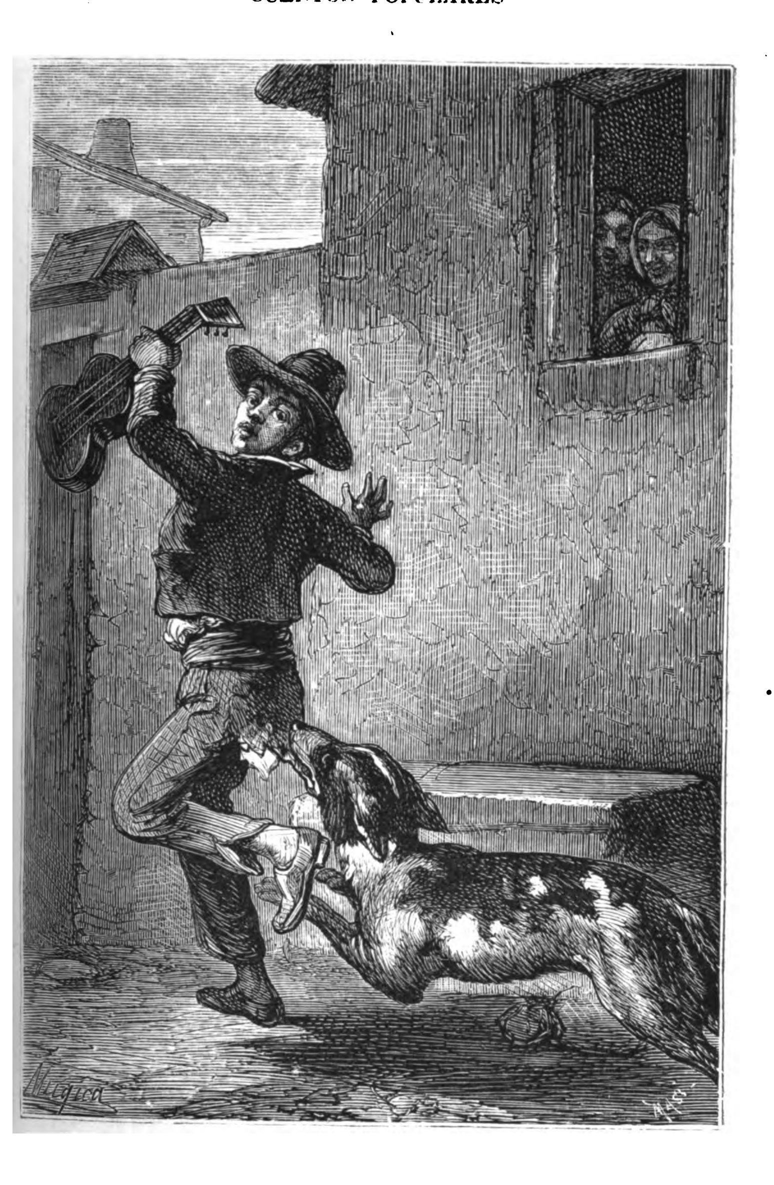
Perico quiso huir; pero apénas volvió la espalda, Rasgabragas hizo presa en las suyas, dejándolas en tan lamentable situacion, que...

En quel instante salió la luna.

V.

Perico estaba desesperado con la perrería que le habian hecho en casa de la novia la noche anterior, y se puso á razonar del modo siguiente:

—Está visto que la Robustiana no me quiere; y si no me quiere la Robustiana, ¿de qué me sirve la vida? De estorbo es de lo que me sirve, y á los estorbos se les da un puntapié, y andando. Es verdad que en la gaveta de la sala tengo todavía una buena provision de amarillas; pero ¿de qué demonio me sirven las amarillas, si las mujeres, como son el diablo, huyen



—¡A ese, Rasgabragas!



de la moneda porque está la cruz en ella? Está visto que lo que me conviene es levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo. Y me la levantaré como un señor, quiera Dios ó no quiera, que yo no necesito echarle memoriales para disponer de mi cuerpo, que es mio y muy remio. A Dios gracias, ahora no carezco de pistola, como la otra vez, y habrá aquí una de sangre y huesos y sesos despachurrados que meta miedo.

Despues de este sesudo razonamiento (le llamo sesudo porque en él se trató de sesos), Perico aguardó á que llegase la noche para que el hecho fuese más sonado (con el silencio de la noche suenan más los tiros), y cuando creyó que todos los vecinos del pueblo estaban ya en lo caliente, cargó una pistola, y se dispuso á hacerse la consabida operacion; pero...

—No sea el demonio—dijo—que todavía ande álguien por ahí y suba al oir el tiro, y si no he acabado de morir, me ponga cuatro paños calientes, y al fin resulte que he gastado pólvora en salvas.

Así diciendo, dejó la pistola sobre la mesa del comedor, que era el sitio elegido para matadero, fué á la sala, abrió el balcon, miró si habia álguien en la calle, y viendo que no habia nadie, se volvió dentro, sin acordarse de cerrar el balcon, porque no tenia la cabeza para nada sino para hacérsela salchicha de un pistoletazo.

Iba ya á disparar, cuando se le ocurrió pensar en su alma, que es lo último en que piensan los brutos.

—De mi cuerpo—dijo—ya sé lo que va á ser, y dispongo de él como me da la gana; mas ¿qué será de mi alma? ¿Pero por qué ¡canario! me he de devanar los sesos pensando en ella, si no es mia? Mi alma es de Dios, y Dios hará de ella lo que

se le antoje, que cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo.

Despues de esta reflexion, tan lógica como todas las suyas, Perico se aplicó á la frente el cañon de la pistola, y se le aplicó de tal modo para que no fallase el tiro, que si en aquel instante le hubiese separado, se hubiese visto en la frente un redondel encarnado, y se le hubiera podido cantar á Perico aquello de

Una estrella en la frente
tiene mi burro.

—¡A la una! ¡á las dos! ¡á las trés!—exclamó.

Y ¡cataplum! sonó una detonacion y Perico cayó al suelo; pero en la habitacion no se vieron sesos, ni sangre, ni huesos, y sí sólo pedazos de yeso que cayeron del techo y de las paredes, y una porcion de pedacitos de hierro y madera.

Comprimido el aire dentro de la pistola, por haber apoyado Perico el cañon en la frente sin dejar lugar á su expansion, la pistola habia reventado, y Perico sólo habia experimentado una contusion en la frente.

Casi al mismo tiempo de oirse la detonacion en el comedor, se oyó un ruido muy distinto en la sala.

Perico volvió en sí inmediatamente, y al dirigirse á la sala á buscar otra pistola, se encontró con la gaveta de las onzas de Cárlos III medio descerrajada, y desparramados en el suelo y en el balcon sombreros, un puñal, una palanqueta, un formon y otros chismes; de todo lo cual resultaba que unos ladrones habian entrado por el balcon que Perico se dejó abierto, que trataban de meter mano á las onzas, creyendo que Perico

dormia, y que al oir el tiro creyeron que se le habian disparado á ellos, y echaron á correr más que á paso.

Perico, al ver aquello, pensó en Dios, así muy por encima, y dijo para sí:

—Como hay Díos, ¿sabe usted que á poco me divierto esta noche? Si tarda un poquito más en sonar el tiro, me encuentro con la pistola echada á perder, con un chichon en la frente, y sin dos cuartos para mandar rezar á un ciego. ¡Sabe usted que el lance era para pegarse un hombre un tiro!

Miéntras Perico se entregaba á estas reflexiones, los vecinos acudieron, sospechando que habia hecho alguna barbaridad, y Perico tuvo que vivir para ver.

VI

Al llegar aquí de mi cuento, recuerdo el siguiente que me contó uno de los chascarrilleros más afamados.

Un hombre estaba aburrido por várias razones: porque padecia no sé qué mal, para cuya curacion le habian aconsejado los médicos que tomase baños fluviales, que no queria tomar, porque de resultas de haber estado una vez á punto de ahogarse, habia tomado tal asco al agua, que cuando iba al campo y estaba la yerba húmeda llevaba botas de montar para preservar del agua las piernas; porque tenia en la cara un tumor que los facultativos querian reventarle, y él no se atrevia á dejar reventar; y porque siendo muy aficionado á caza y pesca, casi siempre se volvia á casa con la chistera ó el morral vacío, y su mujer le quemaba la sangre, hiriéndole en su vanidad de cazador y pescador, que era la mayor de sus vanidades.

Un dia se fué de caza, y despues de pasarse el dia tiro por aquí, tiro por el otro lado, se volvia á casa con unos cuantos pajarillos, y pareciéndole ya oir á los zumbones cuando entrase en el pueblo: «¡Qué barata va á valer mañana la caza!» tiró á un pajarillo, que se marchó haciéndole burla, y en seguida volvió á cargar la escopeta; pero como estaba tan caviloso y quemado, se le olvidó volver la baqueta á su sitio, y continuó su camino poco á poco, porque los demonios de las botas de montar no le dejaban correr y le exponian con frecuencia á dar un batacazo.

Pasaba una banda de perdices, y como se distrajese mirando si se ponian á tiro, tropezó en una piedra y cayó al suelo, disparándosele, al caer, la escopeta.

—¡Muerto soy!—exclamó sintiendo dolor en la cara.

Pero ¡cuál no sería su gozo cuando al reconocerse para ver si el tiro le habia levantado la tapa de los sesos, se encontró con que un cachito del piston le habia reventado el tumor de la cara, que ya no le dolia con la evacuacion del pus, y que ninguna otra herida habia recibido!

Fué á cargar nuevamente la escopeta, y encontrándose sin la baqueta, recordó que la habia dejado en el cañon; y empezó á buscarla por aquellas inmediaciones.

¡Calcúlense su sorpresa y su alegría cuando encontró la baqueta, y ensartadas en ella nada ménos que seis perdices como seis patos ó *canards*, que dirian los franceses! Resulta que al dispararse la escopeta, la banda de perdices pasaba por allí y la baqueta ensartó, como quien no quiere la cosa, media docenita de ellas. ¡Qué ricas para estofadas... digo, para comidas!

Loco de contento mi hombre con el tumor destripado y las perdices por destripar, continuó su camino de prisita, porque iba anocheciendo, tenia que ir por la orilla del rio, y el rio le hacía muy poca gracia.

Pero cate usted que al pasar ¡parece que lo hacía el demonio! por junto á un pozo que le llamaban el pozo de las liebres, porque en tiempo de verano, como entónces lo era, bajaban las liebres á beber en aquel pozo, pega un resbalon en la lastra á causa de las condenadas botas de montar, que tenian herraduras, y... ¡al agua, patos!

Despues de bregar por espacio de media hora con el agua, que apénas el pobre hombre se acercaba á la orilla volvia á arrastrarle hácia lo más hondo, consiguió acercarse á un ribazo, donde al trasluz veia dos matitas que mecia de cuando en cuando el viento.

Al fin trepó por el ribazo, y se asió á las matitas, que, echándose hácia atrás apénas las asió, le ayudaron á subir.

Las matitas, que no habia soltado, ¡un demonio soltaria! eran dos liebres como dos terneros, que el afortunado cazador se guardó en el morral despues de retorcerles el pescuezo.

Como las botas de montar naturalmente se habian llenado de agua, el cazador se dispuso á quitárselas para desaguarlas. Tira de ellas, y ¡oh asombro de los asombros y alegría de las alegrías! empezaron á salir truchas, anguilas, barbos, cangrejos, en fin, cuanta pesca Dios crió; de modo que nuestro hombre tuvo que llamar á un gallego para que le ayudase á llevar la caza y la pesca que en ménos de una hora habia hecho.

Y al dia siguiente se encontró con que habia desaparecido

completamente el mal, para cuya curacion le aconsejaban los facultativos baños de rio.

VII

El cuento del cazador tendrá gracia y todo lo que se quiera; pero me guardaré yo muy bien de contársele al público, porque francamente, es ya abusar y querer que el público comulgue con ruedas de molino. El público es, segun yo, muy respetable, y segun Lope y Alarcon, muy necio y muy bestia.

Las animaladas de Perico ya son otro cuento, y por eso voy á seguir contándolas.

Perico estaba cada vez más enamorado de la Robustiana; pero la Robustiana, siguiendo el ejemplo de su madre, le soltó el perro una noche, y Rasgabragas, tira por aquí, tira por allí de los calzones de Perico, dejó á éste poco ménos que como su madre le parió.

Cuando Rasgabragas se llevaba el último jiron de las de Perico, la cruel Robustiana se asomó á la ventana, candil en mano, para ver qué maña se daba su perro á hacer hilas; y al dia siguiente dijo á su madre que estaba decidida á casarse con Perico.

¿Qué vió la Robustiana á la luz del candil para que tan súbita transformacion se verificara en su corazon de pedernal? ¡Qué habia de ver! Que Perico padecia mucho por ella, y era ya hora de sacarle de penas.

¿Qué otra cosa habia de ver?

Pero es el caso que al dia siguiente de la nueva perrería, Perico ignoraba la resolucion de la Robustiana, y sólo sabía

que si el agravio que la primera vez se le habia hecho reclamaba un pistoletazo en su cabeza, el que se le habia hecho la segunda reclamaba una descarga de metralla en todo su cuerpo.

Perico determinó, pues, suicidarse definitiva, sólida y perfectamente, de modo que ni Dios ni Santa María se lo pudiesen impedir.

Echóse á discurrir el medio de realizar esta última animalada, y al fin se dijo, muy satisfecho de su inventiva:

—Me colgaré de un árbol, aunque puede romperse la cuerda; pero por si se rompe la cuerda me pegaré un pistoletazo al lanzarme al aire á hacer volatines; puede faltarme la pistola, pero por si me falta me comeré ántes una cajita de fósforos; puede romperse la cuerda y faltar la pistola y ser poco activos los fósforos, pero me ahorcaré de un árbol que dé sobre el mar. Así, aunque Dios no quiera, me he de salir con la mia. Ya verá el señor cura si necesita uno andar pidiendo licencia á Dios para matarse.

Dicho esto, Perico se proveyó de una buena cuerda, de una buena pistola y de una buena caja de fósforos, y se dirigió á la orilla del mar.

Habia un árbol que con motivo de un hundimiento de terreno habia quedado inclinado sobre el agua, y á una de las ramas de aquel árbol ató Perico fuertemente un extremo del cordel. Hecha esta operacion, se ató al cuello con un nudo corredizo el otro extremo, se zampó la cajilla de fósforos, que le debieron saber á rejalgar, preparó la pistola, y se lanzó al aire, disparando la pistola á su cabeza al dar el salto; pero inmediatamente cayó al agua, porque la bala, en vez de dar en la cabeza de Perico, dió en la cuerda y la cortó. Las olas se

agitaban furiosas bajo el árbol, y Perico desapareció entre ellas; pero poco despues unos pescadores, que habian acudido al oir el tiro, vieron que entre las olas, que iban á morir en una playa cercana, se agitaba un cuerpo al parecer humano, y yendo allá extrajeron del agua á Perico, vivo aún, si bien con mucha agua en el cuerpo. Pusiéronle de costado, y le oprimieron para que arrojase el agua, y Perico, no sólo arrojó el agua, sino tambien con ella la racion de fósforos que se habia manducado.

Aún no habia vuelto en sí, cuando la Robustiana, que habia echado á correr apénas le dieron noticia del suceso, llegó y le tomó en sus robustos brazos y le prestó los auxilios más eficaces.

Un mes despues se casaron Perico y la Robustiana, confesando Perico que nadie se muere sin licencia de Dios; pero en lo demas, siguiendo tan bruto como le habia criado su Divina Majestad.

Por supuesto que el respetable público no hará la atrocidad de colocar el casamiento de Perico con la Robustiana entre *las animaladas de Perico*.

EL CAMINO TORCIDO.

I

Víctor era el dependiente principal de una tienda de lencería de la calle de la Montera.

No tenia más educacion literaria que la que habia adquirido en la escuela de su pueblo, en el periódico político á que su principal estaba suscrito, y en los libros y papeles que compraba al peso para envolver; pero como no tenia pelo de tonto, *sacaba* á las muchachas cada *verso*, y escribia cada carta de amor, que las volvia locas.

Víctor tenia la estatura de un perro sentado, y miéntras con un ojo miraba á Vizcaya, con el otro miraba á Málaga. Así era que si las muchachas perdian el juicio al leer sus cartas y sus versos, le recobraban al ver su facha.

En el cuarto segundo de la casa de enfrente de la tienda de Víctor vivia un oficial del Ministerio, que tenia una hija de diez y seis años, hermosa como un serafin.

Veinte veces habia declarado Víctor su atrevido pensamiento á Elisa, que así se llamaba la vecina; pero otras tantas

habia recibido de ella unas calabazas tan gordas que le aplastaban el corazon.

A pesar de eso, Elisa, siempre que salia á misa con la criada, entraba á la tienda de Víctor, porque Víctor le proporcionaba novelas que le gustaban mucho, y le decia chicoleos que le gustaban mucho más.

El que á las muchachas no guste un novio feo, no quita que les guste oir á un feo decirles: «¡Qué remonísima es usted!»

II

Era un domingo por la mañana, y un arrogante mozo, vestido con suma elegancia, andaba, paseo arriba, paseo abajo, por la calle de la Montera, acera de la izquierda, que era en donde estaba la tienda de Víctor.

Víctor, que estaba en la puerta de la tienda viendo á las muchachas que pasaban á misa á San Luis, y diciendo á cada una su quisicosa, si era guapa porque era guapa, si era fea porque era fea, vió al buen mozo, y dijo para sí, más quemado que un pisto manchego:

—¡Calla! Apuesto á que ese anda haciendo el oso á la vecinita de enfrente, pues me parece que ha mirado á sus balcones.

En efecto, el buen mozo habia mirado, por casualidad ó con determinado objeto, á los balcones de Elisa, en el momento en que ésta, ya con la mantilla puesta para salir á misa, se acercaba á la vidriera y levantaba la cortinilla para ver qué tiempo hacía.

Miéntras Elisa bajaba la escalera con su criada, pensando en el arrogante mozo, á quien acababa de sorprender mirando á sus balcones, el arrogante mozo vió que se acercaba á él otra personita del sexo hermoso, que al pasar, pronunciando el nombre de Fernando, se le sonrió como diciendo: «Aquí me tienes ya», y á quien siguió hasta la iglesia de San Luis.

III

Elisa salió á la calle seguida de su criada, y haciéndose la disimulada recorrió con la vista de arriba abajo la acera de enfrente, buscando en vano al buen mozo.

—Vecinita,—la dijo Víctor desde la puerta de la tienda,—hable usted á los amigos, que *pasion* no quita *conocimiento.*

Víctor pronunció con retintin las palabras que van en letra bastardilla.

—¡Ya te veo *de* venir!—dijo para sí Elisa, y cruzó la calle alzando donosamente el vestido para enseñar una enagua bordada con mil primores y un piececito que hizo exclamar á Víctor:

—¡Así me diera usted cien patadas!

Las demás cosas que á Víctor le ocurrieron al ver aquella enagua y aquel pié pusieron á Elisa coloradita como un clavel; pero no la disgustaron, porque la única reconvencion que tuvo para el mancebo fué un «¡Ande usted, burlon!» acompañado de una sonrisa y un gesto monísimos.

—¡Que sea enhorabuena!—la dijo Víctor con maliciosa sonrisa.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque tiene usted buen gusto.

—¿En qué?

—En su querer.

—¡Si yo no tengo á quien querer ni quien me quiera!

—Vaya, vaya, no se haga usted la disimulada.

—Vámonos, que este Víctor es capaz de hacer burla de un entierro.

—Venga usted acá, doncella,—dijo Víctor dirigiéndose á la criada.—Diga usted á su señorita que saque pronto de penas al galan que ronda su calle, porque el pobre lo merece, pues es arrogante chico, y toda la mañana se ha llevado esperando á que saliera el sol por los balcones de enfrente.

—¡Víctor, que no sea usted burlon!—le interrumpió Elisa, haciendo un delicioso pucherito de niña que de gusto no acierta á llorar.

Y tomó acera arriba, ocultando la risa con el abanico al oir á Víctor exclamar:

—¡Bendito sea lo bueno!... ¡Ay! Si á porrazos se conquistara el amor de las chicas rubias, ¿dónde estaria ya el buen mozo que hace el oso en esta calle todas las mañanas?

IV

—La tonta ésa,—dijo Víctor así que se alejó Elisa,—puede que se haya figurado que ese buen mozo pasea la calle por ella. Yo tambien lo creia al principio; pero ya he visto que esperaba á otra. Y el caso es que esa chica me gusta cada vez más, sobre todo desde que he sabido que es de su padre la casa donde vive. La casita esa vale cerca de un milloncejo, y sien-

do la Elisa hija única, hace un bonito negocio el que se case con ella. Vamos á cuentas: la Elisa me ha dicho veinte veces en mis barbas que no me quiere porque soy muy feo, y nunca ha querido leer mis cartas ni mis versos. Es una lástima que no haya leido siquiera una carta mia, porque ella, que es tan novelesca, de seguro se enamora de mi alma, y á trueque de obtenerla no repara en el cuerpo. Todo fardo de rica holanda viene envuelto en arpillera, y aceptamos la arpillera, aunque de nada vale, para obtener la holanda. La arpillera del fardo humano es el cuerpo, y la holanda es el alma. Vamos á ver cómo hacemos ver á Elisa que este fardo tiene rica holanda dentro. Yo mostraré á esa chica con mis cartas tesoros de amor, de poesía y de felicidad, que la hagan avergonzarse de haber reparado en si el cuerpo es feo ó es hermoso, y cuando mi alma haya aparecido á sus ojos tan grande que no la deje ver el cuerpo, le diré que aquella alma es la de Víctor, y aceptará agradecida y dichosa la rica holanda, pidiéndome perdón por haber reparado en la tosca arpillera.

Víctor reflexionó un ratito más buscando el medio de conseguir que Elisa leyera sus cartas, porque ya sabía por experiencia que la niña de sus pensamientos no las habia de leer miéntras supiese que eran suyas.

—Si mis cartas van anónimas,—se dijo,—es muy posible que tampoco las lea. Si van á nombre de un desconocido, corren el mismo peligro... ¡Ah! ¡ya encontré lo que buscaba!—añadió con una sonrisa de satisfaccion.—Ella ha fijado la atencion en ese caballero que paseaba por aquí esta mañana, y de seguro leerá con avidez y delicia mis cartas si la hago creer en ellas que quien se las dirige es ése.

Víctor entró en seguida en el despachito, se sentó y se puso á escribir.

V

Víctor leyó lo siguiente, que acababa de escribir en un plieguecillo de cantos dorados:

«Señorita: Hace mucho tiempo que quiero á usted, y no me atrevo á decírselo, por más que en mi pasion nada haya que no sea santo y puro. Extraño á la versatibilidad y á las galanterías de los círculos sociales en que la mayor parte de la juventud madrileña pasa la vida, porque he creido más noble, más digno, más honrado, pasar mi juventud entregado al estudio para honrar un dia á mi familia y á mi patria, desconozco las frases que están de moda para lisonjear y enamorar á las mujeres, y para expresar los sentimientos á aquella en quien he puesto los ojos y el corazon con la esperanza de unir mi suerte á la suya, y hacerla en mi hogar objeto de un culto tan sincero, si no tan santo, como el que tributo á Dios en el templo.

»Ayer me atreví á alzar los ojos á sus balcones de usted, y tuve la dicha de verla á usted, y quizá la de que usted reparase en mí. Hoy, alentado por esta dicha, y no pudiendo ya resistir al deseo de revelarle mis sentimientos, escribo á usted y le suplico se digne contestarme por el conducto de que me valgo para dirigir á usted estas líneas.

»Si soy tan dichoso que obtenga el beneplácito de usted para volver á escribirle, entónces mostraré á usted mi alma tal como es, y podrá usted juzgar si es ó no digno de su an-

gelical cariño su humilde y apasionado esclavo, Q. S. P. B.,—*Fernando*.»

—¡Bien está!—exclamó Víctor al acabar la lectura de su carta. Cortita, pero para muestra, basta un boton.

En seguida cerró la carta, salió á la puerta, y con la mano hizo seña para que se acercara á un mozo de cordel, llamado Perico, que hacía los mandados de la tienda, y que se ponia constantemente junto á la iglesia de San Luis.

—¿Qué hay, don Víctor? ¿Tenemos que llevar algun fardo?

—El fardo que tienes que llevar pesa muy poco. Escucha.

Y Víctor, bajando la voz y llevando al mozo á un rincon de la tienda, continuó:

—¿Tú conoces á la criada de la señorita del cuarto segundo de ahí enfrente?

—¿A la Celedonia? ¡Pues no la he de conocer! Malos pellizcos le tiro todas las mañanas cuando va á la compra á la plazuela del Cármen! Guapa es la criada; pero ¡no le digo á usted nada de la señorita!... ¡Mil demonios me lleven si no iba yo á presidio por...

—Cállate, hombre, y no digas barbaridades. Cuando la Celedonia vaya mañana á la compra, la dices que un caballero muy buen mozo te ha dado esta carta, y se la das para que con mucho secreto se la entrégue á la señorita.

—Mire usted, don Víctor, que la Celedonia es muy escamona, y no va á querer tomarla.

—Se la das con este napoleon.

—Eso ya es otra cosa, don Victor; pero áun así y todo...

—Y si consigues que la carta llegue á manos de la señorita, te ganas tú otro napoleon.

—Don Víctor, será usted servido.

—Pero cuidado con que la Celedonia ni nadie huela que te he dado yo la carta.

—Pierda usted cuidado.

—Y si la Celedonia te lleva la contestacion, le dices que vas á entregarla al caballero buen mozo y me la traes con mucho disimulo.

—No me diga usted más, don Víctor, que los mozos de cordel entendemos más que los señoritos de estas cosas.

VI

El mártes por la mañana Perico se acercó á la tienda de Víctor como para matar el tiempo.

—Malo va esto, don Víctor, que no sale un viaje en todo el dia de Dios.

Víctor salió á la puerta como para hablar con el mozo, y éste le dió con mucho disimulo una cartita.

Un instante despues Víctor se ponia á leer en el despacho, estremeciéndose de gozo, lo que sigue:

«Caballero: Jura usted que me ama, y no tengo motivo para dudar de sus juramentos; pero ya puede usted considerar que una jóven honrada tiene que pensarlo mucho ántes de entregar su corazón. Confieso que vuestros sentimientos me agradan y que vuestra persona es más de lo que yo merezco, pues os vi el domingo cuando mirabais á mis balcones; pero ántes de darle á usted el sí, quiero que me mostreis el alma como me lo ofreceis en vuestra apreciable que tengo á la vista. Yo, caballero, no he amado nunca, porque soy aún una vírgen

inocente; pero pongo por testigos á los astros que me están mirando, de que mi corazon y mi alma serán por entero del hombre á quien dé mi mano al pié de los altares. Disimule usted la mala letra, què con la emocion no sabe lo que escribe vuestra—*Elisa.*

»P. D. Digo lo de los astros, porque escribo ésta por la noche al irme á la cama.»

El gozo se le cayó un poco en el pozo á Víctor al leer esta carta.

—¡Dios mio!—dijo para sí.—Esta chica, que hablando es tan mona y tan discreta, es tonta de la cabeza escribiendo. ¡Qué mezcolanza del usted y del vos! ¡Qué frases de la literatura del género tonto! ¡Qué salidas de pié de banco!... Pero poco á poco, seamos razonables y justos. El fondo de esta carta es sensato y bueno. Lo malo es la forma. El conjunto de forma y fondo tiene su arpillera, como el conjunto de cuerpo y alma. No reparemos en la arpillera, que es la forma de esta carta, y aceptemos la tela fina, que es el fondo. Ademas, ¿qué bellezas ni conveniencias de estilo puede uno exigir á una niña de diez y seis años, á una vírgen inocente, como ella dice, hija única del dueño de una casa que vale cerca de un millon? Nada, nada: sigamos la novela, pero no en el estilo del primer capítulo, sino en el del segundo, para que haya unidad de estilo entre el de ambos colaboradores.

VII

Siento en el alma no haber podido obtener copia de la nultitud de cartas que siguieron á las que he dado á conocer.

Como el amor enaltece la inteligencia, y cuanto mejor se siente, mejor se escribe, las cartas de Elisa progresaban en estilo conforme el amor progresaba en el corazon de Elisa.

En esta correspondencia ardiente y apasionada no faltaba una palabra, una frase, una idéa, una imágen poética ó amorosa, de las que usan aquellos que acuden al vocabulario del amor y la poesía artificiales para expresar sus sentimientos.

Allí se hablaba:

De contar los latidos del corazon.

De si Víctor grababa ó dejaba de grabar el nombre de Elisa en la corteza de los árboles.

De que derramaria el que viviera flores y lágrimas sobre la tumba del que hubiera muerto.

De que todo hablaba de amor á Víctor: la fuente que murmura, el pájaro que canta, etc., etc.

De que nacian flores donde pisaba Elisa.

De que ama el pez, ama el ave, ama la fiera.

De los ensueños que cercaban á Elisa en el blando lecho.

De la casita en el bosque.

De pobre, pero limpia mesa.

Del fiel alano.

De que las zagalas tendrian envidia á Elisa.

De las avecillas que vendrian á coger el grano en su mano.

De tejer guirnaldas.

De ver triscar á los corderillos.

De mirarse en el espejo de la clara fuente.

De las avecillas que se besan juntando los picos.

De que Víctor tenia envidia del céfiro que agitaba el cabello de Elisa.

De cuando el sueño cerraba los párpados de Víctor.

De lo que diria el pasajero al ver la tumba de ambos amantes.

De fe jurada al pié de los altares.

De rival afortunado.

De dorada miel y blanca leche.

De dos cuerpos y un alma.

Allí se llamaba doctor al médico, lecho á la cama, mansion de los muertos al campo-santo, laúd á la guitarra, templo del Señor á la iglesia, cláustro al convento, casta Diana á la luna, luz febea al sol, acero á la navaja, himeneo al casamiento, y tálamo nupcial á la cama de matrimonio.

Por último, allí no habia sustantivo sin adjetivo, pues así como la soga va siempre tras el caldero, el fúnebre iba siempre tras el ataud, el hórrido tras el espectro, el fiero tras el desden, el matador tras el veneno, el frio tras el sepulcro; y siempre se advertia que los ángeles eran del cielo, las vírgenes castas, las mariposas pintadas, las tórtolas viudas, los pajarillos parleros, las ovejas mansas, las palomas blancas, las fuentes cristalinas y los lagos azules.

VIII

Elisa recordaba ya con vergüenza y horror aquel tiempo en que no le gustaban los hombres feos, y esta transformacion era obra de Víctor, que poco á poco, así como quien no quiere la cosa, habia ido demostrándole que sólo era propio y digno de las almas vulgares el reparar en la arpillera en que está envuelta la holanda; y Elisa fiaba tanto más en la opinion de

su amante, cuanto que á sus ojos no era interesada, como lo hubiera sido de saber Elisa que quien sostenia aquella opinion era el renacuajo de Víctor, y no el gallardo Fernando.

«¡Ay!—la decia Víctor en una de sus cartas.—Anoche, apénas el benéfico sueño cerró mis cansados párpados, vino á agitar mi alma enamorada un horrible ensueño. Soñaba yo que una fatal dolencia me habia arrebatado ésta que tú llamas mi gentileza, y pensé morir de dolor considerando que ya no me amarias falto de la belleza física, que más de una vez me has dicho te enamoraba. ¡Qué será de mí, cielos, si un dia se realiza tan hórrido ensueño!»

Elisa contestaba á Víctor, ó mejor dicho, á Fernando:

«Desecha, amado mio, esas fúnebres ideas que te agitan. Si un dia olvidé tu alma para pensar en la hermosura física de que pródigamente te dotó natura, perdona á tu insensata amante, ó clava un agudo puñal en mi amoroso pecho.»

Mis lectores habrán notado que ya se hablaban tú por tú ambos amantes. ¡Pues no que no! ¿En qué novela ó drama del género *sublime* no adoptan los amantes, desde la primera vez que se ven ó se escriben, el *tú*, ó cuando ménos el *vos*, aunque vivan en la calle de la Montera?

—El *vos*,—me dirá el catedrático Reparos, que no conoce las novelas ni los dramas del género *sublime*,—no se usa en nuestra sociedad.

—¿Qué tienen que ver los usos de nuestra sociedad con las novelas ó los dramas?

—¡Pues no han de tener que ver! El escritor debe pintar la sociedad tal cual es.

—La pinta tal cual en su concepto debe ser.

—Pues que empaquete sus pinturas para cuando la sociedad sea tal cual él la pinta.

—Vaya, vaya, déjenos usted en paz, señor catedrático, y sigamos nuestro cuento, que cuando el respetable público aplaude al ver en el teatro que un galan se arrodilla á los piés de una dama, á quien tal vez habla por primera vez, bramando como un becerro: «¡Carlota, yo te amo!» ó cuando ve que los galanes no se dan barro á mano á besar las de las señoras, el respetable público sabrá lo que se hace.

El cuento es que Víctor iba gastándose un sentido con su correspondencia amorosa. Porque ya se sabe, cada carta le costaba dos napoleones como dos soles, y si no, no llegaba á su destino, por franqueo incompleto.

Perico se habia echado capa de diez duros, y la Celedonia mantilla de veinte.

Pero la casita de enfrente valia cerca de un milloncejo de reales.

IX

Elisa estaba loca de amor, y se desesperaba con no ver á su amado más que con los ojos del alma...

¡Zape, que se me va pegando su estilo!

Un dia tuvo intenciones de poner por epígrafe á su carta esta coplilla:

> Cartas van, cartas vienen
> por el correo...
> ¿Qué hago yo con las cartas,
> si no te veo?

Otro dia pasó un mal rato oyendo á la Celedonia cantar:

Muchos con la esperanza
viven alegres:
muchos son los borricos
que comen verde;

porque creyó que ésta copla era una alusion personal.

La pobre chica se iba quedando en los huesos pelados, tanto que su padre se alarmó, y despues de interrogarla inútilmente para saber la causa de su desmejoramiento, determinó que la viera el médico que habitualmente asistia á la familia.

El médico vió á Elisa, la interrogó, tentó por aquí, pulsó por allí, sospechó esto, barruntó lo de más allá, y sacó en limpio que no se sabía el mal de la chica.

—¡Para ese viaje no necesitábamos alforjas!—dijo muy quemado el padre de Elisa.

Y añadió para sí:

—Yo recuerdo que mi difunta, que esté en gloria, nunca queria confesarse con ninguno de los curas que venian de visita á casa. Las muchachas muchas veces tienen que revelar á los médicos secretos que les causan tanto rubor como los que revelan al confesor. ¿No es posible que esa chica no quiera revelar los suyos al médico, porque el médico viene de visita á casa? Nada, nada, harémos que venga un médico desconocido, y se encierre con ella en el gabinete, á ver si la saca del cuerpo el secreto de su mal.

Al dia siguiente encontró en la Puerta del Sol á un médico conocido suyo, y le dijo:

—Yo tengo una hija de poco más de diez y seis años, y sin que sepamos qué es lo que tiene, se va desmejorando, desmejorando de tal modo, que me va poniendo en cuidado. El médico que asiste en casa desde que murió mi esposa, no ha podido conseguir que la chica le hable con franqueza, sin duda porque las muchachas tienen reparo en confesar sus secretos á los médicos conocidos. Yo quisiera que usted se llegase por casa, y cogiendo por su cuenta á Elisa, averiguase qué es lo que tiene.

—Con mucho gusto,—contestó el médico, que era un jóven muy amable.

—Pues ahí tiene usted las señas de casa,—dijo el oficial del Ministerio, dándole una tarjeta.

El médico hizo un pequeño movimiento de sorpresa al leer las señas, y cada cual siguió su camino, que la mañana estaba demasiado fresca para pararse mucho en la calle.

X

La Celedonia conocia ya de vista á don Fernando, el novio de su señorita, á quien de vez en cuando solia ver pasar por la calle de la Montera; pero dicho se está que nunca se habia atrevido á hablarle.

—¡Qué hombre!—decia una mañana, saliendo á la compra.—¡Cartas van, cartas vienen, y que la pobre señorita se consuma y se vuelva tísica por no ver á su novio más que en papel! Si no fuera por temor de que la señorita le eche enhoramala, y no pueda yo acabar de reunir para el vestido de gro

y el pañuelo de crespon y el miriñaque de jaula, todo el dia le estaba cantando á la señorita:

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.

No; lo que es si por casualidad le veo por ahí, le hablo y le digo cuántas son cinco.

La Celedonia encontró á Perico en la esquina de la iglesia de San Luis, y recibió de él una cartita, un napoleon y un pellizco.

Al volver á casa con la compra, posó la cesta sobre una silla del recibimiento, para tomar aliento y colgar en la puerta el picaporte que se habia llevado, cuando tilin, tilin, la campanilla.

La Celedonia abrió, y ¡figúrense ustedes cuál no sería su sorpresa cuando ve entrar al novio de su señorita, al buen mozo, al mismísimo don Fernando en cuerpo y alma!

—Vamos,—dijo para sí la Celedonia,—esto es que la señorita le ha visto pasar, y como su papá ha salido, le ha hecho señas para que suba. Las señoritas van aprendiendo de nosotras las criadas á meter el novio en casa.

—*En tuavía* no le he dado la carta. Ande usted, désela usted, y así la recibirá de mejor mano,—dijo sonriendo y en voz baja al caballero, poniéndole disimulada y precipitadamente la carta en la mano.

El caballero, aturdido, sin saber lo que la muchacha le decia ni lo que le daba, se guardó la carta sin pedir explicacio-

nes de aquel misterio; porque Elisa, que desde la sala habia oido preguntar por la señorita, preguntaba á su vez desde el pasillo quién era el que estaba en el recibimiento.

—¡Fernando!—exclamó loca de contento Elisa, al reconocer en el recien venido á su amante, á quien estrechó la mano con embriaguez.

El caballero se quedó como petrificado por la sorpresa, al verse llamar por su nombre y tratar con aquella familiaridad por una señorita á quien nunca habia dirigido la palabra, si bien ya más de una vez habia fijado la atencion en su hermosura.

—Vaya, vaya,—dijo para sí;—el mal que tiene esta desgraciada era fácil de averiguar. ¡Está loca! ¡Qué lástima, señor! ¡Tan jóven y tan hermosa! Pero esta carta que me ha dado la criada, y esas palabras que me ha dicho, ¿qué significan? ¿Si seré yo quien está loco?

Elisa creyó que el temor hacía enmudecer á su amante.

—No temas, Fernando,—le dijo,—que papá ha salido; y si viene estando tú aquí, dices que vienes á pedirle mi mano.

El médico,—pues ya el ménos perspicaz habrá comprendido que aquel caballero era el médico con quien el padre de Elisa habia hablado momentos ántes en la Puerta del Sol,—el médico, repetimos, sin dejar de afirmarse en su opinion de que la jóven estaba loca de remate, manifestó á Elisa, adoptando el tono de familiaridad de ésta, que venía, como médico, á visitarla, á peticion de su padre.

Elisa continuaba hablando al médico en el tono de amante, y el médico, creyendo un deber de humanidad el seguir la corriente á aquella loca ó monomaniaca, se guardó de desenga-

ñar á Elisa; pero queriendo tomarse tiempo para leer el papel que tenia en el bolsillo, y para reflexionar á solas con un poco de calma sobre lo que pasaba, dijo á Elisa que iba á visitar á un enfermo de mucho peligro, y que ántes de media hora estaria de vuelta, pues sólo habia subido por saber que Elisa estaba sola, y para darla la satisfactoria nueva de que su padre les proporcionaba ocasion de verse y hablarse.

Elisa se conformó con esta explicacion, y el médico salió de la casa, no sin que la Celedonia, al abrirle la puerta, se tomase la libertad de tirarle un pellizco, diciendo:

—Tome usted, por lo que ha hecho rabiar á la pobre de mi señorita con su cobardía. ¡Buenas alhajas están todos los hombres! Con el mejor enciendan un horno.

XI

El médico, apénas salió á la calle, se apresuró á abrir la carta que tenia en el bolsillo con sobre á Elisa.

La carta era de Víctor, y porque yo diga esto, no salte el lector con que si quiero dos cuartos por la noticia.

La carta estaba firmada por *Víctor*, y no por *Fernando*.

Y hé aquí su contenido:

«Amada Elisa: Mi vida ó mi muerte dependen de la manera con que acojas esta carta. Cien veces, cuantas pasaste á mi tienda, te confesé mi amor, y siempre le rechazaste, y siempre te negaste á leer una carta mia. ¿Por qué? Tú misma me lo dijiste muchas veces con noble franqueza: porque soy feo, porque reparabas en mi cuerpo, sin pensar en lo que podia ser mi alma. Si ve mi alma, dije, quizá se enamore de ella;

pero para verla necesita leer mis cartas. Busqué el medio de que mis cartas no fuesen por tí rechazadas, y no encontré otro mejor que el de suponer que te las dirigia un jóven cuyo nombre oí por casualidad, y en quien por casualidad habias tú reparado, complaciéndote en creer que tambien él habia reparado en tí. Hoy, que conoces mi alma, y creo que la tienes por lo bastante grande y hermosa para olvidar la fealdad y la ruindad del cuerpo en que se encierra, arranco la venda que habia colocado en tus ojos, y te pido de rodillas que me perdones. ¿Recuerdas lo que canta Manrique el trovador cuando está preso?

«El amor es mi delito,
y en el amar no hay baldon.»

»El canto de Manrique interceda por tu amante.—*Víctor.*»

Todo lo comprendió Fernando al leer esta carta.

—¿Qué *faciendum?*—se dijo.—Esa chica es guapa, parece buena, es de buena familia, y está locamente enamorada *de mí.* Si la desengaño, quizá se muera de pena y de vergüenza. *¿Me conviene* casarme con ella? Sí. *¿Debo* casarme con ella? Sí. Ahora pensemos en el que tiraba la piedra y escondia la mano, que por las señas debe ser el Cacaseno de la tienda de enfrente. ¿Falto á los deberes de hombre honrado suplantando al que me ha suplantado? No. El que tan villanamente ha jugado con una niña honrada y crédula y un caballero pundonoroso, ¿merece un ejemplar castigo? Sí. Me caso, pues, y así acabo de olvidar á aquella artificiosa coqueta que me daba una cita para su ida á San Luis, y á otro la daba para su salida.

El médico volvió á casa de Elisa, con quien se expresó como si las cartas de Víctor hubieran sido suyas.

Pocos momentos despues llegó el oficial del Ministerio, á quien Fernando confesó su amor á Elisa, y el que le concedió la mano de Elisa con mucho gusto y fina voluntad.

XII

Unos cuantos dias hacía que Víctor andaba cabizbajo, porque Elisa no le contestaba.

Perico se presentó en la tienda, y llamó aparte á Víctor.

—Don Víctor,—le dijo,—mil demonios me lleven si el que se fia en mujeres no merece que le echen el acial.

—¿Por qué dices eso?

—Por lo que le pasa á usted.

Víctor se amoscó al ver que el asturiano se mostraba enterado de sus desgracias amorosas.

—¿Y quién te dice á tí, pedazo de animal, que á mí me pasa nada malo? ¿No te ha dado la Celedonia carta ninguna?

—¿Qué carta me ha de dar, si me ha dicho que la monuela de su señorita se casa hoy mismo?

—¿Que se casa hoy???—repitió Víctor con tres interrogantes, y poniéndose como la cera.

—Justo y cabal. Miéntras le hacía cara á usted, se la hacia tambien á otro...

Perico se interrumpió al ver que paraban unos coches á la puerta de la casa de enfrente.

De uno de aquellos coches bajaron Elisa y Fernando, radiantes ambos de felicidad, porque acababan de casarse.

—Mire usted, mire usted, don Víctor,—continuó Perico,—aquel buen mozo que le da la mano para bajar del coche, es el que le ha desbancado á usted; pero no le dé á usted cuidado, que ella lo pagará. Don Víctor, el que va por camino torcido...

Víctor no escuchaba ya al ganapan: se habia ido á la trastienda, y allí calculaba si le tendria cuenta echarse un cordelito al cuello, dar cuatro zapatetas en el aire, y... ¡agur!

—¿Y qué resolvió por fin?

—Por fin resolvió vivir para ver.

—¿Y qué ha sido de él?

—¡Qué ha de ser! ¿Ven ustedes á ese que hoy con un nombre, mañana con otro, escribe pestes de las mujeres? Pues ése es Víctor.

LA MUJER DEL ARQUITECTO.

I

Si fuera lícito añadir una Bienaventuranza á las ocho del Catecismo, yo añadiria lo siguiente:

«¡Bienaventurados los que se casan con una mujer prudente, que de ellos será la felicidad doméstica!»

Y si fuera lícito ilustrar con notas históricas las Bienaventuranzas, yo pondria á la novena la siguiente nota histórica:

A mediados del siglo XIV sitiaba el bastardo don Enrique de Trastamara á Toledo, que se defendia tenaz y valerosamente, fiel al rey, apellidado por unos Cruel y por otros Justiciero.

Muchas veces los valientes y leales toledanos habian atravesado el magnífico puente de San Martin, una de las joyas arquitectónicas más preciosas y más útiles que poseia la ciudad monumental, y lanzándose sobre el real de don Enrique, establecido en los Cigarrales, habian causado sangriento destrozo en la hueste sitiadora.

Para impedir la repeticion de tales salidas, don Enrique determinó destruir el puente de San Martin.

El puente, como hemos dicho, era una joya preciosa, de las muchas que formaban el cinturon de la ciudad de los mártires, de los concilios y de los caballeros; pero ¡qué valor tienen los monumentos artísticos ó históricos á los ojos de los ambiciosos políticos que sueñan con sepultar su puñal en el corazon de un hermano para sentarse en el trono que éste ocupa!

Sabido es que los Cigarrales de Toledo, á cuya celebridad tanto han contribuido Tirso y otros de nuestros grandes poetas, son multitud de cercados que encierran lindas casas de recreo, jardines y huertos, poblados de hermosos árboles frutales, entre los que se distinguen por la excelencia de su fruto los albariçoqueros.

Una noche los frondosos árboles de los Cigarrales fueron talados por los soldados de don Enrique, y amontonados sobre el puente de San Martin.

El alba empezaba á despuntar, cuando un vivísimo resplandor alumbró los huertos devastados, las ondas del Tajo, las ruinas del palacio de don Rodrigo, y la torrecilla árabe que hoy reproducen aún las ondas del rio, y á cuyo pié es fama que se bañaba la hija de don Julian cuando el desdichado rey puso los ojos en su funesta hermosura.

Una inmensa hoguera ardia sobre el puente de San Martin, y el estallido de los fuertes sillares, labrados con todos los primores del cincel que creó las maravillas de la Alhambra, parecia el lastimero quejido del arte oprimido por la barbárie.

Los toledanos, despertados por aquel siniestro resplandor, corrieron á salvar el hermoso puente de San Martin de la inminentísima ruina que le amenazaba; pero corrieron inútilmente, porque un espantoso crugido, que resonó lúgubremen-

te en las hondonadas y revueltas del Tajo, les advirtió que el puente no existia.

¡Así era en efecto! Cuando el sol vino á dorar las cúpulas de la ciudad imperial, las doncellas toledanas que bajaban al rio á henchir sus cántaros de agua fresca y cristalina, tornaban con los cántaros vacíos y el alma indignada y triste, porque la corriente del Tajo se precipitaba turbia é hirviente, arrastrando en sus furiosos remolinos las ruinas del puente de San Martin, humeantes aún.

La indignacion popular no tuvo entónces límites, porque el puente de San Martin era para los toledanos el único paso directo á aquellos centenares de paraísos denominados Cigarrales, que heredaron de los árabes al heredar la pasion que éstos tenian por las huertas y jardines. Su valor, que se iba debilitando, cobró inesperados brios, y el real de Trastamara no tardó en verse sañudamente embestido por los sitiados, que hicieron huir á los sitiadores, cuya sangre regó á torrentes los Cigarrales.

II

Habian pasado muchos años desde que el fratricida de Montiel destruyó el puente de San Martin.

Reyes y arzobispos habian mostrado gran empeño en verle reemplazado por otro que le igualase en hermosura y solidez; pero el ingenio y la constancia de los mejores arquitectos cristianos y árabes no habia conseguido satisfacer el ardiente anhelo de los toledanos, porque la rápida corriente del rio arrastraba andamios, y cimbra y puente, ántes que los gigantescos arcos de éste fuesen terminados.

Don Pedro Tenorio, uno de los grandes arzobispos á quien, como dice mi ilustre amigo el señor don Antonio de Latour en su precioso libro denominado *Toledo y las orillas del Tajo*, debe Toledo casi tanto como á sus reyes, echó pregones por todas las ciudades y villas de España, así cristianas como árabes, convocando arquitectos capaces de trazar y reedificar el puente de San Martin.

Un dia, un hombre y una mujer, completamente desconocidos, penetraron en Toledo por la puerta del Cambron, y despues de examinar las ruinas del puente de San Martin, alquilaron una casa deshabitada, no léjos de las mismas ruinas. Pasadas pocas horas, el hombre se encaminó al palacio arzobispal.

A la sazon conversaba el arzobispo con muchos prelados, y sabios y caballeros, que se complacian en rodearle continuamente, atraidos por su sabiduría y su virtud. Su alegría fué grande cuando uno de sus familiares le anunció que un arquitecto llegado de luengas tierras solicitaba la honra de comparecer en su presencia.

El arzobispo se apresuró á dar audiencia al forastero.

Era éste jóven aún; pero la meditacion, y quizá los infortunios, le habian tornado anciano ó poco ménos.

Despues de devolverle benévolamente el saludo, don Pedro le ofreció un asiento frente por frente del suyo.

—Señor,—dijo el forastero,—mi nombre, que debe seros completamente desconocido, es Juan de Arévalo, y de profesion soy arquitecto.

—¿Os trae por ventura el pregon que por toda España hemos mandado echar llamando maestros bastante diestros

para reedificar el puente de San Martin, que en lo antiguo daba paso desde esta noble ciudad á allende el rio?

—Ese pregon me trae á Toledo.

—¿Conoceis las dificultades que ofrece la reedificacion del puente de San Martin?

—Las conozco, señor, y me creo capaz de vencerlas.

—¿Dónde habeis estudiado?

—En Salamanca.

—¿Y cuáles son las fábricas que acreditan vuestra pericia?

—Ninguna.

El arzobispo hizo un gesto de disgusto y desconfianza. El forastero lo notó, y se apresuró á añadir:

—Soldado durante mi mocedad, obligáronme las dolencias á dejar la azarosa vida de las armas, y tornando á Castilla, mi patria, dediquéme con ardor al estudio de la arquitectura, primero con la teoría y luégo con la práctica.

—Siento mucho que no podais señalar fábrica alguna que acredite vuestra inteligencia.

—Algunas hay sobre el Tórmes y el Duero que honran á otros, y debieran honrar al que os importuna.

—No os comprendo.

—Era yo pobre y oscuro, y sólo encontré donde ganar pan y honra, renunciando á otros la honra y contentándome con el pan.

—Duéleme mucho que no tengais medios de asegurarnos que si fiamos en vos, no fiarémos en vano.

—Uno tengo que espero os satisfaga.

—¿Y cuál es?

—Mi vida.

—Explicaos.

—Cuando desaparezca la cimbra del arco mayor del puente de San Martin, el arquitecto que le haya dirigido estará sobre la clave del arco.

—Acepto el trato que me proponeis.

—Y yo le cumpliré, señor.

El arzobispo, en señal de inusitada benevolencia, estrechó la mano del arquitecto, y éste se dirigió á su casa dando visibles muestras de alegría.

La mujer que habia llegado con Juan de Arévalo á Toledo, jóven aún y hermosa á pesar de los padecimientos que habian trabajado su hermosura, le esperaba con ánsia á la ventana, y salió presurosa á su encuentro.

—¡Catalina! ¡mi Catalina!—exclamó el arquitecto, abrazando con alegría á su esposa.—Entre estos monumentos que decoran á Toledo, habrá uno que transmita á la posteridad el nombre de Juan de Arévalo.

III

Ya no podian los toledanos decir al acercarse al Tajo por aquellas escarpadas rocas y aquellos derrumbaderos, donde en otro tiempo se ostentaban en artificiosas ramblas los jardines de Florinda: «Aquí fué el puente de San Martin»; que el puente de San Martin, si bien afianzado aún por sólidos andamios y cimbras, se alzaba ya sobre las ruinas del antiguo.

El arzobispo don Pedro Tenorio y los mismos toledanos colmaban de plácemes al afortunado y hábil arquitecto que habia conseguido cerrar los tres arcos del puente, á pesar de

las furiosas avenidas del rio, por aquel tiempo frecuentes, y de lo gigantesco y atrevido de la fábrica.

Víspera de la fiesta de San Ildefonso, patron de la ciudad, Juan de Arévalo anunció al arzobispo, que para dar por terminada su obra, sólo faltaba quitar las cimbras de los tres arcos, cuyos huecos ocupaban complicados y fuertes andamiajes de madera de pino.

La alegría del arzobispo y del pueblo fué grande. La separacion de los andamios y cimbras en que se apoyaba aquella enorme masa de sillares delicadamente labrados, era prueba peligrosísima; pero la tranquilidad con que esperaba la terrible prueba el arquitecto comprometido á esperarla colocado sobre el arco central del puente, inspiraba á todos plena confianza.

La solemne bendicion é inauguracion del puente de San Martin se anunció para el siguiente dia con pregones y el repique de todas las campanas de Toledo; y los toledanos, desde las alturas que dominan la cuenca del Tajo, contemplaban con regocijo y emocion sus hermosos Cigarrales, que durante muchos años habian permanecido tristes, solitarios, casi abandonados, é iban á recobrar desde el dia siguiente su antigua animacion y su hermosura.

Cerca de anochecer, Juan de Arévalo subió á los andamios del arco central del puente con objeto de dejarlo todo dispuesto para la operacion que la mañana siguiente debia verificarse. Sonreia satisfecho conforme los recorria; pero de improviso desapareció la sonrisa de sus labios y la alegría de su rostro, y se encaminó á su casa lleno de tristeza y desaliento.

Catalina, su mujer, salió á recibirle llena de contento y

amor; pero una horrible palidez cubrió su rostro al notar la que cubria el rostro de su marido.

—¡Oh, Dios mio!...—exclamó llena de espanto.—¿Vienes enfermo?...

—¡No, Catalina mia!—contestó Juan procurando disimular su desaliento.

—¡No me lo niegues, que tu rostro lo revela!

—La tarde ha sido muy fria y el trabajo excesivo...

—Ven, ven cerca del hogar, donde el calor y la cena te tornarán la salud y la alegría.

—¡La alegría!...—murmuró Juan con profundo dolor, miéntras su mujer se ocupaba en preparar la cena junto al fuego, en que ardian troncos de encina.

Juan hizo un gran esfuerzo para vencer su tristeza y su inapetencia, pero le hizo inútilmente.

—¡Por primera vez en tu vida me ocultas un pesar!—le dijo Catalina.—¿Acaso no te parezco ya digna de la confianza y el amor que siempre te he merecido?

—Catalina, no me agravies dudando del amor que te tengo.

—No puede haber amor donde no hay confianza.

—Respeta por tu bien y el mio el secreto que te oculto.

—Tu secreto es un dolor muy profundo, y quiero saberle para procurar aliviarle.

—¡Aliviarle! ¡Es imposible!

—Para un amor como el que yo te tengo no hay imposibles.

—Pues bien: ¡mañana perderé honra y vida, que se derrumbarán al rio con la fábrica que con tanto afan y tantas esperanzas he alzado!

—¡No! ¡no!—exclamó Catalina estrechando en sus brazos á su marido con intenso amor, y ahogando dentro de su corazon el dolor que aquella revelacion le causaba.

—Sí; cuando mi confianza en el triunfo era mayor, he descubierto que un error en mis cálculos va á sepultar mañana en el Tajo el puente y el que le ha ideado y dirigido.

—El puente podrá bajar á las ondas, pero no tú, amor mio, que yo pediré de rodillas al noble cardenal que no te consienta cumplir tu horrible promesa.

—Vano será que lo pidas, porque aunque acceda á tu ruego, yo no quiero vida sin honra.

—¡Vida con honra tendrás!—dijo Catalina con resolucion.

IV

Cantaban ya los gallos.

Catalina aparentaba dormir, y su marido, rendido por el dolor y el trabajo, dormia hacía algunos instantes, por más que su sueño fuese una especie de pesadilla.

Catalina se levantó procurando no hacer ruido ni áun con su aliento, y se dirigió á la cocina.

La ventana de la cocina daba hácia el Tajo, y Catalina se asomó á ella.

La noche estaba muy oscura y algunos relámpagos brillaban de vez en cuando.

Hácia la cuenca del Tajo no se oia más ruido que el de la corriente del rio y el del viento que silbaba en el andamiaje del puente de San Martin.

Catalina volvió á cerrar la ventana, procurando tambien no

hacer ruido alguno. Entre los tizones medio apagados del hogar escogió uno y se dirigió con él á la calle, aún sin atreverse á respirar.

¿Adónde iba? ¿Llevaba aquel tizon encendido para alumbrarse en la densa oscuridad que la rodeó apénas salió de casa? A pesar de ser la oscuridad tan profunda y tan peligroso recorrer á oscuras el terreno adonde Catalina se lanzaba, Catalina procuraba ocultar con el manto en que se habia envuelto la lumbre que podia preservarla de caer por uno de aquellos derrumbaderos que arrostraba con un valor increible en su delicada constitucion.

Despues de muchos riesgos y muchos trabajos, llegó al puente de San Martin, en cuyos arcos seguia silbando el viento y en cuyos estribos seguia bramando el rio, irritado por no poder vencer aquel obstáculo de que primero le libró Trastamara y luégo se habia librado él mismo repetidas veces.

Acercóse Catalina al estribo del puente, y no pudo reprimir un estremecimiento de horror. Tal vez era porque se hallaba al borde de aquel abismo donde el agua rugia; tal vez porque su mano, acostumbrada sólo á hacer bien, blandia en aquel instante una antorcha destructora; tal vez porque en aquel instante retumbó un espantoso trueno; tal vez, en fin, porque á los ojos de los que no comprenden los sacrificios del amor, el crímen la habia conducido allí.

Aventó el tizon que hasta entónces habia procurado ocultar y le aplicó al andamio. La madera resinosa comenzó á arder, y la llama, impulsada por el viento, trepó inmediatamente por el andamiaje, envolviéndole con espantosa rapidez.

Con no menor presteza y á beneficio de la luz de los re-

lámpagos y la llama que envolvia ya los tres arcos del nuevo puente, atravesó Catalina el espacio que la separaba de su casa, en la que volvió á entrar procurando no hacer ruido al abrir y cerrar la puerta.

Su marido dormia aún.

Catalina se desnudó á oscuras y volvió á acostarse al lado de su marido, en tanto que el fuego hacía estallar con horrible estrépito los sillares del puente de San Martin.

Poco despues un sordo y prolongado murmullo se alzó en toda la ciudad, y en todos los campanarios resonó el lúgubre toque de fuego, al que siguió un estallido inmenso que arrancó á los toledanos el mismo grito de dolor que exhalaron cuando el puente de San Martin se hundió bajo la hoguera encendida sobre él por don Enrique el Bastardo.

Juan de Arévalo despertó sobresaltado. Catalina estaba á su lado, al parecer dormida. Vistióse Juan apresuradamente é iba á lanzarse á la calle, cuando comprendió con alegría que el fuego habia determinado el hundimiento del puente.

Lo mismo el arzobispo que los toledanos atribuyeron á la casualidad ó al fuego del cielo el incendio, y si gran dolor les causó la pérdida del puente, se le causó mayor aún la desesperacion en que suponian sumida el alma del arquitecto por aquella pérdida que era para él la de un gran triunfo.

Los toledanos no supieron nunca si el fuego del cielo ó el fuego casual habia destruido el puente; pero Juan de Arévalo, que siempre habia sido bueno y creia que los buenos alcanzan la proteccion de Dios, no vaciló un instante en creer que el puente habia sido destruido por el fuego del cielo.

Catalina le dijo que ella era de la misma opinion. Dios no

debe tomar en cuenta una mentira á la mujer que ha salvado con ella la vida y la honra de su esposo.

El incendio del puente nuevo sólo retardó un año el triunfo de Juan de Arévalo, que un año despues, dia tambien de San Ildefonso, los toledanos iban por el puente de San Martin á visitar sus hermosos Cigarrales, y el arzobispo don Pedro Tenorio, teniendo sentado á su diestra á Juan de Arévalo, en cuyo obsequio daba un magnífico banquete, decíale á Catalina:

—Si para otros á las tres es la vencida, para vuestro esposo y amado amigo nuestro Juan de Arévalo, la vencida es á las dos.

OFERO.

I

Hay en una colina del valle donde yo nací y pasé la niñez, un barriecillo de cuatro ó cinco casas, que lleva el nombre de San Cristóbal. En una hermosa pradera, que se extiende entre el rio y el pié de la colina de San Cristóbal, hay una ermita consagrada á San Antonio, en cuyo pórtico jugaba ya con frecuencia cuando niño.

Entre las imágenes que á través de la verja de hierro contemplaba yo en aquella ermita, habia una que llamaba extraordinariamente mi atencion: era la de San Cristóbal, representado en forma de un gigante que atraviesa un rio, apoyándose con una mano en un árbol arrancado al parecer para servirse de él como de un báculo, miéntras con la otra mano sujeta en su hombro á un niño casi desnudo como el gigante.

O no pedí cuando niño noticias de la vida de San Cristóbal, ó si las pedí, no hubo quien me las diese, pues es lo cierto que salí del valle natal, sabiendo únicamente que aquel Santo gigante que llamaba mi atencion en la ermita de San Antonio, era San Cristóbal.

Al volver, pasados muchos años, á mi valle natal, empecé á recorrer todos aquellos sitios cuyo recuerdo se conservaba más indeleble en mi imaginacion, y me encaminé una mañana á la ermita de San Antonio.

Entónces, aunque ignoraba las muchas cosas que aún ignoro, ya habia leido el *Año cristiano* y el *Martirologio*, por los cuales sabía, entre otras cosas relativas á San Cristóbal, que éste padeció martirio por la fe en Licea en el siglo III de la era cristiana. Sin embargo, me así á la verja de la ermita como en otro tiempo, y me puse á contemplar aquellas imágenes con infinita curiosidad y emocion.

Ya mis ojos no eran sólo los del cristiano ó el curioso, que eran tambien los del artista. La imágen de San Cristóbal me parecia de una época muy anterior á las de los demas Santos que se veneran en aquel templo: la primera, groseramente tallada, parecia hecha solamente para satisfacer las exigencias de la fe, y las segundas, talladas con mucha perfeccion, parecian hechas para satisfacer las exigencias de la fe y el arte.

De repente oí pasos detrás de mí, y volví la cara. Un anciano, que un momento ántes habia visto cavando en un huertecillo inmediato á la ermita, llegaba al pórtico con su azada en la mano, y me saludó cariñosamente, pues tenia motivos para quererme: estos motivos eran el haberme dado en otros tiempos más de cuatro pescozones por haberme cogido tirando piedras al campanario de la ermita para tocar por aquel nuevo método la campana.

El anciano habia sido casi toda su vida, y aún era, ermitaño de San Antonio, como allí dicen, ó santero, como decimos en Castilla más irreverentemente.

—¿A que acierto—me dijo—cuál de todos los Santos que hay aquí te llama más la atencion?

—¿Cuál?

—No es San Antonio, aunque es tu Santo, y parece que está hablando, ni es Santa Ana, aunque es abuela de Cristo, y tú debes querer mucho á las abuelas, pues la tuya andaba dos leguas todos los domingos para traerte la torta que te hacía y te cocia todos los sábados: es San Cristóbal.

—Tiene usted razon. Esa imágen es muy antigua, ¿no es verdad?

—Tan antigua como Adan y Eva.

—Ya podia usted contarme todo lo que sepa de ella.

—Con mil amores te lo contaré. Pero ántes de todo, dame una pipada de ese rico tabaco que fumais los *madriliegos*.

Sonreíme al oir el falso testimonio que el santero levantaba á quien provee de tabaco los estancos de Madrid, y alargando al anciano una hoja del que yo me habia apresurado á comprar al entrar en Vizcaya, consideré suficientemente pagada la siguiente relacion, de cuya forma y fondo respondemos, yo ante la ley, y su autor ante la historia y el buen gusto.

II

«Pues señor, has de saber que allá en un pueblecillo de Francia ó no sé dónde, habia un mozo llamado Ofero, más pobre que las ratas y más grande que la esperanza.

Ofero, en lo tocante á religion, se habia criado como un animal, pues ni siquiera le habian enseñado que hay Dios.

Entró á servir á un vecino tan pobre como él, y si ántes pasaba las penas del purgatorio, despues pasaba las penas del infierno.

Ofero tenia cuerpo y fuerza por tres, y su amo, que ademas de pobre era avaro, no le daba de comer por uno, aunque le hacía trabajar por seis.

Un dia, cansado ya de ayunar y echar el cuajo, entró á cuentas consigo, y dijo:

—Vamos á ver. ¿Qué hago yo en esta casa? ¡Cuidado que tengo la suerte más negra que hombre tiene en este mundo! Si sigo en esta casa un mes más, me voy á poner como un fideo, y adios mis fuerzas y mis chichas, que son todo mi patrimonio; pero si salgo de ella, ¿adónde voy á pedir trabajo?

—¿Adónde has de ir?—le contestó un vecino que escuchaba sin que Ofero hubiera reparado en él.—A mi casa, donde comerás con arreglo á lo que haya, y trabajarás con arreglo á lo que comas. ¿Te agrada mi proposicion?

—Me agrada,—contestó Ofero.

Y aquel mismo dia mudó de amo.

El nuevo amo de Ofero era un excelente sujeto, y no un avaro como el otro; pero resultaba que con las mejores intenciones tenia rabiando de hambre al criado, por la sencilla razon de que tambien rabiaba el amo.

Ofero, que tenia la pícara costumbre de las personas de comedia, de hablar alto cuando estaba solo, iba una mañana á trabajar al campo, hablando del modo siguiente:

—El almuerzo que mi amo me ha dado hoy, ha consistido en una patata asada y un trago de agua fresca. ¡Buenas estais, tripas mias, buenas, buenas!... ¿Qué va á que mi amo me acos-

tumbra á vivir sin comer? Vaya, ¡que estoy divertido con los amos á quienes sirvo! ¡Suerte más negra que la mia!... Si uno me mataba de hambre, el otro me mata de necesidad. ¡Caramba! Esto no puede seguir así. Pero ¿cómo me las he de componer para que siga de otro modo?

—¿Cómo?—dijo una vocecita temblona que salió de una enramada que habia á la orilla del camino.—Buscando un amo que te dé bien de comer.

—¿Y dónde está ese señor?—preguntó Ofero mirando hácia la enramada, á cuya sombra vió á una vieja más fea que el voto va Dios y más negra que la pez.

—Quien no tiene igual en cuerpo, debe servir al que no tenga igual en poder.

—¿Y dónde está ése?

—Búscale y le encontrarás.

—Pues á buscarle voy, abuelita; y Dios le pague á usted el consejo.

Ofero, en lugar de ir á trabajar en las tierrás de su amo, emprendió un camino que conducia á tierras muy distantes, y hala, hala, se fué alejando de donde tanta gazuza habia pasado.

El hambre comenzaba á atormentarle de modo que veia ya cercano el momento en que no pudiera continuar su jornada.

—¡Por vida de dios Baco!—exclamó, sentándose casi desfallecido al pié de un castaño.—¡Reniego de mi negra suerte! ¿Quieren ustedes apostar á que me muero de hambre ántes de encontrar amo alguno á quien servir?

—¡Abre la boca!—dijo una vocecita temblorosa como la que habia oido en la enramada.

Y al alzar la vista á lo alto del castaño, vió á la mismísima vieja de la enramada sentada nada ménos que en la rama más alta del castaño. La vieja tenia entónces el color un poco más claro, lo cual podia muy bien ser efecto de haberse lavado la cara.

—¿Qué hace usted ahí, abuelita?—le preguntó Ofero asombrado.

—Estudiando el mundo,—contestó la vieja.

—¡Anda, salero! ¿Acaso para estudiar el mundo hay que colocarse más alto que él?

—Y el que así no lo haga, le estudiará muy mal.

—Será verdad, abuela; pero tambien lo es que yo me estoy muriendo de hambre.

—Te repito que abras la boca.

Ofero abrió una boca tan grande como la de un horno. La vieja sacudió la rama en que estaba sentada, y cayó media fanega de castañas gordas y sabrosísimas, con las cuales Ofero sacó un poco la tripa de mal año; y digo que un poco, porque Ofero tenia la desgracia de no hartarse nunca, aunque comiera hasta alcanzarlo con el dedo.

—Gracias, abuelita,—dijo Ofero cuando ya se iba reponiendo con las castañas.

Y como no oyese el acostumbrado «No hay de qué darlas», alzó la vista al castaño, y vió con asombro que la viejecita habia desaparecido.

—¡Vaya!—dijo.—¡Y luégo quieren que uno no crea en brujas!

Y en seguida continuó su camino, animadísimo y fortalecido con el remiendo que habia echado á su estómago.



III

Ofero llegó á un pueblo donde habia un gran palacio, y preguntó á qué altura estaba de poder el que aquel palacio habitaba.

—No hay en el mundo quien le iguale en poder y riquezas,—le contestaron.

—Pues señor, ya encontré lo que buscaba, si ese señor me quiere tomar á su servicio,—dijo Ofero lleno de alegría.

Y se encaminó inmediatamente al palacio.

El poderoso señor que habitaba allí aceptó inmediatamente sus servicios, porque era muy aficionado á la caza, y consideró á aquel gigante como llovido del cielo para reemplazar á su montero, que el dia anterior habia sido merendado por un oso.

—Tú traerás ganas de comer, ¿no es verdad?—preguntó á Ofero su nuevo amo.

—Así, así, señor,—contestó Ofero encandilándosele los ojos de alegría.

—Pues anda al comedor, y di al ama de gobierno que te saque la tripa de mal año.

Ofero se dirigió al comedor, y con sorpresa suya se encontró con que el ama de gobierno era ni más ni ménos la viejecita de la enramada y el castaño, con la sola diferencia de que el color de su cara era ya mucho ménos negro.

—¡Usted tambien por aquí, abuelita!—exclamó Ofero al verla.

—Come y calla, que tu suerte lo dispone así,—replicó la

vieja, indicándole una mesa cubierta de ricos y abundantes manjares.

Ofero calló y comió hasta alcanzarlo con el dedo; pero, por supuesto, sin conseguir hartarse.

Siguiendo en su maldita costumbre de personaje de comedia, de hablar consigo mismo en voz alta, exclamó cuando se vió, quizá por la primera vez de su vida, con la tripa medio llena:

—¡Bien haya mi suerte!

—¡Gracias!—contestaron á su espalda.

Y al volverse para ver quién le daba las gracias, se encontró sólo con el ama de gobierno.

Al dia siguiente su amo y él se fueron de caza á unos espesísimos bosques que estaban á la vista del pueblo.

A la caida de la tarde se sentaron á merendar y descansar en un alto.

—Ofero,—dijo el poderosísimo señor cuando hubieron despachado la merienda,—es menester que nos pongamos inmediatamente en camino, porque si no va á cerrar la noche ántes que lleguemos á casa.

—Señor,—contestó Ofero, examinando con la vista el espacio que los separaba del pueblo,—no tenga usted cuidado, que, por poco que caminemos, hemos de bajar de dia á casa.

—Eso sería si bajásemos todo derecho.

—¿Y por qué no hemos de bajar, señor?

—Porque yo no quiero pasar por la Barranca del Diablo, que así se llama esa hondonada que ves allá abajo.

—¿Y por qué se llama así?

—Porque dicen que habita el diablo en ella.

—Y aunque habite, ¡quién teme al diablo, señor!

—¡Calla, calla, Ofero, que quien no teme al diablo es un necio!...—interrumpió á Ofero su amo, temblando y poniéndose más blanco que el papel.

—Pero, señor, ¿usted le teme?

—¡No le he de temer!

Ofero dijo entónces para sí, pero lo dijo abandonando, quizá por la primera vez de su vida, la maldita costumbre de los personajes de comedia, de pensar en alta voz:

—¡Hola! ¡hola! ¡Con que mi amo teme al diablo! Pues si le teme, el poder del diablo es mayor que el suyo, y yo debo seguir al pié de la letra el consejo de la viejecita de marras, ya que con él me ha ido perfectamente hasta aquí: «Quien no tiene igual en cuerpo, debe servir á quien no tenga igual en poder.» Esto fué lo que la vieja me dijo, y esto es lo que debe servirme de regla en toda mi vida.

Ofero acompañó á su amo hasta casa; cenó magníficamente, y en seguida, como quien no quiere la cosa, se salió al campo y tomó el camino de la Barranca del Diablo.

La noche estaba oscurísima; pero Ofero, aunque cayendo aquí y tropezando allá, llegó al fin al término de su jornada.

Aunque así como no tenia idea de Dios, tampoco la tenia del diablo, no dejaron de causarle algun disgusto una lucecilla de color inexplicable que distinguieron sus ojos, y un olor á azufre que percibió su nariz al acercarse á la Barranca, pues se paró un momento, exclamando:

—¿Qué diablo de luz será aquella, y de dónde vendrá este endemoniado olor?

IV

Ofero avanzó por la Barranca adentro, siempre guiado por aquella singular lucecilla, y al cabo se encontró á la puerta de una caverna, que era de donde la luz salia.

—*¡Deogracias!*—gritó dando en el suelo con el tronco de un roble, que se habia echado por baston para no romperse el bautismo (el bautismo era lo único que Ofero tenia de cristiano) en aquellos andurriales.

Un ruido infernal de patadas, de maldiciones y de rechinamiento de dientes, contestó á su piadosa exclamacion, é inmediatamente salió á la puerta un caballero vestido de negro, tan irritado, que echaba lumbre por los ojos.

—¿Qué se ofrece?—preguntó irritado el de lo negro.

—Aunque usted perdone, caballero, ¿vive aquí el diablo?

—Estás hablando con él.

—Pues yo venía á ver si le hacía á usted falta algun criado.

—Todos se empeñan en servirme; pero... ¡qué diablo! Tienes buena pinta, y me voy á quedar contigo. Si te portas bien, milagro será que no te calces la plaza de mi secretario particular.

—¡Gracias, señor!

—No hay de qué darlas. Pasa adelante, y di á la muchacha que te dé de cenar.

Ofero, que nunca se veia harto, no rehusó una segunda cena, y penetró en la que él creia una caverna y era un palacio soberbio.

Lo que más le asombró fué el infinito número de personas de todas clases, edades y jerarquías que servian al diablo.

Al ver que entre los servidores del diablo habia hasta un emperador y un rey, á Ofero no le quedó ya duda de que el diablo no tenia igual en poder.

Volviendo á su condenada costumbre de pensar en alta voz,

—¿Dónde estará—se preguntó—la muchacha que me ha dicho el amo me ha de dar de cenar?

Y dirigiéndose á un numeroso grupo de servidores del diablo, que se entretenian en quitarse el pellejo unos á otros, repitió esta pregunta sin que nadie le contestase.

—¿Están ustedes sordos?—preguntó muy amoscado, creyendo que tenian á ménos el contestarle.

—No haga usted caso de ésos,—le dijo un criado que iba de paso hácia las habitaciones interiores.—Esos no ven ni oyen más que á los que desuellan, porque están siempre pensando en las musarañas. Véngase usted conmigo, que yo le diré á usted quién es la que aquí llamamos la muchacha.

Ofero fué conducido al comedor, donde en efecto estaba la muchacha. Con indecible asombro se encontró con que la muchacha era la viejecita de la enramada, del castaño y del palacio.

La cara de la vieja era aún más negra y más arrugada que cuando la vió por primera vez.

—Abuelita,—exclamó Ofero,—¿usted tambien sirve al diablo?

—¿Y quién es el que no le sirve?

—Y á propósito de servir: no me vendria mal que usted

me sirviera una buena cena, que el amo me ha mandado que venga á pedírsela á usted.

—Voy á complacerte.

En efecto, la abuelita sirvió á Ofero una cena abundantísima; pero Ofero tampoco se vió aquella noche harto, porque padecia hambre canina.

A la mañana siguiente le llamó su amo y le dijo que se dispusiera para acompañarle á un pueblecito cercano, hácia donde poco despues se encaminaron ambos.

El pueblo se llamaba Valpacífico, nombre que con mucha propiedad se le habia dado, por la union y la paz que reinaban perpetuamente entre sus moradores.

El diablo iba á llevar á éstos una real órden, que con su gran influencia habia obtenido del Gobierno, y por la cual se concedia á los habitantes de Valpacífico el derecho de elegir un diputado á Córtes.

El único temor que el diablo llevaba era que los de Valpacífico le recibiesen con repique de campanas, cosa que le hubiera mortificado mucho, porque era un señor muy modesto, no agraviando lo presente; pero de órden suya, Ofero se adelantó á rogarles que no hiciesen tal disparate, y las campanas permanecieron calladas.

Por los mismos habitantes de Valpacífico supo Ofero que su amo era hombre tan influyente, que los ministros de todos los países le servian aunque fuese de cabeza.

Al regresar del pueblo, el diablo venía lleno de satisfaccion, y sacando el *fungueiro* se puso á tomar un polvo.

Ofero, como he dicho, no sabía quién era Dios ni quién era Santa María; pero le invocaba muchas veces maquinal-

mente. Así es que al ver estornudar á su amo, se apresuró á decir:

—¡Dios le ayude!

Si se hubiera oido llamar perro judío no se hubiera puesto el diablo tan furioso como se puso al oir decir á Ofero que Dios le ayudase.

—¡Bribon!—exclamó echando llamaradas por los ojos y temblando como un azogado.—¡Si vuelves á pronunciar ese nombre, te echo con doscientos mil demonios!...

—Señor, usted ha de perdonar,—replicó Ofero;—pero cuando álguien estornuda, todo el mundo dice...

—¡Calla, condenado!...—le interrumpió el diablo tapándole la boca con la mano y empezando de nuevo á temblar.

Ofero calló, y ambos continuaron su camino.

Ofero habia descubierto que su amo temia á Dios, y que por consiguiente, el poder de Dios era mayor que el de su amo. En su consecuencia, determinó largarse á ofrecer á Dios sus servicios.

V

Así que llegaron á casa Ofero y su amo, Ofero se dirigió al comedor, porque tenia una gazuza espantosa.

Allí encontró á la viejecita, cuya cara estaba ya ménos negra y arrugada que por la mañana, cosa que le sorprendió mucho, pero cosa en que se ocupó poco, porque llamaba más su atencion una excelente comida que la vieja se apresuró á servirle.

Ofero comió mucho; pero, segun costumbre, no se vió harto.

A la mañana siguiente se alejaba de la Barranca del Diablo en busca de Dios.

Atravesando campos desiertos, se encontró con unos chicos, que sin duda venian de la escuela, y les preguntó:

—Chiquitos, ¿sabeis quién es Dios?

—¡Pues no hemos de saber!—contestaron los chicos.

Y se pusieron á cantar en coro:

—Es un señor infinitamente bueno, sabio, justo, pederoso, principio y fin de todas las cosas.

Ofero continuó su camino lleno de alegría con los informes que acababa de recibir de su futuro amo.

Andando, andando, descubrió un profundo valle, por cuyo fondo corria un rio.

Al lado opuesto del rio habia un gran edificio con una altísima torre, en la que sonaban á la sazon unas campanas.

Ofero se encontró con un pastor que estaba apacentando su rebaño á la orilla del camino, y que al verle dirigirse hácia donde sonaban las campanas, le dijo:

—Va usted á la casa de Dios, ¿no es verdad? Bien hecho. Yo tambien iria, si me fuese posible abandonar el ganado.

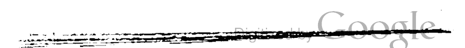
Ofero se llenó de gozo al saber que aquel edificio donde sonaban las campanas era la casa de Dios, la casa del amo á quien buscaba.

La corriente del rio era impetuosa y ancha, pero Ofero la atravesó con la mayor facilidad, apoyándose en el tronco de roble que se habia echado por baston.

El edificio adonde se dirigia era un convento de frailes.

—¿Qué se le ofrece, hermano?—le preguntó el portero.

—Yo deseo servir á Dios,—contestó Ofero,—y le agrade-



ceré á usted que interponga su influjo para que me admitan en esta casa.

—Muy santos son sus deseos, hermano, y por lo mismo haré lo posible para que se le logren,—contestó el portero, conduciéndole inmediatamente á presencia del guardian.

Ofero quedó en el acto admitido al servicio de Dios.

Lo que le asombró muchísimo fué el ver que los que servian á Dios eran pocos, y todos pobres y humildes. Ni un ministro siquiera habia entre ellos, cuando entre los del diablo habia hasta un emperador y un rey.

A la mañana siguiente, por consejo de sus compañeros, se confesó y comulgó, y al recibir la sagrada comunion vió por primera vez de su vida completamente aplacada el hambre canina que siempre le habia mortificado.

Así que subió á su celda se asomó á la ventana, y al pié de la ventana vio á una mujer que le pareció la viejecita de la enramada, del castaño, del palacio y de la Barranca del Diablo; pero dudó que fuese ella, porque tenia la cara casi blanca y sin arrugas.

El guardian le llamó y le dijo:

—Hermano, todos los que servimos á Dios en esta santa casa, le servimos con arreglo á nuestras facultades: unos trabajando en la huerta, otros escribiendo libros, otros pintando cuadros, otros tocando el órgano ó las campanas, otros alabando al Señor con sus cánticos, y otros dedicándose á oficios más humildes. En alguna de estas ocupaciones pudiera servir á Dios, pero hay una que puede desempeñar mejor que ninguno de nuestros hermanos. Muchos viajeros se ahogan al pasar el rio, á pesar de los auxilios que nosotros les prestamos;

pero si se dedica á pasarlos sobre sus robustos hombros, ninguno volverá á perecer. Esté, pues, á la mira de los pasajeros que se dirigen al vado, y páselos al hombro á la opuesta orilla.

Ofero se apresuró á cumplir esta órden.

Apénas se apostó junto al rio, vió á la orilla opuesta un niño hermosísimo que intentaba pasar.

—Espera, chiquitin,—le dijo,—que allá voy yo á pasarte.

Atravesando el rio, colocó al niño sobre sus hombros, y apoyándose en el tronco de roble que se habia echado por baston, empezó á cortar la corriente; pero el niño pesaba como una montaña, y el pobre Ofero sudaba como un pollo, y con dificultad podia dar un paso, lo cual le llenaba de asombro.

—¡Cristo, *valme!* ¡Cuánto pesas!—exclamó.

Y el niño, que hasta entónces no habia hablado palabra, dijo:

—Cristo soy, y Cristóbal te llamarás.

De repente se sintió Ofero libre de aquel enorme peso, y vió que el niño se elevaba hácia el cielo, rodeado de vivos resplandores.

Ofero, que en las veinticuatro horas que llevaba al servicio de Dios habia adquirido ya clara idea de los misterios de la religion cristiana, sintió su alma inundada de gozo al ver el singular favor que Dios le habia dispensado, y se encaminó á la iglesia del convento á dar al Señor gracias por aquel favor.

A la puerta de la iglesia encontró una mujer blanca, sonrosada, hermosa, llena de juventud y gracia, pero con la singularidad de que, *sin parecerse, se parecia* á la viejecita que tantas veces habia visto desde que salió de su pueblo.



—Hermano,—le dijo sonriendo aquella hermosísima mujer,—¿estás contento con tu suerte?

—Sí lo estoy, sí, que ya mi suerte no es negra, por lo cùal yo la bendigo,—exclamó Ofero.

—Gracias por esa bendicion, ¡que ya era hora de que me bendijèses!—dijo la hermosa jóven.

Y desapareció á los atónitos ojos de Ofero, que, confirmado por Cristo, se llamó desde aquel dia Cristóbal.»

Al llegar aquí el ermitaño, que se habia entretenido durante su relato en torcer la hoja de tabaco que yo le habia regalado y en llenar la pipa, aplicó á ésta un fósforo encendido, chupó con toda la fuerza de sus quijadas, y arrojando una bocanada de humo azulado, añadió:

—Con que ya ves que he satisfecho tu curiosidad.

—En cuanto á la vida del Santo, sí; pero en cuanto á su imágen, no. Diga usted, ¿de qué materia es la imágen?

—Muchacho, ¡qué estás diciendo!... ¿De qué materia ha de ser la imágen, si fué aparecida?

—Tiene usted razon; no me acordaba de eso,—contesté, reconociendo que las cosas santas, sean toscas imágenes ó sean maravillosas leyendas, deben creerse y no examinarse.

LA ENAMORADA.

I

Hace algunas semanas (1) recorria yo aquellas hermosas aldeas que se asoman al valle del Ibaizábal, como para contemplar, con toda la inocente curiosidad aldeana, la noble, la hermosa, la rica villa de Bilbao, y las eternamente risueñas, verdes y animadas vegas de Abando y Deusto.

No quiero decir dónde pasó la mayor parte de lo que voy á contar. El dolor, aunque tenga por causa el crímen, debe ser respetado por todos, y mucho más por los que presumimos de apóstoles de la virtud y la justicia.

La noche me sorprendió ántes de llegar á Bilbao, y me vi precisado á detenerme en una aldea, que á la vaga luz del crepúsculo veia blanquear en la cima de una colina cubierta de castaños y nogales.

Al extremo de un sombrío nocedal se elevaba el campanario de la iglesia parroquial de la aldea.

(1) Escribia este cuento en el valle nativo, en Octubre de 1859.

Al penetrar yo en esta última sonó el toque de oracion, y aldeanas y aldeanos guardaron silencio, descubriéndose la cabeza los segundos, y santiguándose y rezando por algunos instantes todos.

Hasta callaron las muchachas, que con su herrada en la cabeza venian cantando de la fuente del castañar inmediato. La campana que toca á la oracion es Dios que habla á las gentes creyentes y buenas, y sólo Dios puede hacer interrumpir á las muchachas vizcainas la canta (1) comenzada.

Despues de pararme, descubrirme y rezar como los aldeanos, porque es de advertir que veinte años de residencia léjos de esta hidalga tierra, que abandoné niño aún, no han bastado á hacer perder á mi corazon lo que descortesmente se llama el pelo de la dehesa; despues de imitar á los aldeanos, me adelanté por el nocedal, saludado afectuosamente por cuantas personas encontraba á mi paso.

Pregunté al fin si en la aldea habia alguna posada donde pudiera pasar la noche, y se me contestó negativamente; pero no tuve tiempo para atribularme con esta contestacion, porque apénas hubo vecino de la aldea que no se apresurase á ofrecerme con entrañable y respetuosa solicitud un asiento en su hogar.

Entre los que este ofrecimiento me hacian, figuraba un gallardo jóven, á quien sus convecinos llamaban el Mayorazgo. Vestia ménos modestamente que sus convecinos; pero su traje era el característico del país, sólo que el Mayorazgo, en vez de llevar la boina azul, ó blanca ó encarnada, la llevaba

(1) Copla.

de color oscuro; y en vez de llevar al cuello una especie de toquilla de color claro, sujeta con una sortija, ó de no llevar nada, llevaba una toquilla negra, como indicio de luto.

—Tengo derecho—me dijo aquel jóven—á pedir á usted que prefiera mi casa á la de mis vecinos, que si tienen tan buena voluntad como yo, tienen ménos comodidades que ofrecer á usted.

—Eso es cierto,—contestaron todos los vecinos.

Y desistieron de sus instancias.

Acepté, pues, la hospitalidad que me ofrecia Miguel el Mayorazgo.

La casa de éste era, en efecto, incomparablemente la más grande y mejor de la aldea. Alzábase á un extremo del nocedal, á la parte opuesta de la iglesia. Tres de sus costados daban á una huerta cercada, orlada de parral, que por la parte exterior se apoyaba en la cerca, y la cruzaban en todas direcciones calles de frondosos árboles, muchos de ellos á la sazon cargados de fruta. La fachada principal, que era la que daba á la arboleda, tenia sobre la puerta un espacioso balcon sombreado por dos grandes parras, y sobre el balcon habia un escudo de piedra, que entónces estaba velado con un crespon negro, señal de luto en la familia que habitaba la casa.

Apénas penetré en ésta, toda la familia vino á saludarme, vestida tambien de luto.

Componíase la familia: del Mayorazgo, que rayaba en los veinticinco años, de otro mozo de veintidos, de una muchacha de diez y ocho, de un muchacho de quince, y de una niña de dóce.

Todos eran hermanos, y todos robustos y hermosos: allí se

veia en toda su pureza el bello y gallardo tipo vascongado, de nariz aguileña, de mirada dulce é inteligente, de frente despejada, de rostro oval y algo deprimido por el extremo inferior, de tez sonrosada, de elevada estatura y de miembros verdaderamente atléticos.

Un tinte singular de tristeza parecia dominar el alma de aquellos jóvenes, desde la niña de doce años hasta el mozo de veinticinco.

El luto que todos vestian por su madre, me explicaba en parte aquella tristeza; pero habia allí otra cosa que llamaba mucho mi atencion, y yo no acertaba á explicarme; era el dolor, no estrepitoso é impaciente, sino el dolor profundo, pero resignado; infinito, pero tranquilo, que revelaba en su rostro, en sus acciones y sus palabras, la jóven de diez y ocho años, que, como si hubiese nacido predestinada al dolor, llevaba el dulce y melancólico nombre de Soledad.

He dicho que sólo en parte me explicaba el dolor de aquella familia la pérdida de su madre, y voy á decir el por qué. Se llora á una madre hasta por los de corazon más duro; pero si es eterno su recuerdo, no lo es el llanto que por ella se derrama.

Juzgo por mí á los demas: creo en Dios, y sé que mi madre murió en el Señor y pagó á la naturaleza el tributo que hemos de pagarle todos. Por eso creo dos cosas, que me dan resignacion y consuelo: que mi madre me ve aún, y que he de volver á verla.

Esto creen todas las gentes cristianas y honradas, y creyéndolo, encuentran resignacion y consuelo en su orfandad.

Honrados y creyentes eran el Mayorazgo y sus hermanos.



No, no: su dolor, y particularmente el de la pobre Solédad, no podia tener por única causa la pérdida de una madre que habia muerto en el Señor.

II

Al aceptar la hospitalidad que me ofrecieron los moradores de la casa grande, que así llamaban en la aldea á la casa del Mayorazgo, pensaba yo continuar mi camino al dia siguiente; pero tales instancias me hizo aquella familia para que permaneciese allí más tiempo, tales fueron las simpatías que me merecian todos los habitantes de la aldea, y tal lo que ésta me agradaba en todos conceptos, que ocho dias despues de mi llegada aún ocupaba yo el asiento de preferencia junto al hogar del Mayorazgo.

Otra de las cosas que llamaban mucho mi atencion era el tiernísimo cariño, las delicadas consideraciones que prodigaban á Soledad todos sus hermanos. Erá para mí un espectáculo que me conmovia y consolaba el que ofrecian continuamente aquellos robustos mancebos, convirtiéndose, digámoslo así, en niños ante el dolor de su hermana.

Puede verse sin extrañeza á los hombres naturalmente débiles y doloridos contemporizar con la debilidad y el dolor, porque ese espéctáculo no es más que el cumplimiento de la ley de la afinidad; pero ¿quién ve con ojos enjutos al hombre física y moralmente fuerte, viril, rudo, inquebrantable como las rocas que rodean el valle donde esto escribo, identificarse con la debilidad y el dolor para ampararlos y consolarlos?

Sirva de ejemplo para comprender hasta qué punto se ve-

rificaba esto en casa del Mayorazgo, lo que presencié y oí una noche.

El dia habia sido hermosísimo.

El Mayorazgo y sus dos hermanos le habian pasado trabajando rudamente en las piezas (1) con sus criados y algunos obreros, y yo recorriendo las montañas con mi escopeta al hombro, mi pipa en la boca y mi catalejos al cuello.

Al sonar las oraciones en el campanario de la aldea, nos encaminamos todos á la casa grande.

Amos, criados, obreros y huésped, todos cenamos juntos, sin olvidar, por supuesto, de desocupar un enorme jarro de fresco chacolí que el Mayorazgo habia subido de la cubera.

Despues de dar gracias á Dios por el sustento con que nos habia favorecido, santa costumbre que yo practicaba en este país en mi niñez, y que al volver, pasados ya más de veinte años, no he encontrado alterada, á pesar de tantas y tantas cosas como han pasado, y tantas y tantas costumbres como se han alterado en ese largo período; despues de dar gracias á Dios, repito, el Mayorazgo y sus hermanos hablaron de libros, á propósito de mi profesion, que envidiaban, ignorando las penas que la acompañan cuando se ejerce honrada y dignamente. Ellos no entendian de libros; pero su noble y delicado instinto les hacía adivinar que los libros son el sagrario donde se custodia la flor de la sabiduría y de la belleza moral, por más que algunas veces ese sagrario se vea profanado por la ignorancia y las malas pasiones.

—¡Usted sí que tendrá libros!—exclamó el Mayorazgo.

(1) Heredades.

—No tengo muchos,—le contesté,—porque soy pobre para adquirirlos; pero los que tengo son buenos.

—¡Válgame Dios, qué ratos tan divertidos pasará usted leyéndolos!

—Los mejores de mi vida. ¿Y ustedes no suelen leer?

—Haga usted cuenta que no, porque como uno apénas le da sentido á la lectura... y luégo los cuatro libros que hay en casa los sabemos todos de cabeza... (1)

—¿Qué libros tienen ustedes?

—Yo le diré á usted: la *Vida de San Ignacio de Loyola*, *Don Quijote de la Mancha*, *Los Fueros de Vizcaya*, *La Cantabria vindicada*, y en fin, otros dos ó tres de vidas de Santos. Ellos pocos son; pero decia mi difunto abuelo que mejores no se han compuesto en España.

No me sonreí por respeto á *Los Fueros de Vizcaya*, y al *Don Quijote* y á *La Cantabria vindicada*.

—Nosotros—continuó el Mayorazgo—no damos sentido á la lectura, aunque esté en letras de molde; pero nos quedamos bobos cuando lee Soledad.

Soledad se puso colorada con este elogio.

—Desde que su abuelo de usted ó su bisabuelo compró esos libros se han compuesto otros muy buenos, y es lástima que ustedes no tengan ninguno de ellos.

—Si usted trajera por ahí alguno bueno, veria usted qué bien nos le leia ésta.

—Algunos buenos traigo, y deseo que ustedes los acepten para conservarlos al lado del de *Don Quijote de la Mancha*,

(1) De memoria.

pues de seguro no se ha de incomodar por eso el cura demarras.

—Con el alma y la vida aceptamos su regalo de usted,—exclamó el Mayorazgo estrechando con efusion mi mano.

Llevaba yo en mi maleta de viaje la edicion completa de las obras de Fernan Caballero, y se la entregué á aquella buenísima familia, gozando ya con los nobles sentimientos y el purísimo deleite que allí, como en todas partes, habian de producir las creaciones de nuestro gran *fotografiador* de costumbres.

El Mayorazgo, lleno de alegría, rogó cariñosamente á Sodad que leyese en alta voz algo de aquellos libros.

Soledad, cuya tristeza se adivinaba aún á traves de la sonrisa, sonrió con una especie de gratitud, y se apresuró á complacer á su hermano, ó más bien á complacernos á todos, porque todos los presentes unimos nuestro ruego al de Miguel.

En el libro en que Soledad leia, pintaba Fernan Caballero con toda la magia de su admirable pincel á la mujer buena, honrada, santa, en sus dos fases de vírgen y madre, de hija y esposa.

Conforme la triste Soledad leia, sus ojos se arrasaban en lágrimas, y su rostro se cubria de una mortal palidez. Notáronlo alarmados sus hermanos, y el mayor extendió la mano como indicándole que suspendiera la lectura; pero como Soledad continuase, Miguel se acercó á ella, fijando alternativamente la vista en el rostro de la jóven, y en la página que seguia á la que leia Soledad.

Traté de explicarme todo aquello, y dije para mí:

—La lectura de ese libro, tan puro y bello en todos conceptos, lastima á esa pobre jóven, porque Soledad tendrá la propension que tiene la querida compañera de mi vida, que me espera impaciente en mi aldea, á ver la expresion de sus dolores y sus alegrías en los libros que lee. Sus hermanos lo comprenden; pero no la interrumpen, esperando que la lectura tome giro diferente, con cuya esperanza Miguel examina la página que sigue á la que lee Soledad.

La doncella retratada por Fernan Caballero, iba á recibir el nombre de esposa, inocente y pura como salió de las entrañas maternales, ídolo de los mancebos, y orgullo y felicidad de sus padres y sus hermanos.

Entónces la pobre Soledad dejó caer el libro, y ella misma hubiera caido al suelo tras él, á no sostenerla Miguel en sus brazos, presa de un desmayo que parecia mortal.

Grande fué la alarma que aquel suceso produjo en la casa. Fuése á llamar al médico de la aldea, y entre tanto, Miguel, tomando en sus robustos brazos á su hermana, la condujo al lecho, donde sus hermanos y él, llorando como débiles mujeres, la prodigaban todos los cuidados y consuelos que puede prodigar á una hija la más tierna y solícita madre.

Apénas se divulgó la noticia de que Soledad estaba gravemente enferma, casi todos los habitantes de la aldea acudieron á la casa grande, ansiosos de consolar y auxiliar á la triste jóven.

Ésta recobró á corto rato el sentido para deshacerse en dos torrentes de lágrimas.

Durante toda la noche, sus hermanos velaron á la cabecera de su cama.

—Si el dolor que aqueja á esa jóven—me dije—es el de haber perdido á su madre, su dolor es infundado, porque ¡cómo puede echar de ménos á su madre quien halla el amor y la solicitud maternal en cuantos seres le rodean!

Al dia siguiente, Soledad estaba ya mejor, y la alarma de sus hermanos y sus vecinos habia cesado casi por completo.

Comprendiendo que en aquella casa existia algun misterio, y por lo tanto era embarazosa en ella la presencia de un forastero á quien era necesario ocultarlo, me dispuse á partir y partí, á pesar de cuanto se opusieron á ello Miguel y sus hermanos, inclusa la misma Soledad.

Miguel se empeñó en acompañarme hasta el pié de la montaña, en cuya cima se alza la aldea.

Durante el camino hablábamos de Soledad, y más de una vez noté que los ojos de Miguel se humedecian al expresar yo el interes que aquella triste jóven me inspiraba.

—Cuando tanto cariño y tanto interes—dije—inspira su hermana de usted á cuantos la conocen, debe ser muy buena.

—¡O muy desgraciada!—me contestó Miguel tristemente.

—Tiene usted razon, que la desgracia es título tan sagrado como la bondad, al amor y la compasion de las almas nobles.

Miguel, al oir estas palabras que expresaban una conviccion profunda de mi alma y de toda mi vida, comprendió que en mi corazon se agitaban sentimientos semejantes á los que se agitaban en el suyo, por más que Dios no le hubiese concedido el arte de revelarlos perfectamente con la palabra.

Sus ojos se humedecieron, y su mano buscó la mia para estrecharla.

—No quiero—me dijo—separarme de usted, quizá para siempre, con el remordimiento de haber ocultado algo á quien siente lo que siento yo. Oiga usted la historia de los dolores que debe usted haber adivinado en mi familia.

—Sí, sí, Miguel, he adivinado que los hay muy profundos, por más que no haya adivinado su causa. Cualquiera que su causa sea, yo los respetaré y los lloraré con ustedes donde quiera que me halle.

Y caminando por aquellas risueñas colinas y cañadas, donde sólo la evidencia puede dar la certidumbre de que allí fructifica el dolor, Miguel me contó la historia de los de su familia.

Déjeseme prescindir de la frase antiliteraria del rudo, pero noble aldeano, y traducir sus conceptos en la mia; que si Miguel hablaba sólo para que un hombre le comprendiera, yo escribo para que me comprendan los hombres, y las mujeres, y áun los niños.

III

Hará cosa de doce años tocaban á muerto las campanas de la aldea, y un crespon negro cubria tambien desde la noche anterior el escudo de armas de la casa grande.

En tanto que la mayor parte de los moradores de la aldea acompañaban á un féretro que se acercaba ya al campo-santo, los restantes procuraban en la casa grande consolar á la pobre Catalina, que acababa de quedar viuda con cinco hijos, el mayor de trece años, y el menor de algunos meses.

—¡Santa Vírgen de Begoña,—exclamaba Catalina, hecha

como sus hijos un mar de lágrimas,—ten compasion de mis hijos, que ya no tienen en el mundo más amparo que el de una débil mujer!

—¡Catalina, por Dios,—decia una de sus vecinas,—no te aflijas de ese modo, que tu casa no queda desamparada! Hijos pequeños tienes, es verdad; pero Miguel será pronto mozo, y si hasta aquí ha sido descuidado y travieso, de hoy en adelante será trabajador y juicioso, y servirá de padre á sus hermanos.

—No les servirá, no, que ésa es la pena con que mi pobre Ignacio entregó anoche el alma al Señor.

Y Catalina, y sus hijos, y cuantos estaban presentes redoblaron sus lágrimas y lamentos.

De repente, Miguel, que lloraba acurrucado en un extremo de la sala, se levantó con la actitud del que ha tomado una resolucion definitiva, firme, incontrastable, se enjugó las lágrimas con el reverso de la mano, y adelantándose hácia su madre, exclamó en tono enérgico y solemne:

—¡Señora madre, acabaron ya mis juegos, y mis descuidos, y mis travesuras, que hoy es hombre el que ayer era niño! Mis hermanos han perdido un padre, pero les queda otro tan honrado, trabajador y cariñoso como el que han perdido. Jóven soy aún, pero Dios me dará fuerzas de cuerpo y alma para proteger y consolar á mi madre y mis hermanos.

Así diciendo, Miguel se acercó á la ventana desde la cual se descubria en una colina cercana el campo-santo, cuyo dintel atravesaba en aquel instante el cadáver de su padre, y añadió extendiendo las manos hácia el campo-santo:

—¡Padre mio, descansa en paz en el seno de Dios, que yo te prometo, por la salvacion de mi alma, querer y amparar á



mi madre y mis hermanos, como tú los querias y amparabas!

Catalina estrechó en sus brazos á su hijo, mezclando el llanto del dolor con el de la ternura.

—¡Yo te bendigo, hijo de mis entrañas!—exclamó.—¡Que te bendigan tambien Dios y tu padre, que han de contemplar desde el cielo tus esfuerzos para amparar á tu familia, y conservar sin mancha la honra de tu casa!

En la habitacion donde esto pasaba, habia una imágen de la Vírgen de Begoña, en cuyo adorno empleaba Catalina las flores más hermosas de aquellos campos, y á la que alumbraba constantemente con la cera más pura de su colmenar.

Catalina se arrodilló ante aquella reverenciada imágen, exclamando con la inmensa fe que atesoraba su corazon:

—¡Santísima Vírgen de Begoña, dame diez años de vida para que al cerrar por última vez los ojos, vea ya criados á todos mis hijos! Si esta gracia me concedes, al cumplirse ese dichoso plazo, mis hijos y yo irémos á tu milagroso santuario á llevarte la ofrenda de nuestra gratitud.

Aquellos de sus hijos que comprendian el valor de esta promesa, imitaron á su madre arrodillándose ante la imágen, y ratificaron el voto de Catalina.

Cuando enterraron á Ignacio era un sábado. Al dia siguiente, apénas se oyé el primer toque de misa, fueron acercándose al templo los habitantes de la aldea.

Las mujeres, en todas partes más piadosas que los hombres, entraban á la iglesia conforme llegaban para asistir al Santo Rosario, que el señor cura rezaba ántes de la misa, al paso que los hombres se reunian bajo los fresnos que sombreaban el campo de la iglesia para esperar allí el toque de

entrada, chupando su pipa, y discutiendo los asuntos de la aldea con la gravedad que vamos á ver:

—Allí viene el señor alcalde. Milagro será que no encaje hoy alguna multa, porque viene de las llosas (1), y algun seto habrá encontrado abierto.

En efecto, el alcalde atravesaba una llosa frontera encaminándose hácia la iglesia, á cuyo campo saltó por un seto atravesado por una tabla, cuyos extremos se apoyaban en dos estacas hincadas en el suelo, con objeto de formar un escalon interior y otro exterior.

El alcalde era un anciano que ni en su traje, ni en sus callosas manos se distinguia de la generalidad de los habitantes de la aldea. Su fisonomía, ordinariamente risueña, estaba entónces muy grave.

—¡Malo!—murmuró un tal Chomin (2) al observar esto mismo.—El señor alcalde se ha dejado en la llosa la sonrisa que llevó.

—Buenos dias, señor alcalde,—dijeron todos los presentes echando mano á las boinas.

—Buenos os los dé Dios,—contestó el alcalde sin perder su acostumbrada seriedad.

Y añadió dirigiéndose á Chomin:

—Inmediatamente vas á entregar al ministro dos pesetas de multa por el seto que tienes abierto en la pieza del regato.

—¡Perdóneme usted, señor alcalde!—exclamó Chomin aterrado.

(1) Varias piezas comprendidas en un cercado.

(2) Domingo.



—No hay perdon que valga,—replicó el alcalde interrumpiendo severamente al atribulado Chomin, y dando con el baston en el suelo.—Así aprenderás á tener cuidado de tus setos; que no han de pagar tus vecinos descuidos tuyos. El que tenga piezas solas, es muy dueño de dejarlas abiertas, que en el pecado lleva la penitencia si el ganado entra y le cóme la borona; pero el que las tenga en las orillas de la llosa, ha de tener bien cerrado el seto que le corresponda, ó ha de pagar la multa. Desde que empuñé el baston no he sacado una; pero ya se acabó mi tolerancia, en vista de que en vosotros no hay enmienda.

—¡Señor alcalde, si en esa llosa casi nadie más que yo tiene piezas!...

—Las tienen éstos,—repuso el alcalde señalando á dos vecinos llamados por mote el uno Cascarrabias y el otro Araña.—¿Te parece que se pondrán contentos si por tolerar yo que tengas abierto el seto, entran las vacas ó los cerdos y les desbaratan la borona? Nada, nada; dos pesetas de multa, á ver si la leccion te sirve de algo.

—Pero, señor,—dijo Chomin,—¿cómo he de dar las dos pesetas si no tengo un cuarto?

—Pero tendrás una caldera que te recogerá el ministro en prenda pretoria.

Chomin estaba á punto de llorar.

—Vamos, señor alcalde,—dijo Cascarrabias,—perdone usted al pobre Chomin por esta vez.

—Sí, perdónele usted,—añadió Araña.

—La indulgencia ha de venir á tiempo; que castigando una falta, se evitan cien.

—Pero ya ve usted que éste y yo somos los únicos á quienes perjudica el descuido de Chomin, y los dos pedimos á usted que le perdone.

—Ea,—dijo el alcalde,—ya está perdonado por esta sola vez. Os estaria bien empleado que os comiesen las moscas, ya que os haceis de miel.

El alcalde se dirigió hácia otro grupo en que estaban los restantes individuos de justicia, despues de recibir repetidas gracias de Chomin y los demas vecinos.

En aquel instante Catalina y su hijo Miguel, mostrando el dolor en su rostro y en su traje, pasaron dirigiéndose á la iglesia.

Unos chicos estaban jugando á las nueces. Como sabian que Miguel habia sido siempre tan impertérrito jugador que no dejaba el juego hasta quedar pelocho (1) ó dejar en este estado á todos sus rivales, y como creyesen que el mejor remedio contra la tristeza es la diversion, le dijeron:

—Miguel, anda á jugar á las quiérolas (2).

—Jugad vosotros, que sois chicos,—contestó Miguel gravemente, desapareciendo en seguida con su madre por la puerta de la iglesia.

Poco despues dieron el último toque, y todos los vecinos entraron á misa.

La aldea parecia desierta, porque apénas llegarian á una

(1) Sin nueces.

(2) En el juego así llamado se toma en el hueco de la mano igual número de nueces del contrario que propias; se tiran á un hoyito hecho en el suelo; si entran pares son del que tira, y si nones ó ninguna, del otro.



docena las personas que al salir el sol habian ido á misa primera á otra aldea cercana, y ésas, que eran todas mujeres, estaban en casa cuidando de la comida.

No debieron echarlo en saco roto unas vacas que poco ántes pacian en una arboleda inmediata, pues así que la gente entró á misa, dijeron para sí: «Ahora es la nuestra», y como quien no quiere la cosa, bajaron hácia la llosa del regato, y soplándose en ella por el seto de Chomin, que en efecto estaba abierto, como habia dicho el señor alcalde, se pusieron de borona hasta alcanzarla con el dedo, una en la pieza de Araña y otra en la de Cascarrabias.

Las vacas eran de Chomin, á quien se las habia dado á medias (1) un vecino acomodado, y por lo visto debieron decir al entrar en la llosa: «Anda, que cuando nuestro amo tiene abierto este seto, será para que entremos por él; y si tiene que pagar la borona que comamos, tambien echaremos con ella buen pelo, y cuando nos lleve á la feria de San Miguel de Zalla, le valdrémos cada una un par de dobloncitos más. Como dice la copla:

«En Sevilla maté un hombre,
y en Cádiz perdí un costal;
váyase lo uno por lo otro,
que á ninguno le he hecho mal.»

Habrá quien no crea que así discurriesen las vacas de Chomin; pero no habrá quien me pruebe que ésta no es la lógica de los animales.

(1) A partir ganancias.

El sol iba apretando de lo lindo, cuando héte que á las vacas de Chomin les pica la mosca y aprietan á correr hácia la aldea, no por donde habian entrado en la llosa, sino atajando por ésta y estropeando con los piés tanta borona como habian estropeado con los dientes.

¡Cuando la mosca pica, váyase usted á andar con rodeos! Las vacas de Chomin fueron justamente á salir de la llosa por el seto de frente á la iglesia, que salvaron de un salto, precisamente...—¡parece que el demonio lo hace!—en el momento en que la gente salia de misa.

Ver Araña y Cascarrabias á las vacas salir de la llosa reventando de llenas, y figurarse que habian sacado la tripa de mal año á costa de la borona de sus piezas, todo fué uno.

Tirándose de los pelos, y echando sapos y culebras por la boca, ambos corrieron á ver si su figuracion era cierta, en tanto que el pobre Chomin quedaba que se le podia ahogar con un cabello, y el señor alcalde disertaba sobre lo perjudicial que era para todos la lenidad de las autoridades.

Si desesperados habian ido á la llosa, más desesperados volvian, porque ni vendido valia Chomin lo que la borona que habian comido y echado á perder sus vacas.

—Ni con mil reales—decian—nos paga Chomin el destrozo que sus vacas nos han hecho. ¡Justicia, señor alcalde, justicia!

—¿Sabeis—contestó el alcalde—cuál es la sentencia que yo debiera dar ahora? Pues debiera dar esta:

Tú lo quisiste, frailé mosten,
tú lo quisiste, tú te lo ten.



Pero esta es opinion particular mia, y la opinion de la justicia es que Chomin pague por completo el daño que han hecho sus vacas.

—¡Pero, señor alcalde,—repuso Chomin aterrorizado,—si soy un pobre que no tengo sobre qué caerme muerto!

—Te embargarémos hasta la camisa.

—¡Si aunque me embarguen á mí, y la mujer, y los hijos, y cuanto tengo en casa, vendido no vale para pagar la mitad del daño que dicen han hecho mis vacas!

—Perdiendo aprenderán esos á no sacar la cara por quien no deben.

—¡Ay pobre de mí!—exclamó Chomin, echándose á llorar como si el cielo se le viniera encima.—¿Qué va á ser de mí con esta desgracia que me sucede? ¿Por qué se habrá llevado Dios á Ignacio, que me sacaba siempre de mis apuros?... ¡Ay! ¡si viviera Ignacio!

—¡Ignacio vive aún para los pobres!—dijo Miguel, que desde el pórtico de la iglesia se habia enterado de lo que pasaba.

Y acercándose á Chomin, añadió:

—Dígale usted al señor alcalde que nombre peritos para que tasen el daño que han hecho sus vacas de usted, y vaya usted á mi casa á buscar el dinero que le exijan, que si puede usted alguna vez devolvérnoslo, nos le devolverá, y si no puede, harta desgracia será para usted.

A pesar de la seriedad con que Miguel hablaba, todos los presentes, y el mismo Chomin, quedaron suspensos, sin saber si tomar por lo serio ó por lo burlesco las palabras del muchacho; pero su duda no duró mucho, porque Catalina, lanzán-

dose hecha un mar de lágrimas de ternura y alegría á estrechar en sus brazos á su hijo, exclamó:

—¡Hijo de mis entrañas, que así sigues el ejemplo de tu padre, bendito seas!

Y dirigiéndose á Chomin, añadió:

—No, no ha muerto Ignacio, que vive aún en su hijo. El ofrecimiento que Miguel te ha hecho, haz cuenta que te le ha hecho Ignacio, y no dudes que Miguel y Catalina desean que le admitas.

Chomin no lloraba ya de temor, que lloraba de alegría y agradecimiento.

Cascarrabias y Araña contemplaban todo aquello en silencio.

—¡Canario!—exclamó de repente Cascarrabias, humedeciéndosele los ojos.—A generoso no me ha de echar á mí la pata un chiquillo como Miguel. Yo le perdono á Chomin la borona que me han destrozado sus vacas.

—¡Pues, caramba,—dijo á su vez Araña, no ménos conmovido que Cascarrabias,—en lo tocante á generosidad tampoco me habeis de echar á mí la pata, Miguel, ni tú, ni ninguno de los nacidos! Tambien yo le perdono á Chomin el destrozo que han hecho sus vacas en mi borona.

IV

El sol comenzaba á ocultarse tras los picos que dominan á San Juan de Somorrostro.

Era la víspera de San Antonio, y se notaba extraordinaria animacion en la aldea, á la que llegaban sin cesar forasteros.

Debemos hacer mencion especial de un gallardo mozo, que, montado en un caballito negro, y sin más acompañamiento que el de su escopeta pendiente del arzon de la silla, llegó y fué á alojarse en casa del alcalde.

Las campanas repicaban alegremente, y el tamboril resonaba con no ménos alegría en el campo de la iglesia.

Tamboril y campanas anunciaban la fiesta que al dia siguiente se iba á celebrar en la aldea.

Muchas aldeanas venian de Bilbao ó Portugalete, trayendo á la cabeza cestos repletos de provisiones de boca.

Las casas de la aldea estaban como tacitas de plata, y apénas habia una donde no se hubiese sacrificado algun cordero.

La carnicería de la aldea, donde sólo los sábados se mata una vaca, habia presenciado aquel dia el sacrificio de dos bueyes cebones de los mejores que engordan para morir en las fértiles llanuras de Guernica ó Durango.

Várias casas ostentaban sobre la puerta el ramo de borto acabado de cortar, indicando el *taponamiento* para la venta de una nueva barrica de chacolí.

Y una recua de seis machos, procedente de Rioja, acababa de dejar una docena de pellejos de vino en la taberna de la aldea, que ordinariamente no recibia para su surtido arriba de un par de pellejos.

Algunas de las más afamadas *chozneras* bilbaínas, disponian sus *choznas* de ramaje en el campo de la iglesia.

Y finalmente, por más que desentonemos el placentero cuadro que vamos trazando, añadirémos que multitud de cojos, y tullidos, y mancos y ciegos iban llegando á la aldea, con la esperanza de hacer al dia siguiente su agostillo, implo-

rando la caridad pública en las inmediaciones de la romería.

En medio de la felicidad y la alegría que se respira en las romerías vascongadas, contrista el alma el espectáculo que ofrecen centenares de mendigos, casi todos extraños al país, cuyos clamores forman contraste con el alegre repique de las campanas, los acordes del tamboril y los gritos de júbilo de los romeros.

¿No hay leyes en esta tierra, tan sabiamente legislada, que proscriban ese triste espectáculo? Haylas, sí; pero la caridad está tan arraigada en el corazon de estos nobles montañeses, que todas las leyes de los hombres son impotentes para impedirles amparar al pobre que llega á su puerta pidiendo pan ú hospitalidad. Decidles: «Cumplís con las leyes del país rechazando á los mendigos», y os contestarán: «Pero cumplimos con la ley de Dios amparándolos.»

En la aldea donde esto escribo, compuesta de trescientas fogueras, sólo hay una ó dos personas, y ésas ancianas y sin familia ni parientes, que viven de la caridad pública. A pesar de eso, todos los dias veo andar de puerta en puerta mendigos procedentes de Castilla ó de las montañas de Santander ó de Astúrias. Y el alcalde, que está obligado á no permitir la mendicidad más que á los pobres de su jurisdiccion, es el primero que da un asiento en su hogar, y ofrece el pan de su mesa al mendigo forastero, porque dice, discurriendo con una lógica que los corazones honrados no pueden rechazar: «¿Cómo levanto yo la vara de la justicia sobre el pobre anciano que llega á mi puerta implorando mi compasion en nombre de Dios y de mis padres que me contemplan desde el cielo?»

Amaneció al fin el anhelado dia de San Antonio, y la ale-



gría, el bullicio, el movimiento, la vida, subieron de punto en la aldea, tan tranquila y solitaria los demas dias del año.

Al rayar el alba, ya de todos los hogares se alzaba en espirales el humo, formando una blanca nubecilla, que envolvia vaga y misteriosamente la aldea y los campos circunvecinos.

Por las llosas y las arboledas cercanas se dirigian á la aldea multitud de forasteros, y el tamboril anunciaba la alborada á la puerta del alcalde, del señor cura y del Mayorazgo, en tanto que repicaban alegremente las campanas.

Catalina y sus hijos se habian levantado ántes que los pájaros hubiesen comenzado á cantar en el ramaje del nocedal.

Soledad ayudaba á su madre en las faenas domésticas, que aquel dia eran extraordinarias.

Soledad era ya una muchacha de diez y seis años, cuya gracia y cuya hermosura eran el encanto de su madre y de los mozos de la aldea.

Cuando sonó el primer toque de misa primera, que por extraordinario se celebraba aquel dia, merced á la estancia en la aldea de un predicador que habia ido de Bilbao, Soledad, con ayuda de su madre, realzó sus naturales encantos con su traje más hermoso, y poco despues se encaminó á la iglesia, robando los corazones de los mozos que esperaban á la puerta del templo el tercer y último toque para entrar á misa.

El jóven que dijimos haber llegado el dia anterior á la aldea, cabalgando en un caballito negro y sin más compañía que su escopeta, estaba ya en el pórtico, y así que vió á Soledad se adelantó á ofrecer á ésta el agua bendita, que la niña aceptó, tomando sus trigueñas mejillas el color de la rosa, y brillando de alegría sus negros y rasgados ojos.

Algunas horas despues Catalina y sus hijos, como la mayor parte de los moradores de la aldea, oian la misa mayor, y Soledad cuidaba de la casa.

El jóven del caballito negro paseaba delante de la casa del Mayorazgo, en ocasion en que Soledad se asomó al balcon, y se acercó á saludar á la niña apénas la vió.

—¿La han dejado á usted solita?

—Solita, que están en misa mi madre y mis hermanos.

—¿Va usted esta tarde á la romería?

—No sé si querrá mi madre.

—Mucho sentiré que usted no vaya.

—Gracias por el buen deseo.

—No me las dé usted, que mi deseo es interesado.

—No comprendo por qué.

—Porque si usted no se divierte, tampoco me divertiré yo.

—¿Por qué?

—Porque no iré á la romería si usted no va.

—¡Qué engañosos son los hombres!

—No lo soy yo.

Aquí llegaban en su diálogo Soledad y el forastero, cuando empezó la gente á salir de misa, y el forastero se apresuró á decir:

—Si va usted á la romería, ¿tendré la dicha de bailar con usted?

—La dicha será mia,—contestó Soledad candorosamente, retirándose del balcon.

En casa del Mayorazgo comian muchos forasteros. La comida iba terminando, y la alegría iluminaba todos los semblantes, si bien el de Catalina y el de sus hijos se anublaba

con frecuencia al recordar que en otro tiempo, en tal dia, ocupaba el que dormia el sueño eterno en el campo-santo, que desde el comedor se descubria, el asiento que entónces ocupaba Miguel.

Como entre los que rodeaban la mesa no faltaba quien hubiese visto al forastero ofrecer el agua bendita á Soledad, ésta era objeto de inocentes chanzonetas, que no por inocentes dejaban de hacerla bajar los ojos confusa y avergonzada.

—¿Quién es ese forastero?—preguntó un bilbaíno, hermano del difunto Ignacio, que se hallaba entre los convidados.

—Yo no sé—contestó Miguel.—Está en casa del señor alcalde, y le llaman don Juanito.

—Lo pregunto,—añadió el bilbaíno,—porque me parece haberle visto algunas veces en Bilbao con una señora.

—¿Jóven?—preguntó Soledad.

—Jóven y guapa,—contestó su tio.

Y la conversacion giró sobre otro asunto, despues de haberse hecho algunos comentarios algo maliciosos, pero benévolos é inofensivos, sobre la pregunta de Soledad.

Ésta se fué poniendo cada vez más cavilosa y triste.

Iba entrando la tarde, y ya en el campo de la Iglesia resonaba sin cesar el tamboril, se bailaba á más y mejor, y la concurrencia y la animacion eran extraordinarias.

Tambien Soledad bailaba con don Juanito, el forastero del caballito negro.

Soledad y don Juan conversaban entre corro y corro. Ignoramos lo que el primero diria á la segunda; pero lo cierto es que Soledad se ponia sonrosada y bajaba los ojos, en los cuales brillaba, no obstante, la alegría.

Iba ya anocheciendo, y la animacion llegaba á su colmo.

Sonó el toque de oracion, el tamboril calló y se suspendió el baile; los hombres se descubrieron la cabeza, y mujeres y hombres quedaron inmóviles, rezando en silencio las Ave-Marías.

La romería habia terminado, y los romeros empezaron á desfilar por todas partes, entonando alegres cantares, y lanzando atronadores *sansós*.

—Mi madre andará ya buscándome,—dijo Soledad á don Juan, disponiéndose á despedirse de él.

—¿Con que será usted constante?—le preguntó el forastero.

—No lo será usted tanto.

—Yo lo seré hasta la muerte.

—Sí, en volviendo las espaldas, si te he visto no me acuerdo, como dice la *canta*.

—Soledad, me ofende usted dudando de mi palabra.

—Como mi tio vuelva á verle á usted con la señorita jóven y guapa, me lo cuenta todo.

—Si he dicho ya que su tio de usted está equivocado.

—¿De véras?

—¡Se lo juro á usted!...

—Que no sea usted engañoso.

—Faltarian el cielo y la tierra ántes que faltára mi palabra.

—Pues bueno. Que vuelva usted por acá pronto.

—¡Como que dejo aquí el alma!

—¡Ande usted, burlon!

—Vámos, Soledad, que ya es hora,—dijo Catalina, que en efecto andaba buscando á su hija, y acababa de verla.

Don Juan estrechó la mano de Soledad. Ésta le dió un clavel que tenia en la boca, y ya le habia pedido ántes inútilmente, y echó á correr á reunirse con su madre, en tanto que don Juan se dirigia á reunirse con el alcalde, que acompañado de los demas concejales y al són del tamboril, que tocaba la marcha de San Ignacio, abandonaba el campo de la iglesia.

V

Era un año despues de lo que acabo de contar.

El dia estaba muy caluroso, como que corrian los últimos de Junio.

Catalina y sus hijos iban á comer en un hermoso y fresco comedor, que tenia al Norte un balcon entoldado por una pomposa parra.

Soledad cosia sentada en el balcon.

—Vamos, hija,—dijo Catalina,—déjate de costuras y ven á comer.

—Madre, coman ustedes, que yo no tengo gana,—contestó tristemente Soledad sin moverse de su sitio.

—Pero, hija, ¿tú quieres vivir del aire, como los camaleones?

—¿Qué he de hacer, madre, si no tengo gana?

—Madre,—dijo Miguel,—por más que jure y perjure el médico que mi hermana no está mala, yo creo que lo está, y hay que llevarla á que la vea otro médico.

—La llevarémos á Alonsótegui.

En Alonsótegui hay un médico llamado Arregui, de quien se cuentan maravillas en la parte occidental de Vizcaya.

Soledad oyó á su madre y á su hermano con indiferencia.

—Vamos, hija, ¿qué te parece el proyecto de tu hermano?

—Que yo no quiero ir á Alonsótegui, porque da miedo y tristeza el andar por aquellas soledades de la ribera del Cadagua.

—¡Pero si para tí lo mismo es lo triste que lo alegre! Bien alegre estuvo la romería de San Antonio, y no hubo medio de hacerte bailar ni reir.

A Soledad se le saltaron las lágrimas, que enjugó con la costura, aparentando inclinarse para cortar el hilo con sus blancos y hermosos dientes.

—Pues mire usted, madre, si no le gusta Alonsótegui, lo mejor será llevarla á Bilbao.

Soledad se estremeció al pronunciar su hermano el nombre de la invicta villa, y sus ojos brillaron de alegría.

—¿Qué dices, hija? ¿Quieres ir á Bilbao?

—Sí, madre, porque allí, si no me pongo buena, veré siquiera á mis tios y mis primos, que tanto me quieren.

—Pues oye. Cuando murió vuestro padre, que esté en gloria, prometí á la Vírgen de Begoña ir vosotros y yo á oir una misa en su altar, si por su intercesion me daba el Señor diez años de vida para criaros y educaros. Van á cumplirse los diez años, y yo quiero cumplir mi promesa. Dentro de quince dias es la Vírgen de Begoña, y ese dia irémos todos á Bilbao, y al paso verémos un buen médico, y te quedarás una temporada en casa de tus tios, para que te distraigas y te mejores. ¿Con que te agrada mi proyecto?

—Sí, madre, sí,—contestó Soledad, recobrando de pronto su alegría.

Soledad era digna de compasion. Su rostro, en otro tiempo tan sonrosado, tan alegre, tan hermoso, mostraba la huella de hondos padecimientos, cuyo orígen en vano habia tratado de adivinar el humilde facultativo de la aldea.

—Pero, por Dios, ¿no me dirá usted qué tiene mi pobre hija, que se va quedando en los huesos, y está siempre muerta de tristeza?—preguntaba Catalina al médico.

—Señora,—contestaba éste,—su hija de usted padece una afeccion nerviosa.

—¡Ay, qué pícaros males de nervios!

—Sí señora, muy pícaros son.

—Pero ¿no hay remedio para ellos?

—Haga usted cuenta que no: tazas de tila, ejercicio moderado y distracciones, es todo lo que le conviene á Soledad... Me equivoco, que otra cosa le convendria más aún.

—¿Qué?

—Casarse.

—Sí, háblele usted de eso á la hija de mi alma, cuando en la aldea no hay un muchacho á quien no haya dado calabazas.

Llegó el 15 de Agosto, y ántes de rayar el alba, Catalina y sus hijos salian de la aldea, tomando el camino de Bilbao.

Catalina y Soledad iban en artolas, en una fuerte y hermosa mula, llevando delante á su hermanita; Miguel y el otro hermano, ambos gallardos y robustos mozos, caminaban á pié, cuidando de las caballerías.

El sol comenzaba á despuntar por encima de los altos montes, desde cuya falda la Santa Vírgen de Begoña vela por la noble y cristiana villa que yace á sus piés, prestándole reverente culto.

Un prolongado y sordo rumor se oia ya en todo el delicioso y poblado valle que fecundiza el Ibaizábal, y allá arriba, hácia aquel otero donde se alza un monton de ruinas regadas con la sangre de una de las más ilustres víctimas de nuestras discordias civiles, del hidalgo y valeroso Zumalacárregui, resonaba un alegre repique de campanas, las campanas de la Vírgen de Begoña.

Nuestros viajeros caminaban por el Ibaizábal arriba, cuando al llegar á una revuelta, desde la cual se descubren por primera vez la villa y el afamado santuario, se detuvieron.

Aquella revuelta lleva el nombre de la Salve, porque al llegar allí los piadosos aldeanos que se encaminan á la villa, descubren el santuario y se detienen á saludar á la Madre de Dios, con la más bella y más tierna de las oraciones cristianas.

En las apacibles mañanas de primavera y verano, los moradores de Madrid duermen, porque se acostaron á media noche ó más tarde; pero los moradores de Bilbao despiertan al salir el sol ó ántes, porque se entregaron al descanso á las nueve ó las diez de la noche. Así que, en tan hermosas estaciones, es muy comun ver, al salir el sol ó poco despues, á los bilbaínos más distinguidos respirando el aroma de la flores, y las saludables y gratas auras matutinas en los paseos públicos, y particularmente en la frondosa arboleda y jardines del Arenal.

Cuando Catalina y sus hijos llegaron al Arenal, multitud de personas paseaban en aquellas deliciosas umbrías.

Todos se habian apeado en el inmediato Campo de Volantin, y en tanto que Miguel conducia las caballerías á una posada, los demas paseaban en los jardines.

De manos á boca se encontraron con un jóven, cuya pre-

sencia hizo exhalar á Soledad un grito, no sabemos si de sorpresa ó de alegría: era don Juan.

Don Juan se acercó á saludar á los aldeanos.

Soledad, cuyas mejillas se habian teñido de carmin al verle, y cuyos ojos se inclinaban tímidamente al suelo, apénas acertó á contestar á su saludo.

—¿Cómo no ha ido usted este año como el pasado á la romería de San Antonio?—le preguntó Catalina.

—Estuve enfermo por aquellos dias,—contestó don Juan.—¿Y ustedes vienen á la de Nuestra Señora de Begoña?

—Sí señor: venimos á cumplir una promesa y á dejar á Soledad en casa de sus tios, á ver si se distrae y mejora.

—En efecto, Soledad está un poco desmejorada.

—Ya vió usted qué hermosa estaba el año pasado por San Antonio. Pues pocos dias despues empezó á ponerse triste, triste, y tristeza ha sido, que la pobre no ha levantado cabeza desde entónces.

—Muchísimo lo siento.

—¡Gracias!—contestaron Catalina y Soledad, esta última con cierta ironía, que á don Juan no se le escapó.

Miguel venía ya al encuentro de su madre y sus hermanos, despues de dejar las caballerías en la posada, y Catalina se despidió de don Juan.

Éste dió algunos pasos al lado de Soledad, á quien dijo por lo bajo:

—Necesito probar á usted que no la he olvidado, á pesar de que no he vuelto á la aldea. Todos los dias subo á Begoña á oir la misa de las seis, y allí nos verémos si usted quiere oirme ántes de condenarme.

—Subiré si puedo,—contestó Soledad.

Y se alejó de don Juan, siguiendo á su madre y sus hermanos.

Dos horas despues, Catalina y sus hijos estaban arrodillados ante el altar de la Vírgen de Begoña.

Abundantes lágrimas corrian por las mejillas de Soledad. ¡Quién sabe, Dios mio, los pensamientos y las esperanzas que se agitan en el fondo del corazon de la niña, que con el alma herida por el amor y el desengaño se ampara bajo el manto misericordioso de la Madre de Dios!

Despues de oir misa, de orar, de desahogar su corazon en el templo, Catalina y sus hijos recorrieron las pintorescas cercanías del santuario.

La multitud, alegre, bulliciosa, feliz, discurria por todas partes; pero en vano los ojos de Soledad buscaron allí aquel objeto por quien eran sin duda las lágrimas que tantas veces los habian escaldado.

Llegó la tarde, y Catalina y sus hijos tornaron á la santa colina de Begoña, donde la muchedumbre era aún mayor, y mayor la animacion; pero tampoco los ojos de Soledad lograron tropezar con el objeto que ansiosamente buscaban.

Al dia siguiente, ántes de salir el sol, volvia Catalina á la aldea, dejando en Bilbao á Soledad.

VI

El santuario de Begoña se alza en una colina que domina á la villa. A un extremo de ésta, desde una plazuela hermoseada por el magnífico palacio donde se halla establecido el

instituto de Vizcaya, arranca una prolongada escalinata que termina en la cumbre de la colina de Mallona, coronada por un cementerio, donde yace la flor de la juventud vascongada, sacrificada en aquel horrible asedio de 1836, que cubrió de gloria y de luto á la villa y á la patria.

Muchas veces de niño, yendo con mi madre á rezar á la Vírgen de Begoña, penetré en aquel cementerio, y recorrí con la indiferencia de la niñez sus calles de rosales, que no me atrevo á llamar hermosas, porque ¿cómo ha de llamarse hermosas á las enramadas donde esconde la muerte los despojos de sus víctimas?

Más de veinte años despues, buscando por todas partes los recuerdos de mi infancia para refrescar con ellos mi corazon, agostado por las penas léjos del valle natal, quise penetrar en aquel fúnebre recinto. Me acompañaba un amigo, que más feliz que yo, no ha abandonado nunca el valle donde vino al mundo, las riberas del Ibaizábal, que ama como yo los valles encartados, y al verme dirigir el paso al cementerio, se detuvo diciéndome:

—Tú, que en ese cementerio no tienes más que recuerdos de la infancia, entra en buen hora ahí á buscar consoladoras emociones; pero déjame á mí saludar desde léjos esa triste morada de los que más he amado en este mundo; que desde léjos pueda enviar un recuerdo á los que yacen ahí, como envío á Dios mis oraciones por ellos.

Y con lágrimas en los ojos y el generoso corazon palpitante, pronunció el nombre de cien hidalgos mancebos, sus compañeros en los juegos de la infancia y en las esperanzas de la adolescencia, gloria un dia de la opulenta y nobilísima villa,

todos ellos muertos en aquella sangrienta y heroica y titánica lucha del euskara contra el euskara, del hermano contra el hermano.

—Cuando todo calla en la márgen del Ibaizábal,—añadió,—cuando sólo interrumpen el silencio de la noche el gemido del cárabo en la fúnebre colina de Mallona y el silbido del viento en los árboles de la ribera, una fuerza misteriosa me lleva á las márgenes del rio, donde vago pensando en los que allí jugaban conmigo en la niñez, y hoy esperan en ese recinto la resurreccion universal; y cuando dirijo la vista hácia la oscura y solitaria colina de Mallona, me parece que blancos y alados espíritus se ciernen en el espacio, y con voz misteriosa y lúgubre me gritan: «*¡Polvo eres, y en polvo te has de tornar!*»

El terror que parecia dominar al que esto me decia, habia ido comunicándoseme, y en vez de continuar hácia el cementerio, me apresuré á alejarme hácia el santuario de Begoña.

¡Por qué, Señor, no permitiste que aquellos blancos espíritus que se ciernen sobre la colina de Mallona, se alzaran á recordar á la pobre Soledad el tremendo dia del juicio, cuando la crédula aldeana, todos los dias al salir el sol, pasaba junto á aquella colina con direccion á las frescas enramadas de Begoña, de donde debia tornar con la túnica de la inocencia desgarrada!

Sí; todos los dias, cuando el sol despuntaba por los altos de Gangúren, Soledad atravesaba la plaza de la Cruz y trepaba hácia el santuario de Begoña.

En la arboleda que precede al santuario encontraba á aquel mancebo que por primera vez hizo latir de amor su corazon, y despertó en su alma sueños de felicidad que nunca la habian conturbado.

Pasaron dias y dias repitiéndose estas citas, en que la pobre aldeana escuchaba protestas de amor, tan dulces y tan ardientes, que el sacrificio de su vida le parecia ya poco para corresponder al amor que creia haber inspirado.

Una mañana conversaba con su amado en la campa de Begoña.

Juan parecia hallarse inquieto, y como le preguntase la causa, contestó que habia hecho un verdadero sacrificio al acudir á la cita, pues á las seis necesitaba hallarse en la villa para un asunto tan importante, que en él estaba interesado su honor.

Instábale Soledad para que tornara inmediatamente á la villa, cuando Juan, que dirigia la vista hácia la colina de Mallona, se estremeció de repente.

El reloj de San Antonio Abad daba entónces la hora, y Soledad atribuyó á esta circunstancia aquel estremecimiento.

—Dan las seis, y necesito separarme de tí,—se apresuró á decir Juan.—Es preciso que mañana nos veamos, pero no aquí.

—¿Dónde?

—En el alto de Miraflores, á las seis.

—No faltaré.

—¡Adios!

—¡Adios!

Juan estrechó la mano de Soledad y tomó el camino de la villa, falto de tiempo para explicar á la aldeana por qué designaba otro sitio para la mañana siguiente.

Soledad se encaminó al santuario á oir allí misa, en tanto que Juan, en la estrada que conduce desde Mallona á la campa de Begoña, salia al encuentro á una señora jóven y hermo-

sa, á quien habia visto asomar en el momento en que el reloj de San Antonio Abad daba la hora.

Aquella señora lloraba cuando Juan le salió al paso.

—¿Adónde vas, hija?—le preguntó Juan.

—¿De dónde vienes tú?

—De oir misa en Begoña.

—¿Y hace quince dias sales al amanecer para oir misa?

—Sí.

—¿Desde cuando acá tan cristiano?

—Lo he sido siempre.

—¡Ah, hipócrita!

Y la señora se echó nuevamente á llorar sin consuelo.

—Pero, mujer, ¿á qué viene ese llanto?

—¡Malvado! ¡desleal! ¿Así cumples tus promesas de quererme eternamente, de no querer jamas á otra?

—Pero ¿quién te ha dicho que yo quiero á otra?

—Harto me lo dicen mi corazon, tu indiferencia y la vida misteriosa que desde hace algunos dias traes.

—Te juro que ningun misterio hay en mis madrugadas. Mañana voy á emprender un largo viaje, y he querido venir á implorar la proteccion de la Vírgen de Begoña.

El alto de Miraflores está al Oriente de la villa, á corta distancia de ésta en la carretera de Vitoria, y en él hay una hermosa arboleda, interpolada de bancos.

A las seis de la mañana del dia siguiente, Soledad estaba sentada en uno de aquellos bancos. Miraba con impaciencia hácia la villa; pero aquel á quien esperaba no aparecia.

Una diligencia se acercaba, y ¡cuál no sería la sorpresa de la aldeana cuando vió aparecer la cabeza de Juan en la venta-

nilla del interior del carruaje, que paró junto al banco donde estaba Soledad.

Juan echó pié á tierra, y tomando del brazo á la jóven, la arrastró hácia el carruje, cuyo mayoral gritaba:

—¡Vamos, vamos, que el ganado va sudando y no conviene que se pare!

Soledad quiso resistirse, quiso pedir explicaciones de aquella especie de violencia; pero ni tuvo tiempo ni aliento para ello. Antes que la sorpresa y el temor la permitieran hablar, se encontró sentada en el interior de la diligencia al lado de Juan.

El carruaje continuó á escape camino de Durango.

Soledad y su raptor iban solos en el interior de la diligencia.

Tan pronto como le fué dado hablar, Soledad pidió cuenta á su amante de la extraña conducta que con ella observaba. Poco entendia la inocente campesina de lo que entre gentes más cultas se llama *conveniencias sociales;* pero áun así, harto adivinaba que el proceder de Juan no era el de los hombres honrados.

Juan, empezando por confesar que su conducta se prestaba á desfavorables interpretaciones, dijo que, viéndose obligado á partir repentinamente para Bayona, adonde le llamaban intereses que constituian toda su fortuna, no habia tenido valor para separarse de Soledad, sin cuyo amor y cuya presencia el mundo era para él un horrible desierto.

—Al llegar á Bayona,—añadió,—tan pronto como yo haya asegurado los intereses que allí tengo, y que correrian gran riesgo si mi presencia se retardase un solo dia, santificará la

religion nuestro amor, y en breve volverémos honrados y dichosos á tu aldea á recibir la bendicion de tu madre.

Con tal arte, con tales apariencias de sinceridad y conviccion dió Juan estas explicaciones, que la pobre muchacha, cuyo corazon, como todos los corazones enamorados, sólo anhelaba un pretexto para creer y perdonar, creyó y perdonó á su raptor.

Soledad y Juan se hospedaron en una de las principales fondas de Bayona.

Dos dias despues de su llegada, Soledad lloraba sin consuelo, porque iba creyéndose indigna del perdon y la bendicion de su madre.

Otros dos dias despues esperó á Juan horas y horas, y hasta un dia entero. ¡Pero Juan no volvió!

VII

Una tarde estaba Catalina ocupada en las faenas de su casa, cuando apareció por allí la mujer de Chomin.

—Buenas tardes, Catalina.

—Buenas te las dé Dios, Juana.

—Usted tan atareada como siempre.

—¡Qué quieres, hija! Como decia mi difunto, que esté en gloria: «Al que suda Dios le ayuda.»

—¡Y qué razon tenia el pobre Ignacio! Mire usted cómo nosotros, á fuerza de trabajo, hemos ido saliendo adelante. Bendito sea Dios, que hace diez años apénas teníamos sobre qué caernos muertos, y hoy cogemos cebera para todo el año,

tenemos pareja nuestra (1), y ya anda Chomin por *echarse* un rebañito de ovejas y otro de cabras. Es verdad que á ustedes se lo debemos todo, porque ustedes nos dieron la mano, y...

—¡Calla, calla, mujer, y no vuelvas en la vida á hablar de eso!

—Es que, como dice el refran: «Al que te da la mano dale el corazon...»

—Déjate de refranes, y hablemos de otra cosa. ¿Ha venido ya Chomin?

—¡Qué! ¿No vino por aquí esta mañana á ver si se les ofrecia á ustedes algo? Está á Bilbao.

—Pues por eso lo digo, que vino á ver si queríamos algo para Soledad.

—Sí, porque de todos modos habia de ir á verla... No puede usted figurarse la ley que le tiene á esa chica. Es verdad que, ¿quién no se la tiene en la aldea? ¡Bien puede usted decir que; mejorando lo presente, tiene usted una hija que vale más oro que pesa!

—¡Hija de mi alma! Dios quiera que se me acabe de poner buena, para que vuelva pronto á casa, porque sin ella me encuentro como sin sombra, y lo mismo les sucede á sus hermanos, particularmente á Miguel.

—Ya que habla usted de Miguel. ¿Sabe usted que parece mentira que haya salido tan hombre de bien y tan trabajador?

—¿Que si ha salido? Hija, en cuanto á eso todo lo que se diga es poco. Si su padre, que esté en gloria, alzara la cabeza,

(1) Yunta de bueyes propia, y no á ganancias ó á renta, como la tienen muchos labradores de este país.

volveria á morirse de alegría al ver cómo todos sus hijos honran el apellido que llevan, y lo dichosa que todos ellos hacen á su madre con su cariño, su honradez y su laboriosidad. ¡Benditos sean el Señor y la Santísima Vírgen de Begoña, que tanta dicha me dan sin merecerla!

Y las lágrimas de alegría arrasaban los ojos de Catalina.

—Pero ¡calla!—exclamó Juana prestando oido á un ruido de pasos que se oia en la escalera.—Ahí tiene usted ya á Chomin, que le conozco en los pasos que echa con aquellas zancas largas que Dios le ha dado.

En efecto, Chomin era el que llegaba.

Algo malo debia haberle sucedido, porque traia el rostro alterado, lo cual conocieron al punto su mujer y Catalina.

—Chomin, ¿cómo te ha ido?—se apresuró á preguntarle esta última.

—De todo ha habido, como en botica,—contestó Chomin sonriendo tristemente.

—¿Qué ha sido?—exclamó Juana con ansiedad.—¿Te has caido de la caballería?

—¡Ojalá que eso me hubiera sucedido ántes de llegar á Bilbao, porque así me hubiera vuelto atras y no sería correo de malas nuevas!

—¡Vírgen Santísima!—exclamó Catalina terriblemente alarmada.—¿Qué le ha sucedido á mi hija? ¿Está peor? ¿Se ha muerto?

—No se ha muerto; pero haga usted cuenta que...

—¡Chomin, acaba por Dios, que me matas con tus vacilaciones!

—Pero, señora,—contestó Chomin casi llorando,—¿no ve

usted que es dar un pistoletazo á una madre el decirle de manos á boca...

—¡Qué! ¿Que ha muerto la hija de mi corazon? Dímelo; que si mi hija era el encanto de mi vida, yo me resignaré con la voluntad de Dios, imitando á la mujer fuerte de que nos hablan los sacerdotes. ¿Ha muerto mi Soledad?

Chomin hizo un gran esfuerzo para acabar de soltar la triste nueva.

—No ha muerto, no señora; pero todo el que sabe lo que son en lo tocante á la honra los de la casa grande, convendrán en que más le valiera á la pobre Soledad haberse muerto, que haberse dejado engañar por un bribon.

—¡Engañada! ¡Deshonrada mi hija! ¡No puede ser! ¡No lo creo! ¡Chomin, tú calumnias á una familia en cuya honra jamas, jamas ha caido una mancha!

—¡Pero, señora, si yo no hago más que decir lo que me ha dicho su cuñado de usted!...

—¿Qué te ha dicho mi cuñado? ¡Explícate, que me estás matando con tus medias palabras!

—Su cuñado de usted, que con la pesadumbre está malo en cama, me ha dicho que la chica fué una mañana á misa á Begoña, y en todo el dia no pareció. Pregunta por aquí, pregunta por allí, al fin y al cabo supo que la habian visto pasar por Zornoza en la diligencia de Vitoria. ¿Con quién dirá usted? Con don Juanito, con aquel títere que vino el año pasado á la romería... ¡Ah, tunante! ¡Qué escopetazo tan bien empleado!

Catalina hizo un esfuerzo supremo para serenarse y para dominar su dolor. Lo consiguió; pero no le concedamos por ello la apoteósis del heroísmo, porque realmente no creia lo

que Chomin le contaba. Era en su casa la honra una divinidad tan alta, tan augusta, tan reverenciada, que Catalina no concebia que nadie de su familia pudiese profanarla.

Quizá no falte quien diga al leer esto:

«¡Pobre madre, pobre aldeana, que ignoraba cuán superior es en ciertos seres la influencia de la organizacion á la influencia de la educacion! El vulgo suele decir en són de burla y censura, que tal ó cual persona *es muy enamorada*, y el vulgo no sabe que esa burla y esa censura son tan injustas como las que se dirigiesen á un ciego por la sola desgracia de haberle negado Dios los ojos al formarle.»

No estoy en un todo conforme con este razonamiento.

Los hijos de Catalina estaban desde ántes de amanecer echando castañas (1) en un castañar lejano de la aldea.

Catalina se decidió á tomar inmediatamente el camino de Bilbao, acompañada de Chomin, y encargando á Juana que guardara completa reserva acerca de la desgracia que la obligaba á partir, y que explicase á Miguel y sus hermanos la precipitacion de su viaje diciéndoles que su tio estaba gravemente enfermo, y la habia enviado á llamar.

A hora bastante avanzada de la noche llegaron Catalina y Chomin á Bilbao.

Fácil es comprender la cruel ansiedad con que la primera llegó á casa de su cuñado, y cuán inmenso fué su dolor cuando ya no le quedó duda alguna de la deshonra y la perdicion de su hija.

Transida Catalina de dolor, emprendió á la mañana siguien-

(1) Recolectando castañas.

te la vuelta á la aldea, porque temia que se divulgase la deshonra de Soledad, y Miguel corriese en busca de los culpables y derramase la sangre de la seducida y el seductor. Catalina queria dar por sí misma á sus hijos la fatal noticia para refrenar la indignacion y la venganza de Miguel, por medio de la influencia que su amor y su autoridad de madre ejercian siempre en aquel noble y generoso mancebo.

Todavía conservaba la triste madre una esperanza: la de que el seductor de su hija no sería tan malvado que se negase á devolver á Soledad, en cuanto era posible, la honra que la habia arrebatado; pero ¡ay! ¡ni áun esta débil y triste esperanza conservó por mucho tiempo la pobre Catalina!

Atravesaban ésta y Chomin el campo de Volantin con direccion á la Salve, cuando vieron que se encaminaba hácia ellos una señora con el rostro encendido por el llanto y el enojo.

Y aquella mujer llenó de injurias á Catalina, despues de decirle que era esposa del raptor de Soledad.

Despues de oir esta tremenda revelacion, Catalina no oyó más; y si oyó las palabras injuriosas que se la dirigian, no trató de rechazarlas. ¿Qué peso podian añadir á su deshonra, á su mortal vergüenza, algunas injurias lanzadas por una pobre mujer, herida en su orgullo y en su corazon?

Catalina y Chomin caminaron hácia la aldea: la primera con los ojos enjutos, pero con el corazon herido de muerte, y el segundo sin poder contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Así que llegó á casa, Catalina confió á sus dos hijos mayores la desgracia que pesaba sobre la familia. ¡Terribles fueron

el dolor y la indignacion que ambos mancebos experimentaron al recibir aquella noticia! Pero Catalina les dijo con tono solemne:

—La venganza sólo es lícita á la justicia del cielo y á la justicia de la tierra. Olvidad á vuestra hermana; pero si un dia llama desamparada á vuestra puerta ó á vuestro corazon con las lágrimas del arrepentimiento, cubridla, hijos mios, con el manto del olvido y la misericordia, que á más de ser vuestra hermana, será una criatura débil y desventurada.

—¡Madre!—contestó Miguel inclinando el rostro anegado en llanto.—Así lo haremos, porque Dios y usted nos lo mandan.

Catalina se acostó en seguida, al parecer algo tranquila y resignada; pero Miguel, que la conocia á fondo, dijo á su hermano:

—Ve corriendo á llamar al médico.

—No tengas cuidado, que está tranquila.

—Ve por Dios, que su tranquilidad me parece la de los muertos.

El médico vino en seguida, y dispuso que inmediatamente se llamara al señor cura.

A la mañana siguiente tocaban á muerto las campanas de la aldea, y en ésta no habia nadie que no llorase, encomendando á Dios á Catalina.

Aquel mismo dia se puso el crespon negro que vi en el escudo de armas de la casa grande.

VIII

Un mes hacía que habia muerto la pobre Catalina.

En una miserable buhardilla de Bayona lloraba y cosia una jóven que parecia la sombra de Soledad.

De repente se estremeció y se alzó de su asiento, espantada al oir la voz de su hermano Miguel, que pronunciaba su nombre á la puerta de la habitacion.

Miguel penetró en ésta. Soledad, cada vez más aterrada, inclinó la frente al suelo, sin atreverse á mirarle, creyendo que iba á lavar con sangre la mancha que habia caido en la honra inmaculada de la familia.

—¡Soledad! ¡Hermana de mi alma!—exclamó Miguel estrechándola en sus brazos, con los ojos anublados por las lágrimas.

Al oir aquella voz cariñosa, al sentirse estrechada por aquellos brazos amorosos, y al sentir en su rostro el calor de aquellas lágrimas, se atrevió á fijar sus ojos en los de su hermano, y entónces reparó en que éste llevaba al cuello toquilla negra en señal de luto.

Iba á preguntar á su hermano qué nueva desgracia pesaba sobre su familia; pero Miguel se anticipó á su pregunta, diciéndola:

—¡Soledad, nuestra casa no tiene ya ama que la cuide y la gobierne! Ven, ven á ocupar el puesto que nuestra madre ha dejado vacante al volar al cielo.

Soledad cayó al suelo como muerta, al oir estas palabras.

Su dolor debió ser tan cruel, tan profundo, tan horrible, que sin duda bastó á redimir su culpa, si es que no habia bastado el que la pobre muchacha habia sentido desde que la abandonó su infame seductor.

Soledad volvió en sí, pasado un corto rato, merced á los

solícitos cuidados de Miguel, y ambos hermanos emprendieron al dia siguiente la vuelta á la aldea.

¡Con qué dolor, con qué mortal angustia, con qué inmensa vergüenza tornaba la pobre Soledad á aquella aldea que habia abandonado noble y honrada como su madre, pura como las flores de los valles nativos!

Miguel procuró evitar á su hermana el paso por Bilbao, para evitarle la vergüenza y el dolor que debian causarle aquellos sitios que fueron teatro de sus primeros extravíos.

Atravesaron la cordillera de montañas que dominan á la invicta villa por el Norte, y cuyas sendas eran muy conocidas á ambos jóvenes.

El dia era hermoso, y la animacion y la alegría reinaban allí abajo en el fondo del valle de Ibaizábal.

Unas campanas tocaban en la falda de la montaña, por cuya cúspide caminaban Miguel y Soledad. Eran las del santuario de Begoña.

Lo que Soledad sintió al oir aquellas campanas puede tal vez comprenderse, pero no puede explicarse.

Las campanas de Begoña no sonaban tristemente para los que tenian alegre el corazon, ó para aquellos que en su sonido sólo hallaban el recuerdo del cielo; pero para Soledad sonaban muy tristes, muy lúgubres: ¡tocaban á muerto!

¡Ay del que tiene un negro remordimiento en el fondo del alma, que para ése las alegres alboradas de San Juan serán las tristes vísperas de Difuntos!

Soledad y Miguel siguieron, siguieron tristemente su camino hasta que desde la altura, al otro lado de un hondo valle poblado de robles y castaños, vieron surgir en otra altura, de

entre la arboleda que la coronaba, un campanario, á cuyo pié y á traves del ramaje blanqueaban algunas casas.

Aquella era su pacífica, y hermosa, y noble y honrada aldea.

El dolor, calmado un tanto al partir de Bayona los viajeros, pero exacerbadó poco á poco despues, y particularmente desde que dominaron el valle del Ibaizábal, llegó á su colmo cuando Soledad descubrió el campanario de la aldea natal, cuando vió aquellas arboledas y aquellas colinas donde con el alma tan tranquila y la frente tan alta habia discurrido con las compañeras de su infancia, ante las cuales tendria ya que bajar la frente, confusa y avergonzada.

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Soledad, que tuvo necesidad de apoyarse en su noble y generoso hermano para no caer al suelo, abrumada por el peso de su dolor.

Ambos jóvenes continuaron lentamente su camino: Soledad deshaciéndose en lágrimas, su hermano empleando todos los tesoros de amor fraternal que encerraba su corazon para consolarla.

Era domingo.

El párroco de la aldea, que acostumbraba á leer á sus feligreses, ántes del ofertorio de la misa, un pasaje de la Sagrada Escritura, habia leido aquel dia la santa parábola de la mujer adúltera.

—*¡El que se crea sin mancha que arroje la primera piedra!*—decia con Jesus el sacerdote.

Y estas palabras despertaron mil nobles remordimientos y mil generosos propósitos en el corazon de los aldeanos; remordimientos de no haber perdonado, y propósitos de perdonar.

Miguel y su hermana apresuraron el paso al llegar junto á la aldea, para atravesar ésta ántes que dejase de estar casi desierta; es decir, ántes que la gente saliese de misa.

Entraron en el campo inmediato á la iglesia, y hallaron, en efecto, la aldea solitaria.

Pero de repente se abrió la puerta de la iglesia, y el campo se vió poblado por casi todos los moradores de la aldea.

Si la culpa de Soledad habia sido grande, grande fué tambien la expiacion que en aquel instante vino á borrarla, porque nos espantaria el dolor de Soledad, si nos hubiese sido dado contemplar el fondo de aquel corazon desgarrado.

Un grito de júbilo, que no una maldicion, acogió al ángel caido y rehabilitado por el infortunio.

Soledad sólo encontró compasion y amor en los moradores de la aldea.

Todos pensaron en ésta que Soledad era muy desgraciada; ninguno que era muy culpable, y ni al más justo le ocurrió arrojarle la primera piedra.

¡Bienaventurados los que lloran, y bienaventurados los que perdonan!

DE PATAS EN EL INFIERNO.

I

Allá arriba, allá arriba en la falda de la montaña, se ve una blanca y hermosa casería, rodeada de viñas y heredades orladas de frutales.

Dios parece haber derramado todos los años su santa bendicion sobre los frutales, y las heredades y las viñas; que el trigo y el maíz, y la fruta y el vino se cogen allí siempre con abundancia.

Cada vez que los habitantes del valle alzan la vista á la casería, lágrimas brotan de sus ojos y bendiciones de sus labios.

¿Por qué tales bendiciones y tales lágrimas?

Pronto lo sabremos, si prestamos atento oido á la conversacion que llevan Marta y Teresa, conforme se dirigen á la fuente que brota en el castañar situado al pié de la montaña, entre la casería y el valle.

Marta es una mujer de cincuenta años, que en sus tiempos debe haber tenido buenos bigotes; y Teresa, una chica de de diez y seis (de quince son demasiado tiernas), con unos ojos

que dicen soledad tres veces, y una cara que á peso de oro es barata.

Ambas llevan la reluciente herrada de cobre en la cabeza, y charlan como cotorras.

—Andemos agudas,—dice Marta,—que van á dar las doce, pues el sol llega ya á la cornisa del campanario, y aquel condenado á muerte se pone como un toro cuando va á comer y no encuentra agua fresca.

—¡Pues no le digo á usted nada de mi padre!

—Hija, mi marido, particularmente cuando trabaja para don Mateo, apénas come, por el afan de volver pronto á su trabajo.

—Pues haga usted cuenta que dos cuartos de lo mismo le sucede á mi padre.

—Es verdad, hija, que todo se lo merece don Mateo, porque miéntras él viva, bien puede decirse que no habrá pobres en la aldea.

—¡Qué razon tiene usted! Mire usted lo que ha hecho con nosotros: el año pasado apénas cogimos grano para la renta, y despues de perdonarnos la renta nos dió grano para la siembra.

—Pues lo mismo ha hecho con nosotros y con todos los inquilinos.

—Cuando ese señor muera, tienen que acompañarle más ángeles que estrellas hay en el cielo.

—¡Dios Nuestro Señor le conserve mucho tiempo la vida! El dia que don Mateo se muera, el cielo se vestirá de gala para recibirle; pero la tierra se vestirá de luto para darle la despedida.

—Decia el domingo el señor cura que chicos y grandes,

todos en el mundo tenemos alguna mancha en la conciencia; pero yo creo que la conciencia de don Mateo está más limpia que la plata y el oro, porque ese bendito señor nunca ha tenido más afan que hacer bien á todo el mundo.

—¡Dichosa la que se case con él!

—Y que, segun decia el otro dia á mi padre, cuando se case no buscará ninguna rica, que se contentará con que sea honrada, bien parecida y mujercita de su casa.

—Pues mira, hija, para eso tú eras á pedir de boca.

—¡Qué cosas tiene usted!

—Chica, no te pongas colorada por eso, que tú te mereces un rey de España.

—¡Pues! ¡Don Mateo, tan rico, y tan bueno, y tan guapo, se habia de casar conmigo!

—De ménos nos hizo Dios, hija. Pues él no te tiene por saco de paja. El otro dia estaba yo á la puerta cosiendo, y como es tan llano y tan... vino á hablarme, cuando en esto asomas tú, y me dice con aquella cara de risa que tiene siempre: «Allí viene Teresa, que vale más que todas las muchachas del concejo juntas.»

—¡Mire usted qué burlon!

—Pues aunque lo sea, milagro será que las burlas no se vuelvan véras, con tal que quieras tú.

Teresa estaba como una rosa, y los ojillos se le habian alegrado que era una bendicion.

En estas y las otras, Marta y Teresa llegaron á la fuente.

Teresa, como la buena crianza requeria, cedió la vez para llenar á Marta.

El sol de la canícula picaba como las ortigas, y la fuente,

que quince dias ántes manaba soga á soga, sólo manaba ya hilo á hilo.

Al acabarse de llenar la herrada de Marta, sonaron las doce en el campanario de la iglesia parroquial del valle.

—¡Las doce ya!—exclamó Marta sobresaltada.—¡Vírgen Santísima, cómo estará aquel cascarrabias para cuando yo vuelva á casa! Hija, no te espero, que tú ya sabes el camino, y esto va largo.

Teresa ayudó á Marta á ponerse la herrada en la cabeza, y Marta tomó castañar abajo.

II

Teresa se sentó á la sombra de un castaño miéntras se llenaba la herrada, apoyó el codo en la rodilla y la mejilla izquierda en la palma de la mano, y se puso á cavilar.

¿Qué era lo que cavilaba?

¡Vaya usted á adivinar qué demontre es lo que cavilan las muchachas casaderas cuando sin saber por qué ni para qué se quedan como los santos de Francia!

El agua, que suena gordo cuando la herrada está vacía y va trocando la voz de bajo en voz de tiple conforme la herrada se va llenando, dijo á Teresa que ya era hora de plantarse la herrada en la cabeza.

Echó Teresa un ramo de avellano en el agua para que ésta no se menease, arreglóse un cabezal de helecho y trató de ponerse en la cabeza la herrada; pero no alcanzaban á tanto sus fuerzas.

Por tercera vez habia tratado inútilmente de ponerse la

herrada, y con los esfuerzos estaba coloradita como un clavel.

Púsose á mirar si por allí habia álguien que fuese á echar una mano, cuando cate usted que ve á don Mateo que baja por el castañar cantando bajito y con aquella cara de pascua que usaba todos los dias.

—A tiempo llega usted, don Mateo.

—Más vale llegar á tiempo que rondar un año.

—Hágame usted el favor de echar aquí una mano.

—El alma y la vida echaria yo á tus piés.

—¡Ande usted, burlon!

—No hay burlas que valgan.

—¡A cuántas habrá usted dicho esas cosas!

—Teresa, hablemos con formalidad, que hace dias deseaba cogerte sola para eso,—dijo don Mateo, dejando el tono chancero que hasta entónces habia usado.

Teresa inclinó los ojos al suelo, aumentándose el color de sus frescas y sonrosadas y hermosas mejillas, y ya no pensó en la herrada ni en que su padre esperaba el agua fresca.

—Yo—continuó don Mateo—soy rico, y á pesar de eso, no soy feliz, porque me falta algo.

—¿Pues qué le falta á usted?

—Un corazon que me quiera.

—No hay en el concejo quien no le quiera á usted.

—Mucho me consuela eso, pero no me basta.

—No le entiendo á usted.

—Teresa, esa sonrisa y ese rubor con que me dices eso, prueban que me entiendes; pero aunque me entiendas, quiero hablarte más claro. Cuando la tarde declina, cuando el silencio comienza á reinar en el valle y el sol se oculta tristemente

tras de los montes lejanos, cuando el toque de oraciones suena, y cuando veo al labrador abandonar los campos para volver á su hogar, donde llenos de amor le esperan su mujer y sus hijos, siento en mi corazon una tristeza que sólo puedo explicar diciendo que se parece al deseo de hallar un alma que se comunique y se confunda con la mia. Cuando recorro los campos esmaltados de flores, cuando vago por las sombrías y verdes arboledas, cuando los pájaros cantan, cuando el cielo está azul y sereno, cuando todo se anima y embellece al soplo de la primavera, siento la misma tristeza, la misma ánsia, el mismo deseo que cuando el sol se pone. ¿Comprendes, Teresa, qué sentimiento es este que en vano trato de explicar?

—Yo no sé decir las cosas como usted, pero de sobra entiendo lo que es éso.

—¿Qué es, Teresa?

—¡Toma! ¿Qué ha de ser? Que cuando uno es jóven...

—Necesita amar, ¿no es eso?

Teresa se puso aún más coloradita que estaba y se sonrió como diciendo: «Esa ès la madre del cordero.»

—Pues bien,—continuó don Mateo,—tú puedes llenar el vacío que hay en mi corazon.

—Mire usted que soy muy pobre.

—Pero yo soy muy rico. ¿Quieres darme tu amor por mi amor y mis riquezas?

—Yo... si mi padre quiere...

Don Mateo, que no tenia pelo de tonto, conoció que hacer más preguntas sobre si Teresa le queria ó dejaba de quererle era ya moler.

Una muchacha que venía por agua apareció bajo los cas-

taños que precedian á la fuente, y don Mateo se apresuró á ayudar á Teresa á ponerse en la cabeza la herrada.

—Mañana mismo hablaré á tu padre,—dijo por lo bajo á Teresa.

A la muchacha que llegaba á la fuente le llamó la atencion lo colorada que estaba Teresa; pero ¿á quién le habia de ocurrir sospechar ninguna picardía en Teresa ni en don Mateo?

¿Le gustaba á Teresa la conversacion que habia tenido con don Mateo en la fuente?

Lo único que consigna la historia es que á Teresa le bailaban los ojillos de alegría cuando llegó á su casa, y que toda la tarde se la pasó cantando y mirando hácia la casería de la falda de la montaña.

Al dia siguiente se presentó don Mateo al padre de Teresa, que estaba trabajando en una heredad.

—Buenos dias, Santiago.

—Señor don Mateo, ¿usted por aquí?

—Sí señor; voy á ver si cierro el ajuste del palacio del Indiano.

—¡Qué! ¿Se va usted á bajar á vivir en él?

—No, voy á establecer en él un hospitalito para los pobres del concejo...

—¡Bien haya usted, que despues de Dios es el consuelo y el amparo de los pobres!... ¡Tiene usted que ser más feliz!...

—En su mano de usted está el que lo sea.

—¡En mi mano! ¿Cómo?...

—Concediéndome la de Teresa.

—¡Qué bromista es usted, señor don Mateo!

—No es broma, Santiago. Más de una vez me ha oido us-

ted decir que si llegaba á casarme habia de ser con una muchacha pobre, bien parecida y honrada.

—Sí que se lo he oido á usted.

—Pues bien, ninguna como su hija de usted.

—Pero, señor don Mateo, mire usted que mi hija... honrada á carta cabal sí lo es, pero...

—No hay pero que valga. ¿Quiere usted ser mi padre?

—¡No he de querer, señor don Mateo!... ¡Vamos, si parece un sueño!... Si... ¡A mi me va á dar algo con la alegría!... ¡Bendito sea Dios que le da á uno al cabo de tantos años y tantos trabajos lo que ni en sueño podia esperar!

Y Santiago lloraba de gozo.

Don Mateo procuró convencerle de que ni él ni su hija le debian agradecimiento, porque Teresa valia más que todos sus millones; pero no lo pudo conseguir.

Aquella noche apénas habia ya en el valle quien no supiese con asombro que don Mateo se casaba con Teresa, porque Santiago, loco de alegría, se lo habia contado á todos, y don Mateo no se lo habia negado á nadie.

III

Medio año hacía que don Mateo habia pedido á Santiago la mano de Teresa, y Teresa estaba soltera aún.

Sin embargo, don Mateo estaba cada vez más enamorado de Teresa, y cada vez más firme en su propósito de casarse con ella.

Si falta habia en que no se hubiese casado ya, su falta era muy disculpable. Don Mateo andaba hacía medio año ocupa-

dísimo en dos obras muy importantes y santas, que eran la fundacion de un hospital y la restauracion de la iglesia parroquial del valle.

Don Mateo queria añadir á las satisfacciones que experimentase el dia de su casamiento, la de haber terminado aquellas dos obras, y particularmente deseaba que el templo restaurado á su costa se abriese nuevamente al culto con la celebracion de su casamiento con Teresa.

A pesar de esto, el vulgo empezaba á murmurar, porque el vulgo no comprende la lógica de ciertas almas dadas á lo que podríamos llamar supersticion de la poesía.

¡Poetas del corazon, que así llamo yo á los que aman los recuerdos y se enamoran de la belleza moral, hagan versos ó no los hagan, subid á la montaña un dia que llueva á cántaros y decid al vulgo que habeis subido por tener el consuelo de rezar y llorar al pié del árbol donde una mujer que os arrebató la muerte, os dijo que os amaba en tal dia y en tal hora! ¡Vereis qué carcajada suelta el vulgo comprendiendo solamente que sin por qué ni para qué os habeis puesto como una sopa!

Necesario es confesar que el vulgo que murmuraba de don Mateo, no iba del todo descaminado.

Oigamos cuáles eran sus murmuraciones.

—Pero, chica,—decia Marta á Teresa, yendo otro dia á la fuente del castañar,—ahora que estamos solas hablemos un poco de tu boda, que parece el cuento de nunca acabar. ¿Sabes que yo nunca hubiera creido en don Mateo lo que está pasando?

—¡Pero si no pasa nada malo!...

—Ni tampoco nada bueno. ¿Te parece justo que don Mateo no se haya casado aún contigo al cabo de más de medio año que ha pasado desde que pidió tu mano á tu padre?

—Si no se ha casado aún, es por un motivo muy santo y muy bueno.

—No digo que no lo sea, ni que de don Mateo ni de tí se deba temer nada que sea contra lo que Dios manda; pero desengáñate, los malos pensamientos y las malas lenguas abundan en este mundo, y no falta quien se atreva á decir que don Mateo nunca ha pensado en casarse contigo.

—Pues verá usted qué pronto se convencen de lo contrario.

—Así lo creo, hija; pero hay que convenir en que los que murmuran no van del todo descaminados, porque desengáñate tú, cuando un rico se dirige á una pobre siempre hay lugar á pensar mal, aunque el rico parezca un santo. Luégo, don Mateo, al fin es hombre, y como decia una tia mia, que por cierto murió solterona: «¡Hombres! ¡Con el mejor enciendan un horno!»

—Por más que usted me predique y por más que digan las malas lenguas, yo no puedo desconfiar de don Mateo, porque sé que me quiere como Dios manda.

—Yo tambien lo sé, hija, y estoy persuadida de que es un santo; pero á pesar de eso, no las tengo todas conmigo. Todos somos mortales, y figúrate tú que, lo que Dios no quiera, mañana se muriera don Mateo. ¿Cómo quedabas tú? Perdida, porque quedabas con una nota que ya nadie te quitaba.

—En eso tiene usted razon,—asintió Teresa saltándosele las lágrimas.

Pasaron dias y áun semanas, y Teresa se iba desmejoran-

do, porque no podia echar de su imaginacion las reflexiones que Marta la habia hecho yendo á la fuente del castañar.

Una tarde, al anochecer, al retirarse don Mateo á su casa, se detuvo, segun su costumbre, á la puerta de la de Santiago á hablar un rato con la que pronto iba á ser su familia, y anunció á Teresa y Santiago que dentro de ocho dias quedaria instalado el hospital y se abriria la iglesia para unirse en ella él y Teresa por toda una eternidad.

Aquella noche Teresa y su padre no durmieron de alegría.

Eran las ocho de la mañana del dia siguiente y á Teresa comenzó á llamarle la atencion el que don Mateo, que era muy madrugador, no hubiese bajado ya, segun su costumbre, á presenciar las obras que se hacian á sus expensas.

Miraba con cierta inquietud desde la ventana de su casa hácia el camino del castañar, cuando en vez de ver bajar á don Mateo, vió bajar corriendo desatentado á un criado de don Mateo.

Teresa salió asustada á su encuentro á preguntarle qué ocurria, y supo con espanto que el mozo bajaba á llamar al señor cura y al médico, porque á su amo, que desde el amanecer se sentia algo malo, le habia dado un accidente y se moria.

Poco despues el valle era un valle de lágrimas, porque don Mateo se habia muerto!

IV

Cuando el narrador es hombre de buen criterio, no incurre en el anacronismo y la impropiedad de narrar con los modis-

mos del lenguaje del siglo XIX sucesos del siglo XI, porque ¡dónde hay cosa más impropia y más ridícula que, por ejemplo, hacer que Rodrigo Díaz de Vivar declare su amor á Jimena en estos términos: «Señorita, desde que tuve la dicha de verla á usted en el café, arde en mi corazon todo el fuego de los fósforos de Cascante y de las locomotoras del ferro-carril del Norte. Dígame usted que quiere ser mi novia, porque si usted me da calabazas, me levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo.»

El vulgo en sus narraciones incurre, sin el menor escrúpulo, en estos anacronismos y estas impropiedades, por dos motivos: primero, porque no sabe narrar de otro modo, y segundo, porque, al ver á los que se tienen por maestros en el arte de narrar poner el *vos* èn boca de los castellanos del siglo XIX, se cree autorizado á poner el *usted* en boca de los castellanos del siglo XI.

El vulgo del valle donde pasó lo que voy contando, me refirió lo que le pasó á don Mateo así que cerró el ojo, y lo voy á contar en los mismos términos que me lo contaron, para que se vea hasta dónde es capaz de llegar el vulgo en punto á anacronismos é impropiedades de lenguaje.

¡Silencio, que va á hablar el vulgo!

—¿Y adónde me voy yo ahora?—se preguntó á sí mismo don Mateo, así que estiró la pata.—Me voy al cielo, porque ¿adónde mejor que al cielo podemos irnos los muertos?

Como lo dijo lo hizo: hala, hala, cruzando áridos desiertos, erizados de espinas y rocas y precipicios, llegó á las puertas del cielo.

Vió que habia un letrero que decia: «Nadie pase sin per-

miso del portero»; pero no hizo caso del letrero, porque acostumbrado á este mundo, donde todo pasa, creyó que allí sucederia lo mismo.

—¡Eh, caballerito! ¿Adónde se va?—le preguntó un viejo que tenia una enorme calva, y en la mano un manojo de llaves.

—A ver á su majestad,—contestó don Mateo.

—¡Pues me gusta la franqueza, como hay Dios! ¿No ha visto usted ese letrero que hay en la portería?

—Hombre, déjeme usted de letreros, que esos los hay en todas, y son como la carabina de Ambrosio...

—Pero es porque los porteros no cumplen con su obligacion.

—Si cumplieran, otro gallo les cantaria.

—¿Qué está usted ahí hablando de gallo, grandísimo insolente?—exclamó el viejo, herido al parecer donde más le dolia.

Don Mateo, que naturalmente tenia prisa de entrar, vió que por malas no iba á conseguir el pase del portero, y se decidió á mudar de tono.

—Hombre, perdone usted si le he ofendido.

—Es que no andemos con indirectas, porque no las tolero.

—Y hace usted perfectamente. Me gusta usted porque sabe cumplir con su obligacion. Con que diga usted, ¿está su majestad?

—Sí señor que está.

—No se parece usted á otros porteros, que niegan á Cristo padre.

—¡Dale con las indirectas!

—Dispense usted...

—Dispensé, pero ya no dispenso.

—¡Caramba, que geniecillo tiene usted! Vamos, hombre, eche usted un cigarro y seamos amigos.

Y don Mateo, sacando de la petaca un magnífico veguero, se le alargó al viejo, que, aunque no fumaba, le tomó, porque rehusar no es de porteros.

—¿Con que desea usted ver á su majestad?—le preguntó el portero en tono ya más amable.

—Si usted me lo permite...

—Vamos, pasaré recado á su majestad, aunque de seguro me vale una buena peluca.

—Falta le hace á usted,—murmuró por lo bajo don Mateo.

—¿Cómo es su gracia de usted?

—Dé usted esta tarjeta.

—Hombre,—dijo el portero leyendo la tarjeta,—es usted tocayo de un compañero que yo tuve, y que por más señas era escritor público. Aunque no sea más que por eso, le voy á servir á usted.

El portero entró, y salió pasado un instante.

—Trabajillo me ha costado conseguir que su majestad le reciba á usted tan temprano; pero al fin me ha dicho que le deje á usted pasar.

—Ea, muchas gracias, y ahí va otro cigarrito para despues de comer.

El portero abrió la mampara, y don Mateo se coló dentro.

Quedóse don Mateo un poco cortado al llegar á la presencia de su majestad; pero al ver que su majestad era la bondad suma, recobró aliento.

—Señor,—dijo,—yo venía...

—A pedir un rinconcito por aquí, ¿no es verdad?

—Justamente, señor.

—¡Ya! ¡como tonto!

—Señor, ¡á qué está uno!

—De buena gana te le concederia, porque casi, casi, lo mereces; pero ántes tienes que llenar un requisito.

—¿Cuál, señor?

—El de pasar un par de dias en el purgatorio.

—¿Pues qué delito he cometido yo para eso?

—Has tenido entretenida más de medio año á una muchacha honrada.

—Pero ha sido con buena intencion.

—Es que si hubiera sido con mala, irias al infierno como un señor.

—¿Y no se encontraria medio de echar tierra á ese pecadillo?

—Aquí no se echa tierra á nada. ¿Te parece á tí que aquí hacemos lo que por allá?

—Bien, señor, me resignaré á sufrir la pena.

—Para que veas que te estimo y que tengo en cuenta tus buenas obras, te voy á evitar el bochorno de ir de justicia en justicia como van otros.

—Dios se lo pague á vuestra majestad.

—¿Me das palabra de honor de ir camino derecho á tu destino?

—Sí señor.

—Ea, pues andando.

—Quede vuestra majestad con Dios.

—Anda con Dios, hombre.

V

Apénas salió don Mateo del cielo, encontró á un vecino suyo que habia muerto hacía seis dias, y á quien él creia dentro, pues todos le tuvieron siempre por un santo.

El vecino venía muy alegre.

—¡Usted por aquí!—exclamó don Mateo asombrado.—¿De dónde se viene?

—Del purgatorio.

—¿Y cómo le han dejado á usted salir?

—Porque he cumplido y llevo aquí la absoluta,—contestó el vecino, indicándole el canuto de hojalata que llevaba al cuello pendiente de una cinta.

—Poco tiempo ha estado usted por allá.

—¡Poco tiempo dice usted!

—Seis dias lo más.

—¡Seis mil años lo ménos!

—¡Aprieta, manco!—dijo para sí don Mateo horrorizado.—Cuando seis dias se le han hecho á éste seis mil años, ¡floja chamusquina habrá por allá!

Y siguió su camino.

Apénas anduvo algunos pasos, se encontró en un sitio verdaderamente extraordinario: era un campo rodeado de árboles y flores, y fecundado por cristalinas fuentes; pero allí todo era vago é indeciso, lo mismo la luz que el agua, lo mismo los árboles que las flores.

La luz era triste, las flores inodoras é incoloras, los árboles no daban sombra ni fruto, el sol no calentaba, y las fuentes,

á pesar de ser frescas, ni aplacaban la sed, ni reproducian los objetos en sus ondas.

Sentíase allí un bienestar parecido al que proporciona el sueño; pero se sentia al propio tiempo un malestar parecido al que proporciona la pesadilla.

Multitud de niños vagaban en aquel campo, ni tristes ni alegres.

Don Mateo los acarició, y si no rehusaron sus caricias, tampoco dieron muestras de placer al recibirlas.

Don Mateo les dió cuartos para rosquillas, y los recibieron con indiferencia.

Don Mateo les echó á rodar naranjas, y las cogieron indiferentes tambien.

Por último, don Mateo acudió al medio supremo para vencer la indiferencia de los niños, que es hablarles de toros y soldados, y los niños le oyeron como quien oye llover.

Lo único que parecia conmoverlos tristemente, era el resplandor que brillaba hácia la parte del cielo.

—¡Qué criaturas tan singulares!—exclamó don Mateo.—¡Ni en el cuerpo ni en el alma sienten calor ni frio! ¡Están como los niños del limbo!

Nuestro viajero trató de continuar su camino, y dirigió la vista al paisaje que tenia delante.

Dos caminos distintos partian desde aquel campo, siguiendo el fondo de dos distintos valles.

Ambos valles eran hermosos; pero sobre todo el de la izquierda era un paraíso terrenal.

—¿Cuál de estos caminos,—dijo don Mateo,—será el del purgatorio? Naturalmente lo será el más florido, porque en el

camino del purgatorio debe abundar la flor de la esperanza, que es la reina de las flores, y en el del infierno no puede haberla. Sigamos, pues, el camino de la izquierda, que es el más florido.

Como lo dijo lo hizo.

Aquel camino era deliciosísimo: los piés se deslizaban por él con facilidad pasmosa.

Flores de maravillosa hermosura y frutos delicadísimos abundaban por todas partes.

Músicas deliciosas recreaban el oido.

Mujeres llenas de gracia y hermosura sonreian y provocaban al viajero, vagando por aquellos jardines ó descansando blandamente en aquellas alfombras de flores.

A la sombra de aquellos floridos pabellones, recreaban el olfato y la vista mesas cubiertas de los manjares más delicados.

Todos los placeres que el diablo y en su representacion los hombres, y sobre todo las mujeres, han inventado para la gloria ó la perdicion del género humano, se encontraban allí.

—¡Oh, Señor!—exclamó don Mateo.—¡Cuán incomprensibles son tus obras para la mezquina inteligencia humana! El que no tenga la fe que yo tengo en tu sabiduría, y haya visto, como yo, el camino del cielo árido é ingrato, y el del purgatorio fácil y lleno de encantos, ¿cómo podrá creer que uno y otro son obra de la sabiduría suprema?

Tanta belleza, tantos placeres, tantos encantos, empezaban ya á hastiar, á marear, á cansar, á fatigar á don Mateo, cuando de repente, á las flores sucedieron los abrojos, á los árboles frondosos, árboles agostados, á las alfombras de flores, ásperas

rocas, á los floridos pabellones, horribles cavernas, á las acordadas músicas, aullidos de fieras y silbidos de serpientes.

—¡Ya pareció aquéllo!—exclamó don Mateo horrorizado, con tanto más motivo cuanto que se encontró enfrente de un edificio sombrío, por cuya puerta, más sombría aún, salia un humo negro como la pez y apestoso como la asafétida.

De aquel edificio salia un ruido infernal de lamentos, de aullidos, de maldiciones, de amenazas, de golpes, de explosion de minas, de hervor de calderas, de crujidos de huesos, de rechinamiento de dientes, y un olor á chamusquina insufrible.

—¡Hé ahí el purgatorio!—dijo don Mateo.

Y se encaminó hácia la puerta de aquel siniestro edificio.

Al acercarse á la puerta retrocedió algunos pasos, sintiéndose sin fuerzas para atravesarla.

—*¿Quid faciendum?*—se preguntó.—Si no entro por buenas, es muy posible que alguno de esos gusarapos que andan por ahí me arree y me haga entrar por malas, con el item de algunos dias de recargo en mi condena. Por otra parte, yo, que nunca falté á la palabra dada á los hombres, ¿he de faltar á la palabra dada á Dios? Nada, nada, pecho al agua, y sea lo que Dios quiera.

Así diciendo, tomó carrera, cerró los ojos, y... ¡á la una! ¡á las dos! ¡á las tres! se sopló en aquel antro infernal.

Tres horribles mordiscos que simultáneamente sintió en la pantorrilla, y una gran cornada que sintió en la cara, le hicieron echar el primer *pecado* que habia echado en su vida.

Abrió los ojos para ver á quién debia aquel recibimiento, y se encontró con que le habia dado los mordiscos un perro de tres cabezas que estaba junto al quicio de la puerta, y la cor-

nada un hombreton que ostentaba en los piés y en las manos uñas de á cuarta, y en la frente cuernos de á vara.

—¡Ya podia usted dar cornadas á la cabra de su madre, y tener atado ese perro!—dijo don Mateo al de los cuernos.

—¡A mí no me alce usted el gallo, porque le rompo á usted el alma! ¿Usted sabe con quién habla?

—¡Con el demonio, Dios me perdone! ¡Qué bruto, hombre! ¡A poco más me saca un ojo!

Apénas habia dicho esto don Mateo, centenares de verdugos, provistos de tenazas, de sierras, de hierros candentes, de cacillos de pez hirviendo y de plomo derretido, se lanzaron á él dando horribles carcajadas.

El de los cuernos pegó con éstos en la pared, y el golpe produjo un ruido espantoso, que retumbó por toda aquella horrible mansion é hizo detenerse, echando espumarajos de rabia, á todos los verdugos que se dirigian á don Mateo.

—¡Nadie toque á este perillan hasta que yo dé permiso para ello!—exclamó el de los cuernos.

—Señor director, será usted obedecido,—contestaron los verdugos humildemente.

Y cada cual volvió á su puesto y á la ocupacion que ántes tenia.

A pesar de la cornada, don Mateo dió las gracias al director, porque le habia librado de todos aquellos calafates.

—No hay de qué darlas,—le contestó el director.—Noto en usted un no sé qué, que no tiene ninguno de los que vienen aquí, y no quiero exponerme á incurrir en el delito que purga aquel juez que ve usted en aquel tablado.

Don Mateo miró hácia el sitio que señalaba el director, y

vió á un togado á quien un verdugo daba garrote, haciéndole crujir la nuez y sacar un palmo de lengua, operacion que el verdugo repetia sin cesar, pues el agarrotado quedaba sano apénas el verdugo le daba una sangría por medio de un manojito de víboras que le aplicaba al pescuezo.

Don Mateo apartó con horror los ojos de aquel espectáculo, preguntando:

—¿Qué delito ha cometido ese desventurado para que así se le castigue?

—Anticipó una hora la ejecucion de un condenado á muerte, cuyo indulto llegó media hora despues de la ejecucion, y por haber cercenado una hora de vida, padece una eternidad de tormento.

—Horrible es el castigo, pero tambien es justo, porque el juez más debe pecar de indulgente que de severo.

—Hombre, hágame usted el favor de no propalar doctrina tan subversiva, que ya ha hecho perder á nuestro establecimiento negocios muy bonitos. Ayer, sin ir más léjos, se nos escapó otro juez á quien teníamos casi asegurado; y ¿por qué creerá usted qua fué? Pues se nos escapó por haber retrasado una hora la ejecucion de un reo, cuyo indulto llegó ántes del *su único hijo* (1).

Unos gritos horribles de hombre y mujer que se maldecian recíprocamente, hicieron á don Mateo dirigir la vista hácia otro lado, y vió á una mujer y un hombre estrechamente unidos por medio de una cadena de fuego que serpeaba alrede-

(1) Sabido es que al pronunciar el reo de muerte las palabras *su único hijo* del Credo, desempeña el verdugo su horrible oficio.

dor de aquellos dos cuerpos, que se abrasaban sin consumirse.

—Esos—le dijo el director—eran dos amantes.

—¡Pues qué! ¿El amor es delito?

—Yo le diré á usted. Ese mozo que usted ve era casado, y la que le acompaña, á pesar de eso, no tuvo inconveniente en enredarse con él. Al morir salió nuestro hombre con la pata de gallo de que su mujer era así ó asao, y de que nunca la dejó carecer de nada; pero Dios le dijo que no habia tu tia, y nos le mandó por acá, haciendo despues lo mismo con su amiga.

—¡Oh! ¡Qué horrible consorcio!

—Tambien usted tendrá aquí una buena moza con quien compartir sus penas.

—¡Yo!.. ¿Quién?

—¡Toma! Teresa.

—Teresa es tan santa y tan pura...

—Hombre, no digo que ahora no lo sea, pero verá usted cómo viéndose con la nota que usted le ha echado encima, dice al fin y al cabo: «Ya que me lleve el diablo, que me lleve en coche.»

—La conoce usted muy mal.

—Conozco á las mujeres muy bien; como que con ellas hace mi establecimiento los mejores negocios.

—Pues aunque todos duden de Teresa, á ella le bastará el testimonio de su conciencia.

—Hombre, el testimonio de la conciencia es gran cosa; pero, desengáñese usted, las mujeres necesitan un poquito más. Y si no, ahí tiene usted á esa de la cadena, que no me dejará mentir: era la virtud misma, y se echó un novio que

la queria con el fin más santo; pero el novio, hoy por esto, mañana por lo otro, fué dando largas al casorio, hasta que un dia estiró la pata, y la pobre muchacha, viendo que ningun soltero la decia por ahí te pudras, respondió *quiero* al primer casado que la dijo *envido*.

El dolor que don Mateo sintió al oir hablar así al director de aquella horrible morada, sólo se puede comparar con el que experimentaban aquellos culpables amantes, unidos por un vínculo de fuego. Quiso preguntar al director qué pena habia cabido al primer amante de aquella mujer; pero no tuvo valor para hacer tal pregunta, porque la gravedad de la culpa ajena era la gravedad de la falta propia.

—Ea,—le dijo el de los cuernos,—miéntras yo voy á aclarar ciertas dudas que respecto de usted abrigo, entreténgase usted por ahí viendo el establecimiento, porque le conviene á usted irse familiarizando con el trato que aquí se da, para que luégo no le coja á usted de susto.

El de los cuernos se alejó.

Don Mateo, á pesar de que no hacía un cuarto de hora que estaba allí, y á pesar de que el único daño material que habia experimentado se reducia á los tres mordiscos y la cornada, habia padecido tanto, que le parecia haber pasado allí un siglo.

VI

Contemos cómo mataba el tiempo don Mateo, miéntras la telegrafía eléctrica transmitia el siguiente despacho del director del establecimiento penal adonde le habian llevado sus pecados:

«Acaba de ingresar en el establecimiento de mi cargo un

tal don Mateo, y como no trae en la frente la señal de los réprobos, he suspendido todo procedimiento, hasta recibir las oportunas instrucciones que espero por la via telegráfica.»

Nuestros lectores habrán observado que esta comunicacion carecia del *Dios guarde* consabido. Tambien lo hemos observado nosotros, pero adelante con el cuento.

Don Mateo, al verse solo, tuvo la idea de tomar la puerta, así como si se saliera á ver qué tiempo hacía; pero el maldito del perro estaba en el cancel enseñando seis espantosas carreras de dientes, y mirándole con unos ojos tan airados, que parecia quererle comer vivo.

En vista de esto, desistió de su idea, y empezó á recorrer el establecimiento.

Lo primero que se echó á la cara fueron dos hombres que se daban al demonio porque se les obligaba, á uno de ellos á leer un libro, y al otro á contemplar un cuadro.

Don Mateo recorrió una página del libro, y echó una mirada al cuadro, y aunque no entendia mucho de literatura ni de bellas artes, se indignó de que tales libros se escribiesen y tales cuadros se pintasen.

Aquellos dos hombres padecian horriblemente: ambos se retorcian de dolor, ambos gritaban, ambos maldecian, ambos pedian que se les conmutase la pena de leer el libro y contemplar el cuadro por la de nadar en una caldera de pez ardiendo, por la de hacerse chicharrones en un horno que calcinaba las piedras en un segundo, ó por la de habitar en compañía de su suegra, que tenia una celda en el establecimiento.

—¿Quiénes son estos hombres?—preguntó don Mateo á una especie de *cicerone* que se habia echado.

—Esos,—le contestó el *cicerone*,—eran un escritor y un pintor de gusto depravadísimo, y cuando murieron, Dios no tuvo misericordia con ellos, porque si los que se imponen la noble mision de deleitar á la humanidad con las perfecciones de la inspiracion y el arte, la atormentan con las monstruosidades de la ineptitud y el mal gusto, faltan completamente á su deber, y se hacen dignos de ejemplar castigo. El que Dios impuso á ésos se redujo á darles la perfeccion del gusto y obligarles á contemplar sus obras.

Don Mateo comprendió, al oir esto, lo horrible del tormento de aquellos desgraciados, y lleno de profunda compasion, pensó en la suerte que está reservada á muchos de los que manejan la pluma ó el pincel en España.

—Ahora, si á usted le parece,—dijo el *cicerone*,—irémos á ver las calderas de Pedro Botero.

—¡Calla!—reflexionó para sí don Mateo.—Yo creí que Pedro Botero era una especialidad del infierno. Vamos, ya caigo en lo que es: aquí se da por analogía ese nombre al encargado de las calderas, por ese afan que se nota en lo secundario de tomar el nombre de lo principal, afan que ha multiplicado en España las Puertas del Sol y los Tios Vivos, y en el mundo los cafés Suizos y los Humes.

Don Mateo, precedido de su guía, pasó al departamento de las calderas y vió al llamado Pedro Botero dirigiendo una tropa de operarios, feos como demonios, que se ocupaban en alimentar el fuego que ardia bajo una inmensa fila de calderas de todos tamaños, en las que hervia toda clase de betunes y metales.

Un sér viviente se freia ó se cocia en cada caldera.

Don Mateo fijó su atencion en las dos primeras: en una daba espantosos alaridos un hombre sumergido hasta el cuello en hirviente líquido, y en la otra otro hombre sumergido solamente hasta la cintura.

—¿Quiénes son esos desventurados?—preguntó al *cicerone*.

—El que está metido hasta la cintura es el tirano de una nacion, y el que está metido hasta el cuello es el libertador de la misma.

—¿Y por qué padece el libertador?

—Porque hizo tan infeliz á la nacion con la libertad como el otro con la tiranía.

—¿Y por qué el tirano es castigado con ménos rigor que el otro?

—Porque tuvo siquiera la virtud de la sinceridad, que el otro no tuvo.

Don Mateo estaba ya quebrantado con lo que habia padecido desde que atravesó los umbrales de aquella abominable mansion, y en lugar de continuar su revista, volvió piés atras cerrando los ojos para no contemplar más horrores.

—¡Pero, hombre,—le dijo su guía,—si le falta á usted ver lo mejor!

—No quiero ver más,—replicó don Mateo,—porque con lo que he visto estoy sufriendo las penas del purgatorio.

—¡Schit!—le interrumpió el guía poniéndole rápidamente la mano en la boca.—¡Cállese usted, condenado, que si el director le oye á usted nombrar ese establecimiento, ya está usted aviado!

—¿De qué establecimiento habla usted?

—De ese que ha nombrado usted. El director no quiere que

se le miente siquiera, porque nos quita los mejores parroquianos.

—El que se los quitará á ustedes será el infierno.

—¡Qué infierno ni qué calabaza, hombre, si el infierno es éste!

—¿Qué? ¿qué ha dicho usted?—preguntó don Mateo pegando un brinco y aplicando el oido con mortal ansiedad.

—¿Es usted sordo, hombre, ó quiere usted que le regalen el oido? He dicho que el infierno es éste.

No hay palabras para expresar el terror que se apoderó de don Mateo al saber que se habia metido de patas en el infierno.

—¡Ah! ¡Yo me tengo la culpa, por bruto, por animal, por estúpido!—murmuraba cascándose cada puñetazo que inspiraba compasion á todos los circunstantes.—¡Bestia de mí, que tomé el camino de la izquierda por tomar el de la derecha, sin hacerme cargo de que el camino del infierno tenia necesariamente que ser más florido que el del purgatorio, y el del purgatorio más florido que el del cielo!

Así se lamentaba don Mateo, cuando apareció el director con un despacho telegráfico en la mano.

—Va usted á tomar el portante más pronto que la vista,—le dijo hecho un Lucifer.—En este despacho se me anuncia que es usted un intruso.

—Y tres más que me marcharé.

—¡Pues largo de aquí!

—¡No tiene usted poco fuero que se diga! ¡Por no verle á usted esa cara de domonio!...

El de los cuernos, que se conoce tenia un geniecillo en-

demoniado, fué á dar una cornada á don Mateo; pero el *cicerone*, á quien éste acababa de dar una moneda con el busto de un monarca ateo, que era allí muy estimada, intervino, á pesar de que estaba en moda el principio de no intervencion, y el director se contentó con empujarle hasta la puerta, arrearle allí una patada en la parte posterior, y echarle el perro, que no hizo más que desgarrarle los pantalones de una triple dentellada.

VII

Don Mateo empezó á desandar todo el camino del infierno, porque como no habia travesía alguna para pasar al del purgatorio, necesitaba volver al punto de partida de ambos, es decir, á aquel campo singular interpuesto entre el cielo y las vias de la expiacion.

Como llevaba los pantalones rotos, temia que los niños le viesen y se riesen de él. Sin embargo, los niños estaban donde poco ántes los habia dejado, y aunque le vieron, le vieron con la mayor indiferencia.

Una idea luminosa le ocurrió al hallarse otra vez casi á las puertas del cielo.

—¡He pasado ya—dijo—las penas del purgatorio, y quién sabe si el Señor, que es todo bondad y misericordia, querrá tenérmelo en cuenta, aunque todo ha sido por torpeza mia! Ya que estoy aquí voy á apelar nuevamente á su bondad... ¡Y qué demonche! Si me dice que no, ¿qué puedo perder? Si me dice que no, emprenderé lleno de resignacion el camino del purgatorio y expiaré mis culpas exclamando: ¡Señor, hágase tu santa voluntad!

Don Mateo compareció nuevamente ante el Supremo Juez, é impetró su misericordia, aprovechando tambien la ocasion para pedirle que la tuviera de la pobre Teresa, que quedaba en el mundo llorando y expuesta á la perdicion.

—Llegaste á mi presencia,—le respondió el Señor,—con una mancha que, aunque leve, me impidió y me impide colocarte á mi lado; pero voy á echar sobre tí y sobre la que te llora en la tierra el manto de la misericordia. Vuelve al mundo y purifícate allí con la virtud y el arrepentimiento, que el cielo se regocijará un dia si venís á sentaros á mi diestra tú y la elegida de tu corazon.

Don Mateo se vió súbitamente sumergido en profundas tinieblas y creyó atravesar regiones desconocidas, quedando por fin en completa quietud.

Un frio glacial entorpecia sus miembros y su inteligencia.

De repente sintió caer una gota de cálido licor y posarse unos labios en su mejilla. La vida tornó, tambien de repente, á su cuerpo y á su inteligencia, y abrió los ojos confundiéndose un grito suyo con el grito de una mujer.

Hallábase en su habitacion, en la casería de la montaña, y Teresa, trémula de alegría y de rubor, estaba á su lado.

La desconsolada vírgen habia penetrado en la cámara mortuoria á depositar una lágrima y un beso en la mejilla del muerto, y el muerto habia resucitado al sentir el calor de aquel santo beso y de aquella santa lágrima.

Para la filosofía atea es inexplicable que á la voz de Jesus se alzara Lázaro del sepulcro.

Para el vulgo lo es tambien que el beso de una vírgen sin mancilla torne la vida á un cadáver.

¡Señor! ¡Gracias por habernos colocado en el mundo de las creencias un poco más arriba que el vulgo y los filósofos!

Para el vulgo, don Mateo *volvió* de un accidente que hasta el médico creyó haberle arrebatado la vida.

Ocho dias despues, don Mateo, á los piés del sacerdote, preparaba su alma para unirla á la de Teresa con un vínculo santo y eterno, y confió al sacerdote la maravillosa historia que acabamos de contar.

—Hijo,—le dijo el sacerdote,—todo eso es un sueño, un delirio de enfermo, porque Dios está demasiado alto para que pueda haber semejanza alguna entre las cosas del cielo y las de la tierra; pero bendice al que te ha dado ese sueño, porque con él te ha dado alta enseñanza que no debes olvidar.

EL PERRO NEGRO.

I

La carretera que, bajando del valle de Mena, cruza las Encartaciones de Vizcaya y va á morir en Castro-Urdiales, atraviesa, apénas sale del territorio vizcaíno, unas agrestes soledades conocidas por el monte de Otáñez.

La bajada es tan rápida, y los barrancos que cortan el monte son tan profundos, que sólo á fuerza de revueltas ó tornos, como allí dicen, y de terraplenes y muros gigantescos se ha podido abrir cómodo paso á traves de aquel monte.

En uno de los sitios más solitarios, es decir, en el recodo que forma el camino al atravesar el torrente que se despeña por el barranco central, hay una cruz de madera que recuerda un sangriento drama representado hace algunos años en aquella espantosa soledad.

Miguel, un alegre y laborioso guipuzcoano, apareció una mañana de primavera en el bortal (1) que se extiende al otro

(1) Madroñal.



lado del torrente, construyó aquel dia una cabaña en el sitio más elevado del bortal, y al otro dia comenzó á talar bortos para reducirlos á carbon destinado á una de las ferrerías de Otáñez, pueblo que se encuentra al salir del monte que lleva su nombre.

Miguel alegraba aquella soledad con su continuo canto, con sus piropos á las panaderas de las Encartaciones que los jueves y los domingos iban á Castro-Urdiales y con la afectuosa y amena conversacion que entablaba con cuantas personas pasaban por allí.

Entre las panaderas encartadas que por aquella época iban á Castro, se contaba una hermosísima muchacha del concejo de Sopuerta, que con una excelente mula, y seguida constantemente de un perrito negro, atravesaba el monte de Otáñez todos los jueves y los domingos al salir el sol, con direccion á Castro, y le volvia á atravesar cuando el sol se ponia, con direccion á Sopuerta, cuya jurisdiccion empieza al comenzar el declive oriental del monte.

La cabaña de Miguel estaba en un alto ribazo que daba sobre el camino.

Todas las mañanas y todas las tardes, miéntras Miguel charlaba un rato con Agustina, que así se llamaba la hermosa panadera, el perrito negro trepaba, listo como una ardilla, por el ribazo, manducaba la racion de torta de maíz que le guardaba Miguel, y se despedia de éste repitiendo las fiestas con que le habia saludado al llegar.

II

Un domingo por la tarde dormia Miguel en su cabaña, descansando y desquitándose de la vigilia de la noche anterior que habia pasado sacando una oya (1).

Dos caldereros franceses, con una caballería, llegaron al recodo del torrente, yendo de hácia las Encartaciones, y se detuvieron á la sombra de unas frondosas alisas que daban sobre el camino, huyendo del sol, que aún calentaba de firme.

Desde aquel sitio, no sólo se veia la cabaña de Miguel, sino tambien todo el resto del camino hasta cerca de la salida del monte adonde baja haciendo tornos para continuar luégo por el fondo del valle, siguiendo la corriente de un riachuelo, por medio de sombríos castañares, á cuyo término se encuentran las primeras casas de Otáñez.

Los caldereros tomaron de la caballería unas alforjas, dejaron la caballería paciendo en una praderita cercana, y se sentaron á merendar á la orilla del camino.

—El otro dia, cuando pasamos por aquí, habia carboneros allá arriba,—dijo uno de los caldereros.—¿Dónde estarán hoy, que no se ve á nadie?

—Hoy, como es domingo, habrán ido á Otáñez á mudarse y limpiar de cisco el gaznate con un cuartillo,—contestó el otro.

—Ea, limpiemos nosotros el nuestro del polvo del camino con una magra y un par de tragos de vino.

(1) La oya, nombre vascongado que equivale á cama, es la leña amontonada en forma de cono y puesta en combustion para carbonizarla. Sacar la oya es retirar el carbon y apagarle.

En efecto, los franceses metieron mano á las magras y á la bota y poco á poco se fueron alegrando.

—¿Si estarán los carboneros durmiendo en la cabaña?— dijo uno de los caldereros.

—Verás qué pronto lo sabemos,—contestó el otro.

Y poniendo la mano en la boca en forma de bocina, gritó, imitando la especie de aullido con que avisa el *tortero* á los carboneros para que acudan á la cabaña á comer cuando tiene ya dispuesta la comida, que consiste en tortas de maíz, que cuece en una pala de hierro caliente, y en una olla de habas con tocino y cecina:

—¡Ahuuu!

Nadie contestó al grito del calderero.

—No te canses, hombre,—dijo su compañero.—¿No te he dicho que los carboneros están esta tarde en Otáñez?

—¿Pues sabes que hoy está esto á pedir de boca para cobrar el pontazgo á los que pasen el puentecillo ése?

—Lo malo es que no pasa nadie.

—Calla, que me parece que álguien va á pasar.

En efecto, se oian hácia allá abajo los cascabeles de una caballería y el canto de una mujer.

Los caldereros se levantaron á mirar, y vieron que subia hácia el puente del recodo una muchacha montada en una briosa mula y seguida de un perrillo negro.

—Es una panadera,—dijo uno de los franceses.

—Siempre traerá tres ó cuatro durillos...

—Que no ganamos nosotros en tres ó cuatro dias componiendo calderas.

—¿Sabes que es arrogante chica?

—Mejor que mejor.

—Y la mula es soberbia.

—Como la necesita un hombre de mi peso.

—Dinero, moza y mula... Triple negocio.

Los caldereros siguieron hablando, pero en voz baja, porque ya estaba cerca la panadera.

—¡Miguel!—gritó Agustina al pasar por frente de la cabaña.

Pero viendo que Miguel no respondia, continuó su camino.

El perrillo negro subió á la cabaña, entró en ella, hizo una fiesta á Miguel, que seguia durmiendo; pero conociendo por los cascabeles de la mula que su ama se alejaba, se apresuró á bajar el ribazo y continuó tras la mula.

III

Agustina, al pasar el puente para tomar el camino que costeaba desde allí horizontalmente la montaña, descubrió á los caldereros recostados contra una peña á la parte de arriba del camino, y se detuvo un momento poniéndose descolorida, como si presintiese algun mal; pero siguió adelante haciendo un gran esfuerzo para aparentar serenidad.

—Buenas tardes, señores,—dijo á los desconocidos.

—¡Hola, buena moza!—contestaron los caldereros acercándose lentamente hácia ella.—¿De dónde se viene?

—De Castro.

—Ya sabes que hay que pagar el puente.

—¿Qué puente?

—El que acabas de pasar.

—¿Y cuánto se paga?—preguntó Agustina temblando.

—Todo el dinero que lleves,—contestó uno de los caldereros, lanzándose á la pobre muchacha, al mismo tiempo que el otro se lanzaba al ramal de la mula.

—¡Jesus me valga!—gritó la desventurada Agustina en el momento en que uno de los caldereros, hombre de hercúleas fuerzas, la arrebataba en sus brazos al matorral de alisas que sombreaba el camino.

El perrillo negro se lanzó furioso á las piernas del que se llevaba á su ama, pero el calderero le alcanzó una fuerte patada que le hizo retroceder medio derrengado.

—¡Valedme, Vírgen Santísima!... ¡Miguel!... ¡Miguel!... ¡Socorro!...—gritaba Agustina cada vez con voz más débil.

Y entónces el perrillo negro corrió medio arrastrándose hácia la cabaña de Miguel, en la que penetró dando dolorosos aullidos.

Miguel despertó con los aullidos y los arañazos del perro, y oyó los desolados gritos con que le pedia amparo Agustina.

Miguel comprendió lo que pasaba, porque al incorporarse en la cama de helecho donde dormia, vió á uno de los caldereros que sujetaba en medio del camino á la mula de Agustina, y el movimiento del ramaje donde ésta luchaba con el otro malvado.

Miguel se sobrecogió de terror considerando que lo ménos eran dos los que habian asaltado á la panadera, y no se atrevió á salir de la cabaña, á cuya puerta el perrito continuaba aullando desesperadamente.

Los gritos de Agustina eran cada vez más débiles y dolorosos.

—¡Miguel!... ¡Miguel!... ¡Socorro!... ¡Que me matan!... ¡Miguel!...

El perro, viendo que Miguel no tomaba el hacha que estaba á la puerta de la cabaña é iba á socorrer á su ama, se alejó de aquel cobarde.

Poco despues cesaron del todo los gritos de Agustina, y Miguel vió á los caldereros montar cada uno en su caballería, volver hácia el *ílsu* ó mojon donde empieza el territorio vizcaíno, y tomar las cordilleras de Saldamando, con direccion á las montañas de Alen.

El perrillo continuaba aullando dolorosamente en el matorral donde se habia perpetrado el crímen y donde hoy se ve una cruz de madera, junto á la cual, al anochecer del 28 de Setiembre de 1859, me contó esta lúgubre historia un jóven de Lazmuñecas, que es la primera aldea vizcaína que se encuentra, pasado el ílsu.

IV

Miguel, así que vió alejarse á los asesinos, tomó el camino de Otáñez, á cuya jurisdiccion pertenece el sitio donde se habia cometido el crímen, para poner éste en conocimiento de la justicia.

Acercábase ya al valle, cuando todavía, en el silencio de la noche, que era ya cerrada, seguia oyendo allá arriba los aullidos del pobre perro.

Conforme iba volviendo en sí de su terror, iba adquiriendo el convencimiento de que su conducta habia sido villana.

—Mi cobardía—se decia á sí mismo—no merece perdon de Dios ni de los hombres. «¡Miguel!... ¡Miguel!...» me gritaba,

en las ansias de la muerte, la pobre Agustina. ¡Y yo no tuve siquiera aliento para responder desde léjos á su clamor, é infundirle esperanza y acobardar á los asesinos!... ¡Cómo, Dios mio, podré yo presentarme, sin morirme de vergüenza, á los ojos de nadie en la tierra en que he nacido, donde el valor y la generosidad abundan tanto!

Y Miguel sintió los ojos húmedos de rabia y vergüenza de sí mismo.

La noche se iba poniendo oscura.

Miguel llegó al puente de los vados, y de repente vió delante de sí al perrito negro de Agustina, cuyos ojos brillaban como dos ascuas.

Miguel quiso hacer una fiesta al perro; pero el perro le gruñó rabiosamente, brillando sus ojos con resplandor más siniestro aún, y desapareció en la sombra de los castañares.

La justicia de Otáñez, acompañada de Miguel, se apresuró á ir al monte para recoger el cadáver de la jóven panadera, ó prestar á ésta auxilio, si aún era tiempo, á cuyo efecto acompañaba al alcalde el cirujano.

Durante todo el camino, Miguel vió pasar y repasar por delante de él al perrito negro, siempre gruñéndole rabiosamente y mirándole con unos ojos relucientes como carbones encendidos; pero lo más singular de todo era que nadie más que él veia al perro, y conforme se iban acercando al sitio del crímen, iban oyendo más distintamente los lúgubres aullidos que daba el pobre animal al lado de su ama.

Al llegar al matorral de alisas encontraron á Agustina cubierta de heridas, y al perrillo negro á su lado.

El cirujano notó que la jóven conservaba aún un resto de

vida. Procuró devolverle el conocimiento, y lo consiguió; pero fué por cortos instantes, pues la infeliz espiró apénas declaró quiénes la habian robado y herido.

El perro siguió tras el cadáver de su ama hácia Otáñez, y Miguel se quedó en su cabaña.

Miguel, para ahuyentar algo el miedo, encendió á la puerta de la cabaña una gran hoguera, se acostó y procuró quedarse dormido.

Cuantas veces despertó aquella noche, y desde su cama de helecho dirigió la vista á la hoguera que ardia delante de la cabaña, vió al perrillo negro junto á la hoguera, siempre enseñándole los dientes y con los ojos relumbrantes.

Así que amaneció, echó sobre las ascuas un pedazo de bacalao, *engañó* con él el pedazo de torta que la tarde anterior habia guardado, segun su costumbre, para obsequiar al perro de Agustina, y bajó al torrente á beber un trago de agua para subir en seguida al bortal á trabajar; pero al ir á echarse de bruces en un remanso que hacía el agua, vió en ésta al perro negro *reguillándole* los dientes, como en aquella tierra dicen.

Alzó la vista á las rocas de la orilla, creyendo que el perrillo estaria encaramado en alguna de ellas, y el agua reproducia su imágen; pero por ninguna parte descubrió al perro, y empezó á sentirse dominado por una especie de terror que no acertaba á explicarse.

Durante todo el dia vió pasar por su lado al perro, y aún creyó oir hácia el matorral de alisas el dolorido grito de «¡Miguel!... ¡Miguel!...» con que la pobre Agustina le habia llamado en vano.

Al declinar la tarde hizo una cruz de madera, la plantó

donde aún se veia la sangre de Agustina, y tomó el camino de las Encartaciones.

V

Miguel fué á los montes de Galdámes, en las Encartaciones, donde hacian carbon unos amigos suyos, guipuzcoanos tambien, á quienes contó lo que le pasaba, y sus amigos le dijeron que se quedase á trabajar allí, y dos de ellos irian á concluir su tarea en el monte de Otáñez. Miguel aceptó gustoso esta proposicion; pero al ponerse el sol aquel mismo dia, vió delante de sí al perrillo negro, que le miraba con ojos centelleantes y dientes amenazadores. La misma aparicion vino á espantarle los dias y las noches siguientes.

El terror comenzaba á trastornar la imaginacion de Miguel, cuyo espíritu no encontraba un instante de calma, ni velando, ni durmiendo.

Una tarde, al anochecer, se retiraba Miguel á la cabaña con su hacha al hombro y muy contento, porque aquella tarde no habia visto al perrillo negro; pero de repente le vió á tres pasos de distancia, como siempre, rechinando los dientes y mirándole con ojos de fuego.

Lleno Miguel de ira descargó tan terrible hachazo sobre el animalejo, que casi le dividió en dos pedazos, y continuando hácia la cabaña, se acostó muy tranquilo, seguro de que no volveria á aparecérsele su constante y terrible perseguidor; pero al dia siguiente el perrillo se le apareció más irritado que nunca, y sin que en su cuerpo se notase lesion alguna.

Entónces el desdichado Miguel determinó huir inmediatamente de Vizcaya, á ver si en Guipúzcoa se veia libre del per-

ro, y se encaminó á Bilbao con objeto de embarcarse en uno de los vapores que viajan entre Bilbao y San Sebastian.

—Ese perrillo—le dijeron sus compañeros—debe ser el diablo, que toma la forma de perro para desesperarte. Si vuelve á aparecérsete, hazle la cruz y verás cómo desaparece.

Miguel bajó á Güénes y tomó Cadagua abajo, resuelto á seguir, en caso necesario, el consejo de sus compañeros.

Más arriba de Alonsótegui existe á la orilla del camino una columna de piedra coronada por una cruz de fierro, y en la columna se lee esta inscripcion: «Aquí murió don Diego de los Hoyos. Rueguen á Dios por él. Murió en 9 de Diciembre, año de 1675.» Cerca de dos siglos ha subsistido en aquella soledad aquel fúnebre monumento, sin que la codicia haya tocado la cruz de fierro, ni la irreverencia haya deteriorado de una pedrada el pedestal. ¡Bendito sea el pueblo que así respeta la memoria de los muertos, y así venera el signo de la redencion!

Al acercarse Miguel á la cruz, con la boina en la mano y rezando un Padre-nuestro por el que allí entregó al Señor su espíritu, vió al perrillo negro al pié de la cruz mirándole con ojos relumbrantes y dientes amenazadores.

No era, pues, el diablo quien le perseguia y le amenazaba: ¡era Dios, era su propia conciencia!

Embarcóse en Bilbao, creyendo que, al ménos durante su viaje á San Sebastian, no le perseguiria aquella horrible vision; pero tambien se equivocó, que al declinar la tarde, cuando el buque se acercaba á San Sebastian, Miguel vió sobre la cubierta del buque al perro negro en la amenazadora actiud acostumbrada.

VI

Miguel habia perdido la razon, puesto que una tarde abandonó la casería paterna, situada cerca de San Sebastian, y se dirigió á la orilla del mar con ánimo de poner término á su desventura, poniendo término á su vida.

En el camino se le apareció el perrillo negro, y esta nueva aparicion, que se repetia todos los dias y en todas partes, le afirmó más y más en su bárbara y sacrílega resolucion.

Llegó á la playa, y buscando una roca á cuyo pié las olas fuesen bastante furiosas para despedazarle instantáneamente, la encontró y trepó á ella.

Al examinar el abismo á que se iba á precipitar, y al pensar en la horrible muerte que iba á recibir, empezó á faltarle el valor para suicidarse, si es que valor puede llamarse al acto de cobardía que lleva el nombre de suicidio.

Apartó sus ojos del mar y contempló el paisaje que se extendia á su vista: á un lado la ciudad hermosa y alegre, y al otro verdes y risueños oteros, blancas caserías y floridas huertas; aquí y allí alegres cantares y repique de campanas, y allá arriba, en la falda de la montaña, el bullicioso són del tamboril que regocijaba á la multitud, entregada á los encantos de la romería.

Miguel pensó que la vida es hermosa, áun para los más infortunados, y desistió del criminal intento de abandonarla voluntariamente.

Cuando se alejaba de la playa, oyó hácia un extremo de ésta un doloroso grito, y al volver la vista vió aparecer entre las olas una hermosa cabeza que desapareció inmediatamente.

—¡Socorro!...—gritó con desolado acento aquella misma cabeza, volviendo á aparecer y desaparecer entre la espuma.

Miguel se acordó al oir aquel grito del de la pobre Agustina, que no se apartaba nunca de su memoria.

Y se lanzó á las olas con la angustia y la abnegacion con que un padre se lanza á salvar á su hija.

Un momento despues apareció sosteniendo en sus brazos á una jóven, que las olas pugnaban furiosas por arrebatarle.

Larga y penosa fué la lucha; pero al fin, Miguel, ensangrentado, casi sin aliento, medio muerto de emocion y de fatiga, salió á la orilla trayendo en sus brazos á la desventurada jóven, á quien acudió á prestar auxilio su familia, que la buscaba desolada.

La jóven á quien Miguel habia salvado era hija de un rico banquero de Madrid, que lloraba de gratitud y alegría estrechando la rústica mano del que habia salvado á su hija.

Miguel emprendió el camino de su casería precisamente al ponerse el sol, á la hora en que todas las tardes se le aparecia el perrillo negro; pero el perrillo negro no se le apareció aquella tarde.

Y pasaron dias y dias sin que volviera á aparecérsele, hasta que llegó uno en que á la puerta de su casa se le apareció, no el perrillo negro, sino el rico banquero de Madrid, cuya hermosa hija habia salvado, para dejarle, en testimonio de su agradecimiento, un saquito que contenia cien onzas de oro.

LA PUERTA DE BRAZO-MAR.

I

Hay en el pintoresco puertecito de Castro-Urdiales un no sé qué, que indica al ménos ilustrado y observador que los fastos de aquella poblacion, construida sobre ásperas rocas azotadas por las furiosas olas del golfo cantábrico, deben contar hechos dignos de ser sabidos por el arqueólogo y áun por todo el que es capaz de sentir la poesía de los recuerdos. Sin embargo, ni el archivo municipal, ni el parroquial de la villa satisfacen la curiosidad del que los consulta, porque ambos han sido devastados por el fuego y quizá por la incuria de los que en tiempos ya lejanos de los nuestros debieron consignar en ellos las vicisitudes de la poblacion, ó al ménos conservar los documentos en que se consignaban algunas de esas vicisitudes. Por otra parte, inútil es pedir cuenta á la tradicion de lo que allí ocurrió en tiempos algo remotos. Algunas personas hay en la villa que han procurado inquirir la historia de aquellos muros, de aquellos templos, de aquellas fortalezas, de aquellas ruinas; pero sus esfuerzos y su buena voluntad se han es-

trellado en la falta de documentos y en la oscuridad, y á veces en el silencio completo de la tradicion oral.

En verdad es mucha lástima que el viajero pregunte inútilmente la historia de aquel monasterio de la Edad Media, cuyas ruinas se ven sobre un altísimo peñon en una de las montañas que dominan á Castro-Urdiales, y la de aquella antiquísima iglesia de Santa María, y aquel castillo, y aquel atrevido puente, y aquella ermita, que se alzan sobre el mar, en la parte más prominente de la península ocupada por la villa, y la del cinturon de fuertes murallas que rodea la poblacion, y la de la misteriosa puerta de Brazo-mar.

A poco más de un kilómetro de la puerta principal de la villa, á la orilla del rio que baja del valle de Sámano, donde tal vez existió el *Amanum portus* citado por Plinio (1), se ve una puerta con todas las apariencias de haber estado fortalecida; todos se preguntan el objeto que aquella puerta tuvo, si la poblacion se extendió hasta allí en tiempos antiguos, ó si circunscrita la poblacion á sus actuales límites, comenzaba allí su recinto fortificado; pero nadie recibe una contestacion categórica, y generalmente esta última suposicion es la que prevalece.

El autor de este libro, aficionado á la villa de Castro-Urdiales, porque en ella están algunos de los recuerdos de su infancia y algunos de los leales amigos que dulcificaron su tristeza cuando hace pocos años fué á pasar algunas semanas en

(1) Con posterioridad á la época en que escribí este libro he hecho estudios que me han dado esta certidumbre y me han hecho conocer antigüedades muy curiosas de aquella costa, y particularmente de las cercanías de Castro.

aquellas pacíficas rocas, ha hojeado nobiliarios, y códices y cronicones para averiguar las antigüedades de Castro, y á este trabajo debe el poder hoy revelar el *misterio* de la puerta de Brazo-mar.

II

Tiene la villa de Castro-Urdiales una gran semejanza con el hombre de verdadero mérito que pasa la vida haciendo heroicos esfuerzos para alcanzar el puesto que á su mérito corresponde, y aunque el triunfo no corona sus esfuerzos, sigue trabajando, trabajando sin que desmayen un instante su aliento y su fe.

Verdadero mérito tiene Castro. Si la mano del hombre perfeccionara un poco la obra de la naturaleza, Castro podria ser un excelente puerto de refugio, de los mejores del proceloso y agitado golfo cantábrico. Pocos ó ninguno hay en las costas del Océano ni en las del Mediterráneo que en el estío ofrezcan al habitante del interior la suave temperatura y el dilatado horizonte marítimo y las verdes montañas y los profundos y tranquilos valles que Castro y sus cercanías le ofrecen. Colocado el observador en el peñon de Santa Ana, sus ojos no se cansan de contemplar el inmenso y agitado piélago, cuya cólera parecen desafiar al Occidente la península de Santoña y al Oriente el cabo de Machichaco. Y si se aleja un poco de la villa, ya caminando por la costa hácia el Oriente y el Ocaso, ya dirigiéndose al Mediodía, la espumosa ensenada de Dícido, las risueñas colinas, y, los tranquilos valles de Onton y Mioño, la quebrada llanura de Urdiales, las altísimas montañas de Cer-

redo, la apacible vega de Sámano, sembrada de blancas caserías que parecen un rebaño de ovejas, cuyo pastor es el campanario que se alza en medio de ellas, las umbrías de Brazomar y Donbergon, los alegres campos de Santullán y la Loma, el ameno y sombrío Otáñez con sus perpendiculares picos calcáreos, y sus palacios, y sus ferrerías, y sus molinos, y su fresco rio sombreado de castañares, todo esto, formando singular contraste con el furioso Océano, que á veces lanza sus olas por encima de las casas de la modesta villa, le hará bendecir á Dios, que tan grande se muestra en la variedad de sus obras.

La desventura pesa hace muchos siglos sobre aquel hermoso pueblo de hidalgos y de pobres y honrados pescadores, que al són del tamboril y de la alegre *vascatibia*, todos los dias, ántes de la alborada, se lanzan en una frágil barquilla al traidor Océano, tal vez para no tornar á ver á los que quedan en la ribera. Incendios casuales en la Edad Media, incendios intencionales por las armadas inglesas en los siglos posteriores, el incendio, el saqueo y la matanza por los franceses casi en nuestro tiempo, no han bastado á abatir el ánimo y la perseverancia de Castro, que sacrificando tal vez el pan de sus hijos á su sed de progreso y honra, construyó hace treinta años una hermosísima carretera desde sus muros á cerca del Ebro; que, hace pocos, ha abierto otra hasta el territorio vizcaíno; que últimamente ha edificado un lindísimo coliseo y una hermosa Lonja de contratacion, y que proyecta otras mejoras dignas de los pueblos más cultos.

III

Allá por los años de 1360, la poblacion de Castro-Urdiales se extendia hasta Brazo-mar, donde daba ingreso á ella una puerta defendida por saeteras y matacanes, siguiendo hasta donde despues se construyó la puerta que hoy da entrada á la villa, una larga y poblada calle en que moraban los principales mercaderes y navieros.

En aquella montaña de forma cónica que domina las marismas de Brazo-mar, habia un castillejo constantemente guarnecido por gente de armas que mantenia á sueldo Fortun Urtiz, rico hidalgo, cuya casa solariega, muy bien fortificada, estaba no léjos de aquella montaña, es decir, en Resasno, cerca de Mioño.

Los moradores de Castro-Urdiales y Fortun Urtiz de Resasno estaban perpétuamente en guerra, porque éste pretendia tener derecho á imponer ciertas alcabalas á cuantas mercancías entrasen en Castro, y aquéllos negaban que tal derecho tuviese.

Tuviésele ó no Fortun, lo cierto es que con ayuda de la fortaleza con que dominaba á la villa, y sobre todo, con que dominaba las vias que conducian á Castro, los servidores de Fortun cobraban alcabala á cuanto atravesaba la puerta de Brazo-mar.

Repetidas veces los castrinos atacaron el castillejo que dominaba la villa; pero defendido éste por la naturaleza y por buenos, aunque pocos, ballesteros, resistió sus ataques, de que se veia libre el castillo de Resasno, pues los moradores de Cas-

tro no se atrevian á atacarle creyéndole mucho más inexpugble aún que el de Brazo-mar, donde al fin, en caso apurado, tenian cerca el refugio que en Resasno no hubieran tenido tan cerca.

Envalentonado Fortun Urtiz con la impotencia de los castrinos para sacudir el yugo que sobre ellos pesaba, redobló sus vejaciones, y un dia los de Castro, en el colmo de la indignacion y la vergüenza, decidieron salir de la villa para no volver sin haber alcanzado la muerte ó la venganza.

Una mañana, ántes de alborear, en ocasion en que dormian muy descuidados los defensores del castillo de Brazo-mar, fué de súbito atacada con inaudita saña la empinada fortaleza por cuantos moradores de Castro podian manejar un arma cualquiera, y media hora despues el castillo era presa de las llamas, y yacian muertos sus defensores.

Animados con aquella victoria los castrinos, se dirigieron inmediatamente á Resasno, y poco despues de amanecer atacaron valerosamente el castillo.

Fortun Urtiz, sus hijos, casi niños aún, sus servidores y hasta su mujer, hicieron prodigios de valor; pero el ataque los cogió tan desprevenidos y los agresores atacaron con tal ímpetu, que todos aquellos prodigios fueron inútiles.

Los castrinos penetraron en la torre de Resasno, y Fortun y su mujer, y sus hijos y sus servidores fueron degollados, y la torre devorada por el fuego.

Poco despues los castrinos, dando gritos de alegría, volvian á la villa, y las campanas de Santa María entonaban el himno de la libertad y la victoria.

IV

Hacía diez años que los castrinos habian sacudido el yugo que hacía pesar sobre su cerviz Fortun Urtiz de Resasno.

Un hidalgo de Sámano, llamado Lope de Sesano, acompañado de un niño como de diez ú once años, que le daba el nombre de padre, se embarcó una mañana en Castro-Urdiales en una nave que pocos instantes despues tomó rumbo hácia Bilbao, donde Lope y el niño desembarcaron algunas horas despues.

Era don Tello señor de Vizcaya (á cuyo Señorío no ha pertenecido ni pertenece Castro) y tenia su residencia en Bilbao.

Lope de Sesano pidió vénia para comparecer á su presencia, y así que le fué concedida, se presentó á don Tello, acompañado del niño con quien se habia embarcado en Castro.

—Señor,—le dijo,—hace diez años los moradores de Castro atacaron el noble solar de Fortun Urtiz de Resasno, y Fortun y su mujer, y sus hijos y sus servidores fueron pasados á cuchillo y entregadas al fuego sus casas; pero en aquella horrible carnicería no murieron todos los hijos de Fortun, que aún quedó uno para heredar sus nobles alientos y vengar á sus padres y sus hermanos. Honrábame Fortun con su amistad, y como su mujer enfermase y no pudiese criar á sus pechos un hijo que tenia de pocos meses, confió su crianza á mi mujer, que á la sazon lloraba la muerte de otro hijo de la misma edad. El hijo del desventurado Fortun, cuya existencia ignoraban los matadores de sus padres y sus hermanos, se ha criado en mi casa con el regalo y el amor con que he criado á mis propios

hijos; pero temo que los de Castro lleguen á saber que existe aún quien vengue la sangre derramada en el solar de Resasno, y quisiera confiarle á vos, que sois noble y poderoso, y podreis educarle y ampararle mejor que yo.

—Como hijo propio le criaré y ampararé,—contestó don Tello, conmovido con aquel triste relato.—¿Dónde está el niño que tan noble y piadosamente habeis criado y amparado?

—Vedle aquí, señor,—contestó Lope, haciendo que el hijo de Fortun se adelantase hácia el poderoso señor de Vizcaya.

Don Tello agasajó y consoló mucho á Lope de Sesano, y desde aquel dia el huérfano de Resasno figuró entre los servidores más queridos y honrados de don Tello.

Mancebo, ya capaz de blandir una lanza, siguió á su señor á las guerras de Aragon, sostenidas entre don Pedro I y don Enrique *el Bastardo*, hermanos de don Tello, y de ellas volvió colmado de honras y con merecida fama de uno de los más valerosos caballeros de aquellos tiempos.

Con licencia y grandes haberes que le dió su señor don Tello, el hijo de Fortun casó con la hija mayor de los infanzones de Mioño, y entónces ya sólo penso en vengar la muerte de su familia y la destruccion de su casa.

Una noche, acompañado de otros caballeros de su linaje y del linaje de los de Mioño, dirigióse á los campos de Santullán, que son media legua de Castro, y poco despues empezaron á reunírsele peones armados, quiénes con lanza, quiénes con ballestas, quiénes con hachas, quiénes con instrumentos de labranza, procedentes de Sámano, de Otáñez, de Onton, de Baltezana, de Agüera, de Guriezo y hasta de las Encartaciones.

Antes de amanecer, aquella muchedumbre se puso en mo-

vimiento hácia Castro, y lanzándose de repente hácia el valle de Brazo-mar, embistió la puerta y los muros de la villa con empuje incontrastable.

En vano los castrinos, llenos de indignacion y espanto, acudieron á defender puerta y muros, que muros y puerta cayeron en pedazos ante la saña de los vengadores del linaje de Resasno, quienes penetraron en la villa, entraron á saco la calle más poblada y rica, la que se extendia desde el rio hasta la puerta de hoy que da entrada á la villa, y despues de pegar fuego á aquella calle, que se llamaba de los Mercaderes, se retiraron á los altos de la Loma cuando ya las llamas dejaban reducida la villa por la banda del Sur á los límites que hoy tiene.

La puerta que hoy existe en Brazo-mar *para nada sirve*, segun la expresion del vulgo; pero sirve para una cosa: para reliquia y memoria de los tristes resultados de las discordias y las venganzas humanas.

El hidalgo de Resasno, no queriendo habitar una comarca que tanta sangre y estrago le recordaba, fué á poblar al valle de Arcentales, en las Encartaciones. Despues de fundar el castillo de Sobre Peñas, hizo fabricar, no léjos de allí, una iglesia, una ferrería y los molinos de las Callejuelas, de los que tomó apellido, que ha transmitido hasta nuestros dias el noble linaje de los Mollinedos.

LA BUENAVENTURA.

(Á FELISA).

I

Al comenzar el año en que esto escribo, recibí por el correo interior cuatro papelitos con lindas orlas. Uno de ellos contenia tu dulce nombre, otro el mio, y los otros dos cada uno una seguidilla. Una de las seguidillas era ésta:

Año mio, si quieres
verme contenta,
cuéntame un cuentecito
de los que alegran;
de los que alegran,
y de paso, las cosas
del mundo enseñan.

¿Cómo un *galan,* aunque sea tan poco galan como yo, ha de desairar á una *dama* tan linda, tan discreta y tan buena como tú?

Voy á contarte un cuento, que si no alegra á las doncellas,

al ménos les dice: «Eh, cuidadito, niñas, en ese paso, que es el más peligroso del camino de la vida.»

Ya sé que tú eres modesta y buena; ya sé que el dolor más santo de las doncellas, el dolor de la orfandad, ha nublado tus hermosos ojos y ha hecho palidecer tus rosadas mejillas; ya sé que ciñendo aún la corona de las vírgenes, abrigas los graves pensamientos y conoces las santas inquietudes de la madre de familia; pero como voy á contarte en alta vez este cuento, no faltará entre las amigas que te rodean quien aproveche la leccion que para tí, Felisa, es excusada.

Oye, pues, cómo la doncella que camina por el mundo con la frente demasiado altanera, se expone á dar con ella en el suelo.

Cármen era una niña muy linda. Su padre era un pobre empleado con ocho mil reales de sueldo; pero á pesar de eso, Cármen, su única hija, se crió con tanto regalo y mimo como las hijas de los marqueses, porque sus padres la idolatraban.

—Mi hija—solia decir su madre en el colmo de su orgullo y de su amor maternal—se ha de casar con un príncipe.

Pero la pobre señora se murió ántes de que su hija tuviera tratamiento de alteza, y su marido se fué tras ella poco tiempo despues, quedando la pobre Carmencita huérfana de padre y madre á la edad de doce años.

El cura párroco de Santa Cruz era tio de la niña, y viendo el desamparo en que ésta quedaba, se la llevó á su casa y le prodigó, si no el mimo que le prodigaban sus padres, el cuidado y el cariño que su desgracia y su hermosura de alma y cuerpo requerian.

La vanidad y la ambicion de ser, si no princesa como la

pobre de su madre habia profetizado, al ménos mucho más que simplemente sobrina del cura, eran el único defecto notable de Carmencita.

Una hermosa mañana del mes de Junio estaba almorzando con su tio y el ama de éste, que era una mujer muy buena, llamada doña Ciriaca.

El almuerzo llegaba ya á los postres. Los postres eran un platito de cerezas, de las que iba á tomar el señor cura, cuando doña Ciriaca se lo impidió, retirando precipitadamente el plato, y exclamando:

—¡Aguarde usted, que voy á ver cuántas cerezas hay aquí!

—¿Y para qué?

—Déjeme usted, señor, que yo me entiendo,—contestó el ama contando las cerezas.

—Apuesto—dijo el cura sonriéndose—que anda en esa operacion la lotería.

—Hay ciento sesenta y cinco. Cinco veces los años de Cristo. Como llegue á encontrar en alguna lotería el billete de este número, de fijo saco un premio grande.

—¡Pero, santa mujer, que ha de ser usted tan boba!...

—Vamos, señor, déjeme usted, que yo sé lo que me hago. Sí, ríase usted, que yo tambien me reiré cuando me salga un terno en los números que esta mañana me ha dado el tio de los pajarracos.

—Doña Ciriaca, no sea usted tonta, eche usted en una alcancía el dinero que gasta usted en cábalas y loterías, y verá cómo se encuentra cada año con un buen premio.

—No se canse usted, señor, que yo me he empeñado en hacerme rica con la lotería, y me he de salir con ello.

—Vamos, á usted hay que dejarla ó matarla,—dijo el cura.

Y se retiró del comedor.

—Yo creo que el tio tiene razon,—dijo entónces Cármen á doña Ciriaca.

—¡Qué sabes tú, tonta!—replicó el ama en voz baja.—Si llego á averiguar una cosa que me han dicho esta mañana, ya puede el gobierno preparar talegas de duros para mí.

—¿Y qué cosa es la que necesita usted averiguar?

—Cuántos escalones tiene la escalera de la torre de Santa Cruz.

—¿Y qué adelanta usted con saberlo?

—¿Qué adelanto? Hacer una combinacion, con la que de seguro lo ménos me caen dos ternos.

—¿Y quién se lo ha dicho á usted?

—Una gitana que sabe más que Merlin.

—¿Pues por qué no lo averigua ella y juega?

—¡Toma! Porque á ella no la han de dejar subir á la torre á contar los escalones.

—Preguntemos al tio cuántos hay, que él debe saberlo.

—No, no me fio yo en él ni en nadie, que si se equivocan en un escalon, adios jugada. Nosotras mismas vamos á subir á contarlos.

—¡Ande usted, que no se va á burlar poco de nosotras el tio!

—Nos guardarémos muy bien de decirle á qué subimos. Mira, dile que deseas subir á la torre á ver lo que se descubre desde allí, que esa curiosidad es más propia de las niñas que de las viejas.

—Bueno, voy á decírselo.

El señor cura volvió al comedor.

—Tio,—le preguntó Carmencita,—¿ha subido usted alguna vez á la torre de Santa Cruz?

—Muchas veces.

—¡Jesus! ¡Cuánto se verá desde allí!

—Como que es el edificio más alto de Madrid. Desde allí se descubren tres ó cuatro provincias.

—¡Ay, qué gusto! ¿Me deja usted subir con doña Ciriaca?

—Si doña Ciriaca se cree con piernas para acompañarte...

—¡Válgame Dios! ¡Qué caprichos tienen estas niñas del dia!—hizo que refunfuñaba doña Ciriaca.—Subiré contigo, ya que tienes ese antojito.

Una hora despues, doña Ciriaca y Cármen emprendian la subida á la torre de Santa Cruz, contando con mucho cuidado los escalones, que doña Ciriaca apuntaba de veinte en veinte.

Al llegar al saloncillo de las campanas, se acercaron á una de éstas y asomaron la cabeza para mirar; pero ambas retrocedieron espantadas del abismo que se ofrecia á sus ojos. Sin embargo, á las tres ó cuatro veces que se asomaron, fueron perdiendo el miedo, y pudieron al fin contemplar con tranquilidad el sorprendente espectáculo de que no han gozado mil de las cuatrocientas mil personas que habitan la capital de España (1).

(1) La torre de Santa Cruz, que señoreaba como ningun otro edificio á Madrid y la llanura en que Madrid se asienta, fué derribada, como el templo á que pertenecia y como el histórico y gloriosamente tradicional de Santa María la Mayor ó de la Almudena, por los revolucionarios de 1869, siendo alcalde de Madrid don Nicolas María Rivero.

A la verdad no se comprende por qué no es la subida á la torre de Santa Cruz lo primero que procura el viajero que llega á Madrid, con ánimo de ver todo lo notable que la capital encierra.

—¡Jesus!—exclamó la inocente Cármen, dirigiendo la vista á la gran llanura, en cuyo centro tiene Madrid asiento.—¡Desde aquí se ve todo el mundo!

—Ni tampoco toda España,—replicó doña Ciriaca, haciendo vanidoso alarde de sus conocimientos geográficos.

—¿Y manda Isabel II en toda esa tierra?

—Y en mucha más.

—¡Ay! ¡Qué dichosa es!

—¿Qué harias tú por mandar en tantas tierras?

—¿Yo? Me echaba de cabeza de esta torre abajo.

II

Cármen, que hasta los diez y seis años habia sido una niña preciosa, pero nada más que una niña, empezó, al llegar á esta edad, á experimentar tal desarrollo, que en un año se transformó en una de las muchachas más hermosas de Madrid.

Un jóven de modesto porte, pero muy guapo, empezó á rondar su calle y á mirar á sus balcones. A Cármen no le parecia costal de paja, pues cuando le veia andar calle arriba, calle abajo, se acicalaba todo lo posible y se asomaba al balcon, correspondiendo con su sonrisa á la sonrisa del galan.

El señor cura lo notó, y la llamó una tarde á su cuarto.

—Hija,—le dijo,—ya sabes que yo te quiero como te queria tu padre, y que deseò tu dicha. ¿Quién es ese jóven que

pasea la calle, y te mira y se sonrie cuando te ve en el balcon?

Cármen se puso colorada como un clavel, y balbuceó algunas palabras, negando que hubiese reparado en el rondador.

—Vamos, hija, dime la verdad y no te avergüences, que el cariño puro y honrado de los jóvenes no tiene nada de vergonzoso. ¿Te agrada ese jóven?

—Sí, señor.

—¿Y sabes qué clase de sujeto es?

—Yo no, señor.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé tampoco.

—Bueno, no te apures, que yo lo sabré, y si le quieres y te quiere, y es digno de tí, te casarás con él, que eres pobre, y el dia que yo te faltase quedarias muy mal.

Al dia siguiente el señor cura puso en conocimiento de su sobrina que el jóven que rondaba la calle era un honradísimo oficial de sastre, con quien habia hablado.

Cármen guardó silencio y se quedó triste y pensativa.

—¿Por qué te has entristecido, hija?—le preguntó su tio.—¿No te agrada ya ese jóven?

—Sí, señor; pero ya ve usted, un sastre...

—Hija, tú no eres ninguna marquesa. Lo que tú necesitas es un hombre de buenas prendas físicas y morales, que te quiera y pueda mantenerte decorosamente. Estas cualidades tiene ese jóven, y harás muy mal en rechazarle porque sea un simple artesano.

—Tiene usted razon, tio.

—Pues bien, el domingo vendrá á pedir tu mano, y espero que no le desaires.

Al dia siguiente, salieron doña Ciriaca y Cármen á ver si encontraban en alguna administracion de loterías un cuarto de billete que tuviese el número de los cuartillos de agua que echan diariamente al vino los taberneros de Madrid, estadística que á doña Ciriaca habia proporcionado un famoso publicista que andaba á caza de datos para escribir una memoria, en que se demostrase que la escasez de agua que en Madrid se experimentaba, provenia del excesivo número de tabernas. Encontráronle en una administracion situada cerca del Hospicio, y como habian llegado tan cerca de la puerta de Bilbao, aprovecharon la ocasion para irse á dar un paseo por Chamberí.

Estaba muy distraida doña Ciriaca, contando los rebuznos que daba un burro, para jugar su número á primer extracto, cuando una gitana vieja y desastrada se dirigió á Cármen, diciendo:

—Rubiecica, más rubia que el sol dorado, y resalada, más resaladica que la sal de las salinas, tú debes tener buena ventura. ¿Quieres que te la diga la gitanilla adivinadora de corazoncitos y cosas venideras?

Al ver que Cármen contestaba negativamente con un gesto desdeñoso, la gitana dió un paso atras para alejarse; pero al reparar en doña Ciriaca, se dirigió á ella, exclamando con alegría:

—¡Noble señora, *mairinica* de la pobre gitana, Dios trae á su merced por aquí, para que su merced y este pimpollo de rosa que la acompaña oigan la buenaventura!

—¡Sí, como acierte usted tanto como cuando me dijo que jugara á la lotería el número de escalones que tiene la torre de Santa Cruz!...—replicó con sequedad doña Ciriaca.

—¡Qué, noble señora! ¿Los contó su merced, y jugó y no sacó el terno?

—Ni tampoco el ambo.

—Pues yo le juro á su merced por las estrellas del cielo, que son cosa muy alta, que si no ganó, contó mal los escalones.

—Los conté desde el primero al último.

—Pues debió su merced contarlos desde el último al primero, que eso le dijo esta gitanica, que sabe lo cierto y no engaña á nadie.

—Pero ¿no era la cuenta igual?

—¡Cómo habia de ser, noble señora!

Doña Ciriaca, cuya inteligencia era tan débil y tan oscura que se anublaba por completo y se embrollaba en cuanto se la esforzaba un poco, se puso á calcular si el número de escalones, empezando á contar desde arriba, era el mismo que empezando á contar desde abajo, y viendo que se confundia, desistió de su cálculo, y se arrepintió de haber dudado de la infalibilidad de la gitana.

—¿Con que decimos la buenaventura á este montoncico de sal y canela?

—Sí, sí; dígasela usted,—contestó doña Ciriaca.

—¡Eh! Dejémonos de tonterías,—dijo Cármen, retirando su blanca y hermosísima mano, que queria coger entre sus manos secas y negras la gitana.

—¿Tontería le llamas á mi *cencia*, serafin del cielo? Cincuenta años hace que digo la buena ó mala ventura á cuantos y cuantas quieren saberla, y nunca mi *cencia* ha errado.

Cármen miró á doña Ciriaca como pidiéndole consejo, y

doña Ciriaca la aconsejó que se dejara decir la buenaventura, porque en efecto la ciencia de la gitana era infalible.

La gitana tomó la mano de la muchacha, y dijo, señalando con su descarnado dedo las rayas de la mano de Cármen:

—Esta rayica que saca la barriga, aunque salen á mirársela la puntica de arriba y la puntica de abajo, es una *E*, y quiere decir *empleo*. Estas dos rayicas que se juntan por las puntas de arriba, como los que bien se quieren, y se separan por las de abajo, como los que se aborrecen, son una *A*, y significan *alto*. Manojito de hebras de oro, buena ventura tienes, que te casarás con un hombre que tendrá el empleo más alto de la corte de España.

Los ojos de Cármen brillaron de alegría y orgullo, y los de doña Ciriaca se inundaron de lágrimas de ternura y de alegría.

—¿Ves, hija, ves? ¡Qué bien decia tu madre, que esté en gloria, que te habias de casar con un príncipe!—exclamó doña Ciriaca abrazando y besando llena de enternecimiento á Cármen.—¡El empleo más alto de la corte!... ¡Tu novio será lo ménos ministro ó cosa así!

Doña Ciriaca y Cármen llegaron á casa tan anchas que no cabian en las enaguas (entónces no se gastaban miriñaques), y lo primero que hizo Cármen fué decir resueltamente al tio que no se casaba con el sastre, porque ella no se peinaba para hombres que tuviesen empleo tan bajo.

Poco despues se asomó al balcon para entregarse allí á su dulcísimo sueño de gloria, y vió parado en la acera de enfrente al oficial de sastre, que la miraba con su acostumbrada sonrisa.

Cármen, en vez de contestar á aquella sonrisa con otra, se

puso más séria que un entierro de pariente pobre, y dando una terrible rabotada, se quitó del balcon.

III

Pasaban meses y áun años, y Cármen estaba cada vez más hermosa. En paseo, en el teatro, en los bailes, donde quiera que iba, la cercaba un tropel de adoradores de oreja, que este nombre merecen todos esos moscones que zumban en torno de la mujer hermosa, que quizá ven por primera vez. Con frecuencia oia declaraciones de amor, que no tomaba por lo serio, tanto porque esperaba mucho, fiada en la prediccion de la gitana, que tenia muy presente, creyendo cada vez más en ella, cuanto porque aquellas declaraciones no se la hacian con la formalidad que debe exigir toda muchacha juiciosa y honrada.

Un jóven muy elegante y guapo la dirigió algunas palabras, no de amor, sino de pura galantería, en un concierto á que asistió con doña Ciriaca, y al dia siguiente se encontró con una carta de aquel mismo jóven, que en toda regla pretendia su mano, diciéndola que su posicion era buena y desahogada, pues era dueño de uno de los mejores establecimientos de comercio de Madrid.

Cármen y doña Ciriaca determinaron celebrar junta para discutir aquel grave asunto con la detencion que merecia; pero se guardaron muy bien de convocar á ella al señor cura, porque no siendo éste sabedor de la prediccion de la gitana, que se habian abstenido de revelarle, porque el buen señor no creia en tales predicciones y llevaba muy á mal que los demas creyeran en ellas, habia de opinar á ojos ciegos y sin admitir dis-

cusion, por que Cármen prometiera inmediatamente su mano al comerciante.

Encerráronse ambas en un cuarto, tomaron asiento, y Cármen, despues de leer el documento que iba á ser objeto de sus deliberaciones, preguntó á doña Ciriaca:

—¿Con que qué le parece á usted?

—¿Te gusta á tí el muchacho?

—Sí que me gusta, porque es muy fino y muy buen mozo.

—Pues á pesar de eso, harás muy mal en casarte con él.

—¿Por qué?

—Porque tú te mereces mucho más que un comerciante.

—¿Y si no me sale otro novio mejor?

—Pero, criatura, ¡si sabes que te ha de salir, si sabes que te han dicho que te has de casar con un hombre que tenga el empleo más alto de la corte, lo cual es lo mismo que decirte que te has de casar lo ménos con un ministro!...

—Tiene usted razon, que me lo han dicho.

—¿Y no crees en ello?

—Sí señora.

—Pues no creerás muy de véras, cuando no echas noramala todos los novios que no sean el prometido.

—¿Cree usted sin la menor duda en lo que la gitana nos dijo?

—Creo como en que me tengo de morir. Si cuando yo era moza hubiera creido, como creo ahora, en la buenaventura, no me hubiera quedado para vestir imágenes. Despues de echarme las cartas y de mirarme las rayas de la mano, me dijo una gitana: «Has de saber, salerosa, que te va á salir un novio alcalde. Dale palabra y mano al primero que te salga,

que ése será el novio que la gitanica te promete.» Pocos dias despues me salió un novio, cuyo nombre me era desconocido; pero como no era alcalde ni siquiera alguacil, pues era un pobre zapatero y nada más, le dí calabazas y creí que la gitana me habia engañado. Pasó lo ménos un año, y fuí á ver á una amiga mia que acababa de casarse, y me encontré con que su marido era el novio que á mí me habia salido, y se llamaba Juan Alcalde. Nadie me volvió á decir por ahí te pudras, y me quedé alpiste por no haber creido á pié juntillas en lo que me dijo la gitana.

—Pues yo no quiero que me suceda lo que á usted. Creo lo que la gitana de Chamberí me dijo, y me decido á dar calabazas al que me escribe esta carta, que muy tonta sería una en casarse con un tendero, pudiendo casarse lo ménos con un ministro y tener excelencia.

—Bien hecho, hija. ¡Ahí es nada la diferencia de un mostrador á una poltrona!

Cármen dió calabazas al comerciante, como se las habia dado al sastre.

Pasaron dos años, y Cármen rechazó á otros dos novios, por la sencilla razon de que su categoría no pasaba de la del comerciante, y ella aspiraba lo ménos á un ministro.

Un dia entró el señor cura en casa radiante de alegría y orgullo, anunciando que traia una gran noticia para Cármen.

Cármen y doña Ciriaca, alborotadas con aquel anuncio y aquella alegría, interrogaron al cura.

—Vamos, ambiciosilla,—dijo éste á Cármen,—que al fin te vas á salir con la tuya de casarte con un hombre que esté cien varas más alto que los sastres.

—¿Qué quiere usted decir con eso, tio?

—Quiero decir que nada ménos que un conde, el conde de Altos-humos, á quien ya conoces de vista, me ha pedido tu mano.

Cármen y doña Ciriaca se miraron como diciendo: «¿Qué t, a, l, tal? ¿Falta ya mucho para que se cumpla la prediccioncita de la gitana?»

—Tio, ¿y qué le ha contestado usted?

—Que necesito consultarte, y que si tú eres gustosa en ello, yo lo seré sobremanera. Mujer, ya supongo que tú aceptarás con mil amores la mano del conde; pero no era cosa de decirle que sí apénas abrió el pico.

—Pues, tio, ha hecho usted bien en no decirle que sí, porque francamente... el conde es buen mozo y rico; pero yo espero casarme con uno que valga más aún.

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!... Muchacha, ¿te has vuelto loca, ó te chanceas?

—Pues, no señor,—saltó doña Ciriaca,—ni se chancea ni se ha vuelto loca la chica. El conde de Altos-humos es noble y rico; pero Cármen se merece otro más alto, y con otro más alto se ha de casar.

—Doña Ciriaca, ¡por María Santísima! cállese usted y no diga disparates, que usted es quien con sus simplicidades levanta de cascos á la muchacha.

—Mire usted, señor, el que se ha de callar es usted, que no sabe de la misa la média...

—¿Cómo se atreve usted,—exclamó el señor cura indignado,—á poner reparos al desempeño de mi ministerio?

—Pero, señor, si yo no digo nada de eso, que lo que digo

es... lo que decia su hermana de usted, que esté en gloria, que Carmencita se ha de casar con un príncipe.

—¡Vamos! ¡Si digo y repito que á usted hay que dejarla ó matarla! Cármen, hija mia, habla tú, que eres más razonable. ¿No aceptas la loca fortuna que Dios te depara?

—Tio, déjeme usted pensarlo, que no es puñalada de pícaro.

—Pues bien, hija, piénsalo de aquí á mañana, que mañana mismo tengo que contestar con un sí ó con un no al señor conde.

Aquella noche Cármen y doña Ciriaca tuvieron nueva junta, y convinieron en que el conde no llenaba las condiciones predichas por la gitana, porque al fin y al cabo era un señor más ó ménos noble, que no tenia más empleo que el de comerse sus rentas.

El señor cura, rojo de indignacion y de vergüenza, llevó al dia siguiente al conde de Altos-humos unas redondísimas calabazas con que le obsequiaba la hermosa Cármen.

IV

Particularmente desde que el conde de Altos-humos pidió la mano de Cármen, Cármen y su consejera áulica doña Ciriaca, esperaban todos los dias ver á una embajada real entrar por las puertas del señor cura párroco de Santa Cruz á pedir la mano de Cármen para un príncipe; pero pasaban meses y meses y años y años, y Cármen rayaba en los veinticinco, y ni siquiera un ministro sin cartera suspiraba por la sobrina del señor cura.

Con el disgusto que esto le causaba, Cármen empezó á desmejorarse, y con gran dolor de su corazon notaba que el número de adoradores de oreja era cada vez menor, hasta el punto de haber dia en que recorria medio Madrid, sin que ni siquiera un torero andaluz exclamasé al verla pasar:

—¡Bendito sea lo bueno!

Doña Ciriaca empezaba á perder su fe en la prediccion de la gitana.

—No te desanimes, hija mia, que todavía no eres costal de paja,—la decia.—Es verdad que en llegando á los veinticinco, nosotras las mujeres vamos hácia abajo; pero ¡qué demonche! como dijo el otro: «El que tuvo, retuvo y guardó para la vejez.» El caso no es para que te desanimes, sino para que no te muestres tan melíndrosa como hasta aquí.

Cármen se acercó con muchos mimos á su tio un dia que éste estaba para hacer gracias, y le dijo:

—Tio, ¿hace mucho tiempo que no ha ido usted por casa del conde de Altos-humos?

—Pocos dias hace que estuve allá.

—¿Y permanece aún soltero el conde?

—Sí.

—¡Válgame Dios, qué tontería hice yo en no casarme con él!

—Calla, mujer, no me hables de eso, porque me desespero cuando pienso en ello.

—¿Y el conde no ha vuelto á decirle á usted nada de mí?

—Ni una palabra. Tiene los humos muy altos para no haberse resentido de tan injusto desaire.

—Tiene usted razon, que fué injusto.

—¿Eso es decir que hoy no rehusarias la mano del conde?

—Le confieso á usted que no. Ya podia usted, querido tio, que tanto me quiere, y que tanto se interesa por mi felicidad, hablar de mí al conde, así... con la habilidad y el talento que usted tiene.

—¡Muchacha! ¿Qué es lo que dices? ¿Te parece decoroso que vaya yo á ofrecerle tu mano?

—No señor, eso no; pero podia usted tantear el vado á ver si el conde renueva su peticion. Ande usted, tio, que usted tiene habilidad para eso.

—¡Válgame Dios! ¡Estas mujeres son capaces de hacer pecar á un santo! Bien, hija, bien; iré á ver al conde, le hablaré de tí, á propósito de cualquier cosa, y verémos por dónde salimos.

En efecto, el señor cura fué al dia siguiente á casa del conde.

—¡Oh, señor cura!—exclamó el conde muy placentero al verle.—Me alegro mucho de que venga usted por acá. Acabo de comprar un precioso niño Jesus de talla para mi oratorio, y quiero que me dé usted su opinion acerca de su mérito artístico.

—Con mucho gusto, señor conde. Vamos á ver esa preciosa escultura. Ya sabe usted que en punto á imágenes la gente de iglesia somos voto.

El señor cura hizo grandes elogios del niño Jesus, que estaba todavía sin vestir, y que en efecto era escultura de mérito; pero á todo esto el buen señor no habia encontrado ocasion de hablar al conde de su sobrina, cosa que le tenia muy caviloso y disgustado.

—¿Con que hoy—le dijo el conde—se quedará usted á comer conmigo?

—Tendria en ello mucho gusto y mucha honra, señor conde; pero no acostumbro á comer fuera de casa. Mi sobrina es tan arreglada, y tan mujer de su casa, que tiene formal empeño en que siempre coma la familia reunida. Un poco de esclavitud es para mí el complacer en esto á Carmencita, pero este buen gobierno vale tanto en una mujer, y sobre todo hoy que tanto escasean las verdaderas mujeres de su casa, las mujeres como mi sobrina, que paso gustosísimo por todo.

El conde, al oir este elogio de Cármen, tan traido por los cabellos, se puso un poco serio; pero recobrando en seguida su amable sonrisa, dijo:

—Ciertamente que Carmencita es una mujer adorable.

—Gracias, señor conde,—contestó el señor cura, reventando de gozo y creyéndose todo un Maquiavelo.—Puedo asegurar á usted que mi sobrina deseará tener ocasion de demostrar á usted su agradecimiento por el buen concepto que tiene usted de ella...

—Pues voy á tomarme la libertad de abusar de su amabilidad.

—¡Qué abuso ni qué ocho cuartos, señor conde!...

—Quisiera que Carmencita, cuya habilidad y cuyo talento son tan grandes, se tomara la molestia de vestir este niño Jesus.

—Con mil amores, señor conde,—exclamó el buen párroco lleno de alegría.—Casualmente para estas cosas se pinta sola mi sobrina. ¡Tal maestra ha tenido en doña Ciriaca!

El cura se dirigia un momento despues á su casa, admi-

rándose de su habilidad para la intriga y la diplomacia, y deseando llegar para dar á su sobrina la buena noticia de que el conde no guardaba el menor resentimiento por las calabazas, puesto que se dignaba pedir un favor á la que se las habia dado.

—Carmencita, ¡victoria! ¡victoria!—exclamó apénas vió á sú sobrina.—Ha triunfado mi diplomacia.

—¡Qué, tio! ¿Ha renovado el conde su peticion?—preguntó Cármen con ansiedad.

—Todo se andará, hija, todo se andará. Por de pronto te pide un favor, te pide una fineza...

—¿Y qué fineza es, tio?

—Que le vistas un precioso niño Jesus...

—¡Infame!... ¡grosero!...—gritó Cármen, echándose á llorar de rabia.—¡Vengarse de mí destinándome á vestir imágenes!...

V

Cármen rayaba ya en los veintisiete años y estaba soltera, no porque esperase aún casarse con un príncipe, sino porque ni siquiera el conde la queria.

El temor de quedarse para vestir imágenes, es decir, de tener que aceptar el empleo que el conde la habia propuesto, era su constante pesadilla.

Doña Ciriaca desconfiaba ya tanto de las gitanas, que se habia acogido por completo á la proteccion del tio de los pajarracos, para hacerse rica.

Tú, Felisa, que como tienes el alma y la cara hermosas, huyes de todo lo repugnante y feo, no te habrás acercado nun-

ca al tio de los pajarracos, y será preciso que en pocas palabras te le dé yo á conocer. El tio de los pajarracos se establece en las calles y plazas de Madrid con una coleccion de aguiluchos y mochuelos, en cuyo criterio confia el vulgo más que en el propio, pues para jugar á la lotería acude al tio de los pajarracos, quien, por cuanto vos contribuisteis, le da la papeleta, que uno de los avechuchos saca con el pico del casillero, donde hay una porcion de ellas arrolladas.

Tal vez tenga razon el vulgo en creer á los animales con criterio superior al suyo.

Doña Ciriaca y Cármen entraron un dia en la tienda de comestibles de donde se surtia el señor cura, con objeto de escoger una arroba de buen bacalao para la Cuaresma. El tendero, que creia, tal vez con razon, que la mejor fineza que podia hacer á sus parroquianas era ensalzar su hermosura, y decirles que estaba muerto por ellas, no quiso privar á Cármen de esta fineza.

—Vamos á ver si nos saca usted buen bacalao,—le dijo Cármen.

—Le tengo hermosísimo, aunque no tan hermoso como usted,—contestó galantemente el tendero.

—¡Ande usted, burlon!

El tendero echó sobre el mostrador dos ó tres bacaladas, que no gustaron á Cármen ni á doña Ciriaca.

—Me parece que no hacemos negocio,—dijo Cármen.

—¡Ay! ¡Cuánto daria yo porque los dos le hiciéramos!—murmuró el tendero á su oido.

—¡Buenas alhajas están ustedes los hombres!—contestó Cármen, sonriendo con toda la gracia que tenia disponible.

—¿No tiene usted mejor bacalao que éste?—preguntó doña Ciriaca.

—¿Mejor que éste, señora? ¡Si éste es bacalao de boda!

—Guárdele usted para la suya,—dijo Cármen.

—¡Si yo he resuelto no casarme!—replicó el tendero.

Y añadió en voz baja al oido de Cármen:

—Pero me casaria, si usted me quisiera.

A Cármen le dió el corazon un vuelco de alegría.

—Pero ¿lo dice usted de véras?—preguntó Cármen al tendero por lo bajo.

El tendero, temiendo que le cogiera la palabra, contestó con una evasiva y mudó de conversacion.

Doña Ciriaca preguntó el precio del bacalao, y exclamó al saberlo:

—¡Jesus, qué caro! Vamos, ya veo que no nos casamos.

—Tiene usted razon, vámonos,—dijo Cármen muy malhumorada, abandonando la tienda.

Pasó un año, pasaron dos. Cármen rayaba en los veintinueve, y pertenecia aún al estado honesto.

Un dia vió al dueño de una zapatería, que era soltero, parado enfrente de su casa mirando á sus balcones.

Cármen recordó que, allá en sus buenos tiempos, la habia echado más de un chicoleo al verla pasar por la puerta de la zapatería, y se estremeció de gozo al ocurrírsele la idea de que por ella hacía el oso en la acera de enfrente.

Más de una vez, al verle parado allí, tomó la mantilla, y con pretexto de ir á la iglesia salió á la calle; pero el zapatero no se le acercaba.

El mal éxito de esta prueba no defraudó sus esperanzas;

Cármen creyó que el zapatero no se atrevia á declararle su amor de palabra, y esperaba que de un momento á otro se le declarase por escrito.

Algunos dias despues, al venir el señor cura de la iglesia, dijo á doña Ciriaca y á Cármen:

—Vamos á tener pronto boda en la vecindad.

—¿Quién se casa?—preguntó Cármen.

—La chica del sastre de la buhardilla.

—¿Con quién?

—Con el zapatero de ahí arriba.

Por primera vez de su vida le ocurrió aquel dia á Cármen pensar qué sabor tendrian los fósforos.

Pasó cerca de otro año.

Doña Ciriaca estaba muy atareada, haciendo, por encargo del señor cura, un traje para la Vírgen de la Soledad. Doña Ciriaca no se incomodaba porque la diesen estas ocupaciones, pues hacía cerca de treinta años que apénas tenia otras, y estaba convencida de que su destino era vestir imágenes, á ménos que le cayese la lotería, pues no hay vieja que vista imágenes siendo rica. Aquí tenemos explicado por qué doña Ciriaca jugaba á la lotería con tal furor.

Una mañana, al llegar el señor cura de la iglesia, dijo á su sobrina:

—Hay que renovarle tambien el traje á la Vírgen de los Remedios. Como doña Ciriaca está tan ocupada, es necesario que tú, Cármen, te encargues de ello.

—¡Tio, tambien usted me insulta!—exclamó Cármen, hecha una serpiente.

El pobre cura cayó en la cuenta de la aversion de su so-

brina á vestir imágenes, y procuró inútilmente aplacar el enojo de Cármen.

Pocos momentos despues, Cármen salió á la calle á comprar, Dios sabe para qué, media docenita de cajillas de fósforos, de esos que huelen á demonios.

El fosforero á quien Cármen se dirigió, estaba descontentísimo de su comercio, que hacía pocos dias habia emprendido, cansado de descansar y harto de ayunar, desde que le habian despedido de la parroquia de San Sebastian, donde desempeñaba el destino de monaguillo. Para disipar su mal humor, se entretenia en echar chicoleos á todas las jóvenes ó viejas, bonitas ó feas, que se acercaban á él.

—¡Benditas sean las rubias, que por una como usted iria yo á presidio!—exclamó al ver á Cármen.

—Déjese usted de conversacion,—contestó ésta,—y deme media docena de cajillas de las que huelan peor.

—¡Qué! ¿Se va usted á suicidar, rubita?

—No lo sé.

—Es que si está usted desconsolada, yo la consolaria.

—¿Cómo?

—Casándome con usted.

Cármen no tenia ya tanta prisa en comprar los fósforos, y la prueba es que se entretuvo hablando con el fosforero más de media hora, al cabo de la cual volvió á casa sin un fósforo para un remedio.

Al dia siguiente, Rufo, que así se llamaba el ex-monaguillo, no vendia ya fósforos, y Cármen anunciaba á su tio, muy contenta, que le habia salido un novio, excelente muchacho, como podrian informar en la parroquia de San Sebastian.

Los informes que del ex-monaguillo dió al tio de Cármen su colega el párroco de San Sebastian, fueron excelentes. En efecto, sólo le habian echado de la parroquia por ser ya demasiado grande para monaguillo.

Cármen tenia mucha prisa de casarse, y su tio, conociendo la razon, apresuró cuanto estaba de su parte el dia de la boda.

—El muchacho—decia el señor cura—no tiene oficio ni beneficio, pero ya le buscarémos por ahí un empleillo cualquiera.

La boda se verificó, y aquel dia Cármen salió hecha un brazo de mar por esas calles de Madrid de bracero con su marido.

Al dia siguiente, el señor cura volvia de la iglesia muy alegre, y apénas entró en casa, exclamó:

—Rufo, te traigo una buena noticia. Alégrate, hombre, que ya no eres paseante en corte. El campanero de Santa Cruz ha hecho dimision, y, así como suena, has obtenido tú su empleo; ¡el empleo más alto de la corte!

—¡Vírgen Santísima!—gritó doña Ciriaca.—¡La prediccion de la gitana se ha cumplido!

Y poco despues tomó la mantilla y se dirigió á Chamberí en busca de la *decidora* de la buenaventura, para pedirle perdon por haber dudado de su ciencia adivinatoria, y sobre todo, para pedirle unos números, con los cuales pudiera sacar un terno que la relevase de vestir imágenes.

GRAMÁTICA PARDA.

I

En tiempo del rey que rabió, daba mucho que hablar el cura de San Babiles, lugarcillo no lejano de la corte.

Era el señor cura hombre de peso, pues no bajaba el suyo de ocho arrobas; pero no era esto lo que le habia hecho célebre: eran sus pretensiones de sabio y sus reprimendas á los que creia ménos sabios que él, que eran todas las personas á quienes conocia, fuesen sábias ó ignorantes.

Casi todos sus feligreses creian que en efecto el señor cura era un pozo de ciencia, y si no digo todos, es porque entre ellos habia uno que en este punto no participaba de la opinion general: este uno era Márcos, el pastor del lugar, que con gran escándalo de sus convecinos, solia decir por lo bajo para que el señor cura no lo oyese:

—*Queris* que os diga lo que á mí me *páice* del señor cura? Pues es que el señor cura no sabe de la misa la média.

Yo no sé si el señor cura sabía á medias ó á enteras la misa; pero sí, que en cuanto á latin, sabía tanto como yo.

Si Márcos tenia pobre opinion del saber del señor cura, el señor cura la tenia pobrísima del saber de Márcos.

No se acercaba éste una sola vez á saludar al señor cura, sin que el señor cura le pusiese de bruto que no habia por donde cogerle, y todo porque el pastor no sabía cómo se llamaban las cabras en latin.

II

El rey que rabió regresaba de una gran cacería, acompañado de los principales personajes de su corte, y se detuvo á descansar un rato y á tomar un tente en pié bajo unos árboles, cerca de San Babiles.

El alcalde de San Babiles, gran admirador de la sabiduría del cura párroco, salió á saludar á su majestad.

—¿Qué tal es tu pueblo?—le preguntó el rey.

—Señor,—contestó el alcalde,—el pueblo no es gran cosa; pero si vuestra majestad fuera por allí, veria un hombre sabio si los hay.

El rey que rabió abrió tanto ojo al oir esto, pues era muy amante del saber, como que rabió de tanto como sabía; noticia que yo no he echado en saco roto para no tener que andar ¡ham! ¡ham!

—¿Y quién es ese fenómeno?—preguntó al alcalde.

—No es *fieromemo*, señor, que es el señor cura del lugar.

El rey se decidió á ir á San Babiles, y en efecto, poco despues llegaba allá y se encaminaba á casa del cura, extrañando que éste no se hubiese apresurado á salir á recibirle.

El cura disculpó su desatencion, diciendo que no habia

salido á recibir á su majestad, porque al saber que su majestad entraba en el pueblo, tenia ya la sopa en la mesa, y no le gustaba comerla fria ni pasada.

Si no fué entónces cuando el rey rabió, sería porque no le diese la gana.

III

El rey tomó asiento en la sala del señor cura é hizo que éste se sentara á su lado.

Los mofletes del señor cura habian cargado ya un poquillo á su majestad; pero su majestad dijo para sí:

—¡Bah! Hago mal en juzgar á este hombre por las apariencias. Si ha preferido comer la sopa en sazon á salir á recibirme á tiempo, será porque profesa la filosofía estoica, y si tiene gordos los mofletes, será porque la satisfaccion de saber mucho le engorda.

En seguida su majestad trabó conversacion con el señor cura, y despues de un cuarto de hora de preguntas y respuestas, sacó en limpio que el señor cura de San Babiles era un glotonazo lleno de ignorancia y vanidad.

Y su majestad dijo para su coleto ó lo que gastase, que eso no he podido averiguarlo:

—Yo haré que á este buen señor le disminuyan un poco esos carrillos de monja boba que tiene, y que demuestran que en lugar de comer para vivir y vivir para servir á Dios y al prójimo, vive para comer y servirse á sí propio. Y no me contentaré con esto, que le daré una leccioncita de modestia, que le enseñará á no tenerse por un sabio, cuando, segun las trazas, el mejor dia revienta de lo contrario.

Ya he dicho que el rey era tan sabio, que de sabio rabió, porque es de advertir que la sabiduría, cuando se mete en camisa de once varas, da ratos muy pícaros. Así es que apénas habló cuatro palabras con el cura de San Babiles, conoció los puntos que calzaba en punto á talento, sabiduría y bondad, el tan cacareado sabiondo.

—Señor cura,—le dijo,—veo que la fama que goza usted de sabio es merecida; pero para convencerme más y más de ello, le voy á hacer á usted tres preguntitas, que de seguro las contesta usted satisfactoriamente, sin que le bullan los sesos, y tanto más, cuanto que le voy á dar á usted un mes de término para que me conteste.

—Pregunte vuestra majestad cuanto guste, que aquí estoy yo para contestar en el acto,—dijo el cura dándose tono.

—Pues bien; hace tiempo deseo encontrar quien acierte á contestar estas tres preguntas: Primera. ¿Cuánto valgo yo? Segunda. ¿En cuánto tiempo podré dar la vuelta al mundo? Tercera. ¿Cuál es el error en que yo estoy pensando? Me parece que estas tres preguntas no le darán á usted mucho que hacer, porque sabios como usted las contestan por debajo de la pata.

—No tanto, señor, no tanto, que las preguntitas tienen un par de perendengues.

—¡Qué han de tener, hombre! Para un zamarro como el que cuida las cabras de San Babiles, no digo que no los tengan; pero no para un sabio como usted. Pero, en fin, no es puñalada de pícaro la contestacion. Hoy estamos á 17 de Abril; de hoy en un mes, es decir, el 17 de Mayo, le espero á usted en mi palacio, donde me ha de dar usted la contestacion; en

la inteligencia de que si acierta usted, le hago archipámpano de Sevilla, y si no acierta, hago que le paseen á usted por las calles de la corte, montado en un burro, y cascándole media docena de azotes en cada esquina.

El señor cura quiso replicar que no admitia el trato; pero su majestad le interrumpió poniendo cara de perro, y diciendo al alejarse:

—Nada, nada; no me venga usted con lilailas; lo dicho dicho, que tengo palabra de rey.

IV

El mes de Mayo comenzaba á correr, y el cura de San Biles no habia podido aún resolver los tres problemas que el rey le habia propuesto.

En vano habia acudido indirectamente á todos sus feligreses, ménos al cabrero, á quien tenia por el más negado de todos. Y digo que habia acudido indirectamente, porque su orgullo no consentia que acudiese de otro modo. Véase de qué modo habia acudido.

—Oye tú, Destripa-terrones; si el rey te preguntase cuánto vale, cuánto tiempo necesita para dar la vuelta al mundo, y en qué error está pensando, ¿qué le contestarias?

Destripa-terrones, como todos sus convecinos, despues de cavilar un rato rascándose la mollera, contestaba que no sabía.

Y el señor cura, dándose tono de que él lo sabía perfectamente, llamaba animal de bellota al pobre Destripa-terrones, y á otro con la misma pregunta y la misma invectiva al ver que recibia la misma respuesta.

El pobre señor cura se desesperaba viendo que se acercaba el término del fatal plazo y la azotaina. Apénas comia ni dormia, que se pasaba los dias y las noches cavila que cavila, unas veces encerrado en su habitacion, y otras recorriendo las solitarias cercanías de San Babiles.

Y con tantas cavilaciones, ayunos y vigilias, su humanidad iba disminuyendo prodigiosamente.

El señor cura enflaquecia, y el cabrero engordaba. La razon de que enflaqueciera el señor cura, ya la sabe el lector; la de que engordara el cabrero, la va á saber.

El cabrero sabía el gran apuro en que el señor cura se hallaba, y engordaba de satisfaccion, porque tenia tirria al señor cura, de quien tantos sofiones habia recibido por la gravísima culpa de no saber cómo se llamaban las cabras en latin.

Llegó el 16 de Mayo, y el señor cura se consideraba ya sobre el borriquito recibiendo los consabidos en los esquinazos de la corte, ó mejor dicho, en otro sitio que no conviene nombrar.

V

Haciendo el señor cura de San Babiles el último esfuerzo de imaginacion en las cercanías del pueblo, se encontró con Márcos.

—Señor cura,—le preguntó el cabrero,—¿qué demonches le pasa á usted qne se va quedando tan desmejorado?

—¿Y á tí qué te importa, grandísimo bruto?—le contestó el cura muy quemado.

—Se lo pregunto á usted por si uno puede...

—¡Qué has de poder tú, animal, cuando ni siquiera has podido aprender la gramática latina!

—Sí señor; pero he aprendido la gramática parda. Mire usted, señor cura, no andemos con *desimulos:* yo sé lo que le pasa á usted, y que mañana lleva una zurribanda en la corte si no se fia usted de mí.

—¡Qué! ¿Sabes tú lo que vale el rey, el tiempo en que su majestad puede dar la vuelta al mundo y el error en que está pensando?

—Dejémonos de eso, señor cura, y vamos á otra cosa. Mañana al amanecer nos *venemos* los dos á estos andurriales y cambiamos de ropa; es decir, que yo me visto de cura y usted se viste de pastor, y miéntras usted queda guardando las cabras de San Babiles hasta la tarde que yo venga para que descambiemos de ropa, yo me planto en cuatro zancadas en la corte, me presento á su *rial* majestad, y le saco á usted del compromiso.

El señor cura echó enhoramala al cabrero que tal desatino le proponia, y continuó cavilando inútilmente por aquellas soledades; pero llegó la noche y llegaron al colmo sus apuros. Entónces no tuvo más remedio que llamar al cabrero y decirle que aceptaba el trato.

Cura y cabrero quedaron citados para el amanecer.

VI

Como el cura habia enflaquecido tanto como habia engordado el cabrero, resultaba que el traje del cura le estaba al cabrero como pintado, y el del cabrero al cura otro que tal.

Márcos tomó el camino de la corte, que distaba cosa de dos ó tres leguas, y el señor cura quedó cuidando las cabras.

Cuando llegó Márcos á palacio, ya el rey, sentado en su trono y rodeado de toda la nobleza de la corte, esperaba al cura de San Babiles.

El cabrero fué introducido en el gran salon del trono, y el rey, al verle, dijo á uno de los ministros que le acompañaban cuando estuvo en San Babiles:

—¡Jesus! ¡Qué desmejorado está!... Bien dije yo que habian de disminuir sus carrillos de monja boba... ¡Pero qué! ¡si está completamente desconocido!

Y su majestad hizo seña al cura de San Babiles para que se le acercara.

—Vamos á ver,—le dijo.—¿Viene usted ya en disposicion de contestar á mis tres preguntas?

—Sí señor.

—Ya sabe usted lo que le espera si no acierta.

—Señor, ya lo sé.

—Vaya la primera pregunta: ¿Cuánto valgo yo?

—Vale vuestra majestad 29 dineros.

—¿Cómo se atreve usted?...—replicó el rey muy ofendido.

—Cristo valió 30 dineros, y creo que vuestra majestad no pretenderá valer tanto como Cristo.

—Me doy por satisfecho,—contestó el rey.—Vamos con la segunda pregunta: ¿Cuánto tiempo necesito para dar vuelta al mundo?

—Si vuestra majestad se monta en el sol, veinticuatro horas.

El rey y sus cortesanos prorumpieron en aplausos al oir

esta contestacion, conviniendo en que era completamente satisfactoria, pues el rey y sus cortesanos eran flojillos en astronomía.

—Ea,—continuó su majestad,—las dos primeras preguntas están bien contestadas. Vamos á ver si con la tercera acaba usted de ganar el archipampanazgo de Sevilla, que es una brevita de las buenas. ¿En qué estoy yo pensando?

—En que yo soy el cura de San Babiles.

—¡Azotaina tenemos!—exclamó el rey.

—¡Azotaina! ¡azotaina!—repitieron los cortesanos llenos de gozo.

—Señor,—replicó el sanbabileseño,—no hay azotaina que valga. ¿No piensa vuestra majestad que yo soy el cura de San Babiles?

—Sí; pero habia de ser un error lo que yo pensara.

—Pues un error es; porque vuestra majestad piensa que yo soy el cura de San Babiles, y soy el cabrero.

—¿Y cómo lo pruebas?—preguntó el rey.

Márcos no pudo contestar, porque en aquel momento penetró en el salon el alcalde de San Babiles, á quien ya el rey conocia, diciendo que venía á poner en conocimiento de su majestad un caso grave que ocurria en el pueblo, y que consistia en haber desaparecido el cabrero y haberse vuelto loco el cura, hasta el punto de haberse vestido de pastor y puéstose á guardar las cabras del lugar.

En pocos momentos quedó probado que el que habia contestado las tres preguntas era el cabrero, y que las tres preguntas habian sido perfectamente contestadas.

El rey que rabió pensó por un momento que á pesar de los

pesares habia allí tela, no sólo para azotar, sino tambien para ahorcar; pero hizo al cabrero archipámpano de Sevilla con diez mil realitos al año, y condenó al cura á no quitarse el traje de cabrero, ni abandonar las cabras de San Babiles hasta el 17 de Junio inmediato.

Se conoce que su majestad estaba aquel dia más para gracias que lo está hoy el autor de este cuento.

LA COMPOTA.

I

Este era un rey, pero no sé de dónde, pues la historia debe estar ya tan fastidiada de preguntas y respuestas, que no me he atrevido á preguntárselo. Lo único que sé es que se llamaba Perico, que estaba casado con una tal Mari-Castaña, y que se pasaba la vida pensando cómo se las habia de componer para formar un buen ministerio, y diciendo, al ver que todos los que formaba le salian malos:

—¡No, pues como á mí se me hinchen las narices!...

La reina Mari-Castaña era una gran cocinera, y miraba con indiferencia la política. Entónces no estaban aún en íntimas relaciones la política y la cocina, porque á los ciudadanos de aquel tiempo, como eran todos unos barbarotes, no les habia ocurrido una cosa muy sencilla: que para fortalecer el corazon basta fortalecer el estómago, su vecino, y que para encender el fuego pátrio basta una media chispa.

El rey Perico estaba muy quemado con la indiferencia política de su mujer, y eran muy comunes entre sus majestades peloteras del tenor siguiente:

—¿Sabes, mujer, que voy á variar de principios?

—No hay dia que no varíes.

—Estás muy equivocada, que no he variado nunca.

—¡Jesus qué hombre tan embustero! ¡Pues apuradamente tengo yo poco cuidado de que nunca salga á la mesa dos dias seguidos un mismo principio!...

—Pero mujer, si se trata de otros principios...

—Pues no puedo ponerte otros, que en la plaza va todo por las nubes, y ya no sabe una de qué echar mano.

—¡Dále bola! Con tu pícara aficion á la cocina haces unas ensaladas...

—¡Tunante! ¿Qué tienes tú que decir de las ensaladas que yo hago? Ni el rey, con ser rey, las come mejor que la que has comido hoy.

—¡Vaya una pata de gallo!

—¡Qué! ¿Estaba malo el gallo en pepitoria?

—Mujer, óyeme y no me quemes la sangre.

—¿Te atreverás á decir que estaba quemada la sangre con cebolla que almorzaste esta mañana?

—No digo tal cosa. Lo que digo es que no hay modo de entenderse contigo, y te dejo ántes que se me hinchen las narices.

Y la pelotera terminaba yéndose el rey á su despacho á ocuparse en los asuntos políticos, y la reina á la cocina á ver si espumaba el puchero.

Estos altercados daban muy pícaros ratos al rey Perico. El rey se tentó una mañana las narices, y pareciéndole que estaban un poco hinchadas, se decidió á prohibir formalmente á su mujer la entrada en la cocina; pero un suceso inesperado vino

á hacerle mudar de parecer, y por consiguiente, á probar que no habia tal hinchazon.

Como el rey salia pocas veces de palacio y la reina salia todas las mañanitas á la compra, resultaba que quien recibia los memoriales dirigidos á sus majestades era la reina. Una mañana estaba ésta en la pescadería, disputando sobre si la merluza habia de ser á tres ó á tres ménos cuartillo, cuando se acercó un pobre cesante, que le dió respetuosamente un memorial, y echó á correr.

El memorial estaba concebido en estos términos:

«Señor: El exponente es un súbdito leal de V. M., y por más señas cesante, pues los pérfidos consejeros de V. M. le limpiaron el comedero para colocar á un burro, de la familia de uno de ellos. Así pues, no puede ménos de poner en conocimiento de V. M. que sus desleales ministros están amasando un gran pastel; y no dice más, porque á buen entendedor, etc.»

—¡Qué osadía! ¡Qué audacia! ¡Qué iniquidad!—exclamó la reina Mari-Castaña, bramando de cólera al leer este memorial. ¡Haber en palacio quien se atreva á hacer pasteles, olvidando que esa es una especialidad mia! ¡Haber en palacio quien quiera echarme la pata precisamente en lo que más noble gloria me proporciona! ¡Lo sabrá el rey inmediatamente, y si su majestad es tan calzonazos que no ahorca á esos traidores más pronto que la vista, nos verémos las caras!

Y la reina echó á correr á palacio cada vez más furiosa.

—¡Perico!—gritó á su marido.—Lee, lee ese memorial, y ve en lo que se entretienen tus pérfidos consejeros. Ahórcalos inmediatamente, no tengas misericordia con ellos, ó si no, el

mejor dia en lugar de echarte sal en el puchero, te echo soliman de lo fino.

El rey Perico sospechó que el pastel de que hablaba el memorial era más indigesto de lo que la reina se figuraba, y empezó á hacer averiguaciones con la prudencia y sagacidad que requieren los negocios de Estado. De estas averiguaciones resultó que el pastel que amasaban sus ministros, tenia por objeto nada ménos que destronarle.

Presos los desleales consejeros, fueron sentenciados á muerte.

No hallando misericordia en el rey, á quien por primera veź de su vida se le habian hinchado un poco las narices, acudieron á la reina. Al saber la reina que el pastel de que eran culpables los ministros no era de los que ella hacía con tanta perfeccion, intercedió tan eficazmente con su augusto esposo, que á éste se le deshincharon las narices.

—Ea,—dijo el rey á su mujer,—ya que te empeñas, les perdono la vida, y me contento con que salgan desterrados del reino. Hay que confesar que para hacer pasteles te pintas sola.

Al oir la reina este elogio, se puso tan ancha, tan ancha, que desde aquel dia data la pícara invencion del miriñaque.

—¡Vean ustedes—pensó para sí el rey Perico—por dónde demonios la aficion de mi mujer á la cocina me ha librado de una catástrofe! Si mi mujer no hubiera tenido la manía que tiene, hubiera envuelto la merluza con ese memorial, y yo no hubiera podido averiguar la que me estaban armando esos tunos. Hay que convenir en que Dios no hace las cosas á humo de pajas. Dejemos á mi augusta esposa que siga con la manía que Dios le ha dado. Pero ¿cómo demonches me las compondria

yo para librarme de tanto y tanto pícaro como me rodea? Sucede que los malos corrompen á los buenos, y la corrupcion se va haciendo tan general, que á la vuelta de pocos años, si esto sigue así, no voy á tener un servidor honrado. La culpa me tengo yo por ser tan bragazas; pero ¡canario! como un dia se me hinchen de véras las narices...

II

El digusto del rey Perico con la corrupcion que se iba apoderando de sus servidores iba en aumento, y en aumento iba tambien la aficion de la reina Mari-Castaña al arte culinario.

Ocasiones habia en que el rey daba al demonio esta aficion, pero muy pronto se conformaba con ella y hasta la aplaudia recordando lo del pastel, y pensando que si Dios habia dado á la reina aquella aficion, ya sabía Dios lo que se hacía.

Un dia se recibió en la corte noticia de que el rey de Jauja, aliado y pariente del rey Perico, se disponia á visitar á este último.

La alegría de la reina Mari-Castaña no tuvo límites con esta noticia, porque se le iba á presentar á la augusta señora ocasion de lucir sus dotes de cocinera.

—¡Como quien no dice nada, vamos á tener á comer al rey de Jauja, donde se come y se bebe y no se trabaja!—exclamaba Mari-Castaña, saltando de gozo como una chiquilla.—Un juez tan competente como ése era el que yo necesitaba para que se apreciasen debidamente mis trabajos, cuyo mérito no comprenden paladares vulgares como el de mi augusto es-

poso. Necesito averiguar qué platos son los favoritos de su majestad jaujesa, y lo averiguaré, aunque me cueste el oro y el moro.

En efecto, la reina Mari-Castaña envió á Jauja con aquel importante objeto á un tal Cachano, sujeto de toda su confianza; pero pasaban dias y dias, y aunque la reina llamaba á Cachano con dos tejas, Cachano no volvia. Envió otro sujeto con la misma comision, y tampoco volvió. Envió el tercero, y tambien se quedó por allá.

Entónces no tuvo más remedio que contar al rey lo que le pasaba, á ver si el rey adivinaba en qué consistia aquello.

—¿En qué ha de consistir?—le contestó.—En que se quedan allá porque en Jauja se come y se bebe y no se trabaja.

—Pero esos canallas debieron haber recordado que yo soy reina de su patria.

—Pero han recordado que la barriga es reina del mundo.

—¡Así se les vuelva veneno!...

—No te dé cuidado, mujer, que yo daré instrucciones reservadas á mi ministro plenipotenciario en Jauja, para que averigüe y me diga qué manjares prefiere nuestro augusto aliado.

El rey Perico cumplió su promesa, y pocos dias despues recibió una comunicacion de su representante en Jauja, anunciándole que el manjar favorito de su majestad jaujesa era la compota de manzana.

Las manzanas eran fruta rarísima en los estados del rey Perico. Sin embargo, se logró reunir una cesta de ellas, y la reina las guardó siete estados bajo tierra, temerosa de que les metiesen mano los chicos, que eran el enemigo malo.

Al fin llegó el rey de Jauja, y hubo en su obsequio repique de campanas, novillo de cuerda, iluminacion y besamanos.

Y á propósito de besamanos, debo advertir que sucedia una cosa muy singular en la corte del rey Perico y la reina Mari-Castaña. Todos los vasallos de estos augustos monarcas se daban de pescozones por besar la mano á la reina, y se relamian los labios despues de haberla besado. ¡Lo que es tener con frecuencia la mano en el guisado!

Era la víspera del gran banquete en que el rey Perico y la reina Mari-Castaña iban á obsequiar á su majestad jaujesa.

El rey Perico estaba en su despacho pensando en dos cosas: primera, cómo se las habia de componer para formar un buen ministerio; y segunda, cómo se las habia de amañar para celebrar con el rey de Jauja un tratado de extradicion de criminales, en que para evitar lástimas en sus estados, se estipulase que los criminales se extrajesen ahorcados y todo.

En estas sérias cavilaciones estaba, cuando cate usted que viene la reina llorando como un becerro, y arrancándose los pelos á puñados.

—¡Ay, Perico de mi alma, que somos perdidos!

—Pues, ¿qué es lo que pasa, mujer?

—Una gran desgracia.

—Explícate con doscientos mil demonios, que no me llega la camisa al cuerpo.

—Me he encontrado podridas todas las manzanas.

—¡Vaya una embajada! Pues échaselas á los cerdos.

—¡No estás mal cerdo tú!

—¡Mujer, no me hurgues, que se me hinchan las narices!

Y así diciendo, el rey dió con la puerta en las suyas á la reina, que se retiró llorando sin consuelo, porque ya no podia hacer la compota de manzanas, en que fundaba sus más legítimas esperanzas de gloria.

Preocupado el rey Perico con los graves negocios de Estado, no volvió á pensar en el conflicto en que se veia su mujer, y al dia siguiente, á la hora de comer, se sorprendió no poco al ver á la reina completamente tranquila, ó por mejor decir, alegre y satisfecha.

La gran comida empezó.

Al rey de Jauja se le alegraron los ojillos al ver el primer plato.

—Vuestra majestad—le dijo el rey Perico—encontrará poco apetitosos los manjares de esta tierra, acostumbrado á los de Jauja, que en punto á manducatoria es el país que lleva la gala.

—¡Ca! Está vuestra majestad errado. En Jauja sabe á demonios cuanto uno come.

—¡Pues, hombre, si dicen que en Jauja se come y se bebe y no se trabaja!

—Justo y cabal.

—Pues entónces no comprendo...

—¡Jesus, que torpe es vuestra majestad! Como en Jauja no se trabaja, hay que comerlo todo crudo.

—¡Toma, y que tiene vuestra majestad mucha razon! Pues no habia yo caido en eso. Hace mucho tiempo que ando dándole vueltas á un proyecto para la supresion del trabajo en mis estados, pero le voy á dar carpetazo, porque si suprimo el trabajo, estará todo patas arriba.

—Como sucede en Jauja.

—Hombre, ¿por qué no trabaja vuestra majested para restablecerle allí?

—¿Que por qué no trabajo? Porque allí no se trabaja.

—Y á propósito de proyectos y trabajos de Estado, quisiera que entre vuestra majestad y yo celebrásemos un tratado de extradicion de criminales.

—No tengo inconveniente. Vaya vuestra majestad apuntando sus condiciones.

—La primera que pongo es que mis súbditos se han de extraer ahorcados y todo.

—Eso no puede ser, amigo.

—¿Y por qué?

—Porque en Jauja no se trabaja.

—¡Pues es una gaita eso!

En estas y otras conversaciones no ménos apetitosas, el rey de Jauja comia como un sabañon, y la reina reventaba de orgullo, y rabiaba por decir que ella era la autora de los guisos que tan á su gusto encontraba su majestad jaujesa, pero se contenia aguardando la verdadera oportunidad de abandonar el incógnito.

Esta oportunidad llegó al llegar á la mesa una magnífica compota de manzanas, que hizo dar al rey Perico un grito de sorpresa, y al rey de Jauja un grito de gula.

En un abrir y cerrar de ojos se embutió su majestad jaujesa un platazo de compota, y se dispuso á embutir otro.

—Parece—le dijo la reina—que la compota no le disgusta á vuestra majestad.

—¡Qué me ha de disgustar, señora, si se come uno los de-

dos tras ella! En mi vida he comido cosa más rica. Es cosa de gritar que salga el autor.

—El autor—dijo la reina desfalleciendo de emocion y alegría—es esta humilde servidora de vuestra majestad.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritó el rey de Jauja con la boca llena.—¿Cómo demonio se las ha compuesto vuestra majestad para hacer cosa tan rica?

—Le daré á vuestra majestad la receta para que su augusta esposa...

—No se moleste vuestra majestad, porque en Jauja no se trabaja,—interrumpió el huésped á la reina, sirviéndose el tercer plato de compota y desabotonándose el chaleco para desahogar un poco la barriga.

La comida terminó alegremente, y miéntras el rey de Jauja se retiraba á su cuarto á reposarla, la reina Mari-Castaña se retiraba al suyo con más orgullo que una reina.

El rey de Jauja partió á la mañana siguiente, despues de besar la mano á la reina, relamiéndose los labios como cada hijo de vecino, y despues de honrar nuevamente á aquella augusta señora, pidiéndole para el camino los restos de la compota de manzanas.

—Pero, oye,—dijo el rey Perico á su mujer,—¿cómo te las compusiste para hacer la compota, que estaba diciendo comedme?

—Mira, ya sabes tú que por muy podrida que esté una cesta de manzanas, siempre hay algunas sanas, ó poco ménos, que son riquísimas, como no pueden ménos de serlo, habiéndose conservado sanas entre la general corrupcion. Pues separé todas las sanas con muchísimo cuidado, y con ellas hice la sa-

brosísima compota que tan estrepitoso triunfo me ha valido.

—¿Y qué hiciste con las podridas?

—Las eché inmediatamente al muladar.

—Pues vengan esos cinco, y adios, que voy á ver si me doy tan buena maña como tú á hacer compota.

Al dia siguiente amaneció el rey Perico con las narices hinchadas como un tomate, y metiéndose entre sus vasallos, separó los pocos sanos de los muchos podridos, hizo con los sanos una riquísima compota de ministros, capitanes generales, gobernadores, magistrados, etc., y echó los podridos al muladar, y quien dice el muladar, dice á presidio.

Suplico á los señores periodistas que reproduzcan este cuento siempre que haya crísis ministerial, y sobre todo, suplico á los señores reyes que cuando hagan compotas, tengan mucho cuidado de no echar á la compotera las manzanas podridas y al muladar las sanas.

FIN DE LOS CUENTOS POPULARES.



APÉNDICE.

Las siguientes notas pertenecen á las ediciones anteriores. Hoy se pudiera añadir mucho sobre lo que la literatura extranjera, y sobre todo la alemana, ha honrado á este libro y otros mios; pero no quiero ocuparme en esta historia por mucho que me halague, porque duplicaria las páginas de mis humildes y afortunadas obras.

LAS VECINAS.

Es innegable que la literatura, y sobre todo la literatura popular, ejerce gran influencia en las costumbres. No hay necesidad de decir que esta influencia es buena ó mala segun es la literatura. Citarémos un hecho como una prueba más de esta influencia. El cuento á que se refiere esta nota se publicó por primera vez en *Las Novedades*, diario que tenia gran circulacion, y dos dias despues recibí la siguiente carta, cuyo original conservo con más cuidado que conservaria un diploma académico:

«Muy señor mio: Aunque no tengo el honor de conocer á usted, ni usted »me conoce, me tomo la libertad de escribirle, para decirle á usted que mis »hijos y yo rogarémos siempre á Dios por que le dé tanta dicha como usted »nos la ha dado con el artículo que puso anteayer en *Las Novedades*, pues »mi esposo se habia separado de nosotros hace más de medio año tan sólo »por tonterías de su genio y el mio, y en cuanto ha leido lo que traia el pe»riódico ha vuelto á casa y todo se ha acabado, aunque todos los amigos

»de casa no habian podido convencerle para que volviera y viviésemos en »paz y en gracia de Dios.

»Dispense usted que no ponga mi nombre ni dónde vivimos, pues ya co»nocerá usted por qué lo hace su segura servidora, Q. S. M. B.—*G. B.*»

LA OBLIGACION.

Todavía existen las personas que juegan en este cuento, en que me he limitado á referir los hechos casi tales como pasaron.

CASILDA.

De este cuento conozco una traduccion portuguesa, otra francesa, hecha en Bélgica, otra alemana, y otra inglesa hecha en Nueva-York. Es inútil advertir que está sacado de la vida de Santa Casilda, vida que ha inspirado á la señora doña Dolores Gomez de Cádiz, un bellísimo libro, que rebosa en todas sus páginas talento y poesía.

JAUN-ZURÍA.

Años há que el editor de un periódico literario me pidió con muchas instancias un cuento, advirtiéndome que me le pagaria bastante bien. Escribí éste con cuanto esmero me fué posible, y se le envié al editor, que le publicó, y me mandó á decir pocos dias despues que no me le pagaba porque el cuento *era bastante seco.* A pesar de su sequedad, *Jaun-Zuría* mereció grandes elogios de una ilustrada *Revista* belga, que publicó una excelente traduccion, y no ha merecido ménos benevolencia de otros periódicos nacionales y extranjeros que le han reproducido.

Este cuento encierra para mí el recuerdo de la pérdida de un buen amigo y la de un precioso manuscrito, en que estaba sustancialmente consignada la tradicion vizcaína que yo seguí. Una familia de orígen vascongado, que llevaba el apellido de Lóizaga, dignamente reprentado hoy en el señor don Timoteo de Lóizaga, regaló á un amigo mio, llamado don Francisco Dastys, un manuscrito referente á las cosas de Vizcaya, con objeto de que Dastys, que sabía que aquella familia me trataba personalmente, me le co municase. El manuscrito era realmente precioso. Hácia el siglo XVI, cierto

sujeto escribió á un caballero vizcaino muy anciano y conocedor de las cosas de su país, á cuyo gobierno habia pertenecido muchos años, pidiéndole noticia de las cosas de Vizcaya. El anciano recopiló en ocho ó diez pliegos de papel lo más curioso que sabia, que era mucho, y envió el manuscrito á su amigo. (1) Este manuscrito fué el que vino á mis manos. Apénas le habia hojeado, Dastys me le pidió para que le viese un amigo suyo, prometiéndome devolvérmele dos ó tres dias despues. Esto era en Julio de 1854. Dos dias despues estalló la revolucion, y el pobre Dastys fué muerto de un balazo en la Puerta del Sol, al dirigirse á su casa, y todos los esfuerzos que despues hice por averiguar el paradero del precioso manuscrito fueron infructuosos.

EL PRÍNCIPE DESMEMORIADO.

En un libro muy curioso, titulado *Galateo español*, escrito por Lúcas Gracian Dantisco, é impreso por primera vez en 1700, con los correspondientes sonetos laudatorios, entre los cuales hay uno de Lope de Vega, sobremanera hiperbólico, se ingiere un cuento que lleva el título de *Novela del gran Soldan con los amores de la linda Axa y el príncipe de Nápoles*. De esta novela ó cuento tomé el pensamiento del *Príncipe desmemoriado.*

LOS CONSEJOS.

Este cuento es muy conocido con el título de *Los tres consejos*. No sé si tal como yo le cuento será digno de figurar en un libro; pero tal como el pueblo le cuenta, de seguro no lo es.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

Este cuento, ó más bien este episodio de viaje, es rigurosamente histórico.

(1) Cuando escribí esta nota no tenia yo el conocimiento de la historia y la bibliografía de Vizcaya que luégo he adquirido y no sabía que el manuscrito en cuestion era una copia del cuaderno de noticias del Señorío, escrito por Tomas de Goicolea. Este cuaderno inédito apénas se conoce más que por las citas que de él hacen algunos de los que han escrito de las cosas de Vizcaya.

LA ZORRA Y EL LOBO.

En las provincias del Norte es muy popular este cuento, al que se añade una porcion de travesuras de la zorra, de que he prescindido por parecerme poco ingeniosas. Allí no solamente se atribuye á la zorra sagacidad, sino tambien gracia. Siendo yo muy niño me contaba mi madre, que esté en gloria, entre otros, el siguiente cuentecillo, que se comprenderá mejor sabiendo que uno de los rios más caudalosos de las Encartaciones pasa por el concejo de Sopuerta, donde pasé la niñez, y desemboca en el mar en Pobeña:

«Queriendo la zorra alcanzar unas uvas muy ricas que estaban sobre el rio, se cayó al agua. La corriente era muy impetuosa, y la zorra, por más esfuerzos que hacía, iba rio abajo. Una porcion de gente que estaba á la orilla del rio vió á la zorra y empezó á reirse y burlarse de ella.

—»Señores burlones, dijo la zorra, si piensan ustedes que siento el percance, se llevan ustedes chasco. A Pobeña tenia que ir á unas diligencias; y ya ven ustedes que me ahorro gastos de caballería.»

LA BALLENA DEL MANZANÁRES.

Se da mate á los madrileños contando que éstos se alborotaron un dia con la noticia de que habia aparecido una ballena en el Manzanáres, y que al bajar al puente de Toledo provistos de toda clase de instrumentos para pescar y descuartizar el gran cetáceo, se encontraron con que la ballena era la albarda de un burro. ¡Bien caros cuestan al *pobre* Manzanáres los elogios que sin culpa suya le han prodigado los poetas!

LAS ANIMALADAS DE PERICO.

Tambien es este cuento popular, si bien, como en todos los del mismo orígen, no he conservado más que el tono y los episodios más ingeniosos.

EL CAMINO TORCIDO.

Tan no es cuento este cuento, que el dia en que escribo esta nota me ha asegurado don Fernando, el marido de Elisa, que va á dar de puntapiés á

Víctor el dia que vuelva á ver en los periódicos algun epigrama suyo alusivo á su mujer.

LA MUJER DEL ARQUITECTO.

Esta es una de las tradiciones toledanas que el señor Latour ha recogido y consignado en su hermoso libro *Toledo y las orillas del Tajo.*

OFERO.

Si bien recogí de un campesino este cuento, no creo que sea popular en España. Me han dicho que en algunas comarcas de Italia lo es mucho, y allí San Cristóbal viene á ser el Hércules ó el Sanson del Cristianismo.

LA ENAMORADA.

Este cuento, que por cierto es de todos los mios el que ménos me gusta, es esencialmente histórico.

DE PATAS EN EL INFIERNO.

La idea de este cuento, mala ó buena, me pertenece por completo.

EL PERRO NEGRO.

Atravesábamos, ya de noche, algunas personas de mi familia y yo el monte de Otáñez con direccion á las Encartaciones, y casi al llegar á la mitad de aquella soledad, nos alcanzó un jóven conocido de mi hermano, nos saludó afectuosamente y continuó su camino con nosotros.

—¿Viene usted de Castro?—le pregunté.

—No señor; he venido á Otáñez en busca de una oveja que se me ha extraviado, y como me han dicho que ustedes habian pasado hácia Vizcaya, he echado á correr para alcanzarlos, porque lo que es de noche no paso yo solo el monte de Otáñez.

—¡Pues qué! ¿Hay por aquí ladrones?



—¡Ca! No señor. Por esta tierra bien puede usted andar con una bolsa llena de onzas en la mano, que nadie se meterá con usted.

—¿Y entónces qué teme usted?

—¿Qué temo? Que me salga el perro negro,—contestó el jóven sonriendo.

Esta contestacion excitó mi curiosidad, que el jóven se apresuró á satisfacer, áun á riesgo de fastidiar á mi hermano y mis sobrinas haciéndoles escuchar un cuento que ya sabian. Cuando el jóven acababa de contar el cuento, llegamos á la cruz colocada por Miguel donde fué asesinada Agustina. Mi terror era tal, que creí ver al perrillo negro entre las alisas que dan sombra á la cruz. Despues de haber escrito este cuento he adquirido noticias más fidedignas acerca de los autores de aquel crímen, y difieren de las que me dió el muchacho.

LA PUERTA DE BRAZO-MAR.

Si algun interes tiene este cuento, ó más bien artículo, es puramente local; pero le incluyo en este libro porque el episodio histórico que he referido era realmente desconocido de las personas más conocedoras de la historia de Castro-Urdiales. Debo su conocimiento á un manuscrito que posee un amigo mio y á unos libros de genealogías que poseo. Para conocer las guerras de bandería y los linajes que hubo en Castro en la Edad Media, léase el *Libro de las buenas andanzas e fortunas*, que escribió Lope García de Salazar en 1471 y permanece inédito. De esta obra, de su autor y de las guerras de los Salazares, he dado larga noticia en los CAPÍTULOS DE UN LIBRO.

LA BUENAVENTURA.

Este cuento es popular en Madrid. La persona á quien está dedicado es la señorita doña Felisa del Barco, hermana del distinguido escritor y abogado don Luis, ya difunto.

GRAMÁTICA PARDA.

Este cuento es popular en España y en muchos países extranjeros, con la circunstancia de que en Francia, en Suiza y en Alemania, se cuenta que el eclesiástico presumido de sabio era el abad de un monasterio.

LA COMPOTA.

Se escribió este cuento en 1864, y por tanto no se halla en las dos primeras ediciones de este libro. Algunos periódicos políticos de Madrid tomaron pretexto de su *moraleja* para discutir sobre el acierto con que se forman los ministerios en España. El autor del cuento, que pasa por escritor candorosísimo, se llenó de asombro al ver que le atribuian *malicia* política, que nunca ha tenido.

EL LIBRO

DE

LOS CANTARES

SÉTIMA EDICION

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICION.

El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento, que, en mi concepto, es el alma de la poesía. Su expresion es comunmente desaliñada; pero en cambio, siente mucho y apénas hay género de poesía que no le sea familiar. Por la mañana le vereis en una procesion elevando piadosos himnos á la MADRE DEL AMOR HERMOSO, dulcísimo nombre que el instinto poético del pueblo cristiano ha dado á la Madre de Jesus;—por la tarde le hallareis en las riberas del Manzanáres entonando seguidillas llenas de picaresca sal;—y por la noche le oireis cantar su amor bajo la ventana de su novia, suavizando con sus lágrimas las cuerdas de su guitarra;—unas veces respeta la gramática, y otras la destroza;—tan pronto se remonta á las nubes como se arrastra por el suelo;—ora es púdico como una vírgen, y luégo es obsceno como una ramera;—pero casi siempre es original y poeta, en todo halla poesía, todo es objeto de sus cantares.

El pueblo va narrando en verso la historia de su corazon conforme la va sintiendo, como narraba Ercilla, el poeta oriundo de mis queridas montañas, la conquista de Arauco.

En las coplas populares veo yo algo más que coplas: veo amores desdeñados y amores correspondidos, traiciones y fidelidades, placeres y dolores, alegrías y tristezas. Cada copla popular es para mí un capítulo de la historia de un corazon.

Los recuerdos de mi niñez suministran ejemplos que justifican estas opiniones.



En la falda de una de las montañas que cercan un valle de Vizcaya hay cuatro casitas, blancas como cuatro palomas, escondidas en un bosque de castaños y nogales; cuatro casitas que desde léjos sólo se ven cuando el otoño ha quitado á los árboles sus hojas. Allí pasé los primeros quince años de mi vida.

En el fondo del valle hay una iglesia, cuyo campanario rompe la bóveda de ramaje y se alza majestuoso sobre los nogales y los fresnos, como si quisiera significar que la voz de Dios se eleva sobre la naturaleza; y en aquella iglesia se dicen dos misas los domingos, una en cuanto sale el sol, y la otra dos horas despues.

Los jóvenes nos levantábamos con el canto de los pajaritos y bajábamos á misa primera, cantando y saltando por los sombríos rebollares, y los ancianos bajaban luégo á misa mayor. Miéntras iban á ésta nuestros padres y nuestros abuelos, sentábame yo bajo unos cerezos que habia frente á la casa paterna, porque desde allí se descubre todo el valle que finaliza en el mar, y poco despues iban á buscarme cuatro ó cinco muchachas, coloradas como las cerezas que pendian sobre mi frente ó como los airosos lazos de sus largas trenzas de pelo, y me hacian componerles coplas para cantar á sus novios por la tarde al són de la pandereta, bajo los nogales donde bailábamos los jóvenes y conversaban los ancianos regocijándose con nuestro regocijo.

Recuerdo que un dia una de aquellas muchachas estaba muy tristes porque su novio iba á ausentarse por largo tiempo, y como deseara un cantar que expresase su tristeza, yo le compuse á instancia suya. Pocos dias despues, aquella misma muchacha ya no necesitaba mi ayuda para cantar sus tristezas. Conforme se habian aumentado éstas, se habia aumentado su aptitud para cantarlas, porque la poesía es hija del sentimiento. Sus cantares, lo mismo que el que yo le compuse, no tardaron en ser populares en el valle.

Otra mañana vi sentada, bajo los árboles que dan sombra á la iglesia de mi aldea, una jóven forastera de tan peregrina hermosura, que jamas se apartará su imágen de mi memoria. No comprendí entónces el sentimiento que me inspiró; pero, concluida la misa, seguí con la vista á aquella jóven hasta que la vi desaparecer allá á lo léjos, en el laberinto de una arboleda, y volví á casa poseido de una tristeza que en muchos dias no me fué dado vencer. Durante aquellos dias, sentado en la cumbre de una

colina, desde donde se descubria el camino que tomó la hermosa forastera, compuse muchos cantares que expresaban algo de lo que mi corazon sentia.

Diez años más tarde, pasando por un pueblo de Castilla, oí con profunda emocion uno de aquellos cantares á una jóven que estaba tendiendo ropa á la orilla de un arroyo.

Una tarde, cuando doraba la cumbre de las montañas *el sol de los muertos*, que así llaman en mi país á los últimos resplandores que el sol despide al tocar en el ocaso, me hallaba yo conversando, en casa de un acomodado labrador de mi aldea, con una niña de quince años, dulce y delicada como una sensitiva. La niña cosia al lado de un balcon. Una voz melancólica, en la que reconocí la de uno de mis compañeros, que me habia confiado su amor á la niña y la oposicion que en los padres de ésta encontraba á causa de su pobreza, cantó en el castañar inmediato:

«Ojos de color de cielo,
azules como los mios,
no perdais las esperanzas,
que yo no las he perdido.»

La niña se estremeció al oir este cantar, y me pareció que asomaban dos lágrimas á sus ojos azules. Entónces, respetando su emocion, me despedí de ella, y al pasar bajo sus balcones, la oí cantar con acento tembloroso y conmovido:

«No pierdo las esperanzas,
ni tú las pierdas, amor,
que tú solito, solito,
reinas en mi corazon.»

Aquella niña, dulce personificacion del sentimiento y la pureza, es el tipo que despues he tenido presente al pintar las vírgenes de ojos azules que ocupan el primer término en mis desaliñados cuadros.

Una noche de Noviembre me alejaba yo de mi aldea ¡tal vez, Dios mio, para nunca más volver! Caminaba, caminaba por el valle arriba con los ojos arrasados en lágrimas. Comenzaban á cantar los gallos, ladraban los

perros, lloraban los cárabos en la montaña, gemia el viento en las copas de los nogales y mugía furioso el rio, despeñándose por el valle abajo; pero dormian apaciblemente los moradores de la aldea, excepto mis padres y mis hermanos, que asomados á la ventana, seguian llorando el ruido de mis pisadas, próximo á desvanecerse entre los rumores del valle. Iba á dejar atras la última casa de la aldea, cuando se asomó á su ventana una de aquellas muchachas que tantas veces habian ido á buscarme bajo los cerezos, y se despidió de mí sollozando. Al transponer una colina, próximo á perder de vista el valle, oí un canto lejano y me detuve. Aquella misma muchacha me enviaba su último adios en un cantar tan bello como el sentimiento que le inspiraba!

Más tarde, cuando pude darme razon de ciertas cosas que ántes no habia comprendido, y cuando quise examinar la poesía desde el punto de vista del arte, evoqué todos estos recuerdos, y... «Hé aquí, me dije, la historia de los cantares populares!»

Muchas veces, soñando con mi país, que ése es mi sueño perpetuo, me figuro el momento en que Dios me permita tornar al valle en que nací. Cuando eso suceda, me digo, habrá ya arrugas en mi frente y canas en mi cabeza. Será un dia de fiesta aquel en que yo torne á mi valle nativo, y al transponer la colina desde la cual se descubre por completo, oiré repicar las campanas á misa mayor. ¡Qué dulcemente resonarán en mi oido aquellas campanas que tantas veces me llenaron de alborozo en mi niñez! Penetraré en el valle con el corazon palpitante, la respiracion difícil y los ojos arrasados en lágrimas de regocijo. Allí estará, con su blanco y sonoro campanario, la iglesia donde vertieron sobre la frente de mis padres y la mia el agua santa del bautismo;—allí estarán los nogales y los castaños á cuyo sombra bailábamos los domingos por la tarde;—allí estará la seve donde mis hermanos y yo buscábamos nidos de pájaros y hacíamos silbos con la corteza del castaño y del nogal;—allí, sobre las estradas, estarán los manzanos cuya fruta derribábamos á pedradas mis compañeros y yo cuando íbamos á la escuela;—allí estará la casita blanca donde nacimos mis abuelos, y mi padre, y mis hermanos y yo;—allí estará todo lo que no siente ni respira; pero ¡dónde estarán, Dios mio, todos aquéllos que con lágrimas en los ojos me dieron la despedida tantos años há! Seguiré, seguiré por el valle abajo. Conoceré el valle, pero no sus moradores. ¡Ved si habrá entre los dolores un dolor más grande que el mio! Las gentes

reunidas en el pórtico de la iglesia esperando el momento de entrar á misa, se asomarán al pretil que da sobre el camino, y otras gentes se asomarán á las ventanas, todas para ver pasar al forastero. Y ni ellas me conocerán, ni yo las conoceré, que aquellos niños, y aquellos mancebos, y aquellos ancianos, no serán los ancianos, ni los mancebos, ni los niños que yo dejé en mi valle nativo! Seguiré, seguiré tristemente por el valle abajo. «¡Todo lo que sentia, exclamaré, se ha transformado ó ha muerto! ¿Qué es lo que conserva aquí puros é inmaculados los sentimientos que yo infundí?» Y entónces alguna aldeana entonará uno de aquellos cantares en que yo encerré los sentimientos más hondos de mi alma, y al oirla, mi corazon querrá saltar del pecho, y caeré de rodillas, y si la emocion y los sollozos no embargan mi voz, exclamaré: «¡Santa y tres veces santa, bendita y tres veces bendita la poesía, que inmortaliza el sentimiento humano!»

Desde mi niñez ha sido mi embeleso la poesía popular; desde mi niñez han derramado en mi alma inefables delicias esas coplas desaliñadas, pero ingenuas, y frescas y gratas como las alboradas de San Juan, que el pueblo compone y canta para expresar sus alegrías y sus tristezas, sus placeres y sus dolores, sus amores y su fe, su patriotismo y sus glorias. Por eso he compuesto este libro.

No busqueis en este libro erudicion ni arte. Buscad recuerdos y corazon, y nada más.

Quince años há que dejé mi apacible aldea; quince años há que en lugar de cantar bajo los cerezos del país nativo, canto en esta Babilonia que se alza á orilla del Manzanáres; y sin embargo, aún me entretengo en contar desde aquí los árboles que sombrean la casita blanca donde nací y moriré, si Dios quiere; aún se parecen mis cantares á los de quince años há. ¿Qué entiendo yo de griego ni de latin, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entónces os comprenderé, porque de eso nada más entiendo.

La mayor parte de los versos que contiene este libro se han compuesto de memoria, soñando con mi país, y vagando por el Retiro, por la Florida, por la montaña del Príncipe Pio, por la Casa de Campo, por la Vírgen del Puerto, por las praderas del Canal, por Lavapiés y el Barquillo, por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios,

que de todo tiene el noble pueblo español. Con este sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento.

En resúmen: he compuesto estos cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.

Si en El libro de los cantares he cantado y he llorado muchas veces las dichas y las desdichas ajenas, tambien he cantado y he llorado las mias, porque en mi vida hay algo que cantar y mucho que llorar!

1 (1)

ANTON EL DE LOS CANTARES.

I

Vosotros los que bajais
el domingo por la tarde
á bailar en las alegres
praderas del Manzanáres,
¿no habeis visto en la Florida,
medio oculta entre el ramaje,
la pobre casita blanca
de Anton el de los cantares?—
Sobre su puerta una parra
sus hojas pomposa esparce,
ora brindándome sombra,
ora racimos brindándome,
y á mi ventana se inclinan
los guindos y los perales
para que su dulce fruta
desde la ventana alcance.
En torno de mi casita
exhalan su olor fragante
siemprevivas y claveles,

(1) Por la numeracion arábiga que llevan las composiciones se hallarán íntegros en el *Apéndice* los cantares glosados, y cuantas aclaraciones han parecido al autor convenientes.

azucenas y rosales,
y cuando el alba despunta,
música vienen á darme
entre la verde enramada
de mi ventana, las aves.
A la ventana me asomo
apénas el dia nace
para entonar desde allí
la salutacion del ángel
á nuestra Santa Patrona,
la del histórico adarve,
y un himno de bienvenida
al sol de Dios cuando sale;
y sin envidia contemplo
el regio alcázar gigante
que señorea mi dulce
ribera del Manzanáres.
¡Noble reina de Castilla,
yo te tributo homenaje,
porque á su Dios y á su rey
reverenciaron mis padres,
porque ademas de ser reina
el corazon tienes grande,
porque ademas de ser buena,
eres mujer y eres madre!
Mas yo, aunqué pobre, no envidio
tus opulentos alcázares,
pues la paz del corazon
no está en las moradas reales,
que está en la casita blanca
de Anton el de los cantares.

II

En el fondo de mi alma
hay dolores, y muy grandes!

Unos, los saben los hombres,
otros, sólo Dios los sabe!
Mas rara vez mis dolores
recordaré en mis cantares,
que ya no tengo esperanza
de que los alivie nadie,
y... ¿dónde el mortal está
que al atravesar el valle
no ha encontrado entre las flores
alguna espina punzante?
Los cantos son el destino
que al Señor le plugo darme,
pues, niño inocente, ya
cantaba en las soledades
que con sus eternas olas
el mar de Cantabria bate.
—«¿Quién te ha enseñado á cantar?»
me preguntan todos.—Nadie:
yo canto porque Dios quiere,
yo canto como las aves.
Si álguien pregunta quién soy
al escuchar mis cantares,
oid la sencilla historia
con que debeis contestarle:
Por la orillita del rio,
la orilla del Manzanáres,
al compas de mi guitarra
me fuí cantando una tarde,
y vi en la Vírgen del Puerto,
á la sombra de los árboles,
un niño que sonreia
en el seno de su madre.
Latiendo mi corazon
de gozo, fuí á acariciarle,
porque los niños hermosos
se parecen á los ángeles,

y con los ángeles sueño
vagando en mis soledades.
Echóme sus bracecitos
al cuello el niño al instante,
poniendo en mi faz morena
su labio rosado y suave,
y al tornar al dulce seno
de su madre, exclamó:—«¡Madre,
pues si es un ciego que ve
Anton el de los cantares!»

III

Yo soy un ciego que ve,
la verdad dijo aquel ángel.
Con mi guitarra apoyada
sobre el corazon amante,
cuyos ardientes latidos
son sus únicos compases,
me vereis siempre vagar
desde la ciudad al valle,
desde la choza del pobre
al palacio del magnate,
llorando con los que lloren,
cantando con los que canten,
que mi rústica guitarra
es el eco perdurable
de todas las alegrías
y de todos los pesares.
Mis cantos entonaré
en el sencillo lenguaje
del labrador y el soldado,
de los niños y las madres,
de los que no han frecuentado
doctas universidades,

de todos los que no entienden
pomposas y cultas frases,
pues me basta que se entiendan,
y alguna lágrima arranquen,
y agiten los corazones
con sentimientos leales,
á la benéfica sombra
de las encinas del valle
ó en las veladas de invierno
en torno de los hogares.
Yo ensalzaré en ese idioma
la fe y los santos combates
de los soldados de Cristo
con el sacrílego alarbe;
yo cantaré los heroicos
esfuerzos de nuestros padres
para domar las soberbias
legiones de Bonaparte:
y la hermosura del cielo,
y las flores de los valles,
y el amor, y la inocencia,
todo lo hermoso y lo grande,
en mi rústica guitarra
tendrá un eco perdurable.
En la populosa villa
no habrá verbena, ni baile,
ni serenata, ni fiesta
en que yo alegre no cante.
Para mí una historia tienen
cada plaza y cada calle,
que el amor y el heroísmo
me han mostrado sus anales,
y en ellos he hallado historias
aún no contadas por nadie.
Los de corazon sensible,
si esas historias os placen,

cercad la casita blanca
de Anton el de los cantares.

IV

¡Oh, Vírgen de la Almudena,
que desde tu antiguo adarve
presides, siglo tras siglo,
las fiestas del Manzanáres!
Invoque el cantor pagano
sus falsas divinidades,
que yo soy cristiano, y debo
la inspiracion demandarte.
Préstame, Santa Patrona,
aliento para que ensalce
la fe y la gloria del pueblo
que patrocinas amante.—
Débil, inocente niño,
vertiendo llanto á raudales,
me arrancó la desventura
del regazo de mi madre,
y busqué en tu villa quien
mis lágrimas enjugase.
Quince años há que discurro
por sus plazas y sus calles,
como mis padres honrado,
y pobre como mis padres.
A veces me faltan fuerzas
para seguir adelante,
y nadie sostiene al pobre
Anton el de los cantares;
pero el amor de mi alma
tu noble villa comparte
con el valle solitario
donde me parió mi madre.
Yo la amo, porque sus muros

adorna tu santa imágen,
porque sus campos Isidro
hizo que fructificasen,
porque en sus templos oraron
Calderon, Lope y Cervántes,
porque dió á la ciencia sabios
y á la independencia mártires.
Dame fe, Santa Patrona,
y ardiente inspiracion dame
para que en tan noble empresa
mi corazon no desmaye,
que yo haré todos los dias,
orillas del Manzanáres,
frescas guirnaldas de flores
que el santo muro engalanen,
y un dulce canto á tu gloria
alzará mañana y tarde
de pechos á la ventana
Anton el de los cantares.

2

EL RAMO DEL SOLDADO.

I

«Un soldado me dió un ramo,
»yo le recibí con pena»,
porque quien prenda recibe
se obliga á dar otra prenda.

¡Ay, las encinas del valle
vieron durante una siesta
que en vano á esta ley tirana
opuse mi resistencia!
Un sabio refran nos dice:
«dádivas quebrantan peñas»,
y... ¡no es mucho que quebranten
corazoncitos de cera!
¡Pobre de mí cuando al cura
se lo confiese en la iglesia!
¡Pobre de mí si lo saben
mi madre y mis compañeras,
que en dádivas de soldado
no fia ninguna de ellas!
El domingo por la tarde
en el baile de las eras
mis compañeras cantaban
al són de la pandereta
«que de mano del soldado
»nunca vino cosa buena!»

II

Busco la paz en el sueño,
y si duermo, duermo inquieta...
¡Ay, triste de mí si entónces
mi madre al lecho se acerca,
porque le diré dormida
lo que le callo despierta!
En vano con mi ignorancia
disculparé mi flaqueza,
que mi madre muchas veces
me dijo, al ver mi inocencia:
«Lucero de la mañana,
sol de mis ojos, mi prenda,
si el aliento de los hombres

nunca empaña tu pureza,
tú serás siempre el espejo
donde tu madre se vea!
Un soldado te da flores,
y tú, niña, las aceptas,
sin saber que flores pide
quien da flores á doncellas...
Ídolo del alma mia,
nunca admitas sus ofertas,
«que de mano del soldado
»nunca vino cosa buena!»

III

Apénas despunta el alba,
como el amor me desvela,
me voy con mi cantarito
á coger la agua serena...
¡Ay cómo cantan las aves!
¡ay cómo el aura refresca!
¡ay cómo huelen las flores!
¡ay cómo todo se alegra!
Mi corazon solamente
está lleno de tristeza,
pues al despuntar el alba,
como durante la siesta,
¡ya nadie me ofrece ramos
de flores en la arboleda!
Una corona de flores
ofrezco á la Magdalena
si en mi ceguedad me guia,
porque de amor estoy ciega!
Llorando paso los dias,
llorando la noche entera,
y al verme llorando siempre,
mi madre se desconsuela...

¡Pobre madre, pobre madre,
bien dijiste, verdad era,
«que de mano del soldado
»nunca vino cosa buena!»

IV

Ya cantan los pajaritos
en el huerto y la arboleda,
ya amanece, y las campanas
tocan á misa primera...
¿Cómo no me ha despertado,
como siempre me despierta,
al rayar el alba, el toque
de tambores y cornetas?...
Pero ¿qué cantar es ése
que cantan junto á mi reja?
«Amorcitos de soldado
»son amorcitos que vuelan,
»pues en tocando la marcha,
»quédate con Dios, morena.»—
¡Se ha marchado, se ha marchado,
y me escarnece la aldea!!
¿Dónde ocultar mi deshonra?
¿Dónde ocultar mi vergüenza?
¡Madre, cuando el sol asome
ven á mi alcoba, y en ella
encontrarás un cadáver
que otro cadáver encierra!...
¡Pobre madre, pobre madre,
bien dijiste, verdad era,
«que de mano del soldado
»nunca vino cosa buena!»

3

LA PRIMERA VERBENA.

La primera verbena
que Dios envia
es la de San Antonio
de la Florida.

I

Entre flores y ramas
tienes tu ermita,
glorioso San Antonio
de la Florida;
ramas y flores
te dan, Santo bendito,
tu dulce nombre!—
Bien haya el arquitecto
que edificara
tu templo entre las flores
y entre las ramas;
hermoso emblema
del patron de los niños
y las doncellas!—
Tras las floridas lomas
de Sumas-aguas
se hunde el sol entre nubes
de oro y de nácar;
su luz postrera
brilla en el santo muro
de la Almudena.—
Siempre que el sol se esconde,

Vírgen María,
melancólica y triste
queda tu villa...
¡Santa Patrona,
que el sol para tu villa
nunca se esconda!—
Sobre el dorado alcázar
que el cerro ocupa,
vertiendo resplandores
sale la luna,
y en las tranquilas
ondas del Manzanáres
sus rayos brillan.
Repican las campanas
de San Antonio,
todos los corazones
laten de gozo,
todos los labios
publican de las almas
el entusiasmo.
Ya bajan por la cuesta
de San Vicente
doncellas y mancebos
cantando alegres;
ya el pueblo invade
la florida ribera
del Manzanáres.
Vírgen de la Almudena,
Santa Patrona,
que la luna esta noche
su luz no esconda,
pues ilumina
la primera verbena
que Dios envia.

II

¡Oh, qué azul es el cielo
de nuestra patria!
Azul como tus ojos,
niña del alma,
vírgen hermosa,
débil enredadera
que en mí te apoyas!
¡Oh, qué serenas brillan
luna y estrellas!
¡Qué bien huelen las flores
de la pradera!
¡Qué perfumadas
á refrescar mi frente
vienen las auras!
¡Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas,
y hay esta luna,
y hay estas flores,
y hay estas dulces auras,
y hay estas noches!
Todos se regocijan
en la verbena;
todos, mozos y ancianos,
varones y hembras,
cantan y bailan,
comen, beben y rien
ó amores tratan.
Para tratar amores
unos anhelan
las misteriosas sombras
de la arboleda,
los otros buscan

las praderas en donde
brilla la luna.
Y en el prado florido
ó en la arboleda,
á la luz de la luna
ó en las tinieblas,
¡qué bien, Dios santo,
se comprenden los pechos
enamorados!
El Oriente se inunda
de resplandores,
estrellas y luceros
su luz esconden,
las aves cantan,
aquí suenan clarines,
allí campanas.
Y por ver los encantos
de la ribera,
y escuchar los cantares
que en ella suenan,
los moradores
del alcázar se asoman
á los balcones.
¡Oh, qué hermosa es la vida,
pues la engalana
cada veinticuatro horas
una alborada!
¡Oh, si tuviera
cada veinticuatro horas
una verbena!

III

Repican las campanas
de San Antonio,
y el templo abre sus puertas

á los devotos...
¡Bendito sea
el patron de los niños
y las doncellas!
De agradecidas madres
son donativo
esas flores que adornan
al santo niño,
el niño hermoso
que se sonrie en los brazos
de San Antonio.
Y en el altar pusieron
esas guirnaldas
las tiernas doncellitas
enamoradas,
que al Santo deben
el ver correspondido
su amor ardiente.
¿Veis esa hermosa jóven
que llega al templo
conduciendo en sus brazos
un ángel bello?
Pues es la madre
con quien todas las noches
sueña ese ángel;
Y á cumplir viene un voto
que al Santo hizo
estando moribundo
su dulce hijo,
sin esperanza
viendo el fruto bendito
de sus entrañas!
¿Veis esa hermosa vírgen
cuya mejilla
se pone colorada
cuando la miran?

¿Que al altar llega,
cargadita de rosas
y de azucenas?
Pues sabed que en la villa
cuentan que un voto
hizo al Santo bendito
si hallaba novio,
y desde entónces
va un mancebo á su reja
muerto de amores.
Hijos de la armonía,
nobles hermanos,
ofrenda de cantares
traed al Santo,
que hoy es la fiesta
del patron de los niños
y las doncellas.

4

DESDE BALCON A BALCON.

I

«Desde mi balcon te veo
»cara á cara y frente á frente,»
cuando riegas los jazmines
y la albahaca y los claveles
que tu habitacion perfuman,
porque en tu balcon florecen.

Me parecen muy hermosas
las flores que regar sueles,
pero tú, flor de las flores,
más hermosa me pareces;
y por eso á todas horas
en tu balcon quiero verte,
y por eso, ¡ay, Dios! por eso
enamorado me tienes.
Me muero por confesarte
lo que el corazon te quiere;
pero es la calle tan ancha
que mis palabras se pierden
entre tu balcon y el mio,
por más que la voz esfuerce,
«y no te puedo decir
»lo que mi corazon siente!»

II

Cuando cierras los cristales
de tu balcon, me parece
que la luz del sol se apaga,
que una noche oscura viene,
y fijo mis tristes ojos
en la cortinilla tenue
que te recata á la vista
del que se muere por verte.
A veces la agita el viento,
y la levanta otras veces...
¡Ay! ¡Si vieras qué ilusiones
entónces forja mi mente!
Me figuro que es tu mano
quien la cortinilla mueve,
porque tus ojos me buscan
y tu corazon me quiere;
pero recuerdo en seguida

que ignoras mi amor ardiente,
pues velo el fuego del alma
con un semblante de nieve,
«y no te puedo decir
»lo que mi corazon siente!»

III

Desde mi balcon descubro
el blanco lecho en que duermes,
no bien le abandonas y abres
tu balcon cuando amanece.
La confusion y el desórden
que en él mis ojos advierten
me revelan que tus sueños
son agitados y breves.
¿Qué inquietudes te desvelan?
Ó ¿de qué mal adoleces?
¡Acaso, como yo, el alma
enferma de amores tienes!
¡Acaso en el lecho lloras,
como tambien me sucede,
esperanzas amorosas
que en él nacen y en él mueren!
Ven á llorar en mi seno,
pobre tórtola doliente...
Pero mi acento amoroso
en el espacio se pierde,
«y no te puedo decir
»lo que mi corazon siente!»

IV

Blanca paloma encerrada,
rompe esas tiranas redes,
y ven á buscar el cielo

que mi corazon te ofrece.
La juventud es hermosa,
pero se marcha y no vuelve,
y es triste pensar en ella
cuando pasó estérilmente.
Las almas como la mia
hasta el dolor embellecen:
ven á mi lado, y el arte
que Dios me enseñó te enseñe,
y verás cómo los cielos
más azules te parecen,
más floridas las praderas,
más perfumado el ambiente,
más placentera la vida
y ménos triste la muerte...
Pero ¡ay, Dios! en el espacio
estas palabras se pierden,
«y no te puedo decir
»lo que mi corazon siente!»

5

LOS OJOS DE LA MORENA.

I

«Tus ojos, morena,
»me encantan á mí»
aún más que las rosas,
aún más que el jazmin,

aún más que las perlas,
aún más que el rubí.
Por eso sin ellos
no puedo vivir,
por eso los mios
se fijan en tí,
por eso á sus rayos
quisiera morir,
por eso me encuentro
contento y feliz,
si tú á la ventana
te dignas salir,
si tú una mirada
me das desde allí!
Morena, por eso
te vuelvo á decir:
«Tus ojos, morena,
»me encantan á mí.»

II

Rondando tu calle,
cantando feliz
la sal y la gracia
que Dios puso en tí,
las noches enteras
estoy, serafin;
y rabia tu madre,
diciendo que así
en toda la noche
la dejo dormir;
mas nada me importan,
sufriendo por tí,
el aire y la lluvia,
y el fiero mastin
que suele tu madre

soltar al oir
mis tiernos cantares,
¡oh, rosa de Abril!
La luz de tus ojos
me lleva tras sí,
pues soy mariposa,
y anhelo morir
en ella abrasado,
que es dulce ese fin
y... ya te lo he dicho
mil veces y mil:
«Tus ojos, morena,
»me encantan á mí.»

6

LA NIÑA DE OJOS AZULES.

I

Ved á la dulce niña
de ojos azules
risueña como el cielo
cuando no hay nubes;
vedla qué hermosa,
vedla coloradita
como las rosas!
Fué ayer á San Antonio
de la Florida,
que da el Santo bendito

novio á las niñas,
y un bello novio
le salió al dar la vuelta
de San Antonio.

Por eso está contenta,
por eso canta
como los pajaritos
por la mañana;
que era muy triste
sin tener un mal novio
cumplir los quince.

El novio que á la niña
salió ayer tarde,
jura que la idolatra
porque es un ángel;
y ella es tan niña,
que cree sus juramentos
á pié juntillas.—

Niña, palabras dulces
no te seduzcan,
pues en el Diccionario
las hay de azúcar;
préndate de hechos,
pues en el Diccionario
no se hallan ésos.

Si un galan te abandona,
no te dé pena;
pronto encontrarás otro
que más te quiera,
pues, niña hermosa,
«tienes ojos azules,
»ojos de gloria.»

II

Niña de ojos azules,
ojos de gloria,
si estabas colorada
como las rosas,
hoy estás, niña,
como las azucenas
descolorida.
Un besito apostemos
á que adivino
por qué tienes el rostro
descolorido...
Por más que calles,
en este mundo, niña,
todo se sabe.
Sales todas las noches
á tu ventana,
y los hondos suspiros
que en ella exhalas
van á la mia
y me lo cuentan todo,
todito, niña.
Tienes enferma el alma
de mal de amores;
quieres y no te quieren...
¡Pícaros hombres!
Así son todos:
á la que quiere mucho
la quieren poco.
No me admira el mal pago
de tus amores,
que amores de este mundo
buscan los hombres,
y en mi concepto

los tuyos se parecen
á los del cielo.
¡Quién espera en amores
hallar la dicha
cuando llora por ellos
la pobre niña,
la niña hermosa,
la de ojitos azules,
ojos de gloria!

III

Te he visto en la Almudena
muchas mañanas
á los piés de la Vírgen
arrodillada.
¿Por qué escondias
la cara con el velo
de tu mantilla?
Niña, se me figura...
¡Dios me perdone!
que mezclabas con llanto
tus oraciones.
¿Qué le pedias
á la Santa Patrona
de Madrid, niña?
¿Le pedias venganza
contra el ingrato
que su amor te rehusa,
que un dia acaso
ante la Santa
Patrona de la villa
fe te juraba?
Pero tus dulces ojos
bien claro dicen
que es amor, no venganza,

lo que tú pides.
Quien tu amor siente,
en lugar de vengarse
perdona y muere.
¡Ay, Dios, quién fuera dueño
de tu amor, niña,
como aquel que te puso
descolorida,
que te desdeña,
que ha trocado las rosas
en azucenas!
Porque tienes el alma
que yo ambiciono,
y el amor de los cielos
miro en tus ojos,
pues, niña hermosa,
«tienes ojos azules,
»ojos de gloria.»

IV

¡Silencio!... Las campanas
tocan á muerto!
¿Si habrá muerto la niña
de ojos de cielo?
Sin duda es ella,
que no la he visto há dias
en la Almudena,
Que no se oyen suspiros
en su ventana,
que están mustias las flores
que ella regaba,
que su cabello
adornaba con tristes
rosas de muerto!...
Yo la hubiera querido

con alma pura,
como quieren las almas
como la suya;
pero esa niña
me dijo: «Un amor basta
para una vida.»
  Vengan ingratitudes
otras mujeres;
pero... ¡bendita aquélla
que amando muere,
por más que el mundo
siembre ironía y burlas
en su sepulcro!
  Más allá del martirio
se encuentra un cielo
donde los nobles mártires
tienen asiento,
donde halla siempre
amor de los amores
quien de amor muere.
  Y en él está la niña
desventurada
que lloró en la Almudena
muchas mañanas,
la niña hermosa,
la de ojitos azules,
ojos de gloria.

7

LA NIÑA DE OJOS NEGROS.

I

—«Niña de catorce abriles,
hermosa como el lucero,
graciosa como las gracias,
pura como el ángel bello
que baja todas las noches
á velar tu dulce sueño,
escúchame, no desoigas
mis amorosos consejos
por correr tras las pintadas
mariposas del otero,
que si mis consejos oyes
y nunca te apartas de ellos,
nunca en tí los desengaños
derramarán su veneno.
Tu amor es tu dulce madre;
tus esperanzas, el cielo;
tu anhelo, las mariposas;
tu mundo, el nativo pueblo;
mas... ¡pronto de otros amores
sentirás vago deseo,
y pronto otras esperanzas
se albergarán en tu pecho,
y pronto á agitar tu alma
vendrá diferente anhelo,
y pronto por otro mundo

vagará tu pensamiento!
Pues bien: cuando experimentes,
niña, ese cambio funesto,
no des á la confianza
libre morada en tu pecho,
«no te fies de los hombres
»aunque digan bien te quiero.»

II

Tal consejo dió su madre
á una niña de ojos negros,
y la niña se propuso
no olvidar aquel consejo.
Meses y meses pasaron
y áun años pasando fueron,
y lo que su madre dijo
iba la niña sintiendo.
Soñaba todas las noches,
y en sus agitados sueños
á veces la oyó su madre
nombrar á un gentil mancebo
con quien la niña en el soto
buscó nidos otro tiempo.
—Hija del alma, la dijo,
sueñas, y el soñar no es bueno.
Cuidado no bebas agua
cuando vayas á tu lecho,
ni duermas ninguna noche
con la mano sobre el seno.
—No importa, madre, que sueñe,
que son muy dulces mis sueños,
contestó la hermosa niña,
dando un suspiro muy tierno;
y siguió todas las noches
al acostarse bebiendo,

y quedándose dormida
con la mano sobre el pecho,
y tornó á decirle entónces
su madre con más empeño:
«No te fies de los hombres
»aunque digan bien te quiero.»

III

Junto á una cruz del Calvario
que hay orillita del pueblo,
encontró un mancebo un dia
á la niña de ojos negros,
y en cuanto la vió, la dijo:
«¡Morena, por tí me muero!»
La niña que aquella noche
soñara con el mancebo,
mostró el enojo en los labios
y en los ojos el contento;
mas como el galan siguiera
en sus amantes requiebros,
con juramentos de amores
respondió á sus juramentos,
pues no hay doncella cristiana
que diciéndola un mancebo:
«Por esta cruz te lo juro»,
no le responda: «Te creo»,
como la doncella tenga
vírgen de amores el pecho,
como haya venido al mundo
bajo este bendito cielo,
como al mancebo haya visto
por el cristal de sus sueños,
que es de todos los cristales
el cristal más embustero.
Ved de qué sirvió á la niña,

á la niña de ojos negros,
que su madre á todas horas
le estuviera repitiendo:
«No te fies de los hombres
»aunque digan bien te quiero.»

IV

Una noche de verano,
de estas noches que tenemos
en esta tierra llorada
por romanos y agarenos,
en esta tierra bendita
por los ángeles del cielo,
una de estas bellas noches
fué la niña de ojos negros
á respirar el ambiente
de las dehesas y los huertos
junto á una cruz del Calvario
que hay orillita del pueblo;
y junto á la cruz bendita
paróse y al mismo tiempo,
«por esta cruz te lo juro»,
oyó decir á un mancebo,
á quien respondió en seguida
una doncella: «Te creo».
Al oir estas palabras
cayó desmayada al suelo,
y al recobrar el sentido...
halló el Calvario desierto,
y cantaban la alborada
los pajaritos parleros.
Entónces, con lento paso,
con el corazon deshecho,
con lágrimas en los ojos,
tomó el camino del pueblo

murmurando:—¡Madre mia,
bien me dijiste diciendo:
«No te fies de los hombres
»aunque digan bien te quiero!»

V

La que compró desengaños
en los amores primeros,
en los amores segundos
desengaños va vendiendo.
Pues decís á una morena
«morena, por tí me muero»,
y al mismo tiempo á una blanca
le decís ni más ni ménos:
si os engañan las doncellas,
tened paciencia, mancebos,
que aquéllos que á hierro matan
justo es que mueran á hierro.
Si por esta ley juzgamos
á la niña de ojos negros,
porque engaña á dos galanes,
poca pena la impondrémos.
La niña de ojos azules
venga el desamor muriendo,
que es su alma como sus ojos,
como sus ojos de cielo;
la de ojos negros le venga
hiriendo como la hirieron,
que es su alma como sus ojos,
como sus ojos de fuego.
A dos calles diferentes
tiene rejas su aposento,
y si á Juan engaña en unas,
en otras engaña á Pedro,
y si á Pedro miente mucho,

no miente á Juan mucho ménos,
pues es bien se rijan *ellas*
por la ley que hicieron *ellos*,
que ellos fueron, no su madre,
los que á la niña dijeron:
«No te fies de los hombres
»aunque digan bien te quiero.»

8

A LA ORILLA DEL ARROYO.

I

Una mañana de Mayo,
una mañana muy fresca,
entréme por estos valles,
entréme por estas vegas.
Cantaban los pajaritos,
olian las azucenas,
eran azules los cielos
y claras las fuentes eran.
Junto á un arroyo más claro
que un espejo de Venecia,
hallara una pastorcica,
una pastorcica bella.
Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas
y sus dientes como perlas.

Quince años no más tendria
y daba placer el verla,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.»

II

—Pastorcica de mis ojos,
admirado la dijera,
Dios te guarde por hermosa,
bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera:
sin ellas estás hermosa,
y estaráslo más con ellas.
—No me placen, mancebico,
respondióme la doncella,
no me placen, que me bastan
las flores que Dios me diera.
—¿Quién te dice que las tienes?
¿Quién te dice que eres bella?
—Me lo dicen los zagales
y las fuentes de estas vegas.—
Así habló la pastorcica
entre enojada y risueña,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.»

III

—Si no te placen las flores
vente conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la yerba,

contaréte muchos cuentos,
contaréte cosas buenas.
—Pues eso ménos me place,
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas.—
Tal díjo la pastorcica,
y no pude convencerla
con ésta y otras razones,
con ésta y otras promesas.
Partíme desconsolado,
y prorumpiendo en querellas,
lloré por la pastorcica
que sin darme otra respuesta,
siguió á orilla del arroyo,
entre enojada y contenta,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.»

IV

Entréme por estos valles,
entréme por estas vegas;
mas... ¡mi corazon estaba
muriéndose de tristeza,
que odiosas me eran las flores
y odiosas las fuentes me eran!
Torné junto al arroyuelo
donde á la doncella viera...
El arroyo encontré al punto,
mas no encontré la doncella!
Pasaron dias y dias
y hasta semanas enteras,
y yo no paso ninguna
sin que al arroyo no vuelva;

pero ¡ay! que la pastorcica
mis ojos aquí no encuentran,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.»

9

AMOR SIN ESPERANZA.

I

Calle arriba, calle abajo,
las doce y sereno cantan
los serenos de la calle,
de la calle de la Palma,
y el barrio de Maravillas,
cuando los serenos callan,
vuelve á quedar en silencio
cual si nadie le habitara.
¡Ay qué fria está la noche!
¡ay qué terrible es la escarcha!
¡ay cómo soplan los cierzos,
los cierzos del Guadarrama!
Y á pesar de eso, un mancebo
asoma por la empinada
calle de Santa Lucía,
y al compas de su guitarra,
en la esquina de la calle,
de la calle de la Palma,
así lamenta la muerte
de sus dulces esperanzas:

«Morena resalada,
flor de las flores,
rosal de los rosales,
sol de los soles,
deja que un triste
al pié de tus balcones
por tí suspire!
»Ya que mis esperanzas
has marchitado,
ya que no han de ceñirte
nunca mis brazos,
deja que llore,
y llorando, mi pecho
se desahogue.
»San Isidro bendito,
nunca llegaras,
pues en tu romería
vi á la tirana,
de cuyos labios
tras la esperanza brotan
los desengaños.
»¡Ay! Al pasar el rio
debieron darme
sepultura las ondas
del Manzanáres,
pues el desvío
da muerte más penosa
que no los rios!
»Fueron mis esperanzas
sueños falaces,
relámpago que brilla
sólo un instante,
«flores de almendro
»que nacieron temprano,
»se helaron presto!»

II

«Dicen que muchas chicas
hay en el barrio
más lindas que las rosas
de Abril y Mayo;
pero yo digo
que ninguna tan linda
como tú he visto.
»Así, niña, no extrañes
si dia y noche
vengo á llorar debajo
de tus balcones,
si á llorar vengo
mi perdida esperanza
de ser tu dueño.
»Niña, te dije un dia,
como me quieras,
vivirás á mi lado
como una reina,
pues sabe, niña,
que ni á Isabel Segunda
tendrás envidia.
»Y aunque en una buhardilla
juntos vivamos,
nuestros dulces amores
la harán palacio,
pues, segun dicen,
los que se quieren mucho
son muy felices.
»Así te dije, niña.
¡Quién me dijera
que aquellas esperanzas
hermosas, eran
«flores de almendro

»que nacieron temprano,
»se helaron presto!»

III

«¡Tengo diez y seis años!
¡Ay qué desdicha,
tan pronto la esperanza
llorar perdida;
soñar un cielo,
y al despertar, hallarse
con un infierno!
»Si bajo tus balcones
lloro mis penas,
no busco ya tus ojos
tras las vidrieras;
pues ya no espero
que te asomes á verme
como otro tiempo.
»Meses y meses hace
que vengo á verte,
y hace que no te veo
meses y meses;
lo cual es prueba
de que de mi amor fino
ya no te acuerdas!
»¡Cómo soplan los cierzos
del Guadarrama!
La sangre se me hiela,
la voz me falta...
Permita el cielo
que desde aquí me lleven
al cementerio!
»Que es para mí la vida
pesada carga,
porque para mí han sido

las esperanzas
«flores de almendro
»que nacieron temprano,
»se helaron presto!»

Calló el mancebo, y la calle
quedó muda y solitaria
y siguió soplando el cierzo
y aumentándose la escarcha.
Poco despues los serenos
sobre las losas heladas
vieron un cuerpo sin vida
al lado de una guitarra.
¡Ay! Era un pobre mancebo
á quien dió muerte temprana,
más que el frio de la noche,
un amor sin esperanza.

10

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN.

Aunque viva engañado,
poco me importa,
que tambien el engaño
tiene su gloria.

I

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo,
por más que el viento silbe
y aúllen los perros;

duerme, que al niño
miéntras duerme le guardan
los angelitos.»—
Así cantó una noche
mi dulce madre,
procurando dormirme
con sus cantares,
y fuí quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.
Hasta que empezó á verse
la luz del dia,
dicen que el viento estuvo
silba que silba,
y áun aseguran
que estuvieron los perros
aúlla que aúlla.
Mas yo pasé en un sueño
toda la noche,
junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mí viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.
Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

II

«Tal vez encuentres, hijo
de mis entrañas,

más espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mio,
piensa que están las palmas
tras el martirio!»—
Así me dijo un dia
mi dulce madre
convertidos sus ojos
en dos raudales;
así me dijo
cuando dejé la tierra
por que suspiro.
¡Ay mis montañas verdes!
¡ay mis cantares!
¡ay mi casita blanca!
¡ay mis nogales!
¡ay mis castaños
en donde yo jugaba
con mis hermanos!
Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazon me duele,
me duele el alma!
Si álguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga!
Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo,
porque crecen las palmas
tras el martirio...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

III

«Si el amor, hijo mio,
llama á tu pecho,
no olvides que su orígen
está en los cielos,
y ten presente
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.»—
Así me escribió un dia
mi dulce madre...
Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entónces
por el amor del ángel
troqué el del hombre.
En el amor contemplo
la pura esencia
de lo santo y lo puro
que hay en la tierra,
y el amor pago
con lo que hay en la tierra
más puro y santo.
La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada;
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.
Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora...
¡Santa creencia!

La madre que la infunde
¡bendita sea!

IV

«No llores, hijo mio,
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven;
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano.»—
Así me escribió un dia
mi dulce madre
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta,
pero yo á todas horas
hablo con ella.
Exhalan cada dia
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho;
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.
Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba,
ó su nombre defiendo
de la impostura,
un tierno voto
de gratitud me envian
llenos de gozo.
¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados

hace inmortales.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

11

PALO SECO.

I

«Mano y alma te ofrezco,
Pepa querida,
que ya me va cansando
la soltería;
mas es preciso,
que ántes de todo sepas
cuántas son cinco.
Antes que nos casemos
cuentas ajusta;
mira que Dios me ha dado
muy malas pulgas,
y si me engañas
te rompo las costillas
con una estaca.
Si es que no te has mirado
nunca al espejo,
ántes que el trato admitas
debes hacerlo;
luégo no vengas

«con que tu cara vale
»muchas pesetas.»

II

«Una vez solamente
quise de véras,
y perdí desde entónces
mi fe en las hembras;
pero tú puedes
probarme que unas santas
sois las mujeres.
Aunque no me disgustan
los cuerpos buenos,
busco en la mujer alma,
no busco cuerpo,
que para carne...
en las carnicerías
venden bastante.
Con que ya sabes, Pepa,
que si te tuerces,
no faltará un garrote
que te enderece,
por más que vengas
«con que tu cara vale
»muchas pesetas.»

III

Así, cuántas son cinco
dijo á su novia
un galan que por señas
nació en Daroca,
y era tan bruto,
que dejaba la sombra
por irse al bulto.

Si el lector me pregunta:
«¿Y usted qué piensa
del que con un garrote
su casa amuebla?»
le diré: gusto
de semejante mueble,
pero sin uso.
Porque si las mujeres
dan tropezones,
toda la culpa de ello
tienen los hombres,
que las marean
«con que su cara vale
»muchas pesetas.»

12

EL ADOLESCENTE.

I

Quince años cumplidos tiene
y no sé cómo llamarle,
no sé si infante ó mancebo,
no sé si mortal ó ángel,
pues las pasiones del hombre
comienzan á dominarle
y aún su corazon perfúma
la inocencia del infante.
Mirad con cuánta ternura

da un dulce beso á su madre,
y mirad cómo sus ojos
buscan, tímidos y amantes,
al mismo tiempo á esa vírgen
que asoma entre los rosales.
No sabe lo que ambiciona,
mas la ambicion le combate,
no sabe lo que desea,
mas que algo desea sabe!
«¡Ay, si pudiera volar
»como las águilas reales!»

II

Allá abajo en la arboleda
discurre un inquieto enjambre
de niños que en los dos lustros
acaso ninguno raye.
Allí hay fuentes cristalinas,
allí hay flores odorantes,
allí hay pájaros cantores,
allí hay toldos de ramaje,
y desde allí se ve el sol
en Occidente ocultarse;
pero los niños enturbian
los cristalinos raudales,
no hacen caso de las flores
que huella su planta errante,
mandan á los pajaritos
con la música á otra parte
y dejan que el sol se esconda
sin detenerse á mirarle.
Pero el bello adolescente
se despide de su madre
y vaga por la arboleda
con languidez inefable.

Fuentes, flores, pajaritos,
ramas, sol, todo le place,
todo lo contempla, todo
tiene para él un lenguaje
que no comprende y le encanta,
que le anima y que le abate,
que le hace ansiar otro mundo
y bendecir éste le hace.
Ved aquí la diferencia
que separa á ambas edades:
alma pequeña, la infancia;
la adolescencia, alma grande;
la una, sin aspiraciones
indefinibles, constantes;
«la otra, quisiera volar
»como las águilas reales!»

III

Mas ¿qué siente ese mancebo
de la infancia al separarse?
¿Qué ambiciona? ¿Qué desea?
¡Ni él mismo acaso lo sabe!
El círculo de montañas
en que está encerrado el valle
parece al adolescente
el recinto de una cárcel.
Ese recinto es estrecho,
quiere más campo, más aire,
más cielo, más horizonte,
medita empresas muy grandes,
y en espacio tan mezquino
esas empresas no caben.
Preguntadle qué es amor,
y os dirá que no lo sabe;
preguntadle á qué mujer

preferencia debe darse,
si á la mujer de ojos garzos
ó á la de ojos de azabache,
si á la de tez de azucena
ó á la morena inflamable,
si á la que raye en los quince
ó á la que en los treinta raye,
si á la vírgen sin mancilla
ó á la meretriz infame;
preguntádselo, y tambien
os dirá que no lo sabe.
Lo que os dirá solamente
es que desea espaciarse,
«es que desea volar
»como las águilas reales!»

IV

Lo que sabe ese mancebo
es que un deseo constante,
vago, misterioso, intenso,
voluptuoso, inexplicable,
se ha apoderado de su alma
y sin tregua la combate;
lo que sabe ese mancebo
es que los hombres no nacen
para atravesar el mundo
sin impelerle adelante,
para no dejar su huella
impresa en ninguna parte,
para tornar á la nada
sin ser llorado de nadie;
lo que sabe ese mancebo
es que Dios no ha dado en balde
el corazon á los hombres;
lo que ese mancebo sabe

es que necesita un sér
hermoso, que le idolatre
como Isabel á Marcilla,
como no idolatra nadie;
lo que sabe ese mancebo
que al dar un beso á su madre
clava la vista en la vírgen
que asoma entre los rosales,
es que en un círculo estrecho
le falta luz, le falta aire,
«es que desea volar
»como las águilas reales!»

13

LA PEREJILERA.

Al salir el sol dorado
esta mañana te vi
cogiendo, niña, en tu huerto
matitas de perejil.
Para verte más de cerca
en el huerto me metí,
y sabrás que eché de ménos
mi corazon al salir.
Tú debiste encontrarle,
que en el huerto le perdí.
«Dámele, perejilera,
»que te le vengo á pedir.»

14

LA AUSENCIA.

I

Cuando voy por estos valles,
cuando voy por estas vegas
acude el llanto á mis ojos
y á mi pecho la tristeza,
porque recuerdo que un dia,
de placer el alma llena,
soñamos dichas celestes
juntos en estas praderas.
¿Dónde estás, paloma mia,
que solitario me dejas
vagar por aquí en las dulces
mañanas de primavera?
Las mañanitas de Mayo
son, alma mia, muy bellas
si el amor las acompaña,
y muy tristes si las deja,
pues cuando es azul el cielo
cuando hay lirios y azucenas,
cuando los pájaros cantan,
cuando el sol brilla y no quema,
y cuando de hojas y flores
se visten las arboledas,

el amor para las almas
es necesidad suprema.
¿Y consientes que mis ojos
sigan llorando tu ausencia?
Ojos que te vieron ir
por esos mares afuera,
«¡cuándo te verán volver
»para alivio de mis penas!»

II

Torna á estos valles tranquilos
y alegra con tu presencia
mi corazon que se muere,
que se muere de tristeza!
Y si no fueron mentidas
tus amorosas promesas,
si fué el corazon, no el labio,
el que en estas arboledas
me juró cien y cien veces
amor y constancia eterna,
aquí encontrarás la gloria
más cumplida de la tierra.
Si un corazon necesitas
que tu corazon comprenda,
si necesitas un alma
de esas que su gloria encuentran
en la adoracion ardiente
de todo cuanto se eleva
por generoso y por bello
sobre la vulgar miseria,
ese corazon y esa alma
en estos valles te esperan.
Cansados están mis ojos
de llorar tu larga ausencia!

Ojos que te vieron ir
por esos mares afuera,
«¡cuándo te verán volver
»para alivio de mis penas!»

15

LA SERRANA.

I

Allá abajo en el valle
tengo una choza;
manzanitos floridos
le dan su sombra,
y entre las ramas
cantan allí las aves
por la mañana.
Al lado de mi choza
mana una fuente,
una fuente fresquita
como la nieve,
y á mi ventana
trepan á darme flores
las pasionarias.
Sólo falta á mi choza,
y el alma busca,
una cara de cielo
como la tuya.
«Serrana hermosa,

»deja tu serranía,
»vente á mi choza.»

II

Esos ojos de cielo
dicen, serrana,
que el amor es la gloria
que más te agrada.
Sígueme al valle,
que amor de los amores
allí he de darte.
Verás qué envidia tienen
tus compañeras
cuando al bajar á misa
tu dicha vean,
verás qué ingratas
parecen estas sierras
á las serranas.
Como que tú mereces
un paraíso,
paraíso es la choza
con que te brindo.
«Serrana hermosa,
»deja tu serranía,
»vente á mi choza.»

16

LA ROSA ENTRE LAS ROSAS.

I

¡Muy temprano vienes, niña,
por estos jardines bellos,
por esta oscura arboleda,
por estos lindos paseos!
Llevas rosas en la falda,
llevas rosas en el pecho...
¡Pobre de la hermosa niña
si la ven los jardineros!
Las rosas de estos rosales
no robes, niña, á su dueño,
pues en tus mejillas tienes
rosas de color más bello,
de más virginal pureza,
de más vida, de más precio,
ni dejes tan de mañana
la blandura de tu lecho,
la custodia de tu madre,
la dulce paz de tu sueño;
pues aunque en estos jardines
es el ambiente muy fresco,
cantan muy dulces las aves,
son claros los arroyuelos,
es todo perfume el aura
y es todo flores el suelo,
pudieran equivocarte

con las rosas los mancebos
y alguno de ellos cogerte
y deshojarte en su seno,
«porque las niñas son flores
»que hasta las deshoja el viento.»

II

Pero si las bellas rosas
no son el único objeto
por quien dejas tan temprano
la blandura de tu lecho,
la custodia de tu madre,
la dulce paz de tu sueño;
si buscas tan de mañana
á algun gentil jardinero
que te regala las rosas
con que adornada te veo,
no le busques tan temprano
en estos jardines bellos,
en esta oscura arboleda,
en estos lindos paseos,
que eres una fresca rosa
de los jardines del cielo
y á los jardineros gustan
rosas del jardin ajeno.
Eres débil como niña
y él fuerte como mancebo;
¿quién sucumbirá en la lucha,
la niña ó el jardinero?
Y si en la lucha sucumbes,
dí, ¿qué será de tí luégo,
y qué de la dulce madre
que al coronarte de besos,
te llama su luz, su gloria,
su vida, su Dios, su cielo?

¡Oh, niña, torna á su lado,
torna al abrigo materno,
«porque las niñas son flores
»que hasta las deshoja el viento!»

17

A INARCO CELENIO.

I

¡Ay, buen Inarco,
la necedad
es muy difícil
de exterminar,
pues como planta
nociva, va
reproduciéndose
que es por demas!
En todas partes
el necio da
tormento al pobre
hijo de Adan
que hombres sensatos
desea hallar.
¡Ah! Si volvieras
tú por acá,
¡cómo te habias
de horripilar
viendo tan rara

fecundidad!
Yo soy un mozo
de un natural
dulce y pacífico
como el que más;
y tanto, tanto,
que de causar
daño á una mosca
soy incapaz.
Cuando dos riñen
con terquedad
y me preguntan
cuál de ellos va
errado, siempre
digo imparcial
que los que riñen
errados van.
De aquí se infiere
que en censurar
faltas ajenas
no hallo solaz.
¡Acaso, acaso
tendré yo más
que una pelota
jugada mal!
Pero contiene
la sociedad
en que vivimos
cáfila tal
de mentecatos,
que fuera ya
majadería
ver y callar.

II

Sin ir más léjos,
tres dias há
hallé en la calle
de Fuencarral
un vil retoño
del charlatan
que en aquel sitio
te hizo rabiar
con su maldita
verbosidad.
¡Ah! ¡Qué modelo
para copiar
al presumido,
y al holgazan,
y al embustero,
y á tantos más
que enumerarlos
es necedad,
porque es el cuento
de no acabar!
Al verle, es claro,
como que el tal
hasta los pelos
me tiene ya
con sus embustes
y su sobar,
por medio, medio
de un lodazal,
á la otra acera
me quise echar.
Si acaso piensas
que fué eficaz
este recurso,

piensas muy mal,
pues aquel bárbaro
siguió detras
con tanta, tanta
celeridad,
que todavía
ignoro cuál
fuimos más listo,
yo en escapar
ó él en asirme
por el gaban,

III

—¡Hola! me dice.
¿De cuándo acá
pasan los hombres
sin saludar
á sus amigos?
¿Cómo te va?
—Muy bien, contesto..
¡muy mal, muy mal!
añadí viendo
que sin piedad
entrambas manos
me iba á estrujar
entre las suyas
el animal.
Para contarte
de pe á pa
lo que siguió á este
preliminar,
fuera preciso
tener tu sal
y tu «difícil
facilidad»,

que en vano trato
yo de imitar;
pero tú, Inarco,
comprenderás
cuántos tormentos
me hizo pasar
aquel ministro
de Satanas,
si te aseguro
que en mi lugar
tú, prototipo
de la bondad,
mano á la pluma
no echaras ya
para burlarte
del lenguaraz,
que la echarias
sin duda al tal
para dejarle
sin pasapan.

IV

No te cansaste
de predicar
allá á principios
del siglo actual,
contra los necios,
y á la verdad
son en el dia
los necios mas.
Héme en el caso
de recordar
lo que del negro
dice el refran!
Si las palabras

están de más,
hablen las obras
en su lugar:
será preciso
que cada cual
tome una estaca
y... zas, zis, zas,
rompa la crisma
del haragan
que su paciencia
quiera apurar.

18

LA ROMERÍA.

I

—Muy temprano, muy temprano
te levantas hoy, María;
muy tempranito te peinas,
muy tempranito te aliñas!
¿Adónde vas, niña, adónde?
—Voy, madre, á la romería,
que el tamboril desde el alba
resuena en Santa Marina.
—Cuida, niña, de tu honra
y de tu corazon cuida,
que en esas fiestas exponen
honra y corazon las niñas.

—No temas, madre, no temas,
que Juan ayer me decia:
«¡Ay, niña, cuánto te quiero!
¡Ay, cuánto te quiero, niña!»
Y como me quiere tanto
y es tanta su valentía,
mi corazon y mi honra
defenderá si peligran.
—Niña, niña, la inocencia
en tu corazon habita,
y mis amantes temores
en esa inocencia estriban.
¡Ay de la niña que pierde,
liviana ó inadvertida,
honra y corazon, más caros
que el oro y la plata fina!
—Adios, madre, hasta la noche,
porque el tamboril aprisa
«tan-taran-tan-tan resuena,
»resuena en la romería»

II

Por la estrada de Mendieta
baja á la fiesta la niña.
¡Ay, Dios, qué ligera baja!
¡Ay, Dios, qué linda, qué linda!
No saltan de roble en roble
más ligeras las ardillas
que salta de llosa en llosa
los altos setos María.
Su pié, tan leve que apénas
dobla la yerba que pisa,
zapatito fino calza
y calza azul media fina.
Blanco es su vestido, blanco

como su seno, y prendida
en la sien lleva una rosa
del color de su mejilla,
y en dos trenzas, cuyos lazos
la inocencia simbolizan,
su cabellera, tan negra
como sus ojos, se agita.
Desiertos quedan los campos,
desiertas las caserías
que entre los robles blanquean
en las montañas vecinas;
que alegres mozos y viejos
bajan al valle en cuadrilla.
Los mozos bajan al baile,
los viejos bajan á misa,
pues el tamboril, en tanto
que las campanas repican,
«tan-taran-tan-tan resuena,
»resuena en la romería.»

III

Ribera del manso rio
hay un campo que á porfía
altos nogales sombrean
y olientes flores tapizan.
Las brisas del Oceano
que á lo léjos se divisa
llegan hasta allí, y la atmósfera
refrescan y purifican.
En el centro de ese campo
rompe la bóveda umbría
de entrelazado ramaje
la espadaña de una ermita.
En ese campo, morada
de soledad otros dias,

hoy tiene el placer su imperio,
su centro tiene hoy la vida,
pues tamboril y campanas
llaman á la romería,
y á tan alegre concierto
todas las penas se olvidan.
Allí confundidas yacen
edades y jerarquías
y ante la ley del contento
las almas se identifican.
Id allí, ciegos apóstoles
de fatalistas doctrinas:
la felicidad no es sueño
ni la libertad mentira,
que ambas se gozan al són
del tamboril que hoy aprisa
«tan-taran-tan-tan resuena,
»resuena en la romería.»

IV

El corazon se dilata
y alborozado palpita
cuando los ojos contemplan
ese manantial de dicha.
Bordan la márgen del rio
y el ambiente aromatizan
cien canastillos de fruta
que Pomona envidiaria;
y bajo toldos de ramas
placer y apetito excitan
sabrosísimos manjares
y deliciosas bebidas.
A la sombra de los árboles
comen y beben y brindan
sobre manteles de flores

cien venturosas familias,
y esos campestres banquetes
alegra la sinfonía
á cuyo compas los ciegos
la caridad solicitan.
¿Veis aquel círculo inmenso
allá enfrente de la ermita,
que se estrecha ó que se ensancha,
que ya aplaude ó que ya silba?
Ya el *villano* le entusiasma,
ya el *aurrescu* le electriza,
ya el *fandango* le alboroza,
ya el *drin-drin* le anima,
que el tamboril, sin intérvalo
y cada vez más aprisa,
«tan-taran-tan-tan resuena,
»resuena en la romería.»

V

El sol escondió su disco
entre nubes purpurinas
tras las montañas que el valle
por Occidente limitan,
y poco á poco el murmullo,
y el movimiento y la vida
se debilitan y mueren
en derredor de la ermita.
Mas la vida que allí falta
por valles y por colinas,
por llosas y castañares
y por estradas sombrías
con doble vigor se extiende
en direcciones distintas.
Oid, oid los cantares
y los gritos de alegría

con que atruenan los romeros
las selvas circunvecinas.
Por la estrada de Mendieta
torna á su casa una niña,
y como es medrosa, lleva
un galan por compañía.
Hermosa ha sido la fiesta,
pero tú no sabes, niña,
que el néctar tiene sus heces
y las rosas sus espinas.
Acaso llores otro año
cuando el tamboril aprisa
«tan-taran-tan-tan resuene,
»resuene en la romería.»

VI

«¡Ay de la niña que pierde,
liviana ó inadvertida,
honra y corazon, más caros
que el oro y la plata fina!»
Así te dijo tu madre
hoy hace un año, María,
y en verdad que, segun lloras,
no mintió tu madre, niña!
Nadie tu llanto recoge,
que ya para nadie brilla
una perla en cada lágrima
de tu apagada pupila.
Esas doncellas que fueron
tus compañeras queridas,
felices con su inocencia
bajan á la romería,
y tú, avergonzada, escondes
la frente descolorida,
y ni á decirles te atreves:

«¡Adios, compañeras mias!»—
El tamboril allá abajo
difunde el gozo y la vida;
pero su són, los dolores
de tu corazon aviva,
que hoy justamente se cumple
una fatal profecía,
que hoy hace un año te dije,
presintiendo tu desdicha:
«Acaso llores otro año
»cuando el tamboril ¡oh niña!
»tan-taran-tan-tan resuene,
»resuene en la romería!»

19

LA GORRA DE PELO.

I

—Joaquina, dame una luz,
porque estoy muerto de sueño.
Acuéstate tú tambien,
que es ya muy tarde y deseo
que mañana te levantes
temprano á hacerme el almuerzo.
—Bien, padre, que usted descanse.
—Es que... Joaquina, no andemos
con aquí la puse! Acuéstate
inmediatamente.

—Bueno,
ya me acostaré.
—Joaquina,
no me urgues...
—¡Jesús, qué empeño!
¡Ni siquiera puede una
tomar un rato aquí el fresco!
—¡Joaquina, tú andas buscando
tres piés al gato teniendo
cuatro... Mira que me tienes
muy harto... mira que tengo
muy malas pulgas, y mira
que te voy á dar un tiento
como te vea otra vez
hablar con el granadero.
¡Quita de ahí, poca vergüenza!
¡Pues mire usted que está bueno
plantificarse á la reja
en cuanto ve que me acuesto,
para hablar al militroncho!
¿No te da vergüenza eso?
¡Quítate de ahí! Así hacen
las... de poco más ó ménos.
—Sí, sí, predíqueme usted,
que sacará lo que el negro...
—Joaquina, estoy ya cansado
de decirte que no quiero
nada con los militronchos,
que me revientan, que verlos
y ver al diablo es todo uno...
—Pues á mí me pide el cuerpo
gorra de pelo. ¡Caramba,
mire usted que es mucho cuento!
No ha de poder tener una
un mal novio...
—Tenle bueno

y te casarás ó harás
lo que te salga del cuerpo.
—Bueno es el que tengo ahora.
—Ya te he dicho que no quiero
militronchos.
—Pues sucede
con los paisanos lo mesmo.
Hace dos años le dije
á usted que estaba deshecho
por mí un paisano, y usted
se puso como un infierno.
—Porque eras entónces una
mocosa.
—¡Vaya un pretexto!
—Tenias catorce años...
—Otras se casan de ménos.
—Joaquina, que se me atufan...
—Pues á mí me pide el cuerpo
gorra de pelo.
—Joaquina,
que te doy...
—Pues yo me muero
por los de tropa.
—Joaquina,
que vas á llevar, que pierdo
la paciencia, que te voy
á repicar el pandero...
—Pues diré al son de los palos:
»¡viva la gorra de pelo!»

II

—¡Gracias á Dios que se fué!
¡Qué postemas son los viejos!
¡Pues no dice que la tropa
le revienta!... Yo me muero,

me hago jalea, me pirro
por una gorra de pelo
y unos bigotes de á cuarta
como los que gasta Pedro...
¡Pero, señor, cuánto tarda
ese arrastrado! Me temo
que se entretenga con otra...
¡Voto va! Si fuera cierto,
le arrancaba los bigotes
y le mandaba á paseo.
¿Pero qué ha de entretenerse
con otra, cuando está lelo
por mí?... ¡Chiton! Siento pasos...
Pues señor, ahí le tenemos.
Mírale, mírale... ¡Vaya,
si es un real mozo!...
—¡Salero!
¿Estás sola?
—No lo sé.
—¿Qué tienes?
—No sé qué tengo.
¡Arrastrado, vaya una hora
de venir!
—Calla, lucero,
que si te enojas, me rompo
la crisma contra estos hierros.
Pero, mujer, considera
que los melitares semos
melitares y que el cabo
manda con vara de fresno.
Con que dame acá esa mano.
—¡Tómala, arrastrado! Y eso
que no la mereces.
—¡Huy,
me la comeria á besos!
Con que, morena, ¿me quieres?

—Y te requiero, moreno.
—¡Ay, válgame Dios, morena,
qué tilin me estás haciendo!
¡Premita el cielo devino
que te coma un lobo hambriento
y te gomite en mi alcoba!
¡Premita el devino cielo
que te guelvas paja y siempre
me la echen á mí de pienso!
—¿Quién no quiere á un mozo tan
aquél y tan sandunguero?
¿Cuándo te dan la licencia,
Perico?
—Mañana mesmo,
y nos casamos más pronto
que la vista, si en efeuto
me quieres mucho.
—¡Ay, Perico,
y qué desgraciados semos!
—¿Y por qué?
—Porque mi padre
no nos da el consentimiento.
—¿Y por qué?
—Porque en la tropa
dice que no hay uno bueno,
y te tiene tirria y mirria
y mala voluntad... Viejo
más raro no come pan
en todito el universo.
—¡Por vida lo que malgasto!
¿Y cómo nos compondremos?
—Tú que eres hombre tendrás
más talento para eso
que no yo, que soy mujer.
—¡Qué he de tener yo talento!
—Voy al decir que caviles...

—¡Si me trabuco y me pierdo
en cuanto cavilo un poco,
y no sé lo que me pesco!
—Pues mira, á mí se me ocurre
un buen recurso. En teniendo
la licencia, que te corte
los bigotes un barbero,
te vistes bien de paisano,
vienes á casa derecho
y le dices á mi padre
que te dé el consentimiento
para casarte conmigo,
negándole, por supuesto,
que has sido de tropa, si es
que te lo pregunta.
—Gueno.

. . . .

—¡Toma! Con el militroncho
está ya de cuchicheo
á la reja... He de romper
en sus lomos este leño...
Toma, toma!
—¡Ay, ay, ay, ay!
—Toma. ¿Te pide aún el cuerpo
gorra de pelo?
—Sí.
—Toma.
—«¡Viva la gorra de pelo!»

III

—Joaquina, que son las ocho
de la mañana... ¡El almuerzo!
—¡Espérese usted!
—Joaquina,
que se repite el jaleo

de anoche... ¡El almuerzo digo!
—Deje usted que encienda fuego.
—¡Voto á brios Baco balillo!
¡Pues que! ¿aún estamos en eso?
Si te hubieras levantado
temprano...
—Tenia sueño.
—No haberte acostado tarde.
—Queria tomar el fresco.
—¡El fresco! ¡el fresco!... Joaquina,
el de la gorra de pelo
te va á costar muchos lapos.
—Aunque me cueste el pellejo
le he de querer. Con que ya
lo sabe usted, que no quiero
quedarme para vestir
imágenes.
—Habra ciento
que te pretendan.
—Pues cuando
me pretendan hablarémos;
pero no saliéndome otro,
lo dicho dicho, no suelto
el militar, aunque me hagan
más trizas que pelos tengo
en la cabeza.
—Pues yo,
lo dicho dicho, no quiero
que te cases con soldado.
—Pues el soldado en teniendo
la licencia es tan paisano
como usted.
—El mismo perro
con distinto collar. Digo
que no puede ser mi yerno
el que haya sido soldado

ó lo sea ó piense serlo...
Abre esa puerta, que llaman.
—(¡Ay, válgame Dios! Apuesto
que es Perico.) Vaya, vaya,
¿con que viene usted á vernos?
—Sí señora. Patron... (¡Huy!)
—¿Qué es eso de patron?
—Tengo
la costumbre de dicirlo
porque...
—Ha sido marinero.
Este jóven es el novio
que tuve hace mucho tiempo.
—Paisano...
—¿Es usted soldado?
—No, padre; es paisano nuestro.
Se interrumpe porque el pobre
es algo corto de genio.
—Vamos, ¿y qué tiene usted
que mandarme?
—Caballero...
—¡En la cruz de los calzones!
—(¡Qué! ¡Si no tengo talento
para estas cosas!) Pues yo
tenia un poco de afeuto
á la Juaquina, hará como
dos años ú dos y medio...
Vamos al dicir, los dos
nos queríamos...
—Entiendo.
—Pero, ya se ve, tuvimos
que marchar cada mochuelo
á su olivo, pues me dijo
la Juaquina que era güeno
dejar nuestras relaciones,
porque usted se habia puesto

como un toro y no queria
que se casara tan presto.
Eso sí, lo que es entónces
era lo mismo que un huevo
la Juaquina; pero ahora
ès ya moza de provécho,
mejorando lo presente.
Con que... ya se ve, yo tengo
novias á manta, pero uno
siempre conserva el afeuto,
porque, como dijo el otro,
lo primero es lo primero.
—(¡Bendita sea tu boca!
Ni los padres misioneros
se explican con tanto aquél.)
—(El mozo es bastante lego,
pero con tal de ahuyentar
al militroncho, le acepto.)
¿Con que usted quiere casarse
con la Joaquina?
—Eso mesmo.
—Pues ella lo ha de decir,
que si ella envida, yo quiero.
—Padre, ¿pues á qué está una
con diez y seis años hechos
á la cola?
—Pues entónces,
casaos pronto, y laus Deo.
(No haga el diablo que á la chica
le vuelva á pedir el cuerpo
gorra de pelo.)
—(Perico,
mira qué dichosos semos!)
—(Pero ¡ay, pobres de nosotros
si se descubre el enredo!)
—(Si se descubre y me zurran,

no tengas pena por eso,
«que diré al són de los palos:
»¡viva la gorra de pelo!»)

20

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS.

I

—Con que adios, sol de los soles.
—¡Jesus! ¿tan pronto te vas?
—No me puedo detener,
que el alba despunta ya,
y si nos ven aquí hablando,
¡sabe Dios lo que dirán!
—Pues si te vas, no me olvides.
—Yo no te olvido jamas.
¡Mal haya amén tu ventana
que en el quinto cielo está!
—Si quieres una escalera,
en la iglesia la tendrán.
—Iré á pedirla muy pronto.
—Pues sólo así subirás.
—Adios, sol.
—Adios, lucero.
—Adios, prenda.
—Adios, galan.
¡Qué gallardo! ¡qué gallardo!
Le quisiera contemplar

miéntras atraviesa el raso
que hay desde aquí al robledal.
«Estrellitas relumbrantes,
»dadme vuestra claridad
»para seguirle los pasos
»á mi amante que se va.»

II

Entre los mozos del valle
no hay ninguno tan galan
como el que el alma me roba,
como el que mi esclavo es ya.
Ojos mios, ojos mios,
no le dejeis de mirar,
que los suyos tambien miran
de cuando en cuando hácia acá.
De alegría va cantando...
¡Ay qué precioso cantar!—
—«Aunque no quieran tus padres,
»ni el cura, ni el sacristan,
»si me cumples la palabra,
»contigo me he de casar.»—
Nos casarémos, bien mio;
y si no, me enterrarán.
Pero ya sale del raso,
ya se acerca al robledal,
ya la sombra de los robles
me le ha empezado á ocultar...
«Estrellitas relumbrantes,
»dadme vuestra claridad
»para seguirle los pasos
»á mi amante que se va.»

21

LA MANCHA DE LA MORA.

I

—Señora Rita, ¿qué tiene
su chico de usted? ¡Ay, hija,
parece que le han chupado
las brujas!
—Señora Isidra,
no sé qué demontres tiene
ese chico. Hace ocho dias
que apénas prueba el puchero,
por más que una le predica.
—Pues, señora, el que no come
tiene pena de la vida,
como dijo el otro. Con que
no andarse con tonterías.
—Hija, yo no sé qué hacerle.
¡Jesus, estoy aburrida!
¡Y luego dicen que hijos!
Crea usted que más valdria
que el Señor se los llevara
de chiquititos. ¡Ay, hija,
si le dan á una más guerra
que Napoleon! ¡Si le quitan
la vida!...
—Y los de usted, vamos,
son unas malvas benditas...
—¡Calle usted por Dios, señora!

Se conoce que no lidia
usted con ellos. Perico,
sobre todo, es de la misma
piel del diablo. ¡Qué tragon
y qué guerrero! La niña...
—Para guerreros, los mios.
Mire usted, señora Rita,
esta mañana el Antonio
disparó una carretilla
cuando íbamos á almorzar,
y espantada la Minina,
saltó por cima la mesa
y me echó el almuerzo encima;
de manera que me puso,
ya ve usted, toda perdida
de lamparones la falda...
—Eso sale en la lejía.
—¡Ay, qué criaturas! ¡Si estudian
con el enemigo, hija!
¿Y la ropa que destrozan?
Mire usted, hace ocho dias
saqué de la tienda al Pepe
pantalon y chaquetilla;
pues anda, ya va enseñando
los codos y las rodillas.
¡Ya se ve, no han de romper
si no paran, si se tiran
por los suelos, si parece
que tienen azogue! Frita
le tienen á una la sangre,
no hay un Dios que los resista.
Y luégo aquél, como tiene
tan malas pulgas, se irrita
y dale que ha de pegarles...
—¡Ave María Purísima!
¡Pegarles! ¡Pobres criaturas!

—Pues es claro, esa es la mia.
Todos hemos sido niños
y hemos hecho niñerías;
pero volviendo á mi Paco,
lo que me da peor espina
es que está tan tristejon...
—¡Mire usted quién lo diria,
cuando ántes alborotaban
el barrio sus seguidillas,
cuando se estaba cantando
todo el santísimo dia!
—El pobre pasa la noche
delira que te delira.
Anoche, sin ir más léjos,
fuí á su cuarto de puntillas
para que no despertara;
toqué su frente, y tenia
un calenturon lo mismo
que un toro.
—¡Dios nos asista!
¿Y está usted con esa calma?
—¿Qué he de hacer?
—¡Jesus María!
Llamar al instante al médico,
que no hay juegos con la vida.
—¡Si no quiere oir hablar
de médicos ni botica!
—Oiga usted... Si estará malo
de... Dios me perdone, hija,
pero son el enemigo
estos muchachos del dia;
y luégo esas mujeronas
los llaman y los incitan
y los engatusan y...
—¡Calle usted, señora Rita,
no diga usted disparates!

Mi chico en toda la vida
ha pensado en más mujeres
que su novia. ¡Si delira
por ella! Bien es verdad
que eso y áun más todavía
se merece la muchacha,
que es de lo que no se estila,
mejorando lo presente.
Tan hacendosa, tan limpia,
tan modosita, tan llana...
—¿Y quién es?
—¡Toma! La chica
del tio Lila.
—Señora,
la chica del tio Lila
habla con el barberillo.
Lo ménos hace ocho dias
que los veo yo á la reja
muy metidos en harina.
—Hija, ¿qué me dice usted?
—Lo que usted oye.
—Pues, hija,
ya no hay que darle más vueltas:
lo que á mi chico aniquila
es pasion de ánimo.
—¡Toma!
Como usté es cristiana.
—¡Mira
la holgazana, la mocosa,
la puerca, la presumida,
que pasa emperejilándose
la mayor parte del dia,
y no sabe dónde tiene
la mano derecha!... ¡Iba
con ella aviado mi chico
como hay Dios!

—Señora Rita,
¿quiere usted que yo la dé
una buena medicina
para su chico?
—Señora,
¿no he de querer?
—Que se ria
de ese trasto, que busque otra,
y verá cómo la olvida,
«pues la mancha de la mora
»con otra verde se quita.»

II

—Hijos, vamos á comer.
—Esa cuchara es la mia.
—No, que es la mia.
—¡Embustera!
Dámela.
—Pues que lo diga
madre.
—¿Qué es eso? ¿Ya andamos
de pelea?
—Es que me quita
Periquito mi cuchara.
—Es que es mia y muy remia.
—Vamos, dejarse de historias:
en la mesa, como en misa.
—Pues que me dé mi cuchara
la Pepa.
—Dásela, hija,
que éste es lo más testarudo...
Estáte quedo en la silla,
condenado, que parece
que tienes azogue.
—A Pepita

le ha echado usted más garbanzos
que á mí.
—Pues toma. La envidia
no te deja á tí engordar.
Así estás como la espina
de Santa Lucía. Toma,
que parece que en la vida
te desayunas... Paquito,
come, hijo mio. Principia,
pues el comer y el rascar
eso es lo que necesitan.
—¡Madre, si no tengo gana,
si aborrezco la comida!...
—Anda, aunque no sea más
que un par de cucharaditas.
¡Si está tan rico el puchero!...
Como que tiene morcilla.
—No tengo gana.
—¿Qué tienes?
—Nada.
—¡Qué suerte la mia!
¡Válgame Dios, estos hijos
le quitan á una la vida!
Mira, Paco, vamos claros,
no andemos con tonterías:
tú estás así porque habla
con otro la Mariquita.
—Madre, diga usted que sí.
Anoche, cuando venía
de jugar de la plazuela,
vi al barberillo de ahí riba
hablando por la ventana
con la hija del tio Lila,
y porque le digo: «¡Hablando
con otro la Mariquita!
Yo se lo diré á mi hermano»,

va el barberillo y me arrima
una puntera...
—Los niños
deben callar la boquita
cuando hablan los grandes. ¡Eh,
á jugar á la guardilla!
—¡Déjeme usted rebañar
el puchero! Yo queria
lo pegado...
—¡Tómalo!...
No sé dónde tienes tripa...
¡Qué condenacion de chico!
¡Largo de aquí con la niña!
Con que, Paquito, ¿acerté
por qué es tú melancolía?
—Sí señora; por eso es.
—Pues la mejor medicina
para tu mal, es que olvides
á esa veleta.
—En la vida
la podré olvidar. ¡Ay, madre!
Estoy que me tiraria
al Canal, si no mirara
que ustedes lo pasarian
muy mal faltándoles yo.
—¡El Señor no lo permita!
¡Ay, hijo de mis entrañas!
Faltándoles tú, ¿qué harian
tu madre y tus hermanitos,
que no tienen, desde el dia
que Dios se llevó á tu padre,
otro amparo en esta vida?
¡Por Dios, olvida á esa falsa,
que te quitas y nos quitas
la vida pensando en ella!
—Tiene usted razon. ¿Qué haria

yo para olvidarla?
—¿Qué?
Querer á otra más digna
de tu cariño, hijo mio;
que un muchacho de tu estima
las encontrará á millares
más honradas y más lindas.
—Pues bien, madre: haré la prueba,
y Dios quiera que consiga
vencer esta pasion de ánimo
que me consume hace dias.
—Vencerás, que con el tiempo
todo, hijo mio, se olvida;
«que la mancha de la mora
»con otra verde se quita.»

III

«Vivo en el cuarto bajo,
tú en el tercero;
que junte nuestros cuartos
dile al casero,
que estando juntos
ya no tendrémos miedo
de los difuntos.»
«Todos los que padezcan
de mal de amores,
busquen buenas muchachas
y no doctores;
que al fin y al cabo
todo clavo se saca
con otro clavo.»
«Muchos hay que defienden
la homeopatía,
y yo soy uno de ellos,

morena mia,
que estando malo
me curaste con ella...
¡Ay qué regalo!»
«Cada vez que me acuerdo
de tu hermosura,
vuelve, morena, á darme
la calentura.
Tómame el pulso,
tómamele, morena,
que estoy convulso.»

—Señora Rita, ¿quién es
el que echa esas seguidillas?
¡Qué! ¡Si hace hablar la guitarra!
¡Si parece un organista!
Lo que es yo, toda la noche
oyéndole me estaria.
—¿No le ha conocido usted?
¡Pues si es mi Paquito!
—¡Ay, hija,
ese chico es el demontre!
¡Qué seguidillas endilga!
—Donde le ve usted, las saca
de su cabeza toditas.
—Pues mire usted, no entendiendo
de componer, eso admira.
Hay muchos que sacan libros
y no tienen tanta chispa.
Anda, ya vuelve á cantar.
¿No le han de querer las chicas
teniendo esa habilidad
y ese aquél que dan envidia?
—Ahí verá usted si era lástima
que se empleara en la hija
del tio Lila un muchacho

de tanta sabiduría!
—Ya se ve que hubiera sido
un dolor, señora Rita.
¿No se acordará ya de ella?
—¡Qué se ha de acordar! Ni pizca,
á Dios gracias. Ya ve usted
si estarán él y la chica
del cuarto tercero ciegos,
cuando se están todo el dia
echando coplas y flores,
él de abajo, ella de arriba.
Como que piensan casarse
para la Pascua florida.
—Ella parece muy buena.
—Muy honrada, muy relimpia...
y sobre todo unas manos...
tiene unas manos divinas
para todo; esta mañana
nos mandó unas chucherías
de dulce hechas por su mano,
y vaya, ¡eran lo que habia
que comer! Sólo que apénas
me descuidé en la cocina,
me las birló casi todas
Perico... ¡Ay, señora Isidra,
no sabe usted lo que paso
con ese chico! Su tripa
no se encuentra harta jamas,
y revienta el mejor dia.
Pero volviendo á mi Paco,
fué excelente medicina
la que usted le recetó,
porque si no, se las lia
el hijo de mis entrañas.
—No, pues lo que es él no olvida
la receta; está cantando

todo el santísimo dia
«que la mancha de la mora
»con otra verde se quita.»

22

CONTRA TRISTEZA, CANTARES.

(Á D. ANTONIO ARNAO.)

I

Tu corazon, hermano,
triste suspira...
Comprendo la tristeza
que le domina,
como comprendo
la tristeza que al mio
dominó un tiempo.
Esperanzas de gloria
no realizadas,
amores sin ventura,
promesas falsas,
males de ausencia;
tales fueron las causas
de mi tristeza.
Lloré desconsolado
dias y dias,
creyendo que mis penas
se endulzarian;
mas ¡cómo el llanto

ha de endulzar las penas,
si es tan amargo!
En un corro de gente
que le escuchaba,
vi un anciano cantando
con su guitarra...
¡Cantan los ciegos,
y lloramos nosotros,
que la luz vemos!
Acerquéme y le dije:
—«Dichoso anciano,
vos cantais, y yo vivo
siempre llorando,
aunque mis ojos
ven el cielo y las flores
y el sol hermoso.
»Mi corazon consume
negra tristeza,
y el contento en el vuestro
siempre se alberga.
Decidme cómo,
siendo tan desdichado,
sois tan dichoso!»
—Oye y nunca lo olvides,
respondió el ciego,
y entonó acompañado
de su instrumento:
«¡Canta y no llores,
»que cantando se alegran
»los corazones!»

II

¡Cuánto bien me hizo el ciego!...
Dios le bendiga,
pues me fué desde entónces

dulce la vida.
Hoy mis cantares
son bálsamo que cura
todos mis males.
Si tienes una lira
más sonorosa
que la lira que pulso
yo á todas horas,
¿por qué con ella
no disipas, hermano,
tanta tristeza?
¿No hay en tu patria flores?
¿No hay cielo puro?
¿No hay arroyos y fuentes?
¿No hay mar cerúleo?
¿No hay un sol claro?
¿No hay luceros y estrellas?
¿No hay verdes campos?
¿No hay gentiles doncellas,
cuya mirada,
como el sol de Castilla,
la nieve inflama?
¿No hay en el suelo
donde naciste, anales
de gloria llenos?
¿No hay muros y castillos
que en la memoria
despiertan el recuerdo
de antiguas glorias?
¿No hubo una lucha
en que fué hecha pedazos
la media luna?
¿No hubo aquí una Numancia?
¿No hubo un Sagunto?
¿Para luchar con Roma,
cántabros no hubo?

¿No es esta patria
de Pelayos y Cides?
¿No es ésta España?
¿No te parecen dignos
de tus cantares
la virtud, la fe santa
de nuestros padres,
el amor puro,
el saber, la inocencia
y el infortunio?
Canta y serás bendito
de cielo y tierra,
canta y serás salvado
de la tristeza;
«¡canta y no llores,
»que cantando se alegran
»los corazones!»

III

Recuerda las mañanas
primaverales
en que, dando al olvido
nuestros pesares,
como dos pájaros
cruzábamos el bosque
los dos cantando.
Los árboles, las fuentes,
los arroyuelos,
los pájaros, las flores,
el sol, el cielo,
todo era, todo,
raudal de poesía
para nosotros.
Allí sí que era dulce
soñar despiertos

gloria y amor, que siempre
fueron tus sueños,
fueron los mios,
fueron los del que siente
como sentimos!
 Allí sí que era dulce
y hermoso el santo
recuerdo de la aldea
donde, llorando,
viven mis padres,
donde esperan mi vuelta
quince años hace!
 Allí sí que era dulce
pensar, hermano,
en la inocente vírgen
con quien soñamos!
Allí sí que era
dulce pasar las horas
entre quimeras!
 Pues si fueron tan dulces
esos instantes,
si ahuyentamos cantando
nuestros pesares,
¿por qué no ahuyentas
cantando, como entónces,
esa tristeza?
 Bajo el techo paterno
vives hoy dia,
¿y abandonada y muda
yace tu lira?
¿Qué es de la santa
inspiracion que un tiempo
te arrebataba?
 Canta, y tus infortunios
cantando olvida;
canta, que Dios para eso

te dió la lira;
«¡canta y no llores,
»que cantando se alegran
»los corazones!»

IV

¿Quién, si se ve abrumado
por la tristeza,
y le anima el espíritu
de los poetas,
quién no demanda
solaz á sus cantares?
¿Quién, pues, no canta?
Cantan con entusiasmo
Milton y Homero,
cuyos dolientes ojos
no ven el cielo,
ni el sol, ni el campo,
ni las flores que esmaltan
huertos y prados.
Cantan Tasso y Macías,
en cuyo pecho
arde el amor y habitan
penas sin cuento;
cantan Cervántes
y Camoens, en desdichas
y en genio grandes;
Y alza á Dios sus cantares
el rey profeta
cuando tribulaciones
doquier le cercan,
cuando su hijo
le persigue, y le venden
deudos y amigos.
Si Dios te ha dado el alma

y el infortunio
de esos cisnes que adora
y admira el mundo,
¿por qué, como ellos,
no elevas tus cantares
hasta los cielos?
  Mas ya de nuevo tomas
tu dulce lira,
y á cantar te preparas...
¡Dios te bendiga,
pues tus canciones
siempre ensalzan lo santo,
lo hermoso y noble!
  Canta, pues, ya que sabes
cantar, hermano;
canta, ya que estás triste
y atribulado;
«¡canta y no llores,
»que cantando se alegran
»los corazones!»

23

LA ORDENANZA MILITAR.

I

—¡Oiga usted, señor recluta!
—Mi sargento, mande usted.
—En cuanto oye la retreta,

pensando que no le ven,
se va usted del campamento
y vuelve al amanecer.
Diga usted, señor recluta,
¿adónde se marcha usted?
—Perdone usted, mi sargento,
que no lo volveré á hacer...
—Señor recluta, cuidado
con escaparse otra vez,
porque como yo lo sepa,
no lo pasará muy bien.
—Está muy bien, mi sargento;
pero ha de saber usted
que allá abajo, en aquel pueblo
que en la llanura se ve,
hay una chica morena
con una sal y un aquél...
—¡Silencio, señor recluta,
que se insubordina usted!
¿Qué tienen que ver las chicas...
—¡Pues no han de tener que ver!
El dia que caí quinto,
adornó mi calañes
con una escarapelita,
llorando á más no poder...
—Pues es preciso olvidarla,
señor recluta.
—¿Por qué?
—Porque sólo á su bandera
el soldado ha de querer,
porque el soldado ha de estar
donde su bandera esté.
«¡Lo manda así la ordenanza,
»y es preciso obedecer!»

II

—¡Oiga usted, señor recluta!
—Mi sargento, mande usted.
—¿Tiembla usted porque las balas
han comenzado á llover?
—¡Ca! No señor, mi sargento;
es que allá abajo, en aquel
pueblo que está en la llanura,
padres y hermanos dejé,
y... no quisiera morirme
sin volverlos más á ver.
—Señor recluta, el soldado
no tiene, sépalo usted,
más hermanos que los de armas,
ni más padre que su rey.
Matando, encuentra la gloria;
muriendo, la halla tambien.
Si siempre la gloria encuentra,
¿qué más puede apetecer?
—Mi sargento, estoy conforme;
ya me ha convencido usted.
Padres y hermanos y novia,
callad, tontos, no lloreis,
que la vida militar
es buena á más no poder...
¡Pero ¡ay! que tocan ataque!...
¡Llueven balas á granel!...
—¡Señor recluta, á las filas!
—¡Pero si no puede ser,
mi sargento! ¡Si caen hombres
como chinches!
—¡Ande usted,
«que lo manda la ordenanza,
»y es preciso obedecer!»

24

OROS SON TRIUNFOS.

I

—¿Vas á la fuente?
—A la fuente.
—¿Tan solita?
—Tan solita.
—¿Quieres que yo te acompañe?
—No he menester compañía.
—Ven y sentémonos juntos
debajo de esas encinas.
—¡Y que nos viera mi novio!
—¿Con que tienes novio, niña?
—Es el pastor más gallardo
de toda esta serranía.
—Pues no merece un pastor
una zagala tan linda.
—¿Y por qué no la merece?
—Porque es notoria injusticia
junto á un espinoso cardo
poner una clavellina.
—Yo nací para ser pobre.
—Porque no querrás ser rica.
—Si en el querer consistiera...
—¡Ay, Dios! ¡Qué bien sentaria
en esos dedos pulidos
una pulida sortija!
—Pero como no la tengo...

—¿Quieres probarte la mia?
—Por probar nada se pierde.
—¿Ves como te está justita?
Guárdala, hermosa zagala,
que tengo en mi joyería
más de doscientas, y todas
cuajadas de piedras finas.
—¡Amable es el caballero!
—¡Encantadora es la niña!
Te acompañaré á la fuente.
—Me agrada la compañía.—
Y zagala y caballero
se pierden al fin de vista,
caminito de la fuente,
entre castaños y encinas,
y un pastor que los ha visto
canta muy triste allá arriba:
«El que fuere solo y pobre
»no busque la mujer linda,
»porque en medio de sus gustos
»viene el rico y se la quita.»

II

Aquella hermosa zagala
que yendo á la fuente un dia
puso en sus dedos pulidos
una pulida sortija,
baja con frecuencia al valle,
y vuelve á la serranía
como una azucena pálida,
como una rosa marchita.
Las sortijas de sus dedos
dicen que se multiplican;
pero eran mucho mejores
las rosas de sus mejillas.

Anoche tornó del valle
sin una nueva sortija,
con el cabello en desórden,
llorando á lágrima viva.
¡Ay, quiera Dios que hoy llorando
no torne á la serranía,
que ni compasion encuentra
en los que su llanto miran,
que hasta las otras zagalas
su conversacion esquivan!
¡Ya da la vuelta del valle;
pero sus dedos no brillan,
y vuelve ¡ay Dios! como anoche,
llorosa y descolorida!
A la vera del camino,
sentado al pié de una encina,
está un pastor abismado
en honda melancolía,
y la afligida zagala
hácia el pastor se encamina.
—¡Compadécete, le dice,
de una mujer desvalida,
y las lágrimas que vierto
de desagravio te sirvan!—
Pero el pastor se levanta,
y temeroso de oirla,
gana con ligero paso
la cumbre de una colina,
y canta allí, con acento
lleno de melancolía:
«El que fuere solo y pobre
»no busque la mujer linda,
»porque en medio de sus gustos
»viene el rico y se la quita.»

25

LA CASA DONDE VIVIÓ.

I

En esa casita blanca,
oculta en un pabellon
de guindos y de manzanos,
donde canta el ruiseñor,
alegre cuando el sol nace,
triste cuando muere el sol;
en esa casita blanca
vivia un tiempo mi amor,
vivia la dulce niña
que amaba mi corazon!...
La niña está ya en el cielo,
que era un ángel del Señor,
y para morar con ángeles
tan puros ¿quién era yo?
Mas vagar en estos sitios
es toda mi diversion,
«que me divierte la jaula,
»aunque el pájaro voló.»

II

¡Cuántas veces asomados
á aquel airoso balcon
cubierto de enredaderas,
de enredaderas en flor,

en brazos de la esperanza
nos adormimos los dos!
Me parece que estoy viendo
á la prenda de mi amor
exclamar allí, mostrando
la timidez en su voz,
la ternura en su mirada,
la dicha en su corazon:
—¡Dichosos, mi dulce amado,
serémos aquí tú y yo,
así que un sagrado vínculo
eternice nuestra union;
pues esta casita blanca,
que mi niñez cobijó,
y ofrece, léjos del mundo,
paz y alegría y amor,
amor y paz y alegría
nos ofrecerá á los dos!—
Como la flor del almendro
nuestra esperanza se heló;
mas vagar en estos sitios
es toda mi diversion,
«que me divierte la jaula,
»aunque el pájaro voló.»

III

Casita, casita blanca,
donde mi amada vivió,
de rayos y de huracanes
te guarde por siempre Dios;
los guindos y los manzanos
te den sombra y proteccion;
nunca se seque la fuente
que te da en Julio frescor;
entonen en tu tejado

los pájaros su cancion;
enredaderas te adornen
y flores te den su olor!
Yo vendré cuando el sol nazca,
yo vendré al morir el sol,
á fecundar con mi llanto
los campos de alrededor,
fijos los dolientes ojos
en tu desierto balcon;
que como fuiste morada
de la prenda de mi amor,
«con la jaula me divierto,
»aunque el pájaro voló.»

26

LAS MUCHACHAS DE SANLÚCAR.

(A D. LUIS DE EGUÍLAZ Y D. DIEGO LUQUE.)

I

Yo, el que canto estos cantares
al compas de una vihuela
que gané con una tanda
de seguidillas manchegas
en un famoso certámen
en el campo de Manuela,
sobre las sagradas ruinas
de aquella insigne academia
que honraron los vates de

la corte del rey poeta;
yo, Anton el de los cantares,
como por tales proezas
en Lavapiés y el Barquillo
me llaman varones y hembras;
yo, apasionado cantor
de las mozas sandungueras
que don Ramon de la Cruz
cantó con sal y pimienta,
y del modesto zumaque
de Arganda y de Valdepeñas;
yo voy á cantar las mozas
y el vino de vuestra tierra.
No faltará quien por frívolo
asunto tan dulce tenga,
dirigiéndome á vosotros,
que sois sesudos poetas;
pero, digan lo que digan,
frivolidades tan bellas
celebrará eternamente
mi destemplada vihuela,
y por el nombre que tengo
á asegurar me atreviera
que, aunque poetas sesudos,
tambien delirais por ellas.
Que las muchachas os gustan,
no admite duda siquiera,
puesto que los dos teneis
el alma española neta,
y en cuanto á vino, tampoco
disentís de mis ideas,
pues si néctar os parece
el moscatel de esta tierra,
¡qué no debe pareceros
el moscatel de la vuestra!
Déjenme, pues, celebrar

las muchachas sanluqueñas
y el zumaque jerezano,
pues sé, por propia experiencia,
que para vino sabroso
las jerezanas bodegas,
«y para chicas bonitas
»Sanlúcar de Barrameda!

II

Un hombre fué á examinarse
de doctrina por Cuaresma,
despues de haberse bebido
lo ménos azumbre y media,
y al decir el quién es Dios,
se le trabucó la lengua
y dijo:—«Vino y muchachas
en toda tierra de cepas
son dos personas distintas
y una sola verdadera.»—
A mi ver, el tal borracho
dijo una verdad soberbia,
que igual embriagan, igual
hacen perder la cabeza,
el amor de una muchacha
y el vino de una botella;
y aseguran las personas
peritas en la materia,
que sin muchachas, son cuerpo
sin alma las borracheras.
Alcázar, el que alabó
la invencion de la taberna,
autoridad ante quien
hay que bajar la cabeza,
acariciaba á la vez
á su Ines y á su botella.

¡Oh, amigos, el tal Alcázar
era pájaro de cuenta!
Entre Jerez y Sanlúcar
pasais esta vida perra,
Jerez y Sanlúcar son
vuestra Zeca y vuestra Meca...
Amigos, os tengo envidia,
pues sé por propia experiencia
que para vino sabroso
las jerezanas bodegas,
«y para chicas bonitas
»Sanlúcar de Barrameda!»

III

¡Sanlúcar! me dije un dia,
¡Sanlúcar! hermosa tierra
para rico manzanilla
y para muchachas bellas,
segun dicen los barriles
que á nuestra Castilla ruedan,
y segun dice el cantar
que aprendí yendo á la escuela.
Di á un gallego mis penates
(entre cristianos, maleta),
y más pronto que la vista
me hospedé en la diligencia.
En el puente de Toledo
dirigí á la villa egregia
un adios... ¿á qué negarlo?
triste como una Cuaresma,
porque tengo la mitad
de mi corazon en ella;
porque lo que es para mí,
desde Madrid á mi tierra,
desde mi tierra á la gloria,

de la gloria... á las bodegas
de los Domecg, Pemartin,
Garvey, Archimbau, etcétera,
con tal que vayan conmigo
las muchachas sanluqueñas.
Chascó la fusta el auriga,
y adios, Madrid, que te quedas
sin gente; el raudo vehículo,
aquí se hunde, allí se vuelca,
en esta subida afloja,
en esta bajada aprieta,
me condujo al anhelado
término de mi carrera.
Era una tarde de Abril,
y domingo por más señas,
cuando Sanlúcar se honró...
(lo primero la modestia)
dejándome recorrer
sus calles y callejuelas.
¡Amigos! En sus dos barrios
vi muchachas á docenas,
y santiguándome, dije:
¡Bendito sea Dios, qué perlas
arroja la mar salada
á las playas sanluqueñas!
Dicen que los andaluces
son gente muy embustera,
mas cuentan el Evangelio
los andaluces que cuentan
«que para chicas bonitas
»Sanlúcar de Barrameda!»

IV

Oyóme un mozo, á mi ver
nacido en la Macarena,

que era lo más macareno
que yo he visto en vuestra tierra,
y me preguntó:
—Compadre,
¿le gustan á usté esas hembras?
—¡No me han de gustar! ¡Son ángeles!
—Pues sepa usté que con esas
asustamos en Sanlúcar
á los chiquillos de teta.
Lléguese usted al Vergel,
á la Calzada, á las Cuevas,
á las Piletas, ó al Pino
y allí verá cosas buenas,
que por las tardes allí
va la flor de la canela.—
¡Luis! puesto que es el Vergel
finca de tu pertenencia,
haz el favor de vendérmele
con todito lo que tenga
á las horas de paseo
cualquiera dia de fiesta.
No son mujeres, son rosas
las chicas que allí pasean,
y si hay otras en el mundo
que rivalicen con ellas,
ésas son las que fuí viendo
en las otras alamedas.
Al dar la vuelta á Sanlúcar,
me llamó desde la puerta
de un montañes aquel mozo
de apostura macarena,
y me dijo:
—Compadrito,
vaya una cañita de esta
manzanilla que trasciende
á gloria de legua y media.—

Y caña va, caña viene,
bebimos una docena.
—Compadrito, ¿ha visto usted
las muchachas sanluqueñas?
—Las he visto...
—Pues ahora
las verá usted más de cerca.—
Y tomando el macareno
un par de cañitas llenas,
salióse á la puerta y dijo
á dos arrogantes hembras:
—¿Se acepta, princesas mias,
una cañita?
—Se acepta
por venir de buena mano,—
contestaron las princesas.
Y... no encontrando palabras
para ensalzar la belleza
y el garbo y la sal de Dios
de aquellas chicas morenas,
en són de caña canté,
con el macareno y ellas,
«que para chicas bonitas
»Sanlúcar de Barrameda!»

V

—Compadre, me dijo el mozo
con quien hice *conocencia*,
¿quiere usted beber del vino
que se usa en la gloria eterna?
Pues véngase usté á Jerez
conmigo... Está aquí á la vera.
—Vamos allá, respondí;
y en una airosa calesa
nos plantamos en Jerez

más pronto que uno lo cuenta,
y fuimos á visitar
las susodichas bodegas.
Si son templos del dios Baco
las miserables tabernas,
¡aquéllas sí que son templos
y no bodegas! ¡Aquéllas
sí que son digno teatro
de las bacanales fiestas!
—¡Venga de ese generoso!
—¡De ese amontillado venga!
—¡A ver el Pero Jiménez!
—¡Al de color la venecia!
—¡Vaya el moscatel que es gloria!
—¡Vaya el seco que es canela!
Pasamos horas y horas...
¡Dios mio, qué horas aquéllas!
¡Y luégo dice Fernan
Caballero que en la tierra
no hay dicha cumplida! ¡Y luégo
agua quieren que uno beba!
Mas razon tiene Fernan,
que en aquella borrachera
nuestra dicha echó de ménos
las muchachas sanluqueñas,
pues chicas bonitas son
el alma de tales fiestas,
«y para chicas bonitas
»Sanlúcar de Barrameda!»

27

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

I

—¡Qué noche!... En la chimenea
sopla el viento sin cesar,
y son rios las canales
y hace un frio que ya, ya!
Hijos, avivad la lumbre;
más leña... aunque sea un haz,
para que así se caliente
y se seque el militar.
Tú, Soledad, entre tanto,
baja un pernil del varal,
y haz al militar la cena,
que buena gana tendrá.
—¡Gracias, patroncita, gracias
por su infinita bondad!
—¡Eh! Déjese usted de gracias;
no hacemos nada de más,
que en este mundo, hoy por tí,
mañana por mí, y en paz.
Como dice el señor cura,
el que siembra cogerá;
que mañana ú otro dia
tal vez mis hijos irán
por esos mundos de Dios
como usted ahora va,
y Dios les dará patronas
que no me los traten mal...

¡Hijitos de mis entrañas,
Dios los tenga por acá!—
Así dice la patrona;
y el honrado militar,
de negro y largo bigote,
de continente marcial,
de ojos negros, tez morena,
algo rudo en el hablar,
pero de aquellos que llaman
vino al vino y pan al pan,
siente una lágrima tierna
por su mejilla rodar,
aunque el silbo de las balas
no le conmovió jamas.
Y los dos hermosos niños,
que ocho ó diez años tendrán,
no se cansan de echar leña,
leña seca en el hogar,
ni se cansa de partir
rico jamon Soledad,
que es una chica morena,
llena de gracia y de sal,
ni se cansa la patrona
huevos frescos de cascar.
—Militar, ¿cómo es su gracia?
dice la patrona.
—Juan.
—¿Y há mucho que usted milita?
—Seis años cumplidos há.
—¿Tiene usted padres?
—Los tengo,
y no los puedo olvidar!
—Aunque jóven, ¡qué trabajos
habrá pasado usted ya!
—¿Que si he pasado? ¡Ay, patrona,
no me quisiera acordar!

—Ya tiene usted á mis chicos
muertos de curiosidad
por saber toda la historia
de su vida militar.
—¡Hola, caporales! ¿Sois
curiosos? Venid acá
y sentaos á mi lado,
que os la voy á relatar,
aunque hay un cantar antiguo
que dice, y dice verdad:
«la vida de Juan Soldado
»es muy larga de contar.»

II

—Una tarde nos decia
el cura de mi lugar:
«Con no sé cuántos franceses
pasa la raya Armagnac...
¡Que no hallara en Roncesválles
un Bernardo ese Roldan!
Por amigo se nos vende;
reniego de su amistad,
que tarde ó temprano el gato
las uñas ha de sacar...
Ese Godoy, por mal nombre
el príncipe de la Paz,
el príncipe de la guerra
se debiera titular,
que la guerra por su culpa
tenemos encima ya.»—
¡Ay, cuánta razon tenia
el cura de mi lugar!
Entró el frances en España,
y creyéndole leal,
á su paso en todas partes

fiestas vienen, fiestas van.
Su fino agradecimiento
quiso al español mostrar,
y se le mostró clavándole
en el pecho su puñal,
pues dejando en lo traidores
al mismo Júdas atras,
como Pedro por su casa
entró en Pamplona Armagnac,
en Barcelona Duchesne,
en San Fernando Piat,
y hasta... ¡patrona, vergüenza
el referirlo me da!
hubo en Madrid españoles
que entregaron sin chistar
la espada del rey Francisco
al sanguinario Murat.
—¡Jesus, Jesus, qué vergüenza!
—El frances, siempre falaz,
llevó á Francia con engaños
á la familia real,
pues queria Napoleon
en toda España mandar;
pero el pueblo madrileño,
que es un Cid, no aguantó más,
y luchó como un leon
al grito de libertad,
matando más mamelucos
que arenas tiene la mar.
Pero como los franceses
eran veinte veces más,
al cabo los madrileños
se rindieron á Murat,
que fusiló hasta los niños
de teta...
—¡Qué atrocidad!

¡Angelitos de mi alma!
—Y diga usted, militar,
¿son judíos los franceses?
—No sé lo que son, rapaz;
pero aquella degollina
cara costándoles va.'
Supo el alcalde de Móstoles
que la heroica capital
luchaba con los franceses,
y aunque era un pobre patan,
indignóse y puso un parte
que decia... poco más
ó ménos: «*Madrid es víctima*
de la perfidia imperial!»
Y el parte por toda España
corre con celeridad,
y en todas partes el grito
de independencia se da.
Las rocas de Covadonga,
donde once siglos atras
alzó la cruz don Pelayo
contra el pendon musulman,
oyeron el primer grito
contra el frances desleal.
¡Vírgen del Pilar! La sangre
me hervia como un volcan,
cuando el bravo Mendizábal
gritó en mi país natal:
«Venid, valientes navarros,
por la patria á pelear.»
Y los navarros seguimos
á aquel valiente con tal
entusiasmo, que juramos
el fusil no abandonar
hasta conseguir luchando
la muerte ó la libertad.

—¡Si yo hubiera estado allí!...
—¿Qué hubieras hecho, rapaz?
—¡Toma! Ir á matar franceses
como ustedes. ¡Voto va!
—¡Bien, hombre! Eres más valiente
que el Cid y el Gran Capitan.
—Militar, ya está la cena;
con que vamos á cenar.
—Sí, cenemos, patroncita,
que tengo necesidad
de reforzar el estómago
si el cuento he de continuar,
pues como dice la copla,
y ustedes mismos verán,
«la vida de Juan Soldado
»es muy larga de contar.»

III

—Cerquita de Rioseco
nos dijeron:—«¡Ahí están
los franceses!»—¡Pues á ellos!
gritó nuestro general:
y sintiendo de alegría
el corazon palpitar,
cerramos con los franceses
al són del racataplan.
¡Plum, plurrúm! descarga viene,
¡Plum, plurrúm! descarga va,
¡se armó allí una de doscientos
mil demonios! ¡Qué silbar
las balas! ¡Qué modo de ir
hombres á la eternidad!
Pero... ya se ve, el frances,
soldado aguerrido ya,

bien vestido, bien armado,
como la zorra sagaz...
nosotros, pobres reclutas,
descalzos y á medio armar...
¡qué habia de suceder!
Triunfó el águila imperial,
y Escobedo, Chaperon,
Maceda... una infinidad
de valientes, derramaron
allí su sangre leal;
y... vamos, si no quisiera...
—¡Madre, llora el militar!
—¡Patroncitas, me avergüenzo
de tanta debilidad!
Pero ¡qué quieren ustedes!
No lo puedo remediar.
—¡Calla! ¡Tambien llora madre!
—¡Toma! ¡Y tambien Soledad!
—Rapaces, por los valientes
todos debemos llorar.
Pero sigamos el cuento,
y Dios tenga en santa paz
á tan buenos militares,
que de fijo los tendrá.
El frances en Rioseco
quiso el triunfo celebrar,
y le celebró el Neron
degollando sin piedad
á todo bicho viviente.
—¡Jesus!
—Pues aún hizo más.
—¡Qué pícaros de franceses!
—No contentos con robar
hasta los santos copones,
su desenfreno fué tal,
que forzaron muchas monjas

delante del mismo altar.
—¡¡Santo Dios, qué judiada!!
—¡¡Dios mio, qué atrocidad!!
—Y pegaron fuego al pueblo.
—Dígame usted, militar,
¿se ha acabado ya la guerra?
—Aún dura. ¿Por qué, rapaz?
—Porque si admitieran chicos
en la tropa, me iba allá
y mataba más franceses!...
—¡Bien, hombre, bien, voto á san!
Deja que te dé cien besos,
que vales un dineral.
Ten un poco de paciencia,
y escucha, que ya verás
cómo, por arte ó por parte,
donde las toman las dan.
Muchos trabajos pasé
desde aquel dia fatal,
andando de ceca en meca,
descalzo, falto de pan,
con los franceses delante,
con los franceses detras,
ya tostado por el sol,
ya muerto de frio, ya
despeado, ya molido
á fuerza de caminar!
Pero como siempre el bien
camina detras del mal,
al fin encontré el desquite
de tanta penalidad;
porque dimos en Bailén
una batalla, que atras
deja á todas las batallas
que se han dado y se darán.
Mandaba al frances Dupont,

que dicen era sagaz,
y valiente, y entendido,
y en fin... un buen general;
y á nosotros nos mandaban
Castaños, que no le va
á nadie en zaga, y Reding
y Abadía, que serán
por los siglos de los siglos
espejo del militar.
Reding y Abadía emprenden,
fuego viene, fuego va,
con el soberbio Dupont;
óyese el cañon tronar,
se dan cargas y más cargas,
bayonetazos se dan,
caen franceses como chinches,
quiere Dupont escapar,
le circunvalan los nuestros,
y ten de aquí, ten de allá,
más de veinte mil franceses
prisioneros se nos dan;
y si más no fueron... fué
porque no quedaban más.
Patronas, pensé aquel dia
de gozo prevaricar.
—¡Por vida de... ¿Pesan mucho
los fusiles, señor Juan?
—Y que pesen ó no pesen,
¿qué te importa á tí, rapaz?
—¿Que no me importa? ¡Caramba!
Si yo pudiera llevar
el fusil, sentaba plaza...
—Este chico vale más
pesetas que el Potosí,
y ha de ser un general.
—¡Ay! No me le quite Dios

de mi ladito jamas,
que tiene muchos percances
la vida del militar.
—¡Ay, patrona! Todavía
no sabe usted la mitad.
«La vida de Juan Soldado
»es muy larga de contar.»

IV

—Pues señor, cuando vencimos
á Dupont, héte que va
el parte de que apurados
los de Zaragoza están,
pues los sitian los franceses
con mucha tenacidad,
y decimos:—«Los franchutes
por aquí guerra no dan,
y la dan en Zaragoza...
Pues señor, vamos allá.»
Y hala, hala, hala, casi
sin comer ni descansar,
llegamos á Zaragoza,
y en las eras, zas, zis, zas,
zurramos á los franceses,
y entramos en la ciudad.
¡Qué alegría los sitiados
al ver gente tan marcial!
Nos besaban las mujeres
casadas y por casar.
«¡Entregaos!» les decian
los franceses; pero ya
todos habian jurado
por la Vírgen del Pilar
perecer, como en Numancia
sucedió tiempos atras,

ántes que entregar la plaza
al ejército imperial.
¡Qué modo de caer bombas!
¡Qué modo de pelear
en todas partes! ¡Qué modo
de echar á la eternidad
franceses en los asaltos
que nos daban sin cesar!
Don Francisco Palafox,
el más valiente y leal
que ha defendido una plaza
desde los tiempos de Adan,
nos daba á todos ejemplo
de valor al pelear.
Allí todo Dios cogia
una escopeta, un puñal,
un fusil, una hacha, un palo,
una azada... un rejalgar,
y al grito de ¡viva España!
al zipizape se va,
hasta que al fin el frances
el sitio tuvo que alzar
de rabia y vergüenza lleno
viendo tanta heroicidad,
en tanto que las campanas
de la Vírgen del Pilar
alzaban, toca que toca,
himnos á la libertad.
Como es mi placer á tiros
con los franceses andar,
por salir de Zaragoza
estaba rabiando ya,
y se lo escribí á mi madre,
que me contestó... Aquí está
la carta:—«Juan de mi alma,
si te puedes ahí quedar,

quédate, porque en los campos
es mucha la mortandad,
y si te pegan un tiro,
¡pobres de nosotros, Juan!»
—¡Mire usted la pobrecita
señora!... ¡Vamos, si no hay
amor como el de una madre!
—¡Patroncita, qué verdad!
—¿Y se quedó usted al fin
en Zaragoza?
—No tal;
escribí á mi madre:—«¡Madre
de mi corazon! Lidiar
por el rey y por la patria
es el deber principal
del soldado; con que así,
usted me perdonará
si en vez de estarme aquí ocioso
rompo la marcha á buscar
franceses donde los haya,
porque aquí no los hay ya.»
Y en seguida... á discrecion,
marchen, paso regular,
que siempre el que corre ménos
es el que camina más,
marché... no me acuerdo adónde
marché. De aquí para allá
anduve meses y meses,
hoy en un pobre lugar,
mañana en una montaña,
esotro en una ciudad,
siempre á tiros y pinchazos,
siempre como un azacan,
unas veces escapando,
y otras haciendo escapar.
¡Ay, patronas de mi alma!

Es muchísima verdad:
«la vida de Juan Soldado
»es muy larga de contar.»

V

—Pero, lo repito, el bien
camina detras del mal.
Despues de muchos reveses
que callo, porque me dan
mucha pena, vino un dia
de gloria y felicidad,
pues españoles é ingleses,
jugando á quién pega más,
al frances en Talavera
zurramos el cordoban.
¡Bien se portaron allí
Cuesta, nuestro general,
y Wilson, y Wevesley,
y otros que he olvidado ya!
Mas la batalla de Ocaña,
que no quisiera nombrar,
pues lo que en ella perdimos
será siempre proverbial,
nos hizo atrasar bastante,
pero no temblar... ¿Temblar
los españoles? No tiemblan
los españoles jamas.
Si en las batallas formales
á veces nos es fatal
la suerte, porque el frances
es muy diestro en pelear,
las escaramuzas... son
harina de otro costal.
El Empecinado, Longa,
Mina, Rovira, Julian

Sánchez y otros guerrilleros
han escabechado más
franceses que en medio siglo
las francesas parirán.
El frances, que medio mundo
dicen ha vencido ya,
con el rabo entre las piernas
de España se ha de largar,
y más si otra zurra como
la de Arapíles le dan.
Allí le cogió Wellington
seis mil hombres, y ademas
le quitó la artillería,
y hasta hirió á su general.
Patroncitas, los franceses
de capa caida van,
y lo prueba el que á la raya
se empiezan á replegar;
pero allá vamos nosotros,
y juro á brios, que tendrán
una buena despedida
si nos llegan á esperar.
—¡Voto á... Siento que se vayan.
—¿Por qué lo sientes, rapaz?
—Porque sin matar franceses
no me quisiera quedar.
—Anda, hombre, deja que vivan
los pocos que quedan ya.
Doscientos sesenta mil,
pocos ménos, pocos más,
han venido á España, y quedan
doscientos mil por acá.
—¡Ay madres que paren hijos
para verlos... Militar,
los franceses al fin son
hombres como los demas,

y es un dolor que los hombres
se maten.
—¡Y qué verdad,
patroncita! Quien ha armado
todo este berengenal
no son los franceses; es
Napoleon... ¡Mal rejalgar
para él!
—¡Qué tizonazos
le esperan!
—A mí me da
gusto despachar franceses,
porque es preciso matar
en la guerra; mas la guerra
es una barbaridad.
Con que... ¿qué dicen ustedes
de mi vida militar?
—¡Ay, señor Juan, qué trabajos!
Pero se concluye ya
la guerra; irá usté á su pueblo,
y vivirá en santa paz
con sus padres... ó su esposa,
si se casa, pues tendrá
novia.
—¡Qué he de tener novia!
—¿Te estás queda, Soledad?
¡Si parece que pinchándola
con alfileres están!
—Patrona, si nos casáramos
ese florido rosal
y yo... ¡válgame la Vírgen!
—Pues otras cosas habrá
más difíciles... Usted
es libre, ella otro que tal...
—Madre, ¡cómo se le alegran
los ojos á Soledad!

—¡Embustero! ¿A mí?
—¡Qué chicos!
¡En todo han de reparar!
¡Jesus, ya cantan los gallos!
Bien dice usted, señor Juan,
«la vida de Juan Soldado
»es muy larga de contar.»

VI

—¡Señor Juan!
—¡Patronas! ¡Niños!...
¿Qué tal?
—Muy bien, señor Juan.
¿Y usted?
—Ha hábido de todo.
—¡Jesus! ¿Usted por acá?
Pues está usted de paisano
mejor que de militar.
—Madre, con el uniforme
á mí me gustaba más.
—Vamos, siéntese usted miéntras
ésta le hace de almorzar.
—A gloria sabrá el almuerzo
hecho por la Soledad.
—Madre, ésta parece boba,
mira que te mira á Juan.
—¿Quién mira, embustero?
—Tú.
—Dejarse de porfiar.
¿Cómo tenemos el gusto
de verle á usted por acá?
—Desde aquí fuimos al Norte,
y á muy poco de llegar,
unidos con los ingleses,
dimos en Vitoria tal

embite al pobre frances,
que le echamos para allá.
Creyéndose en Roncesválles
un Carlo-Magno, un Roldan,
nos presentó la batalla;
pero era el sitio fatal,
porque Bernardo á nosotros
nos prestó ayuda eficaz,
y Roldan y Carlo-Magno
lo pasaron harto mal.
Lo mismo pasó en Sorauren,
y lo mismo en San Marcial,
donde Freire se portó
como todo un militar,
y así no quedó un frances
de la raya para acá.
Me fuí entónces á mi pueblo
con el afan de abrazar
á mis padres... pero fué
inútil aquel afan,
porque... ¡padres de mi alma!
¡Por vida de... ¡Y luégo habrá
quien extrañe que uno tenga
tirria y mala voluntad
á los franceses!

—¡Jesus
nos asista! Señor Juan,
¿qué habia pasado?

—¡Pche!
¡Una friolera! Al pasar
el frances en retirada
por mi pueblo, pegó tal
paliza á mi pobre padre,
que le echó á la eternidad,
diciendo que el pobre viejo
tenia un hijo *brigand*,

y mi madre á los tres dias
murió tambien de pesar.
—¡Jesus! ¡Jesus! Ni los mismos
judíos hicieran más.
—Como en el pueblo el dolor
la vida me iba á quitar,
y me eran insoportables
parentela y vecindad,
vendí lo poco que habia
y me vine por acá
desengañado del mundo,
buscando... la soledad.
Con que, Soledad, si usted
me quisiera consolar...
—Yo... si mi madre quisiera...
—¡Pues no he de querer! Con tal
que sea á tu gusto...
—Diga
usted que sí, señor Juan,
que el otro dia mi hermana
y la Saturia, y la Paz,
y la Juana se metieron
en el cuarto para hablar
de novios, y les decia
á las otras Soledad:
«Chicas, yo todas las noches
sueño con el militar.»
—¡Embustero! ¿Yo dije eso?
—¡Sí, sí! ¡Rabia, rabia! Ya
que no me quieren abrir,
dije, se han de fastidiar,
que he de escuchar lo que dicen.
—¡Anda, cucharon!
—¡Me da
la gana!
—Déjale, hija.

Ya lo oye usted, señor Juan.
—Patrona, ¡qué feliz soy!
—Diga usted, ¿me enseñará
usté el ejercicio?
—¡Hombre!
¡Pues no te le he de enseñar!
—¿Y qué me contará usted?
—Mi vida de pe á pa.
«La vida de Juan Soldado
»es muy larga de contar.»

28

CASTIGO DE DIOS.

I

Asomada á la ventana
la pobre María está;
tiene el rostro... como el rostro
del que llevan á enterrar;
mira con ánsia á la calle,
y sólo ve oscuridad,
y aplica el oido y oye
cómo silba el huracan.
«¡Está loca rematada!»
dicen en la vecindad,
y no mienten. ¡Pobre chica!
¡Loca rematada está!
Si quereis saber la historia

de su locura, escuchad,
Era una chica de quince,
llena de gracia y de sal,
con unos ojos de cielo
que decian soledad.
Fué á la Florida una tarde
contenta, alegre, locuaz,
como una rosa recien
cortadita del rosal,
y á la orillita del rio
viendo á la Ines y á la Paz
alegremente bailando
con su novio cada cual,
que ella no tenia novio
se puso á considerar.
Se le saltaron las lágrimas,
pero, consolada ya,
las enjugó con el cabo
de su airoso delantal,
y se puso á coger flores,
florecitas de San Juan,
y tomillo y siemprevivas,
y qué sé yo cuántas más.
Así que hizo un ramillete,
con él, bajo el delantal,
en dos saltos á la ermita
de San Antonio se va,
y dice al Santo bendito,
engalanando su altar:
—Santo bendito y hermoso,
si es verdad
que á las muchachas honradas
novio das,
¡dame uno, Santo bendito,
que tengo quince años ya!»
Por la cuesta de la Vega

se la vió á poco tornar
muy metidita en harina
con un jóven muy galan;
y cuentan que detuvieron
ambos el paso al llegar
al pié de aquel santo muro
donde la Vírgen está,
«y allí se dieron palabra
»de no olvidarse jamas.»

II

María y Juan se adoraban...
¿Se adoraban? Dije mal:
Juan engañaba á María,
María adoraba á Juan,
y vino á resultar de esto...
lo que suele resultar
cuando la novia es muy boba
y el novio es muy truchiman.
El mundo á la pobre chica
escarneció sin piedad
y celebró con chacota
las gracias del perillan.
Bien pudo la pobre chica
acudir á un tribunal;
pero ¿qué hubiera sacado?
Dar un escándalo más,
que el delito semejante
al cometido por Juan,
se comete sin testigos
y... váyale usté á probar;
y el que no quiere por bien,
¿cómo ha de querer por mal?
Legislacion que no alcanza
tal delito á castigar,

hace muy bien en llamarse
legislacion criminal.
La desventurada chica
se contentó con llorar,
y tanto lloró la pobre,
y su tristeza fué tal,
que al cabo se volvió loca,
pero ¡qué! loca de atar.
Al pié de aquella ventana
donde su víctima está,
á eso de la media noche
iba muy rendido Juan,
y hasta la ventana á veces
solia el bribon trepar.
¡Pobre loca! Allí la tiene
una esperanza quiza,
la esperanza de que torne
el amante desleal,
pero el amante no torna,
y la pobre chica va
perdiendo aquella esperanza
y comienza á desvariar.
¿Oís esa carcajada?
Atencion, que va á cantar:
«Una palabra me diste
»y la has olvidado ya,
»pero yo cumplo la mia
»de no olvidarte jamas.»

III

¡Santa Bárbara bendita!
Comienza á relampaguear
y los truenos menudean
y cada vez suenan más.
Retírate, pobre loca,

de esa ventana fatal;
los relámpagos que alumbran
tu descolorida faz
despiertan en tí recuerdos
que no debes evocar,
son la imágen verdadera
de tu ventura fugaz!
Pero ¿qué ruido, qué canto
blasfemo, torpe, brutal,
hasta tu ventana llega
en alas del huracan?
Acércase una cuadrilla
de jóvenes, cuya faz
ha descompuesto el desórden
de asquerosa bacanal.
Cantan, se atropellan, rien
y blasfeman al compas
del estallido del trueno
que retumba sin cesar.
¡Pobre María! Sus ojos,
amortiguados poco há,
se van animando... brillan
con un brillo sin igual,
que siente la pobre loca
su corazon palpitar,
que oye la voz del ingrato,
de su verdugo, de Juan!
Su vergüenza, sus dolores,
su prolongado esperar,
todo, en fin, la pobre loca,
todo lo ha olvidado ya,
pues piensa que, pesaroso
de su olvido, torna Juan,
como otro tiempo, á embriagarla
de amor y felicidad,
y llora la pobre chica

de gozo, no de pesar,
y abre sus brazos con ánsia,
con delirio, con afan
de oprimir contra su pecho
á aquél por quien loca está.
—«¡Ven, amor mio, le dice;
amor mio, ven acá,
ven, ven, que sin tí me muero,
que no puedo esperar más!»
Y dando una carcajada,
vuelve otra vez á cantar:
«Una palabra me diste
»y la has olvidado ya,
»pero yo cumplo la mia
»de no olvidarte jamas.»

VI

A la ventana se acerca
el amante desleal,
á impulso de la costumbre
ó á impulso de la crueldad,
que alma de tigre es preciso
tener para atormentar
á la mujer que honra y vida
sin pedir recibo da.
—¡Hola! murmura. ¿Qué es eso?
¿Conjuras la tempestad
ó estás de espera? ¡Que diablo!...
¿Cuántos han caido ya?
Responde... no tengas miedo.
Yo no me he de incomodar.
Del árbol que yo he podado
hagan leña los demas.
—¡Teme á Dios!
—Soy muy valiente.

—¡Compadéceme!
—¡Bah! ¡bah!
¿Te tratan mal tus amantes?
. . . .
—¡Calla! ¡Se ha quedado atras!
Juanito, ¿qué haces ahí, hombre?
¡Qué! ¿No vienes?
—¡Ja! ¡ja! ¡ja!
¡Está pelando la pava!
—No hay duda.
—Cierto.
—Cabal.
—Veamos la ventanera.
—Será linda.
—Lo será.
—Juan no se va á las peores.
—Díganlo Juana, Pilar,
Petra...
—¡Qué chicas!
—¡Divinas!
—¡Encantadoras!
—¡Bien mal
se portó con todas ellas!
—Las echó á la eternidad.
—¡Y dicen que amor no mata!
—Sí mata.
—¡Qué ha de matar!
—Es lo cierto que esas chicas
se murieron y tres más.
—Pero ¿de amor?
—Por supuesto.
—¡Ay qué horror!
—¡Qué atrocidad!
—Yo no quiero enamorarme.
—Ni yo tampoco.
—Jamas

he de querer á ninguna.
—Muchachos, nada de amar;
á divertirse con todas,
y... ¡viva la libertad! . . .
—¡Magnífico!
—¡Qué talento!
—¡Sublime!
—¡Piramidal!

. . . .

—¡Adios, mi linda olvidada!
—¡Por Dios, ten de mí piedad!
¿Con que me olvidas, ingrato?
—Tengo otras en qué pensar.
—¡No me olvides, no me olvides,
que Dios te castigará!
—Bien predicas, pero yo
soy pecador contumaz.
Me importa el cielo tres pitos,
y en teniendo á mi mandar
vino y muchachas, desprecio
la cólera celestial.—
No bien tan torpe blasfemia
hubo proferido Juan,
el fuego del cielo, un rayo,
le hirió con golpe mortal;
mas la loca no oyó el grito
que dió al tiempo de espirar,
pues espiraba tambien,
y era su canto final:
«Una palabra me diste
»y la has olvidado ya,
»pero yo cumplo la mia
»de no olvidarte jamas.»

29

GENTE MORENA.

I

«Muchachas de tez de nieve
y de rubia cabellera
son florecitas, mas son
florecitas sin esencia.
Glaciales hijos del Norte,
queredlas enhorabuena,
que os gustarán, como os gusta
la nieve de vuestras sierras;
pero en Castilla queremos
muchachas de tez morena,
queremos almas ardientes
como este sol que nos quema.
Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
morenas sin duda fueron
la granadina Zulema,
la aragonesa Isabel,
la castellana Jimena,
que en los anales de amor
dejaron memoria eterna;
morenitas suelen ser
las muchachas de mi tierra,
moreno es el bien que adoro...
¡viva la gente morena!»

II

Así, pidiendo á la historia
razones que á dar se niega,

los cantos meridionales
ensalzan á las morenas;
así el pueblo de Castilla
vuestra rubia cabellera
de color de ébano torna,
¡oh Jesus! ¡oh Magdalena!
Yo, Anton el de los cantares,
tambien nací en esta tierra
donde el amor es la gloria
y el limbo la indiferencia;
pero yo al amor no pido
una mejilla trigueña,
que le pido una mejilla
de rosas y de azucenas.
¡Oh vírgen de ojos azules
que vi llorar en mi aldea
de amor y melancolía
cuando doraba la sierra
el triste sol de los muertos,
tu amor quiero y tu tristeza!

30

LA VIDA Y LA MUERTE.

I

Hay un Dios que tiene un cielo
y un infierno reservados,
para los buenos el uno,

y el otro para los malos.
Mortal, en vano te ocultas
al cometer el pecado,
que para Dios no hay secretos,
que para Dios no hay arcanos.
Avaro que oro y más oro
vas con ánsia amontonando,
que adoracion le tributas,
que á Dios tienes olvidado,
que con el sudor del pobre
haces vergonzoso tráfico,
deja de engañar al mundo
cubriéndote con el manto
de la caridad, y deja
de irritar á Dios, avaro!
Mira que la vida es corta,
mira que el infierno es largo,
«mira que te mira Dios,
»mira que te está mirando!»

II

Rico que pasas la vida
á estéril ocio entregado,
que trajes costosos vistes,
que habitas regios palacios,
que en lecho de pluma duermes,
que tienes siervos y esclavos,
que tu paladar halagas
con manjares delicados,
que en refulgente carroza
vas á fiestas y saraos,
que á meretrices infames
compras placeres mundanos,
asómate á los balcones
de tu soberbio palacio

y contempla en la miseria
sumidos á tus hermanos.
Verás al huérfano débil,
verás al caduco anciano,
verás á la triste viuda,
verás al artista inválido,
famélicos y ateridos,
cubiertos ¡ay Dios! de harapos,
con lágrimas en los ojos
tu compasion implorando.
Llora con ellos y cubre
su desnudez con el manto
de la caridad ¡oh rico
á la molicie entregado!
Mira que Dios premia al bueno,
mira que castiga al malo,
«mira que te has de morir,
»mira que no sabes cuándo!»

III

Tirano que porque plugo
á Dios colocarte un grado
más arriba que otros hombres
blandes sin piedad tu látigo,
que la dignidad humana
tratas con befa y escarnio,
que eres, en lugar de padre,
verdugo desapiadado,
que la balanza de Témis
jamas tomas en tu mano,
que hasta llorar su desdicha
prohibes á tus esclavos,
que castigas á leales
y recompensas á falsos,
tu orgullo y tu altanería

¿en qué se fundan, tirano?
En alto puesto te asientas,
pero Dios está más alto,
y ante su ley son iguales
los reyes y los vasallos.
Mira que nada se oculta
á sus ojos soberanos,
mira que tus injusticias
ha de castigar airado,
mira que la vida es corta,
mira que el infierno es largo,
«mira que te mira Dios,
»mira que te está mirando!»

IV

Traidora mujer que á un hombre
juraste en el templo santo
fidelidad y cariño
y á otro ciñes con tus brazos;
traidor mancebo que arrancas,
artificioso y liviano,
su túnica de inocencia
á un ángel inmaculado;
encantadora sirena
que con tus falaces cantos
atraes al hombre y te cebas
en su corazon incauto,
¿por qué olvidais que hay un cielo
y un infierno reservados,
para los buenos el uno,
y el otro para los malos?
En este mundo no tiene
castigo vuestro pecado;
mas toda deuda se paga
y se cumple todo plazo.

Mirad que Dios premia al bueno,
mirad que castiga al malo,
«y mirad que os mira Dios,
»mirad que os está mirando!»

V

Sacrílego que estás siempre
con la blasfemia en el labio,
que te burlas impudente
de todo lo noble y santo,
que la piedad escarneces,
que no ves la santa mano
de Dios en las maravillas
de que el mundo está poblado,
que de la virtud te ries
llamándola nombre vano,
que mas allá de la muerte
sólo ves polvo y gusanos,
¡feliz si de Dios tus ojos
nunca hubieras apartado!
Quien nada cree, nada espera,
y la esperanza es un bálsamo
que aroma y consuela y cura
los corazones llagados.
Vuelve hoy á Dios, que mañana
no podrás hacerlo acaso,
mira que la vida es corta,
mira que el infierno es largo,
«mira que te has de morir,
»mira que no sabes cuándo!»

31

ANTONIA LA CIGARRERA.

I

Antonia la cigarrera
es la moza de más garbo
desde la Plaza al Salitre,
desde San Francisco al Prado.
Va perdiendo los colores
y nadie sabe en el barrio
si se los quita el amor
ó se los quita el tabaco;
pero dicen sus vecinas
que Antonia de cuando en cuando
se va á los Carabancheles
en la calesa de Paco,
y á un marqués de coche y todo
niega la entrada en su cuarto,
cantando cuando le ve
calle arriba, calle abajo:
—«Más quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

II

En una airosa calesa
que corre como un relámpago

va Antonia á Carabanchel
sal de Jesus derramando.
—¡Paso, grita el calesero,
que en mi calesin gallardo
llevo á la reina de España!
¡Paso, caballeros, paso!
¡Hala, Morota, Morota!
No camines tan despacio,
que espera un señor usía
en Carabanchel de Abajo.—
Y Antonia la cigarrera,
que sin duda entiende á Paco,
canta con mucho salero
entre riendo y llorando:
—«Más quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

III

—¡Soo, Morota!... Señá Antonia,
baje usté y no se haga daño,
que el marqués se pondrá triste
si no ve ese cuerpo sano.
—Al marqués nada le importa
este cuerpo, señor Paco.
Si vengo á su quinta, vengo
á visitar á mi hermano,
que sirve á su señoría;
con que ya está usté enterado.
Este cuerpo no se trata
con señorones tan altos,
que quiere un jaleo pobre...
—¿Como yo, pongo por caso?
—Señor Paco, justamente.

—Pues lo dicho.
—Pues lo hablado.—
Y Antonia la cigarrera
va hácia la quinta cantando:
—«Más quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

IV

—Siempre que voy á Madrid,
voy á verte y voy en vano,
porque me das con la puerta
en los hocicos...
—¡Es claro!
¿No le he dicho á usía que
no le quiero? ¿Hablo en gabacho?
—¡Ingrata! Tú te lo pierdes.
¡Qué trajes y qué boato
tendrias si me quisieras!
—Pero quiero hacer cigarros.
—No te vas sin darme un beso...
—¡Qué risa! Usía está malo.
—Mira, te irás en mi coche
como me des un abrazo.
—¿No ve usía que me espera
mi calesero allá abajo?
—Quédate á comer conmigo.
Verás qué vino, qué platos...—
Y Antonia la cigarrera
aprieta á correr, cantando:
—«Más quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

V

Hácia la Puerta de Hierro
caminan la Antonia y Paco;
pero no van en calesa,
van á patita y andando,
porque así pueden meterse,
tan libres como los pájaros,
por la orillita del rio,
cubierta de jaramago.
Tabaco labra la Antonia,
pero á pesar del tabaco,
se ha puesto coloradita
como una rosa de Mayo.
—¡Qué gusto, qué gusto, dice,
merendar en estos campos!...
¡Que le haga á Isabel Segunda
buen provecho su palacio!—
Y en la pradera se sientan
alegres, dichosos ambos,
y meriendan... ¿Qué meriendan?
¡Unos pimientos asados!
Despues... el sol se ocultaba
tras de la Casa de Campo,
y Antonia y Paco volvían
rio abajo, rio abajo,
al són de unas castañuelas
alegremente cantando:
—«Más quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

32

CUANDO NACIÓ LA PRINCESA.

I

¿Por qué truenan los cañones
y las campanas repican
y enarbolan las banderas
y se engalana la villa?
¿Por qué el pueblo castellano
se conmueve y regocija
y al alcázar de sus reyes
dirige atento la vista?
Es que una blanca paloma
con un ramito de oliva
se ha posado en el alcázar
de los reyes de Castilla,
y há mucho que nuestros ojos
entre las nubes sombrías
del horizonte buscaban
esa paloma bendita.
Inocente mensajera
de la concordia y la dicha
por que tanto suspiramos,
¡bien venida, bien venida!

II

Vive, inocente paloma,
entre nosotros tranquila,

que las palomas no temen
al gavilan en Castilla,
que aquí los fuertes consagran
á los débiles su vida,
que aquí no echarás de ménos
sombra, ni amor, ni caricias,
ni una madre que te ampare
debajo de sus alitas.
No te remontes al cielo,
que ya le dió las primicias
de su maternal regazo
la que á la tierra te envia.
En la ciudad, en la aldea,
en el monte, en la campiña,
en todas partes prorumpen
en cánticos de alegría.
«¡Ya vemos, dicen, ya vemos
la mensajera bendita,
que vuelve al arca flotante
con su ramito de oliva!
Paloma, blanca paloma,
¡bien venida, bien venida!»

33

LA SANJUANADA.

I

¡Qué calor!... Pero subamos
á la cumbre de aquel cerro,

porque allí agita los bortos
y las encinas el viento.
¡Qué calor!... Queman las piedras,
y están mustios los helechos,
y el sudor baña copioso
nuestra frente y nuestro seno.
¡Qué calor!... Cabras y ovejas
esquivan el resistero
á la sombra de los robles,
y áun así les falta aliento,
que respiran jadeantes
esta atmósfora de fuego;
pero ¡adelante! Subamos
á la cumbre, compañeros,
que compensacion cumplida
en la cumbre encontrarémos.
Ya vamos ganando el pico...
Haced el postrer esfuerzo...
Ya casi estamos arriba...
Bajad los ojos al suelo
y fijadlos á mi voz
en el horizonte nuevo.
Eso es, seguid adelante.
¡Cómo refresca aquí el viento!
—¿Miramos?
—No: todavía
no mireis, porque os reservo
un sorprendente espectáculo.
Ea, ¡á una, compañeros!
—¡Jesus!
—¡Jesus!
—¿Os sorprende
este espectáculo bello?
Bien os predije en Castilla
vuestra sorpresa y contento
al ver mi nativo valle,

el valle amado á que vuelvo
tras muchos años de ausencia,
tras muchos vanos esfuerzos,
con muchos dolores más,
con mucha esperanza ménos!
Por Oriente y Occidente
montes que llegan al cielo
sirven de muros al valle,
muros de verdor cubiertos,
y para que el valle pueda
mirarse en un ancho espejo,
tiene por límite al Norte
el mar donde impele el viento
y agitan olas azules
cien bergantines veleros.
Los llanos y las colinas
de arboledas están llenos,
de caserías poblados
y surcados de arroyuelos,
y allá en el centro del valle,
entre nogales y fresnos,
eleva su campanario
blanco y atrevido, un templo...
¡Ah! Me siento conmovido,
arrebatado me siento
ante lo que ven mis ojos
y ante los dulces recuerdos
de mi niñez arrullada
en ese valle risueño,
que en ese valle pasé
quince años entre dos besos.
Dejadme cantar en el
humilde tono del pueblo
y llevad en la memoria
mis desaliñados versos
á orilla del Manzanáres,

donde algo del alma dejo.
Cantádselos á la niña
por quien de amores me muero,
que sonarán á su oido
tan melodiosos y tiernos
como aquellas serenatas
que le dimos, compañeros,
las noches de las verbenas
de San Juan y de San Pedro.
Pero oid, que ya en el valle
donde hace pocos momentos
estaba en silencio todo,
de reinar deja el silencio,
que el toque de las campanas
á la siesta pone término,
y á juntarse en la arboleda
van doncellas y mancebos.
—Mas ¿qué indican esos gritos
que se oyen de tiempo en tiempo?
—Indican que hoy es San Juan
y que muy pronto verémos
cuál celebra alborozado
la Sanjuanada ese pueblo.
Oid cómo gritan unos:
—*¡San Juan! ¡San Pedro!*
Y cómo responden otros:
—*¡San Pelayo en medio!*

II

Tras las cumbres del Ocaso
va el sol desapareciendo...
Desaparezca en buen hora,
que más que sol, era fuego;
y si piensa que su ausencia
el valle cubre de duelo,

lo que es esta vez, amigos,
se lleva un chasco soberbio,
que á su desaparicion
todo en el valle es contento,
todo vida, todo gritos
y cánticos placenteros.
Por todas partes cuadrillas
de doncellas y mancebos
trepan á los argomales
de los empinados cerros
saltando como las cabras
regatos, cárcabas, setos,
y talan, cual si buscasen
roza para cien caleros,
con las espinosas árgomas
el inofensivo brezo,
y en haces como montañas
la roza van disponiendo.
Ruedan veloces los haces
por la pendiente del cerro,
como en enormes aludes
rueda la nieve en invierno,
y á un haz sigue otro haz y bajan
al valle diez, veinte, ciento,
y junto á las caserías
se elevan á poco tiempo
altas hacinas de roza
que sólo esperan el fuego.
No hay corazon en el valle
que no lata de contento,
porque la noche que empieza
á tender su oscuro velo
será una noche de encanto,
de luz, de placer inmenso,
y los momentos se acercan
en que cien soles tan bellos

como el sol que hace una hora
brillaba en el firmamento
inunden de luz el valle,
inunden de luz el cielo,
pues esos gritos que se oyen
resonar de cerro en cerro
y de llano en llano, anuncian
esos ansiados momentos.
Oid cómo gritan unos:
—*¡San Juan! ¡San Pedro!*
Y cómo responden otros:
—*¡San Pelayo en medio!*

III

Poned, gentiles doncellas,
poned á la roza fuego,
y así que la llama ondule
agitada por los céfiros,
en torno de las hogueras
bailad sin perder momento
al compas de las campanas
y al compas de los panderos,
hasta que los pajaritos,
que duermen en los cerezos,
os anuncien la alborada
con sus alegres gorjeos.
Bailad, gentiles doncellas,
con los gentiles mancebos,
que San Juan os dará el novio
que os deleita en vuestros sueños
con tal que la Sanjuanada
celebreis cual cumple hacerlo.
Mas ya alumbran cien hogueras
cañadas, llanos, oteros,
todo ese verde horizonte

que ante los ojos tenemos,
y alumbran tal, que si el sol
brillara en el firmamento,
se eclipsara al punto, como
se eclipsan luna y luceros.
El campanario que se alza
altivo sobre los fresnos
y los que asoman humildes
entre el ramaje en los cerros,
cual nunca alegres, cual nunca
sonoros y vocingleros,
celebran la Sanjuanada,
y al sonoro campaneo
escopetas y cohetes
unen constantes su estruendo.
En torno de las hogueras
los músicos instrumentos
dan vida y compas al baile
de doncellas y mancebos,
y en altas pértigas arden
las corambres que sirvieron
de vaso al rico clarete
de la Rioja en otro tiempo,
y al compas de las campanas,
del canto, del tiroteo,
de los tamboriles, de
los silbos y los pânderos,
las hembras y los varones,
los jóvenes y los viejos
incesantemente gritan:
—*¡San Juan! ¡San Pedro!*
Y de cien partes responden:
—*¡San Pelayo en medio!*

34

EL LABRADOR.

I

Al despuntar una hermosa
mañanita de San Juan,
toma el labrador sus hoces
y alegre á sus campos va,
despues de haber dado
un beso de paz
á su mujer y sus hijos
que aún dormiditos están.
Conforme camina dice
lleno de felicidad:
—¡Trigo de mis campos,
qué hermoso estarás!
Y al verte en nuestras paneras
como el sol de Dios entrar,
mi esposa y mis hijos
¡cómo reirán!»

II

Llega él labrador al campo
donde su ésperanza está,
y en vez de mieses doradas
halla abrojos nada más,
que lluvias, vientos y nieblas
han malogrado su afan;

y torna á su casa el pobre,
diciendo al tornar:
—¡Paneritas de mi alma,
ya vino el señor San Juan;
si vacías os encuentra,
vacías os dejará!
Y al veros vacías
de trigo candeal,
mi esposa y mis hijos
¡cómo llorarán!»

35

CORAZONES PARTIDOS.

I

—Hazme bien, Mariquita,
trenzas y rizos
para que así resalten
bien mis hechizos,
que hoy más que nunca quiero
ponerme hermosa.
—Está usted, señorita,
como una rosa;
pero ¿puede saberse,
y usted perdone,
por qué más que otros dias
hoy se compone?

—Porque Toribio y Lúcas
y Robustiano
pretenden con ahinco
mi blanca mano;
y habiéndome pedido
los tres audiencia,
hoy mismo comparecen
á mi presencia.
—Cuando se habla de bodas,
yo me deleito!
¿Cuál de los litigantes
ganará el pleito?
—Hasta despues de oirlos
mi opinion callo;
segun sus confesiones,
será mi fallo.
—No ande usted con melindres
ni con parola:
cásese usted, y luégo
ruede la bola.
Hoy que los hombres quieren
de mojiganga,
encontrar un marido
no es poca ganga!
—Mas yo quiero en los hombres...
—¿Qué, señorita?
—Yo quiero... que me quieran
á mí solita.
Tales son, si me caso,
mis condiciones,
y si no las aceptan
digo que nones,
«pues corazon partido
»yo no le quiero,
»que cuando doy el mio
»le doy entero.»

II

—¿Qué tal, Ramona?
—Buena.
¿Y usted, Toribio?
—Malo, pero usted puede
darme el alivio.
—¿Yo?
—Sí.
—¿De qué manera?
—Cosa sencilla:
se casa usted conmigo,
y ancha Castilla.
—Bien, pero hablemos ántes
de la materia,
porque los casamientos
son cosa séria.
Yo he de ser celosilla
como un demonche...
—¡Ay, Ramona! Mal rayo
de Dios me tronche
si voy á picos pardos
ni á picos negros
así que á nuestros padres
hagamos suegros.
—Dígame usted, y demos
fin al debate,
¿quiere usted á alguna otra?
—¡Qué disparate!
Juro á usted que en el mundo
nada me peta
sino usted y mis perros
y mi escopeta.
—¡Hola! ¿Con que á sus perros
quiere usted mucho?

Pues seré en ese caso
rival del Chucho.
Vaya, si está usted malo,
caro Toribio,
busque usted otro médico
que le dé alivio.
—¡Por los clavos de Cristo,
no sea usted loca!...
—No hay locura que valga.
—Mas...
—¡Punto en boca!
«Corazones partidos
»yo no los quiero,
»que cuando doy el mio
»le doy entero.»

III

—(La conquisto con cuatro
lisonjas cucas.)
¿Me da usted su permiso?
—Pase usted, Lúcas.
—Salve, hermosa Diana,
lumbre febéa,
envidia de la diosa
de Citeréa...
—Por San Juan y San Pedro,
¿somos paganos?
Hable usted como se habla
entre cristianos.
—Pues bien: usaré símiles,
no ménos lógicos,
si á usted son antipáticos
los mitológicos.
La azucena, la rosa,
la clavellina,

la... nada falta en esa
cara divina,
pues no hay jardin que tantas
flores encierre...
—Segun eso, mi cara
será un *parterre!*...
—Es el eden, el cielo
por que suspiro...
¡Ay! Como no le alcance,
me pego un tiro!
—¡El Señor nos asista!
—Los cachorrillos
traigo ya preparados
en los bolsillos,
y éstas no son fanfarrias
de un botarate...
—Pues á ver si evitamos
que usted se mate!
Con que usted solicita...
—Su mano blanca.
—A dársela estoy pronta,
que no soy manca;
pero ántes necesito
que usted me diga
si algun lazo con otra
mujer le liga.
—Ni nunca me ha ligado.
Sólo las musas
y usted han merecido
mis garatusas.
—Y su amor á las musas
¿es muy de bulto?
—Como que dia y noche
les rindo culto.
—No me atrevo con nueve
competidoras,

pues temo que me arañen
esas señoras,
«y un corazon partido
»yo no le quiero,
»que cuando doy el mio
»le doy entero.»

IV

—Señorita, ¡qué fosco
se va don Lúcas!
Emigra á las Orcádas
ó á las Molúcas,
pues va diciendo: «Emigro,
que es disparate
suicidarse por una
coqueta un vate.»
—Cállate, que ahí tenemos
á Robustiano.
—Señorita, ese es mozo
muy campechano.
Échele usted el guante,
pues los doblones
son moneda que alegra
los corazones.
—Mande usted á su esclavo,
bella Ramona.
—Es usted muy galante.
—Y usted muy mona.
Esas gracias admiran
hasta á los topos...
—Me alegro, pero basta
ya de piropos,
y vamos al asunto
de esta entrevista.
—Pues bien: yo soy un rico

capitalista.
Como tengo palacios
y oro y carrozas,
tengo veinte queridas
soberbias mozas;
mas quiero divertirme
de cuando en cuando
con una que no sea
de contrabando,
y he dicho: para eso
no la hay más mona
ni más *impermeable*
que la Ramona.
—Pues la Ramona, amigo,
segun las trazas,
despide á usted cargado
de calabazas.
—¡Calabazas á un hombre
que nada en onzas!
¡Vaya, que hay en el mundo
mujeres zonzas!
¿Pues qué es lo que usted quiere,
alma bendita?
—Yo quiero... que me quieran
á mí solita.
—No dijera más una
vieja vestiglo.
Esas son pretensiones
del otro siglo.
Yo estoy por los filósofos
epicuristas:
conquistas materiales
y más conquistas.
Hoy el corazon parte
todo muchacho,
y así á cada muchacha

le toca un cacho.
—Pues si usted ha hecho el suyo
tambien partículas,
guárdele para damas
ménos ridículas,
«que corazon partido
»yo no le quiero,
»pues cuando doy el mio
»le doy entero.»

36

LA PRIMAVERA.

I

Ya cantan los pajaritos,
ya viene la primavera,
ya el bosque se viste de hojas
y de flores las praderas.
Muchachas, mirad el cielo.
¡Qué azul y qué puro queda!
Azul, como vuestros ojos;
puro, cual vuestra conciencia.
Allá, muy léjos, muy léjos,
en la cumbre de la sierra,
se ve la nieve en montones
como rebaños de ovejas;
mas, por el sol derretida,
fecunda llanos y cuestas,

que de verdura se visten,
que ya de flores se llenan.
Pasaron cierzos y frios,
pasaron lluvias y nieblas,
pasaron nieves y escarchas
y pasaron las tormentas...
«¡Alegraos, alegraos,
»muchachas de la ribera!»

II

Dios mio, tú das al hombre
el gozo tras la tristeza,
las rosas tras las espinas...
Dios mio, ¡bendito seas!
El sol de Marzo es la vida
del alma, en Diciembre muerta.
¡Déjame este sol, Dios mio,
que me ahogan las tinieblas!
Luz, flores, cantos de pájaros,
cielo azul, auras serenas!...
Esta es la vida, la vida
y la gloria del poeta!
Muchachas de ojos azules,
de dorada cabellera,
de sonrosada mejilla,
de tez como la azucena,
condenad hoy al olvido
las cotidianas faenas,
y al compas de mi guitarra
bailad en esta arboleda.
«¡Alegraos, alegraos,
»muchachas de la ribera!»

III

Vuestro pacífico lecho
abandonando contentas,
vendreis á estas soledades
cuando á las aves parleras
el canto de la alborada
oigais entonar en ellas.
Aquí me hallareis soñando
gloria y amor, que en la tierra
no tiene otro afan mi alma
ni más ambicion me inquieta;
y en tanto que orneis de flores
vuestra rubia cabellera
ú os mireis en estas fuentes
claras, tranquilas y frescas,
os contaré mil historias
de amor y ternura llenas,
que es todo amor y ternura
el corazon del poeta.
Felicidades muy grandes
estos campos nos reservan...
«¡Alegraos, alegraos,
»muchachas de la ribera!»

IV

Es tan espeso el ramaje
de esta frondosa arboleda,
que apénas por él los rayos
ardientes del sol penetran.
Pues aquí todos los dias
vendreis á dormir la siesta
arrulladas por la fuente
que susurra entre la yerba,

perfumadas por las flores
que tapizan la pradera;
aquí todos los domingos
con los mozos de la aldea
bailando y cantando, alegres
pasareis la tarde entera,
y luégo, á vuestros hogares
dareis cantando la vuelta
por la orillita del rio,
en cuyas ondas serenas
brillan la luz de la luna
y la luz de las estrellas.
Llanuras y montes dicen
qué esa estacion se halla cerca.
«¡Alegraos, alegraos,
»muchachas de la ribera!»

37

CON BUEN FIN.

I

Salada, ¡qué hermosa eres!
Salada, ¡por tí me muero!
Tienes una cinturita
que se abarca con dos dedos;
tu mano y tu pié parecen
de una niña en lo pequeños;
es tu voz como la música

que se oye en el coliseo;
tus mejillas son dos rosas,
tus ojos son dos luceros,
tus labios unos claveles
y un copo de oro tu pelo.
A solas contigo he estado,
y á pesar de tu salero,
no te he tocado la ropa,
que no mando en ese cuerpo.
Así debes conocer
el buen fin con que te quiero,
que estando á solas contigo
y tú tan salada siendo...,
«ni el Padre Santo de Roma
»hiciera lo que yo he hecho.»

II

Cuando cantaba una noche
la media noche el sereno,
debajo de tu ventana
fuí, niña, á tomar el fresco,
que como te quiero tanto,
y tanto de tí me acuerdo,
no me es posible pegar
los ojos cuando me acuesto.
Temiendo que me creyeran
ladron que estaba de acecho,
me encaramé en tu ventana
y me colé en tu aposento.
Dormida estabas y hermosa
como un serafin del cielo,
y como entraba la luna
á verte, hermoso lucero,
te vi de cintura arriba,

sin sábanas ni embelecos,
que era una noche de Julio
cuando pasó lo que cuento.
Estuve las horas muertas
embelesado en tu sueño,
y al empezar á esconderse
las estrellitas del cielo,
sin despertarte me fuí
por donde vine, diciendo:
«Ni el Padre Santo de Roma
»hiciera lo que yo he hecho.»

III

Cuando mi sentir te dije
junto á la Vírgen del Puerto,
me preguntaste:—¿Usted viene
con buén fin?—Con buen fin vengo,—
te respondí, y yo no falto
en mi vida á lo que ofrezco.
No pienses, sol de los soles,
que tengo el alma de hielo:
es que te di la palabra,
y el dia que nos casemos,
como te parió tu madre,
así, amor mio, te quiero.
Para ser algo en el mundo
tengo que esperar un premio;
¿y qué seré si le alcanzo
ántes de llegar á serlo?
Por eso como una santa
te respeté y te respeto,
por eso pasé una noche
junto á tu cama, y... por eso
«ni el Padre Santo de Roma
»hiciera lo que yo he hecho.»

IV

Salada, ¡qué hermosa eres!
Salada, ¡cuánto te quiero!
Anda, ponte la mantilla
y vamos á San Lorenzo.
Mira, desde aquí á la iglesia,
y desde la iglesia al cielo.
No te tengo preparado
ningun palacio soberbio,
pero hay junto á la parroquia
un taller de carpintero
que tiene en letras doradas
mi nombre en la muestra puesto,
y encima del taller hay
un cuarto en que vivirémos
como viven, amor mio,
los ángeles en el cielo.
Lozana rosa de Mayo,
por fin voy á ser tu dueño,
y el más feliz de los hombres
este dia me contemplo,
porque jamas tu pureza
he manchado con mi aliento,
porque queriéndote tanto
y tú tan hermosa siendo,
«ni el Padre Santo de Roma
»hiciera lo que yo he hecho.»

38

CARLOS EL DE LAVAPIES.

I

Como es Cárlos tan sensible
y es tan insensible Ines,
él está muerto por ella
y ella no hace caso de él.
Muchachas hermosas tiene
el barrio de Lavapies,
y á Cárlos, que es buen muchacho,
pocas miran con desden;
pero el pobre Cárlos dice
que si no le quiere Ines,
en el mundo las muchachas
están de más para él.
Todos los dias el pobre
trabajando en su taller
á cada instante se acuerda
de su ingratitud cruel,
y se le saltan las lágrimas
sin poderlas contener.
Sus compañeros se burlan
cuando así llorar le ven,
pero de sus burlas Cárlos
poco caso suele hacer,
pues por una mujer llora,
y Cárlos sabe muy bien

«que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

II

—«¡Muchachos, dice el maestro,
fuera cepillos, y á ver
las novias!» Y alegremente
abandonan en tropel
oficiales y aprendices
la herramienta y el taller.
Mariquita espera á Antonio,
Dolóres espera á Andres,
Juana á Pepe, Antonia á Paco,
Rosa á Gil, Petra á Miguel;
pero ¡ay Dios! al pobre Cárlos,
¿quién le está esperando, quién?
Ayer le dijo el maestro:
—Desde primero de mes
trabajarás de oficial,
porque te portas muy bien;—
mas no tiene el pobre Cárlos,
como otros, una mujer
que por tan buena noticia
un buen abrazo le dé...
En lugar de consolarse,
llora pensando en Ines;
mas no se avergüenza de ello,
pues Cárlos sabe muy bien
«que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

III

Va á casa por la guitarra,
y encontrándose al volver

con sus compañeros, todos
con su guitarra tambien,
un lazo color de rosa
en cada guitarra ve,
¡un lazo, regalo de una
enamorada mujer!
¡Un lazo en cada guitarra,
y la suya está sin él!...
¡Qué triste va el pobre Cárlos
hácia la reja de Ines,
y con qué acento tan triste
canta de la reja al pié:
«Asómate á esa ventana,
lucero de Lavapies,
que mis ojos están tristes
cuando los tuyos no ven.
Yo soy un pobre artesano,
y aunque no tengo bombé,
tengo para tí, morena,
un corazon de marqués.»
Así cantó el pobre Cárlos,
pero inútilmente fué,
pues á escuchar sus cantares
no salió á la reja Ines.
Entónces... calló un instante,
pero volviendo á tañer,
se alejó de allí cantando,
ó suspirando más bien:
«Llorad, mis ojos, llorad,
»llorad, pues teneis por qué,
»que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

IV

—Maestro, he caido quinto,
y como hoy mismo tendré

que entrar en caja, venía
á despedirme de usted.
—Muchacho, ¿qué es lo que dices?
No saldrás de mi taller,
que los buenos artesanos
están mal en un cuartel.
Toma y pon un sustituto,
que ya hablarémos despues.
—Mil gracias, señor maestro,
pero...
—¿Qué?
—No puede ser;
me voy soldado.
—Muchacho,
haz lo que te venga bien;
pero ¿á qué vas á la guerra?
—A morir... por Isabel.—
Y el pobre Cárlos entónces
se despidió del taller,
y al pasar junto á la reja
de la desdeñosa Ines,
se le saltaron las lágrimas
sin poderlas contener.
No faltó un alma de hiena
que allí se burlara de él;
pero por Ines lloraba,
y sabía el pobre bien
«que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

V

Como Cárlos no tenia
padre, ni madre, ni quien
le consolase al partir
para nunca más volver,

estaba solo en su cuarto
pensando en la ingrata Ines,
y decia:—Entre morir
por una ingrata mujer
ó una reina agradecida,
por mi reina moriré,
que del que muere por ella
nunca se olvida Isabel.
Guitarra con que cien veces
junto á su reja canté
mi amor y mi desventura,
¡tú debes morir tambien!—
É hizo astillas la guitarra
contra la dura pared.
Luégo partió, y los vecinos
no le volvieron á ver;
mas dicen que al alejarse
del barrio de Lavapies
lloraba á lágrima viva,
y tampoco aquella vez
trató de ocultar sus lágrimas,
pues sabía el pobre bien
«que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

VI

¡Plum, plum! ¡Dios, qué sarracina
se arma entre Mosen Benet
y las tropas de la Reina!
¡Cuánta sangre va á correr!
¡Plurrúm!... ¡Descargas cerradas!
La tropa se porta bien,
y eso que hay muchos reclutas
venidos de Leganes.
¡A ellos! ¡Viva la Reina!

¡A ellos! ¡Viva Isabel!
¿Quién es ese buen recluta
que con tal intrepidez
anima á sus compañeros
con el decir y el hacer?
¡Es Cárlos el madrileño,
Cárlos el de Lavapies!
¡Ira de Dios! ¡Qué valiente!
¡Quiere morir ó vencer!
Pero ¡ay! ¡le ha herido una bala!
¡Maldita de Dios amén!
Pobre recluta, ha espirado
dando vivas á Isabel,
y ha derramado dos lágrimas
su último aliento al perder;
pero esas lágrimas tristes,
¿por quién han sido, por quién?
¿Fueron por Ines? No importa
aunque fueran por Ines,
«que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

39

MELANCOLÍA.

I

Ya en la empinada cumbre
del Guadarrama
no dan nieves y brumas

tristeza al alma,
ya están las nubes
sonrosadas ahora,
despues azules.
  Ya están las arboledas
vestidas de hoja,
ya en árboles y prados
las flores brotan,
ya están de venta
en Santa Cruz á cargas
las azucenas.
  Ya bailan á la orilla
del Manzanáres
muchachas y muchachos
todas las tardes,
ya se alborotan
en la Vírgen del Puerto
Pravia y Pilonia.
  Ya los calenturientos
van los domingos
á beber en la fuente
de San Isidro,
ya á la Montaña
van los que para amarse
no buscan ramas.
  Ya abundan en misterio
dulce y tranquilo
la Fuente Castellana
y el Buen Retiro,
y á su espesura
van los que para amarse
las ramas buscan.
  ¡Cárlos, todo se anima,
todo se alegra,
todo florece, todo
feliz se muestra,

y al mismo tiempo
yo... de melancolía
me estoy muriendo!
¡Cárlos, no me preguntes
por qué estoy triste,
pues no lo sé, pues sólo
puedo decirte
que há muchos dias
«nada me aflige y tengo
»melancolía!»

II

¡Cárlos, tú que adivinas
mis pensamientos,
tú que sientes acaso
lo que yo siento,
ve si penetras
la misteriosa causa
de mi tristeza!
Un tiempo íbamos juntos
mañana y tarde
de montaña en montaña,
de valle en valle,
y eran entónces
tantas mis alegrías
como las flores.
Pero hoy, cielos azules,
sol refulgente,
arboledas floridas,
cantos alegres,
serenas auras,
languidez y tristeza
dan á mi alma.
Y en mi corazon, ántes

siempre tranquilo,
hay ahora un deseo,
hay un vacío,
hay un perpetuo,
misterioso, inefable
desasosiego.
Almas como la mia,
¿qué sensaciones
pueden echar de ménos
entre las flores?
Únicamente
el amor es la que echan
de ménos siempre.
¡El amor! ¡Ya comprendo
por qué mi alma
se hallaba un tiempo alegre,
y hoy triste se halla,
por qué las flores
que alegre me pusieron
triste me ponen!
¡Falta el amor al alma
que vive amando,
y por eso está inquieta,
por eso, Cárlos,
há muchos dias
«nada me aflige y tengo
»melancolía!»

40

AMOR DE LOS AMORES.

I

Orillita del rio
te vi una tarde,
orillita florida
del Manzanáres,
y desde entónces
eres único objeto
de mis amores.
Niña, ¿qué es lo que hiciste
para hechizarme?
¿Qué es lo que hiciste orilla
del Manzanáres?
Mas ya recuerdo
de tus dulces hechizos
cuál fué el primero.
Iba el sol á esconderse
tras la montaña
melancólico y triste
como mi alma,
y en la pradera...
era todo silencio,
todo tristeza;
Mas sonaron cantares
allá á lo léjos
y á nosotros llegaron
estos acentos,

sin duda quejas
de un alma que anhelaba
lo que la nuestra:
«Quien vive sin amores
muriendo vive,
que es la vida sin ellos
sol en eclipse,
fuente sin agua,
arbolito sin fruto,
cuerpo sin alma.»
Un profundo suspiro
lanzaste, niña,
suspirando mostraste
lo que sentias,
y desde entónces
eres único objeto
de mis amores.
No puedo desecharte
del pensamiento,
pensar en tí es mi gloria,
contigo sueño,
sin tí no vivo,
por tí adoro la vida,
por tí respiro.
Por tí ambiciono gloria,
por tí riquezas,
por tí pulso la lira
de los poetas,
y por tí espero
yo, mísero gusano,
tocar el cielo.
Idolátrame, niña,
cual te idolatro,
si cariño ambicionas
ven á mis brazos,
pues en la tierra

«imposible es que encuentres
»quien más te quiera.»

II

Tú tal vez no comprendes
el amor mio,
que pocos en el mundo
le han comprendido,
que por desgracia
no es el alma del vulgo
como mi alma.
Antes de confesarte
que te queria,
se apellidaron otras
amadas mias,
y es fácil que ésas
te digan, amor mio,
que no me quieras.
Si te dicen que el alma
tengo de nieve,
diles que me calumnian,
diles que mienten;
en suma, diles
que segun me quisieron
así las quise.
Angel de la poesía
y el sentimiento,
si revuelas en torno
de la que quiero,
dile, ángel, dile
si revolaste en torno
de las que quise!
Poco me importa, niña,
que no resuene
una lira en las manos

de las mujeres,
pues bien sé, niña,
que á deberes más santos
Dios os destina;
Mas quiero que resuene
siempre en su alma;
eso quiero en vosotras,
eso me basta,
y así no siendo,
mi corazon ardiente
se torna hielo.
Mirada, voz, suspiros,
todo revela
que esa lira en tu alma
dulce resuena,
y hé aquí el motivo
por qué eres dulce objeto
del amor mio.
Hé aquí por qué bendigo,
niña, la tarde
que te vi en la ribera
del Manzanáres,
la tarde, niña,
que un suspiro me dijo
lo que sentias.
Bajo el florido techo
de mi cabaña,
más amor tendrás, niña,
que en un alcázar,
más dulce siempre
será, niña, tu sueño
que el de los reyes.
Ven y goza el tesoro
de mi amor, niña,
que con él ha de serte
dulce la vida,

pues en la tierra
«imposible es que encuentres
»quien más te quiera.»

41

GLORIAS DE LA MUJER.

I

¡Oh, niña, niña donosa!
la del delicado pié,
la de los ojos azules,
la de labios de clavel,
la del cabello dorado,
la de la rosada tez,
la de la dulce mirada,
la de cien gracias y cien,
¡oh, niña, niña donosa!
un galan que anhela ver
la luz de tus bellos ojos,
pasa una vez y otra vez
bajo tu ventana, y nunca
á la ventana te ve!
Tirana, ¿por qué te escondes?
Tirana, ¿por qué huyes de él,
si en otro galan no has puesto
todavía tu querer,
segun dicen tus vecinas,
que deben saberlo bien?

Amor con amor se paga,
pon fe donde vieres fe,
y deja el apartamiento
para la adusta vejez,
porque si niña y hermosa,
pagas amor con desden,
«digo que no tienes alma
»ni corazon de mujer.»

II

¡Oh, niña, niña donosa!
cuando reclinas la sien
sobre la blanca almohada,
¿qué sueñas entónces, qué?
¿No sueñas que, discurriendo
por un florido vergel,
inclinas la hermosa frente
con extrema languidez,
inquieta por un deseo
que no puedes comprender?
¿No sueñas que de improviso
se postra humilde á tus piés
un jóven, cuyas palabras
disipan la palidez
de tus mejillas y llenan
tu corazon de placer?
¿No sueñas que al extinguirse
la luz del dia, con él
vagas entre los rosales
trocando ofertas de fe?
¿No ves á tus compañeras
baile y juegos suspender
por contemplar envidiosas
dicha que su sueño fué?
Pues si nada de esto sueñas,

pues si nada de esto ves,
«digo que no tienes alma
»ni corazon de mujer.»

III

¡Oh, niña, niña donosa!
¿no consideras, no ves
que está en la union de dos almas
la fuente de todo bien,
pues cuando el amor profundo
une á un sér con otro sér,
es una flor cada espina
y es este mundo un eden
donde los ojos no vierten
más llanto que el del placer?
¿No anhelas hallar un alma
espejo límpido y fiel
donde á todas horas puedas
la tuya gozosa ver?
¿un alma noble que tenga
por mentiroso oropel
el oro, la gloria, el fausto,
la libertad, el poder,
comparados con la prenda
de tu ilimitada fe?
Pues si nada de esto anhelas,
pues si nada de esto ves,
«digo que no tienes alma
»ni corazon de mujer.»

IV

¡Oh, niña, niña donosa!
¿no piensas alguna vez
que tiene la enredadera

necesidad de sosten,
pues si no hay un arbolito
que la sostenga, se ve
derribada en la vereda,
donde el pastor y la res
la enlodan y la deshacen
sin compasion con el pié?
¿que, siendo débil como ella,
tú como ella has menester
á tu lado un arbolito
que apoyo y sombra te dé?
¿Y no ves que el dolor, carga
tan pesada suele ser,
que si no le compartimos
con un compañero fiel,
podemos en la jornada
desfallecidos caer?
¿No sabes que en este mundo
hasta compartiendo el bien
encuentran las almas nobles
santo y hermoso placer?
Pues si nada de esto sabes,
pues si nada de esto ves,
«digo que no tienes alma
»ni corazon de mujer.»

V

¡Oh, niña, niña donosa!
fuera de la doncellez
hay un estado que encierra
goces sublimes tambien.
El dulce nombre de esposa
tu aspiracion debe ser,
pues el vínculo que indica,
cuando obra del amor es,

es blando lazo de flores,
y no cadena cruel.
Bajo ese vínculo santo,
¿tus ojos, niña, no ven
á la madre cariñosa
que besa con embriaguez
la rosada faz del ángel
desprendido de su sér?
¿No ves al feliz esposo
sellar con su labio fiel
la mejilla de la esposa
lleno de amor y placer?
¿No piensas que en estos goces
hay tal encanto y tal bien,
que solamente en el cielo
mayores los puede haber?
Pues si nada de esto piensas,
pues si nada de esto ves,
«digo que no tienes alma
»ni corazon de mujer.»

VI

¡Oh, niña, niña donosa!
con la caduca vejez
que despojará á tu rostro
de su hermoso rosicler,
vendrán los dolores físicos
en inhumano tropel,
y quedará á sus embates
anonadado tu sér.
¿No piensas que será dulce
en aquel trance cruel,
hijos amantes en torno
del lecho agrupados ver?
¿que será, al dejar el mundo,

muy grato dejar en él
álguien que riegue con lágrimas
el misterioso cipres
que á nuestras yertas cenizas
sombra benéfica dé?
¿que la oracion de los hijos
el Señor debe acoger,
pues la súplica más santa
depositada á sus piés
es la del hijo que llega
por su madre á interceder?
Pues si nada de esto piensas,
pues si nada de esto ves,
«digo que no tienes alma
»ni corazon de mujer.»

42

AMOR INMORTAL.

I

De pechos á la ventana
estábamos un domingo
viendo el sol que se escondia
tras de los lejanos picos.
Dominaba la tristeza
en su corazon y el mio,
que mi corazon y el suyo
eran para amar nacidos,

y ambicionaban entónces
cumplir su santo destino,
pues en las horas solemnes
en que el sol se esconde tibio,
y le dan la despedida
cantando los pajarillos,
y se alzan blancos vapores
de las fuentes y los rios,
y victoriosa la luna
muestra su brillante disco,
y tocan á la oracion
allá en el templo vecino...
en esas horas solemnes,
¡qué dulce es amar, Dios mio,
y qué amargo en el acceso
de un amoroso delirio
tender con afan los brazos
y estrechar sólo el vacío!
—¡María, le dije, late
mi corazon intranquilo!
¿Dónde habrá otro corazon
que responda á sus latidos?
La niña bajó sus ojos
dulces, pudorosos, tímidos,
y me envió su respuesta
en las alas de un suspiro;
pero asaltando su alma
presentimientos sombríos,
alzó sus ojos al cielo
y sonriendo me dijo:
«Allí se irán á juntar
»tus amores y los mios.»

II

Pasamos un año amándonos
con el amor de dos niños,

con el amor de dos ángeles,
inmaculado y tranquilo.
¡Qué gloria, Señor, qué gloria
la de dos seres unidos
por un amor como el nuestro,
puro, inocente, infinito!
Quien llama valle de lágrimas
á este mundo en que vivimos,
ése el amor no conoce,
ése nunca le ha sentido,
pues para aquél que le siente,
la tierra es el paraíso.
María, la dulce niña,
la que corriendo conmigo,
ya por los bosques espesos,
ya por los prados floridos,
pájaros y mariposas
sujetaba á su dominio;
María, la que más tarde
unir para siempre quiso
con una cinta de amores
su destino á mi destino;
María, la enamorada,
exhaló un dia un suspiro,
y voló tras él al cielo,
porque era un ángel divino,
porque era una palomita
del celestial paraíso.
No penseis que con su llanto
fué regando su camino,
pues amores como el suyo
no mueren cuando morimos,
que siendo amores del alma,
son como el alma infinitos;
por eso la dulce niña,
mirando al cielo, me dijo:

«Allí se irán á juntar
»tus amores y los mios.»

III

Lloré su temprana ausencia,
pues si en la fe me distingo
del vulgo de los humanos,
tambien humano he nacido
y de la humana flaqueza
muchas veces participo.
Lloré por la dulce niña
que unir para siempre quiso
con una cinta de amores
su destino á mi destino;
mas la fe secó mis lágrimas,
y hoy por el cielo suspiro.
No ha muerto la compañera
de mis placeres de niño,
pues tiene sus bellos ojos
en mí, como siempre, fijos,
pues me anima con su acento
cuando desmayo ó vacilo,
pues en el prado, en el bosque,
doquiera que le dirijo
mi voz, á mi voz responde.
¡Qué dulce es creer, Dios mio!
Debajo de la ventana
donde ambos nos comprendimos,
hay una flor que á su mano
debió su primer cultivo,
y esa flor, agradecida
á sus cuidados solícitos,
me trae cada dia un dulce
mensaje de su cariño.
Por medio de ella me dice:

«No me olvides, amor mio».
Y alzando la vista al cielo,
le respondo: «No te olvido».
No ha muerto la dulce niña
que sonrosada un domingo
de pechos á la ventana
mirando al cielo me dijo:
«Allí se irán á juntar
»tus amores y los mios.»

43

LAS FLORES PARA LA VÍRGEN.

I

—¡Jesus, qué niña tan guapa!
¡Jesus, qué niña tan linda!
¿Qué buscas en estos campos?
¿Qué háces aquí tan solita?
—He venido á coger flores.
—¿Para qué las quieres, niña?
—Está malita mi madre
y me han dicho las vecinas
que al punto se pondrá buena
si cuando toquen á misa
una corona de flores
llevo á la Vírgen María.
—¡Bendita sea tu boca!
Hermosa, ¡Dios te bendiga!

¿Quieres á la Vírgen?
—Mucho.
—¿Le rezas?
—Todos los dias.
—¿Y qué le pides?
—Le pido...
salud para mi familia.
—Rézala, quiérela mucho,
que ademas de compasiva,
«¡es María más hermosa
»que el oro y la plata fina!»

II

—Acércate y dame un beso...
¡Bendito el Señor que cria
serafines tan hermosos,
y la que parió tal hija!
Vámonos por estos campos
y estas praderas floridas,
que juntos recogerémos
las flores que necesitas.
¡Mira cuántas violetas,
mira cuántas siemprevivas,
mira cuántas amapolas,
mira cuántas clavellinas!
¡Qué hermosa estará la Vírgen
con ellas coronadita!
Verás cómo da á tu madre
la salud y la alegría,
y verás, cuando estas flores
ornen su frente bendita,
cómo no hay chicos ni grandes
que al contemplarla no digan:
«¡Es María más hermosa
»que el oro y la plata fina!»

III

—¿Y por qué gustan las flores
tanto á la Vírgen María?
—Porque son hermanas suyas.
—¿Hermanas suyas?
—Sí, niña;
por eso la Vírgen, rosa
de Jericó se apellida;
por eso aromas celestes
á su lado se respiran;
por eso su santo nombre
el corazon regocija,
como las flores que pueblan
los valles y las colinas;
por eso en el mes de Mayo
con cánticos de alegría
van todos al santo templo
donde se ostenta bendita,
como van á los jardines
donde brotan margaritas,
y claveles y azucenas
y rosas de Alejandría;
y por eso cantan hombres,
mujeres, niños y niñas:
«¡Es María más hermosa
»que el oro y la plata fina!»

IV

—Yo pondré en su santa frente
una corona muy linda;
pero temo que la Vírgen
no haga caso de una niña...
—¡Angel de Dios, tu inocencia

los corazones cautiva!
Las niñas tambien son flores
y agradan tanto á María
como las que en los jardines
y en las praderas se crian.
Mas ya tocan las campanas,
ya bajan por las colinas
ó suben por la ribera
grandes y chicos á misa.
Vámonos tambien nosotros,
pues tenemos concluida
la corona que á la Reina
de los ángeles dedicas;
vamos á ver á la Vírgen,
pues, tenlo entendido, niña,
«¡es María más hermosa
»que el oro y la plata fina!»

44

LA CACERÍA.

I

Por la puente segoviana,
mañanita de San Juan,
rio arriba, rio arriba,
al tiempo de alborear,
en lucida cabalgata
muchos caballeros van.

Perros y halcones conducen
sus servidores detras
y señores y criados
departen de igual á igual,
porque no rige en el campo
más ley que la libertad.—
¡Ay, Vírgen de la Almudena,
qué delicia es caminar
por las márgenes del rio
cuando floridas están,
cuando á los pájaros se oye
entre las ramas cantar,
cuando las ondas del rio
son puras como el cristal,
cuando las auras serenas
frescura y perfumes dan!
Al pasar los cazadores
salen á verlos pasar
doncellitas como rosas
no cortadas del rosal,
que cogiendo la verbena
andan de aquí para allá,
y al verlos, de placer sienten
su corazon palpitar,
porque va en la cabalgata
tanto mancebo galan!
Coged, hermosas doncellas,
florecitas de San Juan,
coged flores, y las flores
de esos mancebos dejad,
que aunque los que van al campo
vayan todos á cazar,
«unos cazan las perdices
»y otros las hijas de Adan!»

II

Si en la alegre cabalgata
mancebos gentiles van,
á todos don Luis de Haro
deja en gentileza atras.
A más de ser en la villa
caballero principal,
es discreto entre discretos
y entre galanes galan.
El Buen Retiro y el Prado
lo pueden atestiguar,
que el Prado y el Buen Retiro
le han visto mil veces ya
el corazon de las damas
tras su donaire llevar.
—«¡Adelante los monteros,
que pronto levantarán
los sabuesos y los galgos
la res en el encinar!»
exclama don Luis de Haro,
entre la maleza ya;
y todos los cazadores
diseminándose van
de otero en otero, de
matorral en matorral,
por este lado los unos,
y los otros por allá.
Hácia una casita blanca,
vivienda del montaraz,
seguido de su jauría
don Luis presuroso va,
y así que la res descubre,
su bocina hace sonar.
Pero ¿por qué la bocina,

sin terminar la señal,
ha apartado de sus labios
y en la casita va á entrar?
Es que una hermosa doncella
de quince años, poco más,
á sus atónitos ojos
se acaba allí de mostrar,
y el que era sol en la villa
girasol amante es ya...
Los cazadores cazando
siguen en el encinar
y se preguntan:—¿Adónde,
adónde el de Haro estará?
Y ninguno á esta pregunta
satisfaccion sabe dar;
mas canta un villano, frente
la casa del montaraz:
«Aunque los que van al monte
»vayan todos á cazar,
»unos cazan las perdices,
»y otros las hijas de Adan!»

III

—«¡Permita Dios que traspase
mi corazon un puñal
si mi corazon te olvida!»
dijo á una niña un galan
estando un dia de caza,
de caza en el encinar;
y el falso á la pobre niña
ha dado al olvido ya,
que pasan dias y dias
y meses pasando van,
y aunque la niña se muere
de vergüenza y de pesar,

el falso don Luis de Haro
á consolarla no va!
—«¡Hija de mi corazon!
dice el pobre montaraz,
á todas horas te veo
desconsolada llorar.
¿Cuál es, serafin, la causa
de tu desconsuelo, cuál?»
Y al saber el triste padre
por qué muriéndose está
la desventurada niña
de vergüenza y de pesar,
«¡cuchillo mio, murmura,
nuestro vengador serás!»
Y poco ántes que suceda
á la luz la oscuridad,
rio abajo, rio abajo,
hácia la villa se va.
El enojo y el dolor
han trastornado quizá
su imaginacion, que á veces
se oye al infeliz gritar:
«Traspasa, cuchillo mio,
el corazon desleal
del pérfido caballero
que cuando á la caza va
»en vez de cazar perdices
»caza las hijas de Adan!»

IV

En el reloj de la villa
pausadas y tristes dan
las dos de la madrugada
y todo en silencio está,
que como la noche es fria,

y es tanta la oscuridad,
no han salido por las calles
los galanes á rondar.
Mas del Buen Retiro vienen
dos caballeros por la
Carrera de San Jerónimo,
y un bulto viene detras.
—Á fe de don Luis de Haro,
dice el de algo más edad,
os aseguro que envidio
vuestra fortuna, don Juan:
vuestro amor va recorriendo
toda la escala social
siempre victorioso, siempre
lleno de prosperidad.
Desde la pobre villana
hasta la dama real...
—¡Silencio, don Luis! La reina
no se tiene que acusar
de haberme otorgado nunca
ningun favor criminal...
—Pues en distinta creencia
todos en palacio están,
y áun en la villa...
—Pues yerran
todos los que piensan tal,
y es torpeza confundir
con el amor la amistad.
—El mismo rey la confunde,
como habreis notado ya,
pues no os ha hablado esta noche
como acostumbra...
—¡Es verdad!
¿Y háse notado su enojo
conmigo?
—Tanto, don Juan,

que si dais un tropezon
esta noche, se dirá
mañana en Madrid que os puso
la piedra Su Majestad.
—Don Luis, ¡qué necio es el mundo!
—Yo creo que vos sois más,
pues que mirais con desden
á toda mujer vulgar.
—El amor es más hermoso
cuanto más excelso.
—¡Bah!
Siempre salís los poetas
con ese lindo cantar.
Denme una mujer hermosa,
y... vista seda ó sayal,
que yo no hallo diferencia
entre las hijas de Adan.
Y si no, aquella paloma
que cogí en el encinar...
Don Juan, más hermosa no
la he desplumado jamas!...—
Aquel bulto que siguiendo
á ambos caballeros va,
avanza rápido y grita:
—¡Muere, traidor gavilan!—
Y clava á Villamediana
en el costado un puñal,
en tanto que don Luis huye
murmurando:—El montaraz
padece equivocaciones
que no me sientan muy mal;
pero al encinar del Pardo,
por quien soy, no he de tornar
tan pronto «á cazar palomas
»ni á cazar hijas de Adan!»

45

LAS MADRES.

De padres á padrastros
hay cuatro leguas;
de madres á madrastras
hay cuatrocientas.

I

—¡Quíquiriquí!...
—Canta el gallo
y con ésta ya van tres.
¡Ea, muchachos, arriba,
que es cerca de amanecer!
—Todavía es muy temprano...
Padre, déjenos usted
otro poquito.
—¿Que os deje
cuando tenemos la mies
clamando porque cuanto antes
la vayan á recoger?
¡Ea, arriba, perezosos!
—¡Anton, déjalos! ¿No ves
que están los pobres muchachos
reventaditos de ayer?
—¡No, buena procuradora
tienen en tí!
—Que se estén
en la cama hasta que el gallo
cante siquiera otra vez.

—Bien, que se estén... ¡Estas madres
los echan siempre á perder!
—Hombre, ¿qué quieres que hagamos?
—No haceros tanto de miel.
—Hijos de nuestras entrañas,
¿no los hemos de querer?

II

—¡Muchachos, que ya es de dia!
—Padre, ya estamos de pié.
—Ea, pues á ver si hoy cunde
la tarea más que ayer.
—Hombre, ¿son algunos negros?
—¿Ya sales tú?
—Ya se ve
que salgo.
—¡Pero, señor,
que en todo se han de meter
estas mujeres!
—Tratándose
de mis chicos, con el rey
me peleo yo... Hijos mios,
¿vais en ayunas? Bebed
un poquito de aguardiente
con un bollo. Os voy á hacer
para almorzar unas migas
que estén diciendo comed.
Abrochaos esos cuellos,
que con el sol os poneis
lo mismo que unos gitanos...
¡Válgame Dios de Israel,
que por más que una se mate,
no ha de poder nunca ver
arreglados á estos hijos!...

Id con Dios.
—Hasta despues.
—Eres la madre... más madre
que se ha visto ni se ve.
—¡Déjame, Anton, por los clavos
del Señor! ¿Y qué he de hacer?
Si su madre no los quiere,
¿quién ha de quererlos, quién?

III

—¡Qué mañana tan hermosa!
¡Qué bien se está aquí, qué bien!
Anton, desde esta ventana
un mundo entero se ve.
Al tomillar de los cerros
olores va á recoger
el aire de la mañana
y aquí los vierte despues.
Airecito que vertiendo
olores como la miel,
en mi ventana suspiras,
¡que Dios te bendiga, amén!
Los mozos yendo á la vega
van cantando su amor fiel,
las mozas yendo á la fuente
le van cantando tambien,
y hasta los pájaros cantan
en el huerto no sé qué...
Anton, el sol de Dios sale
por detras del cerro aquél...
¡Qué hermoso, Dios le bendiga!
Anton, ¿no le quieres ver?
—Déjame de sol ni sombra,
que harto me abraso con él.
¡Si no es el sol que tú miras

el que madura la mies!
¡Si el sol que tú miras son
tus hijos!
—Pues bien: ¿y qué?
¡Los hijos son el espejo
en que las madres se ven!

IV

—Anoche los señoritos
debieron correrla bien,
que cuando se recogieron
eran cerca de las tres.
—¿Estás en tu juicio, Anton?
Si yo misma les eché
la llave para que entraran,
y eran... serian las diez.
—Mujer, si yo los sentí
y estuve para coger
una tranca...
—Vamos, vamos,
tú estabas soñando.
—¡Eso es!
¡Mire usted que es mucho cuento
que le han de querer hacer
á uno comulgar con ruedas
de molino! Ya se ve,
su madre lo tapa todo
y los chicos hacen bien.
¿Y no les diste dinero
para la bromita?
—¡Pues!
—Mujer, si yo te sentí
abrir el cofre y coger
dinero cuando se fueron...
—Sí, se le di; pero ¿y qué?

Quiero que siempre mis chicos
donde vayan queden bien.
—¡Válgate dios!
—Anton, mira,
por más vueltas que le des,
ellos han de ser mis hijos
y yo su madre he de ser.

V

—¿Qué tienes, hija? ¿Estás mala?
Hace ya cerca de un mes
que no duermes, que no comes,
que reir no se te ve,
que te quedas en los huesos...
¿Qué tienes? Vamos á ver,
¿quieres que se llame al médico?
—No, Anton, porque inútil es.
—Pero ¿no sabes qué tienes?
—¡Demasiado, Anton, lo sé!
¡Los hijos de mis entrañas
van á ir á servir al rey!
—Tonta, ¿y por eso te afliges?
Mira, para conocer
el mundo, no hay mejor cosa
que andar siete años por él.
Todos los hombres debieran
esos estudios hacer.
—Anton, vosotros los padres
así pensareis tal vez,
pero las madres pensamos
que es el dolor más cruel
ver á los hijos del alma
por esos mundos correr
muertos de cansancio un dia,
y otro muertos de hambre y sed...

—¡Es verdad que hay algo de eso!
Pero, hija, ¿qué hemos de hacer
si caen soldados los chicos?
—Anton, ¿y preguntas qué?
Hasta los últimos clavos
para librarlos vender;
y si eso no basta, yo
por esos mundos iré
pidiendo de puerta en puerta,
para que á servir al rey
no vayan los pobres hijos
que con tanto afan crié!
—Alegando algun achaque,
se podrán librar tal vez...
—Eso sería mentir
y dos veces ofender
á Dios que los ha criado
más hermosos que un clavel.
—Pues venderémos las tierras
ya que te empeñas, mujer.
—¡Gracias, Anton de mi alma!
¡Que Dios te bendiga, amén!
Para las madres, la gloria
es siempre á sus hijos ver...
¡Ah! ¡Si Dios nos da dolores,
consuelos nos da tambien!

VI

—¡Ayer tu santo bendito,
y nadie te vino á ver!...
¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!
—¡Anton, por la Vírgen, ten
paciencia!...
—¡Paciencia! ¡Mucha
necesitamos tener!

Mira el pago que nos dan
esos pícaros, despues
de haberles sacrificado
el pan de nuestra vejez.
¡La soledad y el olvido!
—Pero, hombre de Dios, ¿no ves
que tienen familia ya
los pobres á que atender?
—¡Y se olvidan de sus padres!
—No hay tal...
—Bien claro se ve;
se casaron y no han vuelto
á poner aquí los piés!
—No habrán podido los pobres...
—No los defiendas, mujer.
—Son mis hijos.
—Ese nombre
yo á darles no volveré
sino para maldecirlos.
—¡Qué corazon tan cruel!
—¡Mal hayan, amén, mis hijos!
—¡Benditos sean, amén!

46

LO MEJOR DE LAS NIÑAS.

I

Tienes un pelo, niña,
que en brillo y suavidad

al ébano y la seda
se deja muy atras,
que para atar las almas
no he visto lazo igual...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.
Tienes unos ojitos
que dicen soledad,
negros como las penas
que causa su mirar,
y alegres como el cielo
cuando sereno está...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.
Tienes unas mejillas
que no hay en el rosal
rosita que con ellas
se pueda comparar,
que nadie vió conjunto
de perfecciones tal...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.
Tienes una boquita
con labios que han de dar
envidia á los claveles
que brotan por San Juan,
con dientes que figuran
perlitas de la mar...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.
Tienes una garganta
que celos á uno da
la santa crucecita
que en ella tiene altar
y al palpitar tu seno
de amor palpitará...

pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.
Tu pelo y tus ojitos
me gustan en verdad,
me gustan tus mejillas
de nieve y de coral,
tu boca y tu garganta
me gustan á la par...
mas tu corazoncito
me gusta mucho más.

47

LOS DESENGAÑOS.

I

—Juan, ya te he dicho que el tiempo
malgastas en predicarme.
—Pedro, ántes de hacer las cosas
mira bien cómo las haces.
Te figuras que los hombres
y las mujeres son ángeles,
y tales figuraciones
son siempre perjudiciales.
Vive siempre en la creencia
de que intentan engañarte
lo ménos noventa y nueve
de los cien á quienes trates,
y este es el medio seguro

de que ninguno te engañe.
—Mira, Juan, te puedes ir
con tus consejos al diantre.
—Ya vendrán los desengaños;
pero vendrán ya muy tarde
y los llorarás á rios...
—Pues bien: que los llore á mares.
—Has de ser muy desgraciado.
—Será lo que tase un sastre.
—Te digo que eres un niño.
—Sé más que tú, no te canses.
—Con el tiempo lo verémos.
—Pues muchos recados dale
al tiempo. Anda, no me muelas
con sermones...
—Con verdades.
«El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.»

II

—Preguntaré á estos muchachos,
que deben ser estudiantes
de medicina tambien,
si han visto á ese badulaque
de Pedro. ¿Me dan ustedes
razon de Pedro Fernández?
—Sí señor, por ahí abajo
se fué hace pocos instantes.
—¿Y no dijo adónde iba?
—Sí, nos dijo que iba á darse
un paseo hácia el Canal
para que se le pasase
el mal humor, porque el pobre

hoy está de mal talante
como nos han reprobado...
—¡Reprobado!!
—¿Eso qué le hace?
El primer año cualquiera
le pierde. Hemos sido mártires
de nuestra opinion científica,
pues sostenemos que Hipócrates
y Galeno y Avicena
fueron unos botarates,
y esos tios de peluca
no pueden sufrir que nadie
combata sus opiniones...
Pero escuche usted... ¡Sí, echadle
un galgo! Ese hombre está loco.
—Corramos, no sea tarde
y haga una calaverada.
¡Reprobado! ¡Pobre madre
que estás gastando un sentido
para dar á ese tunante
una carrera decente
y le gastas tan en balde!
Pero por fin llego á tiempo,
pues le diviso en la márgen
del Canal. ¡Eh! ¡Pedro! ¡Pedro!
Me ha oido... sale á encontrarme.
No me equivoqué, pues tiene
la cara como un cadáver.
—Juan, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué quieres?
—¿Qué quiero? Vengo á buscarte.
Y tú ¿á qué has bajado aquí?
—¡Pse!... Yo á nada, á pasearme.
—¡Pues! ¡A pasearte, y hecha
una Magdalena madre
viendo que no parecias!
—¡Juan, soy un vil, un infame,

un mal hermano, un mal hijo!
No me atrevo á presentarme
en casa... ¡Me han reprobado!
Me han perdido esos tunantes
con quienes me reunia...
—¿Y qué intentabas?
—Tirarme
al Canal. Para vivir
uno sin honor, más vale...
—Más vale tener cabeza
y procurar recobrarle.
Hé aquí el primer desengaño
que te anuncié poco hace.
Pedro, vámonos á casa,
que está sin consuelo madre,
y el primer deber del hijo
es consolar á sus padres.
¿Sabes cómo se consuelan?
—Haciendo lo que tú haces.
—El tiempo y el desengaño
te enseñarán á imitarme.

III

—¡Perico, venga esa mano!
¿Qué es eso, voto va el diantre?
¿Estás cabizbajo y triste
porque vas á entrar á exámen?
Ánimo, no tengas miedo,
porque vengo en este instante
de ver á tu catedrático,
y me ha dicho que en la clase
no le hay más aprovechado.
Hombre, no seas cobarde,
que vas á sacar una ese
como esta casa de grande.

Pero ¿qué demontres tienes?
—Tengo ganas de tirarme
por esta ventana... Juan,
mátame, soy un infame,
un estúpido, un malvado.
—¡Por Dios, que no lo oiga madre!
Habla bajo...
—Ya no puedo,
como pensaba, graduarme.
—¿Y por qué?
—Porque presté
el otro dia á un pillastre
el dinero que me dió
para los derechos madre,
y tú que le viste... aún
no he podido recobrarle,
y hoy mismo se cierra el pago...
—Pedro, lágrimas de sangre
nos han de costar á todos
tus continuas necedades.
—¡Pero si era un condiscípulo,
y me aseguró el tunante
que al dia siguiente...
—Pedro,
no gastemos tiempo en balde.
Voy ahora mismo á pedir
ese dinero, aunque pase
todo el año trabajando
de noche para pagarle,
pues si no... sería dar
una puñalada á madre,
que para juntarle habia
sufrido tantos afanes.
—¡Pobre madre! ¡Pobre hermano!
Soy vuestro verdugo infame...
—Pedro, no se hable más de esto,

pero apunta donde sabes
este nuevo desengaño
que espero ha de aprovecharte.

IV

—¡Me voy á saltar la tapa
de los sesos!... ¡Ah! ¡Qué infame,
qué traidora, qué perjura!...
Dame una pistola, un sable,
un cuchillo, cualquier cosa,
porque voy á suicidarme...
—Pero ¿qué locura es ésa?
¿A qué viene ese potaje
de palabras? ¿A qué vienen
todos esos disparates?
¿Estás loco?
—Sí, estoy loco,
pero loco de remate,
loco de rabia, de celos,
de indignacion, de coraje,
de... ¡Malditas sean todas
las mujeres!...
—¡Ménos madre!
Pero, hombre, ¿te explicarás,
te explicarás con mil diantres?
¿Qué es éso, qué ha sucedido?
—Que se ha casado la Cármen.
—Pues que Dios le dé salud
y sucesion abundante.
—¿Salud? Pulmonía y tífus
y úlceras y zaratanes,
y á mí por médico, es
lo que Dios debiera darle.
Mira, Juan, no la defiendas,
que se me sube la sangre

á la cabeza... Traidora,
mala mujer, vil, infame,
coqueta...
—¡Echa, echa, echa,
eche usté y no se derrame!
—Juan, no te burles de mí,
porque haré algun disparate.
—Bastantes está usté haciendo
y ya es hora de que hable
como habla el hombre juicioso
cuando le ocurre un percance.
Vamos á ver, ¿cuánto hacía
que no la veias?
—Hace
quince dias que estuvimos
en el café de la calle...
¡No se les hubiera vuelto
veneno á ella y á su madre
el sorbete que tomaron!
—¿Qué te dijo aquella tarde?
—¡Toma! ¡toma! Lo que siempre,
que aunque la descuartizasen
me querria, que yo era
su pensamiento constante,
que tenia unos deseos
espantosos de casarse
conmigo...
—Pedro, la pérdida
de mujeres semejantes
no se llora, se celebra...
—La bribona, la...
—Más vale
que te haya engañado ahora
que no más tarde... Más tarde
quizá no habria remedio,
y ahora el remedio es fácil.

—¡Fácil! ¡Ah! ¡Cómo olvidarla!
—¿Cómo olvidarla? Marchándote
de Madrid mañana mismo.
Yo tengo ahorrados mil reales;
los tomas, y un par de meses
te vas á cualquiera parte,
ya que estás de vacaciones,
pues seguir aquí hecho un valle
de lágrimas... fuera dar
una puñalada á madre.
—¡Juan, eres el ángel bueno
á quien encargó velase
por nuestra familia, al irse
á los cielos, nuestro padre!
—No, soy un hombre que, á costa
de mil desengaños, sabe
que el tiempo y el desengaño
son dos amigos leales.

V

—Juan, ya me voy convenciendo
de que son unos infames
todos los hombres.
—No todos.
Pedro, yo estoy muy distante
de agraviar con tal concepto
á todos mis semejantes,
porque una cosa es decir
que uno no debe fiarse
como tú del primer quídam
á quien se encuentra en la calle,
y otra decir que no hay
honor ni virtud en nadie.
—Como quieras, pero yo
tengo motivos muy grandes

para renegar de todos
y para echarlos al diantre.
—¿Y qué motivos son ésos?
—Tal vez andan ya buscándome
para darme cuatro tiros
ó á lo ménos deportarme...
—¿Qué es lo que dices?
—Lo que oyes.
Hace poco tomé parte
en una conspiracion
destinada á dar al traste
con nuestras instituciones
políticas y sociales,
reemplazándolas con otro
sistema más fulminante,
y acaban de delatarnos
los que tenian la clave,
los mismos que me metieron
en ese complot del diantre.
¡Juan, estoy comprometido!
¿Qué he de hacer? ¿Dónde ocultarme?
¡No hay más, me huelen á pólvora
los sesos como me atrapen!
—¡Esto ya pasa de raya!
¡Esto ya es inaguantable!
¡Meterse á conspirador!
—Pero, hombre, ¡si esos tunantes
decian que su sistema
era lo más admirable
que se ha visto! ¡Si decian
que así que se plantease,
se trasladaria Jauja
á orillas del Manzanáres!
—Pedro, hablemos seriamente,
que tu situacion es grave.
Antes de todo te encargo

que no lo trasluzca nadie
en casa... pues fuera dar
una puñalada á madre.
Tranquilízate, no temas;
hay un alto personaje
que todo lo puede, á quien
en un sangriento combate
salvé la vida, exponiéndome
á verter por él mi sangre.
Voy á verle ahora mismo,
y... puedes tranquilizarte.
—¡Juan, cien vidas me parecen
poco á pagar tus bondades!
Sálvame, yo te prometo
ser muy otro en adelante,
que el tiempo y el desengaño
son dos amigos leales.

VI

—¡Gracias á Dios que acabaron
las consultas! ¡No hay aguante
para tanto! Despues que uno
cuarenta visitas hace
y viene á casa molido
y deseando tumbarse,
no le dejan descansar...
—Pues no recibas á nadie.
—Juan, seguiré tus consejos,
porque ya sé lo que valen.
Hace un momento he tenido
buena ocasion de acordarme
de cuando á mujeres y hombres
tenia por unos ángeles.
¿No sabes lo que me acaba

de asegurar don Melquiádes?
—¿Qué?
—¡Toma! Que don Ruperto,
el de la calle del Cármen,
se presentó ayer en quiebra.
—¡Caracoles! ¿Sabes que haces
buen negocio si le das
los treinta y tantos mil reales
que te pidió el otro dia?
—¿Recuerdas que la otra tarde
te dije que unos amigos
se empeñaban en que entrase
en una conspiracion,
y se empeñaban en balde?
—Sí.
—Pues anda, esta mañana
me les han echado el guante.
—Me alegro mucho.
—¿Te acuerdas
de la hija de don Juan Sánchez,
cuya mano no admití,
y luégo vino á casarse
con un...
—¿No me he de acordar?
—Pues la ha cogido infraganti
su marido con un primo,
y se ha armado un zipizape!...
—Mira si los desengaños
te han librado de percances.
—Si ellos y tú no me hubiérais
enseñado á gobernarme,
¿qué hubiera sido de mí?
¿qué de nuestra pobre madre?
—Pedro, el arte de vivir
es un oficio... es un arte,
y al aprender un oficio

se paga el aprendizaje.
Ambos fuimos aprendices,
y... ya somos oficiales.

48

CADENAS DE ORO.

I

A la guerra va el buen conde,
á la guerra de Granada,
montado en su potro overo
y armado de todas armas.
Llorando quedan sus pajes,
llorando la castellana,
que se casó con el conde
aún no hace siete semanas;
pero el buen conde camina
adonde el honor le llama,
que orgullosa en la frontera
la media luna se alza,
y si cristianos guerreros,
poniendo en su Dios el alma,
la media luna no abaten,
¡ay de la enseña cristiana!
¡ay de Leon y Castilla!
¡ay de Aragon y Navarra!
Ya se acerca á la frontera,
ya se apresta á la batalla,

ya embiste al infiel, al grito
de: ¡Santiago, cierra España!
Valeroso lidia el conde,
valerosa su mesnada,
cual Pelayo en Covadonga,
cual Don Alfonso en las Navas;
mas como cien lanzas tiene,
y el moro más de mil lanzas,
la media luna triunfante
sobre la cruz se levanta.
Cautivo llevan al conde,
cautivo para Granada,
y como en mucho le tienen,
al rey moro le regalan.
Del conde se ha enamorado
la hermosa princesa Zaida,
y al rey, su padre, le dice,
bien oireis cómo le habla:
—Padre, si sois el mi padre,
me habeis de hacer una gracia:
poned al conde cadenas
ligeras, que no pesadas;
cadena de oro ponedle,
ponedle grillos de plata,
que los buenos en su tierra
buenos son en tierra extraña.—
Ya le ponen al buen conde
lo que la princesa manda,
cadenita de oro fino
ligera, que no pesada;
pero al són de su cadena
el triste cautivo canta:
«¿De qué le sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro,
si la libertad le falta?»

II

El buen conde castellano
cadenita de oro arrastra
en los jardines del rey,
del rey moro de Granada,
y mirando hácia Castilla,
Castilla, su dulce patria,
de este modo se querella
de la fortuna contraria:
—Fortuna, ¿por qué me diste
riquezas en abundancia,
por qué me diste mujer
hermosa y enamorada,
si luégo me apartas de ellas
y no me dejas gozarlas?
¡Mal hayas, fortuna impía!
¡Fortuna impía, mal hayas!
¿Qué hará la mi dulce esposa
sin el esposo del alma
entre los muros sombríos
de mi castillo encerrada?
¿Qué harán los mis pajecicos
sin su señor, que en las armas,
más que señor, como padre
de grado los adiestraba?
¿Y qué harán los mis vasallos
sin tener quién ponga á raya
á los condes mis vecinos
que á robar mis tierras pasan?
¡Mal hayas, fortuna impía!
¡Fortuna impía, mal hayas!
Pájaros que vais volando
hácia mi Castilla amada,
¡quién fuera como vosotros,

quién tuviera vuestras alas,
que aunque es azul y sereno
este cielo de Granada,
el cielo de mi Castilla
es el que á mí me hace falta,
que no hay cielo tan hermoso
como el cielo de la patria!
Cuando llegueis á Castilla,
posaos en la ventana
del aposento en que llora
la mi condesa del alma,
y divertid sus pesares
con vuestras lenguas arpadas.
Pajarillos, pajarillos,
¡quién tuviera vuestras alas!
De oro fino es mi cadena,
y mis grillos son de plata...
Bien hayas, doncella mora,
que mi cautiverio ablandas;
mas «¿de qué sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro,
si la libertad le falta?»

III

—¿Por qué lloras, por qué lloras,
nazareno de mi alma?
Yo por pesada cadena
te di cadena liviana,
y áun ésa te quitaré
si con trabajo la arrastras;
¡mas, por Alá, nazareno,
no has de tornar á tu patria,
porque me muero si tornas,
porque si tornas me matas!

Zegríes y Bencerrajes
juegan sortijas y cañas
todos los dias debajo
del ajimez de mi estancia
por prender mi voluntad,
la voluntad de tu esclava;
mas tú la prendiste solo,
nazareno de mi alma,
el de la cadena de oro,
el de los grillos de plata!—
Así la hermosa princesa
amor al conde demanda
con lágrimas en los ojos,
que son luceros del alba,
y le responde el cautivo
de hinojos puesto á sus plantas:
—Perdon, la hermosa doncella,
mas en Castilla me aguarda
una mujer desvalida
y hermosa y enamorada,
que el dulce nombre de esposo
pronuncia cuando me llama.
—Iré contigo á Castilla
si no te place Granada,
y allí tambien ese nombre
te dará amorosa Zaida.
—Sólo tienen los varones
una mujer en mi patria,
y á una mujer solamente
vida y corazon consagran.
—¡Santo Alá! ¿Por qué en Castilla
no fué mecida mi hamaca?
Torna, nazareno, adonde
tu nazarena te aguarda,
que quiero morir de amores
más que del tuyo privarla,

que á mi discrecion te ha puesto
mi padre el rey de Granada.—
Así dice la princesa,
y al conde desembaraza
de su cadenita de oro
y de sus grillos de plata.
El conde torna á Castilla
y al despedirse de Zaida:
—Bien hayas, doncella, dice,
pues mis cadenas quebrantas,
«que poco sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro,
si la libertad le falta.»

49

¡DUERME EN PAZ!

I

El vientecito del Norte
agita su cabellera
que en negros y undosos rizos
su frente apacible vela.
Vaga en sus rosados labios
una sonrisa que expresa
goces del alma arrullada
por seductoras quimeras.
Parece un ángel del cielo

que alegre al mundo viniera
creyendo hallar en el mundo
felicidad é inocencia,
y al encontrar en los hombres
falacia, rencor, miserias,
plegó sus cándidas alas
abrumado de tristeza
y buscó en sus sueños de ángel
imágenes más risueñas.
Dejadle dormir, que sólo
será feliz miéntras duerma.
«No turbeis su dulce sueño,
»pájaros de la arboleda.»

II

Espesa tus ramas, árbol,
no se deslice por ellas
un rayo de sol que abrase
la noble frente al poeta.
Jamas reposó á tu sombra
criatura que mereciera
tan amorosos cuidados
como el que á tu abrigo sueña,
por más que á tu sombra grata
vengan á dormir la siesta
tesoro de perfecciones
las vírgenes de la aldea.
El mundo le llama niño,
y á fe que el mundo no yerra
si la niñez por los años
de la criatura se cuenta.
Es niño, pero se agitan
en esa infantil cabeza
los pensamientos del hombre

que encaneció en la experiencia;
es niño, pero ha sentido
más de una vez las tristezas
de la vida en largas noches
de insomnios febriles llenas;
es niño, pero grabaron
sobre su frente serena
la meditacion arrugas,
y el amor signos de penas.
Duerme en paz, poeta niño,
que con los ángeles sueñas;
«pero no turbeis su sueño,
»pájaros de la arboleda.»

III

Duerme en paz, poeta niño,
duerme á esa sombra benéfica
y sueña con la hermosura
que adoras y reverencias
con la pureza del niño
y con la fe del poeta;
y así que un raudal de goces
tu corazon fortalezca,
despierta y de nuevo emprende
tu interrumpida carrera.
Yo caminaré á tu lado
por esa difícil senda,
de tus contentos partícipe,
partícipe de tus penas;
te consolaré si lloras,
te velaré cuando duermas,
te sostendié si vacilas,
y moriré cuando mueras;
mas duerme tranquilo ahora.

y vuestras arpadas lenguas
«no turben su dulce sueño,
«pájaros de la arboleda.»

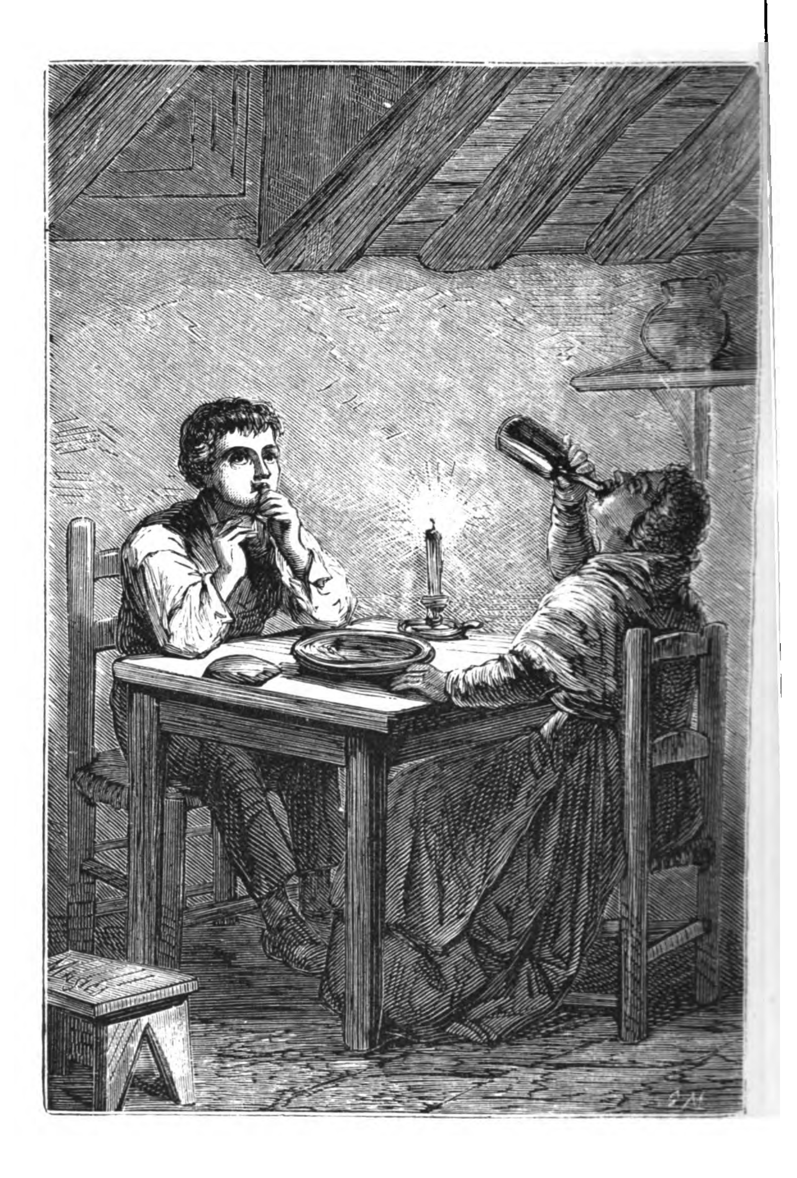
50

PERIQUITO ENTRE ELLAS.

I

—Una, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez...
Anda, las diez de la noche
y aún está ese Lucifer
de Periquito en... ¡Dios sabe,
Dios sabe dónde estará él!
¡Si me ha de matar este hijo!
¡Si no le puedo traer
á mandamiento! ¡Si rabia
por las muchachas! ¡Si es
de la misma piel del diablo!...
Pero ahí le tenemos. ¿Quién?
—Abra usted, madre.
—¿Que te abra?
¡En canal debiera ser!
¡Qué horitas de recogerse!
¡Hijo, te portas muy bien!
¡Como hay Dios, te ha aprovechado
el sermoncito de ayer!
¡Ah! ¡Si viera estos desórdenes

tu padre, que en gloria esté!
—Mi padre cuando era jóven...
sería jóven tambien.
—¡Calla, condenado, calla
y no me hagas más perder
la paciencia! Cuarenta años
casada estuve con él
y nunca se recogió
despues del anochecer.
A la oracion á casita,
á cenar poco despues,
tras de la cena el rosario,
y á la camita á las diez.
—Pues es claro, los casados
tienen en casa su aquél,
y uno tiene que buscárselas
donde Dios le da á entender.
—¡Hijo, eres incorregible!
Habrás estado tambien
esta noche de cortejo,
¿no es verdad?
—Pues ya se ve
que he estado.
—¡Por las muchachas
en presidio te has de ver!
—Si hay muchachas en presidio,
¡bien haya el presidio, amén!
—¡Hijo, sienta esa cabeza!
—Madre, no se canse usté:
«Contra veneno triaca,
agua fresca cuando hay sed,
para las sardinas vino,
para el hombre la mujer.»



—Clan, clan.....

II

—¿Dónde has estado esta noche?
—¿Esta noche? Diré á usted:
primero á ver á la Pepa,
luégo á ver á la Isabel,
despues á ver á la Antonia,
despues á ver á la Ines,
despues á ver...
—¡Al demontre
que cargue contigo, amén!
¡Dios me perdone, que sois
capaces de hacer perder
la paciencia á un santo!
—Madre,
para contentarla á usté
traigo aquí un moscatelillo
que está diciendo bebed.
—¡Anda, zalamero, anda,
que al cabo siempre has de hacer
tu gusto! Cenemos, hijo.
—Pruebe usted el moscatel
para hacer boca.
—Clan, clan...
—¿Qué tal?
—¡Un almíbar es!
—Muchas noches le traeria,
pero si no puede ser
venir á casa temprano
yendo tan léjos por él!
—Si no vienes á las nueve,
anda, vendrás á las diez...
De las cosas regulares
yo nunca me apartaré.
—¡Si siempre está usted gruñendo!...

—Gruño porque no está bien
que un jóven como Dios manda
toda la noche se esté
por ahí haciendo carocas
á... ¡sabe el Señor á quién!
—A unas chicas más saladas
que estas sardinas. La Ines
tiene unos ojos... ¡qué ojos!
la Isabel un pié... ¡qué pié!
la Antonia un pelo... ¡qué pelo!
la Pepa un aquél... ¡qué aquél!
—¡Calla, condenado, calla!
—Madre, no se canse usté:
«Contra veneno triaca,
agua fresca cuando hay sed,
para las sardinas vino,
para el hombre la mujer.»

III

—¡Mal año para tus coplas
y tus muchachas tambien!
Se me va á volver veneno
lo que acabo de beber.
—Contra veneno triaca,
y si no la hay, moscatel.
¡Arriba, madre!
—Clan, clan,
clan, clan... Este Lucifer
de chico me va á achispar...
¡Bendito sea Noé,
cómo me engatusa este hijo
con sus dedadas de miel!
¡Vaya, si es lo más gitano
que ha nacido de mujer!

Ya se ve, así las muchachas
se prevarican por él.
—¡Ca! ¡Por mí prevaricarse
las muchachas!... Yo soy quien
me prevarico por ellas,
y áun así no puedo hacer
que me quieran.
—¿Es posible?
¡Qué escucho, Dios de Israel!
¿Con que no te quieren?
—¡Ca!...
—Las tontas, las... Mire usted
las mocosas, las... Sin duda
buscarán algun marqués.
Con un canto en los hocicos
se dieran porque una vez
las miraras tú á la cara...
—Pues las he mirado cien
y no se dan.
—Vanidosas,
que no tienen sobre qué
caerse muertas, ni valen
dos cuartos, ni hartas se ven...
—Pero ¿qué está usté ahí hablando
si no las conoce usté?
—¡En dónde encontrarán ellas
otro más hombre de bien,
ni más hábil, ni más guapo
que mi chico, aunque me esté
mal el decirlo! ¡Échalas
todas noramala!
—Eso es,
y luégo andaré por ahí
hecho un tonto, sin saber
con quién juntarme.
—¿No tienes

amigos?
—Pues ya se ve
que los tengo, pero... madre,
pan con pan no sabe bien,
entre faldas he nacido
y entre faldas moriré,
con que así, no hay que cansarse...
—¡Ah, maldito de cocer!
¡Tú me has de quitar la vida!
—Madre, no se canse usté:
«Contra veneno triaca,
agua fresca cuando hay sed,
para las sardinas vino,
para el hombre la mujer.»

IV

—Madre, otro trago.
—¡Tú estás
empecatado! ¿No ves
que he bebido cinco ya?
—Con uno más serán seis.
Sobre chispa más ó ménos...
—Pues venga, no creas que es
desprecio. Clan, clan, clan, clan...
¡Cómo se deja beber
el pícaro! Y que se sube
á la cabeza...
—Ande usted,
que estando la cama cerca
la chispa no es de temer.
—¡Calla! ¿Ha parido la gata?
—¿La gata?
—Sí. ¿Para qué
has encendido otra vela?

—(Ya hizo efecto el moscatel.)
¡Toma! Para que usted vaya
á acostarse.
—Pues me iré.
Con que... buenas noches, hijo.
—Madre, que usted duerma bien.
¿Qué es eso?
—Es que he tropezado...
con esta infame pared.
—Pues señor, ¡viva la Pepa,
y vivan tambien la Ines,
y la Joaquina, y la Antonia,
y la Petra, y la Isabel,
y la... todas las muchachas
por siempre jamas amén!
¡Para que yendo esas chicas
al baile del Lavapies
esta noche, Periquillo
no fuera al baile tambien!
Ya está roncando la abuela,
y aunque le arranquen la piel
se está durmiendo la turca
hasta mañana á las diez.
Ea, busquemos la llave
y apretemos á correr,
que me voy á divertir
esta noche á tutiplen.
Me muero por las muchachas,
y... ¡canario! es menester
ser uno de pedernal
para no quererlas bien,
porque las muchachas tienen
mucha sal y mucho aquél,
y por más que me prediquen,
yo á la copla me atendré:
«Contra veneno triaca,

agua fresca cuando hay sed,
para las sardinas vino,
para el hombre la mujer.»

51

UNA Y NO MAS.

I

Me gustan mucho tus ojos,
me gusta mucho tu pelo,
me gusta mucho tu cara,
me gusta mucho tu cuerpo,
todo en tí me gusta mucho
desde la planta al cabello;
pero no te quiero, niña,
y sabrás que no te quiero
«porque no puede una luz
alumbrar dos aposentos.»

II

Si no pongo en tí los ojos,
es que en otra los he puesto;
es que si me gustas mucho,
me gusta más la que quiero;
es que yo el corazon pongo
donde pongo el pensamiento;
es que para dos amores

tengo el corazon pequeño;
«es que no puedo adorar
dos corazones á un tiempo.»

52

LOS DOBLONES.

I

—Tilin, tilin... ¡Como un hielo
es el aire de estos dias!
—¿Quién?
—Abre la puerta, cielo,
que aquí venden pulmonías.
—¡Hola, sol dorado!
—¡Hola!
Pasa, que no están mis nietas.
—Pues, supuesto que estás sola,
no andemos con etiquetas.
Trifona, dame un abrazo,
que vengo como un sorbete.
—Ven acá, picaronazo...
¿Un abrazo? Aunque sean siete.
—¡Ay, Trifona, que me sajen
si no me consuela el roce
de tus brazos!
—¡Es la imágen
de mi esposo, que Dios goce!
—Te quiero más que él, Trifona.

—¿De véras? ¿Me quieres mucho?
—¡No te he de querer, pichona!
¡Ay! Como á la trucha el trucho.
—Pero mira, á las mujeres
nos gusta otro testimonio...
—¿Qué otro testimonio quieres?
—El del santo matrimonio.
—En eso estoy, pero llevas
las cosas tan á lo vivo...
(¡Tiene tres casitas nuevas!
¿Cuánto tendrá en efectivo?)
Te juro por los apóstoles
que te adoro, te idolatro...
(¡Digo! ¡El parador de Móstoles
y las dehesas, que son cuatro!)
Mira, el verano que viene
nos casamos, y laus Deo...
(¡Y las acciones que tiene
del camino de Langreo!)
Pues señor, lo mejor era
acortar un poco el plazo...
Allá por la primavera
nos pondrán el santo lazo.
(Pues ¿y la ganadería?)
¡Eh! No seamos atúnes,
mañana á la vicaría
y nos casamos el lúnes.
Trifona, me pego un tiro
si no nos casamos pronto,
porque... ¡vamos, si deliro
por tí, si me has vuelto tonto!
—¡Bendita sea tu boca!
Deja que te abrace... Tú
si que me has vuelto á mí loca,
gitano de Belcebú!
—(Me lleva cuarenta inviernos,

y es fea como un demonio
salido de los infiernos;
pero... acepto el matrimonio
y me dejo de ilusiones,
pues como dice la copla,
«los doblones son doblones
»aquí y en Constantinopla.»)

II

—¿Cómo va de matrimonio?
—¡En mal hora me casé!
—¡Cómo!
—¡Estoy dado al demonio!
—¿Se puede saber por qué?
En más de cuatro ocasiones
me saliste con la copla
de... «doblones son doblones
aquí y en Constantinopla»;
eres un Mídas, un Creso,
y no comprendo en verdad...
—Soy rico, es verdad, pero eso
no da la felicidad.
¡Ah! No es mi dicha completa.
¿Qué me importa, amigo mio,
tener la bolsa repleta,
si está el corazon vacío?
—¿No amas á tu esposa?
—No.
—Con el tiempo la amarás.
—Eso es imposible... yo
no podré amarla jamas.
Cuando llena de pasion
me da en la mejilla un beso,
un labio de bermellon
me suele dejar impreso;

ayer, apénas tiré
un poco al besar su trenza,
de improviso la dejé
con la calva á la vergüenza;
anoche... ¡de rubor sudo!
delante de muchas gentes,
soltó, al dar un estornudo,
una carrera de dientes;
esta mañana observé
que un gatito retozon
jugaba en el canapé
con dos fardos de algodon.
«¿Qué es eso?» pregunté á Flora,
doncella de mi mujer,
y me dijo: «¿Qué ha de ser?
¡*El corsé* de la señora!»
¡Desventurado consorcio!
Voy á entablar el proceso
de nulidad, de divorcio...
—Vaya, tú has perdido el seso.
—Le he recobrado más bien,
que estuve loco al cargar
con ese Matusalen,
y hoy puedo raciocinar.
—¡Cordura, por Dios, cordura!
No pongas, y piensa en ello,
con una nueva locura
á tus locuras el sello.
—¡Eh! ¡Si es un anacronismo
esa mujer en mi lecho!
—¿No lo quisiste tú mismo?
Pues, amigo, á lo hecho pecho.
Tu mujer es vieja, tosca,
calva, desdentada, enjuta;
pero, hombre, teniendo mosca,
eso es pecata minuta.

¡Eh! Déjate de ilusiones,
pues como dice la copla,
«los doblones son doblones
»aquí y en Constantinopla.»

53

NOCHE-BUENA.

Ya viene la Noche-buena
con su vecina la Pascua;
para unos es Noche-buena,
para otros es noche mala.

I

Sube, sube, campanero,
á la torre de la iglesia
y repica las campanas,
que esta noche están de fiesta
los ángeles en el cielo
y los hombres en la tierra.—
Los cierzos del Guadarrama
silban en la chimenea,
y la nieve cubre el monte
y la colina y la vega,
y hasta en el rojo tejado
de mi casita blanquea;
pero verás cómo pongo
en el hogar otra cepa,
y junto á la cepa un jarro
del tinto de mi bodega,

y entónces deja que caiga
toda la nieve que quiera,
y que los cierzos helados
silben en la chimenea,
que ni la nieve ni el cierzo
harán en mi cuerpo mella,
sirviéndome de resguardo
y dándome fortaleza
chispas de vino por dentro,
chispas de fuego por fuera,
que vino y fuego esta noche
en los hogares chispean.—
Campanero, toma un jarro
del tinto de mi bodega
y bébelo, y luégo sube
á la torre de la iglesia,
y tocando las campanas
hasta que rompas la cuerda,
lanza un *hosanna* bendito
á los cielos y á la tierra,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-buena.

II

Gloriosa Vírgen María,
madre y abogada nuestra,
¡qué alegre el pueblo cristiano
tu alumbramiento celebra!
Ya la paz entre los hombres
de buena voluntad reina,
que el fruto de tus entrañas
es el mensajero de ella.
Esta noche el hijo pródigo
que por el mundo se fuera,
torna al hogar de sus padres

lleno de amor y obediencia,
y amor y misericordia
le reciben á la puerta.
Esta noche el desterrado
que vaga en lejanas tierras
ve en su triste corazon
renacer con dobles fuerzas
el santo amor de la patria
que en su corazon muriera,
y á la tierra que maldijo
la ingratitud viendo en ella,
hoy su bendicion envia
en una oracion envuelta.
Lo mismo en la humilde choza
que en la morada soberbia,
blancas espirales de humo
hácia los cielos se elevan.
Son el tributo de gracias
que dan á la Providencia
los animados hogares
donde la abundancia reina,
que el pobre tiene esta noche
gracia de Dios en su mesa.—
El viento del Guadarrama
que silba en la chimenea
me trae los santos cantares
que en todas partes celebran
tu bendito alumbramiento,
gloria de cielos y tierra,
sagrada Vírgen María,
madre y abogada nuestra!
Campanero, sube, sube
á la torre de la iglesia,
y tus *hosannas* de gozo
el universo estremezcan,
que á cumplirse van los santos

vaticinios del profeta,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-buena.

III

Nada me falta en él mundo:
tengo salud, tengo hacienda
y tengo el alma tranquila...
¡Dios mio, bendito seas!—
Bebamos, pues, y brindemos
con este sabroso néctar,
como brindaban mis padres,
que Dios en su gloria tenga.
—«¡Por que el Señor nos reuna
muchas noches como ésta!»
Así era el solemne bríndis
de mi padre en Noche-buena
y así el de la santa madre
que tengo bajo la tierra!
Yo no puedo repetirle,
que la soledad me cerca,
que de padres y de hermanos
sólo el recuerdo me queda,
que unos me robó la muerte
y otros me robó la ausencia!
Padres y hermanos del alma,
¡quién os viera, quién os viera
en este hogar solitario
donde muero de tristeza!
Parece que os estoy viendo
en derredor de esta mesa:
aquí á la diestra mi madre,
mi padre aquí á la siniestra,
allí enfrente mis hermanos,
aquí mis hermanas bellas,

y sobre todos el ángel
del amor y la indulgencia!—
Baja, campanero, baja
de la torre de la iglesia
ó con el toque de gloria
el toque de muerto alterna,
que esta noche es para mí
la noche de las tristezas,
que esta noche es noche mala
y esta noche es Noche-buena.

IV

(Á D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.)

Hermano del alma mia,
como yo triste poeta,
que con los mortales vives
y con los ángeles sueñas,
¿no es verdad que así esta noche
placer y dolor se mezclan?
Rico tú de sentimiento
y rico de inteligencia,
alza tu voz poderosa
y dile al que no me crea:
—Detras de Sierra Nevada
llora una madre mi ausencia
y al hijo de sus entrañas
ved aquí llorar por ella!
Si no veis padres y hermanos
sentados á vuestra mesa
y no llorais como lloro,
¡teneis corazon de piedra!»—
Miéntras otros el divino
alumbramiento celebran
de la Madre de Jesus,

lloraremos por las nuestras!
Si á esas lágrimas de gozo
van las de nuestras tristezas,
sobre nosotros María
tenderá su santa diestra,
¡que ella tambien tiene hijos!
¡que madre tambien es ella!

54

ISABEL LA CATÓLICA.

I

Ésta es la historia, señores,
de la princesa Isabel;
ésta es la historia que deben
chicos y grandes saber.—
Érase una princesica
de las pocas que se ven,
que cara y alma tenia
más de ángel que de mujer.
Por verla vino á Castilla
un príncipe aragones,
que enamorado no vino
y enamorado se fué.
—¡Caballeros de mi corte,
dijo el príncipe al volver,
corred, corred á Castilla
y á la princesa Isabel

mi corazon y mi reino
de rodillas ofreced!—
En Aragon y en Castilla
todo regocijos es,
que se celebran las bodas
de Fernando y de Isabel.
Unidos dos corazones,
se unen dos reinos tambien,
y el moro á la morería
pronto tendrá que volver.—
Casadicas y solteras,
de esta señora aprended,
que ella corta y ella cose
las camisicas del rey.
De oro son las tijericas
y las agujas tambien,
pero aunque sean de oro,
trabajo cuesta coser.
La corona de dos reinos
adorna su hermosa sien;
la corona de dos mundos
merece que Dios le dé.

II

Por el mundo va un marino,
un marino genoves,
diciendo que dará un mundo
al que un barquito le dé.
Todos le tienen por loco
y todos se rien de él,
y á la reina de Castilla
su mundo viene á ofrecer
desgarrados los vestidos
y descalcicos los piés.
—Marinero, marinero,

dice la reina Isabel,
para darte navecicas
yo mis joyas venderé,
que bendiciones del pobre
le bastan á una mujer.—
Ya cruza la mar salada
el marino genoves.
¡Llorando va de alegría!
¡Que Dios le vuelva con bien!
—Aún manda en España el moro,
dice la reina Isabel.
Dadme una cota de malla
y un caballo cordobes,
que de la tropa cristiana
capitana quiero ser!—
En los templos de Mahoma
la cruz de Cristo se ve
y el moro á la morería
tiene al cabo que volver.—
¿Qué barquitos son aquéllos
que entre la niebla se ven
dando, contentos, al aire
las banderas de Isabel?
¡En ellos vuelve el marino,
el marino genoves!
¡Llorando vuelve de gozo,
que Dios le vuelve con bien,
y la reina de Castilla
reina de dos mundos es!

55

ALEJANDRINA.

I

Cuando el fruto bendito
de mis amores
duerme al amante arrullo
de mis canciones,
su gozo muestra
con la santa sonrisa
de la inocencia.
Ya que tú tambien duermes,
Alejandrina,
no al arrullo paterno
como mi niña,
sino al arrullo
de los cierzos que silban
en los sepulcros;
Ya que tú tambien duermes
y no te canta
tu madre que te busca
desconsolada,
y al postrer sueño
te entregaste al arrullo
de mis acentos;
Ya que tú tambien duermes
y los cantares
llenan de regocijo
los sueños de ángel,

á arrullar vengo
con mi canto amoroso
tu sueño eterno!

II

«La niña que reposa
bajo estos sauces,
de ángel tenia el alma
y el rostro de ángel...
¡No es maravilla
que tantos, tantos lloren
por esa niña!
Querian en su frente
poner los hombres
la corona mundana
de los cantores;
pero Dios dijo:
—Una santa aureola
yo le destino.—
Madre que al pasajero
desconsolada
preguntas por la hija
de tus entrañas,
no llores, madre,
al oir que la han visto
bajo estos sauces.
Sus cantos á tu hija
brindaban gloria;
gloria es llamarse madre
de una cantora,
pero más grande
es de una santa vírgen
llamarse madre.»

56

LA GUARDIA CIVIL.

I

Pobre cantor vagabundo,
del palacio á la cabaña
voy, solícito, buscando
la virtud para cantarla,
y donde la hallo, la canto
con el corazon y el alma.
Ni al rico ni al pobre adulo,
que mi pobreza me basta
para seguir poco á poco
por este valle de lágrimas.
Si caigo y un caminante
á levantarme se pára,
poso agradecido el labio
en la mano que me alargan,
pero no me quejo nunca
de los que de largo pasan.
Mis ambiciones de gloria
son la de hacer mi jornada
con la conciencia tranquila,
con el corazon sin mancha.
Dios me dé una pobre choza
en mis queridas montañas,
donde manzanas y guindas
coja desde la ventana,
donde oiga cantar los pájaros

al despuntar la alborada!
Si pomposas inscripciones
mi sepulcro no engalanan,
álguien dirá:—«En esa fosa
un hombre honrado descansa»,
y ése es mi único deseo,
ésa es mi única esperanza,
que siempre he vivido libre
de vanidades mundanas.

II

Luchó iracundo el hermano
con el hermano en mi patria,
y allá en los campos benditos
que fierro y virtudes guardan,
los que lucharon Caínès,
mansos Abéles se abrazan.
Pero la sangrienta lucha
dejó sembrado en España
el gérmen de las pasiones
rapaces y sanguinarias,
y gimió el bueno oprimido
por la maldad despiadada.
Oyólo Isabel la buena,
la compasiva, la magna,
y de sus ojos de cielo
brotaron piadosas lágrimas,
que se cernió el infortunio
sobre su cuna dorada.
«Exista, dijo, en la tierra
bendita, leal, hidalga,
donde la *Santa Hermandad*
existió en la edad pasada,
un poder que al bueno sirva
de perenne salvaguardia.

Quiero que ese poder rijas
tú, noble duque de Ahumada,
tú que eres buen caballero
y de gloriosa prosapia,
tú que eres dos veces noble,
por la cuna y por el alma!»
Un grito de regocijo
resonó en mi dulce patria,
y á la voz de Isabel, fué
la Guardia Civil creada,
y al verla, el pueblo español
cantó lleno de esperanza:
«¡Viva la Guardia Civil,
»porque es la gloria de España!»

III

La nieve cubre los puertos,
el helado cierzo brama,
ruedan desde las alturas
aludes como montañas,
está el camino obstruido,
la luz del dia se apaga,
rugen en los matorrales
las hambrientas alimañas,
y por todas partes reina
una soledad que espanta!
¡Pobres de los caminantes
que prosigan su jornada!
Mas... ¿qué bultos son aquéllos
que en la nieve se destacan
y bregan á fin de alzarse,
y caen apénas se alzan?
Son dos pobres transeuntes
que han perdido la esperanza
de tornar á sus hogares

donde el amor los aguarda,
donde, mirando si viene
el dulce esposo del alma,
una mujer está puesta
de pechos á la ventana!
¡Ay, míseros transeuntes!
Pronto acabarán sus ánsias,
que la sangre de sus venas
se paraliza y se cuaja,
y las fuerzas faltan á ambos
y hasta el aliento les falta!
¡Ay, míseros transeuntes!
Poned en Dios la esperanza
y no dirijais al valle
la moribunda mirada!
—¡Señor, dicen con voz débil,
somos la única esperanza
de los seres desvalidos
que allá abajo nos aguardan!
No permitas que esos seres
en el desamparo yazcan.»—
Dios, que escucha el infortunio,
dos salvadores les manda,
pues luchando con el cierzo
que entre la nieve los lanza,
con el pecho jadeante
y la faz amoratada,
trepan dos guardias civiles
á la fragosa montaña.
Si la ventisca los hiela,
la caridad los inflama!
Exánimes y ateridos
á los caminantes hallan,
y ellos, valientes soldados
que en cien sangrientas batallas
hollaron muertos y heridos

sin derramar una lágrima,
ante aquel triste espectáculo
compasivos las derraman!
A aquellos cuerpos inertes
calor, abrigo les falta,
y del glorioso uniforme
despojándose los guardias,
exponen su propia vida
para conservar la extraña,
nuevos Martínes que parten
con Jesucristo la capa!
El viento arrecia, la nieve
sepultarlos amenaza,
cierra la noche, y las fieras
en los matorrales braman...
A los pobres caminantes
toman en hombros los guardias
cual tomó el buen caballero,
el de la invencible espada,
el Cid, al divino Lázaro
en la selva solitaria,
y así, cargados con ellos,
descienden de la montaña
aquellos sublimes héroes
de la caridad cristiana,
con el cansancio en el cuerpo
y la alegría en el alma,
y al verlos el pueblo grita
desde puertas y ventanas:
«¡Viva la Guardia Civil,
»porque es la gloria de España!»

IV

En una pobre vivienda
yace en el lecho postrada

unamujer tan doliente
del cuerpo como del alma;
al lado del pobre lecho
está pensativo un guardia,
y tres niños, más hermosos
que tres luceros del alba,
suspiran medio dormidos
en un rincon de la estancia.
—Hijos, es ya media noche.
¿Por qué no os vais á la cama?
—¡Madre, queremos cenar!
—¿No cenásteis?
—¡Casi nada!
¡Queremos más pan!
—Pero, hijos,
¿no veis que no hay más en casa?
—¡Pues yo quiero pan!
—¡Y yo!
—¡Y yo!
—¡Jesus qué matraca!
¡No me rompais la cabeza!
—Tengamos paciencia, Clara.
Mira que si te incomodas
tu padecimiento agravas.
—¡Ay, Juan! ¡El caso es que tienen
las pobres criaturas harta
razon para pedir pan,
y tendrán aún más mañana!
—Pediré á mis compañeros
para comprar en la plaza,
y creo me lo darán,
porque en el Cuerpo, á Dios gracias,
las almas buenas abundan
y la caridad no falta.
—¡Pero hemos cansado tanto!...
—Los buenos nunca se cansan.

—¡Ay! ¡Estas enfermedades
son la ruina de las casas!
—¡Clara, por Dios, no te aflijas,
que no nos faltará nada!—
Y al pobre guardia civil
se le saltaron las lágrimas,
que tambien estaba falto
su corazon de esperanza.
Despues, oyendo las doce
en una torre cercana,
se despidió con un beso
de las prendas de su alma,
y el servicio de parejas
poco despues comenzaba.
Estaban ocho bandidos
ocultos en unas matas
y á Juan y su compañero
hicieron una descarga;
pero los buenos arrostran
los puñales y las balas
cuando el honor los anima,
cuando el honor se lo manda,
y léjos de intimidarse,
acometieron los guardias
y se trabó la pelea,
aunque desigual, porfiada.
Seis bandidos entregaron
allí á Lucifer el alma,
y miéntras su compañero
al sétimo maniataba,
Juan maniataba al octavo
en la arboleda cercana.
—Cien onzas le doy á usted
si consiente que me vaya.
—Aunque me dé usted doscientas.
—¡Muchas tiene usted en casa!

—Suplico á usted que se calle,
pues me ofenden sus palabras.
—Pero ¿quién ha de saberlo?
—Mi conciencia, y eso basta.
¡Ande usted delante!—
Y Juan
se une con su camarada,
y escoltando á los bandidos
entran en el pueblo al alba;
circulan de boca en boca
las nuevas de aquella hazaña,
y el pueblo, viéndose libre
de los bandidos, exclama:
«¡Viva la Guardia Civil,
»porque es la gloria de España!»

V

¡Feliz el pueblo que puede
dormir en la confianza
de que hay un ángel custodio
que le cubre con sus alas!
Ya reduzcan á cenizas
los edificios las llamas,
ya la corriente del rio
las poblaciones invada,
ya el infeliz trajinero
se hunda en simas ó barrancas,
ya carezca el caminante
de alimento ó de posada,
ya el puñal del asesino
atente á la vida humana,
siempre la Guardia Civil,
cual la paloma del arca,
en medio del cataclismo
es nuncio de la esperanza,

y por eso en todas partes
bendiciones la acompañan,
por eso Dios la protege
cuando al peligro se lanza,
por eso la canto yo
con el corazon y el alma.

57

EL PASAJERO.

I

Matilde, aquel desterrado
á quien un dia enviaste
tu bendicion generosa
desde tus nobles hogares,
pasó por tu puerta un dia,
pero no entró á saludarte,
porque desde esa montaña
que ves á Occidente alzarse,
le gritaban:—«¡Desterrado,
no te pares, no te pares,
que hace veinte años te esperan
en el hogar de tus padres!»

II

Hoy que han bendecido al triste
cantor de trovas vulgares,

su padre desde la tierra,
y desde el cielo su madre,
al tornar á su destierro
se detiene á saludarte
con este cantar que cantan
las doncellas de su valle:
—«San Pedro tiene en la mano
un manojito de llaves
con que las puertas del cielo
á todos los buenos abre.»

FIN DE EL LIBRO DE LOS CANTARES.

APÉNDICE.

En la edicion de 1858 dije:

«La presente edicion de El Libro de los Cantares es la primera que se hace bajo mi direccion, por más que sea la cuarta, sin contar las dos ó tres que se han hecho subrepticiamente. Sin quitar á mi libro nada de su primitivo carácter sencillo y á la buena de Dios, le he reformado notablemente, suprimiendo unos cantares porque me parecian malos, añadiendo otros porque me parecian buenos, y corrigiendo no pocos de la primera edicion. En lo que he puesto especial cuidado ha sido en dejar mi libro tal, que sin rubor pueda ponérsele en manos de un sacerdote, de una jóven ó de una madre honrada. Llámenme hombre honrado, ya que no me llamen hombre de talento.

»Confieso ingenuamente que profeso un singular cariño á este libro, que me ha proporcionado las mayores satisfacciones de mi vida literaria. Cuando hace seis años di por primera vez á luz El Libro de los Cantares, me hallaba muy distante de esperar que el público le dispensase la acogida que le ha dispensado, y que estos versos, tan humildes que hasta los niños los entienden, me habian de valer la amistad de muchos hombres ilustres que han venido á estrechar mi mano en el modesto rincon donde vivo con mis tristezas ó mis alegrías.

»Hace algunos meses un periódico literario, despues de prodigar á este libro elogios que no merece, me dirigió una acusacion que ya se me habia dirigido en otras ocasiones, aunque no en términos tan explícitos: me acusó de *holgazan* porque no enriquecia (éstas fueron sus palabras, que áun me

parecen una burla) la literatura nacional con un LIBRO DE LOS CANTARES cada año. Por más que un sentimiento benévolo haya dictado esta acusacion, necesito rechazarla, porque, como saben muy bien los que me conocen personalmente, quizá ninguna más injusta se me pudiera dirigir. Mi vida (y éste es el más legítimo arranque de orgullo que cabe en mí) ha sido un modelo de laboriosidad. Niño aún, me dijeron mis padres: «Vé á ganar honradamente tu subsistencia y no olvides que somos muy pobres los que aquí quedamos». No sé si he cumplido en todas sus partes este mandato, pero sí que sólo bendiciones han partido de mi aldea para buscarme en mi destierro. El que me acusa de *holgazan* sin duda no sabe esto; sin duda ignora que el autor de EL LIBRO DE LOS CANTARES no ha frecuentado más universidades que la de su aldea, donde sólo se aprende á leer y escribir y la doctrina cristiana; sin duda no sabe cuán injusto es calificar de *holgazan* á aquél á quien por espacio de diez años, despues de un dia de constante y ruda fatiga, se ha dicho todas las noches: «Duerme y descansa para trabajar mañana», y en vez de dormir y descansar, ha velado y estudiado para aprender lo poco que sabe, falto de libros y temiendo cada instante que se adivinasen sus vigilias. El autor de EL LIBRO DE LOS CANTARES «enriqueceria» (Dios perdone sus burlas al periodista) la literatura nacional, no con un libro, sino con dos libros como éste al año, se sepultaria en los pacíficos valles donde nació, y allí, con el alma tranquila y el corazon siempre jóven, cantaria cuanto digno de cantarse hay en la historia y en las costumbres de su patria, si en España el que escribe al año dos libros como éste pudiera contar para su subsistencia y la de su familia con la modesta retribucion que obtiene el que pasa la vida copiando minutas en una secretaría de Estado, ó manejando la garlopa en un taller de ebanista; pero no sucede así, y el poeta, ántes que á la poesía, se debe á su familia; ántes que poeta debe ser hombre de bien, por más que para merecer este último nombre tenga que sacrificar sus esperanzas, sus sueños de gloria, su vida.»

En la quinta edicion de este libro, hecha en 1862 á expensas de S. M. la Reina, añadí:

«Cuando mi ánimo comenzaba á desfallecer en esta larga y penosa senda literaria que he seguido desamparado y solo por espacio de más de veinte años; cuando iba perdiendo la esperanza «de hallar un árbol bajo el cual pueda pararme á descansar y cantar, seguro de que mis hijos no se asoman

impacientes á la ventana á ver si llego con el pan cuótidiano», la augusta sucesora de San Fernando é Isabel la Católica se ha dignado dirigir espontáneamente sus maternales ojos al humilde cantor de los valles y los hogares, para infundirle el aliento y las fuerzas que le iban faltando. Dios me dé algunos años más de vida para probar á tan magnánima señora que no ha sembrado beneficios en campo estéril! (1)

»El Libro de los Cantares carece de merecimientos, mas no de favorable suerte: apénas hay idioma en Europa en que no haya sido traducido, total ó parcialmente, y en América y Alemania se repiten sus impresiones en la lengua de Castilla.

»Aquí debo pagar un tributo de gratitud á un insigne escritor que ha contribuido muchísimo á llamar la atencion de los extranjeros hácia este libro. Me refiero al Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, que ántes de conocerme personalmente consagró á mis humildes escritos un bellísimo y profundo estudio que ha recorrido toda Europa y América, ya en frances, ya en italiano, ya, en fin, en nuestra lengua, en la que le vertió magistralmente el ilustrado literato sevillano Sr. Fernández Espino.

»Para adquirir crédito en el extranjero no necesitaba mi libro más recomendacion que la del Sr. Latour, consagrado hace años, con universal y merecido aplauso y con amor y constancia invencibles, al estudio de nuestra literatura, de nuestras costumbres, de nuestra historia y de nuestros monumentos, que le deben libros tan doctos como el que últimamente ha dado á luz con el título de *Toledo y las orillas del Tajo* (2).

»Tambien debe mi libro una buena parte de su fortuna en el extranjero á la benevolencia con que le juzgó en la *Revue de l'instruction publique* el Sr. D. José María Guardia, compatriota nuestro, que reside hace muchos años en Francia, sin olvidar nunca á su patria, cuya literatura da á conocer

(1) En mi conducta durante los tristes años de 1869 á 1875 algun testimonio hay de que he procurado corresponder á esta promesa, y tambien le hay entre mis papeles más queridos y honrosos de que ésta es la opinion de aquella augusta señora.

(2) En 1864 dió á luz en Paris el Sr. Latour un nuevo libro en que aparecen coleccionados sus concienzudos estudios de la literatura moderna española, y entre estos estudios se halla el que se refiere al autor de El Libro de los Cantares. Entre sus trabajos críticos posteriores se cuenta otro que apareció en la *Revue britanique* en 1868, dedicado á El Libro de las montañas, que entónces publicó en Bilbao el autor del presente.



y hace amar á los extranjeros con la autoridad de su claro talento y su vasta erudicion (1).

»Pero no han sido sólo satisfacciones las que me ha proporcionado El Libro de los Cantares; tambien me ha proporcionado amarguras muy grandes.

»En 1852 componia yo El Libro de los Cantares, cuando un editor, á quien un amigo suyo y mio habia encomiado mi obra, vino á proponerme que le permitiera darla á luz. Accedí á sus deseos, tratándose sólo de una edicion, por la cual me dió dos mil reales. Cuando no quedaban ejemplares de la primera edicion, refundí el libro, hice la segunda, y sucesivamente hasta la cuarta, sin que en este espacio de ocho años tratase nadie de disputarme la propiedad de la obra; pero un dia, cuando El Libro de los Cantares habia ido adquiriendo crédito y su explotacion prometia lucro, me encontré con una demanda del susodicho editor, que, hombre sin duda de buena fe, pero algo flojo de memoria, creia haber adquirido por los dos mil reales la propiedad absoluta é indefinida de la obra y me exigia la responsabilidad del uso que de ésta venía yo haciendo durante tantos años.

»Aunque esta responsabilidad, en el caso de existir, debia ser para mí temible, no me alarmé, porque creí que los tribunales rechazarian desde luégo la demanda por impertinente, puesto que el demandante ninguna prueba podia presentar en apoyo de su pretension; pero en esto me equivoqué, como ignorante en cuestiones de derecho, pues los tribunales dijeron que hubiera pleito, y pleito hubo.

»Sería curiosa la historia de este proceso si se contase con todos sus pormenores; pero quiero darla en lo posible al olvido.

»Un jóven abogado y escritor, á quien yo no tenia la honra de conocer más que por la fama de su talento y su hidalguía, el Sr. D. Luis del Barco, se encargó gustosísimo de defenderme, y lo hizo con tal fe y con tal inteligencia, que segun jurisconsultos respetables, sus escritos, obrantes en el voluminoso expediente seguido en el juzgado de Lavapies, que á la sazon

(1) Otro de los escritores que más me han honrado en el extranjero es el ilustre aleman D. Juan Fastenrath, natural y vecino de Colonia, á quien la literatura española cuenta entre sus más insignes cultivadores y propagadores, y España debe honrar y amar tanto como á sus mejores hijos, por lo que la ama, sirve y honra.

desempeñaba el Sr. D. Antonio María de Prida, honrarian á los hombres que más se distinguen en el foro español.

»El Sr. Barco, lo mismo que el Sr. D. Manuel Martin Veña, que como procurador coadyuvó á mi defensa, con celo é inteligencia que nunca podré agradecer lo bastante, aumentó la deuda de mi gratitud, negándose á admitir por su inapreciable trabajo más recompensa que la de mi leal amistad (1).

»Por sentencia del tribunal, de la que no se atrevió á apelar la parte contraria, reivindiqué, no las costas, pues no se hizo mencion de ellas, pero sí el libro, ó lo que es lo mismo, la honra, que era lo que importaba salvar al que por primera vez de su vida comparecia ante los tribunales.»

En 1864 añadí:

«Hoy, al hacerse la sexta edicion de EL LIBRO DE LOS CANTARES, que, como sus hermanos los *Cuentos de color de rosa*, los *Cuentos campesinos* y los *Cuentos populares*, cuanto más se reimprime, más favorecido es del público, tengo tambien algo que decir, si no ha de quedar incompleta esta especie de bosquejo de mi penosa vida literaria.

»En este espacio de dos años que ha mediado entre las ediciones quinta y sexta de este libro, ha sobrevenido en mi vida literaria un suceso que debo consignar aquí. Por el mes de Junio de 1862 leí con sorpresa en e *Euscalduna*, periódico de Bilbao, la noticia de que se estaba firmando una exposicion á la Junta general de Vizcaya, próxima á celebrarse so el árbol de Guernica, pidiendo que el Señorío me llamase á su seno y utilizase mi pluma y mi amor á la tierra natal. Un mes despues se reunió la Junta general, y varios apoderados presentaron á ésta una mocion en la que decian que, sabedores de que se iba á presentar una exposicion suscrita por gran número de personas, solicitando que Vizcaya utilizase mis servicios, pedian á la Junta me nombrase por aclamacion archivero y cronista de Vizcaya, prescindiendo de los trámites ordinarios.

»Apoyada esta mocion en términos tan sentidos como elocuentes por el apoderado de Balmaseda, D. Cándido González de Mendía, cuyo discurso tradujo y amplió en vascuence el señor padre de provincia D. Antonio de Arguinzóniz, la mocion fué aprobada por unanimidad, acordándose se con-

(1) El Sr. Barco, de quien las letras españolas habian obtenido ya hermosos frutos y debian esperar muchos más, falleció en Madrid hácia 1868.

servase en los archivos del Señorío la exposicion, que llevaba más de d mil firmas. Cuando vine á tomar posesion del honrosísimo é inmereci puesto que mi amada madre Vizcaya me habia dado, y por el que me fe citaron calurosamente las provincias hermanas de Álava y Guipúzcoa, su que aquella exposicion habia sido redactada por el señor padre de provin cia D. José Miguel de Arrieta Mascárua, que yendo á Madrid poco tiemp ántes y conociéndome sólo por mis humildes escritos, me habia visitad una sola vez, con objeto, segun despues he sabido, de ver si *el estilo era d hombre*.

»Hace, pues, cerca de dos años que se ha realizado el sueño dorado de toda mi vida, que era tornar á la tierra natal para vivir y morir en ella.»

Esto dije en 1864. En 1875 pudiera añadir mucho reseñando mis trabajos literarios y las vicisitudes de mi vida; pero me limitaré á decir que las honras y satisfacciones que constantemente me ha prodigado Vizcaya contrastan lastimosamente con la injusticia y el ultraje que he debido á unos cuantos de sus hijos.

1

¡Oh Vírgen de la Almudena,
que desde tu antiguo adarve
presides siglo tras siglo
las fiestas del Manzanáres!

Como en este libro se alude más de una vez á la Santa Patrona de Madrid, invocada en la anterior estrofa, es oportuna y hasta indispensable esta nota. En un antiguo muro situado en la Cuesta de la Vega se venera una imágen de piedra de la Vírgen de la Almudena. La tradicion dice que la imágen que se conserva en la parroquia inmediata (1), y de la que es *copia* la que existe en el muro, fué hallada en un cubo de la muralla adyacente al *Almodin* ó Alhóndigá de los moros, donde la ocultaron los cristianos al tiempo de la invasion y donde permaneció durante trescientos setenta y

(1) Este templo, glorioso recuerdo de la reconquista de Madrid, fué arrasado, como el de Santa Cruz y el de San Millan, en 1869, siendo alcalde revolucionario de la villa don Nicolas María Rivero.

tres años, tiempo que al parecer duró en esta villa la dominacion sarracena. La tradicion añade que al hallarse la Santa Imágen, ardia aún la lámpara que al ocultarla habian encendido los fieles cerca de cuatro siglos ántes. Desde el muro donde está la Imágen se descubre un hermoso paisaje que ofrece en primer término las amenas riberas del Manzanáres, desde la Virgen del Puerto á la Puerta de Hierro, y en último los altos puertos de Guadarrama, casi siempre coronados de nieve.

2

Un soldado me dió un ramo,
yo le recibí con pena,
que de mano de soldado
nunca vino cosa buena.

Lo único que debo advertir acerca de esta composicion es que los versos

Una corona de flores
ofrezco á la Magdalena,

aluden á la creencia popular de que la Magdalena, pecadora de amor, y despues arrepentida y bienaventurada, guia á los enamorados.

3

Pues sabed que en la villa
cuentan que un voto
hizo al Santo bendito
si hallaba novio,
y desde entónces
va un mancebo á su reja
muerto de amores.

Estos versos, y otros que se encontrarán más adelante, aluden tambien á una creencia popular. Las muchachas de nuestro país, y particularmente las hijas del pueblo, como ahora se dice, creen que el bendito San Antonio

proporciona novio á las que de corazon se le piden. No sé en qué se funda esta creencia, pero sí que está muy generalizada y que ya existia en el siglo XVII.

Las lomas de Sumas-aguas limitan el horizonte por el Poniente de Madrid.

4

Desde aquí te estoy mirando
cara á cara y frente á frente,
y no te puedo decir
lo que mi corazon siente.

5

Tus ojos, morena,
me encantan á mí,
y nada me importa
la Guardia Civil.

Puede asegurarse que no fué un amor puro y elevado el que inspiró esta copla, porque la benéfica Guardia Civil, encargada muchas veces de alejar de las grandes poblaciones esas desventuradas mujeres que han perdido para siempre la esperanza de alcanzar las santas satisfacciones de la buena esposa y de la buena madre, no persigue los amores puros y elevados.

6

Tienes ojos azules,
ojos de gloria,
y los mios te piden
misericordia.

7

No te fies de los hombres
aunque digan bien te quiero,
que en volviendo las espaldas
si te he visto no me acuerdo.

8

A la orilla del arroyo
vi una pastorcica bella
lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.

9

Fueron mis esperanzas
flores de almendro
que nacieron temprano,
se helaron presto.

El asunto de esta composicion es histórico. Espronceda ha dicho

que no se mueren de amor
las mujeres hoy en dia;

pero yo creo que hoy en dia se mueren de amor las mujeres y los hombres. No se crea por esto que tomo en sentido absoluto la afirmacion del autor de *El Diablo mundo*, á quien agraviaria suponiéndole tan poco conocedor del corazon humano.

11

Despues que nos casemos
no vengas, Pepa,
con que tu cara vale
muchas pesetas.

21

Dicen que el águila real
pasa volando los mares...
¡Ay, quién pudiera volar
como las águilas reales!

Inútil es advertir que en el verso

«como Isabel á Marcilla»

se alude á los amantes de Teruel, que como dice nuestro buen pueblo, en vida y en muerte se quisieron bien.

Este cantar ha sido traducido al frances por el eminente poeta y literato Thales Bernard.

13

Tengo la salsa compuesta
y me falta el perejil;
dámele, perejilera,
que te le vengo á pedir.

Este cantarcillo fué deliciosamente puesto en música por el jóven compositor D. Manuel Fernández Caballero. Publicado con la música en un número-prospecto del periódico *La Ilustracion*, que dirigia mi buen amigo el Sr. D. Angel Fernández de los Rios, circuló con profusion y alcanzó la popularidad que merecia la música. Si este libro tuviera la dicha de sobrevivirme, que sí la tendrá, á juzgar por la fortuna que Dios y no su mérito le ha dado, quiero que me sobreviva la memoria de la íntima y tierna amistad que me une con los pocos literatos ó artistas que se nombran en él. Por eso en su lugar respectivo quiero dedicarles algunas líneas.

D. Manuel Fernández Caballero, si vale mucho por su talento y su amor al arte, vale aún mucho más por la bondad de su corazon. Nacido en Murcia el año de 1835, comenzó allí su educacion musical bajo la direccion del inteligente y bondadoso profesor D. Julian Gil. A la edad de trece años compuso piezas que revelaban felicísimas disposiciones, y á la de diez y seis un oficio de difuntos que no desdeñarian maestros muy afamados. En 1850 vino á Madrid y continuó con mucho fruto sus estudios bajo la direccion del Sr. Soriano Fuértes, padre del que últimamente dió á luz en Barcelona una notable *Historia de la música española*, que es ya conocida en toda Europa y debiera valer á su autor una recompensa nacional. Luégo pasó á perfeccionar sus estudios con el Sr. Eslava. A los diez y ocho tomó parte en las oposiciones á una plaza de maestro de capilla de la catedral de la Habana, y fué calificado en primer lugar, si bien por falta de edad no llegó á tomar posesion de la plaza. Despues compuso várias misas y cantos religiosos que aún resuenan con frecuencia en nuestros templos. Dedicado. por último, á las composiciones teatrales miéntras continuaba estudiando

en el Conservatorio, donde en diversos exámenes obtuvo el primer premio en la clase de composicion ideal, es autor de la música de gran número de zarzuelas, estrenadas todas con buen éxito en el teatro dedicado en Madrid á este espectáculo. En Fernández Caballero fundaban grandes esperanzas los amantes del arte musical, y ya van viéndolas realizadas.

En 1862 se imprimió en Barcelona una traduccion en verso catalan de gran parte de EL LIBRO DE LOS CANTARES, hecha con singular maestría por el jóven poeta de aquella ciudad, D. Francisco Pelayo Briz, que con posterioridad á aquella fecha ha alcanzado un puesto eminente entre los cultivadores de la lengua lemosina. Como muestra de este trabajo, para el cual tuvo presente el traductor la segunda edicion del original, copio la siguiente traduccion de *La perejilera*.

LA JULIBERTERA.

Al sortir lo daurat sol
aquest dematí te hi vist
motetas de julibert,
nineta, en ton hort cullint.
Per mirarte mes d'aprop,
en lo teu hort me fiquí,
y sabrás que trobí á menos
mon pobre cor al sortir.
Tu has degut, nina, trobarlo,
del teu hort l'hi perdut dins.
Donamel', nineta meua,
que á demanartel' jo vinch.

14

Ojos que te vieron ir
por esos mares afuera,
¡cuándo te verán venir
para alivio de mis penas!

15

Si te cansa la sierra,
serrana hermosa,
deja tu serranía,
vente á mi choza.

16

No vayas solita al campo
cuando sople el aire recio,
porque las niñas son flores
que hasta las deshoja el viento.

17

Es casi inútil decir que este cantar es una imitacion de las mejores letrillas de Inarco Celenio, ó lo que es lo mismo, de D. Leandro Fernández de Moratin, á quien el autor de EL LIBRO DE LOS CANTARES tiene gran aficion.

18

Dame la basquiña, madre,
porque el tamboril aprisa
tan-taran-tan-tan resuena,
resuena en la romería.

Las palabras vascongadas *aurrescu* y *árin-árin* son títulos de bailes muy populares en mi país: la primera quiere decir *mano delantera*, y la segunda *ligero, ligero*. El *aurrescu* empieza por una cadena de hombres asidos de la mano, entre los que se va interpolando igual número de mujeres. Los dos que forman los extremos de esta cadena llevan respectivamente el nombre de *arrescúa* (mano delantera), y *atzescúa* (mano trasera).

19

Mi padre me da de palos
porque quiero á un granadero,
y al són de los palos digo:
¡viva la gorra de pelo!

20

Puse en verso el diálogo que constituye la primera parte de este cantar,

pocas horas despues de haberle oido en Móstoles, pueblo cercano á Madrid, y tan célebre por sus órganos (que eran unos cañones por medio de los cuales pasaba el vino de una bodega á una taberna adonde iban á remojar la palabra los dias festivos muchas gentes de Madrid), como simpático para mi por la bondad de sus habitantes.

21

Dicen que tú no me quieres,
no me da pena maldita,
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

22

Canta, mi vida, canta,
canta y no llores,
que cantando se alegran
los corazones.

D. Antonio Arnao pasa con razon por uno de los jóvenes que más dignamente cultivan las bellas letras en nuestro pais. Nacido en Murcia hácia el año de 1830, se educó en el colegio de San Fulgencio de aquella ciudad, donde tambien recibieron su educacion Fernández Caballero, Sélgas, Gisbert, Albacete, Marin Baldó, Boronat, Folgado, los hermanos Hernández Amóres y otros jóvenes que en el dia honran ya las letras, las ciencias ó las artes. Apénas entrado en la adolescencia, demostró ya su aptitud para la poesía con várias composiciones que vieron la luz pública en los periódicos de la corte. Vino á Madrid algunos años despues á seguir la carrera de jurisprudencia, y en 1851 publicó, con el título de *Himnos y quejas*, una bella coleccion de poesías. En 1854 publicó una novela titulada *Primavera de la vida*, y desde entónces acá ha escrito muchos cantos, en su mayor parte religiosos, y artículos de mucho mérito. Las últimas obras que ha dado á luz son dos tomos de poesías, uno de ellos con el título de *Melancolías*, y el otro con el de *Ecos del Táder*, un drama lírico y un canto épico á la gloriosa guerra de Marruécos, premiadas estas dos obras por la Academia Española. Arnao es un excelente poeta religioso: los versos de Arnao,

decia otro poeta murciano, están vestidos de ángel, y decia muy bien. Le quiero por su talento, pero le quiero aún más por su bondad. Arnao es religioso, delicado y bueno, como deben ser los poetas.

Lo que precede dije en las ediciones anteriores. En ésta pudiera añadir mucho y muy honroso para Arnao, que en los últimos años ha dado á luz muchas colecciones de versos y obtenido asiento en la Academia Española de la lengua y en la de Nobles Artes de San Fernando.

23

Lo manda así la ordenanza,
y es preciso obedecer;
el que no es para casado
que no engañe á su mujer.

25

Cada vez que paso y miro
la casa donde vivió,
con la jaula me divierto,
que el pájaro ya voló.

26

.Para alcarrazas Chiclana,
para trigo Trebugena,
y para chicas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

En la primera edicion de EL LIBRO DE LOS CANTARES, hecha en 1852, dije:

«En tiempo del rey-poeta Felipe IV habia un ventorrillo, llamado de Manuela, donde ahora se llama Campillo del mismo nombre, sin duda por aquella circunstancia. Como entónces no habia cafés ultramarinos, se reunian los señores poetas en aquel *café manchego*. Sin esta advertencia no comprenderian algunos lectores el sentido de los primeros versos de esta composicion. Los poetas á quienes está dedicada son poco conocidos en el

dia, pero lo serán ántes de un año: ántes de un año figurarán, particularmente uno de ellos, entre nuestros primeros poetas dramáticos.»

Esto dije á mediados de 1852, y á principio de 1853 se representó el drama *Verdades amargas*, que colocó á su autor el Sr. Eguílaz entre nuestros primeros poetas dramáticos. Véase si me equivoqué. *Verdades amargas, Alarcon, Las prohibiciones, Una broma de Quevedo, El caballero del milagro, Una aventura de Tirso, La vergonzosa en palacio, Una Vírgen de Murillo, La vida de Juan Soldado, La Vaquera de la Finojosa, La llave de oro, Cuando ahorcaron á Quevedo, Grazalema, El patriarca del Túria, Las querellas del Rey Sabio, Mentiras dulces, El padre de los pobres, ¡Santiago, y á ellos! La payesa de Sarriá, Los crepúsculos* y *La cruz del matrimonio*, son las obras que hasta el dia ha dado á la escena. La última se representó, con el teatro lleno, sesenta veces consecutivas, de lo cual no habia ejemplo en el teatro español, y fué premiada con una corona de laurel por los insignes poetas y literatos D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Agustin Durán.

Eguílaz nació en Sanlúcar de Barrameda hácia el año de 1830, aunque es oriundo del país vascongado, como lo demuestra su apellido, y debió sus primeros conocimientos literarios al Sr. D. Juan María Capitan, que Dios haya coronado de gloria. Su delicada salud y grandes infortunios domésticos han impreso en su alma un sello de tristeza que algunos traducen malamente por orgullo. Eguílaz es bueno en el sentido más lato y más honroso de esta calificacion. Luque, su inseparable y leal amigo, posee grandes conocimientos literarios y tiene mucho talento; pero, desconfiado de sus fuerzas y un poco indolente, condena á la oscuridad las pocas obras dramáticas que ha escrito, y sólo ha dado á luz algunos artículos y poesías, y una bellísima novela que lleva el título de *La dama del Conde-duque*. Nació en Jerez de la Frontera; viene á tener la misma edad que Eguílaz, y asimismo tuvo por maestro al sabio literato D. Juan María Capitan.

En 1875 tengo el sentimiento de añadir á lo que precede, que Eguílaz falleció el 22 de Julio de 1874 en los brazos de Luque y los mios, como puede verse en un artículo que pocos dias despues publiqué en *La Ilustracion Española y Americana*, narrando tan doloroso acontecimiento. En el *Almanaque de la Ilustracion* del presente año he dado tambien noticias biográficas de Eguílaz.

27

La vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.
Que tender, tender,
que lavar, lavar,
que tender la ropa
en el retamar.

En la primera edicion de este libro dije á propósito de *La vida de Juan Soldado:*

«Este romance se escribió, como todos los mios, sin ánimo de ofender á nadie; pero ha ofendido á algunos en alto grado, y he dado motivo á que se me dirijan anónimos llenos de insultos y amenazas. Quiero defenderme y satisfacer á los quejosos. Reconozco en la nacion francesa un pueblo ilustrado, pundonoroso y humano; pero, no obstante, los españoles de 1814 debian pensar de otro modo, y si en su boca hubiera yo puesto palabras diferentes de las que he puesto, hubiera faltado á la verdad, y *La vida de Juan Soldado* no sería un cuadro histórico. Ábrase la historia, y dígaseme si el pueblo que presenció las traiciones de Pamplona y Barcelona, las sacrílegas violaciones de Rioseco, y el cruento sacrificio del *Dos de Mayo*, podia pensar y hablar de otra manera que pensaban y hablaban *Juan Soldado* y sus oyentes. Por mi parte, confieso que me inspiran profunda simpatía los franceses; pero me indigno, y para escribir quisiera hiel en lugar de tinta, cuando oigo contar á nuestros padres las iniquidades que los soldados de Napoleon cometieron en España. Precisamente cuando me ocupaba en escribir *La vida de Juan Soldado*, vi anunciada en los periódicos franceses la venta pública de 117 cuadros pertenecientes á la galería del mariscal Soult, y robados por éste, durante la guerra de la Independencia, á nuestros templos y museos.»

Hoy debo añadir que en las diferentes traducciones que tanto en Francia como en Bélgica se han hecho de este cantar, los traductores, á pesar de ser franceses, han tenido la generosidad de no mutilar el original.

29

En este libro no cabia la apoteósis del amor sensual, para cuya personificacion venía de perilla la mujer de tez morena y ojos negros. La mujer de tez blanca y ojos azules personifica, en mi concepto, el amor espiritual, que es el que yo cantaré siempre. Por eso he dado la preferencia á este tipo.

Con este cantar está relacionado un rasgo de generosidad que nunca podré olvidar, y debo consignar aquí. Un caballero que, muy jóven aún, habia ejercido el mando superior político en las provincias de Álava y Vizcaya, dejando en ambas gratos recuerdos por su carácter conciliador y justo, se hallaba muchos años despues en las Antillas, y leyendo allí casualmente en un periódico el cantar á que se refiere esta nota, entró en deseos de conocer los escritos y circunstancias personales del autor de aquellos versos. Hácia 1860, viéndose dueño de una importante fortuna que habia adquirido á fuerza de laboriosidad y talento, determinó venir á establecerse definitivamente en las Provincias Vascongadas, cuyos habitantes simpatizaban con sus hidalgos sentimientos. Este caballero, que era el Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer, adquirió grandes terrenos en la llanada de Álava, y allí ha creado un vastísimo establecimiento industrial, en el que durante cuatro años ha invertido gran parte de su fortuna, y ha dado grandes pruebas de su incansable actividad y su privilegiada inteligencia. El autor de este libro se encontró á principios de 1862 con una carta del Sr. Ferrer, á quien sólo de nombre y por algunos de sus escritos conocia, en la que en los términos más delicados y generosos le ofrecia en su nombre y el de algunos de sus amigos, una modesta posesion al pié de Arlaban, donde su trabajosa vida pudiese hallar descanso y su sencilla musa apacibles y risueños objetos que cantar y celebrar. Profundamente agradecido, acepté esta generosa oferta, pero sólo para el caso en que no me quedase otra esperanza de tornar al país nativo para vivir y morir en él, como anhelaba con todo mi corazon. Satisfecho este anhelo por la maternal solicitud de Vizcaya, no he tenido necesidad de hacer uso de la generosa oferta del Sr. Rodríguez Ferrer, pero la tengo y muy grande de descargar mi alma del dulce peso de la gratitud, y éste es el único objeto de esta larga nota.

30

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo!

Esta copla popular se atribuye á San Francisco de Sáles.

32

Este cantar se insertó en una corona poética ofrecida á S. M. la Reina con motivo del feliz natalicio de S. A. la Princesa de Astúrias. Los versos

que ya le dió las primicias
de su maternal regazo,

aluden al primer alumbramiento de la reina Isabel, ménos feliz que el segundo, pues S. M. vió morir, á poco de darle á luz, el primer fruto de sus entrañas.

33

La exclamacion

¡San Juan! ¡San Pedro!
¡San Pelayo en medio!

con que saludan la Sanjuanada en las Encartaciones de Vizcaya, se reemplaza con otras más significativas en várias comarcas del país vascongado. Hácia Durango, por ejemplo, se dice que San Juan madura los trigos y chamusca las brujas.

En Marquina se canta, con una música tan sencilla como graciosa, esta tonada:

San Juan baguillian
dempora galantian,
edosein bedarra usaiñá
donianc gossian.
Da San Juan, da San Juan,
ez dot nic besteric goguan.

Que traducida casi literalmente, quiere decir:

San Juan, el que viene en Junio,
viene en hermosa estacion,
que no hay en su mañanita
flor sin olor.
¡San Juan! ¡San Juan!
de mi memoria
nunca te vas.

36

Ya cantan los pajaritos,
ya viene la primavera,
ya os podeis alegrar,
muchachas de la ribera.

Generalmente en las Encartaciones, donde es popular esta copla, entienden por la ribera la del Cadagua.

37

Ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho,
pasar contigo una noche
y no tocarte en el cuerpo.

He querido unir una idea casta y moral á esta copla, que puede calificarse de brutal, si se atiende sólo á su forma.

38

Llorad, llorad, ojos mios,
llorad si teneis por qué,
que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

39

Nada me aflige y tengo
melancolía;
yo no sé en qué consiste
la pena mia.

En la edicion de 1864 dije:

«El Cárlos á quien se nombra en este cantar es don Cárlos de Pravia. Nació en el Real Sitio de San Ildefonso hácia el año de 1832. Adquirió sus conocimientos literarios en Madrid. Se dió á conocer al público con varios artículos de costumbres, escritos con mucha facilidad y gracia. En 1851 compuso, con mi colaboracion, una coleccion de fábulas que están declaradas de texto para las escuelas. Hácia la misma época y poco despues escribió un tomo de leyendas morales que pensó publicar con el título de *Al amor de la lumbre*. En 1853 dió á luz una novela que lleva el nombre de *Engaños y desengaños*, y que ha sido traducida al portugues. Desde 1854 acá ha escrito y publicado muchos artículos y novelas de cortas dimensiones. Su obra más notable es *La Duquesa de Montpensier*, novela histórica de mucho mérito, que se publicó en un tomo y en el folletin de *El Leon Español*, periódico que contó entre sus redactores á Pravia, y en donde éste publicó anteriormente *Los corazones de oro* y *El venado blanco*, que han merecido la honra de ser traducidas, la primera al portugues, y al frances la segunda. Los trabajos que más han ocupado, y aún ocupan á Pravia, son desgraciadamente los del periodismo, para los cuales tiene una habilidad y un talento poco comunes; y digo desgraciadamente, porque si bien doy al periodismo la altísima importancia que tiene, sé por propia experiencia cuánto esteriliza el ingenio y cuán triste vida proporciona al que, como el autor de este libro lo ha sido, es periodista sin aspirar á un puesto en la adminis-

tracion del Estado ni en el Parlamento, ó lo que es lo mismo, sabiendo que nunca han de venir los *suyos*. Pravia es muy querido de cuantos le tratan por su carácter bondadoso y sus virtudes domésticas (1)».

La Vírgen del Puerto es una frondosísima arboleda situada á la orilla del Manzanáres, donde en las tardes de los dias festivos, particularmente en verano, se reunen los asturianos, y entregándose á las diversiones de su país, suelen dividirse en dos bandos que toman los nombres de Pravia y Piloña, y á veces terminan la fiesta á garrotazos (2).

40

Aunque andes por el mundo
dando mil vueltas,
imposible es que encuentres
quien más te quiera.

41

Preso en la cárcel estoy
y no me vienes á ver;
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

Aprovecho esta ocasion para consignar en este libro un nombre oscuro, que hubiera sido ilustre á no haber desaparecido tan pronto del libro de los vivos. El cantar á que corresponde esta nota fué el primero que compuse de la presente coleccion. Un jóven murciano, que, aunque jóven, era ya un sabio, tuvo ocasion de leerle y me animó á continuar mi obra. Aún no estaba concluida cuando la muerte arrebató á Noriega, que diariamente estimulaba mis trabajos con su benevolencia, y á veces con sus lágrimas, pues siempre las habia en sus ojos cuando se hablaba de cosas puras y buenas.

(1) Falleció en Palma de Mallorca hácia principios de 1868, siendo gobernador civil de las islas Baleares.

(2) Aquella magnífica arboleda casi ya no existe en 1875, y las fiestas populares que en ella se celebraban se han trasladado á la Fuente de la Teja.

42

A la mar van á parar,
María, todos los rios,
y allí se van á juntar
tus amores y los mios.

Este cantar y el titulado *El adolescente* han sido traducidos y publicados en Vicenza por el señor Giacomo Zanella. Como muestra de esta hermosa version italiana, para la cual advierte el Sr. Zanella haberse servido de la edicion española de El Libro de los Cantares, hecha en Leipzic en 1860 por el editor Brockaus, véanse algunos versos del primer cantar:

Era un giorno di festa, ed ella ed io
in silenzio posati alla finestra,
contemplavamo il sol, che vaporoso
in gembro si calava alle montagne.
Malinconicamente ivan battende
i nostri cori, ohe il giocondo affanno
giá sentiano d'amore e desiosi
si acercavano. In questa ora di pace,
quando disceso á bassi lidi il sole
lascia tepida l'avia, e gli augelleti
gli dan l'ultimo addio; dalle fontane
e dai ruscelli candido si leva
umil vapor; fra le consorte piante
guata furtiva la nascente luna
e per la valle tacita si spande
l'argenteo suon delle piangente squille,
como é dolce l'amor!. . . . .
. . . .
Maria, le dissi, irrequieto il core
mi batte in seno. E dove un altro core
troverá che á suoi battiti risponda?
Di subitana porpora suffusa,
i dolci occhi abbasso la virginetta,
e sovra l'ale d'un sospir mi diede
la sua risposta. Indefinitti, oscuri
presentimenti l'assaliro; al cielo
levó gli occhi pensosi e sorridendo
mi disse: Colassú vivono i cori,
colassú si uniranno i nostri amori.

43

Es María más hermosa
que el oro y la plata fina
y que el agua cristalina
que corre de losa en losa.

Esta copla, que es de las más populares, me parece demasiado artística para que la haya compuesto el poeta llamado Pueblo.

44

No son todos cazadores
los que por el monte van;
unos cazan las perdices
y otros las hijas de Adan.

D. Juan de Trásis, conde de Villamediana, aquel hijo tan desgraciado de los condes de Oñate, como dice Pellicer, fué asesinado una noche cerca de su casa, en la calle Mayor, sin que se sepa de fijo por quién ni por qué, aunque se supuso que habia sido muerto por órden del rey Felipe IV, indignado este monarca de que el conde hubiera osado poner sus ojos en la reina Isabel de Borbon. En este suceso está basado el cantar á que corresponde esta nota, aunque en sus pormenores se aparta algo de la tradicion, lo que se me perdonará en gracia del buen lugar en que he colocado al desventurado conde, á la reina y al rey. Es muy general la opinion de que la reina Isabel amaba al conde de Villamediana y de que éste murió *á impulso soberano*, como dicen unos versos de aquella época. Más aún: en el Retiro hay un cipres solitario, al que va unida una dolorosa tradicion, que ha aprovechado Barrántes para una linda balada, y se dice que aquel cipres existia en tiempo del rey-poeta, y que á su pié lloraba Isabel de Borbon la muerte y el amor del conde de Villamediana. Sin embargo, conviene observar que el cipres hoy existente no puede tener, ni con mucho, la edad que la tradicion le supone.

A últimos del siglo XVII, y áun en la primera mitad del XVIII, habia en el pueblo de Madrid una creencia muy bella y muy singular. Las mucha-

chas que perdian él amor de su novio iban la mañana de San Juan á sentarse al pié de un árbol que habia en el Buen Retiro; la que lloraba recobraba el amor que habia perdido, la que no lloraba debia renunciar toda esperanza de recobrarle. Tal vez el árbol á que se refiere esta tradicion sea el cipres que se supone regado con las lágrimas de la reina Isabel. Pero volviendo á la muerte del conde de Villamediana, yo creo, á pesar de todo lo que se ha dicho y escrito en contrario, que ni la reina tuvo amores con él, ni el rey tuvo parte en su muerte. D. Juan de Trásis tenia muchos enemigos debidos á su procacidad, de la que son triste ejemplo las sátiras con que insultó de la manera más indigna de un caballero á las comediantas María de Córdoba (Amarílis) y Josefa Vaca, en venganza, segun se cree, de que hubiesen desdeñado sus galanterías. Es, pues, más verosímil que á estas enemistades debiese su trágico fin aquel hijo tan desgraciado de los condes de Oñate, y de esta opinion participa el autor del bellísimo drama *Vida por honra*, mi ilustre amigo el Sr. Hartzenbusch.

47

El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales,
que despiertan al que duerme
y énseñan al que no sabe.

49

A la sombra de una encina
duerme un mancebo la siesta;
no turbeis su dulce sueño,
pájaros de la arboleda.

Este cantar se dirige á D. Hipólito Pérez Varela, poeta casi niño, á quien el viento de la desventura llevó al Nuevo Mundo, adonde mi memoria y mi cariño le han seguido. En la actualidad reside en la Habana, donde publicó años atras una curiosa obra de numismática, á que es muy aficionado.

51

¿Cómo quieres que una luz
alumbre dos aposentos?
¿Cómo quieres que yo adore
dos corazones á un tiempo?

52

Dicen que tú no me quieres
aunque doblones me sobran;
los doblones son doblones
aquí y en Constantinopla.

53

En la cuarta edicion, hecha en 1858, dije:

«D. Pedro Antonio de Alarcon nació hácia el año de 1832, me parece que en Guadix. Es uno de los jóvenes de más talento y de más corazon que cultivan hoy la literatura española. La poesía le debe cantos ricos de ternura y elevacion, y la novela obras llenas de originalidad y sentimiento, entre las cuales merecen especial mencion el *Final de Norma*, que ha sido vertida á varios idiomas, y *Los seis velos;* pero lo que le ha dado la envidiable reputacion literaria que ya goza, son sus cuentos y sus artículos críticos y de costumbres. Entre estos últimos hay uno titulado *La Noche-buena,* que será siempre la delicia de los que tengan gusto y corazon. Tambien ha escrito, con el título de *El Hijo pródigo*, un drama que, á pesar de su forma descuidada, encierra grandes bellezas morales y literarias. Alarcon nunca escribe con los ojos enjutos: éste es su mayor elogio.»

Desde 1858 acá Alarcon ha escrito dos obras muy importantes: tales son el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, del que circulan sobre 30.000 ejemplares, y *De Madrid á Nápoles,* libro que dicen anunció una revolucion muy notable y plausible en las ideas filosóficas del autor (1).

(1) Esta nota es de 1864. Desde entónces la reputacion literaria y política de Alarcon ha crecido mucho en popularidad y honra.

54

Este cantar pertenece á una coleccion de *cantos infantiles* que empecé á componer para que los niños reemplazasen con ellos los desatinados y á veces inmorales que cantan en Madrid y les enseñan las niñeras á ciencia y paciencia de los padres. El *aire* que corresponde á éste, es el de aquél que empieza:

«Este es el Mambrú, señores.»

55

Alejandrina Argüelles Toral y Hevia nació en Irún en 1845, y falleció en Valencia catorce años despues. A pesar de haber pasado tan rápidamente por el mundo, lloraron su muerte muchos de nuestros poetas en una corona fúnebre que le consagraron, y ocupa un lugar honrosísimo en las *Efemérides de músicos españoles* del Sr. Saldoni, y le ocupará siempre en el corazon y la memoria de cuantos la conocieron. Como pianista, cantante compositora y poetisa, asombraba por su precoz ingenio. Como mujer, ó más bien como ángel, enamoraba por su hermosura y su bondad de alma. El Libro de los Cantares fué el último libro que leyó.

Hay en Olabeaga un jardin de que la pobre Alejandrina conservaba dulcísimos recuerdos, porque allí jugó cuando niña, y allí convaleció de una grave enfermedad. ¡Quién le hubiera dicho cuando unguia con las últimas lágrimas de sus ojos El Libro de los Cantares, que el autor de aquel libro habia de llorar pensando en ella al pasear casi todas las tardes por las frescas enramadas del jardin de Indáuchu!

56

Yo no temo á los ladrones
si civiles me acompañan.
¡Viva la Guardia Civil,
porque es la gloria de España!

Es poco ménos que inútil el cantar que he dedicado á la Guardia Civil, cuando no hay en España un corazon honrado que no la bendiga, que allá en su fondo no eleve un himno entusiasta y agradecido á tan benéfica institucion, orgullo del reinado de Doña Isabel II, y noble título de gloria del señor duque de Ahumada, que la organizó.

57

Escribí este cantarcillo en Bilbao en Octubre de 1859, al volver de mi aldea nativa, en el álbum de la señorita doña Matilde de Orbegozo, delicada y modestísima poetisa de aquella villa, que hoy, consagrada enteramente á los deberes más nobles y santos de la mujer, si no ha abandonado el cultivo de la poesía, oculta con el anónimo los cantos con que arrulla á sus hermosos hijos ó con que pide á Dios que bendiga su hogar. Para que se comprendan mejor estos versos, debo advertir que desde Bilbao se ven las montañas de Galdámes, que dominan á mi aldea.

Un diario monárquico-religioso de Barcelona *(La España Católica)* censuró el título de EL LIBRO DE LOS CANTARES al hacerse cargo de un artículo que el eminente crítico catalan D. Juan Mañé y Flaquer dedicó al análisis de mi obra: el diario barcelones dijo que á muchas personas habia oido quejarse de que á mi libro se hubiese puesto un título que recuerda un libro sagrado. Yo sólo conozco un libro sagrado que se titula *Cántico de los cánticos.* Es verdad que por antonomasia suele llamársele libro de los cantares ó de los cánticos, pero tambien lo es què por antonomasia suele llamarse Escritura á la *Biblia*, y á nadie le ha ocurrido quejarse de que los escribanos den el mismo nombre al acta ó instrumento público denominado Escritura.

Cuando yo di á luz este libro hácia 1852 no existia apénas la costumbre en que despues han dado los escritores españoles de dar á sus obras el título de libro de tal ó cual. Yo he llamado despues á una de las mias *El libro de las montañas*, y ahora voy á llamar á otras *El libro de los recuerdos* (que tengo anunciado con este título desde 1868) y *El libro de los amores;*



pero creo tener algun más derecho á ello, sin incurrir en la nota de imitador.

No quiero terminar estas notas sin añadirles el catálogo de mis obras literarias, para lo que tengo razones que omito en obsequio á la brevedad. Estas obras son: *El Cid Campeador* (novela caballeresca, por cierto muy mala).—*Las hijas del Cid* (segunda parte de la anterior y algo mejor).—*La paloma y los halcones* (leyenda de la Edad Media).—*Fábulas de la educacion* (con la colaboracion de D. Cárlos de Pravia).—*El libro de los cantares.*—*Cuentos de color de rosa.*—*Cuentos populares.*—*Cuentos campesinos.*—*Cuentos de varios colores.*—*Cuentos de vivos y muertos.*—*Cuentos del hogar* (que ahora se están imprimiendo).—*Narraciones populares* (que son un tomo más de cuentos, y no de los que ménos me agradan).—*Capítulos de un libro.*—*El libro de las montañas.*—*El gaban y la chaqueta.*—*Mari-Santa.*—*Alrededor de Madrid* (este libro de recuerdos personales é históricos, está aún inédito, aunque terminado).—*Historia de dos almas, una negra y otra blanca* (que se está publicando en la *Revista universal*).—*Bosquejo de la organizacion social de Vizcaya* (publicado de órden y á expensas del Señorío de Vizcaya).—*El valle de Marquina* (opúsculo).—*Cielo con nubecillas* (recuerdos de la vida rural y familiar de Vizcaya).—*La redencion de un cautivo* (novela publicada últimamente en el folletin de *La Epoca*, y próxima á salir á luz en forma de libro).—*Aventuras de Periquillo.*—*El molinerillo.*—*Las cataratas* (tres cuentos publicados en la biblioteca del editor Sr. Dubrull, titulada *La familia cristiana*, y que en union de otro cuyo título es *El reinado de un tuerto*, publicado en el periódico *Los Niños*, aparecerán en un tomo). Por último, ademas de los muchos trabajos que, más ó ménos completos, conservo manuscritos, como *El libro de los recuerdos* y *El libro de los amores*, he escrito poesías, no coleccionadas aún, que harán un tomo, y muchísimos artículos sobre diferentes materias, cuya coleccion no bajaria de cuatro tomos. Los trabajos que más me han ocupado en los últimos años, son mis estudios para escribir una modesta historia general de Vizcaya, que los disturbios políticos me han impedido ultimar y publicar.

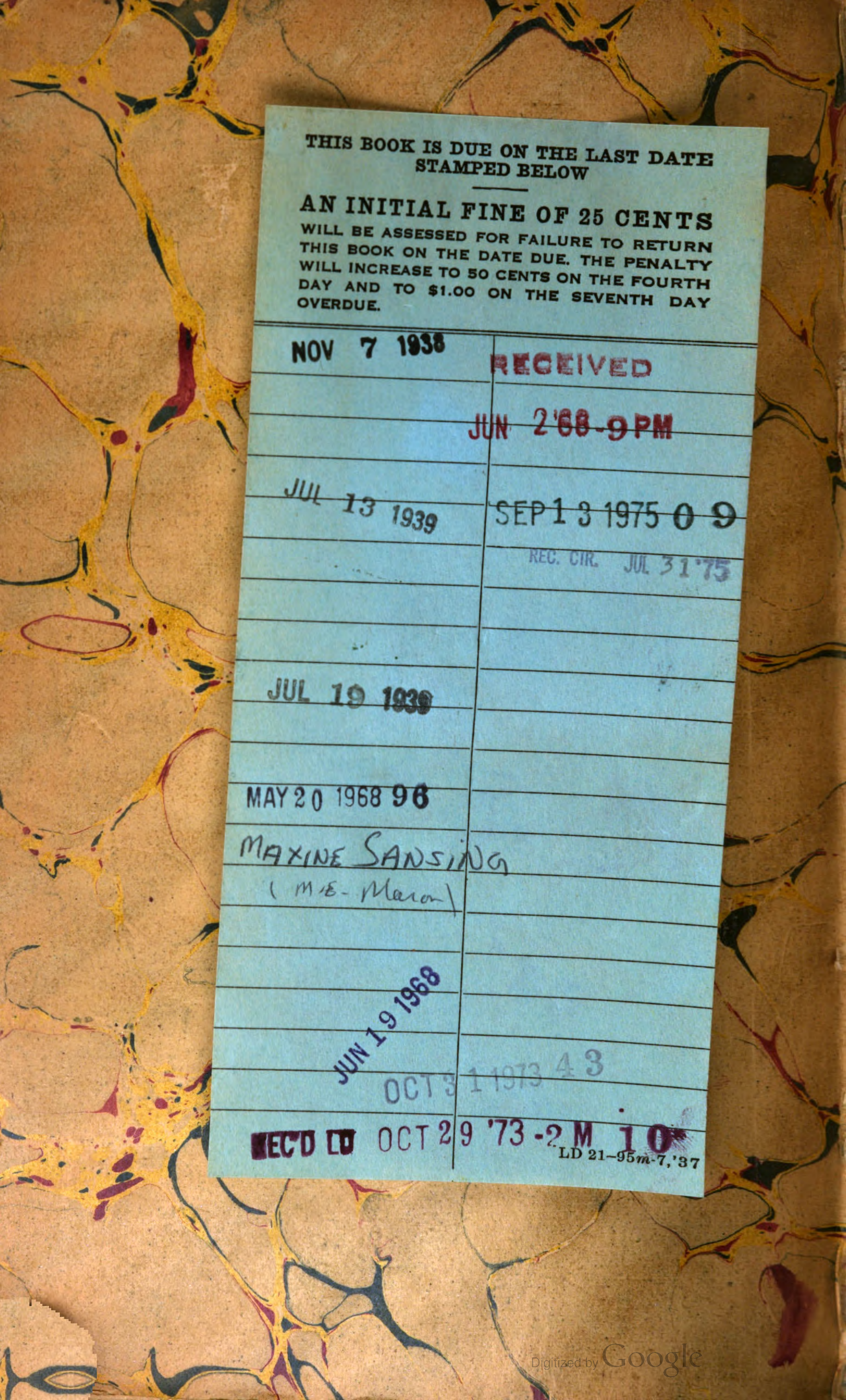
ÍNDICE.

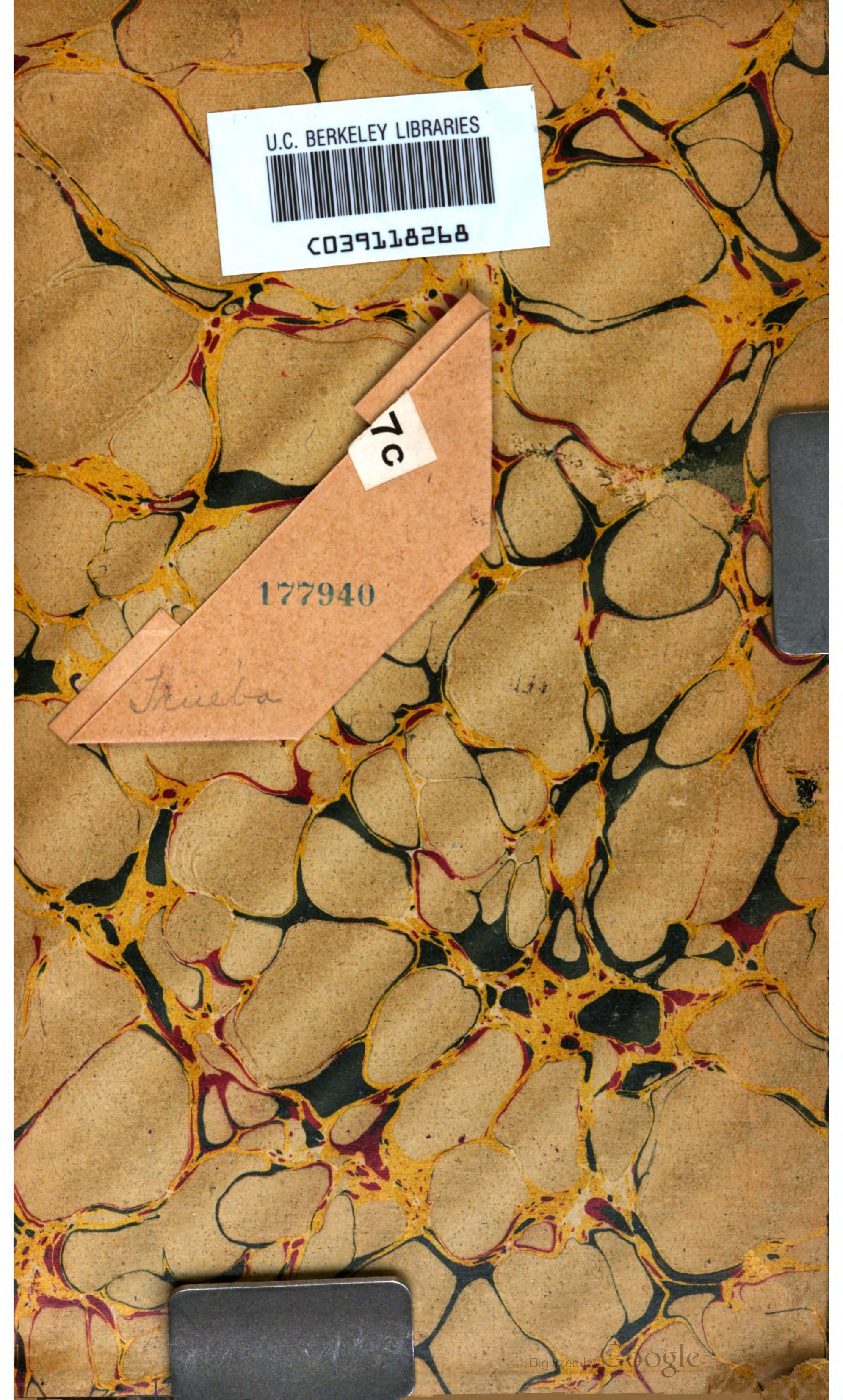
CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

CUENTOS POPULARES.

EL LIBRO DE LOS CANTARES.


REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA


THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW
AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.
NOV 7 1938
RECEIVED
JUN 2'68-9 PM
JUL 13 1939
SEP 1 3 1975 0 9
REC. CIR. JUL 31 '75
JUL 19 1939
MAY 20 1968 96
MAXINE SANSING
(M.E. - Maron)
JUN 19 1968
OCT 3 1 1973 4 3
REC'D LD OCT 29 '73 -2 M 10
LD 21-95m-7,'37


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C039118268
7c
177940
Trueba
Digitized by Google

